MESOPOTAMIA

Historia política, económica y cultural

GEORGES ROUX

MESOPOTAMIA

Historia política, económica y cultural

Prefacio de **Jean Bottéro**

Director de Estudios en la Ecole
Pratique des Hautes Etùdes (Asiriología)

Traducido por
José Carlos Bermejo Barrera

AKAL

Maqueta: RAG

MOTIVO DE LA PORTADA

Cabeza cincelada en bronce de un rey de la dinastía de Acad (hacia el 2334-2150), proviniente de Nínive. Se trata probablemente de Narân-Sîn y no de Sargón, como se ha solido decir.

Iraq Museum de Bagdad
(C) Hirmer Fotoarchiv.

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.»

Título original
LA MÉSOPOTAMIE
Essai d'histoire politique, économique et culturelle

© Editions du Seuil, 1985

de la edición en lengua española:
© Ediciones Akal, S. A., 1987

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Telfs.: 456 56 11 - 456 49 11
Madrid - España

ISBN: 84-7600-174-6
Depósito legal: M. 32.392-1987
Impreso en GREFOL, S. A., Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

A la memoria de mi padre

LISTA DE ABREVIATURAS

AAA. *Annals or Archaeology and Anthropology,* Liverpool.
AA(A)S. *Annales archéologiques (arabes) de Syrie,* Damasco.
AAO. H. Frankfort: *The Art and Architecture of the Ancient Orient,* Hardmondsworth, 1954.
AASOR. *Anual of the American Schools of Oriental Research,* New Haven, Conn.
ABC. A. K. Grayson: *Assyrian and Babylonian Chrocnicles,* Locust Valley, N.Y., 1975.
ABL. R. F. Harper: *Assyrian and Babylonian Letters,* London, Chicago, 1892-1914.
AfO. *Archiv für Orientforschung,* Graz.
AJ. *Antiquaries Journal,* London.
AJA. *American Journal of Archaeology,* New Haven, Conn.
AJSL. *American Journal of Semitic Languages and Literature,* Chicago.
AM. A. Parrot: *Archéologie mésopotamienne,* París, 1946-1953.
ANET. 3. J. B. Pritchard (Ed.): *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament,* Princenton N.Y., 1969, 3.ª ed.
Annuaire. Annuaire de l'Ecole pratique des Hautes Etudes, Sciencies historiques et philologiques, París.
AOAT. *Alte Orient und Altes Testament* (serie), Neukirchen-Vluyn.
ARAB. D.D.Luckenbill: *Ancient Records of Assyria and Babilonia,* Chicago, 1926-1927.
ARI. A. K. Grayson: *Assyrian Royal Inscriptions,* Wiesbaden 1972-1979.
ARMT. *Archives Royales de Mari, traductions,* París, 1950.
BaM. *Baghdader Mitteilungen,* Berlín.
BASOR. *Bulletin of the American Schools of Oriental Research,* New Haven, Conn.
BBS. L. W. King: *Babylonian Boundary Stones,* London, 1912.
Bi.Or. *Bibliotheca Orientalis,* Leiden.
BoStu. *Boghazköy Studien,* Leipzig.
CAH 3. *Cambridge Ancient History,* Cambridge, 3.ª ed.
EA. J. A. Knudzton: *Die El-Amarna Tafeln,* Leipzig, 1915.
HCS 2. S. N. Kramer: *L'histoire commence à Sumer,* París, 1975, 2.ª ed.
ILN. *Illustrated London News,* London.
IRSA. E. Sollberger y J. R. Kupper: *Inscripctions royales sumériennes et akkadiennes,* París, 1971.
JAOS. *Journal of the American Oriental Society,* New Haven.
JCS. *Journal of Cuneiform Studies,* Cambridge Mass.
JESHO. *Journal of the Economic and Social History of the Orient,* Leiden.
JNES. *Journal of Near Eastern Studies,* Chicago.
JRAS. *Journal of the Royal Asiatic Society,* London.
JSS. *Journal of Semitic Studies,* Manchester.
King Chronicles. L. W. King, *Chronicles concerning Early Babylonian Kings,* London, 1907.

MAOG. *Mitteilungen der Altorientalischen Gesellschaft,* Leipzig.
MDOG. *Mitteilungen der deutschen Orient-Gesellschaft,* Leipzig y después Berlín.
MDP. *Mémories de la délégation en Perse,* París.
MVAG. *Mitteilungen der vordeasiatisch-ägyptischen Gesellschaft,* Berlín.
NBK. S. Langdon, *Die neubabylonische Königsinschriften,* Leipzig, 1912.
OIC. *Oriental Institute Communications,* Chicago.
OIP. *Oriental Institute Publications,* Chicago.
PKB. J. A. Brinkman, *A Political History of Post-Kassite Babylonia,* Roma, 1968.
POA. P. Garelli, y V. Nikiprowetzky: *Le Proche Orient asiatique,* París, 1969-1974 (Barcelona, 1971-1983).
RA. *Revue d'assyriologie et d'archéologie orientale,* París.
RB. *Revue Biblique,* Jerusalem/París.
Religions. R. Labat; A. Caquot; N. Sznycer y ?. Vieyra: *Les Religions du Proche Orient asiatique,* París, 1970.
RGTC. *Répertoire géographique des textes cuneiformes,* Wiesbaden, 1974 y ss.
RHA. *Revue hittite et asianique,* París.
RISA. G. A. Barton: *The Royal Inscriptions of Sumer and Akkad,* New Haven, Conn, 1929.
RLA. *Reallexikon der Assyriologie,* Berlín, 1937-1939 y 1957 ss.
SKL. T. Jacobsen, *The Sumerian King List,* Chicago, 1939.
UE. *Ur Excavations,* London, 1927 ss.
UET. *Ur Excavations Texts,* London, 1928 ss.
UVB. *Uruk Vorlaüfiger Berichte* (= *Vorlaüfiger Berichte* über die... Ausgrabungen in Uruk-Warka), Berlín, 1930 ss.
VDI. *Vestnik Dreveney Istorii* (Revista de Historia Antigua). Moscú.
Wiseman, *Chronicles* D. J. Wiseman: *Chronicles of Chaldaean Kings,* London, 1956.
WVDOG. *Wissenchaftliche Veröffentlichungen der Deutschen* Orient-Gesellschaft, Leipzig y luego Berlín.
ZA. *Zeitschrift für Assyriologie,* Berlín, salvo indicación expresa los volúmenes aquí citados pertencen a la nueva serie (Neue Folge).
ZZB. D. O. Edzard. *Die zweite Zwischenzeit Babyloniens,* Wiesbaden 1957.

PREFACIO

Cuando este libro vio la luz, en inglés en 1964, cayó casi inmediatamente entre mis manos; lo leí en pocas horas con enorme placer y con gran provecho.

Todavía no conocía al autor, pero pude ver a través de la obra que debía haber residido durante mucho tiempo en el Oriente Próximo, y sobre todo en Iraq, como ponían de manifiesto una serie de rasgos, de esos que es preciso haberlos vivido para poder reproducirlos con tanta fidelidad. Evidentemente amaba ese país y se había apasionado tanto por su antiguo pasado como para llegar a iniciarse en sus lenguas de antaño: el acadio y el sumerio, tan diferentes a las nuestras, y en esa temible escritura que las recogió. Está claro que había visitado y revisitado los yacimientos, completado y revisado los vestigios, incluso los más arcaicos, de más de ciento veinte siglos, sacados por los arqueólogos de un subsuelo atiborrado de riquezas, y leído y releído gran cantidad de documentos, de los que se han hallado por decenas de millares. Se había informado junto a los mejores especialistas en lo relativo a las innumerables espinosas cuestiones que plantea un dosier tan gigantesco de una prehistoria y una historia tan dilatadas que incluso no han expirado más que poco antes de nuestra Era. Su libro no sólo ponía de manifiesto tal contacto personal y una larga y ardiente investigación; además estaba bien escrito, era fácil de leer, vivaz y entusiasta, y entre las publicaciones de una literatura normalmente ultraespecializada, sabihonda y áspera, era, en mi opinión, el primero y el único que había conseguido proporcionar un retrato a la vez lo suficientemente completo, límpido, atractivo y accesible a todo el mundo de esta antigua civilización mesopotámica, gracias a la calidad de su síntesis y por su valor, útil incluso para los especialistas.

Debemos suponer que el público de lengua inglesa, y sus avalistas, todos ellos arqueólogos y asiriólogos de primera fila, juzgaron

como yo esta obra, ya que su primera edición se incorporó, a partir de 1966, a la célebre colección *Penguin,* y tras cuatro ediciones sucesivamente agotadas, fue reemplazada sobre el mismo terreno por una segunda edición revisada y ampliada en el año 1980.

Por eso me alegré de que las Editions du Seuil hubiesen aceptado al fin presentarlo —tan completamente refundido y reescrito que es, ciertamente, un nuevo libro todavía mejor que el anterior— al público de lengua francesa, que hasta el momento no poseía más que brevísimas y frecuentemente insípidas síntesis sobre este tema, o bien ensayos semiespecializados o resueltamente especializados, que a veces incluso arredaban a los propios especialistas. .

La asiriología, como se suele llamar muy torpemente a la disciplina histórica que tiene por objeto la antigua civilización mesopotámica, patrimonio durante mucho tiempo de algunos eruditos canosos y apartados del mundo, que hablan entre sí una jerga muy específica y se quedan reducidos a una especie de trabajo de capilla, debido a su reducido número, a las extremas dificultades de sus estudios y a la enorme cantidad de documentos a descifrar, traducir y explotar, comienza tímidamente a difundirse fuera de su tebaida.

Para conseguir que una «propiedad privada, prohibida al público» se convierta en patrimonio común de nuestra cultura han sido precisos ante todo algunos estrepitosos descubrimientos arqueológicos: Ur con sus tumbas reales, de alrededor del 2600, espléndidas y siniestras, llenas de oro y obras maestras, con los cadáveres de los cortesanos, asesinados para acompañar a su soberano en el más allá; Mari, con su laberíntico palacio y sus prodigiosos archivos de quince mil documentos de los alrededores del 2400, junto con su documentación escrita tan copiosa y que muestra ante nuestros ojos una panorámica histórica y un país rescatados del olvido después de muchos milenios. En primer lugar se produjo el descubrimiento para el gran público, sobre todo a través de las famosas exposiciones de arte, y luego el de las escrituras de este viejo país. Y se comenzó a percibir que una mejor comprensión de la continuidad histórica no nos permitía frenar, como estábamos habituados a hacerlo, en la vuelta a nuestro pasado, por una parte, en el mundo griego, y por otra en el bíblico, estos dos ríos que habían venido a mezclarse en el estuario de nuestra propia civilización, sino que debíamos seguir todavía más atrás, hasta los límites del conocimiento histórico, hasta los más antiguos documentos, escritos en Mesopotamia alrededor del año 3000.

Ahí es pues donde nació la más antigua civilización de entre las conocidas, que, tras el descubrimiento de la cerámica y la metalurgia del cobre y del bronce, perfeccionó gran cantidad de técnicas, comenzando por las de la irrigación agrícola, además de la planificación del trabajo, los primeros esbozos del Derecho, los primeros análisis del Universo y la conceptualización de sus partes, la más antigua mitología, que daba respuesta a los problemas que se planteaban, quizás con más agudeza que en la actualidad en relación con los orígenes del Mun-

do y con su razón de ser, con la génesis del hombre y el sentido de su vida y su destino, junto con la primera matemática y el primer álgebra, y más tarde la primera astronomía, y por último, la primera escritura y la primera literatura, pero también la primera tradición escrita, que permitió transformar profundamente el modo de pensar, y esbozar la práctica, si no de leyes, sí del primer conocimiento científico. Ahí es, como sabemos, donde debemos buscar nuestros más antiguos títulos y a nuestros más directos antepasados, identificables en línea directa.

Este nuevo campo de investigaciones apenas comienza a abrirse en pequeñas catas y nos promete descubrimientos no sensacionales ciertamente —porque las verdades profundas, aunque sean capitales, nunca son sensacionales—, sino de un considerable interés a los ojos de aquellos de nosotros que, negándose a limitar su atención al presente y al futuro de nuestra raza, y convencidos de que como mejor se puede comprender a los hijos es a través de sus padres, tratamos de saber de dónde nos viene y cómo se ha constituido a lo largo de los siglos este rico patrimonio que hallamos nada más nacer y que hace que podamos ser lo que somos.

Yo, como todos mis colegas verdaderamente interesados en una difusión y una promoción inteligentes de la asiriología, me felicito de que se nos proporcione a todos, tanto profesionales como al público culto, esta excelente guía, clara, completa y fácil de leer, que recordará a los primeros y descubrirá a los segundos la trayectoria completa de esta antigua civilización ejemplar, integrada ya para siempre en nuestro patrimonio.

Jean Bottéro
30 de agosto de 1983

INTRODUCCIÓN

Entre las cuatro o cinco civilizaciones de la Era precristiana, la civilización mesopotámica presenta la particularidad de ser a la vez la más antigua y la de mayor duración, siendo a la vez la más importante, tanto por la influencia que ejerció sobre el conjunto del Próximo Oriente y sobre el mundo griego, como por su contribución al desarrollo material y espiritual de la Humanidad, pero también la de ser la peor conocida por el público culto, tanto en Francia como en el resto del Mundo. Este fenómeno, sorprendente a primera vista, se debe, sin duda alguna, a múltiples causas. Aparte de los especialistas, muy pocos universitarios se interesan por Mesopotamia, y es desconsolador comprobar que jamás se habla de ella en los libros, los periódicos, o las emisiones «culturales» radiofónicas o televisadas, y que no figura tampoco en nuestros manuales escolares. Por otra parte, los especialistas en la materia han permanecido durante mucho tiempo encerrados en su torre de marfil, dando de este modo, sin quererlo, la impresión errónea de que su ciencia era inaccesible al común de los mortales. Además, por diversas razones y al contrario que Egipto, Creta, Grecia e incluso Turquía, el Iraq no ha sido hasta ahora visitado más que por una ínfima minoría de turistas. Es verdad que hay en Francia muy bellos libros de arte, en los que se pueden ver ilustradas y comentadas las principales obras sumerias, babilonias o asirias —obras de las que el Museo del Louvre ofrece un muestrario completo y notablemente conservado—, y dos recientes exposiciones («Obras maestras del Museo de Bagdad» y «Nacimiento de la escritura») han conocido un cierto éxito. Además, las obras maestras de la literatura sumeria y acadia han sido traducidas y publicadas al alcance de todos los bolsillos. Pero para quien se aproxima a estas obras de arte, a estos poemas, estos mitos y a estas leyendas se ve ante un grave inconveniente: no se trata más que de piezas aisladas de un puzz-

le, de fragmentos de un amplio mural que no pueden ser plenamente comprendidos y apreciados por no poderlos situar cronológicamente y sobre todo por no poder insertarlos en su medio natural y en su contexto histórico.

Me di cuenta de esta dificultad en el curso de los años 50. Por aquel entonces yo vivía en Basora, en el Iraq, en ese Oriente en el que había pasado una gran parte de mi juventud y al que echaba de menos, todavía más en esa Mesopotamia por la que me venía interesando desde hacía una quincena de años. Habiendo escrito para la revista de la Iraq Petroleum Company, para la que trabajaba como médico, algunos artículos sobre los yacimientos que iba visitando, no sabía ofrecer a los lectores curiosos que deseaban saber más sobre la historia antigua del país en el que vivían temporalmente. Por aquel entonces no existía ninguna obra de conjunto que estuviese a su alcance. Redacté entonces para ellos, siempre bajo la forma de artículos, una historia de Mesopotamia, desde los orígenes hasta los comienzos de la Era Cristiana, y estos artículos corregidos, y aumentados a comienzos de los años 60, forman la base de *Ancient Iraq*, publicado en Londres en 1964 por Allen and Unwin y después, a partir de 1966 por Penguin Books Ltd. El éxito que conoció este libro y la favorable acogida que le otorgaron los eruditos más prestigiosos me confirmaron en lo que era mi impresión: había conseguido, en pequeña medida, llenar una laguna.

Cuando tras una larga estancia en Inglaterra volví a París en 1974, mis amigos los asiriólogos parisienses me sugirieron que una edición francesa del *Ancient Iraq* hallaría una buena acogida. En el año 1981 Le Seuil me concedió el honor de reservarme un lugar en su colección histórica. Se había pensado en un principio en una traducción pura y simple. Esta labor le había sido confiada a la señora Jeannie Carlier, y aprovecho para darle ahora las gracias, porque supo llevar a cabo su labor, a pesar de las dificultades inherentes a esa tarea. Sin embargo, al releer esa obra, que había sido objeto de una revisión parcial en el año 1980, me di cuenta de que se imponía una reelaboración total, porque las informaciones se habían incrementado y las opiniones habían cambiado en una veintena de años. Como se me ofreció la ocasión de revisar, rectificar o reescribir yo mismo el libro *de novo* me tomé mucho más tiempo del previsto, pero he aquí, por fin, bajo otro título y totalmente renovada, una versión francesa de este *Ancient Iraq* ya conocido desde hacía largo tiempo por los anglófonos y que algún día también será preciso poner al día.

Mesopotamia se dirige fundamentalmente a los no especialistas, a todos aquellos que, por una u otra razón, se interesen en la historia de este país, del Próximo Oriente y de la Antigüedad en general. Así pues, me he esforzado por hacer esta obra lo más clara, simple y vivaz posible, a pesar de su intrínseca complejidad, sin romper por ello con las reglas de precisión, exactitud y prudencia que se imponen a todo historiador. Al hacer esto he tenido a veces la impresión de dan-

zar sobre una cuerda floja; al lector corresponderá juzgar si he conseguido mantener el equilibrio en todo momento. Además, sabiendo que los profesores ingleses, americanos y canadienses no dudaban en recomendar *Ancient Iraq* a sus estudiantes como una obra de iniciación, he pensado que quizá ocurriese lo mismo con la versión francesa, y es a los estudiantes de asiriología o cualquier otra disciplina afín, que toque de cerca o de lejos a Mesopotamia, a quienes van destinadas la mayor parte de las notas y referencias bibliográficas que figuran a pie de página.

El número de obras y artículos consagrados a Mesopotamia y a las regiones del Próximo Oriente que han gravitado en su órbita cultural no cesa de aumentar de año en año, y en la actualidad llegan a constituir una enorme masa cada vez más difícil de manejar. Explotando esta mina de informaciones me vi obligado a hacer elecciones tanto más difíciles, y a veces dilaceradoras, cuanto que mi tema cubría un campo extraordinariamente amplio, y por ello me disculpo ante los autores a los que pueda herir por no haberlos citado. Es preciso que me limite, pero he procurado no simplificar demasiado y he tratado de no omitir nada que sea esencial. La Historia de cualquier país, sobre todo en lo que se refiere a la más remota Antigüedad, plantea innumerables problemas, de los que muchos quizás no lleguen a ser nunca resueltos, y además lo que en la actualidad se cree que es una «verdad» histórica puede muy bien revelarse mañana como un error. Me he permitido por ello lastrar algunos capítulos con la discusión de algunos problemas y en muchas ocasiones he señalado el carácter provisional de nuestros conocimientos actuales sobre tal o cual punto, o he simplemente mostrado nuestra ignorancia. Sin ocultar que se trataba siempre de hipótesis, he tratado de explicar determinados acontecimientos haciendo referencia a otros acontecimientos anteriores o al contexto geográfico, ecológico o económico. Me parecía, en efecto, que sin estas «explicaciones» —aunque dentro de unos años aparezcan como falsas— la historia se reduce a una fastidiosa y estéril enumeración de nombres, fechas y hechos más o menos firmemente establecidos. Por último, he dado al arte, a la arqueología, a la literatura, a la religión y a los sistemas socioeconómicos más lugar del que normalmente ocupan en obras de este tipo, y he citado el mayor número de textos que me permite el espacio del que dispongo. En nuestra época el público culto no se contenta con las guerras y los tratados, que antaño constituían lo esencial de la historia, sino que desean con razón saber cómo vivían y qué es lo que pensaban los pueblos antiguos, y el mejor modo de hacer revivir el pasado es darle la palabra a los textos, siempre que ello sea posible.

No hubiera tenido el valor de escribir esta obra si mis amigos sumerólogos, asiriólogos y arqueólogos no me hubiesen animado a hacerlo y no me hubiesen prodigado su ayuda y sus consejos. Deseo expresar mi agradecimiento, en primer lugar, al profesor Jean Bottéro, que no sólo ha sostenido este proyecto, sino que también ha querido

leer detenidamente mi manuscrito y ofrecer un prefacio, así como al Sr. Jean-Pierre Grégoire del CNRS, que muy amablemente puso a mi disposición su rica biblioteca, y que me ha guiado en un tema tan difícil, y del que conoce todas su trampas y recovecos: la organización socioeconómica de Sumer en el Tercer Milenio. También deseo expresar mi más sincero agradecimiento a todos aquellos, franceses o extranjeros, que han manifestado su amistad y me han prestado o regalado sus propias obras y artículos, en particular a la Sra. Florence Malbran-Labat, a la Sra. Elena Cassin, a la Srta. Sylvie Lackenbacher, al Sr. Olivier Rouault y al Sr. Javier Teixidor de París; a los profesores Donald J. Wiseman (Londres), Wilfrid G. Lambert (Birmingham) y James V. Kinnier Wilson (Cambridge) en Gran Bretaña; a los profesores Johannes Renger (Berlín Occidental) y Wilhelm Eilers (Würzburg) en la Alemania Federal, al lamentado profesor Georges Dossin y a la Sra. Marcelle Duchesne-Guillemin de Lieja, al profesor Albert K. Grayson de Toronto, a los profesores Samuel N. Kramer y James B. Pritchard de Filadelfia. Y por último tengo una deuda de reconocimiento muy particular hacia Michel Winock por la comprensión y la paciencia de que ha dado prueba para conmigo, y *last but not least* hacia Christiane Roux que se ha encargado de la labor tan larga como ingrata de mecanografiar un manuscrito bastante denso y que me ha prestado un inmenso servicio.

CAPÍTULO PRIMERO

EL CUADRO GEOGRÁFICO

Del Pamir al Bósforo, del Indo al Mar Rojo se extiende una masa compacta de tierras ocres, en las que apenas hace mella la lámina azulada del golfo Pérsico, una serie de penillanuras, de amplias llanuras y desiertos, de valles largos y estrechos, de montañas con largos pliegues paralelos, coronadas aquí y allá por la nieve, a la que se suele llamar Próximo Oriente y de la que Iraq (que ocupa la mayor parte de la antigua Mesopotamia) ocupa prácticamente el centro. No hay ninguna otra parte del mundo que se halle más cargada de historia, ni tampoco en la que la influencia del medio sobre la historia haya sido más nítida, profunda y duradera. Y es que aquí, más que en cualquier otro lugar, el equilibrio entre el hombre y el medio natural es especialmente delicado. El hombre puede vivir sobre estas tierras, áridas en su mayor parte, e incluso prosperar, pero la mayor parte de sus actividades estarán determinadas por el relieve y la naturaleza del terreno, la abundancia o la escasez de las precipitaciones, la distribución de las fuentes y los pozos, el curso y el caudal de los ríos y afluentes, el rigor o la dulzura del clima. Hasta hace muy poco tiempo todos estos factores han marcado fuertemente su destino, incitándole a llevar una monótona vida de campesino, o la vida errante y dura del nómada, recorriendo las rutas de su comercio y de sus guerras, amoldándose en sus cualidades físicas y morales, e incluso en gran medida controlando sus pensamientos y sus creencias. Y es por ello por lo que el estudio histórico de cualquier país del Próximo Oriente —y Mesopotamia no constituye una excepción a la regla— debe comenzar necesariamente por una mirada sobre el mapa.

Los antiguos no nos han dejado ningún tratado de geografía; la descripción que sigue no puede fundarse más que sobre el Iraq

contemporáneo [1], pero también es cierto que puede aplicarse, con pequeñas correcciones, a la antigua Mesopotamia. Si en algunas partes del país los ríos ya no siguen exactamente el mismo curso que antaño y si regiones en otro tiempo fértiles ahora son estériles, y viceversa, sin embargo, la disposición general de las montañas, de las llanuras y de los valles es evidentemente la misma, y la comparación entre la fauna y flora antiguas y las modernas [2], así como los resultados de los estudios geológicos [3] demuestran que las variaciones climáticas han sido tan débiles desde hace seis mil años que se las puede considerar como despreciables. Tales pruebas científicas son además superfluas, porque quienquiera que conozca un poco la historia de Mesopotamia se encontrará, al visitar este país, en un ambiente familiar. No sólo estas montañas en gran parte erosionadas, estos desiertos de piedra y barro, estos palmerales florecientes, estos pantanos de inmensos canales constituyen los paisajes que evocan los antiguos textos y monumentos figurados, sino que, en el exterior de las grandes ciudades, las condiciones de vida parecen no haber cambiado. Sobre las colinas más o menos peladas, los pastores, como salidos de la Biblia, hacen pastar a sus negras cabras y a sus corderos de espeso vellón; en el desierto las tribus de beduinos —menos numerosas, es verdad, que hace algunos años— vagan sin cesar de pozo en pozo; en la llanura los campesinos viven en casas de adobes idénticas a las de sus lejanos antepasados neolíticos y utilizan frecuentemente útiles similares, mientras los pescadores de los pantanos todavía viven en chozas de cañas como las de los primeros sumerios e impulsan con su bichero las mismas piraguas de proa estrecha y elevada. Si la Luna, el Sol, los vientos y los ríos no son más que dioses a los que se adora, sus poderes no son menos temidos y acogidos con alegría y las condicio-

[1] A falta de trabajos de conjunto acerca de la geografía física de Mesopotamia, consúltense los grandes tratados de geografía general, o la obra de W. B. Fisher: *The Middle East,* London, 1978, 7.ª ed. Para la geografía histórica puede consultarse ahora el *Répertoire géographique des textes cuneiformes* (abreviado RGTC), anexo del *Tübinger Atlas des Vorderen Orients,* Wiesbaden, en curso de publicación desde 1977. El libro de M. Beek, Atlas of Mesopotamia, London, 1977 es muy útil.

[2] Acerca de la fauna véase E. Douglas Van Buren: *The Fauna of Ancient Mesopotamia as represented in Art,* Roma, 1939; B. Landsberger: *The Fauna of Ancient Mesopotamia,* Roma, 1960 (estudio filológico); F. S. Bodenheimer: *Animal and Man in Bible Lands,* Leiden, 1960; B. Brentjes: *Wildtier und Haustier im alten Orient,* Berlín, 1962; R. Mouterde: «La faune du Proche Orient dans L'Antiquité», *Mélanges de l'université Saint-Joseph,* 45, Beirut, 1969, pp. 443/462. Para la flora: R. Campbell Thompson: *A Dictionary of Assyrian Botany,* London, 1949 (estudio filológico); M. Zohary: *Geobotanical Foundations of the Middle East,* 2 vols., Stuttgart, 1973; E. Guest *et alii: Flora of Iraq,* Bagdad, 1966 ss y M-B Rowton: «The woodlands of ancient western Asia», JNES, 26, 1967, pp. 261/277.

[3] K. W. Butzer: *Quaternary Stratigraphy and Climate of the Near East,* Bonn, 1958; CAH (3), I,1, pp. 35/62; J. S. Sawyer (ed.): *World Climate from 8000 to O BC,* London, 1966; W. Nützel: «The climate changes of Mesopotamia and bordering areas, 14.000-2.000 BC», Sumer, 32, 1976, pp. 11/24 y W. C. Brice (ed). *The Enviromental History of the Near and Middle East since the last Ice Age,* New York, London, 1978.

nes de vida actuales permiten dar una explicación de costumbres y creencias largo tiempo olvidadas. De hecho no hay país en el que el pasado esté más vivo y en el que se puedan ilustrar mejor los textos inscritos sobre arcilla que descifran los historiadores.

Nuestro campo de estudio es un triángulo de alrededor de 80.000 kilómetros cuadrados, limitado por líneas imaginarias que unen Alepo, el lago Urmiah y la desembocadura del Chat-el Arab. Las fronteras políticas actuales dividen este triángulo entre Siria e Iraq, que ocupa su mayor parte, mientras que fragmentos penetran aquí y allá hacia Turquía e Irán; pero estas fronteras son recientes, y, en realidad, esta región está formada por una única unidad geográfica que tiene por eje los valles de los dos grandes ríos: el Éufrates y el Tigris. Podemos llamarla, pues, «Mesopotamia», aunque esta palabra, acuñada en la Antigüedad por los historiadores griegos, sea un poco restrictiva, ya que significa «(el país) *entre* los ríos» [4]. Por sorprendente que pueda parecernos, los antiguos habitantes de Mesopotamia no poseían una palabra para designar al conjunto del territorio que ocupaban y los nombres que para ello utilizaban eran demasiado vagos *(kalam* en sumerio, *Mâtu* en acadio: el país), o demasiado restringidos («Sumer», «Acad», «Asur», «Babilonia»). Sin duda los conceptos de «ciudad Estado» o de reino estaban profundamente enraizados en su mente, hasta el punto de que parecen haber sido incapaces de reconocer la existencia de una unidad geográfica que para nosotros es evidente.

Antes de nuestra Era esta unidad geográfica iba a la par con una unidad cultural no menos notable, porque es en el interior de este triángulo donde floreció una civilización que, tanto en su calidad como en su importancia, no tuvo en su época otro parangón que el de la civilización egipcia. Según los momentos y los modos, esta civilización fue llamada «caldea», «asirio-babilonia», «sumerio-acadia», e incluso «mesopotámica», pero se trató de un único y mismo fenómeno. Profundamente enraizada en la prehistoria se expandió en el alba de la Historia, y a pesar de numerosas convulsiones políticas y de las reiteradas aportaciones de sangre extranjera, permaneció extraordinariamente estable durante más de tres mil años. Los centros que la crearon y la hicieron irradiar en todo el Próximo Oriente fueron ciudades como Ur, Uruk, Kish, Nippur, Agade, Asur, Nínive, Babilonia, situadas todas ellas en las riberas del Éufrates o el Tigris, o en las de los afluentes del Éufrates, en el interior de las fronteras del Iraq actual. Hacia mediados del Primer Milenio antes de J. C. esta civilización comenzó a declinar, para irse apagando progresivamente por razones que evocaremos al final de esta obra. Algunos de sus logros culturales y científicos fueron preservados por los griegos y se incorporarían más tarde a nuestro patrimonio cultural, pero lo demás pe-

[4] Acerca de este nombre y su significado en las diversas épocas ver J. J. Finkelstein: «Mesopotamia», JNES, 21, 1962, pp. 73/92.

reció o permaneció enterrado durante más de 2000 años, esperando la piqueta de los arqueólogos. Un glorioso pasado permaneció en el olvido durante largo tiempo. Y no subsistieron en la corta memoria del hombre más que algunos nombres, frecuentemente deformados, de esas opulentas ciudades, de esos poderosos monarcas y de esos grandes dioses. Por lo que se refiere a los restos materiales, el sol que agrieta las ruinas y el agua que las disuelve, los vientos que las recubren de arena y de polvo conspiraron para borrar toda huella de ellas, y la mayor lección de modestia que pueda ofrecernos jamás la Historia reside en esos cerros desolados bajo los que tantas ciudades mesopotamias, grandes y pequeñas, fabulosas o desconocidas han permanecido y permanecen todavía enterradas.

Los ríos gemelos

Al igual que, tal y como dijo Herodoto «Egipto es un don del Nilo» [5], podría afirmarse que Mesopotamia es un don de dos ríos gemelos. En efecto, desde tiempos inmemoriales el Tigris y el Éufrates han depositado sus aluviones sobre un lecho de rocas sedimentarias entre la penillanura de Arabia y los montes Zagros, creando en medio de desiertos una llanura que, tanto en su extensión como en su fertilidad, no posee equivalentes en los 3.700 kilómetros de tierras en su mayor parte áridas que separan al Nilo del Indo. ¿También esta llanura fue ganada al mar? ¿O en otros términos, la extremidad noroccidental del Golfo Pérsico alcanzaba la latitud de Bagdad, o casi, en la época paleolítica, y ha ido retrocediendo poco a poco al compás de los milenios? Esta teoría ha sido aceptada durante mucho tiempo como un dogma [6], pero en 1952 dos geólogos ingleses, Lees y Falcon, demostraron que el Tigris, el Éufrates y el Karun en el Irán depositan sus sedimentos en una cuenca que desde hace mucho se hunde lentamente, a medida que se van elevando los macizos montañosos del suroeste iranio, de modo que, según ellos, la forma del litoral ha ido probablemente variando muy poco en el curso de los tiempos [7]. Además, se sabe que el nivel de las aguas marinas ha ido fluctuando de acuerdo con la formación y la fusión de los grandes glaciares europeos a lo largo del curso del Pleistoceno y del Holoceno y que el golfo no se llenó más que progresivamente alrededor del 14000 y hasta el 3500. Las tierras hoy en día sumergidas o recubiertas de aluviones han

[5] Herodoto: II, 5. El autor de esta frase habría sido en realidad Hecateo de Mileto.

[6] Esbozada en el siglo primero de nuestro era por Plinio el Viejo: NH, VI, 31, 13, esta teoría ha sido sistematizada por J. de Morgan en MDP, 1, 1900, pp. 4/48.

[7] G. M. Lees y N. L. Falcon: «The geographical history of the Mesopotamian plains», *Geographical Journal*, 118, 1952 pp. 24/39. Los datos más recientes acerca de este problema han sido reunidos por C. E. Larsen: «The Mesopotamian delta region: a reconsideratio of Lees and Falcon», JAOS, 45, 1975, pp. 43/47.

podido, pues, estar habitadas en épocas muy remotas[8]. Pero la realidad es infinitamente más compleja, y dado que estamos muy lejos de tener a nuestra disposición todavía todos los datos climáticos, geológicos e hidrográficos que podrían contribuir a resolver este interesante problema, sin duda será mucho más prudente dejar la cuestión en suspenso por el momento.

El Tigris y el Éufrates nacen en Armenia, el primero al sur del lago Van y el segundo cerca del monte Ararat. El Éufrates, con una longitud de 2.780 kilómetros, fluye a través de Turquía en principio, mientras que el Tigris, sensiblemente más corto (1.900 kilómetros) se dirige rápidamente hacia el Sur. Cuando salen de la cadena del Tauro ambos ríos se hallan separados por alrededor de unos 400 kilómetros de estepa. El Éufrates, que en Jerablus no está a más de 150 kilómetros del Mediterráneo, se desvía luego hacia el sureste y se va aproximando progresivamente al Trigis. Ambos ríos se alcanzan casi en la latitud de Bagdad, donde distan apenas una treintena de kilómetros, pero vuelven enseguida a separarse, y no será más que al llegar a la gran ciudad de Qurnah a alrededor de 100 kilómetros al norte de Basora, cuando mezclen sus aguas para formar el Chat-el-Arab. Sin embargo, este amplio y majestuoso río no existía en la Antigüedad: entonces el Trigis y el Éufrates seguían cursos separados y desembocaban directamente en el Golfo. Esta descripción general deberá no obstante ser ligeramente matizada. Al norte de una línea ideal que va de Hît a Samarra cada uno de los dos ríos posee su propio valle bien definido. Se abren camino a través de una llanura de duras rocas calcáreas y de esquistos, y se hallan rodeados de acantilados, de modo que su curso se ha modificado poco en el curso del tiempo, por lo que las antiguas ciudades —como Carquemish, Mari, Nínive, Nimrud o Asur— se hallan en la actualidad, al igual que hace miles de años, en sus riberas o en su inmediata proximidad. Por el contrario, al sur de esta línea los dos valles se confunden y forman una llanura aluvial amplia y llana que a veces se llama el «delta mesopotámico», y cuya pendiente es tan débil que los ríos se ven obligados a trazar numerosos meandros y a expandirse en numerosos brazos. Al igual que todos los ríos con meandros, van cambiando poco a poco su lecho por sedimentación, de modo que éste sobrepasa frecuentemente el nivel de la llanura. Sus desbordamientos tienden entonces a crear lagos y pantanos permanentes y su huella se modifica progresivamente, e incluso bruscamente a veces. Esto explica por qué las ciudades de la mitad sur de Mesopotamia, antaño situadas cerca del Éufrates o sus afluentes, no son ahora más que montones de ruinas en un desierto de aluviones desecados y muy lejos de los cursos de agua actuales.

[8] A. Holmes: *Principles of Physical Geology,* London, 1949, pp. 417/418; M. Sarnthein: «Sediments and history of the post-glacial transgresion of the Persian Gulf and north-west Gulf of Oman», Marine Geology, 12, Amsterdam, 1971 y W. Nützel: «The formation of the Arabian Gulf from 14.000 BC», Sumer, 31, 1975, pp. 101/109.

Es muy difícil estudiar globalmente los cambios del lecho de los ríos y, sobre todo, datarlos con precisión, pero no hay duda alguna de que se produjeron a lo largo de la Antigüedad. Es preciso, sin embargo, señalar que los antiguos mesopotamios consiguieron, mediante trabajos de contención y canalización, controlar muy bien el curso de sus grandes ríos, ya que los dos brazos principales del Éufrates siguieron prácticamente el mismo camino durante tres mil años, pasando por Sippar, Babilonia, Nippur, Shuruppak, Uruk, Larsa y Ur, o sea, entre 25 y 80 kilómetros al este del recorrido actual [9]. Todavía sabemos muy poco acerca del curso meridional del Tigris, sobre todo al sur de Kut el Imara, pero parece que este río no jugó en esta región más que un papel mínimo a comienzos de la historia mesopotámica, ya sea porque, tras un curso demasiado caudaloso y rápido su lecho se había sumergido demasiado en la llanura aluvial como para permitir una simple irrigación mediante canales, o ya sea porque estaba por aquel entonces, todavía mucho más que hoy en día, rodeado de inmensos pantanos. En su cuna la civilización sumeria será una civilización esencialmente eufratea.

El clima del Iraq central y meridional es del tipo «subtropical seco» con temperaturas que alcanzan los 50° C a la sombra en verano y con lluvias invernales inferiores a los 25 centímetros por año. La agricultura depende, pues, básicamente de la irrigación, pero tanto las dimensiones como el perfil de la llanura, así como el régimen de lluvias, no permiten más que una irrigación estacional, tal y como la que se practicaba en Egipto en el que el Nilo inundaba libremente el valle durante un período de tiempo determinado y luego se retiraba. Como las crecidas combinadas del Tigris y el Éufrates sobrevienen en abril y junio, demasiado pronto para una cosecha de verano y demasiado tarde para una de invierno, es al hombre a quien le incumbe suministrar a la tierra el agua que necesita, lo que requiere un complejo sistema de canales, diques, depósitos y presas reguladores que permitan ir irrigando durante todo el año a voluntad [10]. Crear un haz eficaz de canales, mantenerlo, luchar contra sus crecidas representa evidentemente una ingente tarea en un ingente territorio, una labor colosal y sin fin que requiere una mano de obra numerosa y la cooperación de numerosos grupos demográficos, que serán sin duda factores de unidad económica y política, pero también fuentes de rivalidades y guerras. Pero esto no es todo: año tras año dos graves peligros amenazan al granjero mesopotámico. El primero y más insidioso es la acumulación en las zonas llanas y bajas de sal disuelta en agua de

[9] Mapa en T. Jacobsen: «The waters of Ur», Iraq, 22, 1960, pp. 174/185. Este tema es tratado con detalle por R. McC Adams: *Heartland of Cities*, Chicago, 1981, pp. 1/26.

[10] P. Buringh: «Living conditions in the lower Mesopotamian plain in anciet times», Sumer, 13, 1957, pp. 30/46; R. McC Adams: «Historic patterns of Mesopotamian agriculture» en T. E. Downing y McG Gibson: *Irrigation's Impact on Society*, Tucson, Ariz., 1974, pp. 1/6.

irrigación, que se va depositando en la capa freática, situada a menos de un metro de la superficie del suelo. En ausencia de drenajes —y tal drenaje parece haber sido desconocido para los antiguos— los campos fértiles pueden convertirse en estériles en un tiempo relativamente corto, y así será como en el curso del período histórico extensiones de tierra cada vez más amplias deberán ser abandonadas y entregadas de nuevo al desierto [11]. El segundo peligro, que ha venido amenazando a la llanura mesopotámica hasta fecha muy reciente y que sólo la construcción de grandes presas modernas ha sido capaz de conjurar, lo constituye el caprichoso curso de los dos ríos gemelos. Mientras que el Nilo, alimentado por los grandes lagos del África oriental, que funcionan como reguladores, tiene una crecida anual y un volumen casi constante, por el contrario el volumen combinado de las crecidas del Tigris y el Éufrates es imprevisible, porque depende de la cantidad de lluvia o nieve, siempre variable, que caiga sobre las montañas de Armenia o el Kurdistán [12]. Si la escasez de precipitaciones durante varios años seguidos significa la sequía y el hambre, también es cierto que una sola crecida excesiva puede provocar una verdadera catástrofe. Bruscamente los ríos se desbordan y la llanura se desvanece bajo las aguas; las míseras casa de adobes, las chozas de cañas, son barridas por las aguas y la cosecha, sumergida por una inmensa masa de barro, se pierde, junto al ganado, los bienes y a veces las vidas de la mayor parte de los habitantes. Quienes, como yo, han sido testigos de la última gran inundación que asoló Iraq en la primavera de 1954 no podrán olvidar jamás el horror de semejante espectáculo. De este modo Mesopotamia oscilaba sin cesar entre el estado de desertización y el de la marisma. Esta doble amenaza e incertidumbre acerca del futuro sin duda alguna contribuyeron al sentimiento poderoso de que estaban imbuidos los mesopotamios antiguos de estar totalmente a merced de los dioses.

Pero a pesar de estas desventajas, la llanura fertilizada por el Tigris y el Éufrates es un tierra rica y todavía lo era mucho más en la Antigüedad, antes de que la salinización del suelo se extendiese a enormes superficies cultivables. Esta tierra podía alimentar con facilidad a toda la población de la antigua Mesopotamia y permitía la explotación, entre otras cosas, de un excedente de cereales, intercambiable por madera, metal y piedra, que era necesario importar. En esta vasta llanura se cultivaban muchas variedades de trigo, mijo, sésamo y, sobre todo, cebada, que constituía, al igual que en la actualidad, el principal cultivo cerealístico, porque soporta un suelo media-

[11] T. Jacobsen y R. McC Adams: «Salt and silt in ancient Mesopotamian», *Science*, 128, 1958, 1.251/1.258. Acerca del abandono del barbecho en el siglo XVIII antes de nuestra era, ver el capítulo 15, n.° 3.

[12] M. Ionides: *The Regimen of the Rivers Euphrates and Tigris*, London, 1939; M. Pardé: «Le regime du Tigre et de l'Euphrate», *Revue de Géographie alpine*, 1940, pp. 511/565.

namente salino. Los métodos utilizados en la agricultura con primitivos útiles habían sido notablemente perfeccionados desde el tercer milenio. Podemos conocer los detalles gracias a un enorme texto sumerio fechable en torno al 1700 antes de J.C., pero que describe unas prácticas evidentemente mucho más antiguas, y que se llama el *Almanaque del granjero* [13]. Según ese texto, que pretende ser una recopilación de consejos dados por un granjero a su hijo, al dictado del dios Ninurta, hijo y «granjero» de Enlil, el campo debe ser en primer lugar irrigado con moderación, luego desherbado y pisoteado por un buey para mullir la tierra húmeda, y luego vuelto a arar, nivelado, rastrilleado y majado. Arado y sembrado se hacen, pues, simultáneamente por medio de un arado-sembradera, a razón de ocho surcos de «profundidad de dos dedos» por cada banda de seis metros de ancho. Cuando aparecen los primeros brotes se eleva una plegaria a la diosa Ninkilim, que aleja a los animales dañinos y expulsa a las aves y luego se riega. El riego se repite por cuatro veces: cuando los tallos salen del suelo, cuando son altos «como un felpudo en medio de una barca», cuando alcanzan su máxima altura y por último —si la enfermedad *samana* no ha alcanzado al grano— una última vez para aumentar el rendimiento del 10 por 100. Tres hombres proceden a la cosecha: uno corta los tallos con la hoz, otro los ata y el tercero forma los haces. Al igual que en el libro bíblico de Ruth, se recomienda dejar algunas espigas en el suelo, para que la tierra asegure la subsistencia de los «jóvenes» y de los «espigadores». Por último, la cebada es batida durante cinco días por los carros, «abierta» mediante los trillos provistos de láminas punzantes y después cribada con la horquilla.

La inundación de los campos y la siembra tenían lugar en otoño y la cosecha habitualmente en abril o mayo del año siguiente, pero era frecuentemente posible una cosecha intermedia tras las lluvias del invierno. La fecundidad de la tierra era tal que las cifras dadas por Herodoto y Estrabón [14] —un rendimiento de dos a trescientos por uno en los cereales— no parecen excesivos. A partir de los textos cuneiformes se ha podido calcular que el rendimiento del trigo en el extremo sur del Iraq hacia el 2400 antes de J.C. podía compararse notablemente con el de los mejores campos del moderno Canadá [15]. Además, el clima cálido y húmedo de la Mesopotamia meridional y la abundancia de agua en esta región constituían condiciones eminente-

[13] S. N. Kramer: *The Sumerians,* Chicago, 1963, pp. 105/109 y 340/2 y HCS (2), pp. 88/90.

[14] Herodoto: I, 193 y Estrabón: XVI, 14.

[15] T. Jacobsen: «Summary of report by the Diyala basin archaeological proyecto». *Sumer,* 14, 1958, pp. 78/89. El autor cita la cifra de 17,7 quintales de cebada por hectárea cerca de Girsu hacia el 2400 antes de JC. Hacía algunos años el rendimiento variaba entre 8,8 y 9 quintales en la misma región. La fiabilidad de los textos antiguos en lo que se refiere al rendimiento cerealícola es disctutida por K. Butz en E. Lipinski (ed.): *State and Temple Economy in the Ancient Near East,* Lovaina, 1979, pp. 257/409.

mente favorables para el cultivo de la palmera datilera que crece en las riberas de los ríos y los canales, «con los pies en el agua y la cabeza en el sol ardiente», como dice un proverbio árabe. Sabemos, por los monumentos figurados y los textos, que existió en todos los tiempos en el país de Sumer gran cantidad de inmensos palmerales y que se practicaba la polinización artificial [16]. Las harinas de trigo, y sobre todo de cebada, así como los dátiles —estos últimos de gran contenido en calorías— constituían la alimentación básica de los antiguos mesopotamios, pero también criaban bueyes, corderos y cabras que pacían en las zonas no cultivadas, mientras que los ríos, el mar y los lagos proporcionaban pescado en abundancia. Frutos y legumbres variadas —granadas, uvas, higos, guisantes, lentejas, habas, nabos, puerros, pepinos, berros, lechugas, cebollas y ajos— eran cultivados en jardines protegidos del viento e irrigados mediante un sistema de balanza *(dâlu)* todavía utilizado en nuestros días bajo un nombre derivado del acadio *(daliya)* [17]. Sin duda alguna, si exceptuamos las hambrunas provocadas por las guerras o las catástrofes naturales, los mesopotamios disfrutaban por lo general de una alimentación relativamente rica y variada, que envidiaban sin duda sus vecinos de Siria, Anatolia y el Irán [18].

Particularidades regionales

Hasta el momento, nuestra atención se ha centrado en torno al eje del triángulo mesopotámico, la llanura «entre ríos», pero si miramos hacia la periferia podremos comprobar inmediatamente la existencia de importantes diferencias en el clima y en el paisaje. Despreciando las variaciones locales, sin duda de menor importancia, podríamos describir cuatro grandes regiones: el desierto, la estepa, la llanura de los Zagros y los pantanos del extremo sur.

Hundida hacia el norte, cortada por profundos *wadis* en el centro y uniformemente llana al sur, rodeada por el desierto todo al oeste del curso del Éufrates, se extiende durante centenares de kilómetros hasta el Anti-Líbano y hasta el corazón de Arabia [19]. De hecho este gran desierto siro-arábico no formaba verdaderamente parte de Me-

---

[16] V. H. Dawson: *Dates and Date Cultivation in Iraq*, Cambridge, 1923; B. Landsberger: *The Date-Palm and its By-Products according to Cuneiform Sources*, Graz, 1967; D. Coquerillat: *Palmeraries et Cultures de l'Eanna d'Uruk*, Berlín, 1968.

[17] J. Laesse: «Reflections on modern and ancient oriental waterworks», JCS, 7, 1953, pp. 5/26; M. S. Drawer: «Water Supply irrigation and agriculture», en C. Singer, E. J. Holmard y A. R. Hall (ed.): *A History of Techonology*, London, 1955.

[18] Según R. Ellison: «Diet in Mesopotamia», *Iraq*, 43, 1981, pp. 35/43 la alimentación en Mesopotamia proporcionaba en las diferentes épocas un promedio de 3.495 calorías diarias.

[19] C. P. Grant: *The Syrian Desert*, London, 1937.

sopotamia y la demarcación nítida, la ligera elevación del terreno que la separa del Valle del Éufrates también marca el límite de los yacimientos preislámicos. Los sumerios y los babilonios eran ante todo campesinos. A diferencia de los árabes, cuyas primeras ciudades en Iraq (Basora la Vieja, Cerbela y Cufah) fueron fundadas en medio del desierto, ellos le daban la espalda y permanecían fuertemente vinculados a la «buena tierra», al aluvión fértil. Pero tenían que contar con los nómadas considerados como bárbaros que atacaban sus caravanas, saqueaban sus ciudades e incluso invadían sus territorios, tal y como lo hicieron los amorritas en el Segundo Milenio y los arameos en el Primero. Esta lucha secular, que oponía la sociedad sedentaria de la llanura aluvial a las tribus hostiles del desierto occidental, ocupa, como veremos, largos capítulos de la historia mesopotamia. Todavía será preciso añadir que existían, en el propio seno de la llanura interfluvial algunas zonas que siempre habían sido desérticas. Así es como entre el Khabur y el Wadi Tharthar se extiende una región árida y desolada, sembrada de lagos salados y desecados *(sabkha)* en la que no viven más que escasos beduinos y que jamás ha sido atravesada por las grandes rutas comerciales.

Inmediatamente al norte de esta región, más allá de las estrechas cadenas del Jebel Sinjar (que culmina a 1.463 metros) y del Jebel Abd el'Aziz (920 metros), y hasta el pie del Tauro, la llanura que los árabes llamaban el Jazirah, la «isla», cubre 400 kilómetros que separan al Tigris del Éufrates [20]. Los numerosos cursos de agua que convergen para formar el Khabur y el Balikh, afluentes del Éufrates, se expanden en abanico sobre casi toda la región, y a las lluvias de invierno, relativamente abundantes (30 a 80 cm. por año) se añade una vasta capa de agua subterránea de débil profundidad, alimentada por las nieves del Tauro. Campos de cereales y vergeles se escalonan a lo largo de las riberas o se agrupan en torno a las fuentes y los pozos, mientras que entre mallas de esta red de verdor se extiende una estepa cubierta de hierba y de flores en la primavera, que ofrece las condiciones ideales para la cría del ganado, de los corderos y los caballos. Esta fértil estepa forma un corredor natural, una zona de tránsito entre el alto valle del Tigris y las llanuras de la Siria del Norte. Además se halla plagada de *tells* que indican otras tantas ciudades o villas enterradas y que dan testimonio de un poblamiento que en la Antigüedad llegó a ser muy denso.

En el ángulo noreste del Iraq, al pie de los Zagros y sobre el flanco occidental de esta cadena, el Kurdistán iraquí ofrece para el historiador un particular interés [21]. Allí las lluvias anuales alcanzan hasta

[20] Se puede consultar un buen estudio geográfico sobre esta región en L. Dilleman: *La Haute Mésopotamie orientale,* París, 1962, pp. 1/128.

[21] Sobre esta región véase: A. M. Halimton: *Road throught Kurdistan,* London, 1958, 2.ª ed.; R. J. Braiwood y B. Howe: *Prehistoric Investigations in Iraqi Kurdistan,* Chicago, 1960, pp. 12/17.

un metro de agua como media. Una llanura levemente ondulada costea el Tigris, luego el suelo se eleva en una serie de pliegues paralelos de creciente altura, hasta llegar a las cumbres abruptas y nevadas de los Zagros (2.500 a 3.600 metros), que separan el Iraq del Irán. Cuatro grandes afluentes del Tigris, el Gran Zab (o Zab superior), el Pequeño Zab (o Zab inferior), el Adhem y el Diyala descienden de estas montañas y atraviesan toda la región en diagonal, ya sea atravesando las gargantas profundas en el corazón de los espolones calcáreos, o rodeándolas en largos valles sinuosos. La temperatura no sobrepasa apenas los 35° C en verano, y cae frecuentemente bajo cero en el invierno. Las montañas, antaño boscosas, están en la actualidad peladas; sin embargo, sobre sus faldas se encuentran bellas praderas y pequeños bosques de encinas y pinos. El trigo, la cebada, los árboles frutales, la vid y todo tipo de legumbres crecen sin dificultad en los valles medios y bajos. Esta región llena de atractivo jugó un papel considerable en la prehistoria y la historia de Mesopotamia. El hombre del Neanderthal vivió en sus grutas y el *homo sapiens* construyó sus chozas con piedras y ramas: allí nació la agricultura hace alrededor de nueve mil años, mucho antes de que se constituyese la frontera que defendía a los reyes de Sumer, de Acad, de Asiria contra los bárbaros, tan temibles, al menos, como los del desierto sirio-eufrateo. Pero, incluso en el apogeo de la época asiria, la civilización siguió estando confinada a las tierras cultivables de la llanura ribereña del Tigris y de los primeros contrafuertes montañosos. Los altos valles continuaron siendo el dominio de los guti, lullubi y otros pueblos de los que sabemos muy poco, pero que debían ser tentados, no menos que los beduinos del Oeste, por la rica llanura que se extendía bajo sus ojos.

En la otra extremidad del Iraq los vastos pantanos que cubren la parte meridional del delta forman también una región muy diferente a Mesopotamia. Con sus millares de lagos poco profundos, con sus vías de agua que van serpenteando entre densos canales con inmensos cañaverales, su fauna de búfalos de agua, de jabalíes y de aves salvajes, con sus mosquitos y su calor asfixiante, los pantanos iraquíes forman un mundo aparte, un mundo extraño, temible y fascinante a la vez[22]. Su extensión y su configuración han ido variando sin duda alguna con el curso de los tiempos, pero los antiguos textos y monumentos figurados atestiguan que siempre habían existido y que sus habitantes, los Ma 'dan, parecen haber conservado algunos aspectos en su modo de vida provinientes de las poblaciones presumerias establecidas en las orillas de los pantanos hace al menos seis mil años. Desgraciadamente esta región continúa siendo en gran parte *terra incognita* para los arqueólogos, por una parte, porque está muy poco ex-

[22] W. Thasiger: «The marshmen of soutern Iraq», *Geographical Jorunal* 120, 1954, pp. 272/281. *The Marsh Arabs,* London, 1964.

plorada, y por la otra, porque sus antiguos habitantes vivían sin duda alguna, tal y como continúan haciéndolo hoy en día, en chozas de cañas que han desaparecido totalmente, y sus huellas materiales (cerámica, útiles y utensilios de piedra), si perduran, se hallan enterrados bajo una espesa capa de sedimentos.

Así pues, a pesar de su aparente uniformidad Mesopotamia es un país de contrastes. Si se puede considerar a la estepa del Norte y a los pantanos del sur como simples variantes locales de la gran llanura mesopotámica, el relieve, el clima y la vegetación hacen que exista una diferencia chocante entre esta llanura y las faldas de los Zagros. Esta diferencia se refleja en el desarrollo histórico. Durante toda la Antigüedad se discierne una nítida oposición entre el Norte y el Sur, o en términos de geopolítica entre Sumer y Acad (que más tarde formarán Babilonia) y Asiria, oposición ya larvada y revelada por desemejanzas culturales, ya abierta y manifiesta a través de violentos conflictos.

Las arterias del comercio

Mucho antes de que el «oro negro» constituyese la riqueza del Iraq, los antepasados de los actuales iraquíes conocían y utilizaban el petróleo bruto bajo forma de nafta *(naptu)* y de betún *(iddû)*, que extraían de yacimientos de superficie situados en diversas partes del país, sobre todo en los alrededores de Kirkuk y cerca el Hît y Ramâdi, en el medio Éufrates. El uso que hacían de él era extremadamente variado: mortero para unir ladrillos cocidos en los templos y los palacios, revestimiento impermeable para las canalizaciones de agua, los baños, los cuartos de baño y el calafateo de los barcos, cementos para fijar las láminas de silex sobre las hoces de arcilla o madera, o para los personajes cortados en nácar sobre el fondo de sus «estandartes», adornos para determinadas partes de las estatuas (barba, cejas, cabellos), medicamentos, etc. Aunque parezca probable, no existe prueba alguna de que lo hayan exportado a lo largo de los períodos históricos.

Pero Mesopotamia disponía en abundancia de betún, así como de arcilla, cereales, lana y lino; sin embargo, estaba desprovista de minerales, de piedras duras y de madera útil para la construcción. Desde la protohistoria estos materiales fueron importados, y a veces desde muy lejos [23]. Se suele admitir unánimemente que el cobre se descubrió en el Cáucaso o en el Noroeste del Irán, pero los mesopotamios lo hacían venir de Anatolia (minas de Ergani Maden) y más tarde

[23] Acerca del comercio exterior de Mesopotamia: A. L. Oppenheim: «The seafaring merchants of Ur», JAOS, 74, 1954, pp. 6/17; W. F. Leemans: *Foreing Trade in the Old Babylonian Period,* Leiden, 1960; K. Polanyi, C. A. Arensberg y H. W. Pearson: *Trade and Market in Early Empires,* New York, 1957, pp. 12/26 (hay traducción castellana en Edit. Labor, Barcelona, 1976); *Trade in the Ancient Near East,* London, 1977, recopilación de artículos publicados en *Iraq,* 39, 1977.

de la región llamada Magan en los textos cuneiformes —y que ahora puede identificarse con certidumbre con Omán— e incluso de la isla de Chipre (Alasia). El estaño era, al parecer, importado del Irán (Azerbaijan y Khorassan), y quizás de Afganistán. La plata provenía básicamente de Armenia, y el oro de diferentes yacimientos dispersos entre la India y Egipto, estando situados los más próximos en Turquía y en Irán [24]. De los Zagros se extraían el alabastro y las rocas calcáreas duras, mientras que Magan era célebre por su bella diorita negra, que utilizaron con gran acierto los escultores de Gudea. El «vidrio de volcán», la obsidiana, llegaba a Mesopotamia a partir de Armenia, y es de Afganistán de donde provenía el lapislázuli [25]. Entre las maderas, el precioso cedro era importado del Amanus y del Líbano, mientras que otras maderas llegaban por mar del país de Meluhha, que probablemente debe ser el valle del Indo, viajando a través de Dilmun (Bahrain). De este modo se venía desarrollando desde una época muy primitiva una amplia red de vías comerciales que unía las diferentes partes de Mesopotamia entre sí y con las restantes regiones del Próximo Oriente.

En el interior de Mesopotamia el transporte de una localidad a otra se efectuaba normalmente por agua. El Tigris y el Éufrates constituían las grandes rutas líquidas entre el Norte y el Sur y los canales de irrigación más anchos permitían unir villas y ciudades. La comodidad de un modo de transporte tal se manifestará más claramente si se tiene en cuenta que estos mismos canales dificultaban el transporte por vía terrestre, y que la mayor parte del sur mesopotámico se halla cubierta de un espeso lodo en invierno y está amenazada de inundaciones locales en primavera, y que antes de la utilización del caballo a gran escala en el Segundo Milenio y del camello en el Primero, los únicos animales de tiro o de carga eran el buey y el asno.

En el exterior de Mesopotamia dos grandes rutas conducían al Oeste hacia Siria y la costa mediterránea [26]. Quede claro que se trataba de simples pistas, porque las vías pavimentadas descubiertas a las puertas de algunas ciudades no debían llegar muy lejos. La primera de estas rutas partía de Sippar (Abu Habba, cerca de Fallujah, un poco al norte de Bagdad), remontaba el Éufrates hasta Mari o sus alrededores, después cortaba en línea recta a través de 380 kilómetros el de-

[24] R. J. Forbes: *Metallurgy in Antiquity*, Leiden, 1950, H. Limet: *Le Travail du metal au pays de Sumer*, París, 1960; J. D. Muhly: *Cooper and Tin*, Hamden, Conn, 1973; K. R. Maxwell-Hyslop: «Sources of Sumerian gold», *Iraq*, 39, 1977, pp. 84/6.

[25] J. E. Dickson, J. R. Cann y C. Renfrew: «Obsidian and the origin of the Trade», en *Old World Archeology*, San Francisco 1972, pp. 80/88; G. Hermann: «Lapislazuli: the early phases or its Trade», *Iraq*, 30, 1968, pp. 21/57.

[26] Acerca de estas rutas: J. Lewy: «Studies in the Historic Geography of the Ancient Near East», *Orientalia*, 21, 1952, pp. 1/2; pp. 265/292; pp. 393/425; A. Goetze: «An Old Babylonian itinerary», JCS, 7, 1953, pp. 51/72; W. W. Hallo: «The road to Emar», JCS, 18 (1964), pp. 57/88; D. O. Edzard y G. Franz-Szabo, artículo «Itinerario» en RLA, V, pp. 216/220. Véanse también los artículos de L. Le Breton, P. Garelli y T. Jacobsen en RA, 52, 1958.

sierto, pasando por Tadmur (Palmira) alcanzaba Qatna, cerca de Homs, en Siria, donde se dividía en muchos ramales para alcanzar los puertos fenicios, Damasco, Palestina y Egipto. La travesía del desierto, de manantial en manantial era extremadamente dura en verano, y en cualquier estación suponía el riesgo de ser víctima de los ataques de los nómadas. Por eso, las caravanas, al igual que los ejércitos, preferían la segunda ruta, mucho más larga, pero mucho más segura y mejor provista de agua, víveres y forrajes. Esta ruta también partía de Sippar, alcanzaba el Tigris cerca de Samarra y seguía sus riberas hasta los alrededores de Nínive. Allí lo dejaba, discurría de Este a Oeste a través de la estepa de Jazirah por Shubat-Enlil y Harran (con múltiples variantes posibles) y alcanzaba el Éufrates en Carquemish (Jerablus) o en Emar (Meskene)[27], donde se unía con otra ruta que venía directamente de la Mesopotamia meridional, remontando el río o siguiendo sus riberas. El Éufrates se atravesaba por un puente de barcos, con una balsa, o por otros medios, y se dirigían entonces hacia Alepo o a sus alrededores, llegando al valle del Orontes, de donde partían las ramificaciones hacia la Siria central y hacia el Mediterráneo. En diversos puntos de este trayecto otras rutas se iban bifurcando hacia el Noroeste para terminar en Cilicia y Anatolia. De Nínive se podía llegar a Armenia y Anatolia oriental, siguiendo el Tigris hasta Diarbakr, atravesando luego el Tauro por los estrechos desfiladeros.

Las comunicaciones con el Este eran mucho más difíciles. No sólo las tribus que ocupaban los Zagros eran normalmente hostiles, sino que también la propia montaña constituía una formidable barrera, que no se podía franquear más que en tres o cuatro puntos: en Rayat, cerca de Rawanduz, en Halabja o Penjwin, en los alrededores de Sulaimaniyah, y en Khanaqin, en el alto valle del Diyala. Los pasos el Rayat, Halabja y de Penjwin permitían alcanzar el Azerbaijan y las riberas del lago Urmiah, y el paso de Khanaqin daba acceso a Kermanshah, Hamadan y más allá de esta ciudad a la meseta iraní. Al sur del Diyala una ruta corría hacia el Sureste, paralelamente a los Zagros, a los que todavía se los podía franquear cerca de Badra (antigua Der), en dirección a Kermanshah, y terminaba en Susa (Shush, cerca de Dizful), capital del Elam. No encontraba obstáculo natural alguno en su paso, porque los bajos valles de la Karkheh y de Karun, que formaban el territorio del Elam, no son más que la prolongación oriental de la llanura mesopotamia. Pero los elamitas eran los tradicionales enemigos de los mesopotamios y esta ruta era también recorrida frecuentemente tanto por los ejércitos como por los pacíficos convoyes.

La última de las grandes rutas que unían Mesopotamia con el res-

[27] Acerca de las diferentes localizaciones propuestas para Shubat-Enlil, ver RGTC, III, 1980, p. 225. Emar ha sido excavado recientemente por una misión francesa: D. Beyer (Ed.) *Méskéne-Emar: dix ans de travaux,* París, 1982 (con bibliografía).

to del mundo antiguo era la ruta marítima que atravesaba el golfo Pérsico —el «río Amargo» o el «Mar Inferior», o el «Mar del Sol Naciente», como entonces se le llamaba— que siempre ha sido el pulmón del Iraq, la gran ventana abierta sobre la India y, más adelante, sobre el Extremo Oriente. Esta ruta conducía de Ur a Dilmun, luego a Magan y Meluhha, con, sin duda alguna, numerosas escalas en puertos todavía no identificados. Se sabía desde hacía ya mucho tiempo, tanto por los textos como por la presencia de determinados objetos en Mesopotamia, sobre todo por sellos, característicos de la civilización del Indo, que entre estos dos países existían relaciones comerciales que se remontaban al tercer milenio, pero la costa árabe del golfo, la famosa «costa del petróleo» era arqueológicamente virgen hasta estos últimos años. A partir de 1953 los campos de excavaciones no han dejado de multiplicarse en Bahrain, en Arabia Saudita, en Qatar, en los Emiratos Árabes Unidos y en Omán, con resultados sorprendentes. No sólo han confirmado que el comercio entre Mesopotamia y el valle del Indo pasaba por esta costa, sino que también han puesto de manifiesto que se remontaba a períodos protohistóricos (cuarto y quinto milenios) y que existían en esta región culturas locales de un enorme interés [28]. Quizás esta ruta haya sido también seguida por las naves que transportaban tropas, o al menos embajadores, porque sabemos que los reyes de Acad, hacia el 2200 antes de J.C., y luego los reyes de Asiria en el primer milenio se esforzaron por atraer a las regiones que bordean el golfo Pérsico hacia su esfera de influencia política y económica.

La descripción que se acaba de hacer, aunque breve e incompleta debería bastar para demostrar que, en contra de la opinión generalmente admitida, Mesopotamia no ofrece las condiciones ideales para el desarrollo de una gran civilización. Sus dos ríos forman un delta fértil, pero pueden traer tanto la opulencia como el desastre. A costa de considerables e incesantes esfuerzos la agricultura pudo desarrollarse a gran escala, pero el metal, la madera de construcción y, en el Sur, las piedras escasean cruelmente. Desiertos y altas montañas, difíciles de franquear y habitados por tribus frecuentemente hostiles, rodean la llanura por todas partes no dejando más que un único acceso, además estrecho, hacia un mar bordeado por costas en gran parte

[28] Acerca del comercio Mesopotamia-Dilmun-Magan-Meluhha, según los textos: A. L. Oppenheim, en el artículo citado, nota 23; I. J. Gelb: «Makkan and Meluhha in early Mesopotamian Sources», RA, 64, 1970, pp. 1/8; E. C. L. During-Caspers: «Harappan trade in the Arabian Gulf», *Mesopotamia*, 7, 1972, pp. 167/191; «Coastal Arabia and the Indus valley in protoliterate and Early Dynastic eras» JESHO, 22, 1979, pp. 121/135. Para una visión de conjunto acerca de las recientes excavaciones en Arabia, en los Emiratos Árabes y en Omán puede consultarse el excelente artículo de J. F. Salles: «Le golfe arabe dans l'Antiquité», *Annales d'histoire*, Beyrouth, 1, 1981, pp. 1/59 con rica bibliografía. La obra de G. Bibby: *Looking for Dilmun*, Harmondsworth 1970, trad, fr. *Dilmun, la découverte de la plus ancienne civilisation*, París, 1972 es de lectura agradable, pero se halla muy superada.

inhospitalarias. Haciendo un balance global, la estepa de Jazirah y los contrafuertes del Kurdistán ofrecen un medio mucho más favorable que la gran llanura aluvial, y no es fruto del azar el que las poblaciones neolíticas y protohistóricas se hayan establecido en principio allí. Sin embargo, fue en el extremo Sur del país, en las riberas de los pantanos donde la civilización sumero-acadia tomó su forma. Si duró tres milenios fue a costa de una lucha constante y encarnizada contra la naturaleza y contra sus adversarios, y esta lucha es lo que constituye la trama de la historia que se va a leer a continuación.

Pero antes de avanzar será preciso que antes examinemos las fuentes de las que provienen nuestros materiales.

CAPÍTULO SEGUNDO

HACIA EL DESCUBRIMIENTO DEL PASADO

Para tratar de hacer revivir el pasado los historiadores se apoyan sobre dos tipos de documentos: los textos y los «artefactos», utilizando este término en su sentido etimológico, es decir, designando a todo lo que ha sido fabricado por la mano del hombre, desde el más grandioso templo al más humilde utensilio de cocina. A esto convendrá añadir las «huellas ecológicas» (restos de comidas o de animales domésticos, granos, granos de polen, etc.) asociados al hábitat, sobre los que no se ha prestado atención más que recientemente y que continúan siendo patrimonio de los prehistoriadores. Pero ocurre que en el Próximo Oriente —y sobre todo en Mesopotamia— estos elementos de información, *incluidos los textos,* se hallan casi siempre enterrados en el suelo y no se vuelven disponibles más que mediante el trabajo paciente, minucioso y lento de los arqueólogos.

Las excavaciones arqueológicas en el Iraq comenzaron en el año 1843 y no han cesado de continuarse desde entonces, siendo apenas interrumpidas por la Primera Guerra Mundial, y quedando un poco ralentizadas por la Segunda. En principio fueron llevadas a cabo por geniales aficionados, pero con el cambio de siglo comenzaron a tomar una orientación más científica, a medida que el llenar los museos de obras de arte no constituía un fin en sí, y que lo más importante era el descubrir cómo vivían los pueblos de antaño. Por otra parte, la propia naturaleza de su trabajo, el hecho de que tuviesen que manipular objetos frágiles por haber permanecido enterrados durante largo tiempo, y la necesidad en que se veían, si querían alcanzar los niveles más antiguos, de ir destruyendo cada uno de los niveles de ocupación que acababan de explorar, obligaron a los arqueólogos a ir desarrollando técnicas cada vez más refinadas. Equipos de especialistas, organizados y subvencionados por las universidades y los museos de Europa y América, han hallado en el Iraq excelentes trabajadores, rá-

pidamente formados y siendo muy pronto capaces de distinguir con el extremo de su pico o de su paleta las estructuras de ladrillo crudo de la ganga arcillosa. Desde hace ochenta años una treintena de sitios han sido objeto de excavaciones exhaustivas y casi trescientos han sido «sondeados». Los resultados de este esfuerzo internacional son enormemente destacables. Los historiadores que, hasta mediados del pasado siglo debían contentarse con las escasas informaciones proporcionadas por la Biblia y por un puñado de autores clásicos, tienen ahora a su disposición un material epigráfico y arqueológico, cuya enorme masa crece de año en año, y reconocen con gusto su deuda hacia los «excavadores».

Así pues la mera cortesía ya justificaría la existencia de este capítulo, pero también otras razones nos han llevado a escribirlo. Todo, a lo largo de este libro, será cuestión de esas colinas artificiales, de esos tells que marcan el emplazamiento de esas ciudades y aldeas enterradas. Frecuentemente hablaremos de «lechos» y de «niveles», y cada vez que ello sea posible daremos las cronologías «absolutas» y «relativas». Nos pareció que el lector tiene en general el derecho a saber de qué hablamos y el mejor modo de satisfacer esta curiosidad, sin duda alguna legítima, lo constituye el proporcionarle un breve resumen de los métodos y el desarrollo de lo que hoy en día se llama la arqueología mesopotámica [1].

Las ciudades enterradas

Para quienes visitan el Iraq el primer contacto con los yacimientos antiguos es muy decepcionante. Si se le presentan impresionantes monumentos, como el zigurat de Ur o la puerta de Istar en Babilonia (que han sido exhumados y restaurados) o incluso el arco de Ctesifonte (que es de época tardía) apenas puede mostrársele otra cosa que unas colinas más o menos elevadas cubiertas de ladrillos disper-

[1] Las obras de arqueología propiamente dichas (síntesis de los resultados de las excavaciones para una región o un país determinado) son muy escasas. La de G. Contenau: *Manuel d'archéologie orientale,* París, 1927-1947, 4 vols. sigue siendo muy útil, aunque esté ya envejecida; la de A. Parrot: *Archéologie Mésopotamienne,* París, 1946-1953, 2 vol. sigue siendo indispensable y merecería ser puesta al día. También puede consultarse: B. Hrouda: *Mesopotamien, Babylonien, Iran und Anatolien,* en *Handbuch der Archäologie,* München, 1971 y Seton Lloyd *The Archaeology of Mesopotamia,* London, 1978. R. S. Ellis ha publicado *A Bibliography of Mesopotamian Archaeological Sites,* Wiesbaden, 1972. Por el contrario las obras sobre arte mesopotámico son muy numerosas y por lo general soberbias. Citemos, en francés: A. Parrot: *Sumer,* París, 1981, 2.ª ed. *Assur.* París, 1969, 2.ª ed.; P. Amiet: *L'Art antique du Proche-Orient,* París, 1977; J. Margueron: *Mésopotamie,* París, 1965; L. Laroche: *Merveilles du monde, Moyen Orient,* París, 1979; en inglés: H. Frankfort: *The Art and Architecture of the Ancient Orient* (abreviado AAO), Harmondsworth, 1954; Seton Lloyd: *Art of the Ancient Near East,* London, 1960; y en alemán: E. Strommenger y M. Hirmer: *Fünf Jahrtausende Mesopotamien,* München, 1962 (trad. francesa: *Cinq Millénaires d'art mésopotamien,* París 1964).

sos y de trozos de cerámica. Incluso la visita de un yacimiento en curso de excavación, acompañado por un arqueólogo, exige sólidos conocimientos históricos y mucha imaginación para poder evocar el pasado. Naturalmente es sorprendente y por ello se suele preguntar por qué de estas famosas ciudades no han quedado más que tan pocas huellas.

La respuesta es muy simple, pero exige algunas explicaciones: estas ciudades estaban hechas de arcilla, esta arcilla omnipresente en Mesopotamia, donde la piedra es tan escasa. En épocas muy primitivas las casas se construían de arcilla prensada a mano *(tauf),* pero a partir del noveno milenio se aprendió a mezclarla con paja y a moldear ladrillos oblongos o rectangulares, y a hacer secar estos ladrillos al sol y a unirlos con un cemento. De este modo se pudo edificar muros más espesos, más regulares y más sólidos. Cocidos al horno, estos mismos ladrillos eran mucho más resistentes, a la vez que impermeables, pero también mucho más costosos. Por ello estaban reservados para determinadas partes de los templos y los palacios, sobre todo para los revestimientos de las torres escalonadas *(ziqqurats),* de las habitaciones principales y de los suelos. Lo mismo ocurrió con las gruesas puertas y los techos de cedro y otras maderas preciosas, importadas con gran esfuerzo del Amanus y del Líbano. La techumbre de los demás edificios estaba hecha de cañas trenzadas o de ramas recubiertas de tierra aplastada. Los suelos, también de tierra batida, así como la cara interna de los muros, estaban tapizados con una capa de arcilla alisada y a veces de yeso.

Gracias a sus espesos muros las casas mesopotamias eran relativamente confortables, frescas en verano y cálidas en invierno, pero exigían un cuidado constante. Todos los años había que renovar la capa de tierra del techo para protegerlo de las lluvias del invierno, y cualquier remodelación de la estructura traía consigo el alisamiento de los suelos, porque en la Antigüedad (al igual que en nuestra Edad Media) los detritus eran simplemente arrojados a la calle, donde se mezclaban con el lodo y el polvo, de modo que las casas que la bordeaban tendían a encontrarse algún día por debajo del nivel de la calle y a inundarse con la menor precipitación [2]. Y ésta es la razón por la que no es extraño descubrir en la misma construcción dos o tres suelos sucesivos para un período relativamente corto. Si se tomaban estas precauciones las casas de ladrillo crudo podrían durar muchos años, al menos hasta que sobreviniese una catástrofe: incendio, guerra, epidemia, seísmo, gran inundación o cambio de lecho de un río. La ciudad era entonces parcial o totalmente abandonada. El techo, carente de fundamentos o incendiado se hundía, y los muros, expuestos a la intemperie por sus dos caras se caían, rellenando la casa y enterrando los objetos abandonados por sus ocupantes. La guerra sobre todo pro-

[2] Sir Leonard Woolley: *Digging up the Past,* Harmondsworth, 1930, p. 24.

vocaba una destrucción inmediata, porque el enemigo incendiaba normalmente la ciudad vencida y no se volvía a instalar en ella. Estos botafuegos de antaño han contribuido involuntariamente a hacer la felicidad de los arqueólogos de hoy en día, porque al huir o al sucumbir los desgraciados habitantes lo han dejado todo sobre el terreno, y estas reliquias, para nosotros preciosas, han sido selladas y protegidas por el desplome de las estructuras, e incluso algunas tablillas de arcilla cruda fueron cocidas por el incendio convirtiéndose así en imperecederas.

A veces, con el transcurso de los años, o de los siglos, de abandono, nuevas poblaciones reocupaban el sitio, atraídas por determinadas ventajas: posición estratégica o comercial favorable, proximidad de una fuente, de un río o de un canal, o quizá empujadas por una fiel devoción hacia el dios o la diosa que habían presidido la fundación de la ciudad. Entonces se la reconstruía, y, como era imposible limpiar la enorme masa de escombros, se aplastaban los muros derruidos, que servían como cimientos para las nuevas construcciones. Este proceso se iba repitiendo muchas veces en el curso de los tiempos, y a medida que se iban sucediendo los niveles de ocupación la ciudad se iba elevando progresivamente por encima de la llanura circundante. Algunos lugares fueron abandonados muy pronto y para siempre; otros, como Erbil y Kirkuk han sido ocupados más o menos sin interrupción desde sus orígenes hasta nuestros días [3], pero la mayor parte, tras haber sido habitados durante siglos o milenios, fueron abandonados en algún momento de la larga historia de Mesopotamia. No es difícil imaginar lo que siguió: la tierra y la arena traídas por el viento se amontonaron junto a los restos de los muros todavía en pie, llenando las callejuelas y todos los agujeros, las lluvias aplanaron y luego erosionaron las ruinas amontonadas, arrastrando los restos y dispersándolos sobre una gran superficie. De este modo comenzó el lento e irreversible proceso que debió dar a la ciudad mesopotamia su actual aspecto: el de un cerro más o menos regularmente redondeado, al que los árabes han dado el nombre de tell, directamente procedente del acadio [4].

La labor de los arqueólogos consiste en diseccionar esta masa compleja, hecha de muros y de cimientos derruidos o todavía en pie, de escombros, de sucesivos suelos, de terraplenados, y a veces de tumbas. Es preciso hallar el plano de los edificios, reunir y conservar los objetos que se van descubriendo, tras haber registrado su posición *in situ*, identificar los suelos y datar los niveles sucesivos de ocupación

[3] Las modernas ciudades de Erbil (la Arbelas de los autores clásicos), cuyo nombres recuerda *Arbilum* o *Urbilum* de los textos cuneiformes y de Kirkuk, la antigua *Arrapha* (pronúnciese *Arrap-kha*) ocupan la cima de grandes tells, que, a pesar de su interés histórico, no han podido ser excavados.

[4] Del acadio *tîlu*. En las inscripciones reales asirias suelen hallarse frases como : «transformé a esta ciudad en un tell *(tîlu)* y en un montón de ruinas *(Karmu)*».

que forman el tell. Según el tiempo y los créditos de que dispongan utilizarán métodos diferentes, a veces solos y a veces combinados [5].

El medio más simple y el menos costoso de explorar sucintamente un tell es el de efectuar «sondeos». Se perfora la superficie del tell con dos o tres trincheras lo suficientemente anchas y a medida que se va profundizando se van recogiendo los objetos que se van encontrando, sobre todo los trozos de cerámica, que permitirán «datarlo». También se van registrando cuidadosamente los fragmentos de muros que se cruzan, las huellas de los suelos y las diferencias de texturas que van apareciendo sobre las caras de la zanja, y todo lo que pueda indicar un cambio de ocupación y de medio cultural. También se puede cavar las trincheras en escalones, no en la superficie, sino en los costados de un tell, lo que nos proporcionará un «corte estratigráfico». Estas catas constituyen un método rápido, pero imperfecto, porque nunca permiten separar una construcción, y es fácil que se pase imperceptiblemente junto a un hallazgo interesante. No pueden, pues, más que servir para una exploración preliminar, para el estudio de los yacimientos menores y para las llamadas excavaciones de «salvamento», sobre los tells llamados a desaparecer, por ejemplo, bajo las aguas de los lagos artificiales creados por la construcción de diques [6].

A los sondeos se opone el método de «decapado», que consiste en elegir primero una parte del tell que pueda parecer prometedora, y en delimitar una zona más o menos extensa que se divide en cuadrados a excavar, uno a uno, en niveles horizontales sucesivos. Mientras la excavación progresa, las construcciones van tomando forma, y se puede entonces ampliar la zona inicial con el fin de explorarlo totalmente. Las excavaciones de los grandes yacimientos comportan siempre muchas zonas de este tipo, que pueden entonces irse fusionando o ser empalmadas una a otra. Además no es raro que se excave en el tell al menos un pozo en vertical, llegando, si es posible al suelo virgen; estos «pozos de sondeo» tienen por finalidad la obtención de una completa estratigrafía del yacimiento. Para algunas construcciones importantes pueden ser de interés el sacar a la luz las construcciones que las han precedido y sobre las que reposan, lo que obliga a desmantelar las estructuras exhumadas, de lo que se deriva la necesidad de fotografiarlas primero y de llevar a cabo la excavación con extremo rigor científico. Pero, de todos modos excavar siempre es destruir, puesto que, una vez que se van los arqueólogos, el inexorable proceso de erosión que dio nacimiento al tell vuelve a comenzar de nuevo. Es preciso tener en cuenta que ningún yacimiento de Mesopo-

[5] Acerca de estos métodos ver A. Parrot: AM. II, pp. 15/78; Sir Mortimer Wheeler: *Archaeology from the Earth,* London, 1956; Seton Lloyd: *Mounds of the Near East,* Edinburgh, 1962; *Foundations in the Dust,* London, 1980, 2.ª ed.

[6] Así por ejemplo las excavaciones internacionales a lo largo del gran codo del Éufrates, al este de Alepo (J. C. Margueron [Ed.]: *Le Moyen Euphrate,* Leiden, 1980) y en el valle del río Hamrin, afluente del Diyala en Iraq: *Sumer,* 35, 1979, pp. 419/600; J. N. Postgate: «Excavations in Iraq», *Iraq,* 41, 1979, pp. 159/181.

tamia ha sido y será jamás excavado *totalmente*: los pequeños, porque generalmente no vale la pena [7] y los grandes, porque a razón de algunos meses por año (el clima impide excavar en verano), exigirían un tiempo y unos gastos desproporcionados para los resultados esperables.

A LA BÚSQUEDA DE UNA CRONOLOGÍA

Dar una fecha a los monumentos y a los objetos descubiertos en el curso de las excavaciones puede ser fácil o difícil. Es evidente que un edificio cuyos ladrillos lleven la inscripción «Palacio de Sargón, rey de Asiria» queda *ipso facto* datado... a condición de que sepamos en qué época reinó Sargón. Pero la mayor parte de los objetos exhumados por los arqueólogos —y por definición todos los artefactos prehistóricos— no llevan inscripción alguna. En este caso la datación no puede ser más que aproximada y «relativa», basándose en criterios tales como las formas, dimensiones y estilos. La experiencia acumulada por la excavación de numerosos yacimientos ha enseñado a los arqueólogos que los ladrillos de tal tipo, los vasos de tal forma o decoración, las armas de tal tipo, o las esculturas de tal estilo, etc... se encuentran exclusiva o principalmente en determinados niveles de los tells; agrupados, estos objetos caracterizan lo que se llama un «horizonte cultural» o un «estrato cultural». Basta entonces que uno sólo de esos objetos, o una parte de ellos, lleve una inscripción que permita datarlo —es decir, asociarlo a un monarca, un acontecimiento o un período histórico— para que todo el estrato cultural pueda ser situado en la escala cronológica. Si éste no es el caso, se esforzarán por establecer una correlación entre el período en el que los objetos estaban en uso y los períodos más antiguos o más recientes, basándose en las excavaciones estratigráficas. Por ejemplo, en numerosos yacimientos mesopotámicos los vasos pintados de un tipo particular (la cerámica llamada de Jemdet Nasr) se hallan inmediatamente *debajo* de un estrato cultural caracterizado, entre otras cosas, por cilindros-sellos de un estilo peculiar y por los llamados ladrillos «planoconvexos», porque una de sus caras es abombada, y encima de otro estrato

[7] Sin embargo, pequeños tells pueden conservar grandes riquezas. Este es el caso de Tell Harmal, pequeño otero en un suburbio de Bagdad, que ha dado un «Código de leyes» hasta entonces desconocido y numerosos textos de un gran interés (ver capítulos 11 y 22). Las excavaciones arqueológicas son cada vez más caras, y por ello se utiliza a veces en determinados yacimientos un método que se podría llamar «de barrido». Consiste en no excavar más que el nivel superficial, hasta que se vean los muros (o los cimientos), lo que permite rápidamente y con pocos gastos trazar una especie de «plano» de la ciudad y permite saber cuáles zonas deben ser excavadas en realidad. Tell Taya en Iraq del Norte, es un ejemplo (ver: J. Curtis (Ed.): *Fifty Years of Mesopotamian Discovery,* London, 1982, fig. 57-58.

cultural en el que predomina una cerámica muy diferente, no pintada y de color beige, gris o rojo. Utilizando las series de inscripciones (véase más abajo) se ha llegado, no sin dificultad, a atribuir el estrato que contiene los cilindro-sellos y los ladrillos plano-convexos a los comienzos del tercer milenio (más exactamente a la primera parte del período Dinástico Arcaico o período presargónico, o sea, alrededor del 2900-2334 antes de J.C.). La cerámica no pintada del estrato inferior no puede ser datada de esta forma, pero forma parte del hozironte cultural llamado de «Uruk», por el nombre del sitio donde fue descubierta en grandes cantidades por primera vez. Es, pues, posible atribuir al estrato de Jemdet Nasr una fecha «relativa»: se sitúa en el tiempo comprendido entre el período de Uruk y el comienzo del período Dinástico Arcaico y se termina hacia el 2900 antes de J.C. Es más difícil determinar cuándo comienza, pero existen medios para llegar a una estimación aproximada.

La historia propiamente dicha exige una cronología mucho más precisa y fechas expresables en cifras. Es, pues, interesante examinar cómo se ha llegado a estas cifras y hasta qué punto se las puede considerar como exactas.

Los griegos antiguos contaban los años a partir de la primera Olimpíada (776 antes de J.C.), los romanos a partir de la fundación de Roma (753 antes de J.C.), los musulmanes partiendo del momento en el que Mahoma dejó la Meca por Medina (hégira 622 después de J.C.) y nosotros tomamos como referencia el nacimiento de Cristo. Pero los antiguos Mesopotamios no poseían ningún sistema de este tipo, al menos antes de la época helenística, en la que adoptaron los «años de Silukku», la era seléucida (311 antes de J.C.); antes hacían referencia a los años del reinado de sus soberanos, utilizando para ello tres sistemas diferentes, según el lugar y la época:

1.° Los años del reinado eran simplemente expresados en cifras, por ejemplo: *12.° año de Nabu-na'id (Nabónides), rey de Babilonia.*

2.° O bien cada uno de los años de un determinado reino era definido por un acontecimiento importante ocurrido el año precedente, tal como la victoria o el matrimonio de un soberano, la fundación, reconstrucción o remodelación de un templo, etc..., por ejemplo: *Año en el que Isin y Uruk fueron conquistadas* (por Hammurabi).

3.° O todavía, cada año del reinado llevaba un nombre, primero elegido por azar, y luego determinado por la presencia de algún gran oficial o funcionario del reino, situándose el propio rey siempre el primero. Este es el sistema de los epónimos (en asirio *limu*).

En Sumer, durante el período Dinástico Arcaico se utilizó el primer sistema y un equivalente del tercero (el *bala).* Luego prevaleció en Babilonia el segundo de los sistemas, llamado de los «nombres de años», hasta el período casita, en el que fue reemplazado por el primero hasta llegar a la época seléucida. Los asirios, por el contrario,

continuaron adhiriéndose al sistema de *limu* durante toda su historia [8].

Estos sistemas de datación carecían de utilidad práctica para los propios mesopotamios, salvo a condición de disponer para cada uno de los reyes de una lista del reinado (lo que constituyó el sistema en uso) y para cada dinastía de una lista de soberanos con la duración de su reino, y, por último, de una lista de las diferentes dinastías que hubiesen reinado sucesivamente. Estas listas existían y, por suerte, muchas de ellas han llegado hasta nosotros [9]. He aquí algunos ejemplos:

Lista de nombres de los años del reino de Hammurabi [10]:

1. Hammurabi llegó a ser rey.
2. Estableció la justicia en el país.
3. Construyó un trono para el estrado principal del dios Nanna en Babilonia.
4. Fue construido el muro del recinto sagrado Gagia.
5. Construyó el *en ka-ash-bar-ra.* *
6. Construyó el *shir* * de la diosa Laz.
7. Fueron conquistadas Isin y Uruk.
8. La región de Emutbal (¿fue conquistada?).
9. El canal (llamado) Hammurabi (es) la abundancia fue cavado.

Puede verse por esta lista que la fecha citada más arriba corresponde al séptimo año de Hammurabi.

Lista de los reyes de la I Dinastía de Babilonia (lista B) [11]:

Sumuabi, rey (reino) 15 (14) años.
Sumulail, 35 (36 años).
Sabu, su hijo, *ditto* (es decir rey, ha reinado), 14 años.
Apil-Sîn, su hijo, *ditto* 18 años.
Sîn-muballit, su hijo, *ditto,* 30 (20) años.
Hammurabi, su hijo, *ditto,* 55 (43) años.
Samsu-iluna, su hijo, *ditto,* 35 (38) años.

Según los nombres y las duraciones del reino de otros cuatro reyes, luego la mención: «Once reyes, dinastía de Babilonia». De este modo podemos enterarnos que Hammurabi era el sexto rey de esta dinastía, que su padre era Sîn-muballit y tuvo por hijo a Samsu-iluna, que reinó 55 (43)** años y que la disnastía comportó once reyes. En algunas listas el total de los años del reino es indicado por el escriba.

---

[8] M. R. Rowton: CAH (3), I, 1, pp. 194-197. Acerca del *bala* sumerio ver el capítulo 10. Lista de los *limu* en A. Ungnad, artículo «Eponymen», *Reallexikon der Assyriologies* (RLA), II, pp. 412/457, y en ARAB, II, pp. 427/439.

[9] Se hallará una lista completa y puesta al día de estos documentos en D. O. Edzard y A. K. Grayson, artículo «Königlisten und Chroniken» RLA, VI, pp. 77/135.

[10] ANET (3), pp. 269/171.

[11] ANET (3), p. 271.

* Términos sumerios cuya significación es desconocida.

** Las duraciones de los reinados de esta lista, recopilada a partir de textos en mal estado, suelen ser desgraciadamente falsas. Las cifras reales se indican entre paréntesis.

Lista de limu (reino de Adad-Nirâri III, 810-783) [12].
Adad-nirâri, rey de Asiria (campaña) contra el Manna.
Nergal-ilia, *turtânu* (general en jefe), contra el Guzana.
Bêl-daiân, *nâgir ekalli* (heraldo del palacio), contra el Manna.
Sil-bêl, *rab shaqê* (gran copero), contra el Manna.
Ashur-taklak, *abarakku* (intendente), contra Arpad.
Ili-ittia, *shakin mâti* (gobernador de Asur) contra la ciudad de Hazâzu.
Nergal-eresh (gobernador) de Rasappa, contra la ciudad de Ba'li, etc.

Estas diferentes listas cubrían períodos variables. Algunas se limitaban a un solo reinado y a una sola dinastía. Otras, como lista babilonia B, cuyo comienzo se cita más arriba, comprendían muchas dinastías aparentemente sucesivas. Otras, todavía más ambiciosas, comprendían períodos muy largos y muchos reinos. Tal como la famosa «Lista real sumeria», que se extiende desde los soberanos míticos de antes del Diluvio hasta el rey Damiq-ilishu (1816-1794), último rey de la I Dinastía de Isin [13].

Sacar de estas listas fechas expresadas en términos de cronología cristiana —o más bien precristiana— hubiese sido imposible sin el griego de Alejandría Claudio Tolomeo que, en el siglo segundo de nuestra Era añadió a una de sus obras una lista de todos los reyes de Babilonia y Persia, desde Nabonassa (Nabû-nâsir, 747-734 antes de J.C.) hasta Alejandro Magno (336-323) [14]. Esta lista, llamada «Canon de Tolomeo» no sólo nos proporciona la duración de cada reinado, sino que también da importantes acontecimientos astronómicos que han marcado algunos de éstos. Así, combinando las informaciones proporcionadas por muchas tablillas asirias, podemos reconstruir una lista de *limu,* larga e ininterrumpida, que cubre el período comprendido entre Adad-nirâri II (911-891) y Asurbanipal (668-627). Esta lista de epónimos también menciona los principales fenómenos astronómicos de este período. Entre el 747 y el 632 antes de J.C. los nombres de los reyes y las duraciones de los reinados de la lista asiria y los del «Canon de Tolomeo» coinciden perfectamente, al igual que los eclipses y otros fenómenos celestes que mencionan estos documentos. Además los astrónomos han descubierto que un eclipse solar que, según las listas de los *limu,* habría tenido lugar en el mes de *Simanu* (mayo-junio) del décimo año del rey Ashur-dân III, se produjo efectivamente el 15 de junio del 763. Y ésta es precisamente la fecha a la que se había llegado sumando a retrotiempo los años de cada reino sobre las listas asirias (se alcanza el 772-775 para Ashur-dân. La cronología ab-

[12] RLA, II, pp. 428/429; ARAB, II, p. 433.

[13] T. Jacobsen: *The Sumerian King List,* Chicago, 1939. Bibliografía de fragmentos publicados desde entonces en ABC, p. 269.

[14] F. Schmidtke: *Der Aufbau der babylonischen Chronologie,* Münster, 1952. El Canon de Tolomeo está reproducido en S. M. Burstein: *The Babyloniaca of Berosus,* Malibu (Calif), 1978, p. 180.

soluta de Mesopotamia queda, pues, firmemente establecida a partir del 911 antes de J.C.

La cronología de los períodos más antiguos descansa sobre cimientos menos sólidos. En teoría se debería poder reconstruirla a partir de las listas reales dinásticas, pero se ha comprobado que esto podría conducir a error. No sólo hay a veces diferencias entre los ejemplares que nosotros poseemos, sino que frecuentemente también contienen lagunas y a veces errores de escribas. También sabemos por diversas comprobaciones (correspondencia y tratados entre los soberanos y listas sincrónicas) que algunas dinastías presentadas como sucesivas en realidad eran contemporáneas, parcial o totalmente. Sin embargo, en la actualidad y a pesar de algunas divergencias de opiniones (sobre todo para las épocas más primitivas) la cronología mesopotámica se halla bien establecida. Pero la labor ha sido larga y difícil [15]. Así es como hacia alrededor de un siglo se hacía comenzar al reinado de Hammurabi —auténtica «clave de bóveda» de toda la cronología del segundo y tercer milenios— en el 2394 antes de J.C. (Opppert). En 1927 esta fecha fue rebajada por el asiriólogo francés Thureau-Dangin al 2003. En nuestros días varía entre el 1848 (Sidersky) y 1704 (Weidner), pero la gran mayoría de los historiadores se pronuncia a favor de la cronología «media», que hace reinar a Hammurabi del 1792 al 1750 antes de J.C. [16]. Esta última cronología será la que se siga en esta obra, con todas las repercusiones que ello implica para una gran parte de la historia mesopotámica[17].

No podremos dejar este tema sin decir algo de los nuevos métodos de datación basados sobre los fenómenos físico-químicos y de los que el principal es el método del carbono 14 o carbono radiactivo. He aquí brevemente su principio. Las células de todos los seres vivos están formadas por moléculas que contienen carbono. La casi totalidad de este carbono es de peso atómico 12, pero una ínfima parte lo constituye un isótopo radiactivo de peso atómico 14. Este carbono (C 14) se crea en la alta atmósfera por colisión de átomos de nitrógeno y neutrones bajo la influencia de los rayos cósmicos y es inmediatamente oxidado por el ozono, convirtiéndose en gas carbónico. Así pues, «llueven» sobre nuestro planeta átomos de carbono 14, que son absorbidos por los animales y las plantas. El carbono 12 ordinario es estable, pero el C 14 se transforma en nitrógeno, emitiendo una radiación minúscula. Mientras el organismo está vivo la cantidad de C 14 que contiene continúa siendo la misma, porque es constantemente renovada, pero tras su muerte decrece de modo regular, reduciéndose

[15] Véase el resumen dado por A. Parrot en AM, II, pp. 332/438.

[16] Fechas propuestas por Sidney Smith: *Alalakh and Chronology*, London, 1940.

[17] Las fechas que damos a partir de la Dinastía de Acad son las de J. A. Brinkaman en A. L. Oppenheim: *Ancient Mesopotamia*, Chicago, 1964, pp. 335/352. Para el Período Dinástico Arcaico hemos adoptado la cronología propuesta por Edith Porada en R. W. Ehrich (Ed.), *Chronologies in the Old World Archaelogy*, Chicago, 1965, pp. 167/179.

a la mitad en 5568 años. Midiendo y comparando las radiactividades de dos trozos de substancia orgánica, uno antiguo y el otro que date de 1950, año cero B P *(before present)* se puede, mediante un simple cálculo, determinar la fecha del pedazo antiguo.

Inventado en 1964 por el profesor W. F. Libby, de Chicago [18] y aplicado ahora en muchos laboratorios de todo el mundo, este método no puede evidentemente ser utilizado más que sobre trozos de materia orgánica (maderas, cañas, plantas, huesos de animales u hombres) recogidos en el curso de las excavaciones. A pesar de su elevado costo es muy utilizado en arqueología, sobre todo en la del Próximo Oriente, pero debe tenerse en cuenta que tiene sus limitaciones: la «desviación standar» inherente a las delicadas técnicas, debida a la contaminación de la muestra por materiales más antiguos o más recientes y sobre todo a las variaciones temporales de las concentraciones de C 14 en la atmósfera (y por lo tanto en los seres vivos) de reciente descubrimiento. La «calibración» (corrección) por el método de la dendrocronología (datación por los anillos de crecimiento de los árboles) ha mejorado estos resultados, pero sigue siendo menos precisa de lo que se suele creer. Muy útil para la prehistoria —en la que una desviación en uno u otro sentido de cien a ciento cincuenta años no posee más que una importancia relativa— casi nunca es utilizada para confirmar fechas históricas obtenidas por los medios que acabamos de ver.

Los demás métodos físico-químicos de datación aplicables a la arqueología (termoluminiscencia, arqueomagnetismo) todavía son demasiado recientes como para que puedan ser ampliamente utilizados [19].

La investigación arqueológica en Mesopotamia*

La transformación de ciudades antaño florecientes en tells se produce mucho más rápidamente de lo que se cree [20]. A mediados del siglo V antes de J.C. Herodoto visitó a Babilonia, todavía habitada, pero olvidó mencionar Nínive, destruida hacía ciento sesenta años y Jenofonte, al conducir a los diez mil mercenarios griegos a través de

[18] W. F. Libby: *Radio-Carbon Dating,* Chicago, 1955. Para los pormenores acerca de este método ver C. Renfrew: *Before Civilization,* Hardmondsworth, 1976, pp. 53/92; pp. 280/294. Listas de fechas relativas para el Próximo Oriente en P. Singh: *Neolithic Cultures of Western Asia,* London y New York, 1974, pp. 221/227; J. Mellaart: *The Neolithic of The Near East,* London, 1975, pp. 283/289 y D. y J. Oates: *The Rise of Civilization,* Oxford, 1976, Apéndice.

[19] Lo esencial sobre estos métodos, así como sobre el radiocarbono puede hallarse en los *Dossiers de l'archéologie,* Fontaine-lès-Dijon, 39, 1979, pp. 46-81.

[20] S. A. Pallis: *Early Exploration in Mesopotamia,* Copenhagen, 1954. Ver también AM, I, pp. 13/168. La bibliografía de los yacimientos aquí mencionados se irá dando en notas, a medida que vayamos mencionando esos yacimientos en el texto.

* Los lugares cuyo nombre va precedido de un asterisco se hallan en la parte siria de Mesopotamia.

Mesopotamia en el año 401 antes de J.C. pasó por cerca de las grandes ciudades asirias y no llega a nombrarlas. En el siglo primero de nuestra Era, Estrabón habla de Babilonia como de una ciudad en ruinas y «casi totalmente abandonada»[21].

Pasa un milenio. A medida que se espesa el manto de tierra que recubre las ciudades muertas su recuerdo se va borrando poco a poco. Los historiadores árabes no ignoran totalmente el glorioso pasado del Iraq, pero Europa lo ha olvidado. Las peregrinaciones de Benjamín de Tudela en el siglo XII y los viajes del naturalista alemán Rauwolff cuatro siglos más tarde siguieron siendo episodios aislados. No será más que en el siglo XVII cuando se despierte el interés de Occidente por las antigüedades orientales con la lectura del apasionante relato que hizo el italiano Pietro della Valle de su viaje a través de Mesopotamia y con la visión de ladrillos «sobre los que están inscritos algunos caracteres desconocidos», que había encontrado en Ur y Babilonia y que trajo a Europa en 1625. Poco a poco la idea se fue difundiendo en las Academias y en las Cortes; había un campo de investigaciones digno de interés. En el año 1761 fue enviada por primera vez una expedición científica al Oriente por parte de Federico V, rey de Dinamarca, con la misión de recoger todas las informaciones posibles sobre los más variados temas. Las numerosas inscripciones copiadas en Persépolis por el director de la expedición Karsten Niehbur, fueron confiadas a los filólogos, que rápidamente se pusieron a trabajar para descifrar esta misteriosa escritura. Desde aquel entonces casi todos los que visitaban el Oriente, en el que vivían, tomaron como cuestión de honor el explorar ruinas, reunir los *antika* y copiar inscripciones. Los más notables de estos entusiastas investigadores fueron el abate Joseph de Beauchamp, distinguido astrónomo (1786), Claudius James Rich, presidente de la East India Company y cónsul general de Gran Bretaña en Bagdad (1807), Sir James Buckinham (1816), Robert Mignan (1827), James Baillie Fraser (1834) y un oficial del ejército británico, que fue a la vez un gran deportista, explorador y filólogo, el más grande de todos ellos sin duda, Sir Henry Creswicke Rawlinson (1810-1895). Nos será preciso mencionar al menos una importante expedición británica de comienzos del siglo XIX, la «Tigris-Euphrates Expedition» (1835-1836), dirigida por F. R. Chesney, que estudió el curso de estos dos ríos y reunió una considerable masa de informaciones sobre sus regiones colindantes.

A excepción de Beaucham y Mignan, que hicieron algunos agujeros en Babilonia, todos estos exploradores se contentaban con examinar y medir algunas de las ruinas que iban encontrando y estaban muy lejos de imaginar lo que contenían esos «desolados oteros» que pisaban sus botas. Pero en 1842 Paul-Emile Botta, de origen italiano y cónsul de Francia en Mosul, emprendió la primera campaña de ex-

[21] Jenofonte: *Anábasis*, III, 4 y Estrabón: XVI, 5.

cavaciones en el Iraq y descubrió en Khorsabad a los asirios en el sentido exacto del término. Casi inmediatamente (1845) un inglés, Sir Henry Layard, siguió su ejemplo en Nimrud, otra ciudad asiria. En el año 1877 Ernest de Sarzec, cónsul de Francia en Basora, había oído hablar de algunas estatuas halladas por excavadores clandestinos en Tello; decidió excavar el tell, y descubrió a los sumerios. Así pues, en el espacio de unos treinta años una civilización hasta entonces prácticamente desconocida fue mostrada a un mundo que contemplaba estupefacto cómo Mesopotamia podía ofrecer tesoros comparables a los de Grecia o Egipto. Botta, Layard, Sarzec y sus inmediatos sucesores, Loftus y Smith, pioneros de este período heroico, eran los «aficionados» en el pleno sentido de la palabra, carentes de experiencia y de método riguroso. Su principal objetivo consistía en exhumar y remitir a sus respectivos países estatuas, bajorelieves e inscripciones. Los muros de ladrillos crudos, fragmentos de cerámica y otros objetos menos espectaculares no les interesaban en absoluto; los destruían y apenas se preocupaban de conservarlos. Pero abrieron nuevos caminos y, a pesar de todo tipo de obstáculos, trabajaron con una energía y un entusiasmo admirables.

Durante este tiempo en las universidades europeas otros pioneros, igualmente entusiastas, pero más pacientes, emprendieron la gigantesca labor de ir descifrando los textos que les iban llegando. La historia de esta aventura intelectual, que se prolongará durante un siglo y exigirá prodigios de inteligencia, de paciencia e imaginación por parte de numerosos eruditos de diferentes países es demasiado compleja como para que se la pueda contar aquí con brevedad [22]. Será preciso no obstante que rindamos homenaje a hombres como Grotefend, profesor de griego en la Universidad de Göttingen, a quien se debe la primera tentativa de desciframiento de las inscripciones cuneiformes en persa antiguo copiadas por Niebuhr en Persépolis, así como a Rawlinson, quien, entre 1835 y 1844 no sólo puso en peligro su vida para copiar la larga inscripción trilingüe grabada por Darío en lo alto del abrupto acantilado de Behistun, en el Irán, sino que comenzó a traducir esta inscripción del persa antiguo, babilonio y elamita, piedra que ha sido para la asiriología lo que la famosa piedra de Rosetta a la egiptología, pero con la diferencia de que por aquel entonces no se podía leer ninguna de sus lenguas, todas ellas escritas en cuneiforme. También será preciso nombrar al irlandés Edward Hincks y a su colega francés Jules Oppert que, junto con Rawlinson, forman lo que se ha solido llamar la «santísima trinidad» de los estudios cuneiformes, porque fueron ellos quienes superaron las mayores dificultades epigráficas y lingüísticas y, como ha escrito uno de sus sucesores «abrieron las polvorientas páginas de los libros de arcilla enterrados en to-

[22] La historia del desciframiento de la escritura cuneiforme es relatada por C. H. Fossey: *Manuel d'assyriologie,* I, París, 1904 y S. A. Pallis: *The Antiquity of Iraq,* Copenhagen, 1956.

do el antiguo Oriente» [23]. El desciframiento del asirio y del babilonio, comenzado en el año 1802 (lenguas a las que se reúne bajo el nombre de acadio en la actualidad, aunque perduran los términos asiriología y asiriólogo), se consideró como seguro a partir de 1847, y hacia 1900 la otra lengua de la Mesopotamia antigua, el sumerio, ya era conocida en sus grandes líneas. En la actualidad, el acadio ya casi no tiene secretos para nosotros y el sumerio, aunque conserva algunas partes oscuras, se va leyendo cada vez con mayor confianza. Se estima en la actualidad que hay alrededor de un millón de tablillas a la disposición de los sumerólogos y asiriólogos, de las que casi la mitad no han sido ni publicadas, y otras se van descubriendo cada año, a medida que progresan las excavaciones. Puede afirmarse que ningún país ha producido abundancia tal de textos antiguos, bajo la forma en la que fueron escritos y, en consecuencia, de una autenticidad indudable.

La entrada en escena de los alemanes a comienzos de siglo marcará el comienzo de una nueva era en la investigación arqueológica. Robert Koldewey en Babilonia (1899-1917) y Walter Andrae en Asur (1903-1914) introdujeron, efectivamente, métodos rigurosos, e incluso meticulosos en un dominio en el que por mucho tiempo habían reinado el azar, la intuición y la prisa. El método alemán fue rápidamente adoptado por todo el mundo y sin duda los diez años que precedieron a la Primera Guerra Mundial y los veintidós que la separan de la Segunda fueron los que hicieron que la arqueología mesopotámica conociese su período más fecundo en grandes descubrimientos. Fue durante este período cuando Woolley exhumó el pasado de Ur y en *Carquemisch, cuando el barón Von Oppenheim excave *Tell Halaf, mientras que su compatriota Heinrich se dedica al gran yacimiento de Ur y mientras que Parrot emprende las excavaciones de Tello y luego descubre *Mari, cuando los británicos trabajarán en El Ubaid, Nínive, Arpachiyah, *Chagar Bazar y *Brak, con los americanos en Kish y en Jemdet Nasr, y cuando los americanos individualmente excavarán en Nippur, Khafaje, Tell Asmar y Nuzi. Fue la época en la que se fueron precisando las grandes líneas de la historia mesopotamia y en la que aparecían, más allá de las épocas históricas otras épocas más antiguas y culturas anónimas, fascinantes y hasta entonces desconocidas.

En 1920 el Iraq y Siria habían sido extirpadas del cadáver del Imperio Otomano y bajo las tutelas francesa y británica se habían ido convirtiendo poco a poco en naciones. Se abrió un museo en Bagdad y otro en Damasco, y otro más en Alepo, y jóvenes iraquíes y sirios recibían en Europa y en América y sobre el terreno una sólida formación como arqueólogos y asiriólogos. De este modo, lejos de detenerse, durante la Segunda Guerra Mundial prosiguieron las excavacio-

[23] S. N. Kramer: *The Sumerians*, Chicago, 1963, p. 15.

nes, al menos en el Iraq, con notables resultados, sobre todo en Tell Uqair, Hassuna y Aqar Quf. Concluida la guerra, los alemanes se pusieron a trabajar en Uruk y los americanos en Nippur; estos últimos alcanzarían muy pronto su palmarés con las exploraciones en el Kurdistán prehistórico y con las excavaciones de Jarmo y Shanidar. Los franceses volvieron a *Mari y los ingleses a Nimrud, abandonada desde hacía setenta años, mientras que Seton Lloyd, Taha Baqir y Fuad Safar desfloraban dos yacimientos importantes y todavía prácticamente vírgenes: Eridu y Hatra. Tras la revolución de 1958 la joven República del Iraq, al igual que la República siria se abrieron todavía más a los arqueólogos extranjeros. Y así, mientras que los americanos se concentraban en Nippur, los alemanes añadían nuevos filones al de Uruk, como Tell Khueira, Isin y *Habuba Kabira. Los iraquíes descubrieron en Tell es-Sawwan una nueva cultura prehistórica. Los ingleses excavaron en Tell el-Rimah, Umm Dabaghiya, Choga Mami y Abu Salabikh, los franceses en *Mari y Larsa, los belgas en Tell ed-Dêr, los daneses en Shimshara, los italianos en Seleucia, los rusos en Yarim Tepe, los polacos en Nimrud, e incluso los japoneses en Tulul eth-Thalathat. De todos modos esta lista no muestra más que los yacimientos más importantes y no se mencionan ni los numerosos y útiles *surveys* ni las pequeñas catas. En el momento en el que escribimos muchos de los grandes yacimientos mencionados todavía están activos y se proyecta excavar otros nuevos. Todas las capitales de la mayor parte de la antigua Mesopotamia, así como cierto número de pequeñas ciudades y villas, han sido exhumadas, al menos parcialmente. Además, un loable esfuerzo se ha hecho o está en curso para restaurar algunas de las partes de los centros más importantes, sobre todo de Babilonia, Nínive, Nimrud, Ur y Hatra. Sin embargo, quedan todavía por explorar cerca de seis mil tells entre el Tauro y el golfo Pérsico, labor de la que se ocuparán muchas generaciones de arqueólogos.

Los resultados de esta larga serie de excavaciones, los numerosos textos ya publicados, las múltiples obras de análisis, de reflexión y de síntesis escritas por los asiriólogos-historiadores y reforzadas ahora con las de los sociólogos, etnólogos y economistas, constituyen una documentación de una amplitud y un interés considerables. Si todavía subsisten muchas lagunas en la prehistoria y en la historia mesopotámicas, podemos al menos tratar de esbozar las líneas maestras, comenzando por aquellos lejanos tiempos en los que los cazadores paleolíticos poblaron las alturas del Kurdistán, y de los que nos han dejado como huellas de su presencia sus humildes útiles de sílex tallado

CAPÍTULO TERCERO

DE LA CUEVA A LA ALDEA

Hasta el año 1950 hubiera sido una labor vana el buscar algunas líneas sobre la prehistoria del Iraq en las obras especializadas, mientras que por el contrario la del Levante (Palestina, Siria y Líbano) ya ocupaba desde hacía algún tiempo un lugar importante. En efecto, la investigación arqueológica se había concentrado en la llanura mesopotámica y si bien es cierto que los niveles más profundos de algunos tells habían permitido establecer una secuencia de culturas «protohistóricas», que preparaban la eclosión de la civilización sumeria, hacia el 3000 antes de J.C., todas estas culturas aparecían en el período eneolítico y se escalonaban, como máximo, durante un período de unos dos mil años. La prehistoria propiamente dicha, la Edad de Piedra, como antaño se la llamaba, era prácticamente desconocida. Es cierto que se habían encontrado numerosos sílex tallados sobre la superficie en el desierto sirio-mesopotamio [1], y desde 1928 la profesora Dorothy Garrod, conocida sobre todo por sus trabajos en Palestina ya había explorado dos cavernas en el Kurdistán iraquí, Zarzi y Hazar Merd, que contenían conjuntos paleolíticos, sobre los que volveremos a hablar. Pero estos descubrimientos apenas habían tenido eco fuera del pequeño círculo de los especialistas. Debían pasar veinte años antes de que el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago decidiese prestar su atención al período de la transición, en el Próximo Oriente, de los cazadores-recolectores del fin del Paleolítico a los ganaderos-agricultores del Neolítico y enviar una misión a explorar el mismo Kurdistán, que parecía ser una región prometedora, por diversas razones. Entre 1948 y 1955 tres campañas de excavación y

[1] H. Field: *Ancient and Modern Man in Southwestern Asia,* Coral Gables, Calif, 1956.

de prospección dirigidas por el profesor Braiwood [2] descubrieron una docena de yacimientos de los que, sobre todo uno, Jarmo —considerada por aquel entonces como la más antigua aldea del mundo— despertó un enorme interés. Paralelamente, y en la misma región, otro americano, el doctor Solecki, descubría y exploraba la gruta de Shanidar, que no sólo ha retrotraído las fronteras de la prehistoria iraquí hasta el Paleolítico Medio (80000-35000 BP), sino que sigue siendo en la actualidad uno de los principales yacimientos musterienses [3]. La guerra del Kurdistán ha puesto fin evidentemente a estas excavaciones, y no es posible saber si se volverán a reiniciar algún día, pero al menos han permitido llenar una inmensa laguna y han contribuido a sacar a la luz algunas de las etapas más importantes de la historia de la Humanidad.

El Paleolítico

De las tres subdivisiones clásicas de la prehistoria —Paleolítico, Mesolítico y Neolítico— la primera de ellas es, con mucho, la más amplia. Transcurre en el período geológico llamado Pleistoceno, que representa el período «más reciente» *(pleistos kainos)* de la historia de nuestro planeta. El Pleistoceno comenzó hace alrededor de dos millones de años y se acabó hacia el 10.000 antes de J.C., para dar lugar al período holocénico («muy reciente»), que es en el que vivimos. Pleistoceno y Holoceno forman juntos la Era Cuaternaria.

El comienzo del Pleistoceno está caracterizado por los últimos y débiles sobresaltos de las poderosas convulsiones orogénicas de la época precedente, el Plioceno, que en el Oriente culminaron con la formación del Tauro y de los Zagros, estribaciones del sistema alpino-himalayo, y con el profundo hundimiento del *Rift Valley,* que une al Mar Muerto con el Mar Rojo y con los grandes lagos del África Oriental, y con la creación de la fosa Mesopotamia-Golfo Pérsico, mediante el deslizamiento de la rígida plataforma arábiga por el borde montañoso de la no menos rígida meseta irania. Todo ello acompañado de una considerable actividad volcánica, cuyos restos serían los numerosos volcanes hoy extinguidos de Turquía, el Cáucaso y el Irán, así como los campos de lava que se extienden al sur de Damasco.

Luego, la tierra, una vez adquirida su actual configuración, entró en un período de relativa calma y de erosión del relieve, erosión en la que han desempeñado un importante papel los avances y retrocesos del casquete polar boreal sobre la parte septentrional de Europa y del continente norteamericano: las cuatro grandes glaciaciones que

[2] R. J. Braiwood y B. Howe: *Prehistoric Investigations in Iraqi Kurdistan,* Chicago, 1960.

[3] R. Solecki: *Shanidar, the Humanity of Neanderthal Man,* London, 1971.

ocupan la segunda mitad del Pleistoceno, y que en Europa llevan los nombres de Günz, Mindel, Riss y Würm.

Añádase el que en las regiones subtropicales y sobre todo en las ecuatoriales, los períodos de fuertes precipitaciones (pluviales), separados por períodos de relativa sequía (interpluviales) responden más o menos a los glaciares e interglaciares de Europa y América.

Si bien es cierto que existen huellas de antiguos glaciares en los altos valles del Tauro y de los Zagros, también lo es el que los casquetes glaciares jamás alcanzaron el Próximo Oriente, ya que, incluso en el período de su máxima expansión, no sobrepasaron la línea que une Londres, Amsterdam, Praga y Kiev. Durante todo el Pleistoceno el Iraq estuvo unido a las zonas sometidas a las condiciones subglaciares y subpluviales y las variaciones climáticas han sido pocas veces destacables en este país. Pero bastaron para modificar profundamente su aspecto fisiográfico. Durante cerca de un millón de años las fuertes lluvias y los vientos fueron poderosos factores erosionadores y esta erosión estuvo modulada y fue agravada frecuentemente por los cambios de pendiente de los cursos fluviales, y en consecuencia de su capacidad de erosión, que impusieron las fluctuaciones del nivel del Golfo Pérsico, según el avance o el retroceso de los grandes casquetes glaciares nórdicos [4]. En el curso de los interpluviales y cuando el gradiente de los ríos y sus afluentes era débil se acumularon inmensas cantidades de aluviones y morrenas sobre las faldas de las cordilleras y en la llanura mesopotámica, a la que fueron poco a poco convando. Nos es muy difícil imaginarnos ahora la época en la que el Tigris y el Éufrates eran quizá tan largos como el Missisipi o el Río Amarillo, y en la que sus afluentes se abrían paso a través de los contrafuertes del Tauro y los Zagros y en la que fluían, en lo que ahora es un desierto, innumerables ríos, de los que no perdura más que un haz de *wadis* eternamente seco.

Nuestros más lejanos antepasados, los paleantrópidos, parecen haber vivido sobre todo en el África oriental y austral y no están atestiguados en el Próximo Oriente. A partir del interglaciar Günz-Mindel, hace alrededor de seiscientos mil años, sus descendientes, los arqueoantrópidos *(Homo erectus)* se expandieron por el Norte de África, Europa y Asia. Sus útiles de sílex tallado, que constituyen las «industrias líticas» características del Paleolítico Inferior (abbevilliense, achelense, clactoniense y tayaciense) se encontraban un poco en todas partes en torno al Mediterráneo (Egipto, Siria, Palestina y el Líbano), e incluso en la Península Arábiga [5], pero, por razones que se nos escapan,

[4] H. E. Wright Jnr: «Geological aspects of the archaeology of Iraq», *Sumer*, 11, 1955, pp. 83-90; «Climate and prehistoric man in the eastern Mediterranean», en Braidwood y Howe: *Op. cit.*, pp. 88/97.

[5] D. A. E. Garrod: «Primitive man in Egypt, Western Asia and Europe in Palaelitical Times», CAH (3), I, 1, pp. 74/78; H. Kapel: *Atlas of Stone Age Cultures in Qatar*, Arhus, 1967.

son extremadamente escasos en Turquía, Irán e Iraq. Este país, siendo el primero en entrar en la historia, sin embargo entró relativamente tarde en la prehistoria. Las más antiguas huellas del hombre en el Kurdistán iraquí (si existen otras estarían enterradas para siempre bajo enormes capas de aluvión) han sido descubiertas en 1949 en Barda Balka (en kurdo «piedra levantada»), lugar muy próximo a la gran villa de Chemchemal, entre Kirkuk y Sulaimaniyah, en forma de sílex tallados que cubren el suelo al pie de un megalito de época neolítica [6]. Un sondeo efectuado en 1951 por dos miembros de la misión Braiwood permitió hallar allí, bajo dos metros de sedimentos fluviales, un taller o campamento de cazadores paleolíticos. El instrumental consistía en bifaces, hachas y raspadores tallados en fragmentos de sílex y algunos guijarros habilitados como picos. Este conjunto demasiado basto y disperso ha sido datado, siguiendo los criterios tipológicos y geológicos a finales del interglaciar Riss-Würm, o sea, alrededor de hace 80000 años. La antigüedad relativa del sitio parece confirmada por la presencia, de entre los restos de animales, de huesos de elefante de las Indias y de rinoceronte, que desaparecieron muy pronto de estas regiones.

A comienzos de la glaciación de Würm, mientras que el clima todavía era muy suave en el Kurdistán, el hombre vivía, al menos de forma estacional, en las cuevas o abrigos bajo las rocas, sin que se sepa bien por qué. Se trata de una industria levalloisiense-musteriense, que Dorothy Garrod sacó a la luz en 1928 en los niveles inferiores de la «gruta sombría» de Hazar Merd, a 20 kilómetros hacia el sur de Sulaimaniyah [7], y que además se hallan también en otros yacimientos a cielo abierto. Pero ningún yacimiento prehistórico del Iraq ilustra mejor el Paleolítico Medio, en el que ahora estamos entrando, que la gruta de Shanidar, excavada entre 1951 y 1960 por Ralph Solecki [8].

Shanidar es una gran gruta (su superficie es la de cuatro campos de tenis) que se abre bajo un gran arco de ocho metros de altura y con una profundidad de 25 metros, en el flanco sur del Jebel Baradost, que domina el valle del Gran Zab, no lejos de la pequeña ciudad de Rawanduz. Los pastores kurdos todavía la frecuentaban durante el invierno en la época de las excavaciones. Excavando cada vez más profundamente en el suelo, Solecki alcanzó la roca virgen a los 14 metros de profundidad y consiguió distinguir cuatro niveles culturales. En el nivel D, el más profundo y el más espeso (8,50 metros),

[6] Naji el 'Asil: «Barda Balka», *Sumer, 5,* 1949, pp. 205/206; H. E. Wright Jr. y B. Howe: «Prelimminary report on soundings at Barda Balka», *Sumer,* 7, 1951, pp. 107/110; Braiwood y Howe: *Op cit.,* pp. 31/32; 61/62 y 164/165.

[7] D. A. E. Garrod: «The Palaeolithic on Southern Kurdistan: excavations in the caves of Zarzi and Hazar Merd», *American School of Prehistoric Research,* Bulletin 6, New Haven, 1930.

[8] Informes preliminares en *Sumer,* 8 (1952) y 17 (1961). Ver también R. Solecki: «Prehistory in Shanidar valley, northern Iraq», *Science,* 139, 1963, pp. 179/193 y la obra citada en n.° 3.

los niveles de cenizas superpuestos con mezcla de huesos y útiles de sílex dan testimonio de una ocupación permanente durante decenas de millares de años. El utillaje comprendía puntas, raspadores, buriles y percutores, característicos de la gran industria musteriense.

Sin embargo, lo que hizo célebre a Shanidar fue el descubrimiento de restos de nueve seres humanos en este nivel, de los que dos son niños de corta edad [9]. Los esqueletos estaban por lo general muy estropeados, pero todos los cráneos, más o menos intactos, presentaban los rasgos característicos del hombre del Neanderthal: huesos gruesos, gran mandíbula y mentón retraído, frente baja que culmina con un arco superciliar grueso y nuca rectilínea. Muchos de estos neanderthaloides habían sido aplastados por grandes bloques de piedra desprendidos del techo de la gruta. Tras un accidente de este tipo, el brazo de uno de ellos, atrofiado de nacimiento, debió de serle amputado por medio de un cuchillo de sílex. El cadáver de otro había sido depositado sobre un lecho de ramas y flores, y el examen de estas últimas permitió fechar la defunción «entre finales de mayo y comienzos de julio» [10]. La antigüedad de los dos esqueletos fue evaluada mediante el radiocarbono entre 46900 y 50600 BP, respectivamente, datando un tercero de ellos, más antiguo, del 60000 BP. Mientras que los huesos de animales (buey, cabra y cordero salvajes, jabalí, oso, ciervo, zorro y pequeños roedores) no indican cambio alguno notable en la fauna durante este período, por el contrario el análisis del polen recogido en la gruta indica importantes variaciones climáticas, en principio el clima habría sido más cálido que en la actualidad, luego más frío y por último cálido y seco hacia el 44000 BP [11].

El nivel C de Shanidar, con una potencia de tres metros, corresponde al Paleolítico superior, tanto por su industria lítica como por las cifras de 34000 y 26500 BP asignadas por el radiocarbono a los niveles inferior y superior, respectivamente. Se está de acuerdo, en efecto, en datar en torno al 35000 BP el fin del Paleolítico Medio, el momento en que el hombre del Neanderthal dejaría su lugar a un nuevo tipo de hombre. Este *Homo sapiens sapiens,* como ahora se le llama, se multiplicará con rapidez sobre todo el globo terrestre y se irá diversificando en diferentes razas. Se distingue de sus precedesores no sólo por sus rasgos físicos, que son prácticamente idénticos a los nuestros, sino también por la diversidad y la creciente complejidad de sus industrias líticas (auriñaciense, gravetiense, solutrense y magdaleniense en Europa, por no citar más que las principales), por el trabajo de la madera, del hueso y del marfil y por sus preocupacio-

[9] E. Trinkhaus: «An inventory of the Neanderthal remains from Shanidar Cave, northern Iraq», *Sumer,* 23, 1977, pp. 9/57; G. Kurth: «Les restes humains würmiens du gisement de Shanidar, NE Iraq» *Anthropologie,* 64, 1980, pp. 36/63.

[10] A. Leroi-Gourham: «The flowers found with Shanidar V, a burial in Iraq», *Science,* 190, 1975, pp. 562/564.

[11] D. Perkins Jr.: «Prehistoric Fauna from Shanidar», *Science,* 144, 1964, pp. 1.565/1.566; R. Solecki: *Science,* 139, 1963, pp. 184/185.

nes mágico-estéticas que se expresan magistralmente en la época magdaleniense en los célebres frescos de Lascaux y Altamira.

Shanidar no nos ha dado estas maravillas, pero sí objetos elaborados en hueso o madera representando cérvidos, algunas piedras pulidas y un utillaje de tipo auriñaciense, aunque lo suficientemente diferente del auriñaciense clásico como para que Solecki haya propuesto el nombre de «baradostiense». Ningún resto humano puede informarnos acerca de los habitantes de esta época; sólo quedan algunos hogares y restos de mamíferos. Tras un largo período de ocupación Shanidar será abandonada durante más de cien siglos, ya sea porque la gruta se hubiese vuelto peligrosa (como lo demuestran los enormes bloques de piedra que ocupan buena parte de este nivel), o porque un importante cambio climático hubiese obligado a los cazadores paleolíticos a irse a vivir a las llanuras o a los valles bajos. En efecto, es sabido que la glaciación de Würm, que fue una de las más frías, alcanzó su apogeo en el 25000 BP aproximadamente y pudo haber influido en el clima y la ecología de esta región del Oriente Próximo.

Hacia el 12000 BP el clima del Kurdistán se volvió más benigno y Shanidar volvió a ser reocupada. El instrumental lítico hallado en la parte más profunda de este nivel (B 2) permanece en la tradición auriñaciense («auriñaciense tardío» o «gravetiense prolongado»), pero es mucho más variado. Se trata básicamente de un instrumental de láminas retocadas por presión, ya sea con bordes paralelos, ya sea en «navaja», o con borde cortante profundamente escotado, pero también se encuentran buriles, raspadores circulares o en forma de media luna y percutores agudos. Muchos de estos objetos son de pequeño tamaño. Algunos de ellos quizá hayan estado montados sobre soportes de madera y fueron utilizados como jabalinas. Al contrario que en el caso del «baradostiense» que, de momento, no está documentado más que en Shanidar, esta industria se halla en muchos otros yacimientos del Kurdistán, sobre todo en los abrigos rocosos de Palegawra, Barak, Babkal y Hajiya y en la gruta de Zarzi, descubierta en 1928 por Dorothy Garrod, lo que le valió el nombre de «zarciense» [12]. Basándose en una datación radiocarbónica proviniente de Palegawra se puede estimar en alrededor de 11000 BP (9050 antes de J.C.) el final de este período, que se sitúa en los confines del Paleolítico y el Mesolítico.

Un vistazo retrospectivo sobre el Paleolítico del Iraq pone de manifiesto dos desarrollos que nos parecen de un gran interés en relación con lo que sigue.

En primer lugar el establecimiento de relaciones cada vez más fuertes entre los cazadores-recolectores del Kurdistán y sus congéneres de los países colindantes. No sabemos de dónde procedían los hombres que dejaron sus útiles en Barda Balka, pero encontraron en esa región un «nicho ecológico» que ni ellos ni sus sucesores abandonarían

[12] D. A. E. Garrod: *Op. cit.*, nota 7; Braiwood y Howe: *Op. cit.*, pp. 57/60.

durante mucho tiempo. En Shanidar D el instrumental es de tipo musteriense típico y los esqueletos son considerados generalmente como próximos de los neanderthales «clásicos», sin presentar signo alguno de mestizaje con los del *Homo sapiens sapiens,* ni tampoco de evolución hacia los cráneos contemporáneos de este tipo hallados en el monte Carmelo. Sin embargo, la presencia en las partes superiores de este nivel D (separadas, no lo olvidemos, de los niveles inferiores por casi diez mil años) de puntas de tipo «emiriense» análogas a las de Palestina, ha sugerido la existencia de contactos con el Levante mediterráneo. En el Paleolítico Superior estos contactos se intensifican con la presencia en el Kurdistán de algunos instrumentos del tipo siriopalestino (kebariense o jabrudiense) e incluso se puede uno preguntar si la semejanza entre el instrumental de los yacimientos «zarzienses» del Iraq y de algunos de los yacimientos paleolíticos de las fronteras iranias de la región del Mar Caspio y de las llanuras del Turkmenistán no es debida más que a una simple coincidencia. Parece ser que ya existían, al menos entre el Kurdistán y sus regiones vecinas, intercambios técnicos y comerciales que no harán más que intensificarse y ampliarse más adelante.

El segundo de los desarrollos será de orden demográfico. Dejando a un lado la ola de frío que se extendió entre el 25000 y el 13000 BP, el clima del Kurdistán iraquí parece haber sido prácticamente estable desde la época musteriense. La fauna y la flora eran entonces a nivel cuantitativo las mismas que en la actualidad, y siempre podríamos haber admirado el paisaje de las verdes praderas y los bosques de encinas que hubiese habido en esta región, si el hombre no la hubiese deforestado, agotado sus tierras y hecho desaparecer muchas de sus especies animales en el curso de su historia. Un ser humano que viviese de la caza y de la recolección no hubiese podido más que multiplicarse en esta parte del globo. De ahí, sin duda alguna, la presencia en torno a los hogares de algunos de los yacimientos del Paleolítico Superior, en zonas aparentemente pobres en caza mayor, de restos de pescados y de pequeños animales más o menos comestibles, de minúsculos cangrejos, de bivalvos de agua dulce, de tortugas y de conchas de caracol en grandes cantidades, y de ahí también la existencia de fosas cavadas en el suelo, a las que se ha interpretado como auténticas alacenas. En ausencia de una catástrofe geológica o de un cambio brutal del clima, sólo una «explosión demográfica» puede haber sido la causa que ha impulsado al hombre a explotar al máximo estos recursos naturales. Esta «revolución de amplio espectro» [13], como se la ha llamado, anuncia y prepara la revolución neolítica, ocurrida dos o tres mil años más tarde, y cuyos mecanismos trataremos de poner de manifiesto.

[13] K. V. Flannery: «Origin and ecological efects of early domestication in Iran and the Near East» en P. J. Ucko y G. W. Dimbleby (Ed.): *The Domestication and Explotation of Plants and Animals,* London, 1969, pp. 73/100.

El Mesolítico

El Mesolítico (llamado todavía Epipaleolítico o Proto-Neolítico) es el período de transición entre la economía de recolección de los alimentos, que corresponde al Paleolítico, y la economía de producción de alimentos (ganadería y agricultura) que caracteriza al Neolítico y continúa siendo todavía la nuestra. En números redondos este período se extiende en el Próximo Oriente desde el 9000 al 7000 antes de nuestra Era [14].

En Iraq el primer estadio del Mesolítico corresponde al nivel B.1 de la gruta de Shanidar y al yacimiento a cielo abierto de Zawi Chemi Shanidar, a orillas del Gran Zab, cuyos habitantes parecen haber vivido de un modo estacional en la caverna, que no dista más que unos cuatro kilómetros [15]. La única huella de habitación de Zawi Chemi es un muro circular de guijarros y piedras que ha podido haber rodeado una choza. Tanto en la gruta como en el campo el instrumental lítico consiste en microlitos del tipo «zarciense empobrecido» tallados en sílex local, pero la presencia de algunos instrumentos de obsidiana provinientes de los alrededores del lago Van dan testimonio de un esbozo de relaciones comerciales con Armenia. También se encuentran grandes útiles de piedra de los que algunos (muelas, trituradores, martillos, morteros y mazos) sin duda alguna eran utilizados para machacar las gramíneas salvajes y los pigmentos. Hay otras innovaciones, como percutores de hueso, decorados a veces con grabados geométricos y adornos corporales: perlas y pendientes en hueso, dientes de animales y piedras coloreadas. La base de la alimentación continúa siendo la carne de cabra básicamente, pero también la de cordero, cerdo, ciervo y gamo. El elevado porcentaje de jóvenes corderos en los niveles superiores del yacimiento nos sugiere que los animales de esta especie debieron haber sido reunidos en manadas, como primer paso hacia su domesticación. Peces, conchas de agua dulce y tortugas completan la dieta. En lo que a los seres humanos se refiere, no sabemos por sus cráneos más que eran del tipo euro-africano (o protomediterráneo). La mayor parte de los veintiséis esqueletos hallados en la gruta de Shanidar estaban agrupados en un «cementerio» y descansaban sobre plataformas de piedras. Cada uno de los ocho esqueletos exhumados en Zawi Chemi estaba acompañado del esqueleto de un niño muy joven, lo que nos evoca la existencia de algún crudelísimo ritual. Numerosos cráneos poseen huellas de trepanación

[14] Las principales obras acerca del mesolítico y el neolítico del Próximo Oriente son las de P. Singh, J. Mellaart y D. y J. Oates, citada en el capítulo segundo, nota 18. Destacaremos el resumen muy breve, pero muy preciso de J. P. Gregoire: «L'origine et le développement de la civilisation mésoptamienne du III miliéanire avant notre ère», en *Production, Pouvoir et Parenté dans le monde mediterranéen*, París, 1981, pp. 27/101.

[15] R. Solecki: *An Early Village at Zawi Chemi Shanidar*, Malibú, 1980.

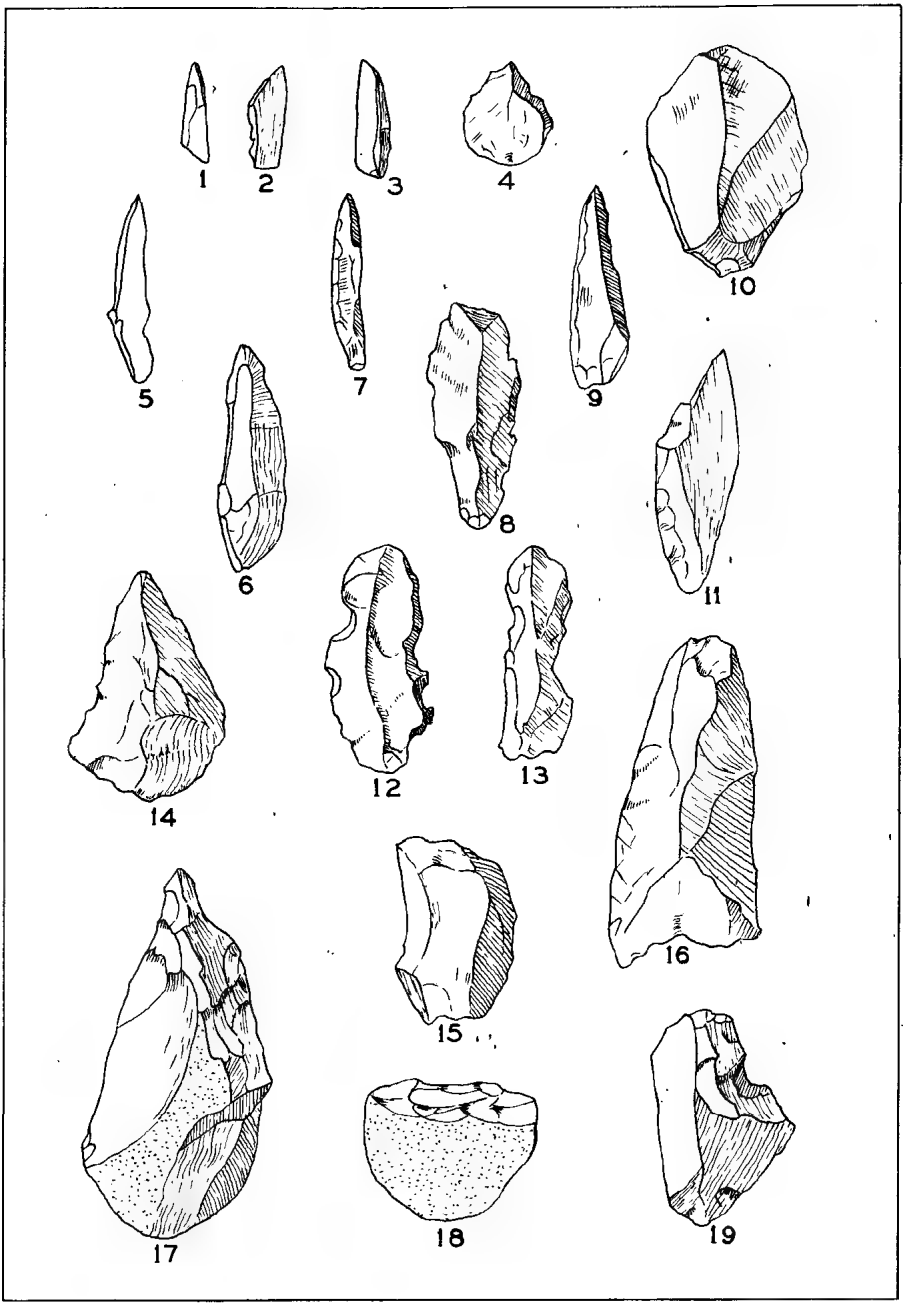


Ilustración 1: Industrias líticas del Kurdistán iraquí: 1-4 *microlitos (Shanidar* B); 5-13 *auriñaciense (baradostiense, Shanidar* C); 14-16 *musteriense (Shanidar* D); 17-19 *levailloiso-achelense (Barda-Balka).*

Según R. Solecki y H. Wright Jr. Sumer, 7, 1951 y 8, 1952.

y enfermedad, sobre todo de infecciones dentales [16]. El radiocarbono ha dado unas fechas de 8920 para la iniciación de Zawi Chemi y de 8650* para el fin de Shanidar B 1.

Los dos yacimientos siguientes, por orden cronológico, presentan muy poco interés [17]. Karim Shehir, cerca de Chemchemal, no era sin duda alguna más que un campamento de cazadores nómadas, pavimentado de guijarros, pero sin huellas de construcciones. Nos ha dado instrumentos de sílex, dos pequeñas figurillas humanas en arcilla mal cocida y algunos anillos y brazaletes de mármol. Mlefaat, situado un poco más al oeste y sin duda más tardío contenía chozas redondas u ovales, enterradas a más de un metro de profundidad en el suelo y rodeadas de piedras muy toscas, así como algunas figurillas de arcilla, muelas, morteros, recipientes de piedra y microlitos en sílex y obsidiana. De hecho los únicos yacimientos mesolíticos importantes de Mesopotamia en el noveno y el octavo milenio se sitúan a unos 400 kilómetros al sur del Kurdistán, uno hacia el oeste y el otro hacia el sur.

Hacia el oeste está Tell Mureybet, en Siria, sobre el gran codo del Éufrates y a 80 kilómetros de Alepo, en el que las excavaciones, primero americanas y luego francesas [18] han puesto al descubrimiento un período de ocupación de casi 1500 años, dividido en tres grandes fases: en primer lugar un campamento de pescadores y cazadores que utilizaban un instrumental «natufiense», común a toda siro-palestina en esta época (Mureybet I, anterior al 8600); luego una aldea de casas redondas construidas en *tauf* (Mureybet II hacia el 8600-8100), y por último una aldea de grandes dimensiones con casas rectangulares de varias habitaciones que van progresivamente sustituyendo a las casas redondas (Mureybet III, 8100-7300). Estas casas están construidas en bloques calcáreos unidos por un mortero de arcilla y, en algunas de ellas, los muros interiores se hallan decorados con motivos geométricos pintados. No hay ni cabras ni corderos, sino los animales traídos de la vecina estepa (asnos salvajes, gacelas, uros, gamos, jabalíes y liebres), a los que se cazaba con arco, y como alimento vegetal el grano de cebada, las lentejas, las arvejas, los pistachos, todas ellas plantas salvajes. Lo que sí es extraordinariamente interesante es que el trigo y la cebada no crecen espontáneamente en esta región, sino, como

[16] D. Ferembach: «Etude anthropologique des ossements humains protonéolithiques de Zawi Chemi Shanidar (Irak)», *Sumer*, 26, 1970, pp. 21/64.

[17] Braiwood y Howe: *Op. cit.*, pp. 27/28 y 50/2.

[18] M. van Loon: «The oriental Institute excavations at Muybit Syria», JNES, 27, 1968, pp. 264/290; J. Chauvin: *Les Premiers Villages de Syrie, Palestine du IX au VII-millénaires avant J.C.*, Lyon, París, 1978; «Les fouilles de Mureybet (1971-1974) et leur signification pour les origines de la sédentarisation au Proche Orient» AASOR, 24, 1979; O. Aurenche, en J. Margueron (Ed.): *Le Moyen Euphrate*, Strasborug, 1980, pp. 33/53.

* De ahora en adelante todas las fechas de este libro, con raras excepciones, serán expresadas en años antes de nuestra Era.

muy cerca, en los alrededores de Gaziantep, en Turquía, a unos 150 kilómetros de ahí; parece ser, pues, que los granos fueron traídos a Mureybet para ser plantados [19]. En este caso podríamos captar aquí en directo una de las primeras etapas de la invención de la agricultura: el transplante de gramíneas salvajes fuera de su hábitat natural, eligiendo sin duda alguna las plantas cuyos tallos sean menos frágiles, y que así se irán convirtiendo, por selección natural, en los cereales domésticos de robustas espigas que no pueden vivir sin la ayuda del hombre. Otra característica notable de Mureybet: la presencia de cuernos, cráneos y huesos de toros salvajes enterrados en un podium de arcilla o incrustados en los muros de algunos edificios que quizás sean auténticos santuarios que recuerdan los grandes templos neolíticos de Catal Hüyük en plena Anatolia, muy lejos en dirección noroeste.

Las mismas características las encontraron los arqueólogos norteamericanos en los años 60 al excavar determinados *tepes** de la llanura de Deh Luran, situada a lo largo de la falda occidental de los Zagros, pero muy al sur de Kurdistán y políticamente en el Irán. Uno de esos yacimientos explorados por Hole y Flannery, Tepe Ali Kosh, comprendía numerosos niveles de ocupación repartidos entre tres fases culturales de las que dos llevan el nombre de pequeños yacimientos próximos, a saber, en primer y segundo lugar: Bus Mordeh, Ali Kosh y Muhammad Jaffar [20].

Durante la fase de Bus Mordeh (alrededor del 8000-7000) se hallan en Ali Kosh estructuras de ladrillos crudos muy pequeños y que parecen haber servido de depósitos o almacenes, más que de casas. Sus habitantes, viviendo en la estepa, como los de Mureybet, cazaban la gacela, el onagro, el uro y el jabalí, pero, al igual que los ocupantes de Zawi Chemi, también poseían ganados de cabras salvajes y extraían del río y los pantanos vecinos: peces, moluscos y tortugas acuáticas. También consumían pistachos, herbáceas (centeno y avena) y leguminosas, mientras que el trigo almidonero y la cebada se importaban, *ya domesticados* sin duda alguna, de la región de Kermanshah, a unos 200 kilómetros de distancia, y eran plantadas en los alrededores de la aldea. Estas gentes parecen haber sido semi-nómadas y no pasaban más que el invierno en la llanura, tórrida durante el verano. Sus utensilios de piedra eran similares a los del Kurdistán. Algunas láminas de obsidiana y conchas marinas utilizadas como ornamentos dan testimonio de la existencia de relaciones con la lejana Armenia y con el Golfo Pérsico, mucho más cercano.

De este modo, durante estos dos cruciales milenios (9000-7000) se

[19] J. Mellaart: *The Neolithic of the Near East*, London, 1975, pp. 46/47.

[20] F. Hole; K. V. Flannery; J. A. Neely y H. Helabaek: *Prehistory and Human Ecology in the Deh Luran Plain: an Early Village Sequence from Khuzistan, Iran*, Ann Arbor, 1969.

* La palabra *tepe* es el equivalente del árabe *tell*. El equivalente en turco suele ser *hüyük*.

asiste un poco por todo el Próximo Oriente a la realización de profundas transformaciones técnicas y culturales a la vez. Grupos de cazadores nómadas comienzan a sedentarizarse y se pasa del campamento de chozas redondas a la aldea y a las casas de tierra prensada, de ladrillos crudos o de piedra. Mientras que se perpetúa el culto de los muertos, que se remonta a la época musteriense, y otros cultos, como el del toro poderoso y peligroso, y por lo tanto deseable, y el de la mujer fecunda, manifestándose a través de la forma de los modestos santuarios y de las estatuas de arcilla. La obsidiana, codiciada por su belleza, su manejabilidad y sus afilados bordes, viajaba desde Armenia al Golfo Pérsico, y con ella viajaban pronto las ideas y las técnicas. Y por último, y sobre todo, se comenzó a experimentar un poco en todas partes en búsqueda de alimentos, de los que se pudiese disponer en abundancia y sin dificultad, y que se pudiesen almacenar para los años, ya sea en su propio pie (rebaños de corderos y de cabras, puesto que los bóvidos no serán domesticados más que al comienzo del sexto milenio), o bien en los graneros (los cereales). La «revolución neolítica», de la que se ha dicho justamente que ha sido «la mayor en la historia de la humanidad tras la domesticación del fuego» [21], ya está en gestación. De hecho ya se había producido en determinados puntos del Próximo Oriente distantes de Mesopotamia. Entre el 8000 y el 7500 se cultivaban ya el trigo y la cebada domésticos en Jericó, en las riberas del Jordán, en Ganj Dareh en Irán occidental (donde también se inventó la cerámica) y en Çayönü Tepesi, en la Turquía meridional (donde ya se están fabricando perlas y alfileres de cobre nativo mediante martillado). En esta época, será preciso recordarlo, Mesopotamia da un poco la impresión de ser una región atrasada.

El Neolítico

El yacimiento neolítico más importante del Iraq es Jarmo, colgado de un espolón rocoso no lejos de Chemchemal, en el Kurdistán y excavado por la misión Braiwood entre 1948 y 1955 [22]. El nivel de ocupación, con una potencia de siete metros, se divide en quince niveles, de los que diez se hallan desprovistos de cerámica. Los quinientos cincuenta habitantes de Jarmo vivían en casas rectangulares, en *tauf,* compuestas de varias habitaciones. Cosían sus vestidos con agujas de hueso y sabían hilar y tejer el lino y la lana, a juzgar por la existencia de pesas de telar de arcilla. La obsidiana constituía el 40 por 100 de su instrumental lítico. Láminas de sílex incrustradas en hoces de

[21] V. G. Childe: *New Light on the Most Ancient East,* London, 1952, 2.ª ed. p. 23 (hay trad. castellana: *Los orígenes de las civilizaciones orientales,* Edit. Península, Barcelona).

[22] Braiwood y Howe: *Op. cit.,* pp. 26, 38/50, 63/66, 170/173 y 184.

madera por medio de betún, muelas, mazos y morteros llenan los suelos y las huellas de espigas y granos carbonizados no dejan duda alguna en cuanto a sus actividades agrícolas. Entre los mamíferos cuyos huesos han sido hallados sólo se halla domesticada la cabra, los demás están en vías de domesticación (cordero) o son cazados por su carne (cerdo, gacela, bóvidos y cérvidos) o por sus pieles (oso, lobo, zorro y pantera). Las conchas de caracoles son extraordinariamente numerosas. Las lentejas, los guisantes, las arvejas y las bellotas sin duda se utilizaban para la elaboración de papillas; el agua se hervía por inmersión de guijarros ardientes en grandes recipientes redondos u ovales, que se situaban al ras del suelo y estaban forrados de arcilla cocida *in situ*. Estas papillas se tomaban con cucharas de hueso. Otros alimentos eran asados en hornos de arcilla provistos de una chimenea. Estas gentes portaban collares de piedra o terracota, brazaletes de mármol y pendientes de conchas y se adornaban indudablemente el cuerpo o el rostro con dibujos de ocre rojo. Más de cinco mil figurillas de animales (¿cerdos?) o de mujeres desnudas de anchas caderas, generalmente sentadas, se han encontrado. Los muertos eran inhumados sin duda alguna en un cementerio todavía no excavado, pero los cráneos de uno o dos individuos muertos accidentalmente, al parecer, nos muestran la existencia de un tipo físico protomediterráneo. Las dataciones radiocarbónicas son aquí muy poco fiables, ya que se escalonan entre el 7090 y el 4950 para un período de ocupación que no excede de dos o tres siglos. Por el hecho de que no exista cerámica en la mayor parte de los niveles se propone como «fecha más probable» el 6750, tal y como había ya indicado Braidwood.

Las fechas del 6750-6500 son las que ha dado el radiocarbono para el segundo gran yacimiento neolítico de Mesopotamia: Ali Kosh, en la fase que lleva este nombre y continúa a la fase de Bus Mordeh. Ali Kosh y Jarmo poseen muchos caracteres en común, pero también se diferencian en algunos puntos importantes: las casas son las mismas, pero en este caso de ladrillos crudos; también son los mismos los útiles y utensilios, pero ahora sólo el 2 por 100 serán de obsidiana; hay los mismos ornamentos, pero ahora habrá una mayor presencia de conchas marinas y perlas de turquesa, y, por último, la alimentación también es la misma, pero aquí están domesticados el cordero y la cabra. Como rasgos específicos de Ali Kosh podemos citar la existencia de huellas de numerosas cestas impermeabilizadas con betún y la inhumación de los muertos bajo el suelo de las casas, en posición fetal y envueltos en una estera. Los cráneos de las mujeres eran deformados artificialmente. Pero volvamos al Kurdistán iraquí para señalar la existencia de un tercer yacimiento neolítico acerámico, representado por los tres niveles inferiores del tell, en gran parte histórico, de Shimshara, situado en el alto valle del Pequeño Zab, no lejos de Rania, y excavado por una misión danesa desde 1957 a 1959[23]. Este

[23] P. Mortensen: *Tell Shimshara: The Hassuna Period*, Copenhagen, 1970.

yacimiento apenas se distingue de Jarmo salvo por su utillaje lítico tipológicamente diferente y sobre todo por el predominio de la obsidiana (85 %) proviniente de Armenia y Anatolia[24], pero presenta el gran interés de llenar el hiato cronológico que separa a Jarmo de Hassuna (hacia el 5800 ó 5700), el primero de una larga serie de sitios de los llamados «protohistóricos». Otro yacimiento neolítico recientemente descubierto en el Norte del Iraq, pero esta vez del otro lado del Tigris, es Maghzaliyeh, excavado por una misión soviética[25]. Una particularidad notable de esta aldea es que parece haber estado rodeada de un muro de piedra con torres redondas, lo que haría de ella el lugar fortificado más antiguo de los descubiertos hasta ahora en Mesopotamia.

La ausencia de cerámica en los dos tercios de los niveles de Jarmo y en todos los de la fase de Ali Kosh relaciona estos yacimientos con otros yacimientos «acerámicos» del Próximo Oriente, como Tepe Guran en Irán, Hacilar en Turquía y Jericó en Palestina, por no citar más que algunos de ellos. Todos estos yacimientos eran modestas aldeas de una a tres hectáreas de extensión. Los recipientes que utilizaban sus habitantes eran de piedra, junto con cestos de mimbre calafateados con betún y, probablemente, odres y calabazas. Pero manejaban la arcilla con la suficiente habilidad como para ser capaces de construir sus casas, sus hornos y sus graneros, e incluso la cocían para tapizar el interior de sus baños-hervidores o para fabricar sus figuritas mágicas y sus ornamentos[26]. De ahí a inventar la cerámica no había más que un paso, que pronto fue dado, porque Ganj Dareh ha dado vasijas, muy toscas, es cierto, y muy mal cocidas, pero que datan de la segunda mitad del octavo milenio. Vasos similares se hallan en los últimos cinco niveles de Jarmo, junto con trozos de cerámica incisa o pintada con grandes gotas rojas colocadas en líneas oblicuas sobre un fondo rosáceo. Esta primera cerámica pintada del Iraq se relaciona con la del yacimiento contemporáneo de Tepe Guran, en Irán, y pone de manifiesto la existencia de una técnica ya muy elaborada, que no hará más que perfeccionarse y diversificarse posteriormente.

¿Será necesario señalar la importancia de la cerámica para los prehistoriadores? Durante los treinta y cinco siglos que nos quedan por recorrer para alcanzar el alba de la historia será a la vez la principal marca distintiva de las diferentes culturas que se van a suceder en Mesopotamia y, si se interpreta con precaución, un indicador relativa-

[24] Las dos principales fuentes de obsidiana del Próximo Oriente, Anatolia (Acigöl, Çiftlik) y Armenia (Nemrud Dagh Bingöl) pueden distinguirse a través del análisis espectrográfico. Ver J. E. Dickson, J. R. Cann y C. Renfrew en *Old World Archaeology*, San Francisco, 1972, pp. 80/88.

[25] Yacimiento en curso de excavación. Resumen de las dos primeras campañas, en J. N. Postgate: *Iraq*, 41, 1979, pp. 152/153 y 45, 1981, p. 191.

[26] D. Schmandt-Besserat: «The use of clay before pottery in the Zagros», *Expedition*, 16, 1974, pp. 11/17.

mente fiable de las relaciones entre estas culturas y las regiones circundantes. Antes de concluir este capítulo será preciso decir algunas palabras acerca de los diferentes modos de explicar la «revolución neolítica».

Se ha venido repitiendo durante mucho tiempo que esta revolución se produjo en el arco montañoso que rodea al «Creciente fértil», porque es la única región del mundo en la que el trigo almidonero *(Triticum dicoccum),* la escanda *(T. Boeticum)* y la cebada *(Hordeum spontaneum)* ya crecían en estado salvaje. Pero en el año 1966 dos botánicos, Harlan y Zohary, que viajaban por Turquía, comprobaron que estos cereales todavía cubren en la actualidad millares de hectáreas, y se preguntaron: «¿Por qué cultivar un cereal precisamente allí donde crece espontáneamente con tanta densidad como en un campo cultivado? Harlan partió un día armado de una hoz con lámina de sílex y recogió en una hora el trigo suficiente para producir un kilo de harina, dos veces más rica en proteínas que la de trigo doméstico. Calculó que en tres semanas de moderado trabajo una familia podría recolectar de este modo más grano que el que podría consumir en un año [27]. Esta célebre experiencia puso todo en cuestión. ¿Qué es, pues, lo que llevó al hombre prehistórico del Próximo Oriente a tratar de domesticar a toda costa los cereales que tenía al alcance de la mano?

Childe había evocado antaño un progresivo cambio de clima hacia un clima más seco, pero recientes estudios paleoclimatológicos no han demostrado la existencia de una variación climática lo suficientemente importante como para modificar profundamente la fauna y la flora de todo el Próximo Oriente a comienzos del Holoceno [28]. Más recientemente se han propuesto diversas teorías, de las que la más atractiva, basada en el «modelo de equilibrio» de Binford ha sido desarrollada por Flannery [29]. Según este autor las poblaciones de cazadores-recolectores paleolíticas vivían en «nichos ecológicos» de hábitats privilegiados por el medio natural y tendían a mantenerse en equilibrio por debajo de las posibilidades máximas de esos medios. Sin embargo, la inevitable sobrepoblación de estas zonas «centrales» obligó a determinados grupos a emigrar hacia las regiones «marginales» de recursos más limitados, en las que su llegada estimuló la búsqueda de nuevas fuentes de alimento. Esta teoría estaría de acuerdo con la de la «revolución de amplio espectro» observada en el Paleolí-

[27] J. R. Harlan y D. Zohary: «Distribution of wild wheat and barley», *Science,* 153, 1966, pp. 1.075/1.080; J. R. Harlan: «A wild harvest in Turkey», *Archaeology,* 20, 1967, pp. 197/201.

[28] A partir del análisis de los pólenes del lago Zeribar en la ladera este de los Zagros, M. Van Zeist, *Science,* 140, 1963, pp. 65/69 ha llegado a la conclusión de que se dio un medio del tipo estepa fría hacia el 11000, rápidamente reemplazado por bosques de encinas y alfóncigos. Sin embargo, parece aventurado extrapolar estos resultados a la ladera oeste de los Zagros, y *a fortiori,* al resto del Próximo Oriente.

[29] L. R. Binford: «Post Pleistocene adaptations» en S. R. y L. R. Binford (Ed.): *Nex Perspectives in Archaeology,* Chicago, 1968, pp. 313/342.

tico Superior, y Mureybet y Ali Kosh ofrecerían ejemplos de comunidades establecidas en las zonas marginales y obligadas a importar desde muy lejos los cereales salvajes o domesticados simplemente para sobrevivir.

Cada una de las teorías propuestas contiene sin duda alguna una parte de la verdad, pero todas ellas no son más que hipótesis indemostrables. Además, ninguna de ellas parece dar la suficiente importancia a determinadas características del hombre, sobre todo a su «cultura» en el sentido afectivo y espiritual del término [30] y a su insaciable curiosidad, a sus deseos de conocer, de tratar de reproducir los fenómenos observados por azar y de experimentar «para ver», elementos que ciertamente deben haber jugado un papel fundamental en numerosas invenciones y descubrimientos, desde el dominio del fuego hasta las naves espaciales de la actualidad.

[30] Véanse en este sentido las pertinentes indicaciones de J. Cauvin: *Les Premiers Villages...*, pp. 139/142.

CAPÍTULO CUARTO

DE LA ALDEA A LA CIUDAD

El paso del Neolítico a la Historia, de las pequeñas aldeas pegadas a las faldas de los Zagros a las ciudades relativamente grandes del bajo valle del Éufrates, de las comunidades agrícolas y ganaderas que no sobrepasan *la familia o el clan a una sociedad numerosa*, compleja, diversificada, jerarquizada y alfabetizada fue muy lento y progresivo. No conocemos más que las grandes líneas y podemos tratar de adivinar los mecanismos, pero jamás llegaremos a conocerlos ni a poderlos describir en detalle, porque nuestros conocimientos, aunque progresan sin cesar, seguirán siendo siempre imprecisos y lagunares, por falta de textos. Sin embargo, una cosa es cierta: las informaciones que nos aporta, casi anualmente, el descubrimiento de nuevos tells «protohistóricos» o la exploración en profundidad de las ciudades excavadas no hacen más que confirmar lo que sugerían las excavaciones anteriores: la civilización atribuida a los sumerios no se lo debe todo a ese pueblo. No fue importada plenamente desarrollada a Mesopotamia, no se sabe ni cómo ni cuándo. Al igual que todas las civilizaciones antiguas o modernas, *es una amalgama de diversos* elementos a los que una misma impronta ha moldeado y fundido en un todo coherente. La aparición de cada uno de estos elementos —ya sean de orden arquitectónico, técnico o artístico— ya puede ser localizada en el tiempo y en el espacio, y si es indudable que algunos de ellos fueron introducidos por influencias externas o por invasiones, otros tienen sus orígenes en la misma Mesopotamia en épocas tan remotas que casi se los puede considerar como indígenas.

El valor de las recientes excavaciones efectuadas en el Iraq y en sus países vecinos no ha sido sólo el que ha permitido precisar estas nociones, sino también el de poner a la luz la interrelación existente entre las diferentes culturas neolíticas y calcolíticas del Próximo Oriente. Además estas excavaciones nos han proporcionado dataciones radiocarbónicas en un número todavía muy pequeño, es cierto, pero el

suficiente como para permitir esbozar una cronología aproximada y provisional de los seis grandes períodos que actualmente se reparten la protohistoria mesopotámica:

Período de Hassuna	5800-5500
Período de Samarra	5600-5000
Período de Halaf	5500-4500
Período de el Ubaid (1 y 2)	5000-3750
Período de Uruk	3750-3150
Período de Jemdet Nasr	3150-2900

Cada uno de estos períodos se halla caracterizado por un conjunto de elementos (sobre todo cerámica, pero también arquitectura, figurillas, sellos y objetos diversos) que le son propios y lleva el nombre del yacimiento en el que este «Horizonte» o «conjunto» cultural fue reconocido por primera vez, aunque se descubra posteriormente que ese yacimiento no es ni el más importante ni el más representativo.

Las áreas geográficas cubiertas por cada una de estas culturas varía, como se podrá apreciar, de un período a otro. Además, algunas de ellas, consideradas durante mucho tiempo como sucesivas, son de hecho contemporáneas, o al menos se superponen. Por último, se puede distinguir en el seno de cada cultura un número determinado de variaciones regionales, de subculturas de un gran interés. Los períodos anteriormente enumerados son pues algo artificiales, pero proporcionan un cuadro cronológico cómodo para explicar los cambios de cultura y, probablemente, de las poblaciones que se sucedieron en el curso de los tres milenios en los que se gestó la eclosión de la civilización sumeria, o más exactamente sumero-acadia.

Período de Hassuna

El yacimiento que ha dado su nombre a este período es un tell de pequeñas dimensiones, situado a 35 kms. al sur de Mosul y excavado por Seton Lloyd y Fuad Safar en 1943-1944 para la Dirección de Antigüedades del Iraq [1]. En el nivel más profundo de este tell y reposando directamente sobre suelo virgen se ha hallado una cerámica grosera y útiles de piedra que nos recuerdan a una comunidad de agricultores neolítica, que sin duda alguna vivía en tiendas o chozas, ya que no se aprecia huella alguna de construcciones. Por encima de este hábitat primitivo se superponían seis niveles de ocupación, cada uno de ellos con casas más grandes y mejor construidas. Por sus dimensiones, su trazado y sus materiales de construcción, muros de *tauf* y te-

[1] Seton Lloyd y Fuad Safar: «Tell Hassuna», JNES, 4, 1945, pp. 255/289.

chos de ramas, estas casas se parecen extrañamente a las actuales moradas campesinas del Norte de Iraq. Seis o siete habitaciones colocadas en torno a un pequeño patio constituían dos cuerpos de la construcción, formando un ángulo recto; uno de ellos servía de habitación y otro de cocina y almacén. El grano se conservaba en grandes depósitos de arcilla cruda enterrados en el suelo hasta el borde y el pan se cocía en hornos de cúpula muy similares a los actuales *tanurs*. Sobre el suelo de arcilla y paja yacen morteros, azadas de piedra y numerosos útiles de sílex, junto con láminas de hoz, fusayolas en terracota y algunas figurillas de arcilla que esbozan la figura de una mujer desnuda y aparentemente sentada. También en el interior de las casas hay grandes jarras que contienen los huesos de los niños, acompañados de minúsculas copas y de vasos destinados a los refrigerios de ultratumba, mientras que, curiosamente, los esqueletos de los adultos se amontonaban en una esquina, arrojándolos «sin ceremonia» en los recipientes de arcilla o enterrándolos en las tumbas de cista sin los regalos funerarios habituales. En algunos de los cráneos estudiados se ve la presencia de esta raza mediterránea que, al igual que en el Paleolítico Superior y en el Neolítico, parece haberse difundido por todo el Próximo Oriente.

La cerámica de Tell Hassuna ha sido dividida en dos categorías, llamadas: *arcaica y standard*. La cerámica arcaica se encuentra desde el nivel I al nivel III del tell. Está caracterizada por grandes jarras redondeadas o piriformes, hechas de arcilla basta y no decorada, por cuencos de textura más fina y de un color que va del beige al negro, según la técnica de cocción, y bruñidos por medio de una piedra o un hueso; y también por cuencos y jarras esféricos con cuello corto y recto, igualmente bruñidos y decorados con algunos motivos muy simples (líneas, triángulos, trazos y cuadriculados) dibujados con una frágil pintura roja. La cerámica standard, que predomina de los niveles IV al VI tiene las mismas formas y unas decoraciones muy similares a las precedentes, pero la pintura es más espesa y de un color marrón mate y la decoración es más amplia y de una factura más hábil. Numerosos recipientes se hallan totalmente cubiertos de incisiones poco profundas, y algunos están a la vez pintados e incisos.

Si la cerámica arcaica de Hassuna está relacionada con la de los niveles más profundos de los yacimientos turcos (Sakçe Gözü, Mersin), sirios (Carquemish y llanura del Amuq) y palestinos (Megiddo y Jericó), la cerámica standard, por el contrario, parece haber sido desarrollada localmente y no se distribuye más que una zona muy restringida del Noreste del Iraq [2]. Pueden recogerse fragmentos en la superficie de numerosos tells inexplorados de ambas riberas del Tigris hasta Jebel Hamrin y especímenes completos han sido descubiertos

[2] T. Dabbagh: «Hassuna pottery», *Sumer*, 21, 1965, pp. 93/111.

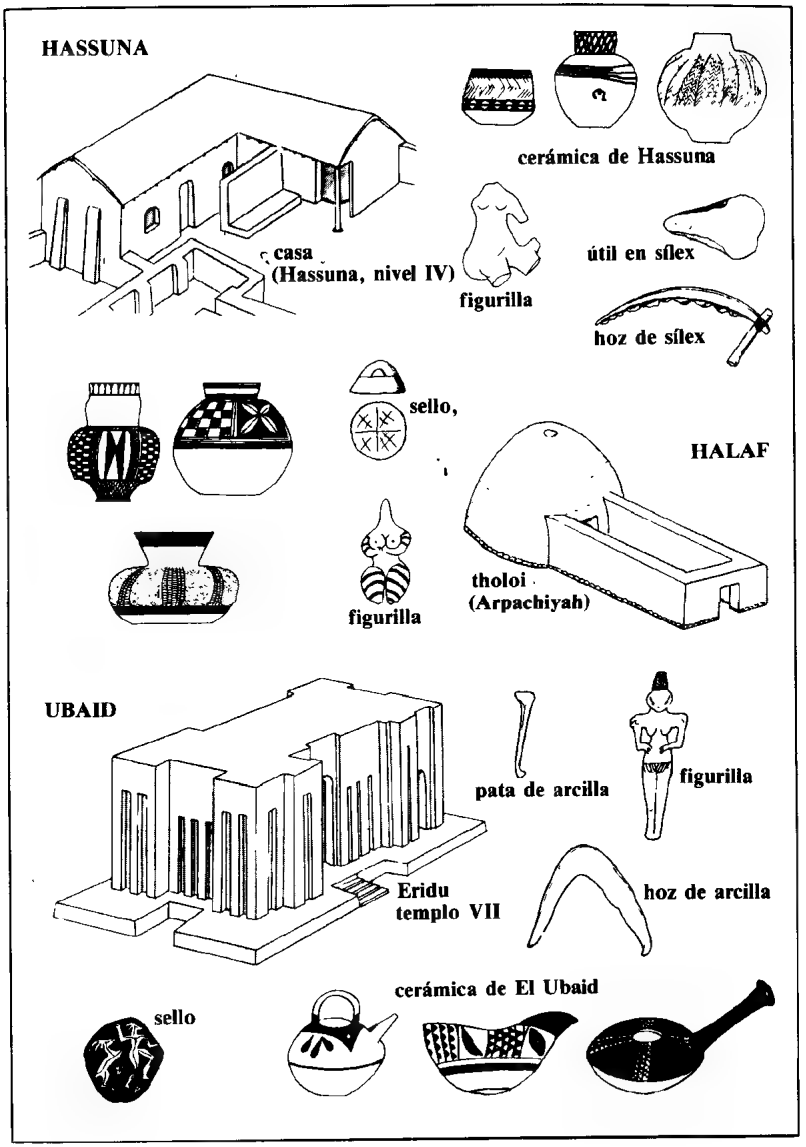


Ilustración 2.ª: Construcciones y objetos de los períodos de Hassuna, Halaf y El Ubaid

en los niveles inferiores de las cartas de Nínive[3], de Matarrah[4], al sur de Kirkuh, de Shimshara[5], en el valle del Zab inferior. También se la encuentra en cada uno de los trece estratos del tell 1 de Yarim Tepe[6], cerca de la pequeña ciudad de Tell Halaf, donde se asocia con restos de casas redondas o cuadradas, con útiles y armas de sílex y obsidiana, trozos de mineral de cobre, raros ornamentos de cobre o plomo, estatuillas de arcilla del tipo ya descrito y pequeños discos de piedra o terracota, de los que una de sus caras se halla incisa con líneas rectas paralelas o cruzadas y la otra está provista de un anillo. Estos discos, que sin duda se llevaban colgados del cuello debían ser sellos destinados a ser impresos como marcas de propiedad sobre las pesas de telar o sobre los tapones de las jarras. Estos sellos-precinto, los más antiguos de los descubiertos hasta el momento, son los antepasados de los cilindro-sellos, elementos característicos de la civilización mesopotámica en todas sus épocas, y de cuyo interés ya hablaremos.

A 48 kms al sur de Yarim Tepe, en los bordes de la llanura fertilizada por las lluvias y del desierto de Jerizah, se halla el tell Umm Dabaghiya, excavado por Diana Kirkbride entre 1971 y 1973[7]. Se trata de una pequeña aglomeración, de una simple factoría en la que los cazadores nómadas del desierto guardaban los onagros y las gacelas que habían matado para desollarlas, siendo expedidas posteriormente las pieles para ser curtidas en otro lugar. Comparable por su cerámica común con los niveles arcaicos de Tell Hassuna, pero probablemente un poco más antiguo, Umm Dabaghiya presenta no obstante algunos rasgos peculiares, de los que algunos de ellos no dejan de constituir un refinamiento, si tenemos en cuenta el lugar y la época. Así es como el suelo de las casas a veces se halla cubierto de grandes losas de arcilla, que anuncian los ladrillos moldeados de las épocas posteriores, y como los muros se hallan cuidadosamente enlucidos con cal, y frecuentemente pintados en rojo. En uno de los edificios fragmentos de frescos representan una caza del onagro, una araña con sus huevos y quizás un grupo de buitres que han sido sorprendidos. Muchas casas contienen copas de alabastro soberbiamente talladas y pulidas.

[3] M. E. L. Mallowan: «The prehistoric sondage at Nineveh, 1931-1932», AAA, 20, 1933, pp. 71/186.

[4] R. J. y L. Braiwood, J. G. Smith y C. Leslie: «Matarrah, a southern variant of the Hassunan asemblage», JNES, 11, 1952, pp. 1/75.

[5] Ver antes capítulo 3, nota 22.

[6] Excavado por una misión soviética desde 1969. Informes preliminares en ruso en *Acheologiceskiye Otkri-tiya,* 1971, ss. y en inglés en *Sumer,* 25, 1969 ss. Para una visión de conjunto acerca de los resultados obtenidos hasta 1973 N. Y. Merpert y R. M. Munchaev: «Early agricultural settlements in the Sinjar Plain, northern Iraq», *Iraq,* 35, 1973, pp. 93/113.

[7] Informes preliminares en D. Kirkbride: *Iraq,* 34 (1972) y 27 (1975). Ver también D. Kirkbride: «Umm Dabaghiyah» en J. Curtis (Ed.) *Fifty Years of Mesopotamian Discovery,* London, 1982, pp. 11/21.

La cerámica fina comprendía cuencos y jarras sobre los que se habían pegado pequeñas figurillas humanas o animales, moldeadas antes de su cocción. Tell Sotto y Kül Tepe [8] —cercanos a Yarim Tepe, así como el tell 2 de Tulul eth-Thalathat [9] en la misma región— son otros de los yacimientos representativos de esta subcultura, aparentemente muy bien localizada, pero que presenta algunas características en común con el nivel II de Buqras, aldea de cazadores situada en la confluencia del río Khabur con el Éufrates [10], así como con el nivel V de Ras-Shamrah, en la costa siria, mientras que los muros pintados en rojo y adornados con frescos nos recuerdan un gran yacimiento anatolio, Çatal Hüyük. Esto no tiene sin duda nada de sorprendente, porque estos yacimientos iraquís se hallan situados sobre rutas que, partiendo del Tigris, van hacia el oeste y el noroeste. El carbono 14 da las fechas de 6.010 ± 55 para BuqrasII, 5.620 ± 250 para Matarrah, 5.570 ± 120 para Tulul eth-Thalathat y 5.090 ± 200 para la fase final de Hassuna.

Período de Samarra

En los niveles superiores de Hassuna, Matarrah, Shimshara y Yarim Tepe la cerámica de Hassuna se mezcla con otra cerámica mucho más bella que pronto conseguirá reemplazarla y que toma el nombre de Samarra, porque fue descubierta en 1912-1914 en un cementerio prehistórico situado bajo las casas medievales de esta ciudad, célebre por su mezquita con el minarete en espiral [11]. La superficie beige clara, un poco arrugada, de los grandes platos, el borde de los profundos cuencos y a veces las carenas, el cuello o la espalda de los vasos de panza redonda se hallan decorados con dibujos geométricos pintados de rojo fuerte, marrón o marrón-violeta, armoniosamente repartidos, o también por motivos que representan hombres y mujeres, aves, peces, antílopes, escorpiones y otros animales. Algunos cuellos de jarra llevan figuras de rostros humanos en relieve, con los rasgos pintados. Estos dibujos muy estilizados y dispuestos de un modo perfectamente equilibrado dan una extraordinaria impresión de ligereza, gracia y movimiento. Las gentes que modelaron y decoraron esta cerámica eran sin duda alguna unos grandes artistas. Durante mucho tiem-

[8] Excavados por la misión soviética de Yarim Tepe. Resumen en *Iraq*, 35, 1973, p. 203; 37, 1975, p. 66; 38, 1976, p. 78; 39, 1977, pp. 319/320.

[9] Excavaciones japonesas de 1956 a 1965, reemprendidas en 1976. Informes preliminares en *Sumer*, 12 (1957) y 22 (1966) y 33 (1977). Publicación definitiva por N. Egami y otros: *Tulul eth-Thalathat*, Tokyo, 1959-1974, 3 vols.

[10] H. de Contenson y W. J. Van Liere: «Premier sondage à Bouras» AAAS, 16, 1966, pp. 181/192. P. A. Akkermans H. Fokkens y H. Waterbolk: «Stratography, architecture and layout of Bouqras» en J. Cauvon y P. Sanlaville (Ed.): *Préhistoire du Levant*, París, 1981, pp. 485/501.

[11] H. Hertfeld: *Die Ausgrabungen von Samarra*, V, Berlín, 1930.

po se creyó que provendrían del Irán, pero ahora sabemos que la cerámica de Samarra es un producto meramente mesopotámico y que pertenece a una cultura específica, desconocida durante largo tiempo, que aparecerá en el valle medio del Tigris hacia la segunda mitad del sexto milenio.

Será solamente durante los años 60 cuando otros de los elementos propios de esta cultura nos llegarán a ser conocidos gracias a las excavaciones irquíes del Tell es-Sawwan (el «tell de los sílex»), colina artifical baja, pero extensa situada en la orilla izquierda de Tigris a 11 kms al sur de Samarra [12]. Al igual que los habitantes de Hassuna, los de Tell es-Sawwan se dedicaban a la agricultura, a la ganadería y a la caza. Para ello utilizaban las mismas bolas de honda, las mismas hoces de madera con láminas de sílex, pero en una zona en la que las lluvias son escasas parecen haber sido los primeros —por lo menos en Iraq— en practicar una primitiva forma de irrigación, utilizando las crecidas del Tigris para inundar los campos en los que cultivaban el trigo, la cebada, la avena y el lino. El rendimiento agrícola debía ser elevado, si fuese cierto que los grandes edificios vacíos que se han sacado a la luz en los diferentes niveles del tell fuesen «graneros», tal y como se ha supuesto sin demasiada justificación. El centro de la aldea estaba defendido contra eventuales enemigos o animales predadores mediante un profundo foso de 3 metros, con una anchura de 2,50 metros, reforzado por un doble muro de espesa arcilla dotado de contrafuertes.

Las casas eran espaciosas y de trazado regular. Tenían muchas habitaciones y patios y hay que destacar que no estaban construidos en *tauf,* sino con ladrilos crudos alargados en forma de puro. Los suelos y los muros se hallaban revestidos de una pequeña capa de yeso. Además de los numerosos vasos y platos de cerámica de Samarra, fina y basta, estas casas también contenían vasos de mármol traslúcido de una factura exquisita, al igual que sellos del tipo anteriormente descrito. Bajo el suelo yacían enterrados los adultos tumbados de lado y en posición fetal, envueltos a veces en esteras impermeabilizadas con betún, y los niños, enterrados en jaras o grandes cuencos. Es de esas sepulturas de donde provienen los hallazgos más interesantes: las estatuillas de terracota, algunas de las que poseen ojos hechos de arcilla modelada como «un grano de café» y los cráneos alargados, que se parecen mucho a los de las figurillas del período del El Ubaid. Por el contrario los ojos de las demás estatuillas de terracota o alabastro son grandes, están muy abiertos, y son de nácar incrustrado superpuestos por espesas cejas negras de betún, ofreciendo de este modo «una asambrosa semejanza con una técnica sumeria

[12] Informes preliminares por Abu es-Soof, K. A. El-Adami, G. Wahida y W. Yasin en *Sumer,* 21 (1965) y 26 (1970). Acerca de la agricultura ver: H. Helbaek: «Early Hassunan vegetable food at es-Sawwan, near Samarra», *Sumer,* 20, 1964, pp. 45/48. Visión de conjunto de los resultados en Mellaart: *The Neolithic of the Near East,* London, 1975, pp. 149/155.

mucho mas reciente» [13]. En efecto, la semejanza es bastante embarazosa, ¿podría deducirse que los «samarrios» fueron los antepasados de los «ubaidienses» y quizás incluso de los sumerios? Toda la prudencia será poca para desenvolverse en este terreno.

Hasta el momento, ninguna aldea comparable a Tell es-Sawwan ha sido sacada a la luz, pero además de los yacimientos ya mencionados, la cerámica de Samarra se haya también difundida por una extensa área, desde Baghuz, en el Éufrates Medio [14] y Chagar Bazar, en la Jazirah siria hasta Tell el-Oueili, cerca de Larsa, y hasta Choga Mami, cerca de Mandali y muy cerca de la frontera que separa Iraq de Irán [15]. Sobre este último yacimiento podemos observar que ya se practicaba una irrigación por canales: Joan Oates ha encontrado figurillas femeninas pintadas con los ojos en grano de café que recuerdan las de Tell es-Sawwan, así como una cerámica de estilo de transición entre la cerámica de Samarra y las de Eridu y Hajji Mohammed (véase más abajo), las tres igualmente presentes en sus formas más típicas. Estas últimas son consideradas como las formas arcaicas de la cerámica de El Ubaid. ¿También será necesario suponer la existencia de algún lazo de parentesco o simplemente la coexistencia en la misma aldea de ceramistas llegados del norte y el sur?

El radicarbono indica 5.349 $\pm$ 150 y 5.506 $\pm$ 73 para Tell es-Sawwan y 4.896 $\pm$ 182 para la fase de transición de Choga Mami.

Período de Halaf

El tercer período de la protohistoria mesopotámica toma su nombre de Tell Halaf, gran colina que domina la ribera del Khabur cerca de sus fuentes, no lejos de la aldea de Ras el-Ain, en la frontera turco-siria. Poco tiempo antes de la Primera Guerra Mundial un arqueólogo alemán, el barón Max von Oppenheim, descubrió bajo el palacio de un reyezuelo arameo del siglo décimo antes de J.C. un espeso estrato de bella cerámica pintada. Este descubrimiento no fue publicado hasta 1931 [16]. En esta época se sabía todavía muy poco acerca de la prehistoria del Próximo Oriente y la fecha de la «Buntkeramik» de Tell Halaf fue muy controvertida (¡el propio von Oppenheim cre-

[13] J. Oates: «The baked clay figurines from Tell es-Sawwan», *Iraq*, 28, 1966, pp. 146/153. Ver A. Parrot, *Sumer*, 2.ª ed., fig. 115/118.

[14] R. du Mesnil du Buisson: *Baghouz, l'ancienne Corsôtê*, Leiden, 1948; R. J. y L. Braiwood, J. G. Smith y C. Leslie: «New Chalcolithic material of Samarra type and its implications» JNES, 3, 1944, pp. 47/72.

[15] Informes preliminares en J. Oates: *Sumer*, 22, 1966, pp. 51/58 y 25, 1969, pp. 133/137 y en *Iraq*, 31, 1969, pp. 115/152 y 34, 1972, pp. 49/53. Del mismo autor: «Choga Mami» en *Fifty Years of Mesopotamian Discovery*, pp. 22/29. Bellísimas fotos en D. y J. Oates: *The rise of Civilization*, pp. 62/68.

[16] M. Freiherr von Oppenheim: *Der Tell Halaf*, Leipzig, 1931; *Tell Halaf I, Die prähistorischen Funde*, Berlín, 1943.

yó en algún momento que se trataba de cerámica griega!). Pero en los años que siguieron las excavaciones británicas de Nínive, Tell Arpachiyah, cerca de Mosul [17], y de Tell Chagar Bazar, en Jazirah [18], así como las excavaciones americanas de Tepe Gawra, al este de Arpachiyah [19] permitieron precisar el contexto cultural de esta cerámica y su lugar en la escala evolutiva. Muy recientemente las excavaciones soviéticas en el tell 2 de Yarim Tepe nos han proporcionado una información complementaria muy interesante acerca de la cultura «halafiana».

Esta cultura posee caracteres distintivos y muy particulares, que la identifican como extranjera en el ámbito mesopotamio. Así es el hecho de que en sus numerosos yacimientos la obsidiana ocupe un lugar mucho más importante en el utillaje lítico que en las etapas precedentes. En algunas grandes aldeas de la época (por ejemplo en Arpachiyah), calles pavimentadas dan testimonio de un pequeño esfuerzo de urbanismo. Si bien es cierto que el material de construcción siempre es el *tauf* o el ladrillo crudo, también lo es que las casas rectangulares tienden a ser más pequeñas, mientras que predominan las casas redondas y abovedadas, a las que se les suele llamar *tholos* (plural *tholoi)* al igual que a las tumbas micénicas, a las que se asemejan. En Yarim Tepe los *tholoi* son por lo general de pequeñas dimensiones, algunos se hallan divididos en dos habitaciones por un tabique, y otros se hallan rodeados de habitaciones rectangulares o de muros concéntricos. Los *tholoi* de Arpachiyah, por el contrario, son mucho más grandes, alcanzando a veces los 10 metros de diámetro, descansan sobre cimientos de piedras sin labrar y muchos de ellos están precedidos por una especie de corredor o antecámara, que todavía acentúa más la semejanza con las tumbas micénicas. La factura de estas construcciones, el cuidado con el que fueron construidos y reconstruidos, y el hecho de que generalmente se los haya encontrado vacíos llevaron a pensar durante mucho tiempo que se trataba de capillas o templos, y también se los ha interpretado como silos. Pero las excavaciones de Yarim Tepe parecen indicar más bien que los *tholoi* no eran más que viviendas en forma de «pan de azúcar» similares a las que todavía pueden verse en aldeas completas en los alrededores de Alepo o de la Jazirah siria. En realidad la única construcción de esta época a la que se la pueda considerar como un santuario es un pequeño edificio cuadrado, sacado a la luz por Mallowan en Tell Aswad, en el

[17] M. E. L. Mallowan y C. Rose: «Prehistoric Assyria the excavations at Tall Arpachiyah, 1931», *Iraq*, 2, 1935, pp. 1/78; M. E. L. Mallowan: *Twenty-five Years of Mesopotamian Discovery*, London, 1968, pp. 1/11; J. Curtis; «Arpachiyah», en *Fifty Years...*, pp. 30/36.

[18] M. E. L. Mallowan: «The excavations at Tall Chagar Bazar and an archaeological survey of the Habur Region», *Iraq*, 3, 1936, pp. 1/86 y 4, 1937, pp. 91/117, *Twenty-five Years...*, pp. 12/23; J. Curtis: «Chagar Bazar», en *Fifty Years...*, p. 79/85.

[19] A Speiser y A. J. Tobler: *Excavations at Tepe Gawra*, Philadelphia, 1935-1950, 2 vols.

valle del Balikh [20], que contenía un banquillo de arcilla (elemento arquitectónico asociado a los depósitos votivos), y, sobre una puerta, un cráneo de buey con cuernos que recuerda a la vez a los de Mureybet y a las hileras de cráneos de toro que adornan el templo del nivel VI de Çatal Hüyük, claramente contemporáneos [21]. En Arpachiyah los muertos eran inhumados bajo las casas, alrededor de los *tholoi,* pero también se han encontrado sepulturas colectivas con cadáveres desmembrados en Tepe Gawra, y Yarim Tepe ofrece dos ejemplos de cremación, quizás por motivos rituales.

Los pequeños objetos descubiertos en los niveles halafienses de numerosos yacimientos no por ello son menos interesantes. Pensamos, sobre todo, en los amuletos en forma de cabeza de toro, de doble hacha o de casa cubierta con un tejado a dos aguas, así como figurillas de terracota que representan palomas y mujeres. Estas estatuillas femeninas difieren de las de las épocas precedentes. La mujer está normalmente sentada sobre el suelo o sobre un taburete redondo y sostiene en sus brazos sus grandes pechos. La cabeza se halla reducida a un muñón informe, pero el cuerpo está tratado con realismo y pintado con líneas y puntos que parecen representar tatuajes, joyas y vestidos. Es probable que estas figurillas fuesen talismanes contra la esterilidad, más que «diosas madres», como se suele suponer.

Por último la cerámica, de la que se puede afirmar sin exageración que es la más bella que jamás se haya fabricado en Mesopotamia, está totalmente hecha a mano con una arcilla ferruginosa ligeramente vitrificada por la cocción. Las paredes son frecuentemente muy finas, las formas variadas y audaces: cuencos redondos con un cuello largo ensanchado, jarras ventrudas de bordes respingones, cálices de pie largo, «cuencos de crema» y grandes fuentes de perfil anguloso. Sin duda alguna la decoración no está caracterizada por los graciosos movimientos que caracterizan a la cerámica de Samarra, pero está perfectamente adaptada a las formas, ejecutada con minuciosidad y es agradable de ver, al igual que las alfombras persas. Un engobe de color crema o ligeramente rosado sirve de fondo a motivos primero rojos y negros y luego polícromos (negro, rojo y blanco), que cubren la práctica totalidad del vaso. Los motivos más corrientes son los triángulos, cuadrados, dameros, cruces, festones y pequeños círculos, pero también hay flores, aves en reposo, gacelas acostadas y guepardos rampantes. Todavía más típicos, y quizás preñados de un simbolismo religioso, son los motivos de la doble hacha el «cuadrado de Malta» (un cuadrado que lleva un triángulo en cada lado) y el «bucráneo» o cabeza de toro estilizada.

Mientras que los *tholoi* se inscriben en la tradición local de casas

[20] M. E. L. Mallowan: *Twenty-five Years of Mesopotamian Discovery,* pp. 39/41 y fig. 16.

[21] J. Mellaart: *Earliest Civilizations of the Near East,* London, 1965, pp. 94/97 y fig. 80, 84/86.

Ilustración 3.ª: *Algunos ejemplos de cerámica protohistórica decorada de Mesopotamia, agrupados por períodos:* 1. *Neolítico (Jarmo);* 2-3. *Hassuna (de la que se muestra una jarra incisa);* 4-6. *Samarra;* 7. *Eridu;* 8. *Hajji Mohammed (Ubadi* 2); 9-10. *Halaf;* 11-13. *Ubaid* 3 y 4; 14-15. *Nínive;* 16. *Jemdet Nasr. Todas las reproducciones están hechas a diferentes escalas.*

redondas, esta espléndida cerámica, al igual que los amuletos femeninos, carecen de relación con los objetos de su misma naturaleza pertenecientes a las culturas mesopotámicas que precedieron o siguieron a la cultura de Halaf. Aparecen progresivamente y de un modo rápido, hacia el 5500, sobre yacimientos ya habitados y todo pasa como si hubiesen sido introducidas por extranjeros que hubiesen invadido pacíficamente la parte norte del Creciente Fértil y se hubiesen mezclado con las poblaciones preexistentes. Si éste fue el caso nunca llegaremos a saber de dónde provenían los invasores. Sin embargo, la hipótesis propuesta por Mellaart, según la cual los «halafienses» serían originariamente los pueblos que «controlaban el comercio de la obsidiana» parece quedar descartada por el reciente descubrimiento de yacimientos que presentan los mismos caracteres culturales cerca del lago Van (principal fuente de obsidiana), en Anatolia Oriental y en Turquía Meridional, todavía poco explorados. Partiendo de estas zonas estos pueblos pudieron haberse infiltrado fácilmente a través de los valles de Balikh y del Khabur hacia el sur, hacia la futura Asiria, alcanzando sus vanguardias la latitud de Bagdad, a lo largo del Tigris, (Choga Mami) y, hacia el norte la Transcuacasia, donde también se encuentra su cerámica. En cualquier caso éstos son los movimientos que sugiere el área de distribución de la cerámica de Halaf [22]. Ahora sabemos que esta cerámica se fabricaba en gran escala en Arpachiyah [23] y sin duda alguna en otros centros, y es probable que fuese exportada como «vajilla de lujo» hacia muchas otras regiones, de las que algunas, como Cilicia y Siria del Norte, hicieron imitaciones.

Incluso parece que esta cultura ejerció su influencia sobre una zona mucho más amplia, porque la cerámica halafiense ofrece grandes semejanzas con la cerámica pintada llamada «Urfirnis» de la Grecia neolítica [24]. Y quizás no sea un azar el que la paloma, la doble hacha y el bucráneo aparezcan como símbolos religiosos de nuevo a la vez en la Creta minoica y en la Anatolia prehitita, tres mil años más tarde.

Las fechas del radiocarbono, para el período de Halaf, se escalonan entre el 5.620 $\pm$ y el 4.515 $\pm$ 100.

Período de El Ubaid

Hacia el 4500 algunos yacimientos de la Mesopotamia septentrional, sobre todo Halaf y Nínive, son abandonados, y otros, como Ar-

[22] J. Mellaart: *The Neolithic of the Near East*, pp. 169/170. Ver también T. Dabbagh: «Halaf pottery», *Sumer*, 22, 1966, pp. 23/43; N. Y. Melpert y R. M. Munchaev: *Iraq*, 35, 1973, p. 111.

[23] T. E. Davidson y H. Mc Kerrell: «The neutron activation analysis of Halaf and Ubaid pottery from Arpachiyah and Tepe Gawra», *Iraq*, 42, 1980, pp. 155/167.

[24] CAH (3), I, 1, p. 596.

pachiyah y Chagar Bazar, son incendiados y luego reocupados, pero un poco en todas partes la espléndida cerámica de Halaf va siendo reemplazada progresivamente por una nueva cerámica que lleva el nombre de El Ubaid, pequeño tell situado a algunos kilómetros de la célebre ciudad sumeria de Ur[25]. Este nombre posee una significación muy particular, porque indica que, por primera vez, una sola cultura se extiende en Mesopotamia de Norte a Sur, sin que se pueda decir si se trata de una conquista armada o de la pacífica infiltración de un pueblo venido del bajo valle del Éufrates, región de la que todavía no hemos tratado.

Fueron las excavaciones anglo-iraquíes de 1946 a 1949 en Eridu[26] las que nos descubrieron que la parte meridional del Iraq había estado habitada desde al menos el 5000 y que fue allí, y no en el Norte, donde se originó la cultura de El Ubaid. Al contrario de su vecina Ur, distante unos 12 kms., Eridu jamás fue una gran ciudad, pero los sumerios la consideraban como la más antigua «después del Diluvio» y hacían de ella la morada terrestre de uno de sus grandes dioses: Enki, el señor de las aguas y de las técnicas. El yacimiento se presenta en la actualidad como un conjunto de colinas bajas y arenosas que rodean los restos, muy mal conservados, de un zigurat (torre escalonada) construido por Amar-Sîn (2046-2038), tercer rey de la III Dinastía de Ur. Los arqueólogos Seton Lloyd y Fuad Safar han desenterrado un cementerio protohistórico y una gran construcción del período Dinástico Arcaico bautizada como el «palacio». Pero, sobre todo, han exhumado, bajo uno de los ángulos del zigurat, una impresionante serie de diecinueve niveles de ocupación con diecisiete templos superpuestos. Los más profundos de estos templos (niveles XVII-XV) eran pequeños edificios de ladrillo crudo cuya única sala contenía un pedestal, una mesa de ofrendas y una cerámica pintada de excelente calidad, decorada con motivos geométricos tupidos, ejecutados con mucho cuidado, de color marrón o rojo sobre un fondo de color melocotón. Esta cerámica, llamada de *Eridu,* presenta afinidades con la cerámica llamada «transicional post-Samarra», descubierta en Choga Mami[27]. Las recientes excavaciones del Tell el-Oueili (o el Weili), cerca de Larsa del Tell Abada, en el valle del Diyala[28], indican que su área de distribución era mucho más amplia de lo que sugerían las exploraciones de superficie.

[25] H. R. Hall y C. L. Woolley: *Al Ubaid* (UE I), London, 1927.

[26] Seton Lloyd y Fuad Safar: «Eridu», *Sumer,* 3, 1947, pp. 84/111, 4, 1948, pp. 115/127; 6, 1950, pp. 27/33; Fuad Sagar, Mohammed Ali Mustafa y Seton Lloyd: *Eridu,* Bagdad, 1982.

[27] J. Mellaart: *The Neolithic of the Near East,* pp. 170/172; J. Oates: *The Rise of Civilization,* p. 122.

[28] Sobre Tell el Oueli, excavado por una misión francesa a la vez que Larsa, ver J. L. Huot y otros: *Larsa et Oueilli: Rapport préliminaire,* París, 1983. Sobre las excavaciones iraquíes de Tell Abada, ver Sabah Abboud Jasim: «Excavations at Tell Abada, a preliminary report», *Iraq,* 45, 1983, pp. 165/185.

Los templos de los niveles XIV al XII, de los que quedan muy pocos elementos arquitectónicos, han dado una cerámica muy diferente, decorada interior y exteriormente con dibujos geométricos, cuyo color varía del rojo vivo al marrón oscuro y que se asemeja en algunos de sus motivos (bucráneos y rosetas) a la de Halaf. Esta cerámica lleva el nombre de *Hajji Mohammed,* porque fue descubierta por primera vez en 1937 sobre un yacimiento de este nombre situado en las cercanías de Uruk [29]. Desde entonces se la ha encontrado en muchos lugares de Mesopotamia meridional y central, sobre todo en Ras el' Amiyah, cerca de Kish [30], en Choga Mami, en el Khuzistán, e incluso en algunos puntos de la costa del Golfo Pérsico. Es preciso indicar que los tells de Hajji Mohammed y de Ras el'Amiyah estaban totalmente enterrados por dos o tres metros de aluviones, y que fueron descubiertos fortuitamente, el primero de ellos en el lecho desecado de un afluente del Éufrates y el segundo en la excavación de un canal moderno. Es pues probable que existan otras muchas huellas insospechadas de estas culturas arcaicas de Eridu y de Hajji Mohammed que es preciso datar alrededor del 5000-4500. Por último los templos XI al VI de Eridu, todavía mejor conservados y mucho más espaciosos, contenían cerámica de El Ubaid clásica y tardía, mientras que los más recientes (niveles V-I) fueron datados por su cerámica en las primeras fases del período de Uruk.

Así pues, desde la primera mitad del quinto milenio, la baja Mesopotamia ya estaba habitada por una población de origen indeterminado, pero que podría estar emparentada con los «samarrienses» de Tell es-Sawwan y de Choga Mami [31].

El descubrimiento, muy reciente, de cerámica de Samarra bajo el nivel de la cerámica de Eridu de Tell el-Oueili parece descartar esta hipótesis. Además, Eridu nos ofrece un notable ejemplo de la continuidad cultural, ya que se admite actualmente que la cerámica de El Ubaid clásica y tardía (Ubaid 3 y 4) deriva de la cerámica de Hajji Mohammed (llamada de ahora en adelante Ubaid 2), que a su vez deriva de la cerámica de Eridu (Ubaid 1) [32]. Además los diecisiete templos sucesivos de Eridu se superponen en la misma parte de lo que no era por aquel entonces más que una gran aldea, y la presencia en uno de ellos de numerosos restos de pescados sugiere que quizás al dios al que se adorase fuese el dios de las aguas Enki o algún otro equivalente. Si ello fuese así la civlización sumeria tendría sus raíces más profundas en el propio suelo del Iraq.

---

[29] H. Lenzen: UVB, 9, 1938, pp. 37 ss; 11, 1940, pp. 26 ss; C. Ziegler: *Die Keramik von der Qal'a Haggi Mohammed,* Berlín, 1953.

[30] D. Stronach: «Excavations at Ras al'Amiyah», *Iraq,* 23, 1961, pp. 95/137; «Ras al Amiya», en *Fifty Years...,* pp. 37/39.

[31] J. Mellaart: *The Neolithic of the Near East,* pp. 172/173.

[32] J. Oates: «Ur, Eridu, the Prehistory», *Iraq,* 22, 1960, pp. 35/50; M. E. L. Mallowan: CAH (3) I, 1, pp. 327/328.

Muy característica y muy fácil de reconocer a primera vista, la cerámica de El Ubaid, ya sea clásica o tardía, es mucho menos atractiva que todas las que la han precedido en Mesopotamia. La pasta, frecuentemente mal cocida, varía del beige claro al verde pálido. La pintura es mate, marrón oscuro o azul negruzco y la decoración no suele cubrir más que una parte del vaso. Si los motivos vegetales, animales y de personajes se hallan ejecutados con un pincel desenvuelto, no dejan de poseer su atractivo, la monotonía de los trazados geométricos habituales (triángulos, trazos, cuadriculados y líneas cortadas u onduladas) denota una cierta falta de imaginación. Las paredes son por lo general delgadas y algunas de las piezas parecen haber sido fabricadas con un torno lento movido a mano («plataforma giratoria»). Los picos y las asas aparecen por primera vez. Entre las formas más características cabe destacar un cuenco en forma de campana, una jarra con asa de cesto, un «cuenco de crema» con pico para verter y una especie de cántaro redondo y bombeado con basa llana provisto de un largo pico tubular, al que se llama «tortuga». Esta cerámica es común a toda Mesopotamia, pero en lo que concierne a los restantes elementos de la cultura de El Ubaid, hay importantes variaciones entre el Norte y el Sur.

En la baja Mesopotamia la piedra, muy escasa, apenas es utilizada excepto en algunos instrumentos agrícolas y determinados ornamentos. Todo lo demás es de arcilla, incluidos los grandes clavos de punta curvada tan característicos de este período y que probablemente fuesen pequeños trituradores, las hoces en forma de boomerang que llevan láminas de sílex pegadas con betún, las pesas de telar, los pesos de las redes de los pescadores, las bolas de las hondas, las azuelas y los cuchillos. Las figurillas más comunes, también de arcilla, representan a una mujer pequeña, en pie y con un rostro que nos recuerda una cabeza de lagarto, con el cráneo coronado por un poco de betún y los ojos de «grano de café», como en Tell es-Sawwan y Choga-Mami, pero también aparecen figurillas de hombres y animales. Las casas, de las que ya tenemos muchos ejemplares completos, son de dimensiones variables, algunas muy grandes, y generalmente se construyen con ladrillos crudos. Una gran construcción de Tell el-Oueili descansa sobre cimientos hechos de muchos pequeños casilleros, algunos de los que soportan un encañado para graneros. Algunas casas del extremo sur llevan anejos pequeños edificios de entramado de cañas, a veces revestidos de arcilla, tal y como se los puede ver hoy en día en las cercanías de Basora. Los templos de Eridu, construidos con grandes ladrillos crudos unidos por un mortero de arcilla tienen una gran nave *(cella)* rectangular, rodeada de pequeñas habitaciones, de las que las de las esquinas tienen voladizos al exterior. En una de las extremidades de la *cella* hay una plataforma baja, adosada al muro y en la otra un altar aislado. En el exterior, ante la puerta atravesada por uno de los grandes lados, se sitúa un horno, destinado a la cocción de las ofrendas rituales. La cara externa de los muros se halla adornada con

salientes verticales que captan la luz y rompen la monotonía de las grandes superficies alisadas, decoración ingeniosa que a lo largo de la historia será una de las características propias de la mayor parte de los templos mesopotámicos. Señalemos por último que muchos de estos templos se elevan sobre una gran terraza, a la que se accede mediante largas escaleras.

En el Norte del Iraq, si bien es cierto que los edificios siempre son de ladrillos crudos, sin embargo la piedra es de uso más corriente en los sellos-improntas, que, muy escasos en el Sur, son aquí muy numerosos. Algunos continúan llevando dibujos lineales muy simples, pero en otros pueden verse grabados animales y seres humanos agrupados en escenas que evocan danzas rituales y mitos desconocidos. En Tepe Gawra, el yacimiento más importante del Iraq septentrional para este período [33], los tres templos de muros coloreados y dispuestos en U que, en el nivel XIII, forman una «acrópolis» grandiosa, están estructuralmente muy próximos a los de Eridu, pero dos *tholoi,* así como figurillas del más puro estilo halafiense dan testimonio de la superviviencia de las tradiciones locales. Todavía más importante: las costumbres funerarias difieren radicalmente de las del Sur. En Eridu, en un gran cementerio *extra-muros,* los adultos y los niños descansan sobre la espalda, extendidos sobre un lecho de tiestos, en tumbas dobles y cubiertas de ladrillos. En Tepe Gawra sólo se ha hallado una tumba de este tipo; las demás son simples fosas agrupadas en torno a las casas y los cuerpos de los adultos, en cuclillas, yacen tumbados sobre un lado, mientras que los niños son inhumados en urnas. Todo ello sugiere que las gentes que habían introducido la cultura de El Ubaid en el Norte eran una minoría. Los descendientes de los «halafienses», conquistados, pero no eliminados, todavía debían constituir la mayor parte de la población, mientras que el Sur era totalmente «ubaidiense». De este modo se abre una brecha que no hará más que ampliarse con la aparición en el Sur de una civilización compleja y letrada, que el Norte no adoptará sino mucho más tarde.

Estas diferencias, aunque llamativas, no alteran sin embargo la unidad fundamental de la cultura de El Ubaid que, durante más de un milenio (4500-3750) se difundió por todo el conjunto de Mesopotamia, e incluso más allá, ya que su cerámica típica se encuentra por una parte en torno a Alepo y llega hasta Ras Shamrah sobre la costa siria [34] y de otra parte se extiende en una cuarentena de yacimientos que van jalonando la costa oeste del golfo Pérsico entre Kuwait y Qatar, penetrando en la propia Arabia Saudita hasta los alrededores de Hofuf, a unos 100 kms de la costa [35]. En su lugar de origen, el delta

[33] Ver antes nota 19.

[34] J. Mathers y otros: «Tel Rifa 'at, 1977, preliminary report on an archaeological survey», *Iraq,* 40, 1978, pp. 119/162; H de Contenson: «Sondage ouvert sons l'acropole de Ras Shamra», *Syria,* 47, 1970, pp. 1/23.

[35] J. Oates: «Prehistory in northeastern Arabia», *Antiquity,* 50, 1976, pp. 20/31; J. Oates; T. E. Davidson, D. Kamilli y H. Mc Kerrel: «Seafaring merchants of Ur?»,

mesopotámico, los ubaidienses vivían de la pesca, de la ganadería (incluyendo a los bóvidos, ya domesticados) y de la agricultura, basada evidentemente en la irrigación por pequeños canales. Estas riquezas naturales (el mar, el río de múltiples afluentes y el aluvión fértil), muy superiores a las del Norte del Iraq, les proporcionaban un excedente de cereales, lana y pieles que podían intercambiar a cambio de productos de primera necesidad (madera y piedra) o de lujo, llegados a veces de muy lejos. La realidad de este comercio se haya atestiguada por la abundancia de obsidiana en numerosos yacimientos de la baja Mesopotamia, así como por la presencia de oro y amazonita (piedra semipreciosa que no se encuentra apenas más que en la India) en el nivel ubaidiense de Ur.

Estas privilegiadas condiciones harán de la baja Mesopotamia una región muy poblada y destinada a acoger una gran civilización. Sin embargo, a juzgar por las exploraciones de superficie *(surveys)* efectuadas en esta región [36] los yacimientos de este período son relativamente poco numerosos. Todos ellos estaban situados a lo largo del Éufrates o de sus afluentes, múltiples en esta época. La mayor parte de ellos no eran más que aldeas que cubrían unas cuatro hectáreas por término medio, pero algunos, como Tell el-Oueili, cerca de Larsa o Tell Uqair, más al Norte, alcanzaban o sobrepasaban las diez hectáreas y ya poseían el aspecto de pequeñas ciudades. Sin duda alguna lo mismo ocurría con los establecimientos ubaidienses enterrados bajo los enormes tells de Uruk y de Nippur, y de los que no podemos conocer más que fragmentos mediante los pozos de sondeo. Pero al menos estos sondeos poseen el valor de demostrar que todas las ciudades sumerias se han desarrollado sobre sitios de la época de El Ubaid y además a partir de ellos. Otro hecho curioso: de todas las construcciones ubaidienses, las más grandes, las mejor construidas son los templos. Parece pues que las ciudades debieron haber crecido no en torno a una fortaleza o a un palacio, sino en torno a un santuario, y no se puede dejar de pensar que ya en esta remota época el templo era el pivote de la organización social y económica, y sin duda también política, como lo será durante los primeros siglos de la historia mesopotámica. Es cierto que sería temerario afirmar que los ubaidienses ya eran sumerios, o sus antepasados inmediatos, pero parece indudable que su cultura constituyó el primer estadio de la civilización que, no sin razón, se le atribuye a estos últimos.

Antiquity, 51, 1977, pp. 221/234. Véase también el artículo muy interesante de E. C. L. During Caspers: «Northeastern Arabian archaeology in retrospect», Bi. Or., 40, 1983, pp. 16/49.

[36] Los principales «Surveys» han sido publicados por R. Mac Adams: *Land Behind Baghdad: a History of Settlement on the Diyala Plains*, Chicago, 1965; R. Mac Adams y H. J. Nissen: *The Uruk Countryside*, Chicago, 1972; Mac Gibson: *The City and Area of Kish*, Miami, 1972. Notable estudio analítico y síntesis de estos trabajos en R. Mac Adams: *Heartland of Cities*, Chicago, 1981.

CAPÍTULO QUINTO

EL NACIMIENTO DE UNA CIVILIZACIÓN

A partir de los alrededores del 3750, fecha probable del comienzo del período de Uruk, que sucede al de El Ubaid, la mitad sur del Iraq es el teatro de profundos cambios demográficos, técnicos, culturales, que van a culminar, setecientos años más tarde, en los principados ya históricos de Sumer y Acad.

El punto de partida de la urbanización, el fenómeno más destacable del cuarto milenio [1], parece ser la proliferación rápida y masiva, claramente puesta en evidencia por los *surveys,* de pequeñas y grandes villas de la baja Mesopotamia. Así es como en los alrededores de Uruk el número de aglomeraciones pasa de 18 a 423 en uno o dos siglos y el número de habitantes se multiplica por diez. Tres factores debieron contribuir a esta auténtica «explosión demográfica»: el crecimiento natural de la población ya establecida desde hacía un milenio en un medio ecológico eminentemente favorable, la sedentarización progresiva de las tribus nómadas o seminómadas y por último, y sobre todo, la inmigración de gentes que parecen provenir del Norte mesopotámico [2], atraídos por las enormes ventajas que proporciona la agricultura por irrigación.

[1] Entre los principales trabajos consagrados a la urbanización de la Baja Mesopotamia citaremos los estudios de R. Mac Adams, J. Oates y T. Young en P. P. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbleby (Ed.): *Man, Settlement and Urbanism,* London, 1972. Ver también F. Hole: «Investigating the origins of Mesopotamian civilization», *Science,* 153, 1966, pp. 605/611; M. B. Rowton: *The Role of Watercourses in the Growth of Mesopotamian Civlization* (AOAT, I), Neukirchen-Vluyn, 1969; Mac Gibson: «Population shift and the rise of Mesopotamian Civlization», en C. Refrew (Ed.): *The Explanation of Cultural Changes: Models in Prehistory,* London, 1973. Véase también H. J. Nissen: *Grundzüge einer Geschichte der Frühzeit des vorderen Orients,* Darmstadt, 1983.

[2] Esta hipótesis se basa en un desplazamiento de la densidad de las aglomeraciones de la parte norte hacia la parte sur de la Baja Mesopotamia en el transcurso del

Será naturalmente a lo largo del Éufrates y de sus afluentes donde se asienten los recién llegados y también se puede observar como numerosas aldeas tienden a agruparse en torno a las grandes villas del período de El Ubaid, que serán a la vez centros de intercambio y lugares de culto, de los que dependerá la prosperidad de todos. Sin embargo, por fértil que haya sido el suelo del delta mesopotámico en esta época, las zonas cultivables siguieron estando limitadas por inmensos pantanos y por la longitud de los canales que pudieran haber excavado los campesinos de una pequeña o mediana comunidad. Sería pues preciso mejorar las técnicas agrícolas y los medios de transporte para alimentar a esta población, y como suele ocurrir siempre en tales casos, el hombre respondió al desafío. Esta es efectivamente la época en la que se inventará el arado para reemplazar a la azada, el trineo y luego el carro de cuatro ruedas para transportar el grano, el barco de vela para navegar más rápido de un lugar a otro. También se inventirá el torno de alfarero y el fundido de aleaciones a base de cobre, inaugurando de este modo la era de la producción industrial. Del mismo modo, la prosperidad, lejos de disminuir, incrementó el comercio a larga distancia, el creciente uso del metal favoreció el desarrollo de las artes y la arquitectura, e incluso la utilización de objetos relativamente lujosos (vasos de piedra y de bronce) incluso en las pequeñas aldeas [3]. Todo ello trajo como consecuencia la especialización de un sector de la población en el comercio, la artesanía y la administración de los bienes, y su reagrupación en grandes centros, en torno a una élite intelectual constituida por los sacerdotes, liberados desde hacía algún tiempo de todo trabajo servil. Será en este momento y en estas ciudades donde eclosionará la civilización sumeria, sin duda alguna, con sus notables logros arquitectónicos y artísticos, y sobre todo con la invención de la escritura, auténtica «revolución», tan importante para el futuro de la humanidad como la «revolución neolítica».

Sin embargo a finales del cuarto milenio el clima del Próximo Oriente, hasta entonces relativamente húmedo, comenzará a cambiar y se íra convirtiendo progresivamente en más seco. Esto traerá como consecuencia la existencia de una nueva migración, llegada de las regiones en las que la supervivencia dependía de las lluvias, migración tanto más lamentable cuanto que los efectos de la sequía se hicieron sentir también pronto en la baja Mesopotamia. Muchas ramas del Éufrates dejaron de llevar agua y el lecho principal del río se desplazó hacia el Oeste [4]. Numerosas aldeas desaparecieron y sus habitantes se fueron a poblar las ciudades, que comenzaron a hacerse cada vez más

período de Uruk (R. Mac Adams: *Heartland of Cities,* Chicago, 1981, p. 70) y en la débil probabilidad de otras fuentes de inmigrantes; sobre todo el Khuzistán habría sufrido un incremento de población *(ibid).*

[3] R. Mac Adams: *Op. cit.*, p. 80.

[4] R. Mac Adams y J. Nissen: *The Uruk Countryside,* Chicago, 1972.

grandes. A comienzos del período Dinástico Arcaico, hacia el 2900, Ur ya ocupará cincuenta hectáreas, Uruk cuatrocientas y Lagash quinientas, lo que supone la existencia de poblaciones de entre 10.000 y 50.000 habitantes. Para paliar la escasez de los cursos de agua naturales, se excavaron grandes canales, y el esfuerzo colectivo que ello implica, así como la equitativa distribución de esta agua de irrigación, hicieron crecer las responsabilidades de los sumos sacerdotes, «señores» tradicionales de las ciudades, así como reforzar su autoridad. La disminución de las superficies cultivables acentuará la diferencia existente entre ricos y pobres, e incitará a los templos a ampliar sus dominios. Las ciudades se rodearán de imponentes murallas, lo que pone de manifiesto los conflictos que más tarde nos describirán determinados textos, y los jefes religiosos se transforman en jefes militares, o le ceden su lugar a éstos. De este modo es como nacieron, al parecer, los principados de Sumer y Acad, con sus ciudades fortificadas, su territorio bien delimitado, sus soberanos «vicarios de los dioses», su población de sacerdotes, escribas, arquitectos, artistas, artesanos, guardianes, contramaestres, mercaderes, obreros, soldados y campesinos, con su sociedad diversificada, estructurada y muy jerarquizada.

La descripción que se acaba de leer se basa sobre una serie de datos coherentes, pero ha sido simplificada necesariamente, porque la realidad debió haber sido mucho más diversa y compleja [5]. Es además en gran parte hipotética y es evidente que no disponemos, y quizás que no dispondremos jamás, de los medios para saber cómo ocurrieron realmente las cosas. Consolémonos al pensar que los propios contemporáneos de los hechos quizás no hayan tenido una noción muy clara de los mismos.

Los siete siglos que vieron el desarrollo de estos acontecimientos han sido divididos por los arqueólogos, muy arbitrariamente, en un período de Uruk (3750-3150) y un período de Jemdet Nasr (3150-2900), pero es preciso señalar que estos dos períodos no se hallan separados más que por cuestiones de matiz y que nada impide considerar que el período de Uruk se haya prolongado hasta comienzos de la historia. Deberemos destacar igualmente la ausencia de *hiatus* entre la cultura de El Ubaid y la de Uruk. Ninguna huella hay en parte alguna de una destrucción violenta. Sobre todos los yacimientos excavados (Ur, Eridu, Uruk y Nippur) los nuevos templos se construyen sobre los antiguos, de acuerdo con el mismo plano, o casi, y con los mismos materiales: el ladrillo crudo. La cerámica de Uruk —una cerámica hecha a torno, producida en cantidades masivas, a veces incisa y nunca pintada, frecuentemente cuidadosamente pulida, en color beige, gris o rojo, y de la que algunas de sus formas recuerdan las de los vasos de metal de la misma época— va reemplazando progresiva-

[5] Los diferentes modelos regionales de urbanización han sido expuestos muy claramente en *Production, Pouvoir et Parenté*, París, 1981 pp. 58/67.

mente a la cerámica tardía de El Ubaid [6]. En cuanto a los restantes elementos innovadores de las culturas de Uruk y Jemdet Nasr, son obra evidentemente del genio inventivo de artistas y artesanos locales, y muchos de sus prototipos derivan de los anteriores. No estamos pues en presencia de una civilización importada en bloque, como durante mucho tiempo se vino creyendo, sino ante el estadio terminal de una larga evolución, cuyo comienzo parece remontarse a la fundación de Eridu y quizás incluso mucho antes en la prehistoria mesopotámica.

Período de Uruk

Las ruinas de Warka, nombre moderno de la antigua ciudad de Uruk, que ha dado su nombre a este período, se alzan imponentes sobre una llanura aluvial desértica, no lejos de la pequeña ciudad de Samawa, entre Bagdad y Basora. El yacimiento es uno de los más importantes de Mesopotamia, tanto por sus dimensiones (la muralla que lo rodea es de casi 10 kms de largo) como por la duración de su ocupación (desde el período de El Ubaid a la época parta, o sea alrededor de cinco mil años) y por los descubrimientos arqueológicos y epigráficos que han sido hechos allí [7].

La ciudad de Uruk nació de la fusión de dos barrios gemelos: Kullaba al Oeste y Eanna al Este, y cada uno de esos barrios poseía su propio santuario: Kullaba estaba bajo la égida de Anu, dios supremo de los sumerios y Eanna bajo la de Inanna (la Istar de los semitas), así como, sin duda alguna, de su «esposo» Dumuzi. En el centro de Eanna se alza un imponente zigurat de 52 metros de lado, actualmente de 8 metros de altura y regularmente conservado. Construido, como muchos otros, bajo el reinado de Ur-Nammu (2112-2095), primer rey de la III Dinastía de Ur, y restaurado muchas veces, recubre un gran templo sobre una plataforma que data del período de Jemdet Nasr, y cuyos muros pueden percibirse a través de los túneles excavados por los arqueólogos. Al pie de este zigurat las excavaciones en profundidad han demostrado la existencia de al menos siete templos yuxtapuestos o superpuestos y que datan de la segunda mitad del período de Uruk [8]. Con un plano idéntico al de Eridu, estos templos

[6] Seton Lloyd: «Uruk Pottery», *Sumer*, 4, 1948, pp. 39/51; B. Abu es-Soof: «Note on the late prehistoric pottery of Mesopotamia», *Sumer*, 30, 1974, pp. 1/9.

[7] Excavaciones alemanas (1912-1913, 1928-1939 y a partir de 1953). Resultados preliminares en una serie de publicaciones cuyo largo título suele abreviarse normalmente como *Uruk vorlaüfiger Berichte.*(UVB), Algunos aspectos particulares han sido tratados en las monografías de la serie *Ausgrabungen der Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka.* Un excelente resumen en inglés lo ha dado R. North: «Status of Warka Excavations», *Orientalia*, 26, 1957, pp. 185/256. Ver también AM I, pp. 331/354 y II, pp. 212/236.

[8] H. Lenzen: «Die Architektur in Eanna in der Uruk IV Periode, *Iraq*, 36, 1974, pp. 111/128. Ver M. Beek, *Atlas of Mesopotamia*, London, 1977, p. 33, fig. 53.

son destacables por su tamaño (uno de ellos, llamado el «templo calcáreo», porque reposa sobre cimientos de piedra, mide 80 × 30 metros) y su cuidadosa construcción y decoración. Así el templo A disponía de un gran patio, uno de cuyos lados estaba formado por un gran pórtico de ocho columnas en ladrillos crudos de 2,62 metros de diámetro, dispuestos en dos hileras. Los muros del patio, las columnas y el suelo del basamento en el que descansan estaban totalmente revestidas de dibujos geométricos realizados por medio de conos de terracota, de 7 a 8 ctms. de largo, cuya cabeza estaba pintada de rojo, negro y blanco. Estos conos se hallaban incrustados en la arcilla fresca y su base, que es lo único visible, formaba este mosaico, cuyos vivos colores debían resplandecer bajo el sol del Oriente. Otro templo estaba adornado de un mosaico semejante, pero hecho de grandes conos de piedra gris o rosa. Este tipo de decoración, original y muy afortunado, fue utilizado todo a lo largo de los períodos de Uruk y de Jemdet Nasr, y luego cayó en desuso.

Este gusto por el colorido se encuentra también en la costumbre de pintar los muros. Uno de estos santuarios arcaicos de Uruk debe su nombre de «templo rojo» al enlucido rosado que cubría sus muros. En Tell Uqair (a 200 kms. aproximadamente al norte de Uruk), Seton Lloyd y Fuad Safar sacaron a la luz en 1940-1941 un templo del período de Uruk decorado con frescos que, en el momento de su descubrimiento eran tan «sorprendentes como el mismo día en el que fueron pintados»[9]. En ellos podía verse una procesión de personajes y a dos leopardos tumbados que parecen guardar el trono vacío de una divinidad. Recordemos que los muros pintados y los frescos se remonta al sexto milenio en el Iraq (Umm Dabaghiya).

Fue bajo el templo calcáreo de Uruk donde un gran pozo de sondeo que alcanzó el suelo virgen a 19,60 metros permitió determinar la estratigrafía del yacimiento. Además, como en todas partes, los niveles más profundos (XVIII a XV) databan del período de El Ubaid, luego venían otros cuatro niveles en los que la cerámica de El Ubaid se mezclaba con la de Uruk (XIV-XI), y por último los niveles X al IV eran puramente de «Uruk», perteneciendo los niveles III y II a la época de Jemdet Nasr y el nivel I al período Dinástico Arcaico. Los antiguos templos ocupaban los niveles V y IV, estando dividido este último en IV a, IV b y IV c.

A 500 metros al oeste del zigurat de Eanna se alza el de Anu en Kullaba. Mucho más estrecho que el otro, pero todavía de una altura de unos 15 metros, esta torre con pisos indistintos, pero de la que todavía subsiste una escalera, se halla coronada por un santuario de 18 por 7 metros y cuyos muros aún tienen 3 metros de altura. Este «templo blanco» data del período de Jemdet Nasr y entre sus muros, cerca del altar, todavía visible, en el que los sacerdotes desnudos inmola-

[9] Seton Lloyd y Fuad Safar: «Tell Uqair» JNES, 2, 1943, pp. 131/158.

ban sus ofrendas hace casi sesenta siglos, se experimenta una sensación que no puede olvidar quien visite Uruk. Excavaciones efectuadas en los años 60 no sólo han confirmado que el zigurat de Anu recubre toda una serie de templos construidos unos sobre otros durante el período de Uruk, sino que también han puesto de manifiesto la existencia bajo esos templos de un zigurat y de dos o tres grandes santuarios del período de El Ubaid. Detalle interesante, este zigurat ubaidiense estaba construido con ladrillos alargados y estrechos, similares a los de Tell es-Sawwan y Tulul eth-Thalathat, que datan del período de Samarra [10].

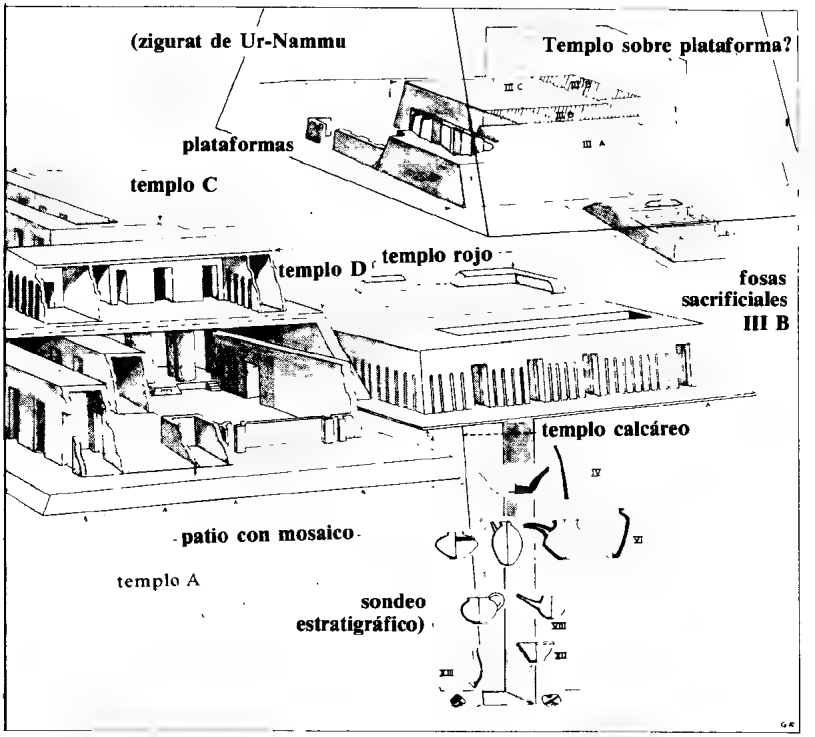


Ilustración 4.ª: *Corte esquemático a través de los niveles arcaicos de Uruk (sector de Eanna). Templos sucesivos en tres niveles:* (A) *Uruk II-III (época de Jemdet Nasr) con templos sobre la plataforma bajo el zigurat de Ur-Nammu y fosos artificiales;* (B) *Uruk IV A, templos C, D y rojo;* (C) *Uruk IV B-C y V, templos A y calcáreo. El pozo de sondeo llega al período de Ubaid (Uruk XIV-XVII).*

Reconstrucción y plano originales del autor, según los planos de H. Lenzen: Zeitschrift für Assiriologie, 49, 1949.

[10] H. Lenzen, UVB, XXIII, 1967, p. 21; J. Schmidt: «Zwei Tempel der Obeid-Zeit in Uruk», BaM, 7, 1974, pp. 173/187.

La arquitectura doméstica está muy mal representada en el sur del Iraq, debido en gran parte a que la cultura de Uruk es conocida sobre todo por sondeos. Además esta cultura se expandió en Mesopotamia septentrional, donde sucedió un poco en todas partes a la cultura de El Ubaid y en algunos yacimientos, abandonados a continuación, nos ha dejado una documentación abundante y prácticamente a flor de suelo. Así, en Qalinj Agha, no lejos de Erbil [11], los dos barrios de la ciudad estaban separados por una larga calle de 3 metros que desemboca en una gran plaza y era cortada por pequeñas calles en ángulo recto. Las casas de ladrillos crudos tenían un patio, dos o tres habitaciones, un pequeño almacén para granos y herramientas y una cocina. Las tumbas situadas bajo las casas han dado collares de conchas o huesos mezclados con piedras semi-preciosas y a veces con oro, así como figurillas humanas y animales. Los muros blancos de un pequeño templo cuadrado estaban realzados por un plinto rojo y negro. El mis-

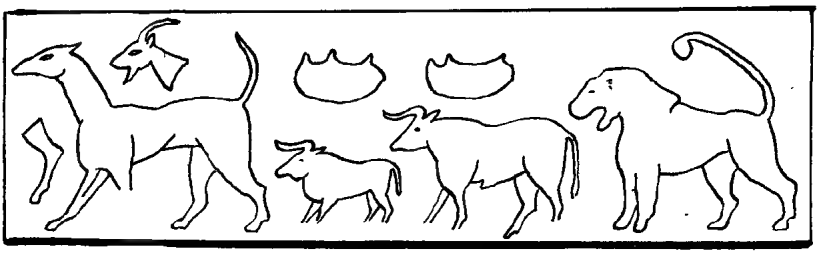


Ilustración 5.ª: *Cilindro-sellos del período de Uruk. A. Parrot:* Archeologie mésopotamienne, II, 1953.

[11] Excavaciones iraquíes. Informes preliminares por B. Abu es-Soof y I. H. Hijara en *Sumer,* 22 (1966), 23 (1967) y 29 (1973).

mo plano cuadriculado, las mismas casas (pero más espaciosas) han sido descubiertas en Habuba Kabira, sobre el gran codo del Éufrates, ciudad de dieciocho hectáreas rodeada de un recinto rectangular provisto de torres cuadradas [12].

Graï Resh, el pie de Jebel Sinjar [13], también estaba fortificado, lo que indica que la frontera norte de Mesopotamia se hallaba amenazada por algún enemigo desconocido.

El período de Uruk propiamente dicho es muy pobre en obras de arte, porque no existe todavía la escultura y el metal no es empleado apenas más que para fines útiles (vasos, platos, hachas y puntas de lanza de bronce). Únicamente la glíptica tiene algo nuevo que ofrecer, ya que a nivel general se trata de pequeñas obras maestras [14]. En este momento el sello-impronta de los períodos anteriores es prácticamente substituido por lo que se ha venido en llamar el cilindro-sello. Se trata de un pequeño objeto cilíndrico de piedra ordinaria o semipreciosa (ágata o lapislázuli) de 2 a 8 cmts. de largo, grueso como un dedo pulgar o un lápiz y perforado longitudinalmente para poder ser llevado colgado al cuello. En su superficie se halla grabado un motivo que se imprime y puede irse desarrollando hasta el infinito cuando se gira el cilindro sobre la arcilla fresca. En la época de Uruk los temas tratados son de «pequeñas libretas de bosquejos» [15] en los que intervinieron personajes (portadores de ofrendas, prisioneros de guerra) y animales en marcha o que son atacados por leones, lo que testimonia un agudo sentido de la observación. Se encuentran generalmente parejas de animales fantásticos con largos cuellos entrelazados, nacidos de la imaginación de los lapicidas. El pueblo ordinario se representa desnudo, pero los sacerdotes y jefes militares van vestidos con una larga falda y llevan los cabellos enrollados en rulos sobre la nuca y sujetos por una ancha banda frontal. Esta glíptica es un arte menor indudablemente, pero de un gran interés, ya que nos proporciona un determinado número de representaciones acerca del medio físico, la vida cotidiana y las creencias de los mesopotamios de un valor inestimable.

No ha habido otra época, si exceptuamos nuestro siglo XIX, que haya conocido tantas innovaciones tecnológicas como el lejano período de Uruk. Pero estas innovaciones de gran envergadura, como han sido la de la rueda, la vela, el arado, la producción industrial de vajillas y objetos de metal palidecen ante la invención de la escritura [16]. En efecto, es en los templos arcaicos del nivel IV b del

[12] Excavaciones alemanas. Informes preliminares por H. Heinrich y otros en MDOG, 101 (1969) y 108 (1976). Obra de conjunto: E. Strommenger: *Habuba Kabira, eine Stadt von 5000 Jahren»*, Mainz, 1980.

[13] Seton Lloyd: «Iraq Government soundings at Sinjar», *Iraq*, 7, 1940, pp. 13/21.

[14] P. Amiet: *La Glyptique mésopotamienne archaïque*, París, 1980, 2.ª ed.

[15] AM, II, p. 241.

[16] J. G. Février: *Histoire de l'escriture*, París, 1959, 2.ª ed.; M. Cohen: *La grande Invention de l'escriture et son évolution*, París, 1958, 2 vols. I. J. Gelb: *A Study*

Eanna de Uruk, datado en torno al 3300, donde aparecen los testimonios más antiguos de textos redactados en forma de tablillas pictográficas [17].

La escritura, inventada probablemente por los sumerios, y luego utilizada por los acadios, los babilonios y los asirios durante toda la Antigüedad, y que luego sería copiada por todos los pueblos colindantes (proto-sirios de Ebla, cananeos, hititas, hurritas, elamitas y persas) tenía como soporte por lo común la arcilla y como instrumento de escritura el punzón de caña, materiales abundantes tanto en Siria como en Iraq. La técnica era muy simple: en un vaso lleno de agua, en la que se conservaba, el escriba cogía un puñado de arcilla fina, bien depurada y lo estiraba con la mano sobre una almohadilla o una placa del tamaño que necesitase. Luego, con la punta de una caña iba dibujando sobre esta pasta los signos que expresaban su lengua. La tablilla *(dub,* en sumerio) se secaba entonces al sol, o bien se cocía al horno. Las tablillas cocidas son prácticamente indestructibles, mientras que las tablillas crudas se deshacen entre los dedos cuando se las desentierra, pero si se las recoge con cuidado y se las cuece lentamente se vuelven tan duras como la piedra. Un determinado número de inscripciones, no obstante, se grababan sobre piedra, primero con un punzón de bronce, y luego con un cortafrío. Es posible que también se utilizasen punzones de metal, madera o marfil para grabar los signos, muy pequeños y tupidos, que se encuentran en época asiria.

Las más antiguas tablillas llevan normalmente semicírculos, y depresiones vagamente cónicas, logradas al hundir en la arcilla la extremidad redonda del cálamo de caña y que sirven para representar cifras, al igual que dibujos de objetos, de los que algunos (partes del cuerpo humano, cabezas de animales, barcos y vasos) son fácilmente reconocibles y otros enigmáticos, estando las cifras y los dibujos agrupados, según los casos. Pero como la arcilla no sirve para hacer líneas curvas éstas pronto serán reemplazadas por rectas quebradas, primero de longitud uniforme y después en triángulos formados al mover sobre la superficie de la tablillla un cálamo de sección prismática. A la vez los signos se colocan en líneas verticales, se van haciendo más pequeños, más compactos y van perdiendo poco a poco todo parecido con el dibujo original. A comienzos del tercer milenio ya se ha cerrado este proceso evolutivo y ya ha nacido la escritura cuneiforme propiamente dicha (del latín *cuneus,* esquina, clavo). Sin embargo todavía tendrá que sufrir muchos cambios —de los que el más importante lo constituirá el desplazamiento lateral de los signos y su colocación en líneas horizontales, que se leen de izquierda a derecha— antes de desaparecer en el siglo I de nuestra Era.

---

of Writing, Chicago, 1952, y *Pour une théorie de l'ecriture,* París, 1973. El catálogo de la exposición «Naissance de l'escriture», París, 1982 está notablemente bien hecho.

[17] A. Falkestein: *Archaische Texte aus Uruk,* Leipzig, 1936. Téngase en cuenta que las tablillas de la misma época que no llevan más que cifras han sido descubiertas en Khafaje (OIC, 20, 1936, p. 25) y en Habuba Kabira (AfO, 24, 1973, fig. 17).

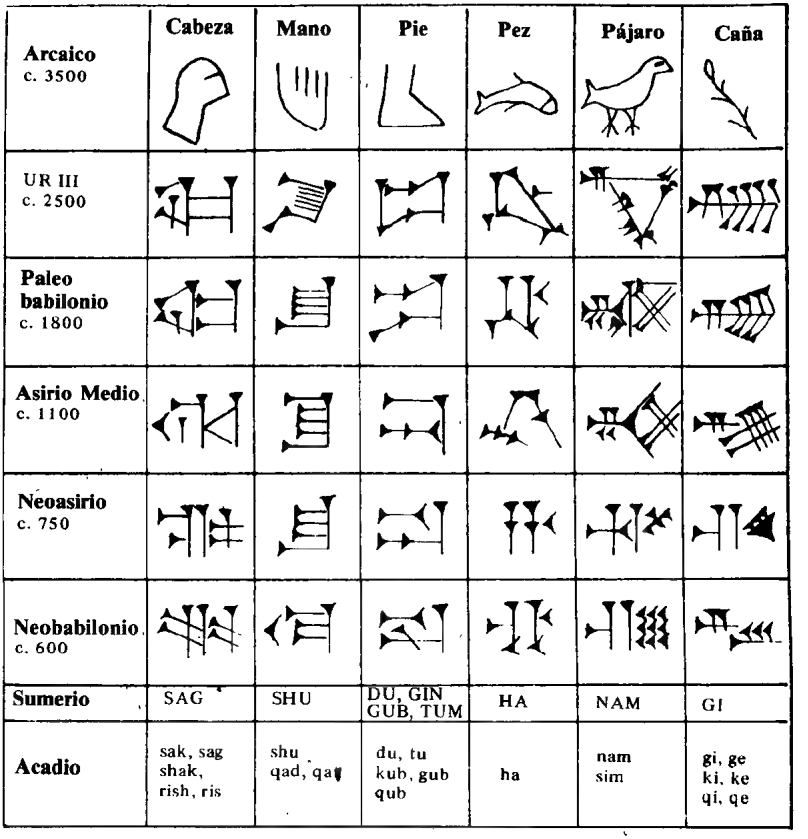


Ilustración 6.[a]: *Evolución de la escritura cuneiforme a lo largo de los siglos. Además de su valor fonético en acadio (nótese la polifonía de algunos de ellos) la mayor parte de estos signos poseen además uno o varios valores ideográficos. Por ejemplo* SHU *(la mano) puede leerse* qâtu, *mano, pero también* emûqu, *fuerza,* gamâlu, *proteger,* etc...

¿Las tablillas arcaicas de Uruk ya estaban escritas en sumerio? Es posible, e incluso probable, pero no se lo puede afirmar con seguridad porque los signos que llevan impresos son palabras-imágenes, *logogramas* puros y no se hallan todavía unidos por signos semejantes, utilizados únicamente por su valor fonético y que, en las lenguas «aglutinantes» como el sumerio sirven como partículas conectivas entre los diferentes elementos de la frase. Para poner un ejemplo muy simple, no podemos saber si el conjunto gráfico: 12 más cabeza de buey, fue escrito en español o en inglés más que si este conjunto forma parte de una frase, como «recibió doce bueyes» o «he received 12 oxen».

Añadamos, para ser exactos, que el sistema de escritura sumerio (y más tarde el acadio) es extraordinariamente complejo. El mismo signo puede leerse de formas muy diferentes según el contexto (por ejemplo, el signo DU, que representa un pie, puede significar a la vez y leerse como «pie» *du,* «ir» *gin,* «tenerse en pie» *gub,* o «traer» *Túm;* se trata del principio de polifonía). Por el contrario, el mismo sonido, la misma vocal o la misma sílaba, pueden escribirse de muchas formas diferentes y cada uno de estos signos representar un nombre o un verbo determinado. Así es como las palabras «poner» o «fundar», «comer», «puro», «cortar», representadas por signos muy diferentes, se pronunciaban todas ellas aproximadamente «ku», y para poderlas distinguir solemos escribir *ku, kù, ku* 4, *ku* 5, etc. (éste es el principio de la homofonía). En la época neo-asiria hay al menos nueve homófonos para la vocal «a», dieciocho para la sílaba «tu» y veintitrés para la sílaba «du».

El grafismo de las tablillas más antiguas aparece ya en un grado tal de elaboración que se ha llegado a pensar que los primeros pictogramas pudieron haber sido grabados o pintados sobre materiales perecederos, como la madera, las hojas o las pieles, desaparecidos para siempre. Otros autores han querido ver logogramas en algunos de los motivos de la cerámica pintada. Lo que es indudable es que la mayor parte de las tablillas arcaicas recogen una serie de transacciones económicas o administrativas demasiado complejas, sin duda alguna, como para poder ser memorizadas. También podemos considerar como precursores de la escritura pequeños objetos de arcilla en forma de bolas, cubos o conos que se han hallado en muchos yacimientos del Irán y el Iraq desde el séptimo milenio en adelante (Jarmo) hasta llegar a la época del Uruk. Considerados en un principio como juguetes, estos «*calculi*» indicaban sin duda alguna en unidades y múltiplos, según su tamaño y su forma, el número de bienes que formaban parte de las transacciones, porque se las halla hacia el 3500 en Susa, guardadas en bolas de arcilla que llevan en su exterior muescas de idéntica forma [18]. Pero la escritura muy pronto irá a superar su primitivo destino de ser una técnica memorística para hacer cálculos. Pocos siglos después de su invención será aplicada a todos los dominios de la mente humana y servirá de soporte a una amplia y admirable literatura.

Período de Jemdet Nasr

En 1925 los arqueólogos ingleses y americanos que excababan conjuntamente Kish descubrieron en el yacimiento vecino de Jemdet Nasr

[18] D. Schmandt-Besserat: *An Archaic Recording System and the Origin of Writing,* Malibú, Calif., 1977.

una cerámica pintada monócrama (negra o rojo-malva) o una cerámica polícroma decorada con dibujos geométricos o naturalistas [19]. Esta cerámica fue hallada más adelante en otros yacimientos de Mesopotamia central y meridional y así faltó poco para que se comenzase a hablar de un período de Jemdet Nasr. Pero este período no sólo es muy corto (alrededor del 3150-2900), sino que no hay ninguna diferencia fundamental entre sus elementos característicos y los del período de Uruk, excepto en variaciones de estilo y calidad. El plano de los templos continúa siendo «tripartito» (una nave larga con dos habitaciones a cada lado), pero su plataforma tiende a convertirse en cada vez más alta y ancha. En lugar de cubrir toda la superficie de los muros, el mosaico de conos se aplica en paneles que separan bandas de ladrillos pequeños. Los cilindro-sellos, normalmente más grandes, portan las mismas escenas pastorales o bélicas, pero a veces reciben un tratamiento mucho más esquemático y casi abstracto. Por lo que se refiere a la cerámica, deriva evidentemente de la de Uruk por sus formas, está además asociada a esta última y no debió representar indudablemente más que una moda pasajera. Globalmente considerada, la única originalidad de este período radica en el extraordinario desarrollo que en él conocerá la escultura.

El arte de esculpir, prácticamente olvidado desde la época de Samarra, reaparecerá bruscamente y se aplicará con una especie de frenesí, trabajando la piedra en bulto redondo o en relieves, o en objetos extraordinariamente variados como jarras, vasos, copas, placas murales, bebederos, pesas y mangos de sellos, etc... No se podría afirmar que esta escultura derivase de la de la bella glíptica de los siglos precedentes, pero indudablemente se inspiró en los mismos motivos apreciados por los grabadores de los cilindro-sellos: corderos pastando, leones atacando a toros, jabalíes persiguiendo corderos, héroes luchando con bestias salvajes y fieles portando ofrendas para sus dioses. Si la mayor parte de las piezas esculpidas son de una calidad excelente, dos de las provinientes de Uruk alcanzan la categoría de obras maestras. La primera de ellas es un vaso de alabastro [20], de alrededor de un metro de alto y dividido en tres registros superpuestos, en los que se ve en relieve a una diosa (probablemente Inanna) a la que una procesión de hombres desnudos traen diversos regalos, a un importante personaje masculino ricamente vestido (dios, príncipe, ¿o sacerdorte?), desgraciadamente muy gastado, y que se halla frente a la diosa. Este magnífico vaso siempre ha sido considerado como un objeto de gran valor, ya que, una vez roto, fue reparado en la propia

[19] E. Mackay: *Report on Excavations at Jemdet Nasr,* Iraq, Chicago, 1931; H. Field y R. A. Martin: «Painted pottery from Jemdet Nasr» AJA, 39, 1935, pp. 310/318.

[20] I. E. Heinrich: *Kleinfunde aus den Archaischen Tempelschichten in Uruk,* Leipzig, 1936, lám. 2, 3, 38; A. Parrot, *Sumner,* 1981, 2.ª ed., fig. 101, 102; AM, II, pp. 254/257. T. Jacobsen (*The Treasures of Darkness,* Yale, 1976, pp. 24 y 43) ve en el personaje masculino del vaso al dios Dumuzi, y en el conjunto de esta escena al preludio del «Matrimonio sagrado» entre este dios e Inanna (ver capítulo 6).

Antigüedad mediante unas grapas metálicas. La segunda obra maestra es una máscara de mujer tallada en mármol [21], de tamaño natural y que probablemente antaño hubiese estado fijada sobre una estatua de madera. Este rostro sereno y un poco altivo desgraciadamente ha perdido sus ojos, que debían ser de nácar con el iris de lapislázuli, y sus cejas, su peluca y sus pendientes, pero está modelado con tal realismo y sensibilidad que ya nos recuerda a la época clásica de la escultura griega. Su tamaño, su belleza y el rico tocado con el que debió estar adornada nos sugieren la posibilidad de que quizás estemos ante la propia Inanna.

✦ Progresos técnicos, obras maestras de la escultura y la arquitectura, la escritura, tenemos muchos indicios de que estamos ante una civilización a la que ya podemos llamar sumeria, porque es prácticamente seguro que las tablillas provinientes de Jemdet Nasr y de los niveles simultáneos de Ur y de Tell Uqair ya están escritas en sumerio. Esta civilización, nacida en el sur del Iraq entre el 3500 y el 3000, se extenderá en el curso del tercer milenio, primero a lo largo del valle del Diyala, a lo largo del Éufrates (Mari) y hacia Siria septentrional (Ebla), y luego por el Tigris (Asur), sembrando por todas partes un poco de sus variantes locales. Pero desde la época de Jemdet Nasr se manifiesta a lo largo de toda Mesopotamia, e incluso mucho más lejos, bajo formas de diversas influencias dejadas sobre otras regiones o de objetos en ellas abandonados por mercaderes y emigrantes. Así es como en el Irán se han hallado cilindro-sellos mesopotámicos en Susa, Tepe Sialk, e incluso en Tepe Hissar, no lejos de la Caspiana, mientras que en el suroeste de este país (más tarde conocido bajo el nombre de Elam) observamos una gran riquea en glíptica y escultura, evidentemente inspiradas por el Iraq (aunque mucho más bastas), y también allí poseen una escritura sobre tablillas, llamada «proto-elamita», que desaparecerá muy pronto sin habernos revelado su secreto [22]. Fragmentos de cilindro-sellos del estilo de Jemdet Nasr han sido hallados en Turquía (Alisar, Troya) y se han creído ver las huellas de la escritura sumeria arcaica en las misteriosas tablillas descubiertas en Tartaria y en Rumanía en 1965 [23]. Estos mismos sellos (o sus improntas sobre arcilla) también aparecen en la Siria del Norte (llanura del Amuq), en Fenicia, en Palestina, e incluso se ha descubierto en Omán un cementerio que contiene la típica cerámica de Jemdet Nasr [24].

---

[21] UVB, XI, 1940, lám. 21 y 32; A. Parrot; *Sumer*, 2.ª ed. frontispicio y fig. 121, AM, II, pp. 262/264.

[22] P. Merigi: *La Scritura Protoelamitica*, Roma, 1971-1972, 2 vols. Pueden verse ejemplos en P. Amiet: *Elam*, Auvers sur Oise, 1966. Para una comparación de las esculturas mesopotámicas con las protoelamitas, ver A. Parrot: *Sumer*, 1960, fig. 93/98 A y 102-104.

[23] A. Falkestein: «Zu den Tontafeln aus Tartaria», *Germanica*, 43, 1965, pp. 269/273; M. S. F. Hood: «The Tartaria Tablets», *Antiquity*, 41, 1967, pp. 99/113; C. Renfrew: *Before Civilization*, London, 1973, pp. 73-74 y 193/194.

[24] K. Frifelt: «Jemdat Nasr graves in the Oman», Kuml, 1970, pp. 376 ss.

No se sabe si la civilización arcaica de Sumer alcanzó el Egipto predinástico por vía marítima o terrestre, pero los indicios de un contacto entre estos dos países están muy claros, aunque no sean muy numerosos [25]: motivos mesopotámicos sobre el mango de marfil del célebre cuchillo de Jebel el Araq (personaje barbudo separando a dos leones) y sobre la no menos célebre paleta de Narmer (animales fantásticos con largos cuellos entrelazados), numerosos cilindro-sellos de puro estilo de Jemdet Nasr en Naqada, en el Alto Egipto, pero también numerosos objetos similares fabricados localmente y utilizados durante mucho tiempo como amuletos. Se ha querido ver en los muros con resaltes de las antiguas tumbas *(mastabas)* egipcias un préstamo de la arquitectura de Uruk, pero esto es muy discutible. Por lo que a la influencia de la escritura se refiere, de la escritura sumeria a la jeroglífica, dos siglos más reciente, parece haberse limitado a una «inspiración» y a la transmisión de determinados principios. Como estos contactos poseen una orientación única (ningún objeto egipcio de esta época ha sido hallado en Mesopotamia) se las ha atribuido a pequeños grupos de sumerios emigrados a las riberas del Nilo. Y aunque no tuvieron efectos duraderos, merecen ser citados, porque las relaciones entre estos dos grandes hogares de civilización han sido sorprendentemente raras y episódicas a lo largo de toda la Antigüedad.

Tras todo ello es asombroso comprobar que en la propia Mesopotamia la civilización sumeria permaneció durante mucho tiempo confinada a la mitad sur del país. Mientras que se hallan en todas partes de la mitad norte huellas de la cultura de Uruk, las huellas de su fase terminal (Jemdet Nasr) se limitan a un pequeño número de yacimientos, considerados como colonias sumerias. El ejemplo más característico es el de Tell Brak, en el valle del Khabur [26], en el que se ha descubierto un templo construido sobre una alta terraza, cuyos muros estaban adornados de mosaicos de conos y rosetas coloreados, junto con placas de hojas de cobre, y en cuyos cimientos aparecieron una multitud de ídolos de albastro en forma de campana culminada por uno o varios o pares de ojos. Sin embargo, Tell Brak no ha dado más que cerámica de Uruk, porque la cerámica pintada de Jemdet Nasr, así como las tablillas inscritas, jamás sobrepasaron el valle del Diyala. Esta diferencia entre el Norte y el Sur todavía se halla más marcada en el Noroeste del Iraq, la futura Asiria. A lo largo de los períodos de Uruk y Jemdet Nasr los habitantes de Tepe Gawra [27] continuaron

[25] W. A. Ward: «Relations between Egypt and Mesopotamia from prehistoric time to the end of the Middle Kingdom», JESHO, 7, 1974, pp. 121/135; I. E. S. Edwards, en CAH (3), 1, 2, pp. 41/45.

[26] Excavaciones inglesas en 1937-1938; M. E. L. Mallowan: «Excavations at Brak and Chagar Bazar, Syria», *Iraq*, 9, 1947, pp. 1/259; *Twenty-five Years of Mesopotamian Discovery*, London, 1956, pp. 24/38; D. Oates: Tell Brak», en J. Curtis (Ed.): *Fifty years of Mesopotamian Discovery*, London, 1982, pp. 62/71. Las excavaciones se reanudaron en 1976.

[27] A. L. Perkins: *The Comparative Archaeology of Early Mesopotamia*, Chicago, 1949, pp. 162/197.

fabricando su cerámica a mano o a torno de pie, utilizando pocas veces el bronce, sirviéndose de sellos de impronta e ignorando la escritura. No obstante no se les podría clasificar como bárbaros, porque sus templos con pórtico eran muy elegantes y se hallaban construidos de un modo excelente y porque sus tumbas en forma de casas nos han dado adornos de oro, piedras semipreciosas y marfil, lo que da muestras de la existencia de una gran prosperidad y de la existencia de unas amplias relaciones comerciales. Hacia comienzos del tercer milenio la «cultura de Gawra» será reemplazada por la llamada cultura de «Nínive 5», caracterizada por una bella cerámica hecha a torno, pintada e incisa, y por ese entonces se encontrarán en el Norte armas de bronce en abundancia y cilindro-sellos sumerios. Pero todo el período Dinástico Arcaico (2900-2334) transcurrirá antes de que los primeros documentos escritos aparezcan en esta región, en la que serán introducidos por los conquistadores acadios.

¿Qué fue lo que retardó durante tanto tiempo la penetración de la cultura sumeria en el Norte del Iraq? ¿Acaso una invasión de «bárbaros», que aparece atestiguada en Tepe Gawra por huellas de incendio y masacre a finales del período de El Ubaid? ¿O quizás el conservadurismo de las poblaciones de esta región, del que ya habíamos hablado? ¿O una organización socioeconómica diferente y menos compleja que la del sur, que les habría permitido no disponer de la escritura? ¿O, por último, una mezcla de todos estos factores? Pocos yacimientos del cuarto milenio han sido hasta ahora excavados en Mesopotamia septentrional, y puede esperarse que los descubrimientos arqueológicos del futuro contribuyan a aclararnos este misterio, o al menos nos permitan plantear mejor el problema. Pero el profundo foso que en esta época se abrió entre el Norte y el Sur en el alba de los tiempos históricos jamás llegará a colmarse. Asiria y Babilonia siempre permanecerán siendo a partir de ahora dos regiones diferentes y frecuentemente rivales. Y cuando casi tres mil años más tarde los poderosos reyes de Asiria aprendan el sumerio, recojan piadosamente los textos de Sumer y Acad y llenen de beneficios los templos de Ur y Babilonia, ¿no estarán entonces reconociendo implícitamente la superioridad cultural de las gentes del Sur y la deuda que habían contraído hacia una civilización mucho más antigua que la suya?

El problema sumerio

¿Quiénes eran esos sumerios, cuyo nombre podemos ahora pronunciar con tranquilidad? ¿Forman parte de una antiquísima población de la Mesopotamia prehistórica, o llegaron de fuera? ¿Y si es así, de dónde llegaron y cuándo? Este problema fue debatido numerosas veces desde que en el año 1869 el filólogo Jules Oppert propuso denominar como «sumerio» a la lengua de algunas inscripciones de Mesopotamia que no eran asirias ni babilonias, y ocho años antes de

que Ernest Sarzec descubriese la civilización sumeria en el sentido estricto del término en Tello (Girsu). Este problema no ha sido resuelto todavía, y probablemente no quedará resuelto jamás [28]. Los descubrimientos arqueológicos y epigráficos de estos últimos decenios, lejos de darle una solución simple y clara, no han hecho más que venir a complicarlo. Pero al menos han aportado a este viejo debate de ciento cincuenta años argumentos nuevos y sólidos que merecen ser examinados.

El adjetivo «sumerio» proviene del antiguo nombre de la parte meridional del Iraq: Sumer, o más exactamente *Shumer,* que, en los textos cuneiformes, se escribe normalmente K.EN.GI. [29]. A comienzos de las épocas históricas tres grupos étnicos vivían en estrecho contacto, y aparentemente en buenas relaciones en esta región: los sumerios, predominantes en el extremo Sur, desde los alrededores de Nippur hasta las riberas del Golfo Pérsico, los semitas, muy numerosos sobre todo entre Nippur y la región de Bagdad, en lo que se solía llamar el País de Acad, y por último quizás una difusa minoría, cuyo nombre nos resulta desconocido, y a la que llamaremos el «pueblo X». Para los historiadores contemporáneos la diferencia entre estas tres poblaciones no es ni política ni cultural, sino únicamente lingüística. Estas tres etnias compartían las mismas instituciones, las mismas creencias, el mismo modo de vida, las mismas técnicas y tradiciones artísticas, en una palabra la civilización que hemos llamado sumeria y a la que probablemente todos ellos hubiesen contribuido. El único criterio que nos permite distinguirlos es su lengua, que en la actualidad sólo es posible conocer a través de los textos escritos y por los nombres propios. En lo que «pueblo X» se refiere ignoraríamos su existencia si no se diese el caso de que algunos investigadores se hubiesen dado cuenta de que los textos auténticamente sumerios contienen vocablos que no son ni sumerios ni semíticos, sobre todo algunos nombres de personas, muchos topónimos e hidrónimos, como Éufrates *(buranum)* y Tigris *(idigna)* así como numerosos nombres de oficios y objetos de uso común [30].

Estas consideraciones explican el que las tentativas realizadas hasta ahora para diferenciar a los sumerios de los acadios basándose en criterios tales como la presencia o la ausencia de barba o por el porte de una túnica o de una falda de lana, se hayan revelado ilusorias, a

---

[28] Pueden verse reunidos los principales trabajos sobre este tema en T. Jones: *The Sumerian Problem,* New York, 1969. Ver también A. Parrot: AM, II, pp. 308/331.

[29] La significación exacta del logograma compuesto KI.EN.GI. (léase *Kengir*) todavía no ha sido establecida. Ver. F. R. Kraus: *Sumerer und Akkader,* Amsterdam, 1970, pp. 48/51.

[30] B. Landsberger: «Die Sumerer» en *Ankara Fakültesi Dergisi,* 1, 1943, pp. 97/102; 2, 1944, pp. 431/437; 3, 1945, pp. 150/159. Ver S. N. Kramer: *The Sumerians,* pp. 40/43. Se ha propuesto llamar a este pueblo «Subareos» (I. E. Gelb: «Sumerians and Akkadinas in their ethno-linguistic relationship» Génova, 8, 1960, pp. 258/271); otros ven en ellos a los «ubaidienses» (S. N. Kramer: *Op. cit.*).

medida que las estatuas y los bajo-relieves iban saliendo de las excavaciones. Señalemos en este sentido que no existe una raza sumeria en el sentido antropológico del término. Los cráneos hallados en el país de Sumer son o bien braquicéfalos o dolicocéfalos, dando muestra de la existencia de una mezcla de las razas alpina y mediterránea, atestiguadas por igual en el Próximo Oriente [31]. Por lo que a los rasgos del rostro se refiere, tal y como los representan los escultores o los lapicidas, no son más que convencionales y carecen de valor distintivo. La nariz, larga y carnosa, los ojos grandes, el occipucio chato, durante mucho tiempo considerados como típicamente sumerios, aparecen igualmente sobre las estatuas de los personajes que llevan nombres semíticos, halladas en la región de Mari, poblada por semitas, mientras que los retratos más tardíos y más realistas, como los de Gudea, gobernador sumerio de la muy sumeria ciudad de Girsu, nos muestran una nariz corta y recta y un cráneo alargado.

Cuando se trata de determinar el origen de un pueblo, la lingüística suele constituir normalmente un buen índice de parentesco étnico. Así, los griegos, los hititas y los indoarios, aunque separados geográficamente, se hallaban vinculados por las lenguas indoeuropeas que hablaban, y se les atribuye una «cuna» común, que probablemente se sitúe en el Sureste de Europa. Pero en el caso de los sumerios esta ciencia no nos sirve en absoluto de ayuda. En tanto que lengua «aglutinante» el sumerio se relaciona con una multitud de dialectos dispersos por el mundo entero (América, África, Asia, Europa y Polinesia), pero fonéticamente no se parece a ninguna otra de las lenguas, vivas o muertas. La literatura sumeria nos muestra a un pueblo inteligente, trabajador, amigo de los juegos de palabras, no carente de humor, y a la vez realista y profundamente religioso, pero no nos proporciona ni la menor indicación acerca de su origen. En efecto, el telón de fondo de los mitos y las leyendas de Sumer lo constituyen un paisaje de pantanos y canales, de cañaverales, palmeras y tamariscos —paisaje típico del sur iraquí— como si los sumerios jamás hubiesen vivido en otro lado, y en estos textos nada parece evocar una lejana patria ancestral alejada de Mesopotamia. Estamos pues obligados a dirigirnos a la arqueología para preguntar: ¿cuál de los diferentes grupos étnicos supuestos vectores de las culturas mesopotámicas protohistóricas puede ser identificado con la población histórica de expresión sumeria? Planteado de este modo, el problema es evidentemente insoluble, ya que nada sabemos de las lenguas habladas en Mesopotamia antes del período de Jemdet Nasr. Todas las respuestas que se pueden intentar dar a esta pregunta han de basarse necesariamente sobre suposiciones, intuiciones o comparaciones más o menos aventuradas. Los eruditos que han estudiado la cuestión se dividen en dos grupos: algunos creen que los sumerios llegaron a Mesopotamia en

[31] Cráneos de Kish (S. Langdon, *Excavations at Kish,* París, 1924, pp. 111/125) de Ubaid (UE, I, pp. 210/240) y de Eridu (*Sumer,* 5, 1949, p. 103).

el período de Uruk y otros que ya estaban allí desde el período de El Ubaid. Nosotros nos inclinamos por la segunda hipótesis porque nos parece más probable que la primera. Es cierto que la escritura sumeria aparece a finales del período de Uruk, pero esto no implica que el sumerio no se hubiese hablando antes en Mesopotamia. Si se admite la existencia del «pueblo X» [32] los vocablos a los que se les atribuye su paternidad parecen indicar que tenían una cierta antigüedad en Mesopotamia, pero los valles del Tigris y el Éufrates eran los suficientemente amplios como para poder haber acogido a muchos pueblos diferentes. La transición de la cerámica pintada de El Ubaid a la lisa de Uruk suele ser citada como un signo de cambio de población. Ahora sabemos que esta transición debió de ser muy lenta y hallarse probablemente unida a una innovación tecnológica. Por el contrario, el hecho de que desde la época de El Ubaid a la de Jemdet Nasr en adelante, tanto en Uruk como en Eridu, los templos hayan sido construidos unos sobre otros de acuerdo con un trazado idéntico, la ausencia de un hiato cultural en todo momento de este largo período, y por el contrario, los indicios de una notable continuidad parecen constituir —en nuestra opinión— sólidos argumentos a favor de la hipótesis de que los sumerios ya estaban presentes en la Baja Mesopotamia desde el momento en el que se hizo habitable [33].

Además, si hubiesen sido conquistadores o invasores: ¿de dónde habrían venido? algunos han pretendido hallar su origen en los países montañosos situados al este de Mesopotamia, de los que habrían llegado por tierra o mar, otros los han hecho partir de Anatolia y descender del Éufrates hasta su desembocadura. Pero los argumentos avanzados a favor de estas teorías apenas son convincentes. Además, las numerosas excavaciones efectuadas en Turquía, Irán, Beluchistán, Afganistán y Asia Central a partir de la última Guerra Mundial no han dado nada que se parezca de cerca o de lejos a las culturas de Uruk o Jemdet Nasr, ni, por supuesto, el menor indicio de un texto sumerio arcaico, lo que constituiría la única prueba decisiva. En estas condiciones, ¿por qué no dirigirse a la propia Mesopotamia? Ya hemos visto en los capítulos precedentes que muchos elementos materiales de la civilización sumeria —ladrillo crudo, muros pintados y decorados de frescos, vasos y estatuillas de piedra, figurillas de arcilla, sellos, y el trabajo del metal— aparecieron entre el séptimo y el quinto milenio en Iraq septentrional y las excavaciones de Choga Mami han establecido un lazo entre las culturas de Samarra y las, claramente contemporáneas, de Eridu y Hajji Mohammed (Ubaid 1 y 2). Asi-

[32] El carácter no sumerio de los vocablos geográficos y de otros tipos no está universalmente admitido. Ver sobre todo la crítica de W. F. A. Albright: en CAH (3), I, 1, pp. 147/151.

[33] Una opinión análoga ha sido expresada, más o menos explícitamente por M. E. L. Mallowan, CAH (3), I, 1, pp. 344 C. J. Gadd, CAH (3), 1, 2, pp. 94/95; J. Oates *Iraq*, 22, 1960, p. 46; D. y J. Oates: *The Rise of Civilization*, p. 136; R. Braiwood: *The Legacy of Sumer*, p. 46 y Mac Gibson: *Ibid*, p. 56.

milar los «samarrienses» a los sumerios, o incluso a los «ubaidienses» sobre la frágil base de la cerámica y de las extraordinarias estatuillas de Tell es-Sawwan sería ir demasiado lejos, pero parece ser que los primeros habitantes del sur mesopotamio habían estado «emparentados» con sus vecinos de Tigris medio, o al menos influenciados por ellos. Y los propios «samarrienses» quizás estuviesen también relacionados con las poblaciones neolíticas del Kurdistán y del Alto Tigris, aunque ningún hecho incontrovertible permita confirmar definitivamente esta hipótesis.

Así, pues, cuanto más tratemos de remontarnos en el tiempo, más se complica el problema, para llegarse a perder finalmente en la noche de la prehistoria, porque no sabemos prácticamente nada de los movimientos de los pueblos de las épocas paleolítica y neolítica. Incluso se ha tratado de preguntarse si el problema sumerio no sería un falso problema. Después de todo los sumerios podrían haber salido, como nosotros, a partir de una mezcla de poblaciones, y su civilización, al igual que la nuestra, sin duda comportaba numerosos elementos extraños y otros autóctonos. Su lengua pertenecía a un grupo lingüístico demasiado amplio para poder haber cubierto una parte del Asia Occidental, incluyendo la propia Mesopotamia. Pueden pues no haber sido más que uno de los pueblos, probablemente numerosos y variados, que hayan ocupado esta región privilegiada que fue el Próximo Oriente desde el Paleolítico Superior o el Neolítico en adelante. En otras palabras, quizás hubiesen vivido en Iraq «siempre», sin que se pueda precisar más. Como ha escrito Henri Frankfort, uno de los mejores especialistas en el Antiguo Oriente: «el tan discutido problema del origen de los sumerios podría no ser más, al fin y al cabo, que la búsqueda de una vana quimera» [34].

[34] H. Frankfort: *The Birth of Civilization in the Near East*, London, 1954, n. 1.

CAPÍTULO SEXTO

LOS DIOSES DE SUMER

No hay duda de que fue porque era el resultado de un largo proceso de maduración *in situ*, porque era mesopotamia por origen y por esencia, por lo que la civilización sumeria sobrevivió a la desaparición de Sumer en tanto que nación, hacia el año 2000, y fue adoptada por todos los pueblos que, una y otra vez, han ido invadiendo, ocupando y gobernando Mesopotamia. Al igual que toda empresa humana, evolucionó con el compás del tiempo, pero también supo conservar sus rasgos básicos y específicos. Sea cual sea el ángulo bajo el que se aborde la civilización asirio-babilonia que le sucedió, casi siempre se llega a algún prototipo sumerio.

La religión constituye el ejemplo más llamativo [1]. Desde comienzos de la Historia la religión de los Semitas de Acad parece haberse disuelto en la de sus vecinos de Sumer, probablemente porque fuese infinitamente más simple y estuviese mucho peor estructurada. De entre los centenares de dioses y diosas que comprendían el panteón mesopotámico del tercer milenio, no pueden contarse más de una docena

[1] Entre las principales obras consagradas a la religión mesopotamia citaremos: E. Dhorme: *Les Religions de Babylonie et d'Assyrie*, París, 1945; J. Bottéro: *La Religion Babylonienne*, París, 1952; S. N. Kramer: *Sumerian Mythology*, New York, 1961, 2.ª ed. W. H. Römer: «The Religion of Ancient Mesopotamia», en J. Bleeker y G. Windergen (Ed.) *Historia Relgionum*, I, Leiden, 1969; R. Jestin: «La Religion Sumérienne» y J. Nougayrol: «La religion baby-lonienne» en H. Charles Puech (Ed.) *Histoire des Religions* I, París, 1970; J. Van Dijk «Sumerische Religion» y J. Laesse: «Babylonisches und Assyrisches Religion» en J. P. Asmussen y J. Laessé (Ed.): *Handbuch der Religionsgeschichte*, I, Göttingen, 1971; H. Ringgren: *Religions of the Ancient Near East*, London, 1973, pp. 1/123; T. Jacobsen: *The Treasures of the Darkness: A History of Mesopotamian Religion*, London, 1976. Ver también los capítulos consagrados a la religión en S. N. Kramer: *The Sumerias*, Chicago, 1963, pp. 112/228 y A. L. Oppenheim: *Ancient Mesopotamia*, Chicago, 1964, pp. 143/170.

de los que se pueda afirmar que son de origen semítico[2], y los más importantes de ellos (como el dios-sol y el dios-luna, por ejemplo) ya tenían sus equivalentes sumerios, lo que facilitó el desarrollo de un sincretismo que no haría más que perpetuarse posteriormente. A comienzos del segundo milenio, cuando otros semitas llegados del Oeste, los amorritas, se establezcan entre el Tigris y el Éufrates, su dios epónimo Amurru, continuará siendo un divinidad menor y será a uno de los pequeños dioses de Sumer al que los Babilonios elevarán el rango de dios nacional bajo el nombre de Marduk. Más adelante, los dioses arios introducidos por los conquistadores casitas no fueron objeto más que de un culto muy restringido y desaparecieron del nombre de los monarcas de esta dinastía mucho antes de que desapareciese Ashur, dios nacional de los asirios probablemente fuese, en sus orígenes, un dios local del Norte mesopotámico, el dios de la colina sobre la que se elevaba la ciudad del mismo nombre[3], pero se le dio por compañera a Ninlil, la diosa esposa del gran dios sumerio Enlil, y cuando cantaban las alabanzas de Ashur, los escribas de Asurbanipal no encontraban título más bello para él que el de «Enlil sin par entre los dioses». Así, los dioses de Sumer han sido adorados en Mesopotamia durante tres milenios e incluso se ha llegado a decir, no sin alguna exageración, que la religión babilonia no ha existido jamás y que esta parte del mundo no ha conocido más religión que la sumeria[4].

La idea que los sumerios se hacían de sus dioses, aunque haya sido medianamente modificada por el espíritu semita, ha ejercido en todas las épocas una considerable influencia sobre la vida pública y privada de los mesopotamios. Se manifiesta a través de centenares de monumentos y obras de arte, y constituye la base de una notable literatura mitológica, épica y sapiencial, de magníficas inspiraciones, de las que dan testimonio los bellísimos himnos y las deliciosas plegarias y toda una serie de prácticas mágicas que quizás hayan constituido lo esencial de la religión popular, pero que fueron también compartidas por los reyes y los grandes de este mundo; y por último y sobre todo, está en la propia base de las instituciones políticas. El hecho de que la sociedad sumero-acadia haya cristalizado en torno a templos tuvo una serie de consecuencias profundas y duraderas. En la práctica, en primer lugar, y también en teoría, la tierra comunal, el principado, la realeza y el imperio jamás cesaron de pertenecer a los dioses locales, ciudadanos y luego nacionales, y desde los *ensi* y los *lugal* * del tercer milenio, cuyo territorio no abarcaba más que unos kilómetros cuadrados, hasta los poderosos reyes de Asiria que llegaron a reinar por un momento sobre las riberas del Nilo a los de la

---

[2] J. Bottéro: «Les divinités semitiques anciennes en Mesopotamia», en S. Moscati (Ed.): *Le Antiche Divinitá Semitiche,* Roma, 1958; J. J. M. Roberts: *The Earliest Semitic Pantheon;* Baltimore/London, 1972.

[3] W. G. Lambert: «The god Assur», *Iraq,* 45, 1983, pp. 82/86.

[4] J. Van Dikjk, en S. S. Hartmann (Ed.), *Syncretism,* Stockholm, 1970, p. 179.

* Para el sentido de estas titulaturas véase el capítulo 8.

Caspiana, todos los soberanos mesopotamios se consideraron como «vicarios» de estos dioses, nombrados, «llamados» por ellos, para asegurar el orden y la prosperidad de su pueblo, impartir justicia, defender o engrandecer su país, pero también, y sobre todo, para hacer aquello para lo que fue creada la humanidad: servir y complacer a los dioses, velar para que sus templos fuesen construidos o restaurados, mantenidos y embellecidos, para que se les rindiese culto y para que se celebrasen los ritos y las grandes fiestas estacionales o anuales [5]. La historia de la antigua Mesopotamia está tan íntimamente unida a las creencias de sus habitantes que no podríamos abordarla sin esbozar de un modo preliminar y de un modo sincrónico, justificado en este dominio, los caracteres dominantes de esta religión que tanto debe a los sumerios.

El panteón mesopotámico

Nuestro conocimiento de las ideas religiosas y morales de los sumerios, acadios, babilonios y asirios se basa sobre numerosos textos y diversas listas de dioses y ofrendas, mitos y epopeyas, rituales, himnos, plegarias, encantamientos, recopilaciones de proverbios y de preceptos, etc... —provinientes en gran parte de los archivos sacerdotales de Nippur, capital religiosa de Sumer, y de las bibliotecas sagradas y reales de Asur y Nínive [6]. Alrededor de doscientos textos de este tipo (pero que suman más de tres mil líneas) fueron redactados en sumerio y más de novecientos en acadio, término bajo el cual se reúne en la actualidad a todos los dialectos semíticos de Mesopotamia, ya se trate de la lengua de los acadios o de los dialectos babilonio y asirio, que derivan de ella. Otros textos son bilingües: sumerio y acadio. Algunos de los textos babilonios y asirios son traducciones, o más bien adaptaciones de originales sumerios, mientras que los demás carecen de equivalente en la literatura sumeria conocida hasta ahora. A excepción de las listas de los dioses y de algunos mitos que se remontan al tercer milenio, todos estos documentos han sido impresos en arcilla entre el 1900 y los últimos siglos antes de la Era Cristiana. La mayor parte de las obras sumerias, sobre todo las grandes narraciones épicas y mitológicas, datan del comienzo del segundo milenio,

---

[5] R. Labat: *Le Caractère religieux de la royauté assyro-babylonienne,* París, 1939; H. Frankfort: *Kingship and the Gods;* Chicago, 1948 (Hay traducción castellana: *Reyes y Dioses,* Revista de Occidente, 1976).

[6] Pueden verse reunidas excelentes traducciones de los textos sumerios y acadios en: R. Labat, A. Caquot, M. Sznycer y M. Vieyra: *Les religions du Proche-Orient* (citado *Religions*), París, 1970; J. B. Pritchard: *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament,* Princenton, 1969, 3.ª ed. (ANET (3)); A. Falkestein y W. von Doden: *Sumerische und Akkadische Hymnen und Gebete,* Stuttgart, 1953; S. N. Kramer: *L'Histoire commence à Sumer,* Paris, 1975, 2.ª ed. (HCS (2)). (Hay varias ediciones en castellano, la más reciente en Orbis, Barcelona, 1985); M. J. Seux: *Hymnes et Prières aux dieux de Babylonie et d'Assyrie,* París, 1976.

pero es muy probable que reproduzcan las tradiciones transmitidas oralmente y cuyos orígenes se pierden en la prehistoria.

La sistematización de los conceptos religiosos y su expresión bajo la forma de familias divinas y mitos comenzó sin duda en el curso del cuarto milenio, durante la fase de urbanización de la baja Mesopotamia, y fue obra de muchas escuelas de teólogos, tal y como demuestra la diversidad de estas genealogías y narraciones mitológicas, frecuentemente contradictorias. Es posible que se hubiese producido un acuerdo, mientras que cada ciudad de Sumer y Acad tuviese su propio «dios-patrón», elegido en el seno de un panteón común al conjunto del país [7], pero no se trata más que de una hipótesis. En todo caso la sociedad divina, tal y como la conocemos por los textos, estaba calcada de la sociedad humana, y el cielo, la tierra y los infiernos se hallaban poblados por un considerable número de dioses, a los que un sincretismo interno fue reduciendo posteriormente, sin llegar a alcanzar jamás el monoteísmo. Al igual que los dioses griegos, estos dioses mesopotámicos poseían la apariencia, las cualidades, las faltas y las pasiones de los seres humanos, pero estaban dotados de una extraordinaria fuerza y de unos poderes sobrenaturales y disfrutaban de la inmortalidad. Además, emanaba de ellos, según se creía un «explendor», un nimbo de luz que aterrorizaba al hombre, le infundía respeto y le inspiraba este indecible sentimiento de contacto con lo divino, en el que reside la esencia de toda la religión [8].

Es prácticamente imposible establecer una clasificación «racional» de los dioses mesopotamios, porque nuestra lógica no es la misma que la de los antiguos y muchos de ellos cumplían funciones que nos parecen muy divergentes, si no opuestas, siendo a la vez, por ejemplo, divinidades tutelares de la vegetación y de la guerra. Sin embargo, pueden entreverse una especie de estratos, por otra parte muy difusos, según el rango que ocupasen los dioses en las listas redactadas en las diversas épocas y según la importancia del culto de que fuesen objeto. En el peldaño más bajo de la escala habrá que colocar sin duda a los «espíritus» o «demonios», buenos y malos, así como al «dios personal», una especie de ángel de la guarda asignado a cada individuo, responsable de su bienestar y de sus éxitos y que desempeñaba el papel de intermediario entre él y los dioses superiores [9]. Luego vendría el grupo de los dioses de los instrumentos, pico, molde de ladrillo y arado, por ejemplo, y de las profesiones (ceramistas, forjadores, orfebres, etc...), seguido del grupo de los dioses de la naturaleza en el sentido amplio del término (minerales, vegetales, animales domés-

---

[7] W. G. Lambert: «The historical development of the Mesopotamian pantheon», en H. Goedicke y J. J. M. Roberts (Ed.): *Unity and Diversity,* Baltimore and London, 1975, p. 192.

[8] E. Cassin: *La Splendeur divine,* París, 1968.

[9] H. Vorländer, *Mein Gott* (AOAT, 23), Neukirchen. Vluyn, 1975. Este dios personal, que quizás haya sido además uno de los grandes dioses es representado frecuentemente sobre los cilindro-sellos de la época de la III Dinastía de Ur.

ticos o salvajes, dioses de la fertilidad, de los partos, divinidades curadoras, y dioses de la tempestad, del viento y del fuego), quizás los más numerosos e importantes originariamente, porque personificaban «el hábito vital, el haz espiritual, las voluntades y los poderes inmanentes en los fenómenos naturales», concepto característico de la mentalidad primitiva [10]. En el escalón siguiente situaríamos a los dioses de los infiernos (Ereshkigal, Nergal) a la par con los dioses esencialmente guerreros, como Ninurta. Por encima de ellos a las divinidades astrales, sobre todo al dios-luna Nanna (Sîn en acadio) y al dios-sol Utu (Shamash), uno de ellos fijando el tiempo (los meses lunares) y conocedor de los destinos de cada uno, pero misterioso en muchos sentidos, y el otro gran justiciero, porque desemascara al criminal, al igual que disipa las tinieblas con su cegadora luz. Y por último y en la cumbre de la escala se situaría la triada cósmica que constituyen An, Enlil y Enki.

An (Anu en acadio) es el dios-cielo, el dios más elevado tanto en sentido propio como figurado. Su nombre se escribe con un signo en forma de estrella que significa a la vez «cielo» *(an)* y «dios» *(dingir* en sumerio, *ilu(m)* * en acadio). Soberano de todos los dioses, arbitra sus disputas y sus decisiones no son apelables, pero se ocupa poco de los asuntos de los hombres. Majestuoso y reverenciado, pero relegado al firmamento, seguirá siendo siempre un personaje lejano y por lo tanto muy mal definido. El auténtico dios supremo de los sumerios será Enlil, el «señor-aire», o «atmósfera», palabra que evoca la inmensidad, el movimiento y la fuerza de los vientos, pero también el hálito vital. Si An es el rey de los dioses, Enlil es el rey, no sólo de Sumer, sino de toda Mesopotamia y de toda la tierra, «el pastor de las copiosas multitudes». Es él quien elige a los soberanos y del mismo modo que las órdenes de un monarca garantizan la supervivencia y la prosperidad de sus súbditos, es por la única voluntad de Enlil que el mundo (que además creó) continúa existiendo y subviniendo a las necesidades de los hombres y en consecuencia de los dioses:

> «Sin Enlil, el «Gran Monte»
> Ninguna ciudad sería construida y ningún establecimiento fundado;
> Ningún establo sería construido y ninguna majada instalada.
> Ningún rey sería alzado, ni nacería ningún sumo-sacerdote.
> Los ríos
> no haría que se desbordasen con sus aguas de crecidas.
> Los peces del mar
> no pondrían sus huevos en la junquera.
> Las aves del cielo
> no construirían sus nidos sobre la ancha tierra.

[10] T. Jacobsen: *The Treasures of Darkness,* p. 20.

* En acadio los sustantivos terminaban primero en *-um -im* o *-am,* según estuviesen en nominativo, genitivo o acusativo. A partir de la segunda mitad del segundo milenio la *m* tiende a desparecer y las palabras terminan en *-u, -i* o *-a.*

En el cielo
las nubes vagabundas no proporcionarían su humedad.
Las plantas y las hierbas, glorias de los campos
no podrían crecer.
En el campo y la pradera,
los ricos cereales no podrían florecer.
Los árboles plantados en el montañoso bosque
no podrían dar sus frutos» [11].

Más sutil y mejor conocida es la personalidad del tercer miembro de la triada, Enki [12]. A pesar de las apariencias no es seguro que su nombre signifique «señor-tierra» *(ki)*», y los lingüistas discuten también el sentido preciso de su nombre acadio, Ea. Sin embargo es cierto que Enki/Ea es el señor de las aguas dulces, de ahí su importancia en Mesopotamia. Su característica principal la constituye su inteligencia, su «grandeza de oído», como entonces se decía, sin duda en recuerdo del tiempo en el que todo el saber se transmitía oralmente. También es el inventor y el protector de las técnicas, las ciencias y las artes, así como el patrón de los magos. Además detenta el *me,* que parecen ser las palabras claves de los elementos de la civilización sumeria, tal y como fueron determinados por los dioses, pero que también juegan un papel importante en la distribución de los «destinos» [13]. Gracias a su incomparable inteligencia Enki va a poder aplicar las leyes promulgadas por Enlil. Un largo poema trepidante de vida nos lo muestra poniendo al mundo en orden, extendiendo su bendición benéfica sobre los establos, los campos y las ciudades no sólo de Sumer, sino también de Meluhha y Dilmun, y sobre los pastores nómadas del desierto sirio, los MAR.TU, convertido en toro y llenando el Tigris con el «agua chispeante» de su semen, asignando a una docena de dioses menores sus tareas específicas y finalmente confiando al dios-sol Utu el «universo entero» [14]. Este maestro arquitecto, este gran ingeniero que dijo de sí mismo:

«Yo soy quien administra los cielos y la tierra,
Yo soy la oreja y el cerebro de todos los países»

es el dios más próximo al hombre, y su mejor amigo. De él es de quien vino la idea genial de crear a la humanidad para que se encargase del trabajo de los dioses y él es quien, como veremos, la salvará del diluvio.

Este panteón masculino se duplica en un panteón femenino que también comprende divinidades de todos los tipos; algunas son simples esposas, y otras tienen a su cargo funciones específicas, y a la

---

[11] Himno a Enlil: ANET (3), p. 575; HCS, pp. 111/114.

[12] Acerca de este dios ver el excelente estudio de J. Bottéro en el *Dictionnaire des mythologies* (Flammarion), II, 1981, pp. 102/111.

[13] Lista de los *me* en J. Bottéro: *Op. cit. supra,* p. 106; S. N. Kramer: *The Sumerians,* p. 116.

[14] Mito de «Enki y el Orden del Mundo»: S. N. Kramer: *Sumerian Mythology,* pp. 59/62; *The Sumerians,* pp. 172/183; HCS pp. 115/117.

cabeza del cual truenan Ninhursag, la diosa madre (también llamada Ninmah o Nintu) y la diosa Inanna (la Istar de los semitas), que, con su amante preferido, Dumuzi, jugará un papel importante en la mitología sumeria.

Inanna, la «dueña del cielo» es la Mujer por excelencia: joven, bella, tierna, sensual, coqueta, pero también pérfida, caprichosa y sujeta a violentas cóleras que hacen de esta diosa del amor una terrible guerrera. Es bajo estos dos aspectos que más tarde llegará a ser igual a los más grandes dioses de Babilonia y Asiria [15]. Dumuzi (el «hijo legítimo») parece haber salido de la fusión de muchos dioses prehistóricos, porque si bien es cierto que es ante todo el dios protector de los ganados, también lo es que parece haber sido, en determinados momentos, el dios de la vegetación que muere y renace cada año. Pero una creencia muy antigua pretendía que la reproducción del ganado y el florecimiento de las plantas y los frutos estarían asegurados, cada año nuevo, mediante un ritual en el que este dios, representado por el rey, se uniría a Inanna, representada por una de sus sacerdotisas. Magníficos poemas de amor, que unen el más franco erotismo a los más tiernos sentimientos tienen como tema este matrimonio sagrado [16], mientras que la ceremonia, tal y como se desarrollaba sobre la tierra, nos es contada en los himnos reales, de los que el más explícito es el himno a Iddin-Dagan (1974-1954), tercer rey de la dinastía de Isin [17]. En una habitación especial del palacio se instalaba un lecho de juncos perfumado y sobre él se colocaba una confortable cubierta. La diosa se había bañado y había expandido por el suelo aceite perfumado de cedro. El rey avanza entonces:

> «El rey se aproxima, con la cabeza alta, a su sagrado regazo
> Se aproxima, con la cabeza alta al sagrado regazo de Innana
> Amma-ushumgal-anna * se tumba junto a ella
> Acaricia su sagrado regazo.
> Cuando la Señora se tumba sobre el lecho,
> en el sagrado regazo (del rey),
> Cuando la pura Innana se tumba sobre el lecho
> en su sagrado regazo,
> Hace el amor con él sobre su lecho.
> Y dice a Iddin-Dagan:
> 'Verdaderamente tú eres mi bien amado'».

---

[15] W. W. Hallo y J. Van Dijk: *The exaltation of Inanna,* New Haven/London, 1968 (ver ANET (3), pp. 579/582). Ver también los himnos y plegarias a Istar reunidos por R. labat, *Religions,* pp. 227/257, y M. J. Seux: *Hymes et Prières, passim.*

[16] S. N. Kramer: *The Sacred Marriage Rite,* Bloomington, 1969; *Le Mariage sacré* (tr. fr. J. Bottéro), París, 1983. Ver también: J. Renger, artículo «Heilige Hochzeit», RLA, IV, pp. 251/259. Principales textos en ANET (3), pp. 637/645; S. N. Kramer, HCS, pp. 156/167; T. Jacobsen: *The Treasures of Darkness,* pp. 25/47.

[17] D. Reisman: «Iddin-Dagsn's sacred marriage hymn», JCS, 25, 1973, pp. 185/202.

* Uno de los sobrenombres de Dumuzi.

Ilustración 7.ª: *«Escena de investidura» de Zimrilim, rey de Mari, por la diosa Istar, aquí con atuendo guerrero. Nótese a las dos diosas del «vaso que mana» en el nivel inferior. Pintura mural de palacio de Mari.*
Según A. Parrot, Mission Archéologique de Mari, II, *2, 1958.*

Una vez realizado el acto carnal, se permite la entrada del pueblo cargado de ofrendas, al igual que de los músicos. Entonces se sirve un banquete:

> «Amma-ushumgal-anna extiende su mano para comer y beber,
> El palacio está en fiestas, el rey está alegre.
> El pueblo pasa el día en la abundancia».

Sin embargo, las relaciones entre Inanna y Dumuzi no eran siempre tan tiernas y un célebre texto nos muestra a la diosa bajo una luz mucho menos favorable. Se trata del mito «*El descenso de Inanna (o Istar) a los Infiernos*», del que poseemos dos versiones, una sumeria y otra asiria [18]. En la versión sumeria, la más pormenorizada, Innana desciende, efectivamente a lo que se llamaba «el país sin retorno», despojándose de un vestido o de una joya en cada una de las etapas, para arrancarle este dominio a su hermana Ereshkigal, la Perséfone sumeria. Derrotada, es ejecutada y luego resucitada con la ayuda de Enki, pero no se le autoriza a volver sobre la tierra más que si promete hallar un sustituto. Tras haber errado durante largo tiempo en búsqueda de una víctima potencial, elige por fin a su despreocupado esposo. Capturado inmediatamente por los demonios, Dumuzi desaparece y es llorado por su hermana Geshtinanna, diosa de la vid. Por último, conmovida por las lamentaciones de su esposo, Inanna decide que Dumuzi pasará la mitad del año bajo tierra y Geshtinanna la otra mitad.

El ritual del matrimonio sagrado, probablemente originario de Uruk, pero practicado también en otras ciudades, no parece haber sobrevivido a la caída de la dinastía de Isin (1794). Tras esta fecha, Dumuzi, llamado Tammuz por los semitas, cae al rango de una divinidad secundaria, vagamente asociada a los Infiernos. Se hablará de él como amante de Istar, pero mientras que ella brilla en el firmamento, en tanto que planeta Venus, él por el contrario no es más que la constelación de Orión. Un mes del verano lleva su nombre y continúa además llevándolo todavía en el mundo árabe. Pero he aquí que en los últimos siglos del primer milenio su culto renacerá, aunque esta vez en el oriente mediterráneo. Dios de la vegetación, más o menos asimilado a Osiris, se convertirá en el *adon*, el «señor», este Adonis cuya desaparición lloran las masas populares en Jerusalén, en Biblos, en Chipre, e incluso más adelante en Roma. Según una leyenda griega Perséfone y Afrodita se disputaban al bello jovenzuelo cuando Zeus intervino y decidió que de ahí en adelante él compartiría el año con las dos diosas [19]. De este modo el viejo mito sumerio del descenso de

---

[18] Versión sumeria en ANET (3), pp. 52/57; ver S. N. Kramer: *Sumerian Mythology*, pp. 83/96; HCS pp. 156/167. Versión asiria en ANET (3), pp. 106/109 y R. Labat: *Religions*, pp. 258/265. Acerca de las lamentaciones en el culto sumerio de Dumuzi: T. Jacobsen: *Op. cit.*, pp. 47/63.

[19] R. Graves: *The Greek Myths*, Hardmondsworth, 1955, i, p. 70; H. Ringgren: *Religions of the Ancient Near East*, p. 136.

Inanna a los Infiernos no caerá en el olvido. Por caminos que conocemos muy mal alcanzó, como tantos otros mitos y leyendas mesopotámicas, las costas del mar Egeo.

LEYENDAS DE LA CREACIÓN

Los Mesopotamios eran incapaces de concebir el universo al margen de la imagen del mundo que contemplaban a su alrededor: un cielo inmenso, una enorme llanura y mucha agua. Para ellos la tierra *(ki)* era un disco plano que flotaba sobre el agua dulce *(abzu, apsû),* y que estaba rodeado por un gran Océano cerrado por un anillo de montañas. Todo el conjunto se hallaba contenido en una esfera, cuya mitad superior formaba el cielo *(an),* sólida bóveda de broncíneo color en la que se movían los astros, y la mitad inferior, invisible y misteriosa, el mundo subterráneo, los Infiernos *(kur).* A su vez esta esfera estaba en suspensión en un «mar primordial», eterno e ilimitado.

A la gran pregunta en torno a los orígenes del mundo y el hombre, los mesopotamios fueron dando respuestas que iban variando según las tradiciones locales, las épocas y el público al que iban dirigidas. Había cosmogonías populares muy simplificadas como la que figura al comienzo de un encantamiento contra el «gusano» responsable de los dolores de muelas: Anu había creado el cielo, el cielo había creado la tierra, y la tierra los ríos, los ríos los canales, los canales el lodazal, y el lodazal el gusano [20]. Otra leyenda, más seria, ya que forma parte de un ritual, indica que Anu había creado al cielo y Ea (Enki), el *apsû,* su morada [21]. Un tercera narración, proviniente de Sippar y de época muy tardía, muestra al dios Marduk construyendo una balsa en la superficie de las aguas y recubriéndola de polvo para formar la tierra, de la misma forma en la que los habitantes del Iraq actual construyen las islas artificiales sobre las que construyen a veces su chozas de cañas [22]. Sin embargo, la tradición «oficial» mejor establecida, la que había prevalecido y se había perpetuado bajo modos diversos hasta la extinción de la civilización mesopotámica, e incluso más allá de ella, tiene, como de costumbre, origen sumerio.

A decir verdad, todavía no se ha encontrado ningún mito sumerio relativo a la creación del cosmos, pero reuniendo los datos dispersos en muchos textos el eminente sumerólogo S. N. Kramer consiguió reconstruir el siguiente esquema [23]: el mar primordial, personificado

---

[20] A. Heidel: *The Babylonian Genesis,* Chicago, 1954, 2.ª ed. pp. 72/73; P. Garelli: *Sources Orientales: la naissance du monde,* París, 1959, pp. 150/151; ANET (3), pp. 100/101; R. Labat, *Religions,* p. 78.

[21] Ritual de los sacerdotes *kalû:* F. ThureauDangin: *Rituels akkadiens,* París, 1920, pp. 44/47; ANET (3), p. 341; R. Labat, *Religions,* pp. 76/77.

[22] A. Heidel: *Babylonian Genesis,* pp. 60/63; R. Labat: *Religions,* pp. 74/76.

[23] S. N. Kramer: *Sumerian Mythology,* pp. 30/41, *The Sumerians,* pp. 112/113; HCS pp. 101/103.

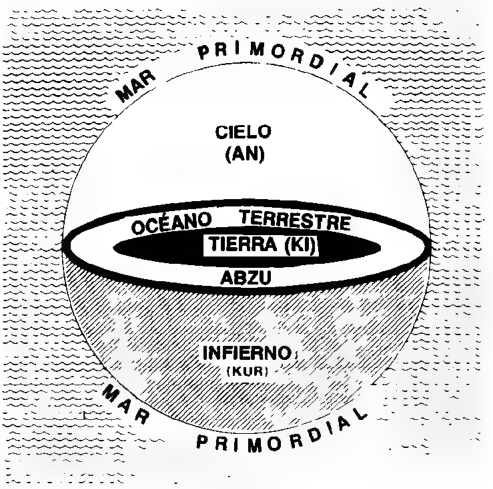


Ilustración 8.ª: Esquema de la representación sumeria del mundo S. N. Kramer: La historia comienza en Sumer.

por la diosa Nammu, dio nacimiento al cielo (An) y a la tierra (Ki), estrechamente unidos en una «montaña cósmica». De la unión de An y Ki nacieron los grandes dioses, los Annunaki, y sobre todo Enlil. Enlil separó el cielo y la tierra, y luego se «llevó» a esta última, mientras An se «llevaba» al cielo. Esta idea de que el mar es el elemento primordial y de que el universo nació de su separación por parte de un tercero, a partir del estallido de sus propios componentes —en cierto modo a partir de un «big-bang»— fue adoptada por los babilonios y los asirios y es la clave de la leyenda más completa y más detallada de todas las que poseemos: la gran epopeya cósmica, a la que se suele dar como título (tal y como hacían los mesopotamios para designar las obras literarias) las primeras palabras que abren la narración *enuma elish:* «Cuando en lo alto...».

Se trata de un largo poema en siete tablillas, probablemente redactado en Babilonia bajo el reinado de Nabucodonosor I (1124-1103), pero del que no poseemos más que ejemplares que datan del primer milenio [24]. El papel principal está representado por Marduk, pero en una versión asiria el nombre de este dios fue reemplazado por el de Ashur. Quizás Marduk también hubiese reemplazado a Enlil, el demiurgo más probable en otra versión babilonia antigua todavía hipotética.

---

[24] R. Labat: *Le poeme babylonien de la Création,* París, 1935; *Religions,* pp. 36/70, de donde hemos tomado nuestras citas; A. Heidel: *Op. cit.* ANET (3), pp. 60/72; pp. 501/503; J. M. Seux en J. Briend (Ed.). *La création du monde et del'hommne d'après les textes du Proche-Orient,* París, 1981, pp. 7/40; W. G. Lambert, artículo «Kosmologie», RLA, VI, pp. 218/222. Ver también el comentario de J. Bottéro en el *Annuaire,* 1975, pp. 77/126.

El autor del poema parece haberse inspirado en un espectáculo típico del sur mesopotámico que todavía se puede contemplar en la actualidad, colocándose al alba de un día de verano sobre la costa iraquí del Golfo Pérsico, en la desembocadura del Chat el Arab. Una espesa bruma oculta el horizonte, grandes charcos de agua dulce que se filtran del suelo empapado se mezclan con las aguas del río y el mar. Playas de limo se extienden hasta el infinito, sólo algunos girones son visibles instantáneamente. El mar, el río, la tierra y el cielo se confunden en un inmenso caos líquido. Y así es como comienza la narración, en el momento en el que todavía nada había sido nombrado —es decir «creado», porque para los mesopotamios no podía existir nada que no tuviese un nombre y cuando el agua dulce *(Apsû)* y el mar *(Tiamat)* todavía formaban un sólo y único elemento:

> *«enuma elish la nabû shamamu...*
> Cuando en lo alto el cielo no había sido todavía nombrado,
> Cuando en lo bajo la Tierra todavía no tenía nombre,
> (Y) la engendradora Tiamat, que los dará a luz a todos,
> Todos ellos mezclaban sus aguas en uno solo,
> Cuando los pastos no estaban aglomerados ni eran visibles los canales,
> Mientras no habían aparecido los dioses,
> Y ninguno tenía un nombre ni estaba provisto de un destino,
> Los dioses fueron creados de su seno...»

En el paisaje que acabamos de describir zonas de aluviones van emergiendo poco a poco de la bruma a medida que el sol se levanta y la disipa, luego aparece una línea nítida que separa a las aguas marinas de las terrestres. De este modo los primeros que emergen del caos cósmico, Lahmu y Lahamu, personifican el aluvión [25] y van seguidos por Anshar y Kishar, que son los horizontes del cielo y la tierra. Anshar y Kishar se unen para engendrar a Anu, quien engendra a Ea. Luego nacerán otros dioses, pero no se nos dice nada de ellos, sino que son turbulentos y ruidosos y «perturban el seno de Tiamat». Tiamat, Apsû y su lugarteniente Mummu deciden destruirlos, pero Ea, amigo de los dioses, al igual que lo es del hombre, hace fracasar el complot. Lanza sobre Mummu una especie de parálisis, duerme a Apsû, lo encadena y se apodera de su corona, y luego lo mata. Se retira luego a su morada, construida sobre los abismos del *apsû,* y, junto con su esposa Damkina, engendra a un hijo, Marduk, dotado de notables cualidades:

> «Espléndida era su naturaleza, resplandeciente su rostro...
> Inconcebiblemente maravillosas eran sus dimensiones,
> ¡Imposibles de pensar, difíciles de imaginar!
> Cuatro eran sus ojos y cuatro sus orejas.

[25] T. Jacobsen: *The Treasures of the Darkness*, p. 256, n. 332.

Cuando movía sus labios el fuego llameaba.
Su facultad de comprensión se había multiplicado por cuatro,
Y sus ojos, del mismo modo, veían la totalidad de las cosas.
Exhaltado entre los dioses, superior era su talla,
Sus miembros eran gigantescos...»

Pero Tiamat siempre estará viva y continuará siendo libre. Loca de furia por la muerte de Apsû, declara la guerra a los dioses. Crea las serpientes gigantes «de agudos dientes, de inclementes mandíbulas, con el cuerpo lleno de veneno en lugar de sangre...», los dragones salvajes, los grandes leones, los perros espumeantes y los demonios tempestad, y puso a uno de sus hijos, Kingu, a la cabeza de este ejército de pesadilla. Informados por Ea de lo que se avencina, los dioses están aterrorizados. Anshar «se golpea el muslo y se muerde el labio», y declara que es preciso derrotar a Tiamat. Ea, y luego Anu se acercan al enemigo, pero retroceden espantados. Los demás dioses se niegan a combatir, todos excepto Marduk, que, presionado por su padre, acepta, pero con una condición: que se reúna la Corte en Consejo, la divina asamblea, que le proclame su líder y le confíe la labor de «proclamar los destinos», que sus órdenes no sean modificadas ni revocadas. Tras un festín, en el que «beben la cerveza dulce y amarga», ligeramente alegres, «lánguidos y alegres», dan el cetro a Marduk, el trono y la insignia de su realeza «sobre el conjunto del universo».

Marduk elige sus armas: el arco, el rayo, la red, los vientos y los huracanes. Se reviste de una «temible coraza», se toca de una corona «que irradia el terror», y montado sobre su carro-tempestad, va a desafiar a Tiamat en combate singular. Arroja su red sobre ella, y como abre la boca para gritar, precipita los vientos en sus entrañas, y luego atraviesa su corazón con una flecha y le rompe el cráneo con su maza. Inmediatamente el ejército de monstruos se retira y su jefe Kingu es capturado. Marduk parte entonces el cadáver de Tiamat «como un pez seco», una de sus mitades tapizará el cielo y la otra sostendrá la tierra. Y he aquí como se creó el mundo tal y como se nos presenta. Sobre la nueva bóveda celeste,fijó el camino del sol, la luna y las estrellas. Sobre la cabeza y los pechos de Tiamat apiló las montañas, y de sus cuencas vacías hizo manar el Tigris y el Éufrates. De su «baba» hizo nacer la nieve y la lluvia. Luego, tras asignar a cada dios su labor y después de amnistiar a los que se habían rebelado, decidió «crear una bella obra» y confió su proyecto a Ea:

«Haré un haz de sangre, una osamenta.
¡Y alzaré un ser humano, cuyo nombre será Hombre!
Quiero crear a este ser humano, a este hombre,
Para que, encargado del servicio de los dioses,
éstos puedan estar en paz.»

Por consejo de Ea, se trajo a Kingu atado, se le juzgó, se le reco-

noció culpable de haber fomentado la revuelta y se le cortó la garganta:

«De su sangre Ea creó a la humanidad,
Le impuso el servicio de los dioses...»

Para recompensar a Marduk por sus hazañas los dioses cogieron el ladrillo y la paleta por última vez y construyeron su templo en Babilonia, el Esagil. Luego, reunidos de nuevo en un banquete, «proclamaron sus cincuenta nombres», los cincuenta gloriosos epítetos que servirán para nombrarlo.

El final de este gran poema consistía pues, evidentemente, en cantar la gloria de Marduk y en justificar por su elección, su victoria y sus actos de creador el lugar que ocupaba en la cúspide del panteón. Pero bajo este tema central se deslizan muchos conceptos que trascienden la simple apología. Así es como la lucha de generaciones — este fenómeno que creíamos nuevo— se halla ilustrada por esos dioses jóvenes y turbulentos que alteran la tranquilidad de las viejas divinidades, pero que serán dioses activos y benéficos. La creación del cosmos está descrita, no como un acto gratuito y espontáneo de un dios todopoderoso, sino como el resultado de un colosal combate, como la victoria del Orden sobre el Caos, del Bien sobre el Mal. Todo el poema se halla además impregnado por una gran violencia, que quizás sea un reflejo de la convulsa época en la que fue compuesto. Mientras que la mayor parte de los mitos de la creación nos muestran al primer hombre nacido de una pareja divina o modelado en la arcilla por un dios o una diosa [26], dos grandes narraciones babilónicas exigen que intervenga en el proceso la sangre de un dios. No sabemos quién era dios Wê, al que se degüella en el mito de Atrahasis (del que volveremos a hablar a propósito del diluvio), para que la diosa Mami mezcle su sangre con la arcilla, pero en el *enuma elish* Kingu es un dios malo, un rebelde, un criminal, y su sangre sòlo es utilizada para dar vida al hombre, como si se quisiese indicar que éste último es a la vez divino y demoníaco, fuerte y débil. Como dicen los sabios en un poema sumerio al que llamamos *El hombre y su dios* ninguna madre ha traído al mundo a un hijo destinado a permanecer sin pecado» [27].

---

[26] En la tradición sumeria la humanidad surge o bien «como las huerbas» de la Tierra fecundada por el cielo (J. Van Dijk, *Acta Orientalia,* 28, 1964, pp. 23/24), o bien es modelada en arcilla por una diosa (mito de «Enki y Ninmah»: S. N. Kramer: *Sumerian Mythology,* pp. 68/72; HCS, p. 126). Este último método de creación es el único conocido por la tradición babilonia.

[27] S. N. Kramer: «Man and his God», ANET (3), pp.. 589/591; *The Sumerians,* pp. 125/129.

Esta exhuberante y apasionante mitología, que apenas hemos esbozado, no debe hacernos olvidar el elemento básico de la religión mesopotamia: las relaciones entre el individuo y sus dioses y el impacto de lo divino sobre la vida cotidiana. No hay ninguna duda de que estas relaciones varían según se trate de reyes, de poderosos dignatarios, de sacerdotes o del común de los mortales, pero sería ir demasiado lejos el sostener, como se ha hecho, que el pueblo bajo y medio «vivía en un clima religioso muy tibio» y que no tenía contactos con la divinidad mas que a través de la mediación del clero, o como espectador en las grandes fiestas [28]. Los nombres teóforos de los mesopotámicos —nombres como *Ili-wedaku,* «dios mío, estoy solo», *Iremanni-ili* «dios mío ten piedad de mí», *Adallal-Sîn* «cantaré a Sin», y muchos otros— son frecuentemente auténticos lamentos espirituales que expresan el desasosiego, la súplica, el agradecimiento o la alegría para con éstos, y la piedad de los padres o de quienes los llevaban [29]. Además existen muchas otras pruebas de esta devoción popular, pruebas dispersas, de origen epigráfico y arqueológico, y que sería muy extenso desarrollar aquí. Además, es difícil concebir que la aristocracia y la clase sacerdotal hubiesen detentado el monopolio del pensamiento religioso, cuando la población en su totalidad, en estas épocas tan remotas, debía sentirse rodeada de fuerzas maléficas o benéricas muy poderosas, que ejercían una profunda influencia sobre sus actividades y a las que sería preciso neutralizar, apaciguar o llamar pidiendo auxilio. Sabemos que fuera de los templos había pequeñas capillas en las ciudades dedicadas a esos dioses menores, pero cercanos al pueblo menudo, por su propia naturaleza [30], y es sin duda hacia esos santuarios, a los que, llegado el caso, se dirigirían para rezar, por ejemplo, a Gula, diosa del parto, o a Endursag, protector de los viajeros y a colocar a sus pies una modesta ofrenda de harina y dátiles. Aunque ningún texto lo diga expresamente, debemos pensar que el campesino o el pastor mesopotámicos también debieron haber orado a Ashnan, dios de la tempestad, o a Shumuqan, dios del ganado, en el mismo lugar de su trabajo. ¿No hemos visto al granjero modelo sumerio pedir a Ninkilim que aleje de su campo a los animales y a los pájaros?

A nivel general, la actitud de los mesopotámicos hacia sus dioses recuerda a la de los sirvientes hacia sus buenos amos, mezcla de sumisión y temor, pero también de respeto, admiración y confianza. Si la liturgia ordinaria de los dioses, el cumplimiento de múltiples y com-

[28] A. L. Oppenheim, *Ancient Mesopotamia,* pp. 176 y 182.

[29] M. J. Seux: *Hymnes et Prières,* pp. 13/14. Nomnres teóforos sumerios en H. Limet: *L'anthroponimie sumérienne dans les documents de la Troisième Dynastie de Ur,* París, 1968.

[30] Sir Leonard Woolley y P.R.S. Moorey: *Ur of the Chaldees,* (3), London, 1982, pp. 208/212.

plejos rituales y la celebración de las grandes fiestas estacionales, continuaban siendo patrimonio de los sacerdotes, también es cierto que todo el mundo, desde el monarca hasta el más humilde los súbditos, tenían el deber de obedecer a los dioses, de seguir escrupulosamente sus prescripciones y de respetar las innumerables reglas y tabúes que marcaban el compás de los días. Transgredir esas leyes no solo sería una locura, sino también un pecado, y todo pecado, aunque sea involuntario (como rozarse con un malhechor, sentarse sobre la silla de una embrujada o tocar a una mujer con las manos sucias) podía ser castigado con la ruina, la enfermedad o la muerte, castigos todos ellos decretados o permitidos por los dioses irritados, y ejecutados por alguno de los múltiples demonios ocultos en la sombra y siempre dispuestos a asaltar a su víctima. Sin embargo sería un error reducir la religión mesopotámica a un mero formalismo repetitivo y monótono, cuando numerosas plegarias, escritas por los sacerdotes y recitadas por ellos a petición de quien tuviese necesidad de la ayuda divina, dan testimonio de un auténtico fervor, e incluso, a veces de una emoción sincera:

> «Me dirijo hacia tí, dios mío, he venido ante tu presencia. Te he buscado, dios mío, me he arrodillado a tus pies, acoge mi súplica...[31]».

o todavía:

> «Bienaventuradas estrellas de los cielos, bienaventuradas estrellas de la tierra...
> Numerosas son las gentes del pueblo,
> El oprimido y el opresor, el que carece de poder, el que carece de poder.
> Que cada día os siguen sin cesar.
> Porque sabéis hacer este gesto de bondad,
> Os llamo y me dirijo hacia vosotras...[32]».

Ofrendas, libaciones, sacrificios, alabanzas no eran todo lo que los dioses exigían de los seres humanos. Sus favores se dirigían preferentemente a aquellos que llevasen una vida ejemplar, a quienes eran buenos esposos, buenos padres, buenos hijos, buenos vecinos, buenos ciudadanos, y que practicaban las virtudes que por aquel entonces eran tan apreciadas como en la actualidad: benevolencia, compasión, rectitud y sinceridad, justicia, respeto a las leyes y al orden establecido.«Cada día rinde homenaje a tu dios», dice un padre a su hijo (o un maestro a su discípulo) en los admirables *Consejos sapienciales*[33], pero también:

---

[31] Oración al «dios personal», M. J. Seux: *Op. cit.* pp. 205/206.

[32] Oración al «dios de la noche», *ibíd.*, p. 247.

[33] W. G. Lambert: *Babylonian Wisdom Literature,* Oxford, 1960, pp. 96/107; R. Labat, *Religions,* pp. 346/349.

«A quien te ha hecho el mal, devuélvele el bien a cambio,
Sé justo para quien sea malo contigo...
No desprecies a los que sufren...
Haz gestos amables y rinde todos los días servicio...
No calumnies, di siempre buenas palabras,
No tengas malas intenciones, no tengas más que palabras de bondad...»

En recompensa por su piedad y su buena conducta los dioses daban a los hombres ayuda y protección: les aseguraban una posición social respetable, la prosperidad, hijos numerosos, buena salud, una larga vida y todas esas cosas con las que muchos de nosotros nos conformaríamos, y que los mesopotámicos, gentes prácticas, apreciaban vivamente.

Su esperanza más anhelada parece haber sido el poder alcanzar una avanzada edad, pero los dioses ya habían fijado por anticipado la fecha de su muerte, el momento en el que debían, como ellos decían, «ir a su destino», y era preciso resignarse a esta muerte inlectable:

«Sólo los dioses viven para siempre bajo el sol.
En cuanto al hombre, sus días están contados.
Haga lo que haga no es más que viento [34]».

¿Qué ocurría después de la muerte? Millares de tumbas provistas de un mobiliario funerario más o menos rico dan testimonio de la existencia de una creencia universal en la otra vida, y el difunto, acompañado de los vasos y los objetos que le eran queridos, era regularmente evocado, alimentado y refrescado por su familia. Enterrar a los muertos y rendirles culto era un deber al que nadie podía sustraerse bajo pena de que su espectro errase indefinidamente sobre la tierra, atormentando a los vivos. Pero los pocos detalles que se pueden extraer de una decena de textos acerca del tipo de «espíritu» de los difuntos son demasiado vagos y frecuentemente contradictorios [35]. «El país sin retorno», el Gran allá abajo, el *arallu,* era un inmenso espacio subterráneo que a veces se situaba hacia Occidente y que contenía una gran ciudad, rodeada por sus siete murallas. En el centro de esta «Gran ciudad» se alzaba un palacio de lapislázuli, en cuyo trono se sentaban Ereshkigal, hermana de Inanna/Istar y su esposo Nergal, dios de la guerra y de las epidemias, rodeados por numerosas divinidades y por un ejército de guardias. Para llegar a esta ciudad del difunto debía irse desvistiendo, recorrer un temible desierto y luego, al igual que en el Hades de los griegos, atravesar un río sobre la barca de un «barquero

[34] Gilgamesh, versión babilonia antigua, III, IV, 6-8: ANET (3), p. 79; R. Labat, *Religions,* p. 164.

[35] Sobre este tema ver J. Bottéro: «La mythologie de la mort en Mèsopotamie ancienne», en B. Alster (Ed.), *Death in Mesopotamia,* Copenhaguen, 1980, pp. 25/52.

infernal». Una vez llegado a las puertas del recinto, sufría, al parecer, un juicio, o para ser más exactos, era objeto de una decisión relativa a su admisión en el mundo de los muertos al que se iba para siempre, en compañía de los demás difuntos, a vivir una vida triste y miserable. Un mundo verdaderamente triste, un mundo de silencio y sombras:

> «Donde el polvo alimenta su hambre y su pan es la arcilla
> Donde no ven la luz, y donde permanecen en las tinieblas,
> Van vestidos, como las aves, con un traje de plumas.
> Sobre la puerta y el cerrojo se extiende el polvo [36]».

Sólo los reyes, quizás, rodeados por numerosos tesoros, podían comprar a los dioses de los infiernos una vida de ultratumba un poco menos lúgubre [37].

La muerte, es evidente, no era la única preocupación de los mesopotámicos. Como todos nosotros tenían su lote de enfermedades, reveses, y penas y a veces se preguntaban: ¿cómo es posible que todo esto ocurra si unos dioses teóricamente justos y benéficos gobiernan el mundo? ¿Cómo puede prevalecer el mal sobre el bien? Es cierto que muchas de estas desgracias podían ser atribuidas a algún «pecado», aunque fuese involuntario, pero también solía ocurrir que el hombre más irreprochable fuese castigado sin motivo aparente y que los dioses en consecuencia pareciesen actuar de un modo incomprensible. Un magnífico poema babilonio, titulado *ludlul bêl nemêqi,* «Quiero alabar al señor de la Sabiduría», y al que solemos llamar *el Justo sufriente* [38] nos retrata en términos muy incisivos los sentimientos de un hombre, antaño noble, rico y sano que bruscamente se encuentra arruinado, despreciado por todos y además afligido por enfermedades terribles y misteriosas. El dios Marduk termina por tener piedad de él y le devuelve la salud y la felicidad, pero nuestro Job babilonio aún tuvo tiempo de dudar de la sabiduría divina:

> ¿Quién puede saber lo que quieren los dioses del cielo?
> ¿Quién comprenderá lo que mascullan los dioses del infierno?
> ¿Cómo pueden conocer los habitantes de la tierra los designios divinos?
> Uno de ellos, ayer floreciente, agoniza hoy
> O, rápidamente entristecido, halla en un instante el entusiasmo
> En un abrir y cerrar de ojos, canta un aire alegre,

---

[36] Descenso de Istar a los Infiernos, líneas 8-11: ANET (3) p. 107; R. Labat, *Religions,* p. 259.

[37] S. N. Kramer: «The Death of Ur-Namu and his descent to the Netherworld», JCS, 21, 1967, pp. 104/122.

[38] W. G. Lambert: *Babylonian Wisdom Literature,* pp. 21/56; ANET (3), pp. 596/600; R. Labat, *Re-ligions,* pp. 328/341. Acerca del problema del mal en Mesopotamia ver el artículo de J. Bottéro en el *Dicctionnaire des mythologies* (Flammarion), II, París, 1981, pp. 56/64.

Pasa un instante, ¡y he aquí que está gimiendo como un plañidero! Esto es sobre lo que me pregunto sin ser capaz de comprender un profundo sentido [39]».

Privado de la esperanza de un Paraíso, destinado a un más allá siniestro, sometido a los caprichos de los dioses de impenetrables propósitos, corriendo en todo momento el peligro de cometer una falta que pueda atraer la cólera divina, y buscando por todos los medios conocer el futuro y topándose muchasd veces ante funestos presagios [40], el mesopotamico todavía tenía otros motivos para preocuparse, no de carácter individual, sino colectivo: guerras, epidemias, sin duda alguna, pero también los peligros inherentes a su medio ambiente.

La Naturaleza se halla en Mesopotamia sujeta a bruscos e imprevisibles cambios de humor. Los inviernos, en el Norte, pueden ser demasiado fríos o demasiado secos. Los húmedos vientos del este, favorables a la vegetación en el sur, pueden no llegar a soplar, o soplar demasiado poco tiempo. Una tempestad violenta, una fuerte tempestad de arena, una inundación mayor de lo previsto pueden devastar en algunas horas, sobre todo esta última, las cosechas y diezmar los ganados. Ante estas manifestaciones de fuerzas, para él sobrenaturales, el iraquí de antaño se hallaba despistado e impotente. Presa de la ansiedad, sentía que el orden de las cosas, tal y como había sido establecido por los dioses, estaba en peligro. Las decisiones divinas, dictadas en el momento de la creación, debían ser periódicamente reiteradas, sobre todo a comienzos de cada año, justo antes de este terrible verano oriental, en el que la naturaleza parece marchitarse bajo un sol implacable y en el que el futuro aparece lleno de incertidumbre. Lo único que podía hacer el hombre en ese momento crítico era provocar mediante actos mágicos nuevas decisiones de los dioses, hacer de modo que se comprometiesen a asegurar el renacimiento de la vegetación, la supervivencia del ganado y de la especie humana, la permanencia de un medio natural favorable, la ausencia de catástrofes naturales, la prosperidad del país y de sus habitantes. Tal era, sin duda alguna, el sentido profundo del matrimonio sagrado, y más tarde, del drama ritual que cada primavera se desarrollaba en muchas ciudades, y sobre todo en Babilonia, y en el que todo, inclusive el reino del soberano, era puesto en cuestión, y luego purificado y restaurado. Al fin de este *akîtu,* o Festival del Año Nuevo, cuya descrip-

[39] *Ludlul Bêl Nemeqi,* II, líneas 36-42, 48, traducción de J. Bottéro: «Le problème du mal en Mésopotamie ancienne: Prologue à un étude du «Juste Souffrant», *Recherches et Documents du centre Thomas Moore,* L'Arbreesle, 1977, p. 15.

[40] Sobre el amplio tema de la adivinación en Mesopotamia, que no podremos abordar aquí ver los artículos de J. Nougayrol, A. Falkestein, G. Dossin, A. Finet, C. J. Gadd, A. K. Grayson y A. L. Oppenheim en J. Nougayrol (Ed.): *La Divination en Mésopotamie ancienne et dans les regions voisines,* París, 1968, así como A. Caquot y M. Leibovici: *La Divination,* París, 1968 y sobre todo J. Bottéro: «Symptômes, Signes, Ecriture» en R. Guidieri (Ed.): *Divination et Rationalité,* París, 1974, pp. 70/196.

ción podrá verse más adelante (ver capítulo 24) la asamblea de los dioses reunidos en torno a Marduk «proclamaba los destinos», expresión que, en este contexto, transciende la propia suerte de los individuos y parece designar la naturaleza íntima, la existencia y el devenir de todas las cosas [41]. Entonces el rey podía volver de nuevo a su palacio, el mercader a su tienda, el artesano a su taller, y el pastor con su ganado y el campesino a su granja. Todos volvían a sentirse seguros. Durante todo un año los dioses de Sumer «volverían su benéfico rostro» hacia Mesopotamia [42].

[41] A. L. Oppenheim: *Ancient Mesopotamia,* pp. 201/206.

[42] Esta interpretación de la fiesta del Año Nuevo debe mucho a las ideas expresadas por T. Jacobsen y H. Frankfort en *The Intellectual Adventure of Ancient Man,* Chicago, 1977, 2.ª ed. (Hay traducción castellana: *El Pensamiento Prefilosófico,* I y II, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México).

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL TIEMPO DE LOS HÉROES

Si bien es cierto que los sumerios no carecían de teorías acerca de los orígenes del cosmos y del hombre, también lo es que fueron desgraciadamente mucho más discretos al tratar sus propios orígenes. En esto no fueron los únicos, puesto que se han podido rastrear en las literaturas de algunos pueblos alusiones a un hábitat, si no primitivo, sí al menos anterior a su hábitat clásico. Por no citar más que el ejemplo mejor conocido y más próximo a Sumer, los israelitas establecidos en Canaán se acordaban de que su antepasado Abraham había salido de Ur, y situaban el Paraíso Terrenal, el Jardín del Edén (palabra, por otra parte, derivada del sumerio *edin* «llanura», «campo») entre el Tigris y el Éufrates. Desgraciadamente los dos únicos textos sumerios que nos hablan de una Edad de Oro o de un Paraíso Terrenal no nos dicen nada acerca de una supuesta patria ancestral. El primero de ellos lo constituye un fragmento del poema épico *Emmerkar y el señor de Aratta,* del que volveremos a hablar. En él se hace una alusión a una lejana época en la que no existía todavía ningún animal peligroso y en la que «todos los pueblos al unísono rendían homenaje a Enlil en una sola lengua». Esta maravillosa unidad se acabó cuando Enki, celoso de Enlil, suscitó rivalidades que culminaron en la confusión de lenguas, tema que volveremos a encontrar en el relato bíblico de la Torre de Babel [1].

El segundo de estos textos es el comienzo de un mito que tiene por escenario Dilmun (la isla de Bahrain y sus regiones vecinas) y como protagonistas al dios Enki y a la diosa Ninhursag [2]. En resumen, se ve a Enki volver fértil a Dilmun, haciendo brotar fuentes de agua dulce y a Ninhursag crear a las divinidades curadoras, como Enshag, quien,

[1] S. N. Kramer: «The Babeel of tongues: a sumerian version», en W. W. Hallo (ed) *Essays in Memory of E. A. Speiser,* New Haven, 1968, pp. 108/111.

[2] S. N. Kramer: «Enki and Ninhursag: a Paradise Myth», ANET (3), pp. 37/41. Acerca de los puntos de contacto con el paraíso bíblico ver: HCS, pp. 168/173.

bajo la forma de Inzak, figura en las inscripciones halladas en Bahrain y cerca de Kuwait como dios titular de esta parte del Golfo Pérsico. Pero las primeras líneas del mito pintan a Dilmun como un país limpio, puro y «radiante», en el que se desconocen la vejez, la enfermedad y la muerte, como un país en el que:

> «El cuervo no grazna
> El ave *ittidu* no lanza el grito del ave *ittidu,*
> El león no mata,
> El lobo no se apodera del cordero,
> Desconocido es también el perro salvaje, devorador de cabritos.»

¿Quiere ello decir que los sumerios eran originarios de este país de ensueño, o que al menos habían pasado por él? Nada está menos claro y el resto del mito no lo sugiere así en modo alguno. Estaríamos más tentados a ver en este país una referencia al Levante, tradicional «país de los vivos», por oposición al Poniente, «país de los muertos» combinado con una influencia teológica de los sumarios sobre Dilmun, lugar con el que mantenían florecientes relaciones comerciales en la época en la que se redactó este texto.

A decir verdad los sumerios consideraban su propio país como el centro del mundo y se consideraban a sí mismos como los descendientes directos del primer ser humano. Utilizaban el mismo ideograma para *kalam,* el «país de (Sumer)» y *uku* «el pueblo de (Sumer)». Es significativo que el otro ideograma para designar «país», *kur* represente y designe la montaña y no fuese utilizado más que para designar a los países extranjeros. Evidentemente se identificaban con los más antiguos habitantes de la Baja Mesopotamia y no carece de interés el examinar cómo se imaginaron su «prehistoria».

De «Adán» al Diluvio

Hemos visto cómo los sumerios, seguidos en ello por los babilonios, creían por lo general que el primer hombre había sido modelado en arcilla, al igual que en el Génesis, y se puede deducir del mito de *Enki* y *Ninmah*[3] (ver página 127) y del poema de *Atrahasis*, en los que muchos seres humanos de ambos sexos son creados de este modo, que lo mismo ocurrió con la primera mujer. Pero hasta el momento la literatura sumeria no nos ofrece nada comparable al relato bíblico del Paraíso perdido y el único documento mesopotámico que tiene algunas analogías con éste es una leyenda babilonia compuesta, al parecer, hacia mediados del segundo milenio: la leyenda de Adapa[4].

---

[3] S. N. Kramer: *Sumerian Mythology,* pp. 68/72; *The Sumerians,* pp. 149/151; HCS, pp. 126/127.

[4] ANET (3), pp. 101/103; R. Labat, *Religions,* pp. 287/294; S. A. Picchioni, *Il Poemetto di Adapa,* Budapest, 1981.

Creado por Ea (Enki) como «modelo de los hombres» y considerado como uno de los Siete Sabios, Adapa era sacerdote del templo de Eridu, en el que su función consistía en proveer de alimento a su creador y amo. Un día, cuando pescaba en el mar, el viento del sur, el *shuttu,* se desencadenó con una fuerza tal que su barca zozobró y él estuvo a punto de ahogarse. Enfurecido, profirió una maldición, cuyo efecto más inmediato consistió en quebrar las alas del *shuttu,* que desde entonces no volvió a soplar más sobre su país. Pero es que se da el caso que este viento del sur (o más exactamente del sureste) es de una capital importancia para el Iraq meridional: cálido y húmedo, es el único que trae algunas lluvias en invierno y que en verano hacer madurar los dátiles, principal cultivo de esta región [5]. Esta fue la razón por la que, cuando el gran dios Anu se enteró de lo que había hecho Adapa, fue presa de una enorme cólera y le ordenó que compareciese ante él. Pero Ea acudió en ayuda de su servidor. Le explicó que a su llegada al cielo, a la «puerta de Anu» se encontraría con los dioses de la vegetación, Dumuzi y Ningishzida, a los que su desconsiderado gesto había «matado» indirectamente. Pero si revestía un traje de luto y manifestaba su arrepentimiento, estas divinidades quedarían apaciguadas, le sonreirían, e incluso testificarían a su favor. Anu trataría entonces a Adapa, no como un criminal, sino como a su huésped. De acuerdo con la costumbre oriental, le ofrecería alimentos, vestidos y aceite para ungir su cuerpo. Sin embargo, añadió Ea:

«Cuando te ofrezcan el pan de muerte no lo comas.
Cuando te ofrezcan el agua de muerte, no la bebas.
No desprecies el consejo que te he dado.
¡Recuerda las palabras que te he dicho!».

Todo ocurrió tal y como Ea lo había predicho y todavía mejor, porque Anu, conmovido por el arrepentimiento de Adapa no le ofreció los alimentos de la muerte, sino el «pan de la vida» y el «agua de la vida». Pero, ¡he aquí! que Adapa siguió al pie de la letra los consejos de su amo y rechazó los regalos de Anu, que le habían convertido en inmortal. El veredicto del gran dios no se hizo esperar:

«¡Lleváoslo, y que se vuelva a la tierra!»

¿Ea se había equivocado, a pesar de su proverbial sabiduría, o había mentido deliberadamente a su servidor por una razón incomprensible? La historia no dice nada y es muy difícil pronunciarse a este respecto. Sea como fuere, Adapa, por su ciega obediencia había perdido el derecho de acceder a la inmortalidad, del mismo modo que

[5] G. Roux: «Adapa, le vent et l'eau», RA, 55, 1961, pp. 13/33. Entre los comentarios más recientes sobre el mito citemos: P. Xella: «L'inganno di Ea nel mito di Adapa», *Oriens Antiquus,* 13, 1973, pp. 257/266; G. Buccelati»: Adapa, Genesis and the notion of faìth», *Ugarit Forschungen;* 5, 1973, pp. 61/66.

Adán lo perdió por su desobediencia. En ambos casos es el propio hombre quien se condena a muerte.

Un texto mucho más antiguo, uno de esos agones verbales con los que disfrutaban los sumerios, opone a Ashnan, diosa del grano, a Lahar, diosa del ganado, o en otros términos al campesino y al pastor, y es Ashnan quien gana [6]. Pero incluso si, forzando mucho las cosas, se quisiese ver en Adapa a un Adán babilonio y en estas dos diosas los equivalentes de Caín y Abel, el paralelismo bíblico ya no podría ir más lejos. Ni los sumerios ni los babilonios cultivaron esa pasión por las genealogías que caracteriza a los semitas nómadas, que se halla en la tradición árabe, y que se expresa en el Antiguo Testamento en la interminable lista de descendientes de Adán y Eva. Ellos consideraron su historia desde un punto de vista totalmente diferente. Los dioses habían creado a los hombres para servirles, fijando incluso los pormenores de este servicio, y «regulando perfectamente los ritos». Pero la humanidad no era más que un inmenso ganado, una multitud que precisaba de guías, de pastores, de reyes-sacerdotes elegidos por ellos para aplicar las leyes divinas, y estos jefes eran los únicos que contaban. En tiempos muy remotos por lo tanto, «la altiva tiara y el trono de la realeza» habían descendido del cielo, y desde entonces una serie de reyes guiaba los destinos de Sumer en nombre de los dioses y para su mayor gloria. De este modo se justificaba teóricamente una monarquía de derecho divino, que prevaleció en el Iraq antiguo desde comienzos a finales de su historia.

Sin embargo algunos investigadores han expresado la opinión de que el sistema político de los sumerios debió haber sido en sus orígenes lo que ellos llaman una «democracia primitiva». La monarquía no habría aparecido más que relativamente tarde en el transcurso de su protohistoria, cuando los jefes militares, antes elegidos por la asamblea de ciudadanos para breves períodos de crisis, se apoderaron del poder y lo usurparon. Esta teoría, desarrollada por un brillante sumerólogo en dos trabajos notables [7], se basa fundamentalmente en el carácter fuertemente antropomórfico de la religión mesopotámica (recordemos la elección de Marduk para combatir a Tiamat) y de un modo accesorio en la existencia de una supuesta «liga de Kengir (Sumer)», muy mal documentada, en el tercer milenio. Es muy posible, pero enormemente hipotética y no se basa en ningún documento explícito. Es cierto que en todas las épocas hubo en Mesopotamia asambleas locales, y sobre todo «Consejos de ancianos», que desempeñaban un importante papel en la administración de cada aldea y ciudad. Pero estas asambleas *(ukkin)* parecen no haber desempeñado más que un pa-

[6] S. N. Kramer: *Sumerian Mythology,* pp. 72/73; *The Sumerians,* pp. 220/222; HCS, pp. 127/129.

[7] T. Jacobsen: «Primitive democracy in ancient Mesopotamia», JNES, 2, 1943, pp. 159/172; «Earley Political development in Mesopotamia», ZA, 2, 1957, pp. 91/140, retomado en W. L. Moran (Ed.). *Towards the Image of Tammuz,* Cambridge (Mass), 1970, pp. 132/156, pp. 366/396.

pel consultivo, aunque a veces hayan manifestado una cierta oposición hacia el poder real y sus representantes [8]. Apenas se puede hablar de «democracia» en el sentido estricto del término. Además no se puede encontrar en la literatura sumeria prueba alguna de que el gobierno supremo haya sido ejercido alguna vez por instituciones colegiadas. Por mucho que nos remontemos en el pasado siempre encontraremos soberanos que portan diversos títulos, pero que tienen siempre en común el no responder más que ante los dioses.

Por un afortunado azar, se da el caso de que poseemos una larga lista de reyes que teóricamente habrían reinado sobre todo el país de Sumer desde los orígenes de su monarquía hasta el siglo dieciocho antes de nuestra era: se trata de la célebre Lista Real Sumeria, establecida a partir de una quincena de tablillas diferentes, provinientes en su mayor parte de Nippur [9]. A pesar de sus imperfecciones, este documento es de un valor inestimable y nos será muy útil para pasar revista a un determinado número de leyendas que caracterizan lo que se ha venido en llamar la Edad heroica de Sumer.

Según la Lista Real Sumeria, la realeza «descendió del cielo» por vez primera en la ciudad de Eridu, curiosa indicación, si se tiene en cuenta que las excavaciones de Eridu nos han dado las huellas más antiguas de un establecimiento presumerio (ubaidiense) en la Mesopotamia meridional. Luego, tras la bagatela de unos 64.800 años, durante los cuales sólo dos soberanos reinaron en Eridu, la realeza fue transferida a Bad-tibira (tres reyes, uno de ellos llamado «Dumuzi el Pastor» para unos 108.000 años), de ahí pasó sucesivamente a Larak (un rey 28.800 años), a Sippar (un rey 21.000 años) y a Shuruppak (uno o dos reyes, según las fuentes, 18.600 años) [10]. Estas cifras, cuyo fin es sin duda alguna el señalar la gran antigüedad de estos acontecimientos, recuerdan, amplificándola todavía más, la increíble longevidad atribuida en la Biblia a Adán y a sus nueve primeros descendientes. Y he aquí que nos remite todavía más directamente a los primeros capítulos del Génesis, porque al sumar la totalidad de los años del reinado de estos ocho o nueve reyes en estas cinco ciudades (241.200 años) los redactores de la lista insertaron una insólita mención: *amá-úru ba-ùr* «el diluvio niveló (todo)». Esta pequeña frase nos obligará a abrir ahora un paréntesis y a asomarnos sobre un tema fascinante que ha hecho correr mucha tinta: el Diluvio Mesopotámico.

---

[8] Sobre este tema ver las comunicaciones a dos coloquios: *La Voix de l'opposition en Mésopotamie,* Bruselas, 1973 y *Les Pouvoirs locaux en Mésopotamie y dans les regions adjacentes,* Bruselas, 1980.

[9] *The Sumerian King List,* Chicago, 1939.

[10] Bad-tibira ha sido identificado en Tell Medain (o Medinah), cerca de Tello (V. E. Crawford, *Iraq,* 22, 1960, pp. 197/199). Larak quizás sea Tel el-Wilaya, en los alrededores de Kut el-Imara (*Sumer,* 15, 1959, p. 51). Shurrupak es Tell Fara, alrededor de 65 kms. al sureste de Diwaniyah, excavado por los alemanes en 1902-1903 (H. Heinrich y W. Andrae, *Fara,* Berlín, 1913) y por los americanos en 1931 (E. Schmidt, *Museum Journal,* 22, 1931, pp. 193/245). Para Sippar ver capítulo 12. nota 8.

El Diluvio mesopotámico

En 1872 un joven asiriólogo, George Smith, trabajaba en el British Museum, en donde reunía y colecionaba fragmentos de tablillas provinientes de la biblioteca de Asurbanipal de Nínive, cuando un día cayó en sus manos un texto que se parecía curiosamente al relato del Diluvio que se puede leer en el Génesis [11]. La tablilla que tenía entre sus manos no era más que un episodio de un largo poema épico, conocido bajo el título de *Epopeya de Gilgamesh* y que más adelante resumiremos. El héroe de esta epopeya, Gilgamesh, rey de Uruk parte en busca del secreto de la inmortalidad, cuando encuentra a un tal Utanapishtim, único hombre a quien los dioses concedieron la vida eterna. Utanapishtim aparece como hijo de Ubar-tutu, el único (o primer) rey de Shuruppak mencionado en la Lista Real Sumeria. Pero, he aquí, en resumen, lo que el inmortal le relevó con gran secreto.

En una época muy lejana, «cuando los dioses habitaban en Shuruppak», decidieron exterminar a la humanidad, ahogándola en una inmensa inundación. Pero Ea tuvo piedad de él y, hablándole a través de las paredes de su choza de cañas, le dio la orden de destruir su casa y construir un gran barco y embarcar a «todas las especies vivientes». Al día siguiente toda la población local se puso manos a la obra y pronto un enorme barco de siete puentes estaba listo para acogerlos junto con sus riquezas, su familia, sus obreros, y así como a los ganados y animales salvajes. Cuando el tiempo se hizo «temible por su aspecto» nuestro Noé babilonio entró en el arca y cerró la puerta. Entonces:

> «Con el primer resplandor del día
> Una nube negra se elevó por encima del horizonte»

anunciando la más terrible tempestad de viento, lluvia, rayos y truenos que jamás haya conocido el hombre. Los diques se rompieron, la tierra quedó sumida en las tinieblas, e incluso los propios dioses se asustaron y se refugiaron en el cielo de Anu:

> «Los dioses se agazaparon como los perros, puestos en cuclillas contra la muralla.
> Istar gritaba como una mujer de parto...
> ¿Cómo he podido hablar mal en la asamblea de los dioses,
> Cuando soy yo misma quien ha engendrado a mi pueblo?
> ¡Cómo el desove de los peces llena el mar!

Durante seis días y seis noches sopló el viento y la tempestad barrió la tierra. El séptimo día se calmaron los elementos, Utanapish-

[11] *Gilgamesh*, XI, 9/196. Sobre este tema en general ver A. Parrot: *Déluge et Arche de Noe*, Neuchatel, 1953, y E. Sollberger: *The Babylonian Legend of the Flood*, London, 1971, 3.ª ed.; J. Bottéro: «Le plus vieux récil du Déluge», *L'histoire*, 31, 1981, pp. 113/120.

tim abrió un portillo y también lloró: toda la humanidad se había convertido en arcilla, y del paisaje, tan liso como un plato, únicamente emergía el monte Nisir [12], en el que estaba depositada el arca. Dejó pasar una semana y soltó una paloma, que volvió, luego soltó una golondrina, que también volvió, y por último soltó un cuervo, que encontró donde posarse y ya no volvió. Utanapishtim salió entonces del arca, hizo una libación en la cumbre de la montaña y quemó como ofrendas cañas y maderas de cedro y mirto:

«Los dioses sintieron el olor,
Los dioses sintieron el dulce olor,
Se reunieron, como las moscas, en torno al sacrificante»

Si Istar se alegró, Enlil, que había decidido el diluvio, y cuyo plan acababa de fracasar, se puso furioso y se quejó a Ea. Pero Ea defendió tan bien su causa y la de los hombres que Enlil se conmovió. Entró en el arca y bendijo a Utanapishtim y a su esposa, y dijo:

«Hasta ahora Utanapishtim no era más que un hombre,
Pero de ahora en adelante, Utanapishtim y su mujer serán semejantes a nosotros, los dioses.
Utanapishtim residirá en la desembocadura de los ríos».

Puede uno imaginarse la emoción que suscitó en Inglaterra la publicación de esta tablilla, y después en el resto del mundo, porque las semejanzas con el relato bíblico son tan sorprendentes que puede darse por seguro que los redactores del Génesis debían conocer la narración mesopotámica. Además hay múltiples indicaciones de que para los asirios y los babilonios el diluvio fue un acontecimiento importante, que marcaba un hito en el alba de su historia [13]. Era pues lógico dirigirse a la arqueología y preguntarle si existían huellas materiales de un cataclismo de este género que hubiese afectado por lo menos a parte de Mesopotamia y hubiese sido capaz de dejar una impresión muy fuerte y duradera en el recuerdo de sus antiguos habitantes.

Hasta el momento los depósitos sedimentarios de origen fluvial que puedan dar testimonio de una inundación más amplia y de larga duración no se han hallado más que en tres yacimientos de Mesopotamia: Ur, Kish y Shuruppak [14]. La mitad de los catorce pozos de sondeo excavados en Ur contenían depósitos de este tipo. Los más importantes de ellos (de hasta 3,72 metros de espesor) eran también

[12] Identificado por lo general con Pir Omar Gudrun, pico de los Zagros que culmina a 2.612 metros sobre el valle del Zab inferior.

[13] Para las alusiones al diluvio en los diversos textos sumerios y acadios ver W. G. Lambert y A. R. Millard: *Atra-hasis, the Babylonian Story of the Flood*, Oxford, 1969, pp. 25/28.

[14] A. Falkestein: «Zur Flutschicht in Ur», BaM, 3, 1964, pp. 52/64; C. J. Gadd: «Noah's Flood reconsidered», *Iraq*, 26, 1964, pp. 62/82. Los depósitos hallados en Tello (Girsu) están mucho peor documentados.

los más profundos y se insertaban en el estrato cultural de El Ubaid, por lo que Sir Leonard Woolley, que dirigía las excavaciones de Ur, siempre pretendió ver en ellos las huellas del gran Diluvio bíblico. Los restantes depósitos, más pequeños, se situaban hacia mediados del período Dinástico Arcaico, o sea hacia el 2800-2600. Y es también al Dinástico Arcaico al que se remontan los tres depósitos descubiertos en Kish. Por último el de Shuruppak (Tell Fara) debe datarse a comienzos de este período, o sea alrededor del 2900. La existencia de estos niveles de aluviones plantea dificilísimos problemas de tipo geofísico [15], pero no hay duda alguna de que lo que sí demuestran es la existencia de unas inundaciones de una extensión limitada. Es notable, por ejemplo, que no se haya encontrado ningún «diluvio» en otros yacimientos, sino sólo en Eridu, situado tan sólo a unos 12 kms. de Ur, y que ha sido excavado hasta llegar al suelo virgen. Puede por lo tanto afirmarse que lo que la arqueología ha confirmado son las huellas de la existencia de inundaciones *locales,* ocurridas en épocas diferentes, pero no la realidad de un Diluvio que afectase a toda Mesopotamia. ¿Cómo explicar entonces este mito y la importancia del *amaru* sumerio (*Abûbu,* en acadio) en la tradición mesopotamia?

Desde el memorable descubrimiento de George Smith se han encontrado otros relatos mesopotámicos del diluvio [16]. Así es que existe una versión sumeria, desgraciadamente muy mutilada, en la que el héroe, que es Ziusudra, probablemente sería muy semejante a Utanapishtim [17]. En otra versión, redactada en acadio hacia el 1600, el superviviente del Diluvio es llamado Atrahasis el «Supersabio», sobrenombre que sin duda se aplica a Ziusudra/Utanapishtim [18]. Largo y relativamente bien conservado, *Atrahasis* —cuyo título en babilonio era *inuma ilû awîlum* «Cuando los dioses (eran como) el hombre»...— es de una importancia capital, porque nos revela la razón del Diluvio, de la que la *Epopeya de Gilgamesh* no nos dice ni una palabra, y nos va a revelar una de las claves de este misterio.

La narración comienza en el momento en el que los dioses están trabajando sobre la tierra y se quejan amargamente. Algunos incluso se rebelan y se ponen en huelga, quemando sus herramientas. Es entonces cuando Ea propone crear al hombre «para que haga el trabajo duro de los dioses». La respuesta fue un «sí» unánime. Se sacrifica

---

[15] R. L. Raikes: «The Physical evidence for Noah's Flood», *Iraq,* 28, 1966, pp. 52/63.

[16] A decir verdad, ya se conocía desde hacía mucho tiempo el relato transcrito al griego por Beroso, sacerdote babilonio del siglo segundo antes de J.C., en sus *Babyloniaca* (W. G. Lambert y A. R. Millard: *Atra-hasis,* pp. 134/137), pero como de esa obra no se poseen más que fragmentos transmitidos por los autores greco-latinos tardíos, no se la consideraba como una «fuente» babilonia auténtica.

[17] M. Civil: «The Sumerian Flood Story», en W. G. Lambert y A. R. Millard: *Atrahasis,* pp. 138/145. Nótese que Ziusudra significa «vida de largos días» y Utanapishtim, «Ha hallado la vida eterna». Se trata pues de sobrenombres, como Atrahasis.

[18] Además del texto publicado por Lambert y Millard en *Athrahasis* pp. 42/130, ver ANET (3) pp. 104/106; pp. 512/514 y R. Labat, *Religions,* pp. 26/36.

a un determinado dios Wê (quizás el promotor de la insurección) y con arcilla mezclada con su sangre la diosa Mami (alias Nintu) modela al primer hombre. Luego, otras divinidades generadoras fabrican siete hombres y siete mujeres y miman un parto; pero, ¡he aquí!:

«No habían pasado todavía doscientos años
Cuando el país se extendió y multiplicó su población.
La tierra mugía como un toro...»

y este clamor (quizás de rebelión) no dejaba dormir a Enlil. Para reducir al silencio a esta chillona calaña los dioses desencadenaron una epidemia y luego una gran sequía, pero en vano: los seres humanos no dejaban de multiplicarse, e incluso llegaron a estar a punto de devorar a sus propios hijos. Los dioses decidieron entonces pegar más fuerte y provocaron el diluvio, no sabiendo que Ea había advertido a su amigo el Supersabio, que conseguiría salvarse.

La descripción del diluvio en el *Atrahasis* parece muy semejante a la que hemos dado anteriormente, pero está interrumpida por una desgraciada rotura de la tablilla. Sin embargo es el final del poema lo que debe atraer nuestra atención, porque Ea aparece como un precursor de Malthus, preconizando la esterilidad, la mortalidad infantil y el celibato para luchar contra la superpoblación. En efecto, dice a Mami/Nintu:

«Oh, diosa del nacimiento, creadora de los destinos...
Que haya entre las gentes mujeres estériles y mujeres fértiles,
Que haya entre las gentes un demonio *pashittu,*
Que arranque al bebé de las rodillas de su madre.
Establecidas las sacerdotisas *ugbabtu,* las sacerdotisas *entu* y las sacerdotisas *igisitu**
Serán tabú, y de este modo se reducirán los nacimientos».

De este modo el diluvio habría sido utilizado por los dioses como el último recurso para poner fin a una «explosión demográfica» [19]. Se trataba de la «solución final» mediante un medio que debía venir a la mente de los mesopotamios lógicamente cuando se ven los temporales que en esta parte del mundo provocan una gran inundación, ya sea debida al desbordamiento de los ríos o a unas lluvias intensas. ¿Por qué buscar entonces en el fondo de los tells un cataclismo muy improbable, cuando la mera imaginación basta para elevar a escala planetaria un fenómeno natural impresionante y relativamente frecuente? [20].

---

* Se trata de categorías de sacerdotisas de clausura, destinadas al celibato.

[19] Esta idea, desarrollada por A. D. Kilmer: «The Mesopotamian Concpet of over population and its solution reflected in mythology», *Orientalis,* 41, 1972, pp. 160/177 había ya sido evocado por J. Bottéro en *Annuaire,* 1967-1968, pp. 83/84. Se trata, quede claro, de una superpoblación en relación con los recursos locales.

[20] Las leyendas del diluvio, en la medida en que no han sido influenciadas por el mito babilonio o el proselitismo cristiano, tal y como se las encuentra en otros países,

No obstante sigue existiendo el problema del Diluvio mencionado en la Lista Real Sumeria, que es un fenómeno muy preciso, localizado en el tiempo y considerado por los mesopotámicos como histórico. ¿Por qué aparece en ella y qué significa? Es cierto que la palabra «diluvio» puede tomarse en sentido figurado y aplicarse en este caso, por ejemplo, a la masiva invasión de Sumer por parte de los semitas acadios [21], pero lo que sabemos acerca de las relaciones entre sumerios y acadios hace muy improbable esta hipótesis. Por el contrario, no deja de ser sorprendente la coincidencia de estos cuatro datos incontestables:

1.° en la Lista el Diluvio marca el final de la supremacía de Shuruppak sobre el conjunto de las ciudades-Estado sumerias;
2.° el héroe de las tres versiones conocidas del Diluvio mesopotámico es un rey o príncipe de Shuruppak;
3.° se ha hallado en Shuruppak (Tell Fara) huellas de una importante inundación de comienzos del período Dinástico Arcaico, y
4.° por último Shuruppak en el tercer milenio era un gran centro cultural, como lo atestigua la colección de tablillas de Fara, bien conocida por los sumerólogos.

No es pues irracional formular la hipótesis de que hubo una inundación catastrófica en Shuruppak, hacia el 2900, y que quizás coincidiese con una derrota militar que le hiciese perder su supremacía, y que la conjunción excepcional de estos dos desastres (atribuidos sin duda alguna a la cólera divina) fue registrada por los escribas locales y sumada más tarde, junto con la lista de Shuruppak, a la Lista Real Sumeria.

Quizás incluso se pueda ir más lejos, siguiendo esta hipótesis. Por poco que Shuruppak, muy extensa en esta época [22], hubiese estado superpoblada y hambrienta en el momento de esta catástrofe, los sacerdotes de esta ciudad tenían a mano todos los ingredientes para construir el prototipo de relato didáctico que podemos leer en el *Atrahasis*. El Diluvio-acontecimiento y el Diluvio-mito se unirían entonces. Pero de entre ambos, es el mito quien, como su héroe, se convirtió en eterno. Transmitido a la tradición hebrea, y luego a la judeocristiana, sin duda no cesará jamás de apasionarnos y de excitar nuestra curiosidad.

---

podrían explicarse de un modo análogo (Ver: G. Contenau: *Le deluge Babylonien*, París, 1952, 2.ª ed., pp. 112/114 y E. Sollberger: *Op. cit.*, p. 9.

[21] W. W. Hallo y W. K. Simpson: *The Ancient Near East*. A Kistory, New York, 1971, p. 36.

[22] Según un «survey» presentado por Mrs. H. Martin al XXIX Recontre assyriologique internationale (Londres, 1982), Shuruppak habría alcanzado su máxima expansión (alrededor de 100 hectáreas) durante el período Dinástico Arcaico *(Iraq*, 45, 1983, p. 24/31).

«Tras el Diluvio (todo) quedo nivelado», dice la Lista Real Sumeria, «cuando la realeza descendió (de nuevo) del cielo, la realeza estuvo en Kish». Esta gran y venerable ciudad, situada a una docena de kilómetros al este de Babilonia, se encuentra testimoniada en la actualidad por un grupo de tells de los que los principales son Uhaimir e Ingharra. Se halla situada en el centro de la región en la que el Tigris y el Éufrates fluyen muy próximos, en esa «bocana» mesopotámica, a medio camino entre el Norte y el Sur, en donde se han ido elevando sucesivamente todas las grandes capitales del Iraq antiguo y moderno Agade (sin duda), luego Babilonia, Dûr-Kurigalzu, Seleucia, Ctesifonte y Bagdad. Los sumerios llamaban a esta región Uri y los semitas Acad. Una breve excavación francesa (1912), seguida de once campañas llevadas a cabo por una misión anglo-americana (1923-1933) han sacado a la luz, en Kish, los vestigios de una ocupación muy larga, que va de la época de Ubaid hasta el siglo quinto de nuestra era [23].

El hecho de que la Lista Real comenzase en un principio por esta Dinastía I de Kish indica la importancia que poseía a ojos de los mesopotámicos. La Lista le atribuye veintitres reyes y una duración de 24.510 años, 3 meses y dos días y medio», lo que se podrá reducir racionalmente a ciento cincuenta o doscientos años. Lo que hay de notable en esta larga serie de monarcas, es que al menos doce de ellos llevan nombres semíticos, como *Kalbum* «perro», *Qalumum* «cordero» o *Zuqaqip* «escorpión», que sin duda alguna se refieren a las constelaciones. Los demás reyes, por el contrario, tienen nombres sumerios. Tenemos aquí pues el primer testimonio de la existencia, no sólo de una fuerte proporción de semitas en esta región que trescientos años más tarde será el corazón del imperio semítico de Acad, sino también de la presencia de sumerios, igualmente numerosos, en esta misma región. Es pues esta «bocana», paso obligatorio que por aquel entonces no cerraba ninguna barrera étnica, lo que debió franquear necesariamente la civilización sumeria desde comienzos del tercer milenio, si no antes, para propagarse a lo largo del Tigris y el Éufrates hasta la Siria del Norte.

Hay muy buenas razones para creer que la I Dinastía de Kish es histórica y sin duda debe ser situada entre el 2900 y el 2700. Sin embargo, uno de sus reyes, «Etana el pastor, el que subió al cielo», aparece en la lista como un personaje mítico, incluso aunque la mención que sigue «el que consolida el país», evoque una obra política mucho más verosímil. Por suerte hay en la literatura babilonia un bello «mi-

[23] H. de Ge-nouillac: *Premières Recherches archéologiques à Kich,* París 1924/25, 2 vols., S. Langdon y L. C. Watelin: *Excavations at Kish,* París, 1924-1934, 3 vols. Resumidos en AM I, pp. 250/255. Puesta al día y síntesis de los resultados: P. R. S. Moorey: *Kish Excavations,* 1922-1923, Oxford, 1978.

to de Etana», que nos proporciona más detalles acerca de esta misteriosa ascensión [24].

El mito comienza como una fábula. Una serpiente y un águila vivían como buenos vecinos sobre un mismo árbol, ayudándose mutuamente y compartiendo sus presas, hasta que un día el águila se puso a devorar a los pequeñuelos de la serpiente. Esta se fue, llorando, ante el dios-sol Shamash que le aconsejó tender una trampa a la maligna ave. La serpiente se ocultó entonces en el vientre de un buey muerto, y cuando el águila se aproximaba hacia su bocado preferido, la «grasa que cubre los intestinos», la capturó, la desplumó y la arrojó en un agujero, en el que lentamente se iba muriendo de hambre y de sed. Pero un cierto Etana, que no tenía hijos, fue a implorar a Shamash que le ayudase a apoderarse de la «planta que hace engendrar» y que no crece más que en el cielo. Shamash, conmovido, le aconsejó sacar al águila de su agujero y utilizarla como vehículo para subir al firmamento. Etana siguió minuciosamente este consejo y de inmediato, agarrado al pecho y a las plumas del águila, se puso a volar por los aires. Bajo sus ojos la tierra se iba reduciendo gradualmente de dimensiones hasta parecer un jardín y el mar una cubeta, pero cuando ya nada era visible, Etana, presa de pánico, gritó: «Amigo, no quiero subir al cielo» y soltándose comenzó a caer, seguido del águila, que rápidamente lo cogió. La tablilla, por desgracia, está rota justo al llegar a este momento crucial, pero sin duda Etana acababa por apoderarse de la planta mágica, porque tuvo un hijo llamado Balih que, según la Lista Real le sucedió después de que éste hubiese reinado mil quinientos sesenta años. Parece ser que la lección de este mito (que recuerda a los de Ganimedes e Icaro) es que la realeza no puede transmitirse de padres a hijos sin la ayuda de los dioses [25].

La Lista Real Sumeria da la impresión de que el primer rey de la I Dinastía de Kish, Agga (o Akka) fue derrotado por el primer rey de la I Dinastía de Uruk, pero ahora sabemos que ambas dinastías se superponen y que Agga de hecho era contemporáneo del *quinto* rey de Uruk, Gilgamesh. Debemos esta información a un breve poema sumerio en el que se ve a Agga enviar un ultimátum a Gilgamesh exigiéndole que Uruk se sometiese a Kish. El ultimátum fue rechazado y Uruk fue asediada, pero con la simple visión del poderoso Gilgamesh sobre los muros, el ejército de Kish se dio a la fuga. Por último los dos reyes se reconciliaron y fue reestablecida la paz [26]. Si se toma la lista al pie de la letra será preciso admitir que Kish debió haber ejercido un dominio, aunque fuese meramente nominal, sobre el

[24] ANET (3), pp. 114/118 y R. Labat, *Religions,* pp. 294/305.

[25] J. Bottéro, *Annuaire,* 1969-1970. Resulta de los fragmentos publicados por J. V. Kirnier Wilson (*Iraq,* 31, 1969, pp. 8/17); JNES, 33, 1974, pp. 237/249) que Etana habría sobrevivido, en efecto.

[26] S. N. Kramer: ANET (3), pp. 44/47; *The Sume-rians,* pp. 186/190; HCS pp. 59/63; W. H. Römer, *Das Sumerische Kurepos gilgamesh und Akka,* Neukirchen-Vluyn, 1980.

país de Sumer (a excepción de Uruk y quizás de otras ciudades), muchos años antes de que Uruk viniese a representar ese papel. Pero aunque su autoridad hubiese estado limitada, los cuatro primeros reyes de Uruk 1* no fueron por ello personajes menos notables. Del primero de ellos, Meskiangasher, la lista nos dice que era hijo del dios-sol Utu y que «iba al mar y salía de él para escalar montañas». Al segundo de ellos, Enmerkar, se le atribuye la construcción de Uruk. El tercero, Lugalbanda, es calificado de «divino», y el cuarto es un segundo rey Dumuzi apodado el Pescador. Las hazañas de al menos dos de estos héroes y semidioses se nos han vuelto familiares gracias a cuatro poemas épicos sumerios que formaban parte de un «ciclo de Enmerkar» y de un «ciclo de Lugalbanda» [27]. Todos estos poemas poseen un tema en común: las relaciones diplomáticas y comerciales, tanto hostiles como amistosas, entre Uruk y Aratta, país lejano, separado de Sumer por «siete montañas», y evidentemente situado en el Irán [28]. Este país de Aratta se hallaba gobernado por un rey-sacerdote, rodeado de sus altos funcionarios (a los que los escribas sumerios dieron, evidentemente, los títulos correspondientes a los de su propio país) y adoraba a una gran diosa (llamada por ellos Inanna) y a un dios pastor (llamado Dumuzi). Era rico en oro, plata y piedras de todo tipo, pero pobre en grano, y todo gira en torno a las dificultades que encontraban por aquel entonces los reyes de Uruk para obtener estas riquezas y del chantaje que sobre ellos ejercían los soberanos de Aratta. Si estas narraciones legendarias tuviesen un fondo de verdad —lo que es posible— nos ofrecerían un primer testimonio de las relaciones, normalmente difíciles, que siempre mantuvieron los mesopotamios con los pueblos de las montañas iraníes, y sobre todo, con la confederación de reinos que normalmente se agrupa bajo el nombre de Elam.

Llegamos así al quinto rey de Uruk, Gilgamesh. De este personaje, cuyas hazañas nos recuerdan las de Ulises y Heracles, la Lista Real Sumeria no nos proporciona más que la filiación, pero sabemos por otras fuentes que fue uno de los héroes mesopotámicos más populares. Asimilado a veces a Nergal, se le consideraba como un dios de los infiernos y se le rendía culto [29]. Se cree por lo general que figura,

---

* Modo práctico de numerar las «dinastías» mesopotámicas, que son series de reyes que aparentemente reinaron sucesivamente, pero no necesariamente familias reales.

[27] S. N. Kramer: *Enmerkar and the Lord of Aratta: a Sumerian Epic Tale of Iraq and Iran*, Filadelfia, 1952; A. Berlín: *Enmerkar and Ensuhkeshdanna: a Sumerian Narrative Poem*, Filadelfia, 1979; C. Wilcke: *Das Lugalbanda Epos*, Wiesbaden, 1969. Ver también S. N. Kramer: *The Sumerians*, pp. 2969/275; HCS, pp. 248/250.

[28] Se han propuesto diferentes localizaciones: cerca del lago Urmiah (E. I. Gordon, Bi. Or., 17, 1960, p. 132); cerca de Kerman (Y. Madjizadeh, JNES, 35, 1976, p. 107); en los alrededores de Shahr-i Sokhta, en Irán Occidental (J. F. Hansman, JNES, 37, 1978, pp. 331/336).

[29] W. G. Lambert en P. Garelli (Ed.): *Gilgamesh et sa légende*, París, 1960, pp. 39/52.

bajo la forma de un hombre desnudo o vestido domando a animales salvajes o triunfando sobre el gigante Huwawa, sobre numerosos monumentos figurados, desde los cilindro-sellos arcaicos hasta los bajo-relieves de los palacios asirios [30]. Al igual que Enmerkar y Lugalbanda, Gilgamesh también poseía su «ciclo» sumerio de leyendas, de las que cinco de ellas nos han llegado en un estado relativamente bueno [31], y son estas leyendas, amalgamadas sin duda alguna con otras desconocidas, las que inspiraron al autor de un largo poema épico en doce tablillas, redactado en acadio en la primera mitad del segundo milenio, y posteriormente reelaborado muchas veces, y al que llamamos la *Epopeya de Gilgamesh*. Como esta epopeya, en opinión unánime, constituye la mejor obra maestra de la literatura mesopotámica, deberemos dar un breve resumen de ella, deseando que incite al lector a remitirse a alguna de las excelentes traducciones existentes [32].

La «Epopeya de Gilgamesh»

Hijo de la diosa Ninsun y del semidiós Lugalbanda, Gilgamesh era joven, bello, inteligente, y «también fuerte como un toro», pero reinaba sobre Uruk como un tirano. Muchos jóvenes debieron ser reclutados para construir la muralla que rodeaba la ciudad —este gran muro de 9,700 kilómetros que rodea en la actualidad las ruinas de Warka [33]— y el *ius primae noctis* el «derecho señorial» que el rey ejercía sobre las novias estaba muy mal visto por los habitantes de Uruk. Se quejaron de todo ello ante el dios Anu, que en seguida ordenó a la diosa engendradora Aruru que crease a un hombre semejante a Gilgamesh» para que se enfrentasen y Uruk estuviese en paz». Aruru se fue a la estepa y allí modeló con su arcilla a Enkidu, velludo y zafio coloso muy semejante a un animal:

> «No conocía ni a los humanos ni a ningún país civilizado.
> Va vestido como Shakkan*
> Pace la hierba como las gacelas.
> Abreva en los ríos como los rebaños.
> Como las bestias salvajes disfruta con el agua»

---

[30] P. Amiet en *Gilgamesh et sa légende*, pp. 169/173; G. Offner, *ibíd*, pp. 175/181.

[31] S. N. Kramer: ANET (3), pp. 44/51; *The Sumerians*, pp. 185/205; HCS, pp. 220/225, pp. 233/240. Bibliografía en *Gilgamesh et sa légende*, pp. 7/23.

[32] En 1960 la *Epopeya de Gilgamesh* había sido traducida a doce lenguas *(Gilgamesh et sa légende*, pp. 24/27) y esta cifra ha aumentado considerablemente desde entonces. Entre las principales traducciones: G. Contenau: *L'Epopée de Gilgamesh*, París, 1939; A. Heidel: *The Gilgamesh Epic and Old Testament Parallels*, 1949, 2.ª ed.; R. Labat, *Religions*, pp. 145/226; A. Schott y W. von Soden: *Das Gilgamesh Epos*, Stuttgart, 1970, 2.ª ed.; A. Speiser y A. K. Grayson: ANET (3), pp. 72/79; pp. 503/507; F. Malbran-Labat, *Gilgamesh*, París, 1982. (Hay también una traducción castellana de F. Lara Peinado en la Editora Nacional, Madrid).

[33] AM, I, p. 336. Los sondeos demostraron que este muro databa del período Dinástico Arcaico.

* Shakkan (o Shumuqan) era el dios de los ganados y de los animales salvajes; no hay duda que Enkidu se vestía con las pieles de los animales.

Pero un día, un cazador percibió a lo lejos a Enkidu y comprendió entonces por qué sus trampas siempre eran destruidas y por qué la caza se le escapaba sin cesar. Contó el asunto a Gilgamesh, que decidió tender una trampa a este bruto. Envió a una prostituta a la estepa con la misión de seducir a Enkidu y de convertirlo a la vida civilizada. La muchacha no tuvo ninguna dificultad en el cumplimiento de su misión. Tras haberse hecho el amor «seis días y siete noches», Enkidu quiso volver a su manada, pero los animales se le escapaban y, agotado, era incapaz de alcanzarlos. Entonces, tomándolo de la mano le dijo:

«"Ven", te voy a llevar a Uruk-la Gran Plaza,
La del templo maravilloso, morada de Anu,
En la que mora Gilgamesh, perfecto por sus proezas,
Y tú, que eres como él,
Lo amarás como a tí mismo»

Y henos aquí con Enkidu en Uruk, donde muy pronto se habitúa a bañarse, a perfumarse, a adornarse de preciosos vestidos y a tomar bebidas espirituosas. Pero cuando se entera de que Gilgamesh se apresta a poseer a una joven casada, se levanta indignado y lo desafía. La terrible lucha cuerpo a cuerpo que se sigue culminará con una amistad y un afecto recíprocos. Gilgamesh ha hallado un compañero de su propia talla y Enkidu un maestro. «Se abrazaron y trabaron amistad».

Deseando llevar a cabo proezas y de «hacerse un nombre» Gilgamesh convence a Enkidu de que lo acompañe hasta el lejano país de los cedros, morada del temible gigante Huwawa, «cuya boca es el fuego y cuyo aliento la muerte». Tras haber preparado sus armas y orado a los dioses, parten nuestros dos amigos y en tres días hacen un trayecto de seis semanas, llegando a su destino:

«Permanecieron inmóviles a la orilla del bosque.
Había cedros por todas partes, miraron su altura...
Su sombra es agradable y está impregnada de perfumes».

Habiendo burlado la vigilancia del guardián, penetraron en el dominio prohibido y cuando Gilgamesh abatía un árbol tras otro, llegó Huwawa furioso. Hubiese acabado con nuestros héroes si Shamash no hubiese acudido en su ayuda. Desató ocho vientos contra el gigante, que paralizado, se dio por vencido y se sometió. Pero Gilgamesh-Enkidu lo atravesaron con su espada, le cortaron la cabeza y se la llevaron triunfantes a Uruk.

Tras esta hazaña la propia Istar se enamoró de Gilgamesh y se le ofreció, pero él la despreció. Recordando a la pérfida diosa la suerte de sus numerosos amantes, desde Tammuz, al que condenó a las lamentaciones, hasta el pastor que transformó en lobo o el jardinero de su padre, al que transformó en rana, la vituperó e insultó:

«No eres más que un brasero que se apaga con el frío
Una puerta que no detiene al viento ni al cierzo,
Un odre que pone chorreando al que lleva,
Una sandalia que muerde el pie de su propietario».

Mortalmente ofendida, Istar imploró a Anu que enviase al Toro celestial a desolar Uruk y a matar a Gilgamesh. La bestia ya había matado a centenares de guerreros cuando Enkidu la cogió por los cuernos, y luego por la cola, mientras Gilgamesh la atravesaba con su espada «entre el cuello, los cuernos y la cerviz». Luego le arrancó el corazón para ofrecerlo a Shamash y tiró su pierna a la cara de Istar.

Los dioses habían llegado al límite de su tolerancia. Decidieron que uno de los dos héroes debería morir. Enkidu cayó entonces gravemente enfermo, y tras haber maldecido al cazador y a la prostituta y soñado con el «País sin retorno», expiró, siendo llorado por su compañero siete días y siete noches, «hasta que los gusanos le salieron por la nariz».

La pérdida de su amigo transtornó profundamente a Gilgamesh. Por primera vez el despreocupado rey de Uruk había visto el horrible rostro de la muerte. ¿Sería posible que también él llegase a desaparecer así? ¿No sería posible escapar al destino de los hombres?

«Temeroso de la muerte, erré por el desierto.
Me obsesionaba lo que le había ocurrido a mi amigo.
¿Cómo callar, cómo guardar silencio
Mientras mi amigo, al que tanto amaba, se ha convertido en arcilla?
También yo, como él, ¿me acostaré
Para no levantarme nunca jamás?»

Entonces se acuerda de Utanapishtim, el hombre que había sobrevivido al Diluvio. Decidió hacerle una visita y arrancarle el secreto de la inmortalidad. Hele aquí partiendo para un largo viaje que le llevará, primero, a la sombría montaña del Sol poniente, guardada por los peligrosos hombres-escorpiones. Por suerte su reputación como héroe y su ascendencia divina los impresionaron hasta tal punto que lo dejaron pasar y admirar, a través de un largo túnel, un maravilloso jardín, cuyos árboles eran de piedras preciosas. Luego se encuentra con Siduri, «la tabernera que mora a la orilla del mar», y ésta le aconseja olvidar su dolor y disfrutar la vida:

«Así pues, Gilgamesh, sacia tu vientre,
Día y noche entrégate a la alegría,
Diviértete todos los días...
Mira al niño que te tiende su mano
Que tu amada se regocije en tu seno.
¡He aquí el destino del hombre!»

Sin embargo, como se lo exige, le indica el camino en el que podrá encontrar a Utanapishtim, en la otra ribera de un peligroso mar que

sólo Shamash puede atravesar, porque está cruzado por «las aguas de la muerte». Nuestro héroe no lo duda. Recluta a Urshanabi, antiguo piloto del arca, atraviesa el mar y por fin se encuentra con Utanapishtim, que le cuenta el relato del diluvio. ¿Pero, podrá hacer algo por Gilgamesh? Sí, procurarle la planta de la vida, planta espinosa que crece en el fondo del mar y lo volverá eterno. Entonces Gilgamesh ata pesadas piedras a sus pies —tal y como hacían hace poco los pescadores de perlas del Golfo Pérsico— se sumerge y recoge la planta. Pero he aquí que en el camino de vuelta a casa, cuando se está bañando en un pozo, una serpiente sale de la tierra, se apodera de ella y desaparece. Gilgamesh, «el que lo ha visto todo» *(sha nagba imuru,* título acadio del poema) ya no será nunca inmortal. Como le había dicho la tabernera:

«La vida que buscas no la encontrarás.
Cuando los dioses crearon al hombre
Le dieron la muerte
Reservándose para sí la vida».

Conclusión pesimista, que se suma a la de Utanapishtim:

«¿Construimos nuestras casas para siempre?
¿El río crece sin cesar para traernos sus aguas?
La libélula no sale de su crisálida (¿ ?)
Más que para ver un instante la faz del Sol
Nada es permanente desde los días de antaño.
Como se parecen el durmiente y el muerto.»

El héroe Gilgamesh es indudablemente una leyenda, un precioso poema de amistad, valor y muerte que fue célebre en todo el Oriente Antiguo[34] y todavía nos conmueve, ¿pero quién fue el Gilgamesh rey? Durante mucho tiempo se creyó que no había existido, pero como veremos es extremadamente probable que un soberano de este nombre haya vivido en Uruk en la primera mitad del tercer milenio. A lo largo de todo este capítulo hemos caminado a través de una brumosa región, en la que se distinguen muy mal la ficción de la realidad. Henos aquí ahora en el mismo umbral de la Historia.

[34] Además de en otros yacimientos del Iraq (sobre todo Nínive), también se han descubierto fragmentos de tablillas de la *Epopeya de Gilgamesh* en Palestina (Megiddo) y en Turquía (Sultan Tepe, Boghazköy). De este último yacimiento provienen los fragmentos de la traducción hitita y hurrita.

CAPÍTULO OCTAVO

EL PERÍODO DINÁSTICO ARCAICO

La historia de Mesopotamia se halla dividida, como su prehistoria, en muchos períodos, que están separados por grandes convulsiones políticas, que frecuentemente suelen ir acompañadas de cambios sociales, económicos y culturales. El primero de estos períodos comienza hacia el 2900 y termina con la llegada de Sargón de Acad (2334), que marca el comienzo de una fulminante expansión de los semitas de la región de Kish (período de Acad). Por esta razón se le suele llamar en muchas ocasiones período presargónico, pero nosotros preferimos la expresión Dinástico Arcaico, tomada del inglés «Early Dinastic», porque da cuenta mejor de la naturaleza de esa época y no presupone su fin. El Período Dinástico Arcaico (en abreviatura DA) se divide a su vez en tres partes: DA I (2900-2750), DA II (2750-2600) y DA III (2600-2334), el DA III se haya subdividido a su vez en III A (2600-2500) y III B (2500-2334). Estas fechas son evidentemente aproximadas y varían un poco según los autores. A decir verdad si para fijar el comienzo de la historia mesopotámica se toma como criterio la inscripción más antigua de un soberano de esta región, únicamente una parte del DA II y la totalidad del DA III son históricos. El DA I y los primeros decenios del DA II serían «prehistóricos» en el sentido estricto del término —a menos que algún día se descubra una inscripción real que haga retroceder el comienzo de este período, tal y como ocurrió hace un cuarto de siglo.

Hasta finales de los años 50 los dos reyes sumerios más antiguos atestiguados por sus propias inscripciones eran Ur-Nanshe, rey de Lagash y Mesannepadda, rey de Ur [1]. El primero de ellos había dejado cinco inscripciones en piedras halladas en el curso de las excavaciones francesas de Tello (o más exactamente de Tell Luh, el «tell de las tablillas»), yacimiento de la antigua ciudad de Girsu, llamado errónea-

[1] IRSA, pp. 41/42 (Mesannepadda); pp. 44/46 (Ur-Nanshe).

mente durante mucho tiempo Lagash[2]. El segundo de ellos no era conocido más que por sus lacónicos textos provinientes de El Ubaid y de Ur. Se calcula que estos dos reyes gobernaron en torno al 2500. Sólo Mesannepadda figura sobre la Lista Real Sumeria, en la que se le cita como el fundador de la I Dinastía de Ur, que sucede a la de Uruk I. Ur-Nanshe no figura, al igual que ninguno de los demás soberanos del estado de Lagash. Pero en 1959 el asiriólogo alemán Edzard descubrió en los sótanos del Iraq Museum de Bagdad un fragmento de vaso de alabastro sobre el que estaban grabadas tres palabras: «Me-barag-si, rey de Kish». Edzard identificó a este monarca con Enmebaragesi de la Lista Real, antepenúltimo rey de Kish I, padre de Agga, que como hemos visto era contemporáneo de Gilgamesh[3]. Como también se ha hallado otra inscripción de Enmebaragesi en Khafaje (valle del Diyala) en un contexto arqueológico que recuerda el DA II, y como los siete sucesores de Gilgamesh en la Lista reinaron ciento cuarenta años antes que Mesannepadda pusiese fin a la supremacía de Uruk, se puede pensar razonablemente que Enmebaragesi vivió hacia el 2700 y tomar esta fecha como punto de partida de la historia mesopotámica.

Los veintiún reyes de Kish que precedieron a Enmebaragesi y a los que se les puede asignar una duración global para sus reinados de ciento cincuenta a doscientos años, así como sus contemporáneos, los cuatro reyes de Uruk I que precedieron a Gilgamesh, habría que situarlos entonces en el período 2900-2700, hasta ahora desprovisto de inscripciones reales. A pesar de su carácter legendario no hay ninguna razón para pensar que no hayan podido existir, pero no disponemos de prueba alguna de ello. Excepto algunas tablillas arcaicas de Ur, puramente «administrativas», nuestra única fuente de información acerca del período DA I es de tipo arqueológico.

La mayor parte de las inscripciones de comienzos del DA III son muy breves y nos informan de muy poca cosa. No es más que a partir del 2450 aproximadamente cuando algunas de ellas (sobre todo en Girsu) se vuelven un poco más explícitas. Poco antes de esta fecha (hacia el 2500) aparecen conjuntos de tablillas administrativas, «archivos», como los de Fara (Shuruppak) y Abu Salabikh primero, y luego los de Lagash (Girsu)[4]. Otras tablillas del mismo tipo, pero menos nu-

---

[2] Las inscripciones descubiertas en 1973 en el-Hiba han demostrado que este yacimiento corresponde a la ciudad de Lagash (V. E. Crawford: «Lagash», *Iraq,* 26, 1974, pp. 29/35), pero Tello (Girsu) también pertenecía al estado de Lagash. Quince campañas de excavaciones han sido llevadas a cabo por las misiones francesas en Tello desde 1877 a 1910, y cuatro campañas desde 1929 a 1933. Puede verse una síntesis de sus resultados en A. Parrot, *Tello,* París, 1948. Una misión americana ha emprendido las excavaciones de el-Hiba en 1968. Resumen de las campañas 1968-1973 por D. P. Hansen en *Sumer,* 34, 1978, pp. 72/85.

[3] D. O. Edzard: «Enmebaragesi von Kish», ZA, 53, 1959, pp. 9/26; IRSA, p. 39.

[4] M. Allote de la Füye, *Documents présargoniques,* París, 1908/1920; A. Deimel: *Die Inschriften von Fara,* Leipzig, 1922-1924; R. Jestin: *Tablettes sumériennes de Shuruppak,* París, 1937-1957; R. D. Biggs: *Inscriptions from Abu Salabikh,* Chicago, 1974.

merosas, provienen de Nippur, Ur, Kish y Adab. Hay pues dos categorías de documentos, las inscripciones reales y los archivos administrativos, que nos permiten esbozar, no sin dificultades y lagunas, un boceto de historia «evenemencial» y socioeconómica de Sumer. Nótese que a excepción de las inscripciones reales de Mari y de algunos fragmentos de vasos y estatuas inscritos hallados en Khafaje, todos estos textos provienen de la Baja Mesopotamia, pero no es preciso perder la esperanza de que quizás un día se puedan hallar otros textos, porque el reciente descubrimiento de los archivos reales de Ebla nos ha demostrado que la investigación arqueológica todavía puede depararnos extraordinarias sorpresas.

Para apreciar en toda su plenitud la importancia de este descubrimiento será conveniente indicar que Ebla (Tell Mardik) se halla situada a 60 kms. al SW de Alepo, en el centro de una llanura llena de tells, de los que muy pocos han sido explorados, y hasta el año 1974 no se sabía absolutamente nada sobre la Siria del Norte durante el tercer milenio [5]. Pero ese año y en el curso de los dos años siguientes, los arqueólogos italianos que excavaban Tell Mardik desde hacía diez años exhumaron las ruinas de un palacio —que dataron entre el 2400 y el 2250— y unas quince mil tablillas y fragmentos que tenían signos cuneiformes típicamente sumerios. Aunque algunas palabras o frases estuviesen escritas en «logogramas», las restantes, escritas de un modo silábico no dejan duda alguna: la lengua de los textos de Ebla es una lengua semítica, llamada «eblaíta», diferente a la vez del acadio y de las lenguas semítico-occidentales del segundo milenio (amorrita, cananeo, por ejemplo) y desconocida hasta entonces.

Una vez descifrada parte de estas tablillas se pudo apreciar su importancia. No solo nos descubrían una nueva lengua, sino que también nos proporcionaban abundantes informaciones acerca de la ciudad de Ebla —de la que sólo el nombre era hasta entonces conocido, a través de episódicas menciones de los textos mesopotámicos—, así como acerca de su historia, su organización, su estructura social, su sistema económico, sus relaciones diplomáticas y comerciales, sus zonas de influencia y sus afinidades culturales con Mesopotamia [6]. Nin-

---

Situada a 20 kms. al noroeste de Nippur, Abu Salabikh ha sido excavado por los americanos entre 1963 y 1965. Retomadas por una misión británica, las excavaciones están todavía en curso. Resultados preliminares en *Iraq*, desde 1976. Síntesis por N. Postgate en J. Curtis (Ed.): *Fifty Years of Mesopotamian Discovery*, London, 1982, pp. 48/61. El antiguo nombre de esta ciudad quizás fuese Kêsh.

[5] Comenzadas en 1964, las excavaciones de Tell Mardikh continúan todavía. Síntesis y bibliografía en P. Matthiae: *Ebla, un Impero ritrovato*, Turín, 1977 (Trad. inglesa *Ebla, and Empire Rediscovered*, New York 1980). Síntesis del contenido de los archivos en G. Pettinato: *Ebla, un impero inciso nell'Argilla*, Milano, 1979. (Trad. inglesa: *The Archives of Ebla. An Empire inscribed in Clay*, N. Y., 1981). Acerca de la lengua «eblaíta» puede consultarse C. Cagni (Ed.): *La Lingua di Ebla. Atti del Convegno Internazionale* (Napoli, 21-23 aprile, 1980), Napoli, 1981.

[6] I. J. Gelb: «Thoughts about Ibla, a preliminary evaluation», *Syro-Mesopotamian Studies*, 1, 1977, pp. 3/30.

guna ciudad sumeria de la época Dinástica Arcaica nos ha dejado archivos tan amplios, claros y precisos. Pero si los textos de Ebla arrojan una viva luz acerca de todo un mundo anteriormente sumido en la más profunda oscuridad, su contribución a la historia mesopotámica, aunque notable, queda restringida y plantea una gran cantidad de problemas cronológicos. Quizás lleguemos a estar mejor informados cuando todos los documentos hayan sido publicados y analizados.

El contexto arqueológico

Hasta el momento presente Mesopotamia no nos ha dado nada comparable a los archivos reales de Ebla para el período Dinástico Arcaico, y puede afirmarse que en conjunto la documentación escrita que poseemos es muy escasa y fragmentaria. Será preciso pues que nos dirijamos a la arqueología para preguntarle, no solo las noticias usuales acerca del arte, la arquitectura, las técnicas y la vida cotidiana, sino también, si es posible, algunos datos susceptibles de ayudarnos a la reconstrucción de la historia de esta región entre los años 2900 y 2300 aproximadamente.

Las exploraciones de superficie y las excavaciones han demostrado que desde el comienzo de este período el proceso de urbanización iniciado en la época de Uruk alcanza su apogeo. En la Baja Mesopotamia numerosas villas desaparecen en beneficio de las ciudades, de las que algunas son ya muy grandes, mientras que otras van creciendo rápidamente. En la misma época aparecen otros centros urbanos o se van desarrollando en la mitad norte de la gran llanura mesopotámica. Este es el caso de Mari (Tell Hariri)[7], sobre el Éufrates medio, a medio camino entre dos zonas claves: el gran codo de este río en Siria y la «bocana» mesopotámica, así como de Asur (Qala'at Sherqat)[8], sobre el Tigris, a 90 kms. al sur de Mosul, y de otros yacimientos importantes, cuyo nombre antiguo ignoramos, como Tell Taya[9], no lejos de Mosul, al pie del Jebel Sinjar, y Tell Khueira[10],

---

[7] Los informes preliminares de veintiuna campañas de excavaciones del Museo del Louvre en Mari (1933-1939 y 1951-1974) han sido publicadas en *Syria* y AAAS. Cuatro volúmenes de la publicación definitiva *(Mission archéologique de Mari)* han aparecido desde 1956. Templos, esculturas e inscripciones presargónicas en los volúmenes I, *Le Temple d'Isthar,* París, 1956 y III, *Les Temples de Ishtarat et de Ninni-Zaza,* París, 1 967. Para una visión de conjunto de sus resultados, ver A. Parrot: *Mari, capitale fabuleuse,* París, 1974.

[8] W. Andrae: *Die Archaischen Ischtar-Tempel in Assur,* Leipzig, 1922. Sobre este yacimiento ver capítulo 11, nota 27.

[9] Excavaciones británicas desde 1967 a 1973. Informes preliminares en *Iraq,* 30 (1968) y 35 (1973). Visión sintética por J. E. Reade en J. Curtis (Ed.): *Fifty Years of Mesopotamian Discovery,* London, 1982, pp. 72/78.

[10] Excavaciones alemanas de 1958 a 1966. Informes por A. Moortgat: *Tekk Chuera in Nord-Ost Syrien,* Köln y Opladen, 1959-1973, 8 vols.; Ver M. E. L. Mallowan en *Iraq,* 28, 1966, pp. 89/95 y CAH (3), I, 2, pp. 308/314.

en la frontera turco-siria, entre el Khabur y el Balikh. También es éste el caso del valle del Diyala, al este de Bagdad, donde los *surveys* han permitido contar nueve ciudades, diecinueve burgos y sesenta y siete aldeas en una región de unos 900 kms. cuadrados [11]. Notemos, de paso, que fueron las excavaciones americanas efectuadas en los años 30 en tres de estos yacimientos, Khafaje (Tutub), Tell Asmar (Eshnunna) y Tell Aqrab, las que permitieron al arqueólogo Henri Frankfort dividir el período Dinástico Arcaico en tres partes, división universalmente aceptada en la actualidad [12].

A excepción de Tell Taya, situado en el Noroeste mesopotámico, poco permeable a las corrientes culturales llegadas del Sur, todos estos yacimientos sufrieron poco o mucho una influencia sumeria que se pone de manifiesto a través de la estatutaria, la arquitectura religiosa y, a veces, la cerámica y la glíptica. Además, a excepción de Mari, y en menor medida de Khafaje, ninguno de estos yacimientos ha dado textos anteriores a la Dinastía de Acad. Pero si las inscripciones de las estatutas de Mari se hallan escritas en caracteres sumerios, sin embargo los nombres de la mayor parte de los personajes son indudablemente semíticos. La escritura cuneiforme parece pues haberse propagado exclusivamente a lo largo del Éufrates y de la Siria del Norte, regiones pobladas por semitas, y esto no tiene nada de sorprendente, porque los acadios vivían desde hacía mucho tiempo en contacto con los sumerios en la Baja Mesopotamia, cuna de esta escritura. Nada sabemos del sustrato étnico del valle del medio y alto Tigris en el tercer milenio, pero los nombres propios proporcionados por los textos más tardíos sugieren la existencia de una población de origen indeterminado, probablemente mezcla de hurritas y elamitas [13]. Tell Khueira, muy al norte de Jarizah es un caso particular. Todavía más que la ausencia de textos, la presencia de templos con pórtico de estilo anatolio y de grandes complejos funerarios desconocidos en el Sur hace poco probable la hipótesis de una «colonia» sumeria. Es mucho más verosímil que esta ciudad fuese una etapa en una de las rutas que unían Sumer con Anatolia y que los escultores locales tratasen de imitar un estilo escultórico por aquel entonces a la moda.

Por regla general las ciudades de Mesopotamia estaban en esta época rodeadas de una muralla, a veces doble y normalmente provista de bastiones, en el interior de la cual se amontonaba una gran parte

[11] R. Mac Adams: *Heartland of Cities,* Chicago, 1981, pp. 38 ss.

[12] Ocho volúmenes de informes definitivos sobre las excavaciones del Oriental Institute de Chicago en el valle del Diyala fueron publicados entre 1940 y 1967 en la serie «Oriental Institute Publications» (OIP). Seis de ellos se relacionan con el tercer milenio. Resumen de los resultados en AM, I, pp. 372/386; CAH (3), I, 2, pp. 246/272; Seton Lloyd: *The Archaeology of Mesopotamia,* London, 1978, pp. 93/134.

[13] Para Asiria ver H. Lewy en CAH (3), I, 2, pp. 730/733. Para la región del Diyala téngase en cuenta que en la época babilonia antigua muchos príncipes y gobernadores de Eshnunna llevan nombres que no son ni sumerios ni acadios y que el dios principal de esta región, Tishpak, es una forma del dios hurrita Teshup.

de la población. Estas poderosas fortificaciones ponen de manifiesto la existencia de amenazas de guerra y de conquista, lo que además confirman las inscripciones que nos muestran a los principados sumerios luchando entre sí y contra los invasores extranjeros. No sabemos de quién se protegía Tell Taya, con su ciudadela y su muro cimentado sobre una base de piedra de 3 metros, pero se puede pensar en los lullubi o en los guti de los Zagros, de los que un poco más tarde ya nos hablarán los textos.

Los arqueólogos están de acuerdo en declarar la cultura sumeria presargónica prolongación de la cultura de Uruk-Jemdet Nasr. Esto es totalmente exacto en sus rasgos generales, pero hay algunas discontinuidades flagrantes y se plantean cuestiones a las que es muy difícil responder. Así es como en el Sur aparece en DA II para desaparecer antes del fin del DA III, sin que se sepa porqué, un material de construcción *a priori* poco práctico, el ladrillo «plano-convexo» (con una cara lisa y la otra abombada), que se coloca de canto y cuyas hileras van dispuestas formando espina. Todavía más curiosa es la desaparición de los templos de planta «tripartita» clásica y su sustitución por santuarios en forma de construcciones con patio central rodeado por numerosas habitaciones, y que apenas se distinguen de las casas que los rodean, excepto por sus dimensiones, su contenido y a veces por sus muros construidos al revés [14]. Este nuevo trazado está sin duda en relación con el papel básico que van a jugar los templos como centros administrativos en esta época. También se ve aparecer santuarios rodeados por un recinto oval —como el enorme templo de Khafaje y los, más modestos, de El Ubaid y Lagash— que desaparecerán a fines del Dinástico Arcaico [15].

Exceptuando algunas placas votivas, a veces inscritas, y escasas estelas, la escultura está representada sobre todo por estatutas de adorantes alineadas sobre bancos de arcilla, que rodean la *cella*. Generalmente en pie, pero a veces sentados, melenudos y barbudos, o con el cráneo y el mentón afeitados, vestidos, los hombres con una falda de lana y las mujeres con una especie de sari, con las manos unidas ante el pecho, estos personajes miran la efigie divina con sus ojos de concha y lapislázuli rodeados de betún —esos ojos que ya habíamos encontrado en Tell es-Sawwan. Pero estas estatuas son de una calidad muy desigual [16]. Las de Tell Khueira son toscas y malogradas, las de Asur mediocres; las de Tell Asmar angulares y rígidas son, con sus ojos inmensos, alucinantes, más impersionantes que bellas. Por el con-

[14] H. E. W. Crawford: *The Architecture of Iraq in the Third Millenium* BC, Copenhagen, 1977, pp. 22; 80/82.

[15] P. Delougaz: *The Temple Oval de Khafaje* (OIP, LIII), Chicago, 1940; H. R. Hall y C. L. Wolley: *Al Ubaid* (UE, I), London, 1927; para el-Hiba D. P. Hansen en *Artibus Asiae*, 32, 1970, pp. 243/250.

[16] Ver A. Parrot, *Sumer*, 2.ª ed. fig. 13-15, 127-130, 133, 134 (Tell Asmar), 131, 132 (Khafaje), 137-138 (Tekk Khueira), 30, 148, 153, 154 (Mari), 139-141 (Nippur), 135 (Eridu), 136 (Tello) 144 (Ubaid).

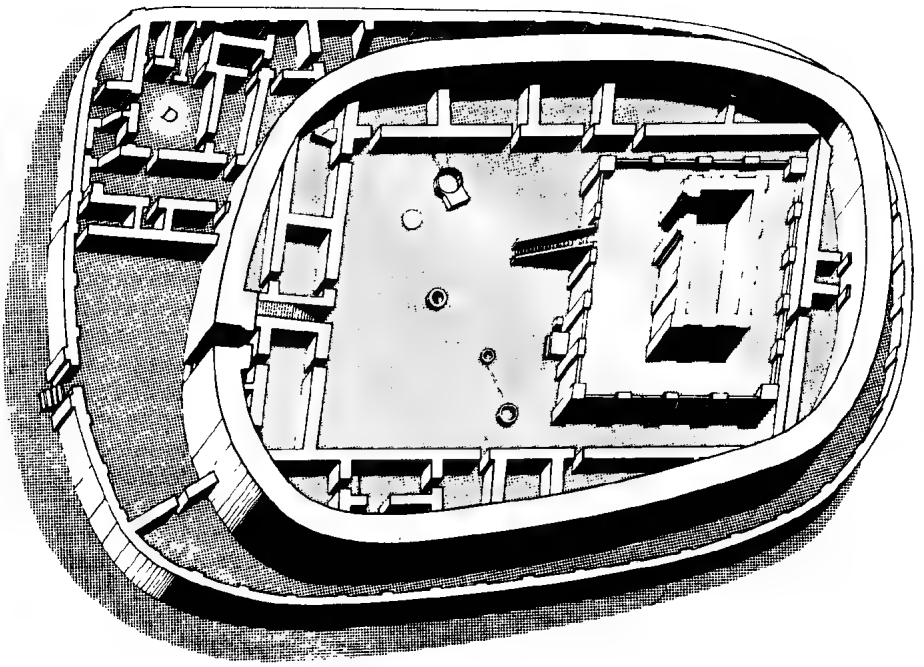


Ilustración 9.ª: *El templo oval de Khafaje, época dinástica arcaica III. Los dos recintos medían respectivamente 103 × 74 metros y 74 × 59 metros. No se sabe a qué divinidad estaba consagrado.*

P. Amiet: L'Art antique du Proche Orient, *1977, según P. Delougaz:* The Oval Temple at Khafaje, *1940.*

trario, las estatutas de Mari son una auténtica maravilla de habilidad técnica y de sensibilidad. Pero Mari es periférico, está muy lejos de Sumer y estas notables esculturas no pueden ser consideradas como representativas del puro arte sumerio. Son obras de artistas locales, probablemente, inspirados en Sumer, en las que quizás podríamos ver el preludio del arte refinado y realista que se asentará con la dinastía semítica de Acad. Lo que es extraño es que las estatuillas de adorantes halladas en Nippur y en Girsu, por ejemplo, en pleno país de Sumer, den la impresión de un trabajo rudimentario, hecho en serie, y queden muy disminuidas ante las obras maestras de la época de Uruk.

¿Será preciso ver en ellas productos fabricados en los talleres para «peregrinos de bolsa vacía» [17] o solamente la inevitable decadencia que sobreviene a toda época excepcional en la Historia del Arte?

Dicho esto es preciso reconocer que en los restantes dominios el arte mesopotámico presargónico está muy lejos de ser un arte decadente. Así es como en el caso de la *scarlet ware* —cerámica pintada de motivos rojos sobre fondo beige y característica del DA I en los yacimientos del Diyala y los alrededores de Kish— le sucederá una elegante cerámica no pintada (jarras con asas verticales, platos con un soporte elevado calado) provista de espirales y cubierta de incisiones. El mismo progreso se observa en el caso de los cilindro-sellos, en los que se pasa de los frisos animales ultra-esquematizados a escenas de banquetes y de héroes híbridos, medio hombre y medio toro, luchando contra las fieras, que a veces van acompañados de una corta inscripción. Por último, y sobre todo, el trabajo del metal se desarrolla gracias a las innovaciones técnicas (moldeado del bronce por el procedimiento de «cera perdida», repujado para los metales preciosos) y nos ofrece bellas estatuillas y diversos ornamentos. Como veremos al tratar del cementerio real de Ur alcanzan, en los objetos de lujo, una perfección jamás igualada en todo el Próximo Oriente.

Todo indica que, a pesar de la inseguridad reinante en la época Dinástica Arcaica, el comercio era floreciente, ya que el cobre, la plata, el oro y las piedras ordinarias, raras o semipreciosas fluyen hacia Sumer, viniendo a veces desde muy lejos. Pero «las naves de Dilmun» que nos muestran las inscripciones de Ur-Nanshe por primera vez trayendo madera a Lagash [18] debían partir sin duda cargados de cereales, pieles, tejidos y objetos manufacturados, porque había que pagar todos los productos importados. ¿Cómo estaban organizados los principados sumerios para poder producir tal excedente de cebada, trigo, ganados y textiles y para dirigir este comercio? La arqueología nos lo permite entrever mostrándonos en el seno de las ciudades los grandes talleres y centros administrativos, pero para saber algo más deberemos dirigirnos ahora a los documentos escritos.

Los principados de Sumer

En la época Dinástica Arcaica en esa pequeña región que era por aquél entonces la Baja Mesopotamia —de alrededor de 30.000 kms. cuadrados, o sea la superficie de Bélgica o de cuatro o cinco departamentos franceses— se cuentan no menos de dieciocho ciudades, ocupando de 50 a 500 hectáreas. Son de Norte a Sur: Sippar, Akshak, Kish, Marad, Isin, Nippur, Adab, Zabalam, Shuruppak, Umma, Girsu, Lagash, Nina, Bad-Tibira, Uruk, Larsa, Ur y Eridu— sin contar

[17] A. Parrot, *Sumer*, 2.ª ed., p. 148.
[18] IRSA, pp. 44/46.

algunos yacimientos importantes, como Abu Salabikh o El Ubaid, que nos han proporcionado las excavaciones, pero cuyo nombre nos sigue siendo desconocido. Estas ciudades se escalonan a lo largo de dos lechos del Éufrates muy próximos entre sí, únicos vestigios del haz de cursos fluviales de los siglos precedentes. Cada una de ellas se halla rodeada de un cinturón de jardines y palmerales, al que sucede otra zona de cultivos cerealícolas, en la que se encuentran algunas aldeas y campamentos estacionales de los agricultores, todo ello cuadriculado mediante los canales de irrigación. Más allá de estas zonas se extienden las sabanas en las que pacen los ganados, los pantanos ricos en peces y cañas, y, aquí y allá, enclaves del desierto.

Políticamente la Baja Mesopotamia se halla dividida en principados, cada uno de los que tiene como capital a una de estas ciudades, y a los que se suele llamar, por este motivo, ciudades-estado. Los documentos de que disponemos no nos permiten afirmar que todas las ciudades que hemos mencionado hayan sido capitales, pero para una docena de ellas sí que tenemos atestiguada la existencia de sus soberanos. Además, sabemos que el principado de Lagash, sin duda el más grande, comprendía, en época acadia, diecisiete localidades principales y ocho centros administrativos, como Lagash— ciudad (el Hiba), Girsu (Tello) y Nina (Shurghul), junto con el puerto marítimo de Eninkimar, lugar todavía no identificado [19].

Es extraordinariamente difícil trazar una visión de conjunto de la organización socio-económica de Sumer en la época Dinástica Arcaica, y ello por dos razones. Por una parte, la mayor parte de los textos susceptibles de proporcionarnos información son tablillas de cuentas, a veces difíciles de interpretar, y sobre todo, muy desigualmente distribuidas en el espacio y en el tiempo, siendo las más numerosas las provinientes de los archivos de un único templo, el de Girsu, dedicado a la diosa Baba, y que datan del DA III B. Pero dado que no es cierto que todos los principados sumerios estuviesen organizados de acuerdo con el mismo modelo esta situación nos plantea un grave problema. Por otra parte, las diversas teorías propuestas [20] poseen ade-

---

[19] J. P. Grégoire: *La Province méridionale de l'Etat de Lagash*, Luxembourg, 1962.

[20] Sobre este tema ver A. Deimel: «Sumerische Tempelwirtschaft zur Zeit Urukaginas und seiner Vor-gänger», *Analecta Orientalia*, 2, 1931; A. Falkestein: «La cité: temple sumérienne», *Cahiers d'histoire mondiale*, 1, 1954, pp. 784/814; I. M. Diakonoff: *Society and State in Ancient Mesopotamia: Sumer*, Moscú, 1959; «Socio-economic classes in Babylonia and the Babylonian Concept of social stratification», en D. O. Edzard (Ed.): *Gesellschaftklassen im Alten Zweistromland*, Munich, 1972; I. J. Gelb: «The ancient Mesopotamian ration system», JNES, 24, 1965, pp. 230/243; «From Freedom to slavery» en D. O. Edzard, *Op. cit.*, pp. 81/92; S. N. Kramer: *The Sumerians*, Chicago, 1963, pp. 230/243; H. T. Wright: *The Administration of Rural Production in an Early Mesopotamian Town*, Ann Arbor, Nich., 1969; J. Renger: «Grossgrundbesitz», RLA, III, pp. 647/653; J. P. Gregoire: *Das Sumerische Tempelpersonal in Sozialökonomischer Sicht*, Tübingen, 1974; T. B. Jones: «Sumerian administrative documents: an essay» en *Sumerological Studies in Honor of Th Jacobsen*, Chicago, 1975, pp. 41/61; C. C. Lamberg-Karlovsky: «The economic world of Sumer» en D. Schmandt Besserat (Ed.): *The Legacy of Sumer*, Malibu (Calif), 1976, pp. 59/68.

más un grave defecto, que consiste en aplicar a una sociedad muy antigua y muy mal conocida conceptos contemporáneos (teñidos a veces de ideología política) totalmente extraños probablemente a los sumerios. El esquema que a continuación presentaremos nos parece el más plausible, pero posee numerosas lagunas y por lo tanto deberá ser considerado como provisorio [21].

La unidad socio-económica básica en Mesopotamia parece haber sido la comunidad aldeana, formada por familias de tipo nuclear (padre, madre e hijos solteros), o de tipo extenso. Su estructura concreta se nos escapa y además pudo haber variado de una región a otra [22], pero es muy probable que el suelo de cada comunidad fuese considerado como propiedad de su dios tutelar, lo que explicaría el papel económico extremadamente importante que desempeñaron los templos, quizás ya desde la época de El Ubaid.

Como habíamos visto, será en torno a estos grandes centros religiosos donde tenderán a agruparse estas comunidades cuando se vayan incrementando, durante las épocas de Uruk y Jemdet Nasr. A comienzos del tercer milenio, bajo la influencia combinada de la presión demográfica y de la rarefacción de los cursos de agua y la escasez subsiguiente de las tierras cultivables, numerosas comunidades desaparecieron, y sus habitantes emigraron hacia las ciudades, que crecieron, y a veces incluso se fusionaron, como ocurrió en el caso de Kullaba y Eanna, que unidas por Enmerkar [23] pasaron a formar la gran ciudad de Uruk. Cada ciudad poseía además muchos templos: el de su dios principal (Nanna en Ur, Zababa en Kish, Shara en Umma, Ningirsu en Girsu, etc...), y los de su familia y las restantes divinidades menores. En la misma época el jefe religioso (sumo sacerdote o «sacerdote-rey») cumple a la vez el papel de jefe secular que, no se sabe cómo, se convierte en soberano del principado. El conjunto de los templos de la ciudad (el Templo) por una parte, y el soberano (el Palacio) por la otra, constituyen lo que solemos llamar el Estado. Pero el poder supremo está en manos del soberano. Le ha sido conferido por el dios principal, que le ha «elègido» y del que es mandatario. El soberano será quien tome todas las grandes decisiones, quizás tras haberse asesorado con el Consejo de Ancianos, y será el templo el que, bajo sus órdenes, administrará la vida económica, tal y como siempre lo había hecho.

El principado —que en este sentido no es más que una ampliación

---

[21] J. P. Grégoire: «L'origine et le développement de la civilisation mésopotamienne du III millénaire avant de notre ère», en *Production, Pouvoir et Parenté dans le Monde méditerranéen*, París, 1981, pp. 67/75. Debemos agradecer a J. P. Grégoire que haya esbozado para nosotros su punto de vista, esbozado en este artículo y que será publicado posteriormente.

[22] Acerca de las diversas formas de comunidades aldeanas, ver I. J. Gelb en D. O. Edzard (Ed.): *Op. cit., supra*, pp. 89/92.

[23] Esto es probablemente lo que quiere decir: «Enmerkar... el que construyó Uruk», en SKL, p. 88.

de la comunidad aldeana— continúa perteneciendo a una divinidad. Los pastizales, ganados y pesquerías, así como el comercio y la industria, serán gestionados por el Estado según la voluntad divina. Y lo mismo ocurrirá con las tierras cerealícolas que administra el Templo, pero de las que realmente no es «propietario», ya que no las puede vender. Los únicos bienes que parecen haber pertenecido a los particulares fueron las casas, los jardines, a veces los palmerales, y los bienes muebles.

Las tierras cerealícolas se hallaban divididas en dominios, cada uno de los cuales se hallaba administrado por un templo. Cada dominio, a su vez, se hallaba dividido en tres partes: el «campo del señor» *(gána-ni-en-na),* que alimenta al personal del templo y que está explotado por los agricultores *(engar)* vinculados a estas instituciones y/o por corveas estacionales, que representaban un «impuesto» en trabajo sobre toda la población; el «campo arrendado» *(gána-uru 4-lá),* dividido en parcelas concedidas a cambio del pago de una parte de la cosecha, y por último el «campo de subsistencia» *(gána-shukura),* atribuido en usufructos determinadas categorías de dignatarios, funcionarios y subalternos.

Los ingresos del Estado serán pues considerables y serán utilizados de muchas formas. Una parte se almacenaba como reserva para períodos de escasez, otra se intercambiaba por materias primas de primera necesidad o de lujo importadas del extranjero, y una tercera parte, por último, —y sin duda la más importante— era redistribuida bajo la forma de raciones a una gran parte de la población, incluyendo en ella al soberano y su familia [24], a los artesanos, artistas y escribas y a estos agentes del comercio exterior del Estado que eran los *damgar,* a los militares profesionales, a los funcionarios subalternos, y a los jornaleros que alquilaban su trabajo para un servicio concreto, así como a los obreros y obreras que trabajaban en los talleres del estado y a los desheredados de la tierra (enfermos, inválidos, viudas, huérfanos y madres solteras) a los que el templo tomaba a su cargo, tal y como antaño hacía la Iglesia en Occidente [25]. El sistema de raciones es muy complejo, porque se basa en una escala jerárquica en la que intervienen la función (es decir, básicamente la amplitud del poder de decisión), pero también el «prestigio», la notoriedad y los servicios prestados.

Todo ello exigía una planificación, un control y un sistema de contabilidad enormes, pero los sumerios, gentes prácticas y minuciosas, estaban notoriamente bien organizados en este sentido. No solo sus «burócratas» nos han dejado centenares de recibos, «nóminas» y listas de trabajadores y otros documentos de este tipo, sino que tam-

---

[24] No es cierto que en la época Dinástica Arcaica el soberano poseyese su propio dominio. Por el contrario, la asignación de «raciones» al palacio está atestiguada en los textos.

[25] I. J. Gelb: «The *arua* institution», RA, 66, 1972, pp. 10/11.

bién sabemos por los archivos de Girsu y Shuruppak que el grado de especialización se había llevado hasta su extremo. Así es, por ejemplo, como había pastores diferentes para los asnos y las asnas, pescadores de agua dulce y agua salada y de mar, e incluso los encantadores de serpientes formaban una «corporación» que tenía su propio jefe [26]. Un tropel de escribas, duplicado por otro de contramaestres *(ugula),* intendentes *(nu-banda),* inspectores *(mashkim),* peritos *(agrig)* y otros «cuadros subalternos» bajo la autoridad de un personaje a la vez sacerdote y administrador en jefe del templo, el *shanga,* hacían girar toda esta pesada maquinaria económica.

Puede apreciarse lo difícil que es dar un nombre a este sistema que no deforme la realidad y cuan vano sería tratar de distinguir «clases» en esta sociedad, basándose en los conceptos modernos, tales como «propiedad de la tierra» o «propiedad de los medios de producción». Pero es preciso destacar, una vez más, que nuestra información es muy fragmentaria, se halla demasiado localizada y comporta numerosas lagunas. Así es como los contratos provinientes de Shuruppak nos muestran la existencia de individuos de niveles sociales muy diferentes comprándole a comunidades familiares campos de diferente extensión [27]. ¿Había pues, en el Centro y el Norte de Sumer, propiedad privada, aparentemente desconocida en el Sur? ¿O es que los compradores de estos bienes actuaban como intermediarios en nombre de las instituciones estatales? En la actualidad es imposible resolver el asunto.

Siendo como es la naturaleza humana no tiene nada de extraordinario el que algunos individuos, el primero de los cuales sería el soberano, tratasen de apropiarse, a título personal, de las tierras y los bienes que pertenecían a los dioses o a las comunidades familiares, y de explotar al pueblo llano. Parece ser que esto fue lo que hizo uno de los soberanos de Lagash, Lugalbanda, aprovechándose de que era el nieto de Dudu, *shanga* del templo de Ningirsu en Girsu. Así es, en efecto, como se interpreta en la actualidad el conjunto de las célebres reformas de Uru-inimgina*. En una serie de textos [28], este «nuevo rico» que sucedió a Lugalanda hacia el 2350 nos describe las tropelías administrativas, los abusos, las injusticias de todo tipo que atribuye, sin mencionarlo, a su predecesor. Los inspectores del palacio interve-

---

[26] A. Falkestein: *Op. cit.*, p. 792; M. Lambert: «La période présargonique. La vie économique à Shuruppak», *Sumer,* 10, 1954, pp. 150/190.

[27] I. M. Diakonoff: «Sale of land in the most ancient Sumer and the problem of the Sumerian rural community», VDI, 1955, pp. 10/40.

* Antes llamado Urukagina. El signo KA «boca» puede leerse *inim* «palabra». Este nombre significaría «La ciudad de una palabra firme» (llamada el dios...).

[28] M. Lambert: «Les reformes de Urukagina», RA, 50, 1956, pp. 169/184; «Recherches sur les réformes de Urukagina», *Orientalia,* 44, 1975, p. 22/51; B. Hruska: «Die Reformtecte Urukaginas» en P. Garelli (Ed.). *Le Palais et la Royauté,* París, 1974, pp. 151/161. Sobre la lectura Uru-inim-gi-na. Ver W. G. Lambert: *Orientalia,* 39, 1970, p. 419.

nían en todos los asuntos, se cobraban elevados impuestos por los matrimonios y los funerales, y los altos funcionarios compraban casas por debajo de su valor real. La corrupción reinaba por doquier, los pobres estaban agobiados. El propio soberano se apropiaba de vastos dominios, sus jardines de «cebollas y pepinos» se extendían sobre las mejores tierras de los dioses, y en el colmo de la falta de pudor las hacía trabajar con bueyes y asnos pertenecientes a los templos. Uruinimgina revocó a numerosos funcionarios, redujo los impuestos y «reestableció a Ningirsu en las casas y los campos del soberano». «Hizo lavar los domicilios de los habitantes de Girsu de la usura, el acaparamiento, el hambre, el robo y la violencia; instituyó su libertad». Pero estas reformas, si llegaron a ser aplicadas, no tuvieron un efecto duradero, porque bajo el reinado de este benefactor Lagash y Sumer enteros cayeron bajo las manos del ambicioso soberano de Umma, para pasar años más tarde a las de Sargón de Acad.

El Soberano

El soberano de cada uno de los principados fue llamado *en, lugal* o *ensi.* El título de *en* «señor», que se aplica a los dioses (Enlil o Enki) y a los sumos sacerdotes, aparece sobre las tablillas arcaicas de Uruk, y al parecer jamás fue detentado por los amos de esta ciudad, y sí, curiosamente, por los reyes de Ebla[29]. *Lugal,* literalmente «gran hombre» y *ensi,* lectura del complejo logograma PA.TE.SI, de significación incierta, suelen traducirse normalmente por «rey» y «gobernador», pero en la medida en que evoca la subordinación a otro ser diferente al dios la palabra gobernador no debe utilizarse para el período Dinástico Arcaico, en el que podemos ver a los soberanos de Lagash, por ejemplo, llevando tanto el título de *ensi* como el de *lugal,* sin que se sepa muy bien por qué. Dado que el origen y el sentido concreto de estos términos se nos escapan, será indudablemente preferible atenerse a los vocablos sumerios[30]. Sea cual sea el título del soberano, su esposa suele llevar a veces el título de *nin,* que significa «señora y soberana», y que, como el de *en,* posee connotaciones religiosas. La reina ocupa un rango muy elevado, posee bienes propios y desempeña un importante papel en la vida pública. Así por ejemplo en Girsu gestiona los asuntos del templo de la diosa Baba. El poder

[29] En eblaíta, *en* equivale a *malikum* (árabe *malik*), «rey». El *lugal* es un alto funcionario «gobernador», «superintendente», o incluso «estratega». Ver: J. P. Gregoire: «Remarques sur quelques noms de fonction et sur l'organisation administrative dans les archives dé Ebla», en *La Lingua di Ebla. Atti del Convegno internazionale,* Napoli, 1981, pp. 379/399.

[30] Sobre este tema ver: W. W. Hallo: *Early Mesopotamian Royal Titles,* New Haven, 1957; M. J. Seux: *Epithèes royales akkadiennes et sumériennes,* París, 1967; D. O. Edzard: «Problemes de la royauté dans la période présargonique», en P. Garelli (Ed.), *Le Palais et la Royauté,* pp. 141/149.

real es hereditario y normalmente se transmite de padre a hijo, pero tenemos un caso de una mujer que llegó a detentar efectivamente el poder. Ku-Babba, único soberano de la efímera III Dinastía de Kish, y curiosamente calificada de «tabernera» en la Lista Real Sumeria.

El soberano gobierna el principado en tanto que ejecutor de los designios divinos. Garantiza la fertilidad y la fecundidad del país, dirige los ejércitos al combate, firma los tratados, administra la justicia y dirige las grandes obras públicas. Pero su labor más sagrada, y la más meritoria a sus ojos, consiste en hacer construir, mantener, reparar y embellecer los templos. La mayor parte de las inscripciones dan cuenta de actividades de este tipo, que por otra parte serán propias de todos los reyes mesopotámicos, y de Ur-Nanshe a Asurbanipal muchos monarcas se harán representar sobre bronces, placas votivas, estatutas o estelas, llevando sobre su cabeza un capacho con los ladrillos destinados a los santuarios. El soberano juega pues también un papel importante en determinadas festividades, procesiones y otras ceremonias religiosas, y dirige las múltiples actividades económicas del templo.

Si el *en,* sacerdote-rey, siempre vivió indudablemente en la proximidad o en el interior del templo, el *lugal* o *ensi* parece haber morado en un palacio (*é-gal,* «gran casa»). Desgraciadamente es muy difícil distinguir en el curso de una excavación una morada real de una gran casa ordinaria, o de un gran complejo administrativo o, incluso, de un arsenal fortificado. Hasta el momento solamente cuatro construcciones han sido exhumadas que puedan merecer el nombre de palacio, y el único de ellos situado en el país de Sumer, el palacio de Eridu, no ha sido más que parcialmente excavado; los otros tres —el palacio de Kish y los dos palacios presargónicos sucesivos y superpuestos de Mari— se hallan en regiones pobladas exclusivamente, o en su mayor parte, por semitas [31]. Sin embargo la semejanza entre los planos de estos cuatro palacios casi contemporáneos (DA III) es asombrosa: un gran patio rodeado de habitaciones por tres de sus lados y que comunica con una gran «sala de audiencias», todo ello rodeado por dos muros muy gruesos separados por un estrecho corredor. En Kish una construcción adyacente al palacio tenía un hall y un pórtico con columnas. En Mari los palacios contenían instalaciones rituales que parecen ser capillas reales. En Kish, al igual que en Mari, se han hallado en el palacio paneles de madera con fondo de esquisto o de betún sobre el que se destacan personajes, animales, carros y muebles recortados en piedra calcárea o nácar, y que forman escenas de guerra y paz. Mal llamados «estandartes», estos paneles de hecho no eran más que placas murales análogas a los bajo-relieves asirios. El descubrimiento, en uno de los palacios de Mari, de una jarra llena de obje-

[31] Kish: E. Mackay: *A Sumerian Palace and the «A» Cemetery at Kish,* Chicago, 1929; P. R. S. Moorey: *Kish Excavations,* Oxford, 1978, pp. 55/60. Mari: A. Parrot, *Syria,* 42, (1965) y 49 (1972). Eridu: F. Safar: *Sumer,* 6, 1950, pp. 31/33.

tos preciosos, de los que uno de ellos, una perla de lapislázuli ofrecida por Mesannepadda, *lugal* de Ur [32], parece confirmar que se trata de una residencia real.

En todo el Próximo Oriente las tumbas reales han sido violadas y saqueadas a lo largo de la Antigüedad con tanta regularidad que podría decirse con toda tranquilidad que el descubrimiento en 1921 del célebre «Cementerio real de Ur» fue, por sí solo, el fruto de una enorme suerte. Pero los objetos artísticos que nos han proporcionado estas tumbas y las circunstancias en las que estos «reyes» y «reinas» fueron inhumados proporcionaron a este descubrimiento un carácter único, a la vez horrendo, misterioso y maravilloso.

Este cementerio, que puede datarse a finales del DA II (hacia el 2600) se compone de diecisiete sepulturas excavadas profundamente en un talud al pie del muro del recinto de la ciudad: se trata de una fosa con un ataúd, pero que contiene un rico mobiliario funerario y de dieciséis tumbas abobedadas, construidas en piedra o ladrillo, a las que se accedía por un plano inclinado, seguido de un vestíbulo. Seis de esas tumbas fueron halladas ya destruidas, y de ellas no quedaba más que la rampa de acceso y una gran cavidad bautizada con el nombre de «fosa de la muerte» *(death pit)*; las diez restantes tenían una o muchas cámaras. Nos es imposible describir en detalle el contenido de estas sepulturas y no podremos más que remitir al lector a las obras del director de la misión arqueológica de Ur, Sir Leonard Woolley, consagradas al cementerio real [33]. Nadie mejor que el propio «inventor» podrá efectivamente hacernos compartir el entusiasmo que se apoderó de los excavadores cuando abrieron estas tumbas, cerradas, hacía cinco mil años, y cuando el oro, la plata y las piedras preciosas se pusieron a relucir entre la arcilla. Tampoco nadie podrá describir mejor el cuidado, la minuciosidad, la paciencia y la habilidad que fue preciso desplegar para recoger, conservar y restaurar lo más fielmente posible una gran parte de los ornamentos y los diversos objetos que acompañaban a los esqueletos y que en la actualidad se hallan repartidos entre los museos de Bagdad, Filadelfia y el British Museum. Citemos, a modo de ejemplo, entre las piezas más notorias, los vasos y copas de oro y plata, los puñales de oro con mango de plata o lapislázuli, las liras decoradas con una bellísima cabeza de

---

[32] A. Parrot y G. Dossin: *Le Trésor d'Ur*, París, 1968. Acerca del problema histórico planteado por este descubrimiento ver. E. Sollberger: RA. 63, 1969, pp. 169/170, y G. Dossin RA, 64, 1970, pp. 163/168.

[33] El yacimiento más importante de Ur (el-Mughayir, a 15 kms. al suroeste de Nasriyah) ha sido excavado por una misión anglo-americana de 1922 a 1934. Publicación definitiva: *Ur Excavations* (UE), London 10 vols. publicados. Textos en *Ur Excavations Texts* (RUET), London/Filadelfia, 9 vols. publicados. Resumen de los resultados en AM I, pp. 282/309. Sobre el cementerio real C. L. Woolley: *Ur, the Royal Cemetery* (UE, II), London, 1934. Obras de vulgarización: C. L. Woolley: *Digging up the Past*, Harmondsworth, 1937, pp. 81/103; *Ur of the Chaldees* (puesto al día por P.R.S. Moorey), London, 1982, 3.ª ed., pp. 51/103. Fecha del cementerio H. J. Nissen: *Zur Datierung des Königsfriedhofes von Ur*, Bonn, 1966.

toro hecha en metales preciosos, la notable escultura del «carnero atrapado en la zarza», de madera forrada en oro y lapislázuli y el «estandarte de Ur», de nácar, con fondo de esta misma piedra, así como la diadema de hojas de oro, los pendientes de oro macizo, y el collar de oro, lapis y cornalina que llevaban la reina «Shubad» (nombre que en la actualidad se lee Pû-abi) y las mujeres de su corte, y por último la espléndida peluca de Meskalamdug, esculpida en una única lámina de oro de quince quilates y finamente cincelada. Suscitó tanto asombro como la tumba de Tutankamon, descubierta en la misma época, aunque de doce siglos menos de antigüedad. Ni el «tesoro de Príamo» en Troya, ni los tesoros de Alaca Hüyük y de Dorak, en Turquía, un poco más recientes que el tesoro de Ur, pueden rivalizar con él.

Además del cuerpo del personaje principal, la mayor parte de estas tumbas contenían los cuerpos de otros individuos, a veces muy numerosos (sesenta y tres en la «tumba del rey», setenta y cuatro en la «Gran fosa de la muerte») y en su mayoría de sexo femenino, y muertos evidentemente por envenenamiento en el momento de los funerales de sus amos, y enterrados con ellos. Y la evocación por parte de Woolley de estos extraños funerales, donde los soldados con sus armas, los cocheros con sus carros, los músicos con sus liras y las damas de la corte, sin duda muy pálidas bajo sus atuendos, se dirigían al lugar donde les esperaba una muerte dulce, pero inevitable, no deja de suscitar en nosotros un sentimiento de horror y repulsión. Esta costumbre de inhumar a los reyes con sus sirvientes, guardas y carros se halla también atestiguada para otros países y para otras épocas en Egipto en la época tinita, entre los escitas y los mongoles, en la China y en Assam, e incluso entre los comanos de Rusia en el siglo XIII de nuestra era —pero en ninguna parte de Mesopotamia, excepto en Ur, y quizás en Kish [34].

¿Quiénes eran esos personajes ricos y poderosos a los que se enterró de ese modo en Ur? Las inscripciones de los vasos metálicos y los cilindro-sellos hallados en algunas de las tumbas nos han dado los nombres de ocho hombres y cuatro mujeres. Entre los hombres un tal Meskalamdug, —sin duda otro diferente al príncipe de este nombre que poseía la peluca de oro— lleva el título de *lugal,* y Akalamdug (quizás su hijo), el de *lugal* de Ur. Los restantes no poseen ningún título real. Dos de las cuatro mujeres (Pû-abi y Nin-banda) son llamadas *nin,* la tercera es expresamente designada como esposa *(dama)* de Akalamdug y la cuarta, como sacerdotisa del dios Pabilsag. Ni Meskalamdug ni Akalamdug figuran en la lista real sumeria, pero ello no quiere decir que no hayan podido reinar en Ur. Pû-abi y Nin-banda pudieron haber sido reinas, pero también grandes sacerdotisas, ya que

[34] C. J. Gadd: «The spirit of living sacrifices in tombs», *Iraq,* 22, 1960, pp. 51/58. Las tumbas del «cementerio Y» de Kish, un poco anteriores a las de Ur no contenían más que carros y animales de tiro.

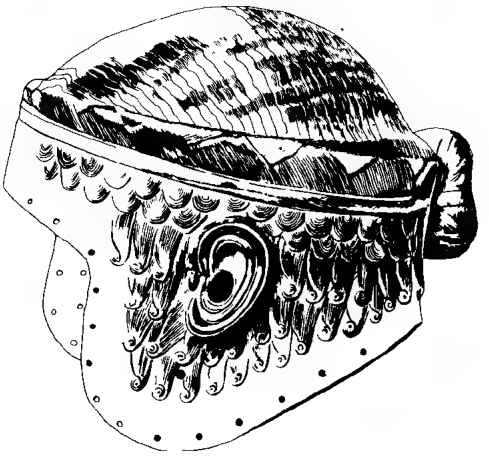


Ilustración 10: *Casco (o más bien peluca) en oro macizo del rey (o príncipe) Meskalamdug, proviniente del cementerio real de Ur.*
Según Sir Leonard Woolley: Ur Excavations, II, *1934.*

el título *nin* se aplicaba a ambas funciones. Hay que destacar que sólo siete tumbas contenían inscripciones, y que éstas no tenían por qué estar necesariamente en relación con el ocupante principal, y que los titulares de las diez tumbas restantes siguen siendo totalmente desconocidos. ¿Podemos preguntarnos de nuevo quiénes eran estas personas y a qué se debieron estos atroces funerales colectivos? No faltan hipótesis: ¿reyes y reinas divinos o semidivinos tratados como tales? ¿Reyes y reinas que se llevaban sus riquezas y sus servidores a la tumba para atraerse el favor de los dioses de los Infiernos? ¿Reyes y sacerdotisas sacrificados tras haber desempeñado los papeles de Dumuzi e Inanna en el ritual del matrimonio sagrado? ¿Rito funerario asociado únicamente al culto del dios-luna Nanna, patrón de Ur, cuyas sacerdotistas eran tradicionalmente de sangre real? Sometidas a contrastación, ninguna de estas teorías es plenamente satisfactoria, y es preciso reconocer que, tras sesenta años a partir de su descubrimiento, el misterio sigue rodeando al Cementerio real de Ur [35].

Esbozo de historia política

Reconstruir la sucesión de acontecimientos que se fueron desarrollando en el transcurso del período Dinástico Arcaico constituye una de las tareas más difíciles que puede llevar a cabo un historiador. La Lista Real Sumeria, que en un principio deberá servirnos como hilo conductor, presenta como sucesivos y en un orden que varía un poco solamente de una versión a otra, las «dinastías» que necesariamente debieron superponerse. Con muy pocas excepciones, los textos pro-

[35] P. R. S. Moorey: «What do we know about the people buried in the Royal Cementery?», *Expedition*, 20, 1977-1978, pp. 24/40; G. Roux: «La grande énigme des tombes d'Ur», *L'histoire* (en prensa, aparecerá en 1985).

piamente «históricos» son muy concisos y de cronología incierta. Excepto algunos sincronismos y algunos hechos bien establecidos, todo lo demás es enormemente hipotético [36].

Al igual que casi todas las demás historias políticas, ésta está hecha básicamente con guerras. La mayor parte de estos conflictos tenían, sin duda alguna, motivos económicos, pero la religión, las ambiciones y la gloria también jugaron un papel determinante en muchos de ellos. Así, por ejemplo, apoderarse de Kish o dominar a esta ciudad, de un modo u otro fue la ambición de numerosos reyes de Sumer, no solo porque Kish controlase todas las vías comerciales entre la Baja y la Alta Mesopotamia y el exterior, sino también porque esta ciudad disfrutaba por una razón que se nos escapa, de un inmenso prestigio, y porque su control suponía unir bajo un único gobierno a sumerios y semitas. Este fue el motivo por el que el título de «*lugal* de Kishn» fue más deseado que ningún otro, ya que de hecho era sinónimo de «rey de Sumer y Acad», que más tarde aparecerá en las inscripciones de la III Dinastía de Ur. Otro de los polos de atracción, Nippur [37], aunque situado en el corazón del país de Sumer jamás obtuvo ni reivindicó el control de los demás principados, e incluso no figura en la Lista Real. Pero era la morada del dios Enlil, la capital religiosa, la Roma o la Meca de Sumer. Del mismo modo todos los *ensi* y *lugal* de todo el país rivalizaban por ver quién ofrecía los presentes más suntuosos al santuario de Enlil, o por ver quién restauraba y embellecía sus templos. Todos los soberanos que reinaron sobre la totalidad de Sumer se proclamaron «elegidos por Enlil» y le atribuyeron su supremacía. ¿Será preciso ver en ello un signo de fervor religioso, o más bien, como lo creen los partidarios de una «democracia primitiva» una supervivencia de la época en la que ante una invasión extranjera los delegados de todas las ciudades sumerias se reunían para designar en Nippur a un jefe militar único? ¿O quizás es que los sacerdotes y los teólogos de Nippur ejercían sobre los reyes una influencia oculta, pero profunda, tal y como la que en algunas épocas ejerció el clero de Heliópolis en Egipto? Para todas estas preguntas, como para tantas otras, no hay respuesta definitiva.

Hemos dicho a comienzos de este capítulo que Enmebaragesi de Kish era el padre de Agga, y recordado que este último había sido vencido por Gilgamesh rey de Uruk. Si se admite que Enmabaragesi haya reinado hacia el 2700, este acontecimiento debió haber tenido lugar hacia el 2650. Y representa, junto con la mención en la Lista

---

[36] Ver las exposiciones de M. Lambert: «La période présargonique. Essai d'une histoire sumérienn», *Sumer*, 3, 1952, pp. 55/57, pp. 198/216; S. N. Kramer: *The Sumerians*, pp. 46/59; C. J. Gadd, CAH (3), I, 2, pp. 105/120.

[37] En la actualidad Nuffar, a 30 kms. al este de Diwaniyah. Excavaciones americanas de 1889 a 1900, seguidas intermitentemente hasta 1948. Informes preliminares en diversas revistas (JNES, *Sumer*, ILN, AFO, OIC) Informes definitivos en curso de publicación bajo el título de *Nippur* (I, II, etc.) Chicago/London, 1967 ss. Este yacimiento ha dado numerosos textos.

Real Sumeria de una victoria de Enmebaragesi sobre los elamitas («trajo como botín las armas del Elam») y los nombres de dos reyes de Ur, Meskalamdug y Akalamdug, enterrados con gran pompa en el cementerio real de Ur, todo lo que sabemos acerca del siglo XXVIII.

Poco después del 2600, sobre un vaso que dedica al dios Zababa, un *nesi* de Kish, llamado Uhub, se proclama vencedor de Hamazi, región o ciudad que se sitúa más allá del Tigris, entre el Diyala y el Zab inferior. Hacia el 2550 aparece otro soberano de esta ciudad, el *lugal* Mesilim, que parece ser el soberano de al menos dos de los *ensi* de ciudades muy alejadas de Kish: el de Lagash, Lugal-Shag-engur y el de Adab [38], Ninkisalsi. Construyó un templo a Ningirsu en Girsu y arbitró una disputa entre Lagash y su vecina Umma [39].

Poco después en la misma época (hacia el 2560), Mesannepadda («Héroe elegido por An») funda la I Dinastía de Ur. Ur era por aquel entonces una ciudad de alrededor de cuatro mil habitantes, más pequeña que Uruk o Lagash, y su territorio era muy reducido, pero era un puerto fluvial sobre el Éufrates, no lejos del Golfo Pérsico, y ello le proporcionaba su riqueza, debida al comercio marítimo. En el curso de un reinado de alrededor de unos cuarenta años Mesannepadda haría de ella una gran capital. Fue generoso con Nippur, donde construyó una gran parte del templo de Enlil, y después, aprovechándose de un vacío de poder en Kish —provocado sin duda alguna por una incursión de los elamitas de Awan [40]— se apoderó de esta ciudad, lo que teóricamente lo hizo amo de toda la Baja Mesopotamia. Su influencia pareció extenderse todavía más lejos, a juzgar por el «tesoro de Ur», hallado en Mari, que da testimonio de la existencia de relaciones amistosas entre el *lugal* de Ur y uno de los reyes presargónicos de esta ciudad. Mesannepadda murió hacia el 2525. De su hijo A-annepadda («Padre elegido por An») no sabemos nada, excepto que mandó construir el templo, ricamente decorado, de Ninhursag en El Ubaid. Será bajo su reinado, poco después de 2500, cuando suba al trono de Lagash Ur-Nanshe, el primero de una larga dinastía de *ensi,* muchos de los cuales nos han dejado abundantes inscripciones. A pesar de su nombre («Guerrero de Nanshe») este príncipe, quizás vasallo de Ur, parece haber vivido en paz. Se dedicó a construir una muralla y muchos templos, hizo excavar canales y fomentó el comercio con Dilmun, porque también él poseía una «ventana» al Golfo, el puerto de Eninkimar. Una placa votiva muy conocida lo repre-

---

[38] Bismaya, a 20 kms. al norte de Fara. Brevemente excavado por el Oriental Institute de Chicago entre 1903 y 1904. Ver. E. J. Banks: *Bismaya, or the Lost City of Arab,* New York, 1912 y AM, I, pp. 207/210.

[39] Umma es Tell Jokha, a unos 25 kms. al noroeste de Tello. Este yacimiento no ha sido explorado científicamente, pero excavaciones clandestinas han proporcionado numerosas tablillas, la mayor parte de la época de Ur III.

[40] Situado probablemente en los alrededores de Dizful (RGTC, II, p. 20). Awan es el primer estado elamita del que poseemos una lista de reyes. Ver. W. Hinz en CAH (3), I, 2, pp. 644/654.

senta llevando dignamente la cesta sobre la cabeza, y acompañado por su esposa, sus siete hijos y tres dignatarios [41]. Uno de sus hijos, Akurgal, le sucedió en el 2465, pero de sus diez años de reinado no tenemos más que una inscripción que nos dice que construyó el Antasura, templo en la frontera con Girsu. Un texto de comienzos del segundo milenio nos informa de que su contemporáneo Meskiagnunna, *lugal* de Ur, embelleció un santuario llamado Tummal en Nippur e hizo entrar en él a la diosa Ninlil [42].

Ninguna inscripción contemporánea hace alusión a una guerra, pero hacia el 2450 esta *pax sumerica* bajo la égida de los reyes de Ur se vió bruscamente alterada. Las tropas de Hamazi, conducidas por su jefe Hatanish, atravesaron el Tigris y se apoderaron de Kish, donde permanecerían seis años, antes de que el rey de Akshak [43] la reconquistase, mientras que en Lagash, Eannatum*, que accedió al trono hacia el 2455 debió hacer frente a una o muchas coaliciones, de las que formaba parte Elam y sus aliados de la Transtigrina, así como Ur, Uruk, Akshak, Kish y, cosa inesperada, Mari.

Muy mal conocida hasta estos últimos años, la historia de Mari durante el tercer milenio [44] ha llegado a aclararse un poco gracias a los archivos de Ebla. En efecto, en un texto de una amplitud y de una precisión incomparables en esta época, Enna-Dagan, rey de Mari, recuerda las gestas de su predecesor Iblul-Il a un rey de Ebla, de quien no da el nombre, pero que verosímilmente puede ser Ar-Ennum [45]. Iblul-Il, uno de los cuatro reyes presargónicos de Mari que nos han dejado estatutas, habría invadido el territorio de Gasur (ciudad que más tarde será llamada Nuzi), cerca de Kirkuk, y conquistado una parte de la Siria del Norte. Ebla, sintiéndose amenazada, habría pagado entonces tributo a Mari durante un cierto tiempo. No poseemos, por desgracia, ningún sincronismo entre Iblul-Il y alguno de los *lugal* o *ensi* de Sumer, pero parece probable que el reino de Mari haya conocido su apogeo bajo su reinado y veríamos con gusto en él al adversario de Eannatum (ver cuadro 2). Parece ser que Ebrium, sucesor de Ar-ennum en Ebla, consiguió inclinar la balanza a su favor, pero no hay ninguna prueba de que hubiese conquistado Mari.

---

[41] A. Parrot: *Sumer,* 2.ª ed. p. 161, fig. 158.

[42] S. N. Kramer: *The Sumerians,* pp. 46/49; E. Sollberger: «The Tummal inscription», JCS, 16, 1962, pp. 40/47.

[43] Ciudad de localización incierta, pero situada probablemente no lejos de Kish (RGTC, II, p. 20).

* «Digno de el E-anna» (templo de Innana en Lagash).

[44] La lista real sumeria da una «dinastía de Mari» (6 reyes, 136 años) intercalada entre las dinastías de Adab y de Kish III. Los nombres de los reyes son desgraciadamente ilegibles, pero parecen ser sumerios, lo que es muy sospechoso.

[45] Este texto es el más antiguo relato de una campaña militar. Ha sido publicado por G. Petinato en *Akkadica,* 2, 1977, pp. 20/28, en su obra *Ebla* (ver más arriba nota 5), 1979, pp. 103/108 y en *Oriens Antiquus,* 19, 1980, pp. 231/245. Ver también B. Kienast: «Der Feldzugsbericht des Ennadagan in literahistorischer Sicht», *Oriens Antiquus,* 19, 1980, pp. 247/261.

Contra todos sus enemigos Eannatum se batió como un león. Expulsó de Sumer a las bandas de elamitas, saqueó o aniquiló las ciudades de sus aliados, venció a Mari, se apoderó de Ur y Uruk, arrancó Kish a Zuzu, soberano de Akshak, y «añadió al ensiato de Lagash el lugalato de Kish». Si lo que dice se pudiese tomar al pie de la letra habría reinado durante un momento sobre todo Sumer, y quizás más allá. Pero la hazaña de Eannatum sobre la que mejor informados estamos no es esta gran guerra. Se trata de un conflicto puramente local, la vieja disputa que ya antaño Mesilim había arbitrado, acerca de la región fronteriza de Gu-edinna, erigiendo su estela en el límite de los dos estados [46]. Sin duda, aprovechando la confusión reinante:

> «Ush, el *ensi* de Umma, actuó conforme a su pomposo discurso. Desplazó esta estela y marchó sobre la llanura de Lagash».

Conducidos entonces por su soberano, los soldados de Lagash con sus cascos de cuero, armados de lanzas y protegidos por sus grandes escudos avanzaron en formación cerrada, emprendieron el combate y ganaron la batalla. La «red de Ningirsu» se abatió sobre sus adversarios y los cadáveres se amontonaron bajo veinte túmulos. La población de Umma se rebeló y mató a su jefe. El nuevo *ensi* de esta ciudad, Enakalle, firmó la paz. Se fijó la frontera, claramente indicada por un elevado talud coronado por mojones y capillas. La estela de Mesilim volvió a ser puesta en su lugar. Eannatum conmemoró su victoria —o más bien la de Ningirsu sobre Shara, dios de Umma— con la magnífica estela, llamada «de los buitres», de la que se enorgullece el Louvre [47].

El período que siguió a la muerte de Eannatum (hacia el 2425) es muy confuso. Parece ser que En-shakush-anna, *en* de Uruk y Lugal-anne-mundu, *lugal* de Adab, ocuparon sucesivamente Kish y Nippur y se hicieron reconocer como soberanos de Sumer. En Lagash el conflicto con Umma estalló de nuevo por dos veces; bajo los reinados de Enannatum I, hermano de Eannatum, y de su hijo Entemana, los *ensi* de Umma franquearon la frontera y llegaron a saquear los campos de Girsu. Fueron rechazados y derrotados, pero preocupado, sin duda alguna, Entemena firmó con su poderoso vecino Lugal-Kinishe-dudu*, a la vez *en* de Uruk y *lugal* de Uruk, un «tratado de fraternidad», del que se conocen al menos cuarenta y seis ejemplares sobre conos de arcilla. Treinta años más tarde, un golpe de estado traería consigo la caída de la dinastía que había fundado Ur-Nanshe y llevó al trono de Lagash a una familia sacerdotal que será destronada por Uru-inimgina, el reformador. Fue entonces cuando apareció un *ensi*

---

[46] El origen y desarrollo de este conflicto están descritos por Entemena, sobrino de Eannatum, en una larga inscripción sobre un cono de arcilla (IRSA, pp. 71/75).

[47] A. Parrot: *Sumer*, 2.ª ed. p. 165, fig. 160/161; texto en IRSA, pp. 47/58.

* «Rey que se lanza a su propósito».

de Umma llamado Lugalzagesi*, que vengará dos siglos de derrotas. Marchará contra Girsu, se apoderará de la ciudad, la saqueará y la incendiará:

> «El hombre de Umma incendió el talud-frontera. Incendió (el templo) Antasura y robó la plata y el lapislázuli. Mató en el palacio de Tiras, mató en el Apsu-banda, mató en la capilla de Enlil y en la capilla de Utu... El hombre de Umma ha pecado contra Ningirsu porque destruyó Lagash. ¡Qué Nidaba, la diosa de Lugalzagesi, *ensi* de Umma, haga pesar este pecado sobre su cabeza!»

Pero esta maldición, que puede leerse sobre una tablilla anónima, no tuvo efecto inmediato. Tras Lagash, Lugalzagesi se apoderó de Uruk y Ur, luego conquistó todo el país de Sumer, y todavía más, tal y como lo indica la larga inscripción que cubre los numerosos vasos de calcita que dedicó a Enlil en Nippur:

> «Cuando Enlil, el rey de todo el país, dio a Lugalzagesi la realeza del país y lo justificó ante el país, cuando puso a todos los demás países a su servicio y, del levante al Poniente, los hubo sometido a su ley. Entonces hizo todas las rutas seguras, desde el Mar Inferior hasta el Mar Superior, a lo largo del Tigris y el Éufrates. Los países vivían en paz, el pueblo regaba en la alegría, y todos los dinastas y los príncipes de todos los países se inclinaban en Uruk ante su ley real...»

Hace algunos años se habría tomado todo esto por meras bravatas, pero los ejemplos de Ebla, Mari y Lagash bajo Eannatum dan mucho que pensar. En esos tiempos, en los que todavía no existía en el Próximo Oriente un poder sólidamente estructurado, un jefe muy decidido podía, a la cabeza de unos millares de hombres, gracias al uso de la fuerza y a la explotación de las rivalidades existentes entre las diferentes ciudades, crearse un auténtico, aunque efímero «imperio»[48]. El de Lugalzagesi no duró más que veinticuatro años (2340-2316), antes de sucumbir, a su vez, bajo los golpes de un recién llegado, un semita de Mesopotamia, Sargón de Acad.

---

* «Rey que llena el santuario».

[48] G. Steiner: «Altorientalische "Reichs" —Vorstellungen in 3 Jahrtausend v. Chr.» en M. T. Larsen (Ed.): *Power and Propaganda,* Copenhagen, 1979, p. 127.

CAPÍTULO NOVENO

LOS ACADIOS

Hemos visto en dos ocasiones como la influencia cultural de Sumer se extendía por la Alta Mesopotamia, sobre todo a lo largo del Éufrates, de Kish a Mari, y de Mari a Ebla. Perceptible ya desde la época de Jemdet Nasr, este movimiento en forma de mancha de aceite se manifiesta claramente durante la época Dinástica Arcaica, tanto en el arte como en la escritura y la literatura [1], pero nada parece indicar que la cultura sumeria haya sido difundida más que por los escribas, artistas, sabios y mercaderes. Durante más de cuatro siglos los soberanos de Sumer se enfrentaron, lo más frecuentemente entre sí, para rechazar a los invasores o para establecer su supremacía sobre los demás principados de la Baja Mesopotamia. Apoderarse de Kish, hacerse reconocer como soberanos en Nippur, y en algunos casos, asegurarse un acceso al Mar Inferior, siempre fueron sus únicas ambiciones. En muchos sentidos la Alta Mesopotamia seguía siendo para ellos un país extranjero.

Sin embargo, hacia finales del siglo XXIV, la fulminante campaña de Lugalzagesi en dirección noroeste da la señal de los comienzos de una política de expansión que inmediatamente retomarán los semitas de Kish, y cuyo fin inicial sería probablemente conjurar la amenaza que por aquel entonces hacía pesar sobre el Sur mesopotámico el poderoso reino de Ebla, ahora dueño de Mari y quizá de Asur. En algunos años Sargón y sus sucesores someterán todo el país de Sumer, conquistarán los valles del Tigris y del Éufrates, invadirán la Siria del Norte, abatirán Ebla, dominarán el Elam, lanzarán expedicio-

[1] Ver I. J. Gelb: «Thoughts about Ibla», *Syro-Mesopotamian Studies*, 1, 1977, pp. 8/9 y 13/15. El «profesor de matemáticas» de Ebla era originario de Kish (G. Pettinato, *Akkadica*, 2, 1977, p. 22).

nes sobre el Golfo, llegando a Omán, y conseguirán crear un verdadero imperio[2]. Por primera vez las dos mitades de Mesopotamia se verán reunidas en una sola nación que se extenderá desde el Tauro hasta las montañas del Fars, y de los Zagros al Mediterráneo. A los ojos de los contemporáneos este territorio era inmenso, prácticamente constituía el mundo entero, y por ello se comprende que Narâm-Sîn, nieto de Sargón, se glorificase con el título de *shar kibrat arba'im*, «rey de las cuatro regiones», a saber: el «Alto» (el Norte), el «Bajo» (el Sur), el Levante y el Poniente. El imperio de estos semitas, el imperio de Acad, no duró más que un siglo (2330-2200 en números redondos), pero creó un precedente que no sería olvidado jamás. Reconstruir la unidad de Mesopotamia para su provecho, asegurarse el control de todas las rutas comerciales que cruzan esta región en todos los sentidos, abrir una puerta hacia Occidente, hacia la ribera siria, será de ahora en adelante durante dos mil años el sueño y el supremo fin de los numerosos monarcas sumerios, y luego asirios y babilonios.

Ha llegado pues el momento de examinar más de cerca a estos semitas a los que ya hemos mencionado repetidas veces y que harán una entrada tan brillante en la historia.

Los Semitas

El adjetivo semítico fue inventado en el año 1781 por el filólogo alemán Schlözer para designar un grupo de lenguas fuertemente emparentadas[3], y a partir de ese momento se tomó la costumbre de llamar «Semitas» a los pueblos que hablaban, y que todavía hablan, estas lenguas. Ambas palabras derivan del nombre de uno de los hijos de Noé, Sem, hermano de Cam y Jafet, y, según la Biblia, antepasado de los asirios, arameos y hebreos[4]. Entre las lenguas semíticas vivas la más difundida es el árabe, seguida por el etíope y el hebreo. El acadio y sus variantes dialectales (acadio antiguo, asirio y babilonio), así como las lenguas llamadas semítico-occidentales (eblaíta, amorrita, cananeo, fenicio y moabita) ya son desde hace mucho tiempo lenguas muertas, mientras que el arameo ha sobrevivido, aunque muy modificado, como lengua litúrgica de muchas iglesias orientales y bajo la forma de dialectos hablados por pequeñas comunidades del Líbano y del norte del Iraq. Todas estas lenguas, muertas o vivas, po-

[2] Sobre este período consúltese: C. J. Gadd: «The Dynasty of Agade an the Gutian invasion», en CAH (3), I, 2, pp. 417/463; W. W. Hallo y W. K. Simpson: *The Ancient Near East,* New York, 1971, pp. 54/68; A. Westenholz: «The Old Akkadian empire in contemporary opinion», en M. T. Larsen (Ed.) *Power and Propaganda,* Copenhagen, 1979, pp. 107/123.

[3] A. L. Schlözer. *Von den Chaldäern,* 1781, p. 161.

[4] *Génesis,* X, 1, 21/31. Curiosamente la Biblia también hace descender a los elamitas de Sem.

seen numerosas características en común y constituyen una familia muy coherente [5]. Una de sus principales características la constituye el hecho de que los verbos y muchos adjetivos y sustantivos derivan de raíces formadas, lo más frecuentemente, por tres consonantes. Las vocales breves o largas asociadas a esas consonantes sirven para materializar y modular el concepto general que expresa cada raíz. Por ejemplo, en árabe el radical *k t b* expresa la idea vaga de escritura. «El escribió» (y también escribir, porque el verbo árabe carece de infinitivo) se dice *kataba*; «el escribe», *yiktib*; «está escrito» *maktub*; «escribano» *kâtib*; «libro» *kitab*, etc... Del mismo modo en acadio *ikashad*, «el conquistará»; *ikshud* «conquistó»; *kashâdu* «conquistar», y *kâshik* «conquistador», derivan todos ellos de la raíz *k sh d*, que expresa una idea de aproximación, y por extensión de conquista.

Durante toda la Antigüedad los semitas habitaron una zona compacta y perfectamente definida del Próximo Oriente, limitada por mares y montañas y que comprendía esencialmente la península de Arabia, Siria-Palestina y Mesopotamia. En un principio se los consideró como una raza; cuando se demostró que el concepto de raza era científicamente erróneo, pasaron a ser considerados como un grupo de pueblos, que no sólo compartían la misma lengua, sino que también poseían una psicología común, unos mismos usos y costumbres y unas mismas creencias religiosas. Por otra parte, una teoría admitida durante mucho tiempo sostenía que los semitas siempre habían sido primitivamente nómadas, y que su cuna, su región de origen se situaría en el *centro geográfico* de la zona que acabamos de definir, es decir, en el desierto sirio-árabe. Habría ido saliendo en diversas épocas en oleadas sucesivas, para irse sedentarizando en las periferias: los acadios en Mesopotamia central, probablemente en el cuarto milenio, los amorritas en Siria y en Mesopotamia y los cananeos en Siria-Palestina en el segundo milenio. Los arameos lo habrían hecho en torno al Creciente Fértil a partir del siglo XII antes de J.C. y por último los árabes en el siglo VII de nuestra Era [6].

Esta teoría se considera en la actualidad como caduca. Todos los estudios paleoclimatológicos efectuados desde hace cuarenta años demuestran que desde el fin del Paleolítico, el centro de la península de Arabia y el triángulo que separa Mesopotamia de Siria y Palestina fueron unos desiertos tan áridos como en la actualidad. Los escasos períodos pluviales comprobados entre el octavo y el tercer milenios no afectaron más que al cinturón montañoso de Arabia que va a lo

---

[5] P. Dhorme: *Langues et Ecritures sémitiques*, París, 1930; A. Meillet y M. Cohen: *Les Langues du monde*, París, 1952, pp. 81/181; W. F. Albright y T. O. Lamdim en CAH (3), I, 1, pp. 132/138; J. H. Hospers (Ed.): *A Basic Bibliography for the Study of the Semitic Languages*, I, Leiden, 1973.

[6] Sobre esta teoría ver S. Moscati: *The Semites in Ancient History*, Carduff, 1959, Crítica de la «teoría del desierto» por J. M. Grinz: «On the original Home of the Semites» JNES, 21, 1962, pp. 186/203, pero nos parece poco probable que la cuna de los semitas haya estado en la Alta Mesopotamia y Armenia, como sugiere ese autor.

largo del Mar Rojo y del Golfo de Omán [7]. Este desierto no pudo por lo tanto evidentemente nutrir a poblaciones demasiado numerosas como para que pudiesen invadir masivamente otras regiones, y de hecho, todo parece indicar que las únicas partes del Próximo Oriente habitadas de un modo relativamente denso durante la Antigüedad más primitiva fueron Turquía, el Levante, Mesopotamia, Irán, y en menor grado Hejaz, Yemen y Omán, es decir, zonas situadas en la periferia del gran desierto sirio-arábigo. Además, para poder vivir (de un modo muy miserable) en estas grandes zonas desérticas es preciso poder cubrir las grandes distancias que imponen las migraciones estacionales en busca de manantiales y escasos pastos. Pero es sabido que antes del siglo XII anterior a nuestra Era —fecha en la cual el uso del dromedario comenzó a difundirse a lo largo del Próximo Oriente— [8], los nómadas criaban cabras y corderos y que su única montura la constituía el asno. Su libertad de movimientos era pues mucho más restringida que la de los beduinos actuales y todas sus migraciones no pudieron tener lugar más que a través de una banda de anchura variable, situada al pie de las montañas, en los límites de la isohieta de los 250 mm. o sea a lo largo de los ríos y riachuelos, zonas todas ellas en las que la estepa con pastos está próxima a las tierras cultivadas. Se trata del nomadismo «cerrado», opuesto al nomadismo «abierto» del Asia Central.

En estas bandas y enclaves, los nómadas, tradicionalmente organizados en tribus, vivían en permanente contacto con las poblaciones urbanas y agrícolas y formaban con ellas lo que se suele llamar una «sociedad dimorfa» [9]. Las relaciones entre nómadas y sedentarios podían tomar carices diversos, según el poder urbano ejerciese o no algún tipo de control sobre los nómadas. Lo más frecuente era que los dos componentes de esta sociedad viviesen en simbiosis: los pastores se encontraban con los agricultores en los mercados de las puertas de las ciudades, intercambiaban sus productos (carne, productos lácteos, lana y pieles) a cambio de cereales, legumbres, frutos y objetos manufacturados, y después se marchaban con sus ganados, situados apenas a unos kilómetros de distancia. A veces, los nómadas abandonan

---

[7] K. W. Butzer, CAH (3), I, 1, pp. 35/69; D. A. Garrod y J. G. D. Clark, *ibíd*, pp. 70/121; W. C. Brice (Ed.): *The Enviromental History of the Near and Middle East since the last Ice Age*, London/New York, 19-78, pp. 351/356.

[8] W. F. Albright: *From the Stone Age to Christianity*, Baltimore, 1940, pp. 120/121; ver S. Moscati: *Op. cit.*, pp. 35/36. El camello (mejor dicho el dromedario) aparece en el Próximo Oriente desde el tercer milenio, pero su domesticación parece haber sido muy lenta.

[9] Acerca de los nómadas en el Próximo Oriente durante la Antigüedad, J. R. Kupper: *Les Nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari*, París, 1957; M. B. Rowton: «The physical enviroment and the problem of the nomads», en J. R. Kupper (Ed.): *La Civilisation de Mari*, Lieja, 1967, pp. 247/258; «Urban autonomy in a nomadic enviroment», JNES, 32, 1973, pp. 201/215; «Enclosed nomadism», JESHO, 17, 1974, pp. 1/30; «Pastoralism and the periphery in evolutionary perspective», en *L'Archéologie de l'Iraq*, París, 1980.

su tribu a título individual para enrolarse como obreros o mercenarios. En otras ocasiones el poder confería a un clan o a una tribu tierras, a las que el proceso de salinización había hecho inútiles para el cultivo, y podía ocurrir entonces que algunas tribus, clanes o familias se convirtiesen en seminómadas, y dividiesen el año entre la agricultura y el pastoreo. En los períodos de convulsiones políticas, cuando se debilitaba el poder urbano, las tribus o confederaciones de tribus ocupaban los territorios más o menos amplios y se establecían bajo el mando de sus propios jefes.

El proceso de sedentarización de los nómadas constituyó pues un fenómeno largo y discontinuo, entrecortado por brotes muy fuertes, a veces compensados por la vuelta de determinadas tribus al nomadismo, por su propia voluntad u obligadas por la fuerza. Tomó la forma, no de grandes oleadas centrífugas, sino de una serie de movimientos desde la estepa de pastos hacia las tierras cultivadas. Así pues será en el Creciente Fértil y en los contornos de la península de Arabia donde será preciso buscar la «cuna» de los pueblos de lengua semítica. Vivían allí, por lo menos desde el momento en el que disponemos de datos, desde los tiempos prehistóricos, pero no se nos empezarán a hacer conocidos más que a partir de determinados momentos, ya sea a través de sus propios textos (como ocurre en el caso de los eblaítas o de los cananeos de Ugarit) o bien porque aparezcan mencionados en los escritos de los sedentarios como individuos aislados, cuyos nombres denotan su origen, o en tanto que entidades étnicas o políticas (como ocurre en el caso de los acadios, amorritas, arameos y árabes preislámicos).

Si es cierto que la mayor parte de los nómadas del Próximo Oriente antiguo hablaban lenguas semíticas, de ello no se deduce necesariamente que todos los pueblos que hablasen ese tipo de lenguas fuesen necesariamente nómadas. Conviene señalar que la mayor parte de las características que se suele atribuir a los semitas en general —su «espíritu fogoso, impaciente, inestable y emotivo» [10], sus ideas religiosas monoteístas, antimitológicas y antirritualistas» [11], sus concepciones socio-políticas basadas en la organización tribal— se aplican básicamente a los semitas nómadas y no son, en gran parte, más que consecuencias de su modo de vida específico. Pero si bien es cierto que los arameos o los árabes parecen haber sido originariamente nómadas, también lo es que no es ése el caso de amorritas, ni tampoco en modo alguno de los eblaítas o de los acadios. Por el contrario, todo parece indicar que estos últimos se habían establecido desde hacía mucho tiempo en el medio Éufrates y la Baja Mesopotamia, permaneciendo en estrecho contacto, en esta última religión, con los sumerios, cuyo gé-

[10] S. N. Kramer, en «Aspects du contact suméro-akkadien», *Genava*, 8, 1960, p. 277.

[11] A. Guillaume: *Prophecy and Divination among the Hebrews and other Semites*, London, 1938.

nero de vida, costumbres y religión compartían y de lo que tomaron la escritura cuneiforme, para adaptarla a su propia lengua —adaptación difícil, ya que estas dos lenguas diferían la una de la otra tanto como, por ejemplo, el francés y el chino—. También tomaron y «acadianizaron» un gran número de nombres sumerios (*dub,* tablilla, pasó a *tuppu(m); damgar,* mercader, se transformó en *tamkâru(m),* etc...), mientras que los sumerios no adoptaron más que algunos vocablos acadios, como *hazi* hacha, *shám,* precio, *súm,* cebolla, y algunos otros.

En el transcurso del período dinástico arcaico parece ser que los semitas se fueron haciendo progresivamente mayoritarios en la región de Kish —región que más tarde tomará el nombre de la capital que había fundado Sargón, Agade o Acad— pero también se los encuentra en pleno país de Sumer. Desde alrededor del 2550 muchas de las personas citadas en los archivos de Shuruppak, y casi la mitad de los escribas que redactaron en sumerio los textos de Abu Salabikh llevan nombres semíticos. Los mismo ocurre con Pû-abi («Boca del padre»), la célebre *nin* del cementerio real de Ur, con la esposa de Meskiagnunna, que reinó sobre esta ciudad hacia el 2480 y según algunos, en el caso del padre de Lugalzagesi [12]. También debemos señalar que ningún texto sumerio de esta época presenta a los semitas de Kish como nómadas, y si bien es cierto que la cuestión de las relaciones afectivas entre estas dos poblaciones siempre es muy discutida, numerosos asiriólogos han llegado a la conclusión de que no existía una enemistad recíproca [13]. La actitud de los sumerios con respecto a los acadios no cambiará más que en el momento en el que, ante unos reyes que no son los suyos y que les imponen a sus propios gobernadores y a su propia lengua, se sientan amenazados en su integridad cultural. Pero este «cambio de humor» será sólo momentáneo y nada permite deducir la existencia de un odio persistente entre estas dos etnias estrechamente mezcladas en la Baja Mesopotamia desde tiempos inmemoriales.

Sargón de Acad

El reinado de Sargón, primer rey de la Dinastía de Acad, hizo una impresión tan profunda entre sus contemporáneos que permaneció siempre rodeado por un halo de leyenda. Así es como un texto del siglo VII describe su nacimiento y su infancia, en unos términos que

[12] R. D. Biggs: «Semitic nanos in the Fara Period», *Orientalia,* 36, 1967, pp. 55/66. La inscripción de la esposa de Meskiagnunna de Ur I, dedicando a Nanna un cuenco «Para la vida» de su real marido (IRSA, 43), es el más antiguo de los textos acadios conocidos en la actualidad.

[13] Sobre este tema ver los artículos de D. O. Edzard y I. J. Gelb en *Genava,* 8, 1960, y la obra de F. R. Kraus: *Sumerer und Akkader,* Amsterdam/London, 1970. Ver también A. Westenholz: *Op. cit.,* en nota 2.

nos recuerdan la maravillosa aventura de Moisés y de algunos otros héroes:

> «Mi madre era una gran sacerdotisa. A mi padre no lo conocí. Los hermanos de mi padre acampaban en la montaña. Mi ciudad es Azupi ranu*, que está situada a las orillas del Éufrates.
>
> Mi madre, la gran sacerdotisa, me concibió y me trajo al mundo en secreto. Me depositó en una cesta de juncos, cuyas rendijas tapó con betún. Me arrojó al río sin que yo pudiese salir de la cesta.
>
> El río me arrastró, me llevó hasta la casa de Aqqi, el aguador. Aqqi, el aguador, sumergiendo su cubo me sacó del agua. Aqqi, el aguador, me adoptó como hijo y me crió. Aqqi, el aguador, me enseñó su oficio de jardinero.
>
> Cuando era jardinero la diosa Istar se enamoró de mí, y así fue como ejercí la realeza durante sesenta años [14].

Podría suponerse que estamos, quizá, ante una historia fuertemente novelada, y sin embargo sabemos por otras fuentes mucho más dignas de fe [15] que el hombre que más tarde debería atribuirse el nombre de *Sharru-kîn* (rey legítimo) —sin duda alguna porque no lo era— poseía efectivamente un humilde origen. De jardinero pasó a ser servidor de Ur-Zababa, rey de Kish, y nieto de Ku-Babba, la tabernera reina, y alcanzó el rango de copero. Fue entonces cuando se rebeló contra su bienhechor, y consiguió, no se sabe cómo, destronarlo y marchar contra Uruk, donde por aquel entonces reinaba el poderoso Lugalzagesi. Habiendo tomado la ciudad por sorpresa, Sargón destruyó las fortificaciones, y luego se apoderó de su adversario. Lugalzagesi, que sin embargo tenía cincuenta *ensi* bajo sus órdenes, fue derrotado y capturado. Sargón lo colocó en una picota y lo llevó a «la puerta (del templo) de Enlil» en Nippur, celebrando a la vez su triunfo y haciendo legalizar su usurpación. Después se fue apoderando sucesivamente de Ur, del país de Lagash y de Umma. En Eninkimar, puerto de Lagash, quiso manifestar que poseería las llaves del Golfo, efectuando un gesto simbólico que más adelante repetirían muchos otros monarcas en las dos riberas: «lavó sus armas en el mar».

Convertido en «rey del país (de Sumer)» y en «rey de Kish», Sargón habría podido contentarse con vivir en esta prestigiosa ciudad, pero quiso indicar que su reino inauguraba una nueva era y por ello fundó, no lejos de Kish, una nueva capital, Acad o Agade —la única gran ciudad real de Mesopotamia cuyo emplazamiento continúa sien-

---

* Este nombre significaría «(la ciudad del) azafrán».

[14] King: *Chronicles*, II, pp. 87/96; ANET (3), p. 119; R. Labat: *Religions*, pp. 307/308; B. Lewis: *The Sargon Legend*, Cambridge, Mass, 1980.

[15] Se trata de las inscripciones de Sargón, muchas de las cuales son copias sobre tablillas efectuadas en Nippur a comienzos del segundo milenio. Ver IRSA, pp. 97/99; ANET (3), pp. 267/268, a completar con H. E. Hirsch, «Die Inschriften der Könige von Agade», AfO, 20, 1963, pp. 1/82.

do todavía desconocido [16]. Hizo un gran puerto fluvial, en el que amarraban, a unos trescientos kilómetros del Golfo «las naves de Meluhha, los barcos de Magan y los barcos de Dilmun». Otras innovaciones: el acadio se convirtió en la lengua oficial, primero simultáneamente con el sumerio y después arrebatándole su lugar, y se adoptó el sistema de datación de los «nombres de años (ver *supra*, p. 39). Sin embargo, el nuevo monarca se esforzó por no herir la susceptibilidad de sus súbditos. Parece ser que los *lugal* y *ensi* vencidos conservaron sus cargos, y que los únicos puestos creados de nuevo fueron cubiertos por gobernadores acadios [17]. Del mismo modo, las creencias e instituciones religiosas de los sumerios fueron cuidadosamente respetadas. Sargón se proclamó «ungido de Anum» y «vicario de Enlil», y llamó a su propia hija Enheduanna —una poetisa autora de un bellísimo himno y oración a Inanna [18]— sumo-sacerdotisa del dios-luna Nanna (Sin en acadio) en Ur, inaugurando de este modo una tradición que será seguida por sus sucesores hasta Nabónides, último rey de Babilonia.

Habiendo establecido su supremacía sobre Sumer, Sargón trataría de neutralizar a los dos poderes que ponían en peligro su reino, Ebla y Awan, atacándolos en su propio terreno. Sabemos muy poco de la campaña que lo condujo a lo largo del Éufrates hasta la Siria del Norte. El rey de Acad dice simplemente que, alcanzando Tuttul [19], se posternó ante Dagan, el gran dios del Éufrates Medio y del Reino de Ebla, y que Dagan «le entregó todo el país, Mari, Iarmuti [20] y Ebla hasta el bosque de los cedros y la montaña de plata», perífrasis que sirven para designar el Amanus y muy probablemente el Tauro. Parece ser que ni Mari ni Ebla fueron destruidos, y sin duda el conquistador debió conformarse con un tributo y con un juramento de vasallaje. Al acceder a estas montañas, se aseguró un aprovisionamiento en maderas y metales que de ahora en adelante podrían ser transportadas por el Éufrates hasta los muelles de Agade, bajo la mirada vigilante de los oficiales del rey, apostados en los 55 kilómetros de los alrededores [21]. Pero si la «guerra siria» parece, a lo mejor erró-

---

[16] Para las diferentes localizaciones propuestas ver RGTC, I, 9 y II, 6. La hipótesis según la cual Agade sería Ishan Mizyiad, a 6 kms. al noroeste de Kish, brillantemente expuesta por H. Weiss: «Kish, Akkad and Agade», JAOS, 95, 1975, pp. 442/451 deberá ser confirmada por las excavaciones.

[17] A. Westenholz: *Op. cit.*, p. 110 y nota 16.

[18] «Hymnal prayer of Enheduanna: the adoration of Inanna ir Ur», ANET (3), pp. 579/582 (trad. S. N. Kramer).

[19] Hay tres ciudades con este nombre (RGTC, I, p. 162; II, p. 33). Se trata con mayor probabilidad de Tuttul sobre el Éufrates (Hît) que de Tuttul sobre el Balikh (Tell el-Biva y ciertamente no de Tuttul de Hulibar entre el Tigris y los Zagros.

[20] Yacimiento no identificado (RGTC, I, p. 76) y a buscar, en nuestra opinión, más en Siria del Norte (¿Irim de los textos de Ebla?), que sobre el Orontes (H. Klengel, *Orientalia*, 32, 1963, p. 47) o sobre la costa libanesa (J. R. Kupper, RA, 43, 1949, pp. 85 ss.).

[21] ABC, Crónica 20, A 7, p. 153.

neamente, no haber sido más que un paseo militar, a Sargón en cambio le hicieron falta dos campañas para derrotar al reino de Awan y a su aliado, el reino de Warahshe. Estos dos reinos vecinos se hallaban situados en las montañas del Suroeste del Irán y el más poderoso de ellos, Awan, se hallaba rodeado por estados vasallos dirigidos por «gobernadores», y más adelante sería englobado, junto con otros principados, en la confederación elamita [22]. Tras duras batallas, los dos soberanos enemigos fueron derrotados, pero fueron mantenidos en sus tronos, y persuadidos, o constreñidos, a utilizar el acadio en sus inscripciones. Los vencedores saquearon algunas ciudades y recogieron un enorme botín. Sargón entró en Susa, capital del principado de Elam, y permitió a su «vice-rey» construir este gran núcleo comercial a las riberas del río Karkheh, otorgándole el rango de capital. Al hacer esto creía sin duda alguna debilitar a Awan, y no podía imaginar que un rey de Elam contribuyese en algún día futuro a la decadencia de la dinastía de Acad y que, en los siglos venideros, el nombre de Susa llegaría a ser, para los mesopotámicos, sinónimo de derrota y humillación.

Aquí se acaban las fuentes más auténticas, las inscripciones reales de Sargón. Nótese que ninguna de ellas hace alusión a campaña alguna hacia el norte del Iraq, a lo largo del Tigris, y es más a sus sucesores que a él a quienes habría que atribuir el mérito de haber conquistado y civilizado estas regiones. Pero, ¿qué debemos pensar acerca de las numerosas crónicas, obras literarias y colecciones de presagios [23] redactadas en diversas épocas y en algunas de las cuales nos proporcionan una descripción detallada y poética de otras aventuras guerreras diferentes? ¿Dónde termina la historia y dónde comienza la leyenda en la narración que se titula la *Epopeya del rey del combate*, y que nos muestra a Sargón alcanzando el corazón de Anatolia para proteger a sus mercaderes de las exacciones del rey de Purushanda? [24]. ¿Podemos creer realmente que haya atravesado el «mar del Oeste» y «alzado sus imágenes» en Chipre, e incluso en Creta, como parecen indicarlo un presagio y una supuesta lista geográfica de su imperio? [25]. El recuerdo de este gran conquistador jamás cesó de estimular la imaginación de sus compatriotas. Para ellos, el soberano había dicho:

---

[22] W. Hinz: CAH (3), I, 2, pp. 647/648.

[23] Bibliografía en I. J. Gelb: *Old Akkadian Writing and Grammar*, Chicago, 1961, 2.ª ed. pp. 194/195.

[24] E. Weidner: «Der Zug Sargons von Akkad nach Kleinasien», *Bo.Stu*, 6, 1922, 74 ss.; W. Albright: «The Epic of the King of the Battle», JSOR, 7, 1923, 1 ss. Ver C. J. Gadd en CAH (3), I, 2, pp. 426/428.

[25] Algunos presagios pretendían basarse sobre acontecimientos reales ocurridos en el pasado. Ver A. Goetze: «Historical alusions in the Old Babylonian omen texts», JCS, 1, 1947, pp. 255/258. Lista geográfica: A. K. Grayson: «The Empire of Sargon of Akkad», AfO, 25, 1974, pp. 56/64.

«¡Ahora, todo rey que quiera llamarse mi igual, que lleve sus pasos hasta donde yo he llevado los míos!» [26].

era perfectamente capaz de tales hazañas. Sin embargo será preciso precaverse contra un extremo escepticismo, al igual que ante una extrema credulidad. Algunos de estos relatos —sobre todo la expedición a Anatolia— contienen más de una parte de verdad.

El reinado de Sargón no duró más que cincuenta y seis años (2334-2279). «En su vejez», dice una crónica babilonia tardía [27], «todos los países se rebelaron contra él y lo asediaron en Agade». Pero el viejo león todavía tenía sus garras y sus dientes: «salió, emprendió la batalla y los venció, los derrotó y destruyó su gran ejército». Un poco más tarde «Subartu (el conjunto de los pueblos del Norte mesopotámico) atacó con todas sus fuerzas y le obligó a volver a tomar las armas. Sargón les tendió una emboscada, destrozó su gran ejército y envió sus bienes a Agade».

El imperio de Acad

Todo esto no era más que el preludio de una gran revuelta que estalló a la muerte de Sargón y que su hijo y sucesor, Rîmush, reprimió con una brutalidad que justificó plenamente su nombre real de «Uro». Esta vez se trataba de los sumerios: los *ensi* de Lagash, Umma, Adab, Zabalam y Kazallu [28], con Kaku, *lugal* de Ur, a su cabeza. Los textos no dicen nada acerca de las causas de la insurrección, pero podemos suponer que los pesados impuestos y los reclutamientos masivos de los hijos de Sumer para las guerras lejanas, así como la pérdida de las rentas portuarias de Ur y Lagash en beneficio de Agade no debían ser extraños a los motivos de esta revuelta. Los elamitas aprovecharon la ocasión para tratar de sacudirse el yugo acadio y Rîmush debió partir en campaña contra el rey de Warahshe, al que infringió una severa derrota, aunque las cifras de 17.000 muertos y 4.000 prisioneros, de que se jacta, sean probablemente muy exageradas. Pero su autoridad parece haber sido puesta en solfa incluso en su propio reino. Tras nueve años de reinado (2278-2270) «sus servidores», dice un presagio, «lo mataron con su *kunukku*», palabra que habitualmente designa a la vez al cilindro-sello y a la tablilla sellada, pero cuyo sentido, en este contexto, debe ser sin duda muy diferente [29].

---

[26] J. Nougayrol: «Un chef-d'ouvre inédit de la littérature babylonienne» RA, 45, 1951, pp. 169/183.

[27] King: *Chronicles*, I, pp. 27/156; ABC, pp. 152/154; ANET (3), p. 266.

[28] Zabalam es Tell Ibzeh, a 10 kms. al norte de Umma, no excavado todavía; Kazallu, todavía no localizado se hallaría en los alrededores de Marad (RGTC, II, p. 84). Para Lagash, Umma y Adab ver capítulo 8, notas 2, 38 y 39.

[29] A. Goetze: *Op. cit.*, p. 256, n. 13; D. J. Wiseman: «Murder in Mesopotamia», *Iraq*, 36, 1974, p. 254.

A Rîmush le sucedió Manishtusu (2269-2255), quizá su hermano gemelo, como lo sugiere su nombre «¿Quién está con él?». Los sumerios, sometidos, permanecieron tranquilos, pero el nuevo rey debió intervenir de nuevo en el suroeste iraní contra el reino de Anshan, que debemos situar en torno a la actual Shirâz [30], aliado del país de Sherirum, en el lado persa, junto a Bushir. Sin embargo, el acontecimiento más insólito, y en nuestra opinión, el más significativo de su reinado fue una expedición marítima —la primera en la historia— a través del Golfo Pérsico, que el rey relata así:

> «Manishtusu, el rey de Kish, cuando venció a Anshan y Sherihum hizo que los barcos atravesasen el mar inferior...
>
> Las ciudades del otro lado del mar, en número de treinta y dos se unieron para la batalla, pero él salió vencedor, mató a sus príncipes y llevó (...) hasta las minas de plata. Sacó piedras negras de las montañas de más allá del mar Inferior, las cargó sobre sus barcos y los amarró en el muelle del Agade. Modeló su estatua y la dedicó a Enlil. ¡Juro por Shamash y Aba que todo esto no son mentiras: es totalmente cierto!» [31].

Es muy probable que estas «montañas de más allá del mar» fuesen las de Omán, ricas en minerales de todo tipo y en piedra negra (la diorita), y la razón de esta expedición parece estar inscrita en el contexto de la política de ese momento. En efecto, tras la muerte de Sargón, el reino de Ebla —que se extendía, mediante vasallos interpuestos, hasta el Khabur y quizá hasta Anatolia— había recobrado su libertad. Al Este, toda la región comprendida entre Urkish (en los alrededores de Nisibin) y Nawar (al este de Jebel Hamrim) se hallaba ocupada por un pueblo que debería jugar un papel importante en la historia mesopotamia del segundo milenio: los hurritas (ver capítulo 14). Todavía más al este los lullubi se hallaban sólidamente instalados en el Kurdistán iraquí, en torno a Sulaimaniyah, y los guti probablemente entre el Zab inferior y el Diyala. Más allá estaban en Warahshe, el Awan y el Anshan, toda la parte montañosa del Elam. Pero estos pueblos liberados, nunca plenamente sometidos y de dudosa fidelidad, dominaban prácticamente todos los caminos que, a través del Tauro y los Zagros, llevaban de Anatolia, Armenia y el Irán a Mesopotamia. Es decir, que esta última se hallaba prácticamente aislada de sus fuentes tradicionales de aprovisionamiento en metales y piedras de talla o semipreciosas. No había soluciones para este grave problema, como no fuese el luchar con el Norte y el Este para reabrir todos esos pasos al comercio, o bien apropiarse de la única otra fuen-

---

[30] Las inscripciones descubiertas en las excavaciones americanas de Tepe Malyan, cerca de Persépolis han permitido identificar este lugar en la ciudad de Anshan: E. Reiner: «The location of Anshan», RA, 67, 1973, pp. 57/62; F. Vallat: *Suse et l'Elam*, París, 1980.

[31] IRSA, p. 104.

te posible, y además conocida a través de un tráfico multicentenario, Magan, es decir Omán, y eso fue lo que hizo Manishtusu.

Narâm-Sin («Amado de Sin»), que le sucedió, prefirió la lucha y la llevó con tal éxito que pudo bien pronto, y sin mentir, proclamarse «rey de las cuatro regiones». Es más, en la segunda mitad de su reinado hizo que su nombre fuese precedido de una estrella, determinativo de los dioses. Se le llamó «dios de Agade», y se llegó a jurar por él. Es cierto que en un lejano pasado algunos de los reyes de Uruk, Lugalbanda y Gilgamesh, habían sido divinidades, pero mucho después de su muerte. Él fue quien inauguró en vida una costumbre que seguiría su sucesor y muchos de los reyes de la III Dinastía de Ur, así como la mayor parte de los reyes de Isin y Larsa. ¿Megalomanía? Quizá, pero debe tenerse en cuenta que algunos de los «emperadores» asirios o babilonios no se hizo pasar por dios. Se ha pensado que el título de divino se reservaba a los reyes que habían representado el papel de Dumuzi en el ritual hierogámico, o quizá que Narâm-Sin había hallado así el medio de hacerse obedecer por sus vasallos más reticentes. También es posible que, siendo la realeza de origen divino, y llamándose los reyes normalmente hijos de dioses o diosas, se tendiese por un proceso lógico hacia su propia deificación. Pero no se trata más que de hipótesis, y será preciso advertir que la significación concreta de este fenómeno se nos escapa [32].

Narâm-Sin supo demostrar que era de la misma estirpe que su abuelo Sargón y, al igual que él, se convirtió en un héroe legendario. Su largo reinado (2254-2218) se caracterizó por estar normalmente ocupado por operaciones militares a lo largo de toda Mesopotamia. En el oeste, «saqueó Arman (¿Alepo?) y Ebla, gracias al arma del dios Dagan y obtuvo el dominio del Amanus y de la montaña de los cedros». Las frecuentes menciones de esta campaña en sus inscripciones y las huellas de incendio halladas en Tell Mardikh y datadas en torno al 2550 [33] confirman la veracidad del relato y la importancia concedida por el rey de Acad a la destrucción de la gran capital rival de Agade. Esta victoria marca el fin, si no de la ciudad de Ebla (que pronto renacerá de sus cenizas), sí al menos de la dinastía que nos ha permitido conocer los archivos reales eblaítas. Parece ser que el palacio presargónico de Mari también fue destruido en esa misma ocasión [34]. Hacia el norte las expediciones contra los hurritas son sugeridas por una estela de Narâm-Sin en Pir Hussain, cerca de

---

[32] R. Labat: *Le caractère religieux de la royauté assyro babylonienne,* Paris, 1939, pp. 8/10 y 268/269; I. Engnell: *Studies in Divine Kingship in the Ancient Near East,* Uppsala, 1943; H. Frankfort: *Kingship and the Gods,* Chicago, 1948, pp. 224/226; C. J. Gadd: *Ideas of Divine Rule in the Ancient Near East,* London, 1948; W. W. Hallo: *Early Mesopotamian Royal Titles,* New Haven, 1957, pp. 56/65.

[33] P. Matthiae: *Ebla un Impero Ritrovato,* Turín, 1977, pp. 47 y 182.

[34] H. Lewy: «The Chronology of the Mari Texts», en J. R. Kupper (Ed.) *La Civilisation de Mari,* Lieja, 1967, p. 18. Sabemos que en esta época el rey de Mari Migir-Dagan se había rebelado contra los acadios.

Diarbakr [35], por la cabeza de bronce proveniente de Nínive, y por la estatua de bronce recientemente descubierta cerca de Mosul [36], mientras que la presencia de un palacio de Narâm-Sin en Tell Brak, en el corazón del valle del Khabur, demuestra el interés que prestó este rey hacia esta crucial frontera [37]. Más hacia el este los grandes hechos de su reinado los constituyeron la victoriosa campaña contra los lullubi, porque fue conmemorada por una escultura rupestre en Darband-i Gawr, al sur de Sulaimaniyah, y por una de las obras maestras de la escultura mesopotámica: la célebre estela de la victoria hallada en Susa y en la actualidad en el Museo del Louvre [38]. En ella se ve a Narâm-Sin, tocado con una tiara de cuernos, propia de los dioses, armado con un arco, una maza y un puñal, caminando a la cabeza de su infantería, y escalando una montaña abrupta y boscosa, y de pie, ante él a Satuni, rey de los lullubi, que le suplica que le perdone la vida. Es significativo que los dioses queden reducidos a meros símbolos (una estrella y un disco solar): se trata más del triunfo del rey que del triunfo de éstos. Otras campañas, sin duda alguna también importantes, son igualmente mencionadas en las inscripciones reales, al igual que en los presagios y las crónicas, y parece ser que tuvieron lugar en Siria del Norte y sobre el curso inferior del Tigris. Y por último, y según una crónica relativamente tardía, Narâm-Sin habría ido hasta Magan y habría capturado a Mannudannu, su rey, que probablemente se habría sublevado. La realidad de esta expedición se halla confirmada por numerosos vasos de piedra que llevan el nombre del rey de Acad con la mención «botín de Magan» [39].

Este glorioso reinado concluyó, al parecer, con un semi-desastre. Un documento del segundo milenio conocido bajo el nombre de *Leyenda cutea de Narâm-Sin* [40] nos muestra a este rey, «lleno de preocupación, extravío y tristeza, sufriendo y gimiendo», porque su país se halla amenazado por el poderoso ejército de Annubanini, rey de los lullubi, y de sus siete hijos, pero a la postre victorioso. También habría conseguido rechazar por dos veces un ataque de los guti, «pueblo opresor y desconocedor del culto de los dioses». Aquí de nuevo la mezcla de ficción y realidad incita a la prudencia, pero no hay duda de que Narâm-Sin fue el último de los grandes monarcas de la Dinastía de Acad. Apenas muerto, la presión sobre las fronteras de su

---

[35] Texto en RISA, p. 141.

[36] Abdul-Hadi Ayish «Bassetki statue with an Olf Akkadian royal inscription of Naram Sin of Agade», *Sumer*, 32, 1976, pp. 63/75.

[37] Sobre este yacimiento ver capítulo 5, nota 26, Tell Brak debió ser ocupado probablemente por Rîmush, que dejó una inscripción (IRSA, p. 100).

[38] A. Parrot: *Sumer*, 2.ª ed. p. 203, fig. 192/193.

[39] ABC, p. 154; RISA, p. 138.

[40] Este texto pretende ser la copia de una estela colocada en Kutha (Tell Ibrahim): O. Gurney: «The Cuthaean legend of Naram-Sin», *Anatolian Studies*, 5, 1955, pp. 93/113; R. Labat: *Religions*, pp. 309/315. En otro texto Narâm-Sîn disculpa su derrota: A. K. Grayson y E. Sollberger: L'insurrection générale contre Naram Suen», RA, 70, 1976, pp. 103/128.

imperio se incrementó peligrosamente. Todavía en vida de este monarca el Elam habían logrado permanecer independiente y el enérgico gobernador de Susa, Puzur-Inshushinak, había tenido que luchar incluso contra los guti, en nombre de su soberano. Pero bajo el reinado de Shar-kallisharri («rey de todos los reyes»), hijo de Narâm-Sin, se proclamó plenamente independiente y abandonó la liga acadia para incluirse en la elamita, incrementando sus dominios y apoderándose de dos de los principados vecinos. Llegó incluso a hacer una incursión al corazón del pleno país de Acad, e incluso osaría llevar el título de «rey de las Cuatro Regiones». Shar-kallisharri también tuvo que luchar en el monte Basar (Jebel Bishri, cerca de Mari) contra los MAR.TU, o amorritas, pueblo semítico que aparece ahora por vez primera en la historia mesopotámica, y que pronto llegará a jugar en ella un papel de primera importancia. Cuando murió en el 2193, quizá víctima de una conjura palaciega, el imperio de Acad se desplomó de un modo tan rápido como el que había sido construido. Durante un momento la anarquía reinante en su capital fue tal que la Lista Real Sumeria dice simplemente:

> «¿Quién era rey? ¿Quién no era rey? ¿Era el rey Igigi? ¿Era el rey Nanium? ¿Era el rey Imi? ¿Era el rey Elulu? ¡Su tétrada era rey, y reinó durante tres años!»[41].

Elulu y los otros pseudo-reyes de Acad nos han dejado breves inscripciones: ruinas en una antigua tormenta. Los guti habían conquistado Mesopotamia y durante más de un siglo los sumerios tendrían que aprender a pronunciar los nombres bárbaros: Inkishush, Inimabakesh, Igeshaush, Iarlagab... Pero no se sentían responsables de la catástrofe. Un largo y bello poema sumerio, *La Maldición de Agade*[42], la atribuye al sacrílego gesto de Narâm-Sin que habría devastado Nippur y el templo de Enlil, lo que había provocado la cólera de este dios:

> «Gutium, el pueblo que no tolera control alguno,
> Cuyo entendimiento es el del hombre, pero cuyo aspecto y lenguaje balbucientes son los de un perro,
> Enlil los hizo venir de las montañas.
> En gran número, como los saltamontes, cubrieron la tierra.»

El auge y la caída del imperio de Acad ofrecen una perfecta imagen de la suerte de todos los imperios mesopotámicos por venir: fulminantes conquistas, seguidas de las revueltas de los pueblos sometidos, incesantes guerras fronterizas, revoluciones palaciegas, y por último el golpe de gracia dado por los guerreros de las montañas o de

---

[41] SKL, Col. VII, líneas 1/7.

[42] «The curse of Agade», en ANET (3), pp. 646/651 (Trad. S. N. Kramer); J. S. Cooper: *The Curse of Agade,* Baltimore/London, 1983.

la estepa, atraídos por las riquezas acumuladas entre el Tigris y el Éufrates: ahora los guti, mañana los elamitas y amorritas, y más tarde los hititas, casitas, medos y persas. Sin embargo, a pesar de su breve duración, el imperio de Acad abrió una nueva era y marcó una impronta indeleble, no sólo en Mesopotamia, sino también en gran parte del Próximo Oriente. La civilización sumero-acadia penetró todo a lo largo del Tigris hasta los valles de los Zagros. La lengua acadia se convirtió en *lingua franca* en toda la alta Mesopotamia, como lo demuestran los textos económicos hallados en el valle de Diyala, en Asur, Gasur (la futura Nuzi, no lejos de Kirkuk), en Chagar Bazar, y en Tell Brak, y fue adoptado por los pueblos vecinos, por lo menos como lengua oficial. La estela rupestre de Annubanini, rey de los lullubi, hallada cerca de Sar-i Pul, en la ruta de Bagdad a Hamadan, se halla escrita en esta lengua, al igual que la tablilla de cobre del hurrita Arisen, «Rey de Urkish y de Nawar», y como también lo están las inscripciones de Puzur-Inshushinak, gobernador de Susa y virrey del Elam[43]. Es más, una vez liberados de la tutela acadia, los reyes hurritas y elamitas conservaron todavía la escritura cuneiforme para expresar su propia lengua[44]. Y además las relaciones comerciales entre Mesopotamia y los países del Golfo se reforzaron y ampliaron. Ahora englobaban el país de Meluhha, es decir, el Valle del Indo, en el que florecieron en esta época las grandes civilizaciones de Mohenjo Daro y Harappa, que nos han dado a conocer las excavaciones arqueológicas, y de las que algunos de sus objetos, sobre todo los sellos, han sido hallados en el Iraq[45].

En el centro del Imperio, en la Baja Mesopotamia, la influencia acadia se manifestó de diversos modos. En el dominio del arte, en primer lugar, en el que la tendencia hacia un elegante realismo aparece en la glíptica y en la estatuaria, en la que auténticos retratos —como la espléndida cabeza en bronce cincelado de Nínive[46], que probablemente represente a Narâm-Sin más que a Sargón— reemplazan a esos personajes un poco torpes y más o menos estereotipados del período Dinástico Arcaico. También en la escritura cuneiforme se hará notar esta influencia, pues nunca llegaría a ser más bella. Y aunque da la impresión de que el dominio acadio no modificó el sistema socio-económico de los principados de Sumer, sin embargo, los

---

[43] IRSA, p. 168 (estela de Sar-i Pul), p. 128 (inscripción de Arishen), p. 124 (inscripción de Puzur-Inshushinak).

[44] Inscripción en hurrita de Tishatal: A. Parrot y J. Nougayrol: «Un document de fondation hurrite», RA, 42, 1948, pp. 1/20.

[45] S. Piggot: *Prehistoric India,* Hardmonsworth, 1950 (hay traducción castellana: *Arqueología de la India Prehistórica,* Fondo de cultura Económica, México); Sir Mortimer Wheeler: *The Indus Civilization,* Cambridge, 1962; *Civilizations of the Indus Valley and Beyond,* London, 1966; J. M. Cazal: *La Civilisation de l'Indus et ses énigmes,* París, 169.

[46] A. Parrot: *Sumer,* 2.ª ed. fig. 191 y cubierta. Ver también la bellísima estatua de Mnishtusu, desgraciadamente rota (*ibíd,* fig. 194).

documentos del país de Acad y de las regiones adyacentes —sobre todo los contratos de venta de esclavos, campos, animales y otros bienes— nos dejan entrever un régimen en el que la propiedad privada juega un papel mucho más importante que en el Sur. Por último, y sobre todo, hay muchas indicaciones de que el poder real llegó a estar claramente separado del poder religioso, y de que el rey ya no es el vicario de los dioses, sino el señor supremo, que rodeado por su familia, su corte y sus generales y enriquecido por sus conquistas, se apropia, de un modo plenamente legal, de amplios dominios [47] y gobierna un poco como un señor medieval rodeado de sus vasallos. Algo había cambiado profundamente entre el Tigris y el Éufrates, e incluso cuando los sumerios consigan recobrar su supremacía, tras el interludio semítico, ya no volverán totalmente a reproducir sus antiguas costumbres e instituciones. En muchos sentidos los reyes de Ur seguirán el modelo trazado por Sargón y sus sucesores.

[47] Un bloque piramidal de diorita cubierto por una inscripción de 69 columnas y conocido con el nombre de «obelisco de Manishtusu» da un catastro de las tierras compradas por este rey en los territorios de las cuatro ciudades, como Kish y Marad. Traducción de V. Scheil MDO, II, 1900, pp. 1/52. Ver H. Hirsch, AfO, 20, 1963, p. 14 ss.; C. J. Gadd en CAH (3), 1, 2, pp. 448/450.

CAPÍTULO DÉCIMO

EL RENACIMIENTO SUMERIO

Casi no sabemos nada acerca de estos guti, a los que los antiguos atribuyeron la caída del imperio de Acad, en la que no debieron ser más que uno de los múltiples factores que la provocaron. La Lista Real Sumeria da a la «horda del país de Gutium» veintitrés reyes, que habrían reinado un total de noventa y un años y cuarenta días, pero sólo uno de ellos nos ha dejado una breve inscripción, y algunos historiadores modernos reducen sólo a cincuenta años la duración de su dominio en Mesopotamia [1]. Probablemente poco numerosos, como dicen los textos, los invasores habrían destruido el templo de Istar en Asur y el palacio de Narâm-Sin en Tell Brak, saquearían el valle de Diyala, y sin duda alguna también habrían ocupado Agade, mientras que se habrían contentado con ejercer una soberanía nominal sobre el país de Sumer. La mayor parte de las ciudades sumerias continuaron siendo libres, e incluso llegaron a disfrutar de una gran prosperidad, como veremos más adelante. Sin embargo, el sentido de independencia, el sentimiento de comunidad étnica y cultural, muy desarrollado entre los sumerios, debió haberse mantenido, porque cuando en 2120, aproximadamente, Utu-hegal, *lugal* de Uruk, decidió marchar contra los «guti, la serpiente, el escorpión y la montaña», no sólo le «siguió como un solo hombre» su ciudad, sino que muchas otras ciudades se pusieron de su parte. El rey de los guti, Tiriqan, trató en vano de negociar: sus embajadores fueron esposados. No se sabe dónde tuvo lugar la batalla tras la cual sus generales fueron hechos prisioneros. Tiriqan se refugió en la ciudad de Dubrum, al norte de Umma, cuyos habitantes lo capturaron y se lo entregaron al rey de Uruk, cuando supieron que había sido «elegido por Enlil»:

[1] W. W. Hallo, artículo «Gutium», en RLA, III, pp. 708/720.

«Tiriqan se posternó a los pies de Utu-hegal. Este puso el pie sobre su nuca... Restituyó la realeza en Sumer» [2].

Uruk, la gran ciudad que, desde los tiempos de Gilgamesh, en el curso de cuatro dinastías sucesivas, había conocido muchos altibajos, se hallaba ahora como dueña de toda la Baja Mesopotamia en unos pocos días. Pero su V Dinastía fue de corta duración. Tras once años de reinado (2123-2113) Utu-hegal fue destronado por uno de sus altos funcionarios, quizá por su propio hijo, Ur-Nammu, gobernador de Ur. Cuatro años más tarde este último se haría coronar en Nippur y tomaría el título de «rey de Ur y rey de Sumer y Acad» [3]. De este modo fue fundada la III Dinastía de Ur, que irá a constituir uno de los períodos más brillantes de toda la historia mesopotámica, porque Ur-Nammu y sus sucesores no sólo consiguieron reconstruir en parte el imperio de Acad, que habían heredado, sino que también lograron dar a esta región una relativa paz de casi un siglo, junto con el prestigio y la riqueza, reconquistando la primacía para su propia lengua y favoreciendo el renacimiento de la cultura sumeria.

Ur-Nammu y Gudea

Comparado con el período de Acad, el período de la III Dinastía de Ur —también llamado Ur III o Neosumerio— es relativamente pobre en inscripciones reales estrictamente históricas. En cierto modo esta escasez se halla compensada por los «nombres de años» que llevan los documentos administrativos y los contratos de esta época, pero son muy escasas las tablillas datadas en el reinado de Ur-Nammu y los nombres de años de su reinado carecen de interés, de modo que estamos muy mal informados acerca de las luchas que tuvo que emprender este soberano para consolidar y engrandecer su reino. El súbito hundimiento de los guti, que siguió a la muerte de Utu-hegal, ahogado accidentalmente [4], había dejado un vacío político prácticamente total, y se puede suponer que tras algunos enfrentamientos sangrientos con los *ensi* de Umma [5], gran parte de Mesopotamia caería rápidamente entre sus manos.

La mayor parte del reinado de Ur-Nammu*, que duró dieciocho años (2112-2095), parece haber estado consagrado a actividades de carácter pacífico, pero que no por ello eran menos importantes y urgentes: reestablecer el orden y la prosperidad, hacer reinar la justicia

---

[2] IRSA, p. 132; S. N. Kramer: *The Sume-rians,* pp. 325/326.

[3] W. W. Hallo: «The coronation of Ur-Nammu», JCS, 20, 1966, pp. 133/141.

[4] Según una crónica (ABC, p. 150), «el río arrastrará su cuerpo».

[5] En el prólogo de su «Código», Ur-Nammu dice que mató a Namhani, *ensi* de Umma.

* «Guerrero de la diosa Nammu». El logograma Ur no tiene nada que ver con la ciudad de Ur.

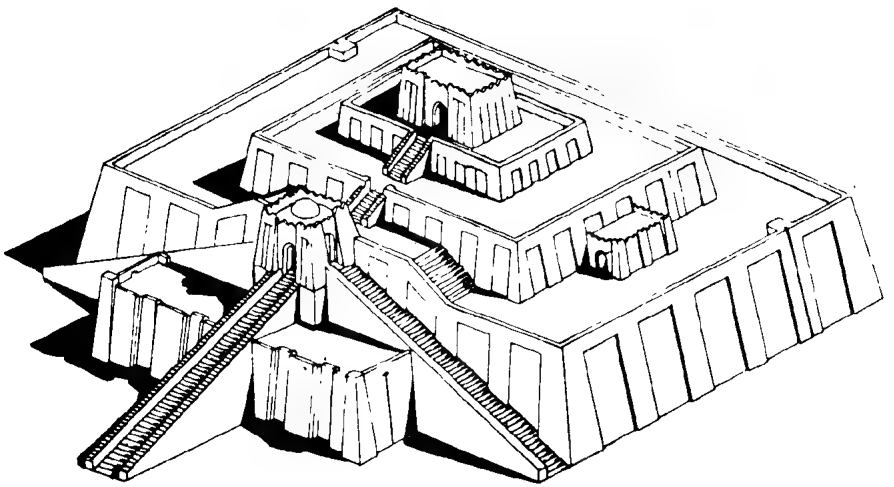


Ilustración 11*: El zigurat de Ur en tiempos de la III Dinastía. Reconstrucción. Sir Leonard Woolley:* Ur Excavations, V, *1939.*

y adorar a los dioses de Sumer, de los que todo dependía. Preocupado por «establecer la equidad en el país», y por «expulsar la maldición, la violencia y los conflictos», este rey promulgó la más antigua recopilación de «leyes» hasta hoy conocida, y de la que poseemos dos ejemplares, desgraciadamente incompletos: una tablilla en muy mal estado, descubierta en Nippur y dos fragmentos provinientes de Ur [6]. Lo poco que nos queda de este «código» es, sin embargo, de un considerable interés. En efecto, nos informa de que Ur-Nammu hizo fabricar en bronce un patrón de medidas de volúmenes (el *sila*) y uniformó el peso de la mina y del siclo de plata que, desde la época de los guti, servían como patrón monetario [7]. Protegió a las viudas, los huérfanos y los pobres de la rapacidad de los ricos y los poderosos y a la esposa del puro y simple repudio. Y por último, y sobre todo, algunos crímenes y delitos, como el robo del esclavo de otro hombre, el falso testimonio, la difamación, los golpes y heridas, ya no serían castigados con la muerte o la mutilación, como ocurrirá más tarde en el «Código» de Hammurabi o en la ley hebrea, sino que daban lugar a una compensación en metálico, lo que da muestras de la existencia de una sociedad mucho más civilizada de lo que se podría suponer para esta época. Algunas de estas «leyes», así como las inscripciones de Ur-Nammu, indican que promoverá el desarrollo de la agri-

[6] S. N. Kramer y A. Falkestein: «Ur-Nammu law code», *Orientalia,* 23, 1954, pp. 40/51; E. Szlechter: «Le code de Ur-Nammu», RA, 49, 1955, pp. 169/177; J. J. Finkelstein: «The Laws of Ur-Nammu», JCS, 22, 1969, pp. 66/82 y ANET (3), pp. 523/525.

[7] El *sila* equivale a 0,850 litros. La mina (*mana*) a alrededor de 500 gramos y el siclo (*gín*) a 1/60 de mina, o sea a 8,3 gramos.

cultura, haciendo excavar grandes canales, y devolverá a Ur su riqueza de gran puerto comercial, reconstruirá también las fortificaciones destruidas o arruinadas y construirá o reconstruirá un gran número de templos, añadiéndoles (sobre todo en Ur, Uruk, Larsa y Nippur) esos zigurats, pirámides escalonadas que, reconstruidas y reparadas a lo largo de los siglos, constituyen en la actualidad la característica más definitoria de numerosos yacimientos mesopotámicos [8].

El mejor conservado de estos zigurats —incluso antes de la restauración de la que ha sido objeto recientemente— es el de Ur [9]. Construido con ladrillos crudos, pero revestido de un grueso paramento de ladrillos cocidos unidos con betún, mide, en su base 60,50 por 43 metros. En la época de Ur III tenía tres pisos sucesivamente más pequeños, coronados por una capilla, a los que se accedía por una triple escalera que todavía se puede subir para descubrir toda la ciudad antigua a sus pies, y en el horizonte la aguda punta del zigurat de Eridu. Aunque sólo el primer piso y la mitad del segundo hayan subsistido, la pirámide decapitada todavía tiene unos veinte metros de alto. Sus armoniosas proporciones, la fuerte pendiente de su primer piso y la aparente convergencia de sus contrafuertes, vistos desde abajo, junto con el hecho de que todas sus líneas sean un poco cóncavas hacen que esta impresionante masa dé una asombrosa impresión de ligereza. Los numerosos orificios dispuestos en tresbolillo que perforan sus paredes y servían, al parecer para evacuar la humedad de los bosques de árboles plantados sobre sus terrazas. El zigurat de Ur descansaba sobre una plataforma (140 por 135 metros) rodeada por un doble muro con cámaras intramurales, a la que se accedía por un precioso edificio de puertas abovedadas, que servía a la vez de depósito de los archivos y de corte de justicia, el Dublamah. Su sombra se proyectaba sobre las construcciones próximas: el templo del dios-luna Nanna, unido en su cara noroccidental, el gran patio de Nanna, amplio espacio, situado más abajo, rodeado de almacenes y oficinas y en el que las ofrendas y las rentas pagadas al templo eran conservadas y registradas. El gran Epigar con sus múltiples salas y corredores, que alojaba a la gran sacerdotisa de sangre real y a su corte. El Enunmah, a la vez doble capilla para Nanna y su esposa Ningal y cámara de tesoros. El Ehursag, morada del personal del templo y santuario del rey Shulgi divinizado. Y, por último, al oeste, superaba el muro del recinto de la ciudad y se reflejaba en el Éufrates.

Los zigurats de las restantes ciudades mesopotamias se hallan en más o menos buen estado. Varían en la forma de su planta (cuadrada

---

[8] Los zigurats han dado lugar a una abundante literatura. Las principales obras son las de H. J. Lenzen: *Die Entwicklung der Zik-kurat von ihren Anfängen bis zur der III Dynastie von Ur,* Leipzig, 1941; Th. A. Busink: *De Babylonische Tempeltoren,* Leiden, 1949 y A. Parrot: *Ziggurats et Tour de Babel,* 1949 (con bibliografía).

[9] C. L. Woolley: *The Ziggurat and its Surroundings* (UE V); London, 1939; Sir Leonard Woolley y R. P. S. Moorey: *Ur of the Chaldees,* London, 1982, 3.ª ed. pp. 138/147.

o rectangular), en sus dimensiones, en su orientación y en sus relaciones con los templos que los rodean, pero su forma general sigue siendo básicamente la misma, y no puede dejarse de plantear la pregunta: ¿para qué servían estas grandes pirámides escalonadas, que recuerdan extrañamente a las de América Central, y que en el Próximo Oriente sólo se encuentran en Mesopotamia y algunos yacimientos del Elam? [10].

Los pioneros de la arqueología mesopotamia creyeron en un principio que se trataría de observatorios para los astrónomos «caldeos», o incluso de torres «para procurar a los sacerdotes de Bel noches frescas y sin mosquitos», lo que es evidentemente absurdo. También se creyó que podrían haber sido tumbas divinas o reales, como en Egipto, pero los zigurats excavados en aquellos lugares en los que la intemperie los ha erosionado, no han dado ninguna cámara funeraria. La filología no nos sirve de ayuda en este caso, porque la palabra *ziqquratu (m)* (en sumerio *u 6-nir*) deriva del verbo *zaqaru*, que quiere decir «construir en alto», «elevar» o «hacer protuberante». No obstante, dos cosas están claras: por una parte que los zigurats existentes aparecen en forma de masas de ladrillos crudos en el período Dinástico Arcaico, e incluso un poco antes, y por otra parte que siempre se hallan asociados a santuarios, por lo que algunos autores creen que podrían derivarse de las plataformas sobre las que reposaban los templos de Uruk y Jemdet Nasr, y que generalmente se engloban en la época de Ur III. Es pues indudable que estas pirámides tuvieron una significación religiosa, pero ¿cuál? Los textos relativos a los zigurats son poco explícitos y además son susceptibles de diversas interpretaciones, por lo que se han formulado numerosas hipótesis. Para algunos los sumerios, teóricamente originarios de un país montañoso, habrían querido reproducir en la llanura mesopotámica, de la que se habían apoderado, las cumbres en las que antaño se habían acostumbrado a adorar a sus dioses. Según otros, los zigurats serían altares o tronos divinos alzados, o bien símbolos cósmicos (astros, montaña terrestre). Para otros incluso han querido ver en ellos, quizá con más razón, una gigantesca escalera que uniría el «templo inferior», en el que se desarrollaban las ceremonias ordinarias, con el «templo superior», reservado a determinados ritos más íntimos, en los que el rey o el sumo sacerdote se enfrentaban cara a cara con la divinidad, y aquí se piensa, claro está, en el matrimonio sagrado. Teniendo en cuenta todo ello, creemos que la mejor definición del zigurat sigue siendo la que da la Biblia [11], a propósito de la Torre de Babel (el zigurat de Babilonia) «una torre cuya cumbre tocaba el cielo». En la mente pro-

---

[10] Acerca de esta cuestión y sobre las hipótesis relativas al significado religioso del zigurat ver A. Parrot; *Op. cit.*, pp. 200/217.

[11] *Génesis*, XI, 4. Para el redactor bíblico la Torre de Babel ponía de manifiesto el desmesurado orgullo del hombre, al que Dios castigaría mediante la confusión de lenguas. La alusión a la altura que «toca el cielo» es pues aquí peyórativa.

fundamente religiosa de los sumerios estas masivas estructuras, al igual que nuestras catedrales góticas, eran «oraciones de piedra». Invitaban a los dioses a descender sobre la tierra y al hombre a alzarse hacia el firmamento para reunirse con la divinidad.

La presencia, un poco por todas partes, en la Baja Mesopotamia de ladrillos dedicatorios que llevan el nombre de Ur-Nammu o de sus sucesores indica que en la época de Ur III la construcción de templos y zigurats era privilegio real, más que de los *ensi* locales, reducidos al rango de gobernadores. Pero basta con irse a Tello (Girsu) y retroceder una treintena de años para comprobar que esto suponía una innovación.

Ya hemos visto cómo al fin del Dinástico Arcaico Lugalzagesi había saqueado y quemado Girsu, y durante todo el período acadio una oscuridad casi absoluta envuelve esta ciudad [12]. Sin embargo hacia el 2155, en pleno período de la dominación guti, un cierto Ur-Baba se convirtió en *ensi* de Lagash y se impuso como misión reconstruir a Girsu de sus ruinas y dar a su principado su gloria y su esplendor pasados. Este programa de reconstrucción fue seguido con tesón por su familia y sobre todo por su yerno Gudea* (2141-2122), célebre por sus magníficas estatuas, muchas de las cuales adornan en la actualidad el Museo de Louvre, así como por sus numerosas, enormes y poéticas inscripciones [13].

Gudea hizo construir —o más bien reconstruir— una quincena de templos en el estado de Lagash, pero ninguno fue objeto de tantos gastos y cuidados como el Eninnu, morada de Ningirsu, dios tutelar de Girsu. Sobre dos grandes cilindros de arcilla y en las inscripciones grabadas sobre determinadas estatuas, va explicando detalladamente por qué y cómo los reconstruyó, dándonos así preciosas informaciones acerca de los complejos ritos que rodeaban la erección de los templos en Mesopotamia [14]. Es característico del pensamiento religioso sumerio que la decisión de construir un santuario sea tomada, no como un acto deliberado del soberano, sino como la respuesta a un deseo divino, expresado aquí en forma de un misterioso sueño:

> «En el pleno corazón de un sueño he aquí un hombre: su estatura igualaba a la del cielo, su estatura era igual a la de la tierra... A su derecha y a su izquierda estaban tumbados leones. Me dijo que le construyese su templo, pero no entendía su corazón (= su propósito)...»

---

[12] A. Parrot: *Tello,* París, 1948, pp. 133/142.

* Nombre que significa el «llamado».

[13] Bibliografía de los textos y del reino de Gudea en W. H. Ph. Römer; «Zur heutigen Stande der Gudeaforschung», *Bi. Or.*, 26, 1969, pp. 151/171. Ver también A. Falkestein: *Die Inschriften Gudeas von Lagas. Einleitung,* Roma, 1966 y el artículo «Gudea» en RLA, III, pp. 676/679.

[14] Cilindros A y B RISA, pp. 205/255; M. Lambert y R. Tournay: RB, 55, 1948, pp. 403/437; 56, 1949, pp. 520/543; ANET (3), p. 268 Estatua E: M. Lambert, RA, 46, 1952, p. 81.

«He aquí una mujer. ¿Quién era? ¿Quién no era? Tenía en su mano un cálamo de metal radiante, llevaba la tablilla de la buena escritura del cielo, estaba sumida en sus pensamientos...»

Preocupado y perplejo, Gudea se hizo consolar primero por su «madre», la diosa Gatumdug, y luego se fue en barco a consultar a la diosa Nanshe, «intérprete de los sueños». La que le explica que el hombre es el dios Ningirsu y la mujer Nisaba, diosa de la ciencia. Le aconseja ofrecer a Ningirsu un carro, «adornado de metal radiante y de lapislázuli» y esculpir su emblema:

«Entonces, insondable como el cielo, la ciencia del Señor, de Ningirsu, el hijo de Enlil, te apaciguará. Te revelará el plano de su templo y el Guerrero, cuyos decretos son grandes, te lo hará alzar.»

Gudea obedeció y Ningirsu le expresó claramente su deseo en otro sueño. No tenía más que ponerse manos a la obra. Habiendo unido a los ciudadanos de Lagash, «como hijos de una misma madre» hizo reinar la paz en cada hogar, suprimió los impuestos innecesarios, purificó la ciudad, delimitó el recinto sagrado, trazó el plano del templo y diseñó el molde de los ladrillos, cogió la arcilla «en un lugar muy limpio», purificó los cimientos, modeló el primer ladrillo, lo llevó sobre su cabeza y lo puso, siendo acompañado en todo ello por plegarias, libaciones y sacrificios. Luego trajo artesanos del Elam y de Susa, hizo traer madera de Magan y Meluhha. El propio *ensi* fue a lo alto del país, «a las montañas en las que nadie había penetrado» a cortar los cedros que bajaron flotando por el Éufrates «como serpientes». De Kimash [15] se trajo cobre, oro en polvo y plata, y de Meluhha pórfido. Se pusieron a trabajar los orfebres, los forjadores, los lapicidas y por supuesto los albañiles. En un año el templo estaba construido, espléndidamente decorado y listo para recibir la estatua de Ningirsu, en el transcurso de una solemne ceremonia:

«El respeto hacia el templo se difundió por todo el país», dice Gudea con orgullo, «el temor que impone invade al extraño. El resplandor de Eninnu cubre todo el universo como un manto.»

De este magnífico santuario no queda prácticamente nada, y podríamos estar tentados de acusar a Gudea de exageración si no dispusiésemos de una treintena de estatuas de él, provinientes en su mayor parte de excavaciones clandestinas [16]. Talladas en diorita, la piedra dura y negra de Magan, cuidadosamente pulida, la mayor parte de

[15] Región del noreste del Iraq (RGTC, II, p. 101). Se trata probablemente de una parada en la ruta del Irán.

[16] A. Parrot: *Tello*, pp. 147/207; *Sumer*, 2.ª ed. pp. 220/232, fig. 212/219, 221, 222. Se han expresado algunas dudas acerca de la autenticidad de estas estatutas: F. Johansen: *Statues of Gudea Ancient and Modern*, Copenhagen, 1978.

ellas están ejecutadas con una pureza de líneas y una sobriedad de detalles, y con una sensibilidad expresiva que le otorgan un lugar preferente en el ámbito de la escultura mundial. Si los santuarios de Girsu contenían estas obras maestras, es de suponer que su mobiliario, su decoración y sus materiales no debieron ser de muy mala calidad.

Este hombre joven tranquilamente sentado, con una ligera sonrisa en los labios, con las manos unidas ante el pecho y con el plano de un templo o con una regla graduada sobre sus rodillas constituye el mejor de los ejemplos de un tipo de personaje que estaba destinado a desaparecer: el perfecto *ensi* de Sumer, pío, justo, sabio, fiel a sus antiguas tradiciones, entregado a su pueblo, lleno de amor y preocupación por su ciudad, e incluso en algún caso excepcional, pacífico, porque las numerosas inscripciones de Gudea no mencionan más que una sola campaña militar, en el país de Anshan. No hay duda de que la madera, los metales y la piedra utilizados para la construcción de los templos de Lagash dan testimonio de la prosperidad casi increíble de al menos uno de los principios sumerios tras un siglo de gobierno acadio y teóricamente bajo la férula de los «bárbaros» de Gutium.

Shulgi, Amar-Sîn y el imperio sumerio

«Abandonado sobre el campo de batalla como un cacharro roto», Ur-Nammu murió no se sabe dónde, en una guerra de la que no se sabe nada. Un largo poema nos describe sus funerales en Ur, y los tesoros que se llevó a la tumba para atraerse los favores de los dioses y semidioses infernales [17]. Su hijo Shulgi («Noble jovenzuelo») le sucedió y reinó cuarenta y ocho años (2094-2047). La primera mitad de este largo reinado está muy mal documentada, pero parece haber estado consagrada a la reorganización política, militar y administrativa del reino, y a la construcción, en diversas ciudades de Sumer, de muchos templos, algunos de los cuales ya habían sido fundados por Ur-Nammu. A partir del año veinticuatro de Shulgi comienza sin embargo una serie de guerras, desarrolladas exclusivamente sobre dos frentes: el Kurdistán iraquí y el Suoreste iraní.

Las guerras del Kurdistán fueron las más largas, exigieron no menos de once campañas [18]. El teatro de operaciones fue la región comprendida entre el Adhem y el Gran Zab, afluentes del Tigris, un triángulo delimitado por las ciudades de Shashrum (Shimshara), Urbilum (la actual ciudad de Erbil, al este de Mosul) y Harshi (probablemente Tuz Kurmatli) y que tenía como centro la fortaleza de Simurrum, que

[17] S. N. Kramer: «The death of Ur-Nammu and his descent to the Netherworld», JCS, 21, 1967, pp. 104/122; C. Wilcke: «Eine Schicksalentscheidung für den toten Ur-nammu», en A. Finet (Ed.): *Actes de la XVII Recontre assyriologique internationale*, Ham-sur-Heure, 1970, pp. 81/92.

[18] W.W. Hallo: «Simrrum and the Hurrian frontier», RHA, 36, 1978, pp. 71/92.

debe situarse en los alrededores de Altun Köprü, a medio camino entre Erbil y Kirkuk. El encarnizamiento del rey de Ur por apoderarse de esta región, muy alejada de la capital, no puede explicarse más que por el hecho de que estuviese poblada por los lullubi, y sobre todo por los hurritas, por aquel entonces muy poderosos, que amenazaban el valle del Diyala y controlaban la gran ruta comercial que remonta el Tigris para llegar a Armenia. Fue sin duda contra sus incursiones contra las que fue construida, entre dos de las tres «guerras hurritas», una línea fortificada llamada «muro de los territorios no incorporados» *(bàd mada)*, en alguna parte al este de este río. Tomada y vuelta a tomar por tres veces, Simurrum no llegó a ser definitivamente ocupada y transformada en capital de una provincia sumeria, más que en el año 44 de Shulgi (2051).

En el lado iraní las cosas fueron más fáciles. Los guti habían puesto fin al reinado del temible Puzur-Inshushinak y sumido al Elam en una anarquía peor que la de Mesopotamia [19]. Los príncipes del Luristán (Dinastía de Simashki), que pretendieron dirigir la confederación elamita, eran por aquel entonces poco poderosos, y Shulgi se aprovechó de esta circunstancia para colocar sus peones en esta región. El año 18 de su reinado firmó una alianza con Warahshe, dando a su soberano una de sus hijas en matrimonio. Diez años más tarde, volvió a tomar posesión de Susa, e instaló a un gobernador sumerio en ella, elevando un templo a Inshushinak, dios supremo de los elamitas. En el año 32, otra de sus hijas se casaba con el gobernador de Anshan, pero esto no impidió que esta idómita provincia se sublevase, y fueron precisas dos campañas para someterla (años 34 y 35). Por último, los montañeses del Irán eran también excelentes guerreros; Shulgi los agrupó en una especie de «legión extranjera», encargada de defender la frontera oriental de lo que se había convertido en un imperio.

Siguiendo el ejemplo de Narâm-Sin, Shulgi tomó el título de «rey de las Cuatro Regiones», y se hizo adorar como un dios. Fueron compuestos himnos en su honor, y se le construyeron templos [20], regularmente se depositaban ofrendas al pie de las estatuas del rey y el nombre de «divino Shulgi» le fue dado a un mes del calendario sumerio. Este gran rey, a la vez bravo jefe militar, fino diplomático, excelente administrador y amigo de las letras —había aprendido la ciencia de los escribas y fundado escuelas en Ur y Nippur, a las que debemos tantas de las obras literarias sumerias— murió, o bien asesinado, o bien quizá víctima de una epidemia [21], y fue enterrado en una tumba digna de un dios: un espléndido mausoleo de dos pisos, que todavía

---

[19] Sobre este período de la historia elamita ver W. Hinz, CAH, 1, 2, pp. 654/662.

[20] A. Falkestein y W. von Soden: *Sumerische un Akkadische Hymnen und Gebete*, Stuttgart, 1953, pp. 114/119; G. R. Castellino: *Two Shulgi Hymns*, Roma, 1972; H. Limet: «Les temples des rois sumeriennes divinisés» en el *Temple et le Culte*, Leiden, 1975, pp. 80/94.

[21] P. Micahlowski: «The Death of Shulgi», *Orientalia*, 46, 1977, pp. 220/225.

puede verse con sus altas bóvedas agudas, situado en el límite del recinto sagrado de Ur, cerca del cementerio real [22].

Su hijo Amar-Sîn* no reinó más que nueve años (2046-2038), el tiempo suficiente como para incorporar sólidamente Asur al imperio, nombrándole un gobernador de alto rango, y para llevar a cabo dos campañas en el Kurdistán y en unas montañas del Elam. Al igual que su padre, se deificó, y sin falsa modestia se proclamó «dios sol del País». Tres presagios afirman que murió de una herida (infectada), causada por su zapato [23]. Fue inhumado en el mismo mausoleo que Shulgi, pero las dos tumbas fueron desgraciadamente saqueadas durante la Antigüedad.

Fue en tiempos de Shulgi y Amar-Sin cuando el Imperio** sumerio alcanzó su apogeo. Es muy difícil precisar sus fronteras, pero pueden distinguirse en él tres zonas: en la periferia algunos países independientes entran más o menos en su órbita mediante una política de alianzas de los reyes de Ur, inaugurada por Ur-Nammu con el caso de Mari [24], y continuada por sus sucesores. Otras regiones menos lejanas fueron colocadas bajo las órdenes de un gobernador civil *(ensi)* o militar (*shagin*, en sumerio, *shakkanakku(m)*, en acadio), por lo general nacido en el propio país. Este es el caso de Susa y Asur, pero es muy poco probable que Ebla, Gubla (identificada con Biblos, moderna Jebaïl, en la costa libanesa), e incluso Mari, ciudades sin embargo citadas en los textos, hayan estado sometidas al rey de Ur [25]. Si la Alta Mesopotamia no aparece de un modo claro en los textos (¡es tan difícil localizar tantas ciudades y países citados!) la reconstrucción del palacio de Narâm-Sîn en Tell Brak, bajo el reinado de Ur-Nammu, parece sugerir una presencia sumeria en esta región. Por último, en el corazón del imperio (Sumer, Acad y el valle de la Diyala) persisten las antiguas unidades territoriales, pero los principados de antaño se convierten ahora en provincias. Ya no hay más *lugal* que el de Ur, y los *ensi* se han convertido en simples administradores de los territorios, nombrados por el rey. Mantienen el orden, adminis-

---

[22] Sir Leonard Woolley y R.P.S. Moorey: *Op. cit.*, en nota 9, pp. 163/174.

* «Torillo del dios Sin». Este nombre, que antes se leyó como Bûr-Sîn suele escribirse Amar-Suen, de acuerdo con la ortografía sumeria.

[23] A. Goetze: JCS, 1, 1947, p. 261, n.° 29/31. Algunos niegan todo valor histórico a estos presagios, por ejemplo, J. Cooper: «Apodotic death and the historicity of "Historical" omens», en B. Alster (Ed.): *Death in Mesopotamia* Copenhagen, 1980, pp. 99/105.

** Nótese que la palabra y la idea de «imperio» jamás existieron en el Próximo Oriente antiguo.

[24] Ur-Nammu había casado a uno de sus hijos con la hija de Apil-kîn, rey de Mari (M. Civil, RA, 56, 1962, p. 213).

[25] Los sume-rios llamaban a veces *ensi* a soberanos independientes. El título de *shakkanakkum* que se otorgan los soberanos de Mari contemporáneos de Ur III muestra su subordinación al «rey Dagan», su dios, más que al rey de Ur, al que jamás mencionan (J. R. Kupper: «Rois et *shakkanakku*», JCS, 21, 1967, pp. 123/125). Para los regalos enviados por Ebla y Gubla (E. Sollberger: «Byblos sous les rois de Ur», AfO, 19, 1959-1960, pp. 120/122), ver más abajo n.° 28.

tran justicia y hacen llevar a cabo las grandes obras públicas ordenadas por el soberano, y se encargan del cobro de los impuestos y tasas de sus dominios. Algunas ciudades o regiones tenían también un jefe militar. El imperio de Ur estuvo, pues, bien organizado, lo que no le impedirá su rápido derrumbe.

Para comunicar entre sí las diferentes partes de este amplio territorio Shulgi puso en funcionamiento una red de comunicaciones con estaciones distantes entre sí una jornada de camino, de modo que los viajeros pudiesen recibir en ellas trato adecuado a su rango [26]. Sobre todo los altos funcionarios, los «correos» (lú-kasa 4) y los *sukkal*, que viajaban escoltados por soldados y policías. Suele traducirse *sukkal* por mensajero, pero en realidad se trata de inspectores reales, de *missi dominici*, encargados de asegurarse el buen funcionamiento de las administraciones locales, lo que explicaría que su jefe, el *sukkalmah*, ocupase el puesto más elevado del gobierno central, es decir, el de «gran canciller», dependiendo directamente del rey.

Una de las instituciones más características de la III Dinastía de Ur es el *bala* (literalmente «rotación»), sistema según el cual cada uno de los *ensi* de Sumer y Acad pagaba por turno al estado un tributo, generalmente en forma de ganado ovino o bovino. Todos estos tributos se dirigían hacia un gran centro recolector, Sellush-Dagan (transcrito a veces como Puzrish-Dagan), en la actualidad Drehem, situado a algunos kilómetros de Nippur, de donde una parte era enviada a esta última ciudad, ahora más que nunca capital religiosa de Sumer, y la otra parte a Ur [27]. Las provincias lejanas, así como algunos de los países que aparentemente se hallaban bajo tutela sumeria, pagaban un tributo *(gun)*, consistente en plata, ganado, pieles y objetos diversos, pero esta palabra también pudo haber designado los regalos diplomáticos, lo que explicaría los «tributos» de Mari, Ebla y Gubla [28]. Por supuesto toda entrada y salida era cuidadosamente registrada por los escribas.

Estos archivos de Drehem, así como otros provinientes de Ur, Nippur, Girsu y Umma, constituyen una enorme masa de documentos administrativos: alrededor de treinta y cinco mil textos publicados, y sin duda otros tantos duermen en los museos, universidades y colecciones privadas. Podría suponerse que tal documentación sería susceptible de hacernos conocer, hasta en sus menores detalles, el sistema socio-económico en vigor, al menos en el país de Sumer durante la época de Ur III, pero es preciso tener en cuenta que a excepción de algunos contratos, decisiones judiciales y cartas, la mayor parte

---

[26] T. B. Jones y J. W. Snyder: *Sumerian Economic Texts from the Third* Ur Dinast y, Minneapolis, 1961, pp. 280/310; J. P. Gregoire: *Archives Administratives sumériennes*, París, 1970, pp. 61/62; 201/202. Estas dos obras contienen puestas a punto muy útiles acerca de algunos aspectos sociales y económicos del período de Ur III.

[27] W. W. Hallo: «A Sumerian amphictyony», JCS, 14, 1960, pp. 88/114.

[28] P. Michalowski: «Foreing tribute to Sumer during the Ur III period», ZA, 68, 1978, pp. 34/49.

de estos textos son documentos contables que provienen de instituciones estatales (templos, centros de contribución y organismos de producción) y no de archivos privados o reales. Nos proporcionan por lo tanto multitud de noticias acerca de estas instituciones, pero dejan todo lo demás en la sombra[29]. Además, el número de textos a manejar, la incertidumbre que rodea la significación precisa de algunos términos sumerios y los problemas de metodología que plantea tal empresa, hacen que nadie hasta el presente se haya visto tentado de reunir el conjunto de los datos disponibles en una síntesis coherente, sin embargo enormemente deseable y esperada con impaciencia por parte de los historiadores.

La impresión de conjunto que se obtiene a partir de estos documentos es que la organización estatal que hemos visto desarrollarse lentamente, y luego ir cristalizando en torno al Templo y el Palacio en la época Dinástica Arcaica, se perpetuó y reforzó. Desde la «bocana» mesopotámica al Golfo Pérsico toda la Baja Mesopotamia no es a este respecto más que un inmenso «principado sumerio» que tiene a Enlil como dios principal, a Ur como capital, al *lugal* de Ur como su soberano. Este último ejercerá un poder al que se llama «patrimonial[30]», basado en sus cualidades personales y por el mandato que le confió Enlil, teniendo como único límite el respeto por las tradiciones, un respeto que dejará que subsistan las «dinastías» de *ensi* y *shagin* y que incluso permitirá a un juez provincial no cumplir una sentencia de un juicio real[31]. Todas las grandes decisiones serán tomadas por el rey, que, por intermedio del *sukkalmah* controlará estrechamente el funcionamiento del gran reino de que es señor. Teóricamente propietario, en nombre de Enlil, de todos los bienes y de todas las tierras, de hecho parece no disponer más que de los «campos de subsistencia», en el territorio, muy pequeño, de la ciudad de Ur. Por el contrario, el palacio recibe sus tributos de todas partes, y regalos de todo tipo que bastan para asegurar al soberano, a su familia y a su corte unos ingresos muy sustanciales. Es necesario añadir que una gran parte de estos tributos se utilizaba para financiar la construcción de templos, la apertura de canales y otras grandes obras públicas en todo el imperio.

Al igual que en las épocas anteriores, las tierras cerealícolas eran cultivadas y administradas por los templos, cuyo personal, muy numeroso, estaba dirigido por un «prefecto» *(shabra)*, rodeado por inspectores, contables y escribas. La división tripartita de las tierras (reserva, campos arrendados y campos de subsistencia) todavía persiste.

---

[29] Ejemplos de estas lagunas en E. Sollberger: «Ur III society: some unanswered questions», en D. O. Edzard (Ed.), *Gesellschaftsklassen im altem Zweistromland*, Munich, 1972, pp. 185/189. Desgraciadamente todavía hay más.

[30] J. P. Gregoire: *en Production, Pouvoir et Parenté dans le monde méditerranéen*, París, 1981, p. 73.

[31] E. Sollberger: «L'opposition au pays de Sumer et de Akkad», en *La Voix de l'opposition en Mésopotamie*, Bruselas, 1973, pp. 29/30.

La producción era muy considerable: en Girsu en el año 2 de Amar-Sîn, se recogen cerca de 255.000 hectólitros de trigo. El sector pastoral de la economía, mucho peor documentado que el sector agrícola, pero del que también sabemos que incluía numerosos ganados, también se hallaba controlado por el Estado. Lo mismo ocurre con el sector «industrial» término que designa nada más que la transformación de las materias primas de la agricultura y la ganadería, únicos recursos de Mesopotamia, ya que el trabajo del metal se efectuaba todavía a un nivel puramente artesanal [32]. Las grandes manufacturas del cuero, los textiles y las harinas eran organismos del estado que atendían sus propias necesidades, porque los talleres de producción y sus numerosos obreros, mujeres en su mayor parte, se hallaban próximos a los talleres y al personal necesario para el funcionamiento y el mantenimiento de todo el sistema. Algunas cifras podrán darnos una idea de su importancia. Los textos de Ur dan testimonio de un ingreso, en un momento dado, de alrededor de dos mil toneladas de lana en los almacenes reales, y en la región de Girsu la industria textil empleaba a quince mil mujeres [33]. En la misma región una unidad de transformación de cereales comporta no sólo almacenes (en los que el grano se molía a mano) y panaderías, sino también malterías, asadores, pocilgas, molinos de aceite y talleres en los que se fabricaban muebles, morteros y recipientes en terracota, cestos de juncos y cueros. Empleaba nada menos que a 1.000 personas, de las que 134 eran especialistas y 858 obreros, 86 de ellos eran hombres, 669 mujeres y 103 adolescentes, y proporcionaba unas 1.100 toneladas de harina anuales [34]. Sólo la época de Ur III conoció unidades de producción de semejante importancia.

Si bien es cierto que pueden haber existido comerciantes y hombres de negocios que hayan ejercido su actividad a título privado [35], sin embargo, el comercio internacional estuvo casi siempre en manos del estado, que proporcionaba el «capital», y la mayor parte de los mercaderes *(damgar)* no son más que funcionarios que sirven como intermediarios. Los productos de lujo eran comprados directamente en el extranjero por el Palacio. La plata amonedada, todavía escasa, sirvió sobre todo como patrón de intercambio, pero a veces llegó incluso a ser utilizada como «moneda». Era atesorada por los dignata-

---

[32] H. Limet: *Le Travail du métal au pays de Sumer au temps de la Trosiéme Dynastie d'Ur,* París, 1960.

[33] H. Waetzold: *Untersuchungen zur Neusumerischen Textilindustrie,* Roma, 1972.

[34] J. P. Gregoire: *Uberlegungen zu den Produktionsverhältnissen des ausgehende III Jahrtausends: die grossen neu-sumerischen Getreideverarbeitungsgätten* (en prensa). Agradecemos al Sr. J. P. Gregoire que nos haya permitido conocer el núcleo de su trabajo.

[35] Sobre este controvertido tema ver M. A. Powell: «Sumerian merchants and the problem of profits», *Iraq,* 39, 1977, pp. 23/29; D. C. Snell: «The activities of some merchants of Umma», *ibíd,* pp. 45/50; H. Limet: «Les schémas du commerce néosumerien», *ibíd,* pp. 51/58.

rios y los altos funcionarios, y no circulaba más que con la autorización del palacio.

La sociedad sumeria en la época de Ur III se articulaba en torno a dos ejes: por una parte el gobierno central y provincial [36], que comprendían toda una serie de funcionarios relativamente poco numerosos, que iban desde el *sukkalmah* al alcalde de pueblo *(hazannum)*, y por otra las grandes unidades de producción que empleaban y permitían vivir a la mayor parte de la población. Estas unidades comprendían un personal administrativo numeroso y muy diversificado, y una mano de obra, a la que la ausencia de medios técnicos hacía inmensa. Compuesta de hombres *(gurush)* y mujeres *(gemé)* organizados en equipos, esta mano de obra se dividía entre los especialistas y los peones. Se empleaba tanto de modo permanente y durante largos períodos como para trabajos estacionales (siembras, cosechas, recogidas de cañas y dátiles) o en casos muy concretos (apertura y mantenimiento de canales, sirga de buques y construcción de obras defensivas). Para algunos grandes trabajos se podía también recurrir al *erén*, o grupo de los soldados susceptibles de ser sometidos a corvea, o bien movilizar a toda la población. Los esclavos *(arád)* eran poco numerosos y se reclutaban exclusivamente entre los prisioneros de guerra [37]. Cuando no eran ejecutados tras el combate, los prisioneros eran incorporados a los grupos de *erén* o a los equipos de *gurush*, sus mujeres e hijos eran «ofrecidos» a los templos, instalados en los grandes talleres como sirvientes o trabajadores. Absorbidos por la sociedad, disfrutaban de los mismos derechos que los demás trabajadores y podían incluso alcanzar la libertad.

Al igual que en el pasado, los «salarios» consistían en raciones anuales, mensuales o diarias, cuya composición y magnitud variaban de acuerdo con el sexo, la edad y el rango que ocupase el individuo perceptor dentro de la escala social [38]. A título de ejemplo, la ración mínima de un trabajador no especializado era de alrededor de 20 litros de cebada al mes y de 3,5 litros de aceite y 2 kilos de lana al año. A lo que habrá que añadir las raciones, más pequeñas, que corresponden a su mujer y a sus hijos, y las distribuciones ocasionales o estacionales de dátiles, leguminosas, especies, pescado, carne y vestidos. Un *engar*, que es un jefe de un equipo de trabajo, pero también una especie de especialista agrícola, recibe casi el doble. Además posee su campo de subsistencia y a veces un pequeño jardín bajo los palmerales, en el que cultiva sus frutos y sus legumbres, y cría algunas

---

[36] Se pueden ver algunos detalles en E. Sollberger: «Les pouvoirs publics dans l'empire d'Ur», en *Les Pouvoirs locaux en Mésopotamie et dans les régions adjacentes*, Bruselas, 1980.

[37] I. J. Gelb: «Prisoners of war in early Meso-potamia», JNES, 24, 1973, pp. 70/98.

[38] I. J. Gelb: «The ancient Mesopotamian ration system», JNES, 24, 1965, pp. 230/243.

ocas y cabras. Se puede beneficiar además del excedente que puede ir acumulando, y utilizarlo para comprar uno o dos sirvientes, o adquirir una casa para sus hijos y ofrecer un regalo a su esposa. La mayor parte de los habitantes de Sumer y Acad vivían pues muy modestamente; algunos no hacían más que sobrevivir. A veces se veían obligados a pedir un préstamo, ya fuese para pagar un gasto inesperado o para poder acabar el año, y entonces tenían que dirigirse a prestamistas públicos o privados. La tasa de interés (o mejor dicho de compensación) era muy elevada (33 por 100 para la cebada), y los más pobres podían verse obligados a dar a sus hijos o a su mujer como sirvientes hasta lograr la condonación de la deuda.

Jamás llegaremos a saber lo que el «hombre de la calle» de Ur, Nippur o Girsu pensaba acerca de la sociedad en el que le había tocado vivir. Si a veces era víctima de abusos e injusticias por parte de los ricos y poderosos [39], también es posible que se sintiese a gusto en un sistema del que no era más que una pieza, ya que nunca había llegado a conocer otro, y además porque este sistema representaba para él el orden establecido por los dioses. En tiempos de Shulgi y de Amar-Sîn, la enorme maquinaria económica que garantizaba la vida de cada cual, así como la prosperidad y la riqueza del país de Sumer, funcionaba aparentemente sin chirridos. El *lugal* de Ur era el monarca más poderoso del Próximo Oriente, y era obedecido y respetado sobre un vasto territorio. A ojos de los contemporáneos el imperio tenía el aspecto de un edificio bien estructurado y prácticamente indestructible. Pero los *shukkal* que informaban al rey y los soldados que patrullaban sobre las polvorientas pistas del desierto sabían que grandes tribus de nómadas armados ya se habían puesto en marcha, y que en un futuro iban a formar un impetuoso torrente que nadie podría detener.

La caída de Ur

Será bajo el reinado de Shu-Sin*, hermano y sucesor de Amar-Sin (2037-2029) cuando comiencen a manifestarse los primeros indicios de la existencia de una grave amenaza en las fronteras occidentales del imperio, hasta entonces notablemente pacíficas. Al igual que sus predecesores, el nuevo *lugal* de Ur restauró algunos templos e hizo una campaña sobre Irán, en la que se jactó de haber saqueado siete países. Además debió correr en socorro del rey de Simanum (ciudad probablemente situada al norte del Iraq), cuyo hijo se había casado con su hija y al que una revuelta había destronado. Los rebeldes fueron deportados y para ellos se construyó una «ciudad» en los alrede-

[39] Es sobre todo en los proverbios sume-rios donde se hallan este tipo de informaciones. Ver E. I. Gordon: *Sumerian Proverbs*, Filadelfia, 1959; B. Alster: *Studies in Sumerian Proverb*, Copenhagen, 1975.

* «El de Sin». También escrito Shu-Suen y a veces Gimil-Sin.

dores de Nippur: el primer «campo» de prisioneros de guerra [40]. Sin embargo, la fórmula del cuarto año de Shu-Sin, repetida al año siguiente, tenía algo de insólito: «el divino Shu-Sin, lugal de Ur construyó el muro de los MAR.TU (llamado) el que aparta a Tidnum». Según uno de los expertos que trazaron este plan, esta línea fortificada no debería medir menos de 275 kilómetros, estaría reforzada por un foso de agua y uniría el Tigris y el Éufrates en alguna de sus partes al norte de la actual Bagdad [41].

Los nombres de los MAR.TU, en sumerio, *Tidnum* y *Amurrum* en acadio, son sinónimos y se aplican a la vez a un país y a un pueblo [42]. El país es la vasta región que se extiende del oeste del Éufrates medio, llegando desde este río al Mediterráneo, y *Amurrum* designa igualmente un punto cardinal: el oeste. Las gentes que habitan esta región y a las que solemos llamar amorreos o amorritas hablaban una lengua semítico-occidental diferente al eblaíta, pero muy semejante al cananeo, y que no conocemos más que por su onomástica y por algunas de sus expresiones, adoptadas por los acadios. En la época de Ur III las tribus de los amorritas se divían en dos grupos. Unos, sedentarizados ya desde hacía mucho tiempo, sin duda alguna, en la Siria Central (valle del Orontes, Líbano y Anti-Líbano), se hallaban por aquel entonces en plena expansión. Ocuparon progresivamente la Siria del Norte y Palestina, no sin provocar serias perturbaciones (ver capítulo 14). Los demás, que seguían siendo nómadas, recorrían el desierto sirio entre Palmira y Mari y franqueaban frecuentemente el Éufrates para llevar a sus ganados a pacer en la estepa mesopotámica. Pero estos amorritas, muy próximos a los sumerios, quienes ya los conocían desde la época del Dinástico Arcaico, ya fuese en tanto que individuos emigrados a sus ciudades, en las que se mezclaban con la población, y en las que a veces llegaban a desempeñar funciones importantes, aun conservando su nombre semítico-occidental o llevando, en los textos la mención «un tal MAR.TU»; o ya fuese en tanto que «beduinos», cuyas costumbres, consideradas como muy groseras, eran objeto de sus sarcasmos y de su desprecio:

> «Los MAR.TU no conocen el grano... Los MAR.TU que no conocen ni la casa, ni la ciudad, los zafios de la alta estepa... Los MAR.TU que desentierran las trufas*..., que no se inclinan (para

---

[40] M. Civil: «Su-Sin's historical inscriptions: collection B», JCS, 21, 1967, pp. 24/38. Ver W. W. Hallo en RHA, 36, 1978, p. 79.

[41] A. Ungnad, artículo «Datenlisten» en RLA, II, p. 144; IRSA, p. 152; C. J. Gadd, en CAH (3), I, 2, pp. 609/611.

[42] Sobre los amorritas en general ver J. R. Kupper: *Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari,* París, 1957, pp. 147/248; K. M. Kenyon: *Amorites and Canaanites,* London, 1963; G. Bucellati: *The Amorites of the Ur III Period,* Napoli, 1963; A. Haldar; *Who were the Amorites?,* Leiden 1971; M. Liverani: «The Amorites» en D. J. Wiseman (Ed.) *Peoples of the Old Testament Times,* Oxford, 1972, pp. 101/133.

* Se trata de trufas salvajes (sumerio *gurun-kur*, acadio *kam atu*), que crecen en

cultivar la tierra), que comen carne cruda, que no tienen casa durante toda su vida, que no se entierran (según las reglas) tras su muerte... Los MAR.TU pueblo saqueador, con los instintos de las bestias salvajes... [43]».

Contra estos bárbaros que saqueaban las ciudades y asaltaban a los viajeros y las caravanas se solían enviar tropas que capturaban prisioneros y onagros, y ya hemos visto que Shar-Kallisharri persiguió a los MAR.TU hasta sus refugios del Jebel Bishri. Pero he aquí que los papeles se habían cambiado. Animados, sin duda, por sus congéneres sirios, estos beduinos pasaron al ataque en masa y los sumerios tuvieron que ponerse a la defensiva.

Al «divino» Shu-Sin le sucedió, en 2028, su hijo, el no menos «divino» Ibbi-Sin* [44]. En el año 3 de su reino este último condujo una expedición de «rutina» contra Simurrum y, dos años más tarde, casó a su hija con el príncipe de Zabashali, pequeño reino del Luristán, con la vana esperanza de contrapesar el creciente poder de los reyes de Simashki. En una fecha indeterminada acudió en tropel, «como un huracán» y sometió a Susa, Adamtu y el país de Anshan «en un sólo día». Pero estos notables hechos ocultan una realidad infinitamente mucho más dramática. En efecto, apenas había subido al trono el nuevo rey de Ur, el imperio comenzó a fragmentarse, a desmoronarse, como lo muestra el abandono en las tablillas datadas del sistema de los «nombres de los años» de Ibbi-Sin y su sustitución por los de los *ensi* locales ahora convertidos en soberanos. El proceso comenzó en el año 2 con Eshnunna, en el bajo valle del Diyala, seguida por Susa (año 3), y luego por Lagash (año 5) y Umma (año 6), y Dêr (cerca de Badra, al este del Tigris) seguirá más tarde su ejemplo.

La pérdida de estas grandes y fértiles provincias supuso un golpe muy fuerte para la economía de Sumer. La inflacción y la hambruna galopante: un *gur* de cebada (122,4 litros) que algunos años antes se compraba por un siclo de plata, quedó ahora reducido a 5 *sila* (4,25 litros), por esa misma cantidad. Cuando en el año 2017 los MAR.TU rompieron la barrera y penetraron en el corazón de Sumer, estalló el hambre en Ur. Ibbi-Sin encargó entonces a uno de sus altos funcionarios, Ishbi-Erra, nativo de Mari, que fuese a buscar grano a Isin y Kazallu. Este se puso en acción y escribió a su rey que había com-

---

invierno en las depresiones húmedas del desierto, y no de las que hacen las delicias de nuestros gourmets.

[43] E. Chiera: *Sumerian Epics and Myths,* Chicago, 1934, n.° 58 y 112; M. Civil: *Op. cit.,* p. 31.

* «Sin lo ha llamado.» Nótese que este nombre es acadio, como el de su madre, Abi-simti.

[44] Acerca del reino de Ibbi-Sîn y la caída de Ur consúltese: T. Jacobsen: «The rein of Ibbi-Suen, JCS, 7, 1953, pp. 36/44; E. Sollberger, artículo «Ibbi-Sin», en RLA, V, pp. 1/8; D. O. Edzrad: *Die Zweite Zwischenzeit Babyloniens* (abreviado, ZZB), Wiesbaden, 1957, pp. 44/58; C. J. Gadd en CAH (3), I, 2, pp. 611/617; J. van Dijk: «Ishbi-Erra, Kindatu l'homme d'Elam e la chute de la ville d'Ur», JCS, 30, 1978, pp. 189/207.

prado la suficiente cebada como para «satisfacer durante quince años el hambre de su palacio y de sus ciudades». Sin embargo, añade, los MAR.TU controlan todos los caminos y él mismo se halla sitiado en Isin, por lo que le ruega al rey que envíe navíos para transportar esta mercancía a su capital [45]. Ignoramos la respuesta de Ibbi-Sin, pero la tentación también era muy fuerte para Ishbi-Erra, que se proclamó independiente (2017) [46]. Luego, como escribió al rey de Ur, Puzur-Numushda, *ensi* de Kazallu permaneció fiel, se apoderó de Nippur, y obtuvo de Enlil el «pastoreo del país», reestableció el orden en la región y —quizá con la ayuda de los elamitas— luchó victoriosamente contra muchos estados vecinos. Ibbi-Sin respondió a su gobernador dándole quejas de que Enlil hubiese concedido la realeza a «un hombre insignificante, que es de estirpe sumeria» y le suplicó que le obedeciese. Algún día, quizá, los MAR.TU derrotarían a los elamitas y se apoderarían de Ishbi-Erra [47].

Pero estos deseos no se llegarían a realizar. A partir del año 20 (2009) el reino quedó definitivamente partido en dos: por una parte con Ibbi-Sin en Ur, y por la otra con Ishbi-Erra en Isin, y este último, más rico y más fuerte, expulsará muy pronto a los MAR.TU o comprará su retirada. Fue entonces cuando intervinieron los elamitas aliados con las gentes del Norte (Subartu) y con los *Su*, que quizá podrían ser los habitantes de Susa [48]. En el año 22 (2007) atravesaron el Tigris y marcharon sobre Ur, bajo la dirección de Kindattu, rey de Simashki. Ibbi-Sin se encerró en su ciudad y se preparó para sostener un largo asedio, pero Ishbi-Erra los puso en fuga. Tres años más tarde (2004) volvieron bajo las órdenes de otro jefe y saquearon todo Sumer. En algunos días estaban bajo los muros de Ur, esos muros que Ur-Nammu había construido «tan altos como una montaña resplandeciente». Atacaron la ciudad, la tomaron, robaron e incendiaron, y luego se fueron, dejando una pequeña guarnición en el lugar. El desgraciado Ibbi-Sin fue hecho prisionero y llevado «hasta el fin del país de Anshan, en el que él mismo, como un ave de rapiña, había devastado sus ciudades» [49], y allí será donde muera. Muchos años más tarde, cuando Ur sea reconstruida de sus ruinas, todavía alguien se acordará de su destrucción y la llorará, con razón, como una catástrofe nacional [50].

---

[45] Carta de Ishbi-Erra a Ibbi-Sin en S. N. Kramer; *The Sumerians,* Chicago, 1963, p. 333.

[46] Una lista de nombres de años de Ishbi-Erra la da Taha Baqir: «A date list of Ishbi-Erra», *Sumer,* 4, 1948, pp. 103/114. La fecha en la que este rey de Isin comenzó a reinar no se conoce con seguridad.

[47] Carta de Puzur-Numushda y respuesta de Ibbi-Sîn en S. N. Kramer: *Op. cit.*, pp. 333/334, y ANET (3), pp. 480/481. Ver Fadhil A. Ali: «The Sumerian Letters», *Sumer,* 26, 1970, pp. 145/178.

[48] F. Vallat: *Suse et l'Elam,* París, 1980, p. 9.

[49] Lamentación por Ibbi-Sîn en A. Falkestein y W. von Soden: *Sumerische und Akkadische Hymnen und Gebete,* Zurich, 1953, pp. 189/192.

[50] S. N. Kramer: «Lamentation over the destruction of Ur», ANET (3), pp.

«¡Oh padre Nanna, esta ciudad se ha convertido en ruinas...
Sus habitantes, en lugar de tiestos, han llenado sus laderas.
Sus muros fueron destrozados y el pueblo gime.
Bajo sus puertas majestuosas donde normalmente se paseaba, yacen los cadáveres.
En sus calles donde antes tenían lugar las fiestas del país, yacen los cuerpos amontonados.
Ur - sus fuertes y sus débiles se han muerto de hambre.
Los padres y las madres que han quedado en sus casas han sido consumidos por las llamas.
Los niños nacidos sobre las rodillas de su madre, han sido llevados por las aguas, como los peces.
En la ciudad, la esposa quedó abandonada, el niño fue abandonado y los bienes quedaron dispersos.
O Nanna, Ur ha sido destruida, sus habitantes han sido dispersados!»

455/463. También hay una lamentación por la destrucción de Sumer y de Ur (*ibíd*, pp. 611/619) y otras, fragmentarias sobre la destrucción de Nippur, Uruk, Eridu; ver S. N. Kramer: «The weeping goddess: Sumerian protoptype of the Mater Dolorosa», *Biblical Archaeologist*, 1983, pp. 69/80.

CAPÍTULO ONCE

LOS REINOS AMORRITAS

La caída de Ur, poco antes del año 2000, supone un viraje crucial en la historia mesopotámica. No sólo supone el fin de una dinastía y de un reino, sino de una nación y de todo un tipo de sociedad. Muy pronto desalojados de la ciudad que habían conquistado, los elamitas no pudieron recoger los frutos de sus éxitos y los auténticos vencedores en este asunto fueron los semitas: primero los acadios con el rey de Isin, y luego los amorritas, a los que se puede ver menos de un siglo después del desastre, montarse sus reinos por todas partes en un Sumer y un Acad destrozados. Algunos de sus soberanos quizá pudieron haber sido los jefes de esos MAR.TU que, desde la época de Ur III, no habían dejado de infiltrarse en Mesopotamia, pero en muchos casos, parece que nos hallamos en presencia de los antiguos funcionarios al servicio de los reyes de Sumer, o bien de los jefes de las tribus que desde hacía algún tiempo vivían en las ciudades, como todavía lo continúan haciendo los «cheikhs» de las grandes tribus árabes, que habían sido penetrados por la cultura sumero-acadia [1].

La supremacía de los semitas traería profundos cambios étnicos, lingüísticos, políticos y sociales. Bajo la influencia de las presiones demográficas, y sin duda psicológicas, los sumerios comenzaron a tomar nombres acadios, haciéndose de este modo indiscernibles, y en cierto modo «desapareciendo» poco a poco. Su lengua cesó de hablarse y se transformó en una lengua de letrados, eruditos y sacerdotes, como el latín de la Edad Media. Además, los amorritas adoptaron el acadio mucho más fácilmente porque se parecía a su propia

[1] D. O. Edzard en J. Bottéro, E. Cassin y J. Vercoutter (Ed.): *The Near East*, New York, 1967, pp. 185/186.

lengua, y el propio acadio conseguiría alcanzar la plenitud de su forma clásica en lo que se llamará el «babilonio antiguo». Paralelamente, el fraccionamiento de la Baja Mesopotamia en reinos acadios y amorritas de extensión variable y cuyas capitales frecuentemente son ciudades hasta entonces sin gran importancia, borrará todas las huellas de los antiguos principados sumerios, sobre los que se habían trazado las provincias de Ur III. Si, al igual que en el pasado, los nuevos monarcas pretendían deber su cetro a los favores de su dios nacional (el dios de su capital, y no el de su tribu), el principio según el cual nadie podía reinar sobre Sumer y Acad si no era elegido por Enlil en Nippur se quedó caduco. Es cierto que algunos reyes gustaron en llamarse «amados por Enlil», o «campeones de Enlil», pero no se trataba más que de una figura estilística; únicamente sus cualidades físicas y morales, sus proezas, su influencia y su carisma justificaban su poder. Después de todo, todos ellos eran insurgentes o antiguos «cheikhs» que habían conquistado su territorio con la punta de su espada.

Este cambio de los conceptos político-religiosos se refleja en la organización económica y social, tal y como puede observarse a través de los documentos (leyes y edictos reales, contratos, sentencias, cartas, documentos administrativos) ahora casi tan numerosos como en la época de la III Dinastía de Ur, pero de una naturaleza diferente, y provinientes mucho más frecuentemente de archivos reales o privados que de los archivos de los templos [2]. En teoría, el suelo del reino continúa perteneciendo a los dioses, pero el rey se apropia de grandes dominios que hace explotar mediante sus propios granjeros y jornaleros, y distribuye sus tierras entre los miembros de su familia y de su corte, entre sus «servidores» (funcionarios y empleados del palacio), en los que a su vez, al ser básicamente habitantes de las ciudades, los arriendan de nuevo. Vemos pues cómo se va constituyendo una sociedad en la que hay grandes, pequeños y medianos propietarios y campesinos arrendatarios, que constituyen la masa de la población. Algunos grupos sociales, sobre todo los soldados, reciben del rey, en pago por sus servicios, no sólo tierras de subsistencia por las que pagan una renta en especie, sino también tierras sin cultivar que tienen la misión de trabajar y de las que conservan su usufructo, convirtiéndose de este modo en una especie de «colonos».

En esta Mesopotamia dividida durante tanto tiempo, el

[2] Acerca de la organización socio-económica de Mesopotamia en la época paleobabilonia consúltese: A. L. Oppenheim: *Ancient Mesopotamia,* Chicago, 1964, pp. 74/125; C. J. Gadd, en CAH (3), II, 1, pp. 190/208; D. O. Edzard: *Op. cit.*, p. 212/221; P. Garelli: *Le Proche Orient Asiatique)* abreviado en POA (hay traducción castellana: Labor, Barcelona, 1970), París, 1969, I, pp. 264/272 y 283/287; R. Harris: *Ancient Sippar,* Leiden, 1975, *pasim.* Existen además numerosos artículos. Pero aquí, como en el período de Ur III se hace notar duramente la ausencia de un buen estudio de conjunto.

comercio [3] se hace entre reino y reino; los reinos situados en las fronteras, o los que disponen de un puerto en el Golfo, aseguran el contacto con los países extranjeros (Mari con Siria, Asur con Anatolia, Eshununna con el Elam y Larsa con Dilmun), cobrando elevados peajes. Aunque las guerras entre los diferentes estados mesopotámicos tuvieron sin duda alguna como fin el liberarse de estos costosos y susceptibles intermediarios, que, si querían, podían cortar los aprovisionamientos de materias primas como la madera y el metal. Los comerciantes extranjeros viajaban entre el Tigris y el Éufrates. Los comerciantes locales, los *tamkâru,* actuaban por cuenta del estado, del que eran agentes, pero también por cuenta propia. Agrupados en asociaciones *(kârum)* en todas las grandes ciudades, unían sus capitales para la realización de operaciones comerciales, cuyos riesgos y beneficios compartían. Beneficiándose de los créditos del gobierno, comprando todo lo que no utilizaba el palacio y revendiéndolo a elevados precios, concediendo créditos a una población crónicamente endeudada, llegaron a enriquecerse, hasta el punto de que tuvieron en sus manos la mayor parte de la «masa monetaria», ya fuese en cebada o en plata, siendo esta última cada vez más utilizada. De este modo llegaron a jugar en la sociedad de este momento un papel importante y muy complejo. Podrá vérselos, a fines del siglo XVII, recibir del estado los alquileres de los impuestos agrícolas —así como los de la ganadería, también alquilados—, a la vez que los intereses de sus préstamos.

La industria, sobre la que estamos mucho peor informados, parece haber seguido el modelo de Ur III, aunque las unidades de producción serán mucho más pequeñas, mientras que se irán multiplicando los talleres de los artesanos asalariados. Por último —y ahí es donde sin duda reside el cambio más significativo— el Templo y Estado se hallan ahora separados. Los grandes santuarios, al no conservar más que su propio dominio y al quedar privados del control que antaño ejercían sobre el conjunto de las tierras cerealícolas, dejan de detentar el papel predominante de la economía mesopotámica. Ahora serán: «por una parte propietarios terratenientes, y por otra tabajadores y contribuyentes» [4]. Mientras que el soberano se esforzará en dirigir mediante decretos la maquinaria económica y por establecer una «justicia social», los sacerdotes se contentarán con garantizar el culto de los dioses, esos antiquísimos dioses de Sumer que habían sobrevivido a todos los avatares.

Es evidente que todo esto no ocurrió en unos pocos años ni de un

---

[3] W. F. Leemans: *The Old Babylonian Merchant,* Leiden, 1950. Ver también los artículos de P. Koschaker en ZA, 1942, pp. 135/180 y de J. Bottéro en JESHO, 4, 1961, pp. 128/130.

[4] F. R. Krauss: «The role of temples from the thirs dynasty of Ur to the first Babylonian dynasty», *Cahiers d'histoire mondiale,* 1, 1954, p. 535.

modo uniforme. La Baja Mesopotamia, sobre todo, parece haber conservado durante mucho tiempo un sistema socio-económico muy semejante al de Ur III [5], y es sabido que, en esta región, el sumerio continuó siendo la lengua oficial en las inscripciones reales, hasta la llegada del reinado de Hammurabi. Además, el Norte mesopotámico, menos urbanizado que el Sur y de tradicción diferente, parece haber conocido un sistema de tipo feudal basado sobre las comunidades agrícolas, y que englobaba en su seno a tribus seminómadas [6]. Las inscripciones reales serán redactadas en él exclusivamente en acadio.

El período de la historia mesopotámica que sigue a la III Dinastía de Ur suele ser llamado entre los especialistas franceses período babilonio antiguo o paleo-babilonio. Se extiende durante cuatro siglos, desde la caída de Ur (2004) a la toma de Babilonia por lo hititas (1595), y se divide en dos partes. La primera de ellas, llamada de Isin-Larsa [7] dura alrededor de doscientos años y es extraordinariamente compleja. Se caracteriza, en la Baja Mesopotamia primero por casi un siglo de paz relativa bajo la égida de los primeros reyes de Isin, y luego por la emergencia del poderoso reino de Larsa y por los encarnizados combates a los que se entregaron estos dos estados vecinos y rivales por la posesión de Ur y por la hegemonía sobre el conjunto de Sumer y Acad, mientras se van formando, en diversas partes, los principados amorritas, como el de Babilonia. Al mismo tiempo en la Alta Mesopotamia los soberanos de Asur Eshnunna y Mari lucharán también por el control de las grandes rutas comerciales que atraviesan esta región y será un rey de Asur de origen amorrita quien la controle temporalmente. En 1792 Hammurabi, llegó a ser rey de Babilonia. Utilizando a la vez la fuerza y la diplomacia conseguirá en unos pocos años hacerse dueño de toda Mesopotamia, construyendo de este modo un segundo «imperio» semítico, aunque, eso sí, muy efímero. El reinado de este gran monarca y de sus descendientes constituye el subperíodo de la I Dinastía de Babilonia, o Babilonio I [8].

Isin, Larsa y Babilonia

Según esta lista real relativamente tardía [9] el reino de Larsa habría sido fundado ocho años antes de que Ishbi-Erra se proclamase

[5] J. Renger: «Interaction of temple, palace and "private enterprise", in the old Babylonian economy», en E. Lipinski (Ed.): *State and Temple Economy in the Ancient Near East,* Lovaina, 1979.

[6] A. L. Oppenheim, *Ancient Mesopotamia,* p. 86; J. Klima en J. R. Kupper (Ed.): *La Civilisation de Mari,* París, 1967, p. 46.

[7] La obra fundamental sobre este período es ZZB, Wiesbaden, 1957.

[8] Algunos historiadores hacen comenzar este subperíodo en 189, fecha en la que Sumu-abum funda la Primera Dinastía de Babilonia.

[9] «Lista de los Reyes de Larsa», recopilada en el año 19 de Sasu-iluna, hijo de Hammurabi. Ver A. K. Grayson: RLA, p. 89.

independiente en Isin (o sea hacia el 2025), por un amorrita llamado Naplânum, pero hasta el momento no poseemos ninguna inscripción ni ningún nombre de este año de este soberano y de sus tres primeros sucesores. ¿Se trata simplemente de antepasados, o bien Larsa había sido durante mucho tiempo vasalla de Isin, como parece sugerir un texto recientemente publicado? [10] Quizás algunas tablillas provenientes de excavaciones actualmente en curso de estas dos capitales nos podrán dar algún día la respuesta a esta pregunta [11].

Además de Nippur, caída muy pronto en manos de Ishbi-Erra, el reino de Isin también comprendía otros dos centros religiosos importantes: Uruk y Eridu. En el año 20 de su reinado (1998), o sea seis años después de la caída de Ur, Ishbi-Erra expulsa a la guarnición elamita acuartelada en esta ciudad, lo que permitirá a sus sucesores llevar el título de «rey de Ur, rey de Sumer y Acad». Sabemos muy poco de sus gestas, excepto que Shu-ilishu (1984-1975) consiguió, no se sabe cómo, remitir a Elam la estatua del dios de Ur, el dios-luna Nanna Sin, que Iddin-Dagan ocupó Dêr, ciudad situada al este del Tigris, al pie de los contrafuertes de los Zagros [12] y que su hijo Ishme-Dagan (1953-1935) atacó sin éxito Kish, por aquel entonces capital de un pequeño reino independiente.

Como se recordará Ishbi-Erra era un acadio natural de Mari, lo que explica que el gran dios de esta ciudad (y también de Ebla), el dios-trigo Dagan, figurase en el nombre de dos de sus herederos. Sin embargo, estos semitas se consideraron y se comportaron como auténticos herederos de los reyes de Ur, hasta el punto de que algunos historiadores tratan a la I Dinastía de Isin como una simple prolongación de la III Dinastía de Ur. Todos ellos se deificaron y poseemos no menos de treinta y cuatro himnos compuestos por estos reyes «divinos», de los que quince son para Ishme-Dagan [13]. Muchos de ellos también tomaron parte en el ritual del matrimonio sagrado, y también nombraron a su hija sumo sacerdotisa de Nanna en Ur. Aunque residieron en Isin, reconstruyeron y embellecieron la antigua capital

---

[10] D. Arnaud: «Textes relatifs à l'histoire de Larsa», RA, 71, 1977, pp. 3/4.

[11] Isin es la actual Ishan Bahriyat, a 25 kms. al sur de Nippur. Las excavaciones alemanas emprendidas en este yacimiento en 1973 todavía están en curso. Primeros informes: B. Hrouda: *Isin-Isan Bahriyah,* I y II Munich, 1977, 1981. Larsa es Senkereh, a 48 kms. al norte de Nasriyah y no lejos de Uruk. En 1968 el Museo del Louvre reemprendió las excavaciones comenzadas por A. Parrot en 1932 (AM, I, pp. 361/364). Informes preliminares por J. C. Margueron, y luego por J. L. Huot en *Sumer,* 27, 1971, y *Syria,* 47, 1970 ss. Bibliografía de las inscripciones reales de Isin y de Larsa conocidas antes de estas excavaciones por W. W. Hallo: en *Bi. Or.,* 18, 1961, pp. 4/14.

[12] Dêr es Tell'Aqar, cerca de Badra, en la frontera irano-iraquí, a 60 kms. al norte de Kut el-Imara (RGTC, III, p. 55). Yacimiento no excavado.

[13] W. H. Ph. Römer: *Sumerische «Konigshymnen» der Isin-Zeit,* Leiden, 1965. Lista de estos himnos por W. W. Hallo en *Bi Or.,* 23, 1966, pp. 239/247.

con el mismo ardor que lo habían hecho un Shulgi o un Amar-Sin. Reestablecieron las relaciones comerciales con Dilmun, fortificaron sus ciudades para prevenir eventuales incursiones de los MAR.TU nómadas, y retomaron por su cuenta la política de alianzas matrimoniales que habían venido desarrollando con insistencia, pero normalmente sin éxito, sus predecesores [14]. En el dominio de las artes —y sobre todo en la glíptica en la que predominan las escenas llamadas de «presentación» [15]— nada distingue a este período del precedente, y no se ha dejado de señalar que la casi totalidad de las grandes obras literarias sumerias descubiertas en Ur y Nippur fueron redactadas y transcritas en esta época. Lo mismo ocurre con la famosa Lista Real Sumeria, lo que demuestra el deseo que tenían estos dinastas acadios de asimilarse a la larga dinastía de los reyes de Sumer, que se remontaba al «alba de la historia». Nada muestra mejor hasta qué punto las dos etnias dominantes en la Baja Mesopotamia estaban estrechamente mezcladas y compartían una misma civilización. Sumer, en esta época, nos recuerda a un Imperio Romano decadente en el que todo era latino, excepto los emperadores.

La supremacía de Isin continuó aparentemente sin serios obstáculos hasta el reinado de Lipit-Istar (1934-1925), hijo de Ishme-Dagan, y autor de un «código» de leyes de una cuarentena de artículos, así como de un prólogo y epílogo, que han llegado hasta nosotros [16]. Estas leyes se refieren básicamente a los esclavos, al derecho matrimonial, a las sucesiones, al régimen de las tierras en arriendo, a los contratos de fletes de barcos, al alquiler de bueyes y pastores, y a determinados delitos, dándonos de este modo una idea de la estructura social por aquel entonces en formación. Al igual que las de Ur-Nammu están redactadas en sumerio y sancionan los diferentes delitos mediante un sistema de simples multas. Pero a finales de su reinado este pacífico legislador entrará en conflicto con un formidable adversario, con un guerrero cuyo nombre resonaba como un redoble de tambor: Gungunum, quinto de los reyes de Larsa, más tarde considerado como el auténtico fundador del reino. Gungunum (1932-1906) ya había llevado a cabo una campaña en Elam, contribuyendo así a la decadencia de la dinastía de Simashki, cuando el año 8 de su reino atacó al rey de Isin y se apoderó de Ur. En el curso de los siguientes años llegó a ser amo de Dêr, Susa, Lagash, y quizás de Uruk, lo que otorgaba

---

[14] De este modo, la hija de Iddin-Dagan se casó con el rey de Anshan. Ver B. Kienast, J.C.S., 19, 1965, pp. 45/55, A. Goetze, *ibíd.*, p. 56, DJ. Owen, J.C.S., 24, 1971, pp. 17/19.

[15] AAO, pp. 54/58. Las «escenas de presentación» representan al posesor del cilindro-sello, normalmente acompañado de su dios personal, orando ante una divinidad u ofreciéndole un animal para el sacrificio.

[16] S. N. Kramer: «The Lipit-Isthar Lawcode», ANET (3), pp. 159/161; E. Szlechter: «Le code de Lipit Isthar», RA, 51, 1957, pp. 57/82; 177/196 y RA, 52, 1958, pp. 74/89.

a Larsa el dominio de la mitad de la Baja Mesopotamia, junto con la posibilidad de una apertura hacia el Mar Inferior.

La pérdida de su puerto y de esos territorios fue para Isin un auténtico desastre, que se vería agravado por la extinción de la familia real. En efecto, Lipit-Istar, que murió el año en el que Gungunum tomó Ur, fue reemplazado por un usupador llamado Ur-Ninurta (quizás un sumerio), que en el 1896 fue vencido y asesinado por Abi-sarê de Larsa. El hijo de este último, Sumu-El (1894-1866) continuó su política agresiva, derrotando a los soberanos de Kish y Kazallu y arrancando Nippur a su rival de Isin, Erra-imitti, otro usurpador.

La muerte de Erra-imitti merece ser contada, porque nos ofrece el más antiguo de los ejemplos de la práctica de una extraña costumbre mesopotámica. A veces, cuando los presagios eran particularmente sombríos y el rey temía la cólera de los dioses, dimitía, en cierto modo, y colocaba sobre su trono a un hombre cualquiera, a un «sustituto real» *(Shar puhi),* auténtico chivo emisario que, tras haber reinado un poco tiempo, era ejecutado y enterrado con gran pompa [17]. Pero, he aquí lo que dice el redactor, evidentemente apasionado por los detalles escabrosos, de una crónica babilonia que data de la época casita (siglo XV):

> «Erra-imitti, el rey, colocó a Enlil-bâni, el jardinero, como sustituto real sobre su trono. Colocó la tiara real sobre su cabeza. Erra-imitti murió en su palacio al comerse una sopa demasiado caliente. Enlil-bâni, que ocupaba el trono, no quiso devolverlo, y así se convirtió en el soberano» [18].

Añadamos que el afortunado jardinero fue deificado, y tuvo derecho a dos himnos, llegando a gobernar durante veinticuatro años (1860-1837), lo que quedaba del reino de Isin, reducido a su capital y a sus inmediatos alrededores, mientras que en Larsa, Nûr-Abadm se hacía construir un palacio y sus hijo Sîn-iddinam conquistaba el valle del Diyala y ponía el pie a lo largo del Tigris, llegando hasta los alrededores de Asur. Pero ahora, los dos reinos rivales del Sur mesopotámico tenían un enemigo común: Babilonia.

Los primeros de Isin habían conseguido controlar más o menos las tribus amorritas, cada vez más numerosas, que se desplazaban a lo largo del Tigris y el Éufrates. Sin embargo, un poco antes del 1900 estos «beduinos» se infiltraron en el mismo corazón de la Baja Mesopotamia, y con la ayuda de las luchas que enfrentaban a Isin y Larsa,

---

[17] J. Bottéro: «Le substitut royal et son sort en Mésopotamie ancienne», *Akkadica,* 9, 1978, pp. 2/24.

[18] Crónica llamada «de los Antiguos reyes», ABC, p. 155.

consiguieron apoderarse de muchas ciudades, como Ilip, Marad, Malgûm, Mashkan-shapir, e incluso Uruk [19]. De este modo se crearon muchos pequeños reinos, cuyas querellas vendrían a sumarse a la confusión reinante. En el año 1894, el mismo año en el que Sumu-El subía al trono de Larsa, un príncipe amorrita llamado Sumu-abum se instalaba en una pequeña ciudad situada en la ribera izquierda del Éufrates, a unos 20 kilómetros de Kish y Agade, en esa «bocana» mesopotamia, cuya importancia ya habíamos señalado, desde los puntos de vista comercial y estratégico. Esta ciudad apareció por primera vez en los textos de Ur III, estando por aquel entonces gobernada por un *ensi,* y contribuyendo con *bala,* pero no jugaba ningún papel político [20]. En sumerio se llamaba *Kà-dingir-ra* y en acadio *Babilim,* nombres que significan «Puerta de dios», y en la actualidad la llamamos según su nombre griego Babilonia. Su dios protector era Amar-Utu, en acadio Marduk, humilde divinidad de la familia de Enki, y que gravitaba en la órbita del dios-sol Shamash de Sippar, pero que algún día llegaría a hacer la competencia al propio Enlil. Los primeros reyes de Babilonia quisieron sin duda alguna hacer de esta ciudad la capital de un futuro gran reino, pero sus anhelos se vieron atemperados por su prudencia, y tardaría más de medio siglo en llegar a apoderarse del país de Acad. Deseaban tomar Nippur, auténtica llave de Sumer, cuando se encontraron con la resistencia del primero de los reyes de una nueva dinastía de Larsa.

Al sureste del Iraq, entre el Tigris y los Zagros, se extiende una estepa semidesértica, llamada por aquel entonces Iamutbal, por el nombre de la tribu de los amorritas nómadas o semi-nómadas que la habitaban y cuyo jefe, en estos mediados del siglo XIX, llevaba el nombre elamita de Kudur-Mabuk, sin duda porque su familia había servido durante mucho tiempo a los reyes del Elam. Hacia el 1835 kudur-Mabuk miró hacia el otro lado del río y creyó que las circunstancias le eran favorables: la guerra hacía estragos más que nunca entre Isin y Larsa, y Nippur cambiaba de una manos a otras. Además Sîn-iqîsham de Larsa había debido ceder su capital al reyezuelo de Kazallu, jefe de una tribu enemiga de Iamutbal, lo que constituía un excelente pretexto para intervenir. No sabemos exactamente lo que pasó entonces, pero en el 1834 Kudur-Mabuk se hizo el dueño de Larsa,

[19] Según J. Charpin (RA, 72, 1978, pp. 20/22) Ilip, capital de la «Dinastía de Mananâ» de la que poseemos numerosas tablillas económicas debería localizarse entre Kish y Marad. Esta última es Wannaes-Sa'adun a 24 kms. al norte de Diwaniyah. Malgûm (o Malgium) estaría sobre el Tigris, entre la desembocadura del Diyala y Mashkan-shapir, cerca de la actual Kut el-Imara (RGTC, III, p. 157/165). La dinastía fundada por Sîn-Kâshid en Uruk y que reinó de 1865 a 1804 aproximadamente está bien documentada por las inscripciones (IRSA, pp. 229/235) y por diversos textos. Ver A. Falkestein en *BaM,* 2, 1963, pp. 1/82 y ZZB, pp. 153/156.

[20] J. Renger, «The city of Babylon during the Old Babylonian period» Sumer, 35, 1979, pp. 204/209.

que confió a su hijo Warad-Sîn, al que asoció a su obra. Bajo esta corregencia, y luego bajo el reinado de Rîm-Sîn (1822-1763), este reino iría a conocer por fin largos períodos de paz, así como un extraordinario desarrollo económico, cultural y religioso, porque los recién llegados adoptaron sin dudarlo una civilización con la que estaban familiarizados sin duda desde hacía mucho tiempo, y actuaron como reyes de Ur e Isin. Se reconstruyeron pues con todos los medios no menos de nueve templos y otros doce monumentos de Ur, se excavaron grandes canales hasta el mar para recuperar tierras arables, se favoreció el arte y la literatura sumerios, y por supuesto los reyes se deificaron. Pero mientras Isin fuese independiente y Babilonia estuviese activa la paz no podía durar mcuho tiempo en el país de Sumer. En el año 1810 Rîm-Sîn debió combatir contra una poderosa coalición dirigida por el babilonio Sîn-muballit, y no sería más que al llegar al año 30 de su reinado cuando en 1794 consiguiese por fin conquistar Isin y liberar Larsa de su antigua rival. Dos años más tarde Hammurabi subiría al trono de Babilonia.

Llegados a este punto, será preciso que dejemos por un momento el Sur y orientemos nuestra mirada hacia la parte Norte de Mesopotamia, donde habían transcurrido grandes acontecimientos desde la caída de Ur. También aquí nos iremos a encontrar con los «reinos combatientes», empeñados en feroces luchas, pero con un trasfondo cultural y con unos motivos bélicos de una naturaleza esencialmente diferente.

Eshnunna, Asur y Mari

La ciudad de Eshnunna (Tell Asmar), nacida a partir de un villorio de la época de El Ubaid, bien conocido, sobre todo durante el Dinástico Arcaico, gracias a una larga sucesión de templos y gracias a las estatuas de adorantes de enormes ojos que de ella provienen, muy mal conocida por el contrario en la época de Acad y luego saqueada por los guti, aparecerá bajo la III Dinastía de Ur como una capital de una gran provincia, y como la más importante de todas las aglomeraciones que por aquel entonces existían en el valle del Diyala. Situada a unos 15 kilómetros de este río, se hallaba en la encrucijada entre dos grandes vías comerciales: la que, atravesando los Zagros lleva de la «bocana mesopotámica» a la penillanura irania (la actual carretera de Bagdad a Teherán) y la que, pasando al este del Tigris unía la Alta Mesopotamia con el Elam. Por ello también se hallaba sometida a una triple corriente de influencias culturales y políticas: sumeroacadias en primer lugar, pero también elamitas y hurritas (su dios tutelar Tishpak era probablemente idéntico al dios hurrita Teshup. No es pues asombroso que Eshnunna haya sido una de las primeras ciudades provinciales en romper con los reyes de Ur III. Con nuestros

actuales conocimientos podemos afirmar que su paso a la independencia fue rápido y fácil. A partir de Ilushu-ilia, que se separó el año 2 de Ibbi-Sin (2027) y tomó el título de «rey poderoso, rey del país de Warum», los soberanos de Eshnunna comenzaron a llamarse «servidores de Tishpak» y dataron los años basándose en sus propios nombres de años. El templo dedicado al «divino» Shu-Sin fue cerrado al culto y unido a un gran palacio, desgraciadamente muy mal conservado [21].

Estos primeros reyes con nombres acadios, o de etimología desconocida, no tardaron en incrementar su territorio mucho más allá de sus antiguos límites. Aprovechándose de la existencia de problemas que provocaban los amorritas en esta región, como en tantas otras, ocuparon todo el valle del Diyala, sobre todo la importante ciudad de Tutub (Khafaje) y lanzaron una avanzadilla hacia el norte, hasta los alrededores de Kirkuk. Algunos asiriólogos han atribuido a uno de ellos, Bilalama (hacia el 1980), una colección de leyes redactadas en acadio [22] y de las que se han conservado unos sesenta artículos, pero en la actualidad se considera que es preciso rebajar su cronología por lo menos en un siglo [23], lo que acerca este «código» al de Hammurabi, con el que posee numerosos puntos en común. Hay que destacar que las «leyes de Eshnunna» no fueron descubiertas en esta ciudad, sino en Shaduppum, en la actualidad Tell Harmal, montículo englobado en los alrededores de Bagdad y excavado por arqueólogos iraquíes entre 1945 y 1949 [24]. El hecho de que este simple pueblo, capital administrativa de una región agrícola del reino de Eshnunna, haya dado, además de este «código», cartas, contratos, documentos económicos, listas de nombres de años de gran interés e interesantísimas tablillas matemáticas dice mucho acerca de la difusión de la cultura en esta época.

El reinado de Bilalama fue seguido por un período desastroso, durante el cual Eshnunna fue saqueada por las tropas de Dêr, vencida en una guerra contra el reyezuelo de Kish, y privada de la mayor parte de sus posesiones. Pero más tarde, bajo una dinastía de príncipes amorritas, el reino recobraría su prosperidad. Con Ibal-pî-El (hacia el 1860) comenzará un nuevo período de expansión marcado por la

---

[21] H. Frankfort, Seton Lloyd y Th. Jacobsen: *The Gimilsin Temple and the Palace of the Rulers at Tell Asmar* (OIP, XLIII), Chicago, 1940. Esta obra contiene un importante capítulo sobre la historia del reino de Eshnunna (pp. 116/200). Ver también ZZB, 71/74, pp. 118/121 y 162/167.

[22] E. Szlechter: *Les lois de Esnunna*, París, 1954; A. Goetze: *The Laws of Eshnunna*, New haven, 1956; ANET (3), pp. 161/163.

[23] R. al-Hashimi: «New Light on the date of Harmal and Dhiba'i», Sumer, 28, 1972, pp. 29/33.

[24] Taha Baqir, *Tell Harmal*, Bagdad, 1959. Los textos de Tell Harmal han sido publicados en *Sumer*, 6 (1950) y 14 (1958) y en JCS, 13 (1959) y 17 (1975).

ocupación de Rapiqum sobre el Éufrates, de Asur sobre el Tigris, y de Qabra en la llanura de Erbil y de Ashnakkum sobre el Khabur [25]. La situación de estas ciudades indica claramente que los soberanos de Eshnunna trataban de conquistar todo el valle del Tigris y la Alta Jazirah, y de establecer una cabeza de puente sobre el Éufrates medio, controlando de este modo todas las rutas comerciales que convergían hacia su capital en la dirección desde Susa. Pero su dominio sobre las ciudades conquistadas no fue más que temporal y los pacientes esfuerzos de los últimos príncipes de Eshnunna por recobrar los territorios conquistados y luego perdidos se saldaron con un completo fracaso. Y es que cuatro poderosos estados —Babilonia, Larsa en el sur, Asur en el norte y Mari en el oeste— los rodeaban y oponían ahora a sus ambiciones una barrera infranqueable.

La fundación del reino asirio y su acceso al rango de gran poder político y militar constituirán acontecimientos de importancia capital en una época rica en convulsiones [26]. La ciudad que dio su nombre al reino, Asur —o más exactamente Ashshur *— estaba situada en una región de estepas más adecuadas para la cría del ganado que para la agricultura, pero ocupaba una posición estratégica de primer orden [27]. Construida sobre un espolón rocoso triangular que sale del Jebel Makhul y que domina la ribera derecha del Tigris a unos 100 kms. al sur de Mosul, protegida por sus dos lados por este río impetuoso y por el tercero de ellos por poderosas fortificaciones, controlaba el camino más directo entre la Baja y la Alta Mesopotamia, entre Sumer-Acad y el Kurdistán iraquí, Armenia y Anatolia. Fundada durante el período Dinástico Arcaico y en un principio bajo la influencia cultural de Sumer, tal y como demuestran los dos primeros templos de Istar y su contenido, Asur fue ocupada por Narâm-Sin, rey de Acad, y luego transformada por Amar-Sîn en provincia del reino de Ur III. Aunque poseemos cuatro versiones de una Lista real asiria [28] que pretende remontarse a los orígenes, es extremadamente

---

[25] Ninguno de estos yacimientos, excepto Asur, ha sido identificado. Rapiqum hay que situarlo cerca del Éufrates, próximo a Ramâdi. Qabra probablemente esté al Norte del Zab inferior y Ashnakkum sobre el Kahbur. Ver RGTC, III, p. 25, 187, 193.

[26] Sobre los comienzos del reino de Asiria ver D. Oates: *Studies in the Ancient History of Norther Iraq,* London, 1968, pp. 19/41 y F. R. Krauss: *Könige, die in Zelten wohnten,* Amsterdam, 1965.

* En los textos cunieformes, la ciudad, el reino y su dios son escritos en la forma *Ash-shur*. Para evitar toda ambigüedad hemos adoptado la grafía *Asur* para la ciudad y *Ashur* para el dios, reservando para el reino el apelativo tradicional de Asiria.

[27] Asur (en la actualidad Qala'at Sherqat) fue excavado por los alemanes de 1903 a 1914. Informes preliminares en la colección WVDOG, hasta mediados de los años 50. Resumen en AM, I, pp. 213/234. Para una visión de conjunto del yacimiento y de las excavaciones, ver W. Andrae: *Das viedererstandene Assur* Leipzig, 1938 (2.ª ed. revisada por B. Hrouda, Munich, 1977).

[28] A. K. Grayson, RLA, VI, pp. 101/116. Bibliografía en ABC, p. 269.

difícil, por falta de sincronismos, precisos con los reyes de Sumer y Acad, establecer una cronología absoluta de los soberanos de Asur anteriores al siglo XIX. A la cabeza de esta Lista real figuran diecisiete reyes, algunos de ellos con extraños nombres (Tudiya, Ushpia, Kikkia, Akia), y de origen mal conocido, que «vivían en las tiendas», lo que nos sugiere unos jefes de tribu acampando en los alrededores de la ciudad, y daría la impresión de que estos «reyes» se habrían apoderado de Asur en la época de Acad, después de que hubiese sido devastada por los guti o los lullubi. Luego, en una fecha indeterminada pero correspondiendo verosímilmente con la decadencia de la III Dinastía de Ur, apareció un tal Puzur-Ashur, fundador de un linaje de nueve soberanos que llevan nombres típicamente acadios (¡incluso hay un Sargón!) y se otorgan el título, no de «rey» (*sharrum*), sino de *ishiakkum* (forma acadia del sumerio *ensi*) del dios Ashur y de *walkum* o «leader» de la Asamblea de los ciudadanos. Cuatro de estos reyes nos han dejado inscripciones que mencionan la construcción o restauración de templos de Ashur, Adad e Istar, así como de las murallas de la ciudad. Uno de ellos, Ilushuma, debió haber «purificado el cobre» de los acadios y «establecido su libertad» en Ur, Nippur, Dêr y otras ciudades, pero el sentido exacto de estas expresiones y la realidad de la incursión al país de Sumer que parecen sugerir están muy discutidas [29]. Veremos más adelante (capítulo 14) que estos soberanos de Asur obtenían sus riquezas del comercio del estaño y del cobre con Anatolia y por ello no es imposible que Ilushuma hiciese alusión a ventas masivas de cobre a los acadios del sur, volviéndolos de este modo independientes de fuentes «indeseables» como el Elam.

Sin embargo los verdaderos fundadores de lo que se ha venido en llamar el «Antiguo imperio asirio» no serían los descendientes de Puzur-Ashur, sino los amorritas, que durante los primeros siglos del segundo milenio se asentaron en Mesopotamia del Norte, al igual que en la Baja Mesopotamia. Hacia el 1830 una de sus tribus estaba gobernada por un tal Ila-kabkabu al que los redactores de la Lista real asiria dan una gran serie de antepasados, siendo el primero de ellos, Halê, contemporáneo, e incluso pariente de los últimos reyes que «vivían en las tiendas». Desgraciadamente no sabemos dónde situar el territorio de esta tribu [30], pero lo que sí es cierto es que Ila-kabkabu fue un jefe poderoso e influyente, semejante a esos «príncipes del desierto» que eran hasta hace muy poco los «cheikhs» de los beduinos Shammar o Anezeh. En efecto, hacia la misma época otros amorri-

[29] Sobre esta cuestión ver H. Lewy, CAH (3), I, 2, pp. 757/758; ARI, 7/8 y n.° 32 y 33.

[30] Para algunos autores, sobre todo para W. W. Hallo: *The Ancient Near East*, pp. 96/97, la dinastía amorrita de Asiria sería originaria de Terqa (Tell Ashara, a medio camino entre Mari y Deir ez-Zor, pero las excavaciones que están en curso de realización en este yacimiento (G. Bucellati y otros, *Syro-Mesopotamian Studies*, 1, 1977), no han permitido, hasta el momento verificar esta hipótesis.

tas, probablemente originarios de la Siria del Norte, se habían apoderado de Mari, ciudad sumergida en una especie de semioscuridad, al menos a nivel político, desde la época de Ur III [31], y su primer rey, Iaggid-Lim cambiaron, dice una inscripción, «juramentos solemnes» con Ila-kabkabu [32]. Pero esta amistad no durará mucho tiempo, porque sabemos por el mismo texto que una fortaleza de Iaggid-Lim fue destruida por su antiguo aliado y que su hijo Iahdun-Lim (alrededor del 1825-1810) debió reconquistar su reino con lar armas. Este enérgico soberano no se amedrentaría por eso y pronto orientaría su mirada hacia el oeste. En la inscripción de fundación del templo de Shamash en Mari, grabada sobre nueve grandes ladrillos hallados prácticamente intactos [33], Iahdun-Lim declara que irá al borde del «Océano», es decir al Mediterráneo, mar que siempre ejerció una especie de fascinación sobre los monarcas mesopotámicos:

> «Ofreció al Océano sus grandes sacrificios reales, y sus soldados se bañaron en el Océano. Penetró en las montañas de cedros y bojs... Hizo un gran saqueo, estableció su renombre e hizo conocer su valor. Sometió a este país del borde del Océano, lo hizo doblegarse a sus órdenes... Le impuso un tributo perpetuo que cobraba regularmente».

El rey de Iamhad (Alepo), que normalmente controlaba el acceso a esas montañas y al mar, reaccionó inmediatamente, organizando una coalición de reyezuelos contra Mari, agrupando, a los de la Alta Mesopotamia, que fue derrotada ese mismo año. Esta gloriosa expedición al oeste y esta victoria debieron suscitar el temor y los celos de los asirios. Si bien es cierto que no está demostrado que hubieran fomentado la muerte de Iahdun-Lim, asesinado por sus propios «servidores», sí lo es que al menos supieron aprovecharse de ella, porque poco después se apoderarían de su capital [34].

[31] La historia política de Mari al comienzo del segundo milenio no es bien conocida, pero sabemos que esta ciudad siempre estuvo gobernada por los *shakkanakku*. Cerca de quinientas tablillas económicas de esta época han sido publicadas por H. Limet en ARMT XIX, 1976.

[32] ARMT, I, n.° 3; ARI, pp. 27/28.

[33] G. Dossin: «L'inscription de fondation de Iahdun-Lim, rey de Mari», *Syria*, 32, 1955, pp. 1/28.

[34] Parece ser que Iahdun-Lim habría subido al trono destronando a su hermano mayor Sûmu-Iaman. Tras la muerte de Iahdun-Lim este último habría vuelto, siendo por breve tiempo rey de Mari. Ver G. Dossin: «Archives de Sûmu Iaman, rey de Mari», RA, 64, 1970, pp. 17/44.

Ila-kabkabu tuvo dos hijos: Aminu y Shamshi-Adad *. Del primero no sabemos casi nada, excepto que estuvo probablemente asociado con su padre en el gobierno de su tribu y que le sucedió tras su muerte. El segundo de ellos estaría destinado a convertirse en un gran rey de Asiria (1813-1781), pero los comienzos de su carrera plantean un problema que de momento es insoluble. En efecto, la Lista real asiria le consagra una mención especial, de la que se deduce que en tiempos de Naram Sin —sin duda alguna el rey Eshnunna de este nombre que se había apoderado de Asur— Shamshi-Adad estaba en Babilonia, punto de partida de sus conquistas. ¿Se trataba de un exilio voluntario (motivado quizás por la elección de su hermano como heredero) o fue enviado a Babilonia por su padre, de acuerdo con el rey de esta ciudad, que siempre le había proporcionado los medios necesarios para su campaña victoriosa? Sea lo que sea, lo cierto es que remontando al Tigris se apoderó de Ekallatum[35], y luego de Asur, de donde expulsó sin dificultad a Erishum II, sucesor de Narâm-Sin. Luego se dirigió a Nínive, la tomó y restauró el templo de Istar, antaño construido por Manishtusu de Acad, y que estaba en ruinas. Tras ello, extendió su poder por la llanura del Kurdistán iraquí. Aunque se había convertido en rey de Asur, Shamshi-Adad no residió en ella y parece haber preferido Shubat-Enlil probablemente Chagar Bazar, sobre un afluente del Khabur[36] desde donde podía controlar más fácilmente las ciudades y tribus de Jazirah, y de ahí es quizás de donde partió para anexionarse Mari, tras la muerte de Iahdun-Lim. Estas proezas debieron sin duda alguna impresionar fuertemente a los amorritas de Siria, porque recibió regalos de ellos, y les envió, a su vez, una estela «inscrita con su gran nombre divino», que éstos erigirían en «el país de La'ban (Líbano), a las orillas de Gran Mar»[37]. Por último confió Mari a uno de sus hijos, Iasmah-Adad (o Addu), y nombró a otro de ellos, Ishme-Dagan, virrey de Ekallatum. El nuevo rey de Asur tenía en su poder ahora ambos ríos y controlaba toda la Alta Mesopotamia. Es entonces cuando toma el jactancioso título de *shar kishshati* «rey del universo», con el que tanto gustarían luego de denominarse los «emperadores» asirios.

---

* «El dios Adad es mi sol». Este nombre suele escribirse Shamshi-Addu. Addu era la forma amorrita del acadio Adad, que designa al dios de la tempestad.

[35] Ciudad todavía no localizada, pero probablemente situada sobre el Tigris, no lejos de Asur. Ver D. Oates: *Op. cit.*, p. 38, n.° 5 y RGTC, III, p. 68.

[36] El descubrimiento en Chagar Bazar de un gran edificio (¿palacio?) que contenía tablillas datadas en el reinado de Shamshi-Adad parece apoyar esta hipótesis. Sobre los demás yacimientos propuestos ver RGTC, III, p. 225.

[37] Esta es la hipótesis de A. K. Grayson, ARI, p. 21, n.° 65, que duda de que Shamshi-Adad hubiese emprendido una campaña hacia el Oeste, llegando hasta el mar.

El reinado de Shamshi-Adad es uno de los mejores documentados de toda la historia mesopotámica, y ello no gracias a las inscripciones oficiales de este monarca, poco numerosas y de escaso interés [38], sino gracias a los documentos más precisos y fiables que pueden desear los historiadores: las cartas intercambiadas entre Shamshi-Adad y sus hijos, y entre Iasmad-Adad y su hermano, así como con otros soberanos, así como de las relaciones de diversos altos funcionarios a sus amos. En total se trata de unas trescientas tablillas provinientes de los archivos reales descubiertos en el palacio de Mari, a los que hay que añadir unas sesenta cartas exhumadas en Shusharra (Tell Shimshara), en el Kurdistán [39]. Si estas cartas, en su mayor parte sin fecha, son difíciles de clasificar por orden cronológico, sin embargo aclaran con una viva luz las relaciones entre las cortes de Shubat-Enlil de Mari y Ekallatum y los diversos pueblos, tribus y reinos que por aquel entonces rodeaban Asiria, así como las actividades cotidianas de estos reyes y de sus gobernadores. Y lo que es más —y éste no es el menor de sus méritos—trazan el perfil psicológico de tres dinastas asirios: por primera vez nos hallamos en presencia, no ya de simples nombres, sino de personas vivas, con sus virtudes y sus defectos.

Ishme-Dagan, a quien su padre había confiado las regiones más difíciles (la frontera del Tigris y el Kurdistán) era un guerrero nato, como él, siempre dispuesto a marchar al combate y deseoso de anunciar sus victorias a su hermano —«Fuimos derrotados en Shimanahe, pero después he conquistado todo el país, ¡Alégrate!» [40]—, pero a veces, tomándolo bajo su protección impedía que llevase a cabo torpezas:

> «No escribas al rey. La región en la que resido está próxima (a la capital). Lo que quieres decirle al rey, dímelo a mí, para que te pueda aconsejar» [41].

Porque evidentemente Iasmah-Adad, que gobierna en Mari, es un débil: dócil y obediente, es cierto, pero también indolente, negligente, cobarde, y por qué no decirlo, un poco inmaduro, como su padre le reprocha:

---

[38] ARI, pp. 18/25.Se trata básicamente de inscripciones que conmemoran la construcción o restauración de templos.

[39] Los archivos reales de Mari han sido publicados en dos series de obras: copias de las tablillas (ARM) y transliteración y traducción de textos (ARMT). Desde 1950 veinte vols. de la serie ARMT han aparecido ya. Numerosos textos han sido también publicados en otras obras y revistas (sobre todo *Syria*), mientras que otros todavía están inéditos. Para los textos de Shmishara ver J. Laesse: *The Shemshara Tablets*, Copenhagen, 1959, y *People of Ancient Assyria*, London, 1963, pp. 114/156.

[40] ARMT, I, n.° 124.

[41] ARMT, IV, n.° 70.

«Sigues siendo un niño, no hay barba en tu mentón, y ahora, en plena madurez, aún no has formado un hogar» [42].

o también:

«Mientras que tu hermano infringe derrotas por aquí, tu te quedas allá tumbado en medio de las mujeres ¡Vamos a ver, cuándo piensas ir a Qatanum con el ejército, sé un hombre! Al igual que tu hermano se ha ganado su reputación, ¡gánate la tuya en tu país!» [43].

Por lo que se refiere a Shamshi-Adad, aparece como un gran rey, sabio, astuto y maligno, vigilando todo hasta los mínimos detalles, a veces lleno de buen humor, que aconseja, riñe o felicita a sus hijos y ejerce un estricto control sobre Mari, control que un príncipe más maduro que Iasmah-Adad habría tolerado muy mal.

Los nómadas, numerosos y activos en la región de Mari, eran para este reino una incesante fuente de inquietud [44]. Tres grandes tribus o confederaciones ocupaban esta región: los haneos, los iaminitas y los suteos. Establecidos desde hacía mucho tiempo sobre el Éufrates, río arriba de Mari, sedentarizados parcialmente y viviendo en las ciudades o aldeas bajo la dirección de sus propios jefes o notables, los haneos *(Hanû)* formaban junto con los acadios el grueso de la población local. Iasmah-Adad los obligaba a censarse periódicamente, y sus jóvenes eran incorporados en su ejército, en el que sus cualidades bélicas —«no piensan más que en las acciones de armas y en derrotar al enemigo» [45]— eran muy apreciadas. Aunque estas curtidas tropas hubiesen faltado a su deber más de una vez, robando por ejemplo el palacio que tenían la misión de vigilar, los haneos eran más manejables y parecen haber sido tratados con un cierto respeto por parte de su soberano. No ocurría lo mismo con los iaminitas (*Marê-Iamina,* literalmente «hijos de la derecha», es decir del Sur). Divididos en múltiples grupos, moviéndose sin cesar a lo largo del Khabur o de ambas partes el Éufrates, siempre dispuestos a saquear, escapaban a todo tipo de control, esquivaban los censos y el reclutamiento en el ejército, e incluso terminaron por prestar asistencia al soberano de Eshnunna y a otros enemigos de Mari. Sin embargo, por cálculo o por

[42] ARMT, I, n.° 61.
[43] ARMT, I, n.° 69.
[44] J. R. Kupper: *Les Nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari,* París, 1957.
[45] ARMT, II, n.° 118.

debilidad, Iasmah-Adad los trataba con clemencia, les ofreció tierras y arados, les dio grano durante una hambruna, y siempre estuvo en buenas relaciones con ellos. En cuanto a los suteos (*Sutû*), que vagaban al suroeste y quizás constituían el grupo numérico más numeroso, aparecen en estas cartas como ladrones inveterados que atacan las ciudades y las caravanas, saquean distritos enteros, y contra los que hay que defenderse con las armas.

Las relaciones entre el reino asirio y los estados, pequeños y grandes, que lo rodeaban, variaron según el lugar y la época. A excepción de Iamhad, hostil, los países de Siria eran por lo general amistosos. Así fue como Aplahanda, rey de Carquemish (Jerablus, sobre el gran codo del Éufrates) envió en muchas ocasiones a su «hermano» Iasmah-Adad «excelente vino», víveres, miel, vestidos, piedras preciosas, e incluso, una vez, un brazalete de hierro (metal rarísimo en esta época porque era únicamente de origen meteórico), mostrándose dispuesto a cumplir sus deseos[46]. También sabemos que el rey de Qatanum (Qatna) era considerado como un igual del rey de Asiria, que puso sus pastos a disposición de Iasmah-Adad y que éste se caso con su hija[47]. En otras circunstancias Shamshi-Adad había formado una alianza con los reyezuelos sirios para defender Qatanum contra Sumu-Ebuh, el temible rey de Alepo, que antaño había montado una coalición contra Iahdun-Lim. En otro gesto amistoso, Iasmah-Adad regaló barcos a los nómadas que pacían corderos trashumando desde Siria del Norte para que pudiesen atravesar el Éufrates. Sin embargo al Norte y al Este las cosas iban a ser diferentes y durante los veinte años que cubre la correspondencia real veremos a Shamshi-Adad intervenir sin cesar en el País Alto (es decir, en los altos valles del Baliks y Khabur y llevar a cabo campaña tras campaña a lo largo del Zab inferior y en torno a Kirkuk, mientras que el impetuoso Ishme-Dagan combate contra los turukkû y otros pueblos establecidos al pie de los Zagros.

Tras la mayor parte de estas guerras aparece la mano de un monarca al que nuestros textos no designan más que como al «hombre de Eshnunna» y era Dâdusha, hermano y sucesor de Narâm-Sîn. Ya hemos visto cómo la política constante de los reyes de Eshnunna había sido expandirse hacia el Norte, conquistando el Kurdistán y el País Alto, y es evidente que la expansión asiria había atraido su atención. Dâdusha no era hombre que aceptase esa situación. Paciente, firme, buen general y sin duda hábil diplómatico, batalló e intrigó durante

[46] ARMT, V, n.°, 5, 6 y 13.

[47] ARMT, I, n.° 46, 77; G. Dossin: «Iamhad et Qatanum», RA, 36, 1939, pp. 46/54. Qatna es la actual Mishrifeh a 20 kms. al noreste de Homs, excavada por una misión francesa de 1924 a 1929: R. du Mesnil du Buisson: *Le Site archéologique de Mishrifé-Qatna*, París, 1935.

todo su reinado, constituyendo una perpetua amenaza, sobre todo para Ishme-Dagan, que custodiaba las fronteras orientales del reino. Durante estos años las hostilidades fueron casi constantes. Durante un momento los asirios ocuparon Malgum, penetrando profundamente en el territorio enemigo; en otra ocasión las tropas de Eshnunna se unieron a los turukkû y aparecieron en los alrededores de Kirkuk. La propia Mari fue amenazada y la noticia de que el enemigo avanzaba a lo largo del Éufrates provocó un cierto pánico en la capital del Oeste: «¡Envíame rápidamente muchas tropas, la distancia es muy larga!» [48], escribía Iasmah-Adad a su hermano, pero «el humo no encendió el incendio», como temía, y Mari fue salvada. Sobre el Éufrates, como sobre el Tigris, los asirios consiguieron resistir y el «hombre de Eshnunna» fue derrotado.

Con Babilonia, el otro reino vecino, los asirios parecen haber tenido unas relaciones, si no calurosas, al menos corteses, porque ni Sîn-muballit (1812-1793) ni Hammurabi, ambos contemporáneos de Shamshi-Adad, manifestaron nunca malas intenciones con respecto a este último. Sabemos que Shamshi-Adad, envió a Hammurabi tablillas copiadas por su encargo y exigió a Iasmah-Adad que le devolviese un prisionero turukkû, para que se lo devolviese al «babilonio» que lo reclamaba. Por su parte, el virrey de Mari se encargó de dar escolta a una caravana en marcha hacia Babilonia que había sido retenida, no se sabe por qué en su ciudad [49]. En una sola carta aparece una sombra de ansiedad. Iasmah-Adad había sido informado de la existencia de proyectos hostiles, alimentados por el «hombre de Babilonia», pero tras una investigación uno de sus oficiales le aseguró:

> «Que el corazón de mi señor no se atormente por eso, porque el hombre de Babilonia no cometerá jamás una tropelía con respecto a mi señor» [50].

Nadie podría pensar que treinta años más tarde Hammurabi tomaría y destruiría Mari.

---

[48] ARMT, IV, n.° 88.
[49] ARMT, I, n.° 93 y IV, n.° 5 y 14.
[50] ARMT, V, n.° 56.

CAPÍTULO DOCE

HAMMURABI

Aunque conocido para el gran público por la bella estela del Louvre que contiene su «Código» de leyes y de la que una copia incluso adorna una estación del metro parisino, Hammurabi * ha merecido la atención de los historiadores por otra serie de razones. Siendo el vencedor de cuatro grandes príncipes rivales, llevó a cabo la hazaña de unificar bajo su cetro, aunque no fuese más que por algunos decenios, una Mesopotamia profundamente dividida y desgarrada por las sangrientas luchas que en ella se venían desarrollando desde hacía tres siglos, siendo capaz de este modo de consagrar su supremacía sobre la de los demás reinos amorritas y sobre los propios amorritas, los acadios y los sumerios. De un único golpe y durante mucho tiempo Babilonia se elevará al rango de una gran capital y Marduk será promovido al rango de las más altas divinidades. Es más, este largo reinado de cuarenta y tres años (1792-1750) marca el grado máximo de la expansión de la civilización sumero-acadia en el curso del segundo milenio, que, adoptada y enriquecida por los semitas del Oeste, culminará el apogeo de una profunda evolución cultural iniciada en el siglo precedente, y que continuará hasta que llegue el brutal fin de la I Dinastía de Babilonia, en el alba del siglo XVI antes de nuestra era.

Esta evolución tiene lugar fundamentalmente en el terreno del arte, la lingüística, la literatura y la filosofía. Si la escultura oficial, derivada directamente de la de Acad y Ur III, e impregnada con una belleza sobria y poderosa [1], sigue su curso, se ve nacer a la vez un ar-

* Al escribir Hammurabi nos sumamos a una antigua tradición. La moderna ortografía, cada vez más utilizada es *Hammurapi,* nombre que significa «el dios Hammu o 'Ammu (divinidad semítico occidental) cura».

[1] Por ejemplo, la bella cabeza de Hammurabi (¿?), del Museo del Louvre, la cabeza de Puzur-Isthar, *shakkanakku,* de Mari, del Museo de Berlín y la parte superior de la estela del «Código» de Hammurabi (A. Parrot, *Sumer,* 1981, 2.ª ed. fig. 282, 249 y 280, respectivamente).

te «popular», caracterizado por su naturalismo, por el movimiento y por la aparición de temas profanos junto a los motivos religiosos. Pensamos sobre todo en determinadas estatuillas de bronce, como ese «adorador de Larsa», con la rodilla en tierra, o en ese dios de Ischâli de cuatro caras, no quieto, sino en movimiento, así como en determinadas estelas y esculturas de bulto redondo (diosa oliendo una flor, cabezas de guerreros, cabezas de leones rugientes), o en los recogedores de dátiles escalando una palmera, en el ave lista a emprender el vuelo, que figuran en el magnífico fresco del palacio de Mari, y sobre todo en esas numerosas placas de terracota que representa escenas de la vida cotidiana: caza del ciervo, carpintero en su trabajo, extranjero exhibiendo monos, campesino cabalgando un cebú, perra amamantando a sus crías[2]. En ningún otro período el arte mesopotámico llegó a ser tan vivo y tan libre.

La época de Hammurabi es también el momento en el que la lengua acadia alcanza su perfección clásica, tanto en su sintaxis — frecuentemente imitada en la Antigüedad, el famoso «Código» sirvió como modelo a los escolares babilonios, al igual que a los estudiantes de asiriología—como en su forma material, con su elegante escritura de signos por lo general claros y bien espaciados, incluso en las tablillas. Utilizada de ahora en adelante para la mayor parte de las inscripciones reales[3], así como para la correspondencia y para todos los documentos jurídicos y administrativos, el «babilonio antiguo» se convirtió en una auténtica lengua literaria, una lengua, cuyo «vigor y frescura no serían jamás igualados»[4]. Es cierto que los escribas continuaban copiando las grandes obras sumerias, al igual que en la época de Isin-Larsa, pero ahora las traducían, o mejor dicho, las adaptaban libremente, imprimiéndoles la impronta de su genio semítico, a la vez que creaban obras originales. Y esto nos ha valido esas piezas admirables que son las leyendas de Etana y Anzû —el ave tempestad divina que roba a Enlil las tablillas del destino[5]— el mito de Atrahasis, la *Epopeya de Gilgamesh,* y tantas otras obras por primera vez redactadas en esta época y copiadas, más o menos modificadas, hasta los últimos días de la civilización mesopotámica.

Por último, será también el momento en el que se afirme la religión personal, tal y como demuestran las innumerables efigies de dioses y demonios en figurillas o sobre placas votivas, así como bellísimas oraciones y «cartas a los dioses», o las capillas en las esquinas de las calles. Pero sí, «el individuo cuenta para Dios y Dios lo ama personal y profundamente»[6], también es cierto que el hombre co-

---

[2] Las ilustraciones correspondientes a estos ejemplos se encuentran en A. Parrot, *op. cit.*, pp. 257/298, y en AAO, ilus. 59A y 66.

[3] L. King: *The Letters and Inscriptions of Hammurabi,* London, 1900-1902, Ver IRSA, pp. 212/219.

[4] W. G. Lambert: *Babylonian Wisdom Literature,* Oxford, 1960, p. 10.

[5] ANET (3), pp. 111/113, 514/517; R. Labat: *Religions,* pp. 80/92.

[6] T. Jacobsen: *The Treasures of Darkness,* New Haven, 1976, p. 147.

menzará a dudar, a preguntarse, a reflexionar sobre los grandes problemas del mal y la muerte. Devorado por la curiosidad hacia el mundo que le rodea, afinará y clasificará sus conocimientos, aguzará su inteligencia y tratará de predecir su propio futuro. De ahí los primeros esbozos de la literatura llamada «sapiencial», que alcanzará su más pleno desarrollo en la época casita y el extraordinario desarrollo que van a conocer los textos científicos: listas de signos y palabras, diccionarios bilingües, recetas farmaceúticas, problemas matemáticos y, sobre todo, escritos de todo tipo sobre esta «ciencia del futuro» que es la adivinación, dominios todos ellos, si no totalmente desconocidos, sí al menos poco explotados hasta aquel entonces.

El reinado de Hammurabi, testigo de tantos cambios, marcado por sus grandes éxitos diplomáticos y militares y por importantes reformas administrativas, religiosas y jurídicas, hace que este jefe de estado y célebre legislador nos merezca un capítulo entero por sí sólo: otros autores no han dudado en consagrarle obras monográficas [7].

El Jefe del estado

Cuando Hammurabi subió al trono en el 1792 heredó de Sîn-muballit, su padre, un reino de modestas dimensiones, de unos ciento cincuenta kilómetros de largo y unos setenta de ancho, que se extendía a lo largo del Éufrates, desde Sippar a Marad [8], y que a nivel general, correspondía con el antiguo país de Acad. Ese reino se hallaba rodeado de estados mucho más amplios y gobernados por reyes mucho más poderosos. En el sur todo el país de Sumer se hallaba dominado por Rîm-Sîn, rey de Larsa, que hacía dos años se había apoderado de Isin, poniendo así fin a la dinastía rival. Al norte, el horizonte se hallaba formado por los dos reinos de Mari y Asur, en manos de Shamshi-Adad y sus hijos, con su cinturón de pequeños principados vasallos que jugaron un papel mucho más importante de lo que se creía en la historia de esta época, tal y como lo demuestran los archivos de Mari y los recientemente descubiertos en Tell el-Rimah, la antigua Karana [9]. Al este, por último, toda la ribera izquierda del Tigris al

---

[7] H. Scmökel: *Hammurabi von Babylon,* Oldenburg, 1958; H. Klengel: *Hammurabi von Babylon und seine Zeit,* Berlín, 1976. Ver también C. J. Gadd en CAH (3), II, 1, pp. 176/220 y P. Garelli, POA, I, pp. 128/134.

[8] Sippar es Abu Habba sobre el Éufrates, alrededor de 60 kms. al norte de Babilonia. Este gran yacimiento ha dado numerosos textos, pero hasta el momento no ha sido objeto más que de breves estudios y de excavaciones breves e intermitentes en 1881-1882, 1894, 1927 y 1979. Ver AM I, pp. 101, 159/162, y 326 y L. de Me-yer, *Tell ed-Dêr,* III, Lovaina, 1980. Las investigaciones han sido retomadas recientemente por los iraquíes. Sobre Marad ver capítulo 11, nota 9.

[9] Tell el Rimah está a 60 kms. al oeste de Mosul y a 13 kms. al sur de Tell Afar. Excavaciones británicas de 1964 a 1971. Informes preliminares en Iraq, 27 (1965) y 34 (1972). Visión sintética de los resultados por D. Oates en J. Curtis (Ed.) *Fifty Years of Mesopotamian Discovery,* London, 1982, pp. 86/98. Este yacimiento ha dado, so-

sur del Diyala estaba ocupada, hasta los Zagros, por el reino de Eshnunna, en el que todavía reinaba Dâdusha, al que sostenían los elamitas. En el propio Elam, la Dinastía de Simashki, progresivamente caída en desgracia desde la caída de Ur, había sido reemplazada, hacia el 1850, por un linaje de príncipes agresivos, listos para intervenir en Mesopotamia [10].

El sexto rey de Babilonia no estaba menos decidido que sus predecesores a aumentar su territorio, pero esperó cinco años antes de dar el primer paso. Luego, cuando pensó que su poder se hallaba lo suficientemente bien asentado y que su ejército era lo suficientemente fuerte, atacó en las tres direcciones: primero hacia el sur, donde arrebató Isin al rey de Larsa, e incluso llegó a ocupar Uruk (1787); hacia el este, atravesó el Tigris, hizo una campaña en Iamutbal (1786) y dos años más tarde «aplastó al ejército y los habitantes» de Malgum, ciudad clave de esta región, y por último hacia el oeste, donde tomó Rapiqum sobre el Éufrates, río arriba de Sippar (1783). Tras lo cual los nombres de los años de su reinado [11] ya no mencionan ninguna nueva hazaña bélica. Hammurabi parece haber consagrado todo su tiempo a embellecer templos, abrir canales, pero no por ello dejó de estar atento a lo que ocurría a su alrededor, sobre todo en el norte, y por precaución fortificó algunas ciudades fronterizas, como Sippar.

Cosa curiosa, ni Rîm-Sîn ni Ibal-pî-El II, que en 1784 había sucedido a Dâdusha, reaccionaron ante los bastonazos del rey de Babilonia, lo que junto a otros indicios ha hecho creer que este último habría actuado por órdenes y por cuenta de Shamshi-Adad (campañas del este) y de Ibal-pî-El (campañas del oeste) [12]. Sin embargo, la muerte de Shamshi-Adad, ocurrida en 1781, iba a modificar profundamente la escena política. Este gran monarca había confiado naturalmente su cetro al más valeroso de sus hijos, Ishme-Dagan, pero el mediocre Iasmah-Adad seguiría siendo el virrey de Mari, y poseemos una carta del nuevo rey de Asiria a su hermano, garantizándole que su situación seguirá inalterada y que lo protegerá, si fuese preciso:

> «No temas. Tu trono es justamente tuyo y tengo en mis manos al dios Adad y al dios Shamash. Las gentes del Elam y el hombre de Eshnunna están en mis manos. No te preocupes por nada. Mientras tú y yo vivamos tú te sentarás en tu trono para siempre» [13].

Poco tiempo después [14], sin embargo, cuando Zimri-Lim *, hijo

---

bre todo un bellísimo templo de la primera mitad del segundo milenio. Los textos paleobabilonios han sido publicados por S. Dalley, C. B. F. Walker y J. D. Hawkins: *The Old Babylonian Tablets of Tell al Rimah*, London, 1976. Ver también S. Dalley: *Mari and Karana*, London, 1984.

[10] W. Hinz, CAH (3), II, 1, pp. 260/265.

[11] A. Ungnad, RLA, II, 172/178; ANET (3), pp. 269/271.

[12] C. J. Gadd: CAH (3), II, 1, p. 177.

[13] ARMT, VI, n.° 20.

* «El dios Lim (dios sirio, probablemente solar) es mi protector».

[14] Zimri-Lim había llegado a convertirse en vasallo de Hammurabi en 1761 y mu-

de Iahdun-Lim, deje el País Alto, donde vivía en el exilio, y con ayuda de su suegro Iarim-Lim, rey de Alepo, expulse a Iasmah-Adad de Mari, y «suba sobre el trono de la casa de su padre» [15], Ishme-Dagan no moverá un dedo para ayudar a su hermano. Quizás estaba demasiado ocupado con sus revoltosos vasallos de Kurdistán, o quizás sintió pesar sobre él la amenaza del «hombre de Eshnunna».

Los archivos de Mari, tan útiles para lo que se suele llamar el «interregno asirio», sigue siendo nuestra principal fuente de informaciones acerca del reino de Zimri-Lim, e indirectamente también sobre Hammurabi. Nos presentan de nuevo al rey de Mari como un notable soberano, astuto y enérgico a la vez, preocupado por reconstruir el reino de su padre, y por administrarlo, así como por jugar un papel de primer plano en la fantástica partida de poker diplomático que es su época. Habiendo establecido mediante algunas campañas su autoridad sobre el Éufrates medio y sobre el valle del Khabur, controló a los nómadas con una mano mucho más fuerte que la de su predecesor. Puso en buen funcionamiento los muelles del Éufrates en Mari, hizo dragar el Khabur y construir diques, ofreció tronos a los dioses de muchas ciudades y construyó una fortaleza a la que llamó Dûr-Iahdun-Lim. Sus relaciones con el oeste fueron tanto más amistosas cuanto que su suegro ocupaba el trono de Iamhab, y lo continuarían siendo hasta que le sucedió su hijo, que también tenía el nombre de Hammurabi. Ambos soberanos intercambiaron regalos; el propio Zimri-Lim visitó Alepo y dedicó su propia estatua a Adad, dios tutelar de esta ciudad. Embajadores de Alepo, tropas de Alepo y representantes de otras ciudades sirias se hospedaron en Mari, que por aquel entonces no sólo era una gran capital, sino también un importante nudo en la gran ruta comercial que unía Siria con Mesopotamia [16]. Si las relaciones de Zimri-Lim con Ishme-Dagan no podían ser más cordiales, nada indica tampoco que el rey de Asur hubiese tratado de destronarlo, y las hostilidades parecen haberse limitado a pequeñas escaramuzas en las fronteras de los dos reinos. De hecho, el único adversario del rey de Mari —pero de gran categoría— fue Ibal-pî-El II de Eshnunna, animado sin duda por los elamitas. En el año 1777 to-

---

rió en 1759. Se suele admitir por lo general que Shamshi-Adad murió en el 1781. Zimri-Lim no pudo pues reinar, como máximo, más de veinte años. Pero poseemos treinta y dos nombres de años de este rey (G. Dossin, en *Studia Mariana*, Leiden, 1950, pp. 54/59) e incluso teniendo en cuenta los «dobles nombres de años» (M. Birot: *Syria*, 55, 1978, pp. 333/343) llega a la cifra de veintiocho años. Este misterio sigue todavía sin resolver. En cualquier caso parece difícil admitir que hubiesen podido pasar muchos años entre la muerte de Shamshi-Adad y la ascensión de Zimri-Lim al trono de Mari, tal y como ha propuesto W. Röllig: «Zur Datierung Zimri-Lims», en J. R. Kupper: *La Civilisation de Mari*, París, 1977, pp. 97/102.

[15] G. Dossin: «Un project de stéle de victoire de Zimri-Lim», *Syria* 48, 1971, pp. 2/6. Ver J. M. Sasson: RA, 66, 1972, pp. 177/178.

[16] J. R. Kupper: «Mari entre la Mésopotamie et la Syrie du Nord à l'époque paléo-babylonienne» en H. J. Nissen y J. Renger (Ed.): *Mesopotamien und seine Nachbarn*, Berlín, 1982, pp. 173/183.

mó Rapiqum a los babilonios [17]. Al año siguiente derrotó a los ejércitos de Subartu (Asiria) y de Hana (Mari), y con la ayuda de los iaminitas y de un príncipe de la alta Jazirah, llamado Qarni-Lim, derrotó a Shubat-Enlil y avanzó hasta las fuentes del Balikh, retirándose posteriormente cuando desertaron sus aliados [18]. Zimri-Lim, aliado con el rey de Karana, trató en vano de detenerle, pero derrotó a Qarni-Lim y aplastó a los iaminitas sobre el bajo Khabur [19].

Ante este temible guerrero que hizo temblar a toda la Mesopotamia del Norte, el rey de Mari halló en Hammurabi de Babilonia un aliado que creía seguro, porque estaba tan amenazado como él. Entre ambos soberanos se estableció una estrecha colaboración y se trabaron lazos de amistad. Emisarios de Mari a la corte de Babilonia informaban a su señor de todos los asuntos importantes de este reino, y, a la inversa, los embajadores traían a Hammurabi todas las noticias que ocurrían en Mari, actuando este servicio de información a la vez como un servicio de espionaje. En algunos casos el propio Hammurabi escribía a los funcionarios de Zimri-Lim y este último llegaría incluso a hacer a una de sus propias hijas *nadîtum* del templo de Shamash. Se intercambiaban tropas —algunas de las cuales provenían de Alepo, vía Mari— y se prestaron socorro mutuamente. Sin embargo la actitud del rey de Babilonia hacia su aliado era quizás menos desinteresada, menos sincera de lo que pueda parecer, y ciertas cartas dan la impresión de que se dieron cuenta de ello en Mari [20]. A partir de toda esta correspondencia se puede observar, *a posteriori,* el auténtico rostro de Hammurabi: el de un político paciente y astuto, que más que actuar, observa y que, evidentemente, espera el momento propicio para pegar lo más fuerte posible, teniendo la seguridad de vencer.

Ese momento llegó en el año 29 de su reinado (1764), más pronto sin duda de lo que él habría deseado, ya que, según su propia confesión, debió hacer frente a un ataque de los ejércitos de Eshnunna, de los elamitas, los subareos (palabra que o bien designa a los asirios, o bien a los pueblos del noreste del Iraq), de los guti y de las tropas del pequeño reino de Malgûm:

> «El jefe amado por Marduk, habiendo derrotado con la fuerza de sus armas al ejército del Elam, desde la frontera del Warahshe, así como a los Subartu, los Gutium, Eshnunna y Malgûm, que se habían sublevado, consolidó los cimientos de Sumer y Acad».

---

[17] Los nombres de años de Ibal-pî-El II han sido publicados por Taha Baqir en *Sumer,* 5, 1949, pp. 42/44. Se trata ahora del año 8.° de su reinado.

[18] S. Dalley en *The Old Babylonian Tablets from Tell al Rimah,* pp. 1/7; año 9 de Ibal-pî-El.

[19] Zimri-Lim, nombres de años n.° 10 y 6; este último corresponde al año 2 en la clasificación cronológica parcial de M. Birot, *Syria,* 55, 1978.

[20] J. R. Kupper: *Op. cit.,* p. 174.

Sabemos que en esta batalla Zimri-Lim le ayudó con el envío de tropas[21]. Los elamitas sufrieron una derrota tan aplastante que por mucho tiempo permanecerían alejados de Mesopotamia.

Al año siguiente (1763), «animado por un oráculo que le dieron Anu y Enlil», Hammurabi tomó la ofensiva, no contra sus enemigos de ayer, sino contra Larsa, a la que desdeñosamente llama el «país de Iamutbal», como alusión al país de origen de Kudur-Mabuk, antepasado de su dinastía. Rîm-Sîn fue vencido y tomado cautivo tras un reinado de sesenta años, el más largo de los anales mesopotámicos. Un texto de Mari nos informa de que en esta ocasión Zimri-Lim había enviado a su aliado objetos de oro y piedras preciosas[22].

En 1762, nueva coalición contra Babilonia, que abarca, además de Eshnunna, a los subartu, los guti, el país de Mankisum, situado en algún lugar sobre el medio Tigris. Hammurabi no sólo «tumbó su ejército», sino que también avanzó a lo largo del Tigris, «hasta la frontera de Subartu». Esta triple serie de victorias, ¿lo embriagó hasta tal punto de que se hubiese puesto a soñar con las grandes conquistas de los reyes de Acad? ¿O bien Zimrii-Lim, considerándolo ahora demasiado peligroso, se alió con el señor de Malgûm contra él? Lo que sí es cierto es que un año más tarde Hammurabi marcharía contra el que creía amigo de su alma:

> «Mari y Malgûm los desafió a combate. Mari y..., así como muchas otras ciudades de Subartu, por un pacto de amistad las volvió dóciles a sus órdenes».

Zimri-Lim conservó aún su trono, pero se convirtió en vasallo del rey de Babilonia, que aprovechó esta ocasión para «subyugar» a muchos países de la Alta Mesopotamia, entre el Tigris y el Éufrates[23]. Dos años más tarde, no obstante, las tropas babilonias tomaron de nuevo el camino de Mari para aplastar una revuelta. Esta vez tomarían la ciudad, derrumbarían sus muros, saquearían e incendiarían el bello palacio de Zimri-Lim. El propio rey desaparecería, no se sabe cómo (1759). La gran metropólis del Éufrates medio ya no se levantará jamás de sus cenizas. Se han hallado nada más las huellas de un pequeño pueblo del primer milenio, abandonado poco antes de nuestra era.

Asur cayó probablemente en manos de Hammurabi, o bien en el año 36 de su reino (1757), dentro de la victoriosa campaña que llevó a cabo al este del Tigris, o bien en el año 38 (1755), cuando «con el poder que le dieron Anu y Enlil», derrotó a «todos sus enemigos» hasta el país de Subartu. En cuanto a Eshnunna, Hammurabi se apo-

---

[21] «Año en el que Zimri-Lim fue en ayuda de Babilonia» (G. Dossin, n.° 12; M. Birot, n.° 10).

[22] M. Birot: «Données nouvelles sur la chronologie du règne de Zimri-Lim», *Syria*, 55, 1978, p. 337.

[23] M. Stol: *Studies in Old Babylonian History*, Leiden, 1976, pp. 34/37.

deró a ella en 1756, aprovechándose de una inundación que había destrozado la ciudad.

De este modo, tras diez años de luchas continuas, Hammurabi llegó a eliminar a todos sus rivales y a construir un gran reino que abarcaba toda la mitad sur del actual Iraq, el valle del Éufrates, al menos hasta la confluencia del Khabur y el valle del Tigris hasta Nínive, y quizás más allá [24]. Pero este reino, este «imperio», si se prefiere, será muy efímero y será sin duda por ello por lo que el nombre de este monarca nunca podrá compararse con los de Sargón o Naram-Sîn en la leyenda mesopotámica.

El legislador

Muerto cuatro años después de su última victoria, Hammurabi no tuvo tiempo, ni probablemente los medios, para organizar en un todo coherente los territorios que había conquistado en la Alta Mesopotamia. Estamos muy mal informados sobre estas regiones tras la destrucción de Mari, que supuso el cierre de los archivos reales, pero da la impresión de que el rey de Babilonia se contentó con gobernar mediante delegación sobre sus vasallos. Este fue el caso de Asiria, porque Ishme-Dagan permanecerá sobre el trono hasta el año 1741. También fue el caso de Eshnunna, en la que Silli-Sîn, sucesor de Ibal-pî-El cambió su título de rey, *sharrum,* por el de gobernador, *ishakkum,* de su país, así como el de karana, donde el reyezuelo local pagó tributo a Hammurabi y parece haber sido suplido en sus funciones por un general babilonio [25]. Mari fue abandonado y el centro administrativo del Éufrates medio fue sin duda transferido a Terqa, en la que los textos recientemente descubiertos [26] sugieren que los primeros soberanos de la dinastía local, llamada de los «reyes de Hana» pudieron ser contemporáneos de Hammurabi, y probablemente hubiese estado bajo su tutela. Pero si los textos escasean en el Norte, por el contrario la Baja Mesopotamia está bien documentada gracias a la correspondencia intercambiada entre Hammurabi y dos funcionarios destinados en Larsa [27], y gracias a los centenares de tablillas administra-

---

[24] Nínive figura en el prólogo del «Código» de Hammurabi entre las veintitres ciudades sobre las que este rey extendió sus beneficios. Una estela de Hammurabi fue descubierta en Diarbakr, sobre el alto Tigris (A. T. Clay: *The Empire of the Amorites,* New Haven, 1919, p. 97), pero su proveniencia exacta dista mucho de ser segura (J. R. Kupper: *Nomades,* p. 176, n.° 2).

[25] Inscripción de Silli-Sîn en OIP, XLIII, p. 140. para Karana ver S. Dalley y otros: *Op. cit.,* p. 31, y M. Birot: RA, 72, 1978, p. 183.

[26] O. Rouault: «Les archives de Puzurum», *Terqa Find Reports,* I, Malibu, Calif., 1984, pp. 4 ss. Agradecemos vivamente al Sr. Rouault que nos haya dejado consultar las pruebas de este artículo.

[27] L. King: *Op. cit.,* en nota 3. F. Thureau-Dangin: «La correspondance de Hammurabi avec Samash-hasir», RA, 21, 1924, pp. 1/58. Ver G. J. Gadd: CAH (3), II; 1, pp. 184/187.

tivas, económicas y jurídicas provenientes tanto de esta ciudad como de Sippar, Ur, Nippur y muchos otros lugares. Aquí ya no se trata de reinos vasallos, ni tampoco de provincias, sino del propio reino babilonio, que se extiende hasta las costas del Golfo.

En esta región —que de ahora en adelante puede ser llamada Babilonia sin peligro de cometer un anacronismo— el sistema de provincias puesto en funcionamiento por los reyes de Ur III había caído en desuso desde comienzos del segundo milenio, para ser sustituido por los reinos de Isin y Larsa, luego por el reino de Larsa solo y por un enjambre de pequeños principados, muchos de los cuales no comprendían más que una ciudad y sus alrededores. Una vez absorvidos, estos principados y conquistada Larsa, el rey de Babilonia heredará los dos únicos sistemas administrativos que continuaban funcionando simultáneamente en cada ciudad: el de los templos y el de la ciudad, el sistema religioso y el municipal. Este último será con mucho el más importante porque asegura el orden público, imparte la justicia y cobra los impuestos, y se componía de un alcalde *(rabiânum)* y a veces de alcaldes adjuntos o pedáneos *(hazannû)*, de los «ancianos», de la asamblea *(puhrum)* de los ciudadanos ricos e influyentes, de los opulentos mercaderes, agrupados en una «cámara de comercio» *(kârum)*, y de diversos empleados municipales [28]. Hammurabi evitó totalmente el tocar esta estructura útil y eficaz, pero efectuó un determinado número de reformas, tendentes a centralizar en sus manos todo el poder real. En cada una de las ciudades de importancia nombró un gobernador o un primer prefecto, pero sobre todo a un grupo de pequeños e intermedios funcionarios bajo sus órdenes, oficialmente encargados de administrar los dominios de la corona, pero que de hecho, al zanjar determinados litigios, hacían cumplir las órdenes del rey y velaban para que se garantizase el aprovisionamiento de la región: agricultura, ganadería, pesca y reparto de los riegos [29]. Instaló además una guarnición compuesta por soldados profesionales, por reclutas alistados en cada lugar y por mercenarios, normalmente extranjeros. Estas tropas tenían como misión aplastar eventuales insurrecciones y proporcionar un contingente cuando el ejército real se hallaba en campaña, pero también reclutar las grandes corveas para la realización de las obras públicas. Todas ellas se hallaban bajo las órdenes de un oficial superior llamado *wakil amurri*, «inspector de los amorritas», título que dice mucho acerca del papel desempeñado por estas tribus en la conquista. Hammurabi, deseando impulsar el comercio nacional e internacional [30], confirió al *kârum* más autoridad civil y judicial que la que tenía antes y se hizo representar por

[28] P. Garelli: POA, I, pp. 265/269; D. O. Edzard en *The Near East*, pp. 213/214; Ch. F. Jean: *Larsa d'après les textes cuneiformes*, París, 1930, p. 40 y 102/110; R. Harris, *Ancient Sippar*, Leiden, 1975, pp. 39/142.

[29] N. Yoffe: *The Economic Role of the Crow in the Old Babylonian Period*, Malibu, Calif. 1977, p. 148.

[30] W. F. Leemans, *Foreing Trade in the Old Babylonian Period*, Leiden, 1960.

un *wakil tamkari*, un «inspector de los mercaderes». Por último, hacia mediados de su reinado, culminó esta obra centralizadora colocando bajo su control a los jueces de los templos; en sus cilindro-sellos ya no se llamarán estos últimos «servidores de tal o cual dios», sino «servidores de Hammurabi» [31].

Lo que más sorprende en esta forma de gobierno es la polivalencia de los funcionarios, la multiplicidad e imprecisión de sus responsabilidades, la casi total ausencia de jerarquía si exceptuamos el ejército, así como la intervención ocasional de los altos dignatarios, sin título definido, pero muy próximos al soberano, y la atención que este último presta hasta a los más mínimos detalles. Todas estas características, que otros autores ya habían señalado en el sistema vigente en Mari en tiempo de Zimri-Lim [32] parecen propias de los reinos amorritas. Sin dudas puede verse en ellas la supervivencia de un «atavismo nómada» [33]; estos soberanos gobernaban su territorio como los antiguos «beduinos» gobernaban su tribu.

La toma del poder por parte de los amorritas no provocó ninguna alteración de panteón mesopotámico. Amurru, su dios patronímico, dios de las montañas y de la tempestad semejante a Adad, tuvo sus propios santuarios y aparecerá sobre los cilindro-sellos [34], pero no se tratará más que de una divinidad menor que no será objeto del culto real. Lo mismo ocurrirá con El y Hammu, dioses típicamente semítico-occidentales que forman parte de los nombres de los soberanos y de un determinado número de personas, pero que apenas serán conocidos por otros conceptos. De hecho, serán los dioses de Sumer los que continuarán recibiendo adoración, bajo su nombre semítico, de los súbditos de Hammurabi y del propio rey, siendo el único fenómeno notable en este sentido la promoción de que se beneficiará uno de ellos.

En sus inscripciones Hammurabi atribuye su poder y sus victorias a Marduk, dios de su capital, no haciendo con ello más que continuar una tradición generalizada que se remontaba al tercer milenio, pero reconocía la supremacía de Anu y Enlil y también sabía rendir homenaje a los dioses tutelares de las ciudades, cuyos templos restauraba. En el prólogo de su «Código» Marduk figura entre los grandes dioses, los Igigi, pero se supone que fueron Anu y Enlil los que lo elevaron a ese rango, otorgándole «omnipotencia sobre la totalidad de las gentes» y confiriéndole una «eterna realeza». Es cierto que se requería una cierta audacia para elevar de un golpe a este dios casi desconocido al tercer lugar del panteón, pero si hubo una «reforma religio-

---

[31] R. Harris: «On the process of secularization under Hammurabi», JCS, 15, 1961, pp. 117/120, y «Some aspects of the centralization of the realm under Hammurabi and his successors»; JAOS, 88, 1968, pp. 727/732.

[32] O. Rouault: «Quelques remarques sur le système administratif de Mari à l'époque de Zimri-Lim», en P. Garelli (Ed.): *Le Palais et la Royauté*, París, 1974, pp. 263/272.

[33] J. R. Kupper: *Les Nomades en Mésopotamie*, p. 35.

[34] J. R. Kupper: *L'Iconographie du dieu Amurru dans la glyptique de la première dynastie de Babylone*, Bruselas, 1961.

sa» no debió ser más que una cuestión de formas, ya que no se podía dar la espalda al poderoso clero de los santuarios de Sumer y Acad. Algunos de los templos de Marduk construidos fuera de Babilonia no son más que edificios de dimensiones modestas y nada en ellos parece indicar que este dios se hubiese convertido por aquel entonces en muy popular, o que revistiese una gran importancia en el culto oficial [35]. Será preciso esperar muchos siglos, hasta el fin del período casita y el «tiempo de la confusión» (capítulo 17), para que podamos ver a Marduk entrar en competencia con Enlil y ocupar su lugar en la *Epopeya de la creación.*

El famoso «Código» de leyes promulgadas por Hammurabi:

> «Para proclamar el derecho en el País,
> Para eliminar al malo y al perverso,
> Para que el fuerte no oprima al débil,
> Para aparecer ante las gentes como el Sol
> E iluminar el país»

no puede ser considerado, como lo fue durante mucho tiempo, como «el más antiguo del mundo», ya que poseemos en la actualidad, además de las reformas de Uru-inimgina, recopilaciones de leyes firmadas por Ur-Nammu y Lipit-Istar o provenientes del reino e Eshnunna, pero sí que el más completo, el más rico en informaciones de todo tipo y, en este sentido, merece algo más que una breve mención [36]. No obstante habrá que hacer dos consideraciones preliminares. En primer lugar, en la medida en la que castiga con la pena de muerte delitos hasta entonces punibles con simples multas, se introdujo en Mesopotamia la «ley del talión», que parece ser caracerística de los semitas occidentales (figura también en el Antiguo Testamento), y el «Código» de Hammurabi aparecerá como una reforma jurídica capital. Sin embargo nada indica que haya sido la obra de este monarca y no de sus antepasados o de otros soberanos amorritas. En segundo lugar, este «Código», como todos los que le precedieron, no constituye en modo alguno un corpus exhaustivo de las disposiciones legales lógicamente ordenadas, semejante al *Digesto* o a las *Instituciones* de Justiniano, o al Código Civil napoleónico, y éste es el motivo por el que siempre hemos puesto la palabara «Código» entre comillas. De hecho el derecho mesopotámico siempre continuó siendo un derecho consuetudinario basado sobre la jurisprudencia y modificado con el transcurso de los siglos con la intervención de los soberanos con el fin de adaptarla a la evolución de las costumbre y la sociedad. Uno de los

[35] H. Schmökel: «Hammurabi und Marduk», RA, 53, 1959, pp. 183/204.

[36] El «Código» ha sido traducido a muchos idiomas y ha sido objeto de muy numerosos estudios jurídicos. La traducción francesa más reciente es la de A. Finet: *Le Code de Hammurabí,* París, 1973. Principales traducciones inglesas: ANET (3), pp. 163/180 (Th. J. Meek) y G. R. Driver y J. C. Miles: *The Babylonian Laws,* 2 vols., Oxford, 1952/1955. Traducción alemana: W. Eilers: *Die Gesetze Chammurabis,* Leipzig, 1933.

primeros actos del rey tras su subida al trono consistía en proclamar un edicto de *mêsharum*, palabra que significa justicia, pero que en este contexto cubre normalmente una determinada clase de decisiones, anulación de deudas y obligaciones que pesaban sobre determinadas categorías sociales, fijación de los precios de determinados productos, servicios y mercancías, con el fin de resolver los problemas económicos. El edicto de Ammi-saduqa, cuarto sucesor de Hammurabi es un típico ejemplo de *mêsharum*. En todo lo demás el nuevo rey adoptaba por lo general leyes ya aplicadas por sus predecesores, pero solía ocurrir que siempre deseaba corregir determinados abusos o que se le instaba a que zanjase los litigios para los que la jurisprudencia no decía nada, o bien fuese contradictoria o estuviese inadaptada a las condiciones dominantes en su época. Estas «decisiones reales» *(dînât sharrim)* constituían uno de los privilegios y deberes de su función. Tradicionalmente el soberano era responsable ante los dioses de la justicia en el sentido moral del término, y éste era el motivo por el que sus decisiones eran reunidas, no al comienzo, sino al final de su reinado, para servir de modelo a los reyes del futuro, siendo grabadas sobre estelas erigidas en los templos y simultáneamente copiadas en tablillas a petición de los jueces [37].

Es bajo estas dos formas como nos ha llegado el «Código» de Hammurabi. Una de las estelas, colocada inicialmente en el templo de Shamash en Sippar, y llevada a Susa como botín de guerra por los elamitas en el siglo XII fue hallada en 1901 en el curso de las excavaciones francesas de este yacimiento y llevada al Museo del Louvre. Tallada en basalto y luego pulida, con una altura de 2,25 metros, posee la forma de un cono irregular. En su parte superior un bajo-relieve representa a Hammurabi en la actitud de oración llamada «con la mano levantada», ante un dios que es sin duda Shamash, dios del sol y la justicia, sentado sobre un trono divino [38]. El resto de la estela se halla prácticamente cubierta por un texto grabado artísticamente y dispuesto, de modo arcaizante, en columnas verticales. Tras un largo prólogo, en el que el monarca canta sus propias alabanzas y enumera las obras piadosas llevadas a cabo en las diversas ciudades de su reino, vienen al menos ciento ochenta y dos leyes [39] agrupadas en torno a grandes temas y dispuestas en un orden muy desconcertante: castigos por falso testimonio, robo y encubrimiento, leyes relativas al trabajo, la propiedad y el comercio, matrimonio, divorcio, herencia, adopción, estatuto de las mujeres dedicadas en los templos, castigos de las heridas infringidas a las personas físicas, problemas jurídicos relacio-

[37] F. R. Jraus: «Ein zentrales Problem des altmesopotamischen Rechtes: was ist der Codex Hammurabi?, *Genava,* 8, 1960, pp. 283/296; D. J. Wiseman: «The laws of Hammurabi again», JSS, 7, 1962, pp. 161/172.

[38] A. Parrot: *Sumer,* 2.ª ed. fig. 280.

[39] Una parte de la estela ha sido dañada por los elamitas y unas treinta y cinco leyes desaparecieron. Una parte del texto ha podido ser reconstruida gracias a los fragmentos del «Código» que aparecen en las tablillas.

nados con la agricultura, tasas de salarios y alquileres y por último compra de esclavos en Babilonia y en el extranjero. Un largo epílogo invita al «oprimido» envuelto en un proceso a que se haga leer la estela «para que vea su caso y se ensanche su corazón». Conjura a los futuros reyes para que observen estos decretos y apela a los castigos divinos contra cualquiera que mutilare el monumento o alterase las leyes establecidas por el «rey del derecho». Cae evidentemente fuera de nuestras posibilidades el examinar aquí todas estas disposiciones legales y por ello nos limitaremos a examinar algunos puntos de interés general.

El «Código» distingue tres categorías sociales: el *awêlum,* el *mushkênum* y el *wardum*. La palabra *awêlum* significa simplemente «hombre» y puede leerse así en algunos artículos del «Código», pero además posee un sentido específico y ha sido traducido por «hombre libre», «señor» o «miembro de la elite». El *wardum* es el esclavo, comprado en el extranjero o reclutado, como antaño, entre aquellas personas incapaces de pagar sus deudas, o entre los prisioneros de guerra. El esclavo disfruta de ciertos derechos, puede ser manumitido o adoptado, e incluso casarse con la hija de un hombre libre (art. 175-176). Sin embargo, con el cráneo pelado a excepción de un mechón, es propiedad de su amo y la ley castiga con la pena de muerte a quien le ayude a huir o le dé asilo (art. 15-16). El *mushkênum* se sitúa entre el *awêlum* y el esclavo y parece hallarse vinculado de un modo vago al palacio; disfruta de determinados privilegios y se halla sometido a determinadas obligaciones, pero no se puede ir más lejos en su definición [40]. Nadie sabe si se trata de un funcionario subalterno o de uno de esos numerosos súbditos que reciben del rey una parcela de tierra y una casa inalienables, pero transmisibles a sus herederos, y que, en contrapartida, se halla sometido a determinadas obligaciones, sobre todo a las corveas y al servicio de las armas (institución llamada *ilkum*).

Las diferencias entre estas tres categorías sociales aparecen claramente en las disposiciones penales del «Código» [41]. Así, cuando una mujer embarazada aborta a consecuencia de los golpes que ha recibido, su agresor deberá pagar 2,5 ó 10 siclos de plata, según que ella sea esclava, hija de *mushkênum* o hija de *awêlum*. Si la mujer muere deberá pesar un tercio de mina (66 grms.) de plata en el caso del esclavo y ser ejecutado en los otros dos casos (art. 209-214). Del mismo modo, quien vacíe un ojo o rompa un hueso o un diente de *awêlum,* o quien vacíe un ojo, rompa un hueso o un diente de un *mushkênum* deberá pagar una mina de plata, pero sólo la mitad si la víctima es

[40] E. A. Speiser: «Mushkenun», *Orientalia,* 27, 1958, pp. 19/28. El estudio más completo sobre este tema es el de F. R. Kraus: *Vom mesopotamischen Menschen der altbabylonischen Zeit und seiner Welt,* Amsterdam, 1973; pp. 95/117.

[41] J. Vanden Drissche: «A propos de la sanction de l'homicide et des dommages corporels dans le Code d'Hammurabi», *Akkadica,* 13, 1979, pp. 16/27; J. Renger: «Wrongdoing and its sanctions», JESHO, 20, 1977, pp. 65/77.

un esclavo (art. 195-199). Lo más sorprendente, lo más grave a ojos del hombre moderno, no es que estos terribles castigos varíen de acuerdo con el rango de la víctima, sino que también se apliquen en el caso de faltas involuntarias. Si una *awêlum* muere o pierde un ojo a consecuencia de una operación, al cirujano se le corta la mano, pero si su desgraciado cliente es un esclavo de *mushkênum* pagará la mitad de su precio por la pérdida del ojo o reemplazará su muerte con un nuevo esclavo (art. 218-220). Cuando se derrumba una casa mal construida, matando al propietario o a su hijo, el desgraciado albañil, o su hijo, es condenado a muerte, pero si el muerto en el accidente no es más que un esclavo, habrá que proporcionarle otro (art. 229-231). En realidad, ninguna tablilla que contenga una sentencia *auténtica* pronunciada para castigar delitos de estos tipos, aplica la misma pena, por lo que es muy probable que en la práctica estas sentencias fuesen rara vez aplicadas, aunque también debemos decir que estos textos son muy escasos.

Sin embargo en muchos otros sentidos el «Codigo» de Hammurabi pone de manifiesto un sentido de la justicia que hace honor a su autor. En especial en lo que se refiere a las leyes relativas a la familia, representa un muy loable esfuerzo para proteger a la mujer y al niño contra el abandono, las sevicias y la pobreza, y si también es cierto que en este caso las penas son muy severas, se hallan atemperadas por la clemencia y por la admisión de la existencia de circunstancias atenuantes. El adulterio de la mujer es castigado con la pena de muerte, pero el marido puede perdonar a su esposa y el rey al amante, evitándoles de este modo el ser «atados juntos y arrojados al río» (art. 129). Si un hombre abandona el hogar familiar y su esposa se «va a casa de otro» porque no tenía qué comer, no será culpable (art. 134). Un hombre puede repudiar a su mujer sin indemnizarla si se porta mal (art. 141), pero si se divorcia porque es estéril «le devolverá el dinero correspondiente al montante de su *terhatum* y le devolverá la dote *(sheriqtum)* que hubiese traído de la casa de su padre» (art. 138)[42]. El marido cuya esposa esté gravemente enferma puede tomar otra esposa, pero deberá cobijar a la enferma en su casa «mientras viva» (art. 148). A la muerte del padre de familia sus bienes serán divididos entre sus hijos, sin embargo su viuda conservará el usufructo (art. 171) y puede disponer libremente de las casas, campos, telas y muebles que su marido le hubiese regalado (art. 150). Cuando una mujer muere, su dote no es devuelta a su padre, sino que pasa a sus hijos (art. 162). Disposiciones similares, pero evidentemente mucho más complejas,

[42] La familia babilonia «se basaba en el matrimonio monogámico, suavizado por el concubinato» (J. Cardascia, citado por P. Garelli, POA, I, p. 131). El matrimonio era básicamente un contrato. El padre del futuro marido elegía a la esposa y daba a su familia una cantidad de dinero, la *terhatum,* que era una especie de compensación por la «pérdida de mano de obra doméstica», pudiendo añadir un regalo (*biblum*). La prometida aportaba un dote (*Sheriktum*). Ver G. R. Driver y J. C. Miles: *Op. cit.*, I, pp. 249/265.

favorecen a los hijos legítimos de la esposa frente a los nacidos de una concubina o una esclava, y otros impiden desheredar a los hijos sin razones válidas.

Estos son, resumidas brevemente, algunas de las principales leyes de este «Código», célebre por su extensión, por la elegancia de su estilo, y sobre todo, por la luz que proyecta sobre una época a la vez dura, cruel y enormemente civilizada. Redactado bajo las órdenes, si no al dictado del rey a finales de su vida, parece coronar su largo y glorioso reinado. Contemplando el conjunto de su obra el anciano podía proclamar con orgullo:

> «He exterminado a los enemigos en el norte y en el sur,
> He apagado los combates,
> He dado la felicidad al país.
> He hecho pavonearse a los sedentarios en los verdes pastos,
> No he dejado que nadie los molestase.
> Soy el pastor salvador, cuyo cayado es recto.
> Mi benéfica sombra se extendió sobre la ciudad.
> He acogido sobre mi seno a las gentes de Sumer y Acad,
> Gracias a mi Protectora (Istar) han prosperado.
> No he cesado de gobernarlos en paz.
> Gracias a mi sabiduría los he amparado» [43].

[43] «Código» de Hammurabi, Epílogo, col. XXIV, líneas 30/59 (trad. A. Finet).

CAPÍTULO TRECE

EN TIEMPOS DE HAMMURABI

Aunque sea fascinante el espectáculo que, siglo tras siglo, se va desarrollando ante nosotros, tanto en la escena política como en los lentos cambios de la organización socio-económica, ha llegado uno de esos momentos en los que uno se siente obligado a interrumpir la enumeración de fechas y nombres, a dejar de lado las guerras, los reinos y las dinastías y a interrogarse acerca de los pequeños acontecimientos de la vida cotidiana, acerca del modo en el que por aquel entonces se vivía en esas casas, en esos templos y en esos palacios, que no conocemos más que por sus paredes, o sea, por sus cimientos y a través de algunos objetos dispersos por el suelo. Esta reconstrucción de la cotidianeidad pasada que los prehistoriadores intentan hacer a partir de modestos restos, ¡cuánto más fácil y precisa puede, cuánto más vivaz cuando tenemos ahí a los textos para ayudarnos! [1].

La época de Hammurabi en Mesopotamia —o para ser más exactos, los doscientos años (1850-1650) que abarcará su reino —es uno de esos momentos privilegiados tanto en nuestras fuentes epigráficas como en nuestras fuentes arqueológicas, que son extraordinariamente abundantes y además de gran calidad. Es cierto que aún no se sabe mucho acerca de las capitales del Sur mesopotámico. Isin y Larsa todavía comienzan a desvelarnos sus secretos y dieciocho años de excavaciones en Babilonia no han hecho más que raspar la superficie de esta gran ciudad, porque la capa freática, en la actualidad muy próxima al suelo, ha impedido frecuentemente a los excavadores penetrar

[1] Las obras de G. Contenau: *La Vie quotidienne à Babylone et en Assyrie,* París, 1954 y de H. W. F. Saggs: *Everyday Life in Babylonia and Assyria,* London 1965, son interesantes, pero no cumplen, en nuestra opinión, todas las promesas que ofrecen en sus títulos.

por debajo del nivel neo-babilonio (609-539)—[2]. Pero en cambio, otros arqueólogos han sido más afortunados al exhumar Mari, Tell Asmar, Khafaje, Tell Harmal, Ur, Asur y Tell el-Rimah, sobre todo sus palacios, sus templos y sus casas particulares notablemente bien conservadas. En cuanto a los documentos escritos, disponemos de millares de textos de todo tipo provenientes de una decena de yacimientos. Gracias a estas informaciones, que se complementan y se iluminan mutuamente, se puede hoy en día afirmar sin exageración alguna que, a pesar de las inevitables lagunas, la Mesopotamia del siglo XVIII antes de nuestra Era es mucho mejor conocida que cualquier país de Europa a comienzos de la Edad Media. Sería una lástima no aprovechar estas circunstancias para intentar penetrar en la intimidad de un templo o un palacio, al igual que en la casa en la que vive el «babilonio medio» contemporáneo (más o menos) del gran Hammurabi.

El dios en su templo

El templo es, literalmente, la «casa» (*é* en sumerio, *bîtum* en acadio), la morada terrestre de un dios. Tanto su forma como sus dimensiones y la riqueza de su decoración variarán de acuerdo con la importancia de este último. Algunos templos, como el de Endursag en Ur[3], no son más que capillas incrustadas en un bloque de viviendas, apenas más que un patio que da a la calle, provisto de un altar y un nicho para la estatua divina. Otros, como el templo de Hani y Nisaba en Tell Harmal[4], son construcciones de unas dimensiones intermedias, aisladas o adyacentes a las casas que las rodean, o a veces a los muros de la ciudad, y que por lo menos se componen de un patio y muchas habitaciones. Por último, los de los dioses principales son grandes complejos con múltiples patios y habitaciones, que normalmente contienen también capillas dedicadas a su paredro y a divinidades menores más o menos emparentadas con el dios[5]. La mayor parte de esos grandes templos descansan sobre una plataforma más o menos

[2] Acerca de las excavaciones alemanas de Babylonia ver capítulo 24, nota 2. Un sondeo en el barrio residencial de Merkes, no ha dado más que algunos lienzos de muros y tablillas que datan de la primera Dinastía de Babilonia. Ver R. Koldewey: *Das wieder erstehende Babylon,* Leipzig, 1925, p. 234.

[3] Ver capítulo 6, nota 30.

[4] Taha Baqir: «Tell Harmal, a preliminary report», *Sumer,* 2, 1946, pp. 22/30, *Tell Harmal,* Bagdad, 1959.

[5] Los principales templos de este período son los de Ischali, antigua Neribtum (H. Frankfort: OIC, 20, 1936, pp. 74/98), de Asur (W. Andrae: *Das wiedererstandere Assur,* Leipzig, 1938, pp. 83/88) de Tell el-Rimah (D. Oates: *Iraq,* 29, 1967, pp. 71/90) y el templo de la diosa Ningal en Ur (UE, VII; P. N. Weadock: *Iraq,* 37, 1975, pp. 101/128). Acerca de los templos mesopotámicos en general y de su desarrollo ver; H. Lenzen: «Mesopotamische Tempel anlagen von der Frühzeit bis zum zweiten Jahrtausend», ZA, 51, 1955, pp. 1/36 y H. Heinrich: *Die Tempel und Heiligtümer im alten Mesopotamien,* Berlín, 1982, 2 vols.

elevada, a la que se accede mediante escaleras. El templo del dios tutelar de cada ciudad está, o bien adosado al zigurat, o bien cerca de él.

Todos estos grandes templos tienen en común una serie de rasgos arquitectónicos. Tal y como lo exige una antigua tradición, los muros se hallan decorados con rellanos y semicolumnas adosadas, y a veces se hallan adornados con franjas que recuerdan troncos de palmeras [6]. Las puertas, e incluso a veces las galerías y salas enteras, suelen ser abovedadas de acuerdo con las técnicas más avanzadas, que durante mucho tiempo fueron consideradas como invenciones muy recientes [7]. La entrada del santuario, a veces flanqueada de leones rugientes, conduce a un gran patio *(kisalmâhum)* rodeado de habitaciones: almacenes, viviendas, escuela de escribas, talleres, pero sobre todo esos almacenes en los que amontonan las ofrendas y los productos de las tierras y los ganados del templo. Durante las grandes fiestas se reúnen en ellos las estatuas divinas, que parten en procesión, pero normalmente ese patio se halla abierto a las numerosas personas que, por diversos motivos, gravitan en torno al templo, y nos gusta imaginarlo, no vacío y silencioso, sino pleno de ruido y movimiento, recorrido por sacerdotes, empleados del templo, alumnos escribas, correos, portadores de ofrendas y productos de las rentas, bajo la cegadora luz del sol del Oriente.

En el centro de otra parte del edificio, reservada al tesoro del templo, a la biblioteca y quizás al alojamiento de los sacerdotes, se halla otro patio, más pequeño, más tranquilo que el *kisalmâhum*, comunica con dos habitaciones sucesivas (el vestíbulo y la *ante-cella*) que le dan acceso al propio corazón del santuario, al lugar de culto, al santo de los santos, a la *cella*. Al fondo de la *cella* un nicho contiene un zócalo, y sobre este zócalo, cubierto por un dosel, se halla la estatua divina, en madera y recubierta de oro, que brilla levemente en la semioscuridad. El dios (o la diosa) normalmente sentado lleva la tiara de cuernos, vestidos bordados y pesadas joyas [8]. Vasos con flores y pebeteros de terracota se hallan depositados a sus pies. El suelo y los muros de la *cella* y la *ante-cella* se hallan cubiertos por esteras, tapices, mosaicos y pinturas murales. Las columnas son de madera de cedro, al igual que los vanos de las puertas, a veces reforzados con cobre o bronce. En torno a estas dos habitaciones se halla un banco de arcilla que contiene las estatuillas de dioses y adorantes, las estelas reales y ex-votos diversos. Una mesa destinada a las comidas sacrificiales, vasos de libaciones y emblemas de bronce o metales preciosos

---

[6] Esta decoración aparece en Tell e-Rimah (*Iraq*, 39, 1967, lám. XXXII) y en Larsa (*Syria*, 47, 1970, lám. XVI, 2 y fig. 9).

[7] D. Oates: «Early vaulting in Meso-potamia», en D. E. Strong. (Ed.): *Archaeological Theory and Practice*, London, 1973, pp. 183/191.

[8] A. Spycket: «*Les Statues du culte dans les textes mésopotamiens des origines à la I dynastie de Babylone*, París, 1968; J. Renger, artículo «Kultbild» en RLA, VI, pp. 307/314.

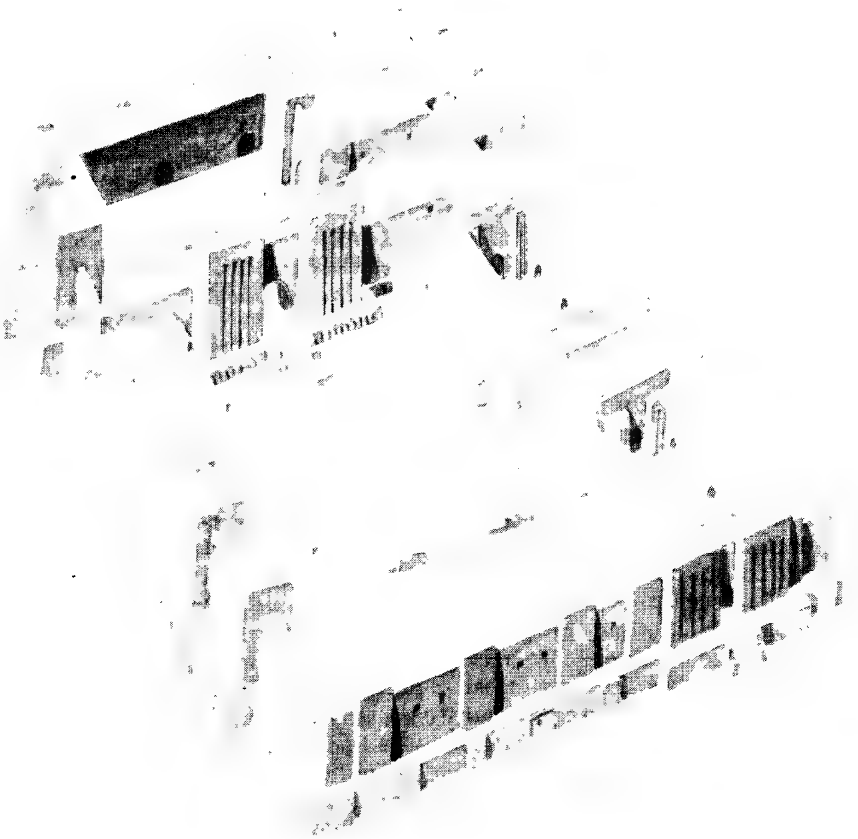


Ilustración 12.ª*: Templo de Istar-kititum en Ischali (valle del Diyala). Primera mitad del segundo milenio. Reconstrucción según H.D.Hill.*
Según H. Frankfort: The Art and Architecture of the Ancient Orient, *1954.*

completan el mobiliario [9]. En el patio se hallan un altar para los sacrificios y un recipiente para el agua lustral. En las cuatro esquinas del templo, englobadas en los muros o enterradas en el suelo, las tablillas, conos y cilindros escritos constituyen en esta época los llamados «depósitos de fundación», que delimitan y legalizan el dominio sagrado del templo el *temmenum* [10].

---

[9] B. Hrouda: «Le mobilier du temple» en *Le Temple et le Culte,* Leiden, 1975, pp. 151/155.

[10] R. S. Ellis: *Foundation Deposits in Ancient Meso-potamia,* New Haven, 1968. En la época de Ur III estos depósitos comprendían normalmente figuras de bronce terminadas en punta.

El dios, encarnado en su estatua, es tratado como un rey vivo [11]. Se posterna uno ante él, se le suplica y se cantan sus alabanzas. Es más, se le cambia de ropa, se renuevan sus tocados, se le perfuma con olorosos aceites, se le «abre» y se le lava la boca, y sobre todo se le alimenta: con dos o cuatro comidas diarias, según los medios de cada templo, y con menú de carne, aves, peces, panes y pasteles, miel y frutos, agua, leche, cerveza, hidromiel y vino. La ficción pretendía que él «comía» estos productos tras una cortina, pero es evidente que eran los sacerdotes y el personal del templo quienes se los repartían. Además de este servicio cotidiano *(dullum)*, había también ceremonias de purificación y otras que solían acompañar algunos actos ocasionales. Así, por ejemplo, cuando se recubría de nuevo de bronce el tímpano del templo, el ritual prescribía, entre otros detalles, que se murmurase a través de una caña una plegaria en sumerio en la oreja derecha, y en acadio en la oreja izquierda del buey que vaya a proporcionar su piel [12]. Además también había fiestas anuales, estacionales y mensuales, muy numerosas estas últimas, y con fechas variables de ciudad en ciudad [13]. Entonces era cuando salía la estatua del dios, cuando se la presentaba ante el pueblo reunido, cuando se la paseaba en carro, en palanquín o en barco. Era entonces cuando la sangre chorreaba sobre el altar y cuando el humo de la carne quemada se mezclaba con el olor del incienso, y cuando resonaba más que nunca en el santuario el canto grave y modulado de los himnos, salmos y oraciones, acompañado por los tambores, flautas, arpas, liras, sistros y címbalos, canto, que gracias a recientes trabajos, podemos saber que se parecía al canto litúrgico de las iglesias orientales y a nuestro canto gregoriano [14].

A la cabeza de los servicios administrativos del templo [15] se halla-

---

[11] Acerca del culto en Mesopotamia son muy útiles las obras de B. Meissner: *Babylonien und Assyrien,* II, Heildelberg, 1925, pp. 52/101 y E. Dhorme: *Les Religions de Babylonie et Assyrie,* París, 1945. Ver también las obras citadas en el capítulo 6, nota 1.

[12] F. Thureau-Dangin: *Rituels accadiens,* París, 1921, pp. 1/59; ANET (3), pp. 334/338. Este texto es de época tardía, pero el rito probablemente es muy antiguo.

[13] B. Landsberger: *Der kultische Kal-ender der Babylonier und Assyrer,* Leipzig, 1915, es todavía el único estudio de síntesis sobre este tema. Es probable que los estudios de H. Sauren y H. Limet sobre las fiestas en la época de Ur III *(Actes de la XVII Rencontre assyriologique internationale,* Ham-sur-Heure, 1970, pp. 11/29; 59/74) puedan aplicarse en gran parte al período paleobabilonio.

[14] Se hallará en M. Duchesne-Guillemin: «Déchiffrement de la musique Babylonienne», *Accademia dei Lincei,* Roma, 374, 1977, p. 1/25 un buen resumen, con bibliografía, de los esfuerzos efectuados desde los años 60 para reconstruir la música mesopotámica según los textos que hablan de los cambios de las cuerdas de las arpas y de las liras. Es a partir de un himno hurrita, acompañado de su «partitura», proviniente de Ugarit y estudiado primero por D. Wulstan (*Music and Letters,* 52, 1971, pp. 365/382) y luego por A. Kilmer (RA, 68, 1974, pp. 69/82) que la Sra. Duchesne-Guillemin ha llegado a proponer un sistema coherente y reproductible. Esta música tenía 7 gamas de 5 tonos y 2 semi-tonos, la sucesión de las notas en cada porción de la gama servía de base a la melodía (heptatonismo diatónico con modos).

[15] R. Harris: *Ancient Sippar,* Leiden, 1975, pp. 154/167.

ba el *shanga,* importante personaje que en la época de Hammurabi parece haber sido nombrado por el rey. Tenía bajo sus órdenes inspectores *(shatammû)* y escribas *(tupsharru),* que se encargaban de vigilar y registrar todo lo que salía de los graneros y almacenes, así como empleados subalternos (guardianes, jefes de los equipos de limpieza, e incluso barberos) y esclavos. Las tierras cerealícolas del santuario eran administradas por los *ishakkû* (¡forma acadia del título sumerio *ensi,* que evidentemente había caído muy bajo!) y trabajadas por agricultores propios y mediante un sistema de corveas que afectaba a toda la población.

El personal sacerdotal, el clero, es mucho más difícil de definir, por una parte porque nuestra idea del «sacerdocio» es verdaderamente muy diferente de la de los babilonios, y por otra porque nuestros conocimientos en este dominio todavía están llenos de lagunas [16]. En teoría, el jefe del clero, el sumo-sacerdote es el *enum,* palabra que en sumerio tiene su equivalencia en *en.* Su homólogo femenino, la *entum,* es lógicamente la sumo-sacerdotisa del templo de una diosa, pero también hemos visto cómo una hija de un rey se hallaba al frente del templo del dios Sîn en Ur. Las funciones religiosas no parecen haber sido demasiado absorventes porque da la impresión que algunos templos parecen haber estado totalmente dirigidos por los *shanga.* En la práctica el miembro más importante del clero es el *urigallum,* originariamente el «custodio», que como veremos juega un papel de primera importancia en el gran festival del Año Nuevo (capítulo 24), bajo el nombre de *Sheshgallu* (del sumerio SHES.GAL, «gran hermano»). Los sacerdotes encargados del culto —quizás los que los textos llaman «los que entran en el templo» *(êrib bîti)*— no están jerarquizados, pero sí especializados. Conocemos el *pashîshum* «el que unge», el *mashmashum,* a la vez encantador y purificador, el *ramkum* («lavandero», que preside los ritos de ablución), el *nishakum,* que vierte las libaciones, y el *kalûm,* plañidero, que cumple también otras funciones y cuya ciencia es rigurosamente conservada en secreto, pero también existen otros cargos muy mal conocidos. Estos sacerdotes se hallan asistidos por acólitos, entre los cuales el sacrificador (*nash patri* «portador de la espada») y los músicos y cantores ocupan importantes lugares. El *âshipum* (conjurador o exorcista), aunque tome parte en determinadas ceremonias culturales, no puede ser considerado como un sacerdote en el sentido específico del término, ya que no ofrece normalmente sus servicios a todo el público, sino sólo a los enfermos. Lo mismo ocurre con el *sha 'ilum,* que interpreta los sueños y todavía más con el *barûm,* o adivino, personaje ocupadísimo y muy rico en una sociedad en la que la adivinación bajo sus múltiples formas formaba parte de la vida cotidiana. Los sacerdotes y asimilados,

[16] El estudio básico para este período es el de J. Renger: «Untersuchungen zum Priestertum der altbabylonischen Zeit», ZA, 24, 1967, pp. 110/188, y 25, 1969, pp. 104/230.

salidos de familias acomodadas, cultos y sabios, solían estar casados, y sus funciones se transmitían de padres a hijos.

Debemos indicar que no se sabe prácticamente nada acerca de las sacerdotisas incorporadas a los templos de las divinidades femeninas: No obstante lo que sí es cierto es que los santuarios de Istar, diosa del amor bajo todas sus formas, daban cobijo a un culto licencioso que se componía de cantos, danzas y pantomimas —ejecutadas por mujeres y travestidos— y orgías sexuales. En estos ritos, que para nosotros nos resultan chocantes, pero que para los babilonios tenían carácter sagrado, participaban los hombres llamados *assinû, kulu'u* o *kurgarru* —todos ellos homosexuales pasivos y es posible que algunos de ellos castrados, al igual que unas mujeres a las que demasiadas obras ya clásicas clasifican con la etiqueta de «prostitutas». Al igual que los homosexuales, también ejercían su «profesión» a título privado, pero esas auténticas prostitutas *(karmâtu, kezrêtu, shamhâtu),* como la que sedujo a Enkidu, no hacen más que rondar los alrededores de los templos, del mismo modo que frecuentan las posadas y las tabernas. Únicamente las «consagradas a Istar» *(ishtarêtu)* y las «consagradas» *(qashshâtu)* parecen formar parte del clero femenino [17].

También «ofrecidas» y «consagradas», pero con un fin diametralmente opuesto, están las *nadîtu* (literalmente «mujeres en barbecho»), de las que un grupo —el de la *nadîtu* de Shamash en Sippar— ha sido objeto de profundos estudios [18]. Se trata de hijas de buena familia a las que está prohibida la maternidad y que, en la edad en la que otras se casan, entran en estas comunidades *(gagû),* que erróneamente se han llamado «claustros», en las que pasan toda su vida. Vinculadas al templo por unos lazos muy débiles, no son ni monjas ni sacerdotisas, sino notables mujeres de negocios que se enriquecían comprando casas y tierras que alquilaban y hacían cultivar. A su muerte, su fortuna pasaba a su familia, lo que ha hecho pensar que esta extraordinaria institución, peculiar de la I Dinastía de Babilonia, tenía como objeto el limitar la fragmentación de los grandes patrimonios que traía como consecuencia el matrimonio de las hijas.

El personal de los templos, fuese sacerdotal o laico, vivía a la vez del altar y de los «campos sagrados», aún muy importantes, así como de las tierras que muchos de ellos poseían a título particular. Si estas personas tenían frecuentes contactos con el resto de la población (algunos incluso participaban en las corveas o hacían el servicio militar), sin embargo formaban un mundo aparte con sus propias reglas y costumbres, y disfrutaban de una alta consideración. Pero el centro vital, el pivote en torno al cual girarán todas las actividades del país

---

[17] Ver R. Harris, artículo «Hierodulen», RLA, IV, pp. 151/155; J. Bottéro, artículo «Homosexualität», RLA, IV, pp. 459/468, y «L'amour libre en Babylone», en L. Poliakov (Ed.): *Le Couple interdit,* París, 1980, pp. 27/42.

[18] R. Harris: «The *nadîtu* woman», en *Studies presented to A. L. Oppenheim,* Chicago, 1964, pp. 106/135, y *Ancient Sippar,* pp. 305/312.

lo será, ahora mucho más que en los tiempos de los *lugal* o los *ensi* de Ur, el palacio.

EL REY EN SU PALACIO

El desarrollo arquitectónico del palacio *(ekallum,* «gran casa») es una de las características del período babilónico antiguo. La concentración de poder en manos del soberano, las necesidades de una administración enormemente centralizada y las exigencias del prestigio contribuyeron a transformar la residencia real —construcción hasta entonces de modestas dimensiones— en un gran complejo de salas de recepción, apartamentos, oficinas y habitaciones de servicio, rodeado, por evidentes motivos de seguridad, por una muralla fortificada. El palacio, a la vez castillo, casa solariega y centro administrativo, tenderá a convertirse en una ciudad en miniatura en el seno de la auténtica ciudad [19].

No hay mejor ejemplo de las moradas de los reyes amorritas que el palacio de Mari [20]. Hallado en muy buen estado de conservación, se trata de un edificio notable, tanto por sus dimensiones (200 metros de largo, 150 metros de ancho y dos hectáreas y media de superficie), como por su trazado inteligente y armonioso, por la belleza de su decoración y por la calidad de su construcción. Con razón se le ha llamado «joya de la arquitectura oriental arcaica» [21], y su reputación durante la Antigüedad fue tal que el rey de Ugarit, sobre la costa siria, no dudó en obligarle a hacer a su hijo un viaje de 600 kilómetros con el único fin de visitar la «casa de Zimri-Lim» [22].

El muro del recinto del palacio, de 2 a 15 metros de espesor, descansa sobre unos cimientos de piedra y se halla reforzado por torres, no estando perforado más que por una única puerta en su parte norte. El visitante que la franqueba atravesaba en primer lugar un vestíbulo con guardia, luego un antepatio, donde dejaba su montura y su séquito, y luego atravesaba un pasillo bastante complicado para desembocar, asombrado, en un inmenso «patio de honor» (1.617 metros cuadrados), pavimentado con grandes ladrillos cocidos, excepto en su parte central, posiblemente plantada de árboles. Frente a él, del otro lado del patio y precedida por una escalinata redonda de tres niveles, se abría la gran baya de la «sala de audiencias», alta, profunda y decorada con frescos. Una puerta situada en el muro oeste del patio

---

[19] Además del palacio de Mari, también se conocen, para esta época, el palacio de Sîn-Kâshid en Uruk, el palacio de los reyes Eshnunna en Tell Asmar y el palacio de Tell el-Rimah. Ninguno de estos edificios ha sido totalmente excavado. Todos estos palacios han sido estudiados por J. Margueron: *Recherches sur les palais mésopotamiens de l'âge du bronze,* París, 1982.

[20] A. Parrot: *Mission archéologique à Mari III. Le Palais,* 3 vols. París, 1958-1959. Ver J. Margueron: *Op. cit.,* pp. 209/380.

[21] H. Vincent, RB, 48, 1938, p. 156.

[22] G. Dossin, *Syria,* 18, 1937, pp. 74/75.

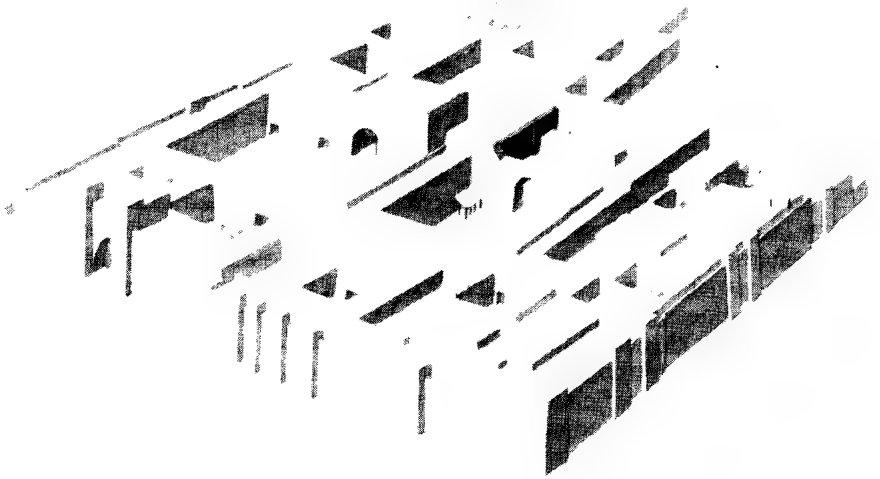


Ilustración 13.ª*: El palacio de Zimri-Lim en Mari.*
Reconstrucción original del autor, según un plano publicado en Syria, 20, 1939.

de honor llevaba por un corredor en forma de L a otro gran patio de 754 metros cuadrados, el «patio 106» de los arqueólogos, célebre por las bellas composiciones pintadas que adornaban sus blancos muros y que un toldo de telas, apoyado en pilares de madera protegía tanto de la lluvia como de los excesivos calores. Estos frescos de vivos colores, una parte de los cuales ha sobrevivido, representan las ceremonias del culto oficial: aquí un toro que es conducido al sacrificio, allí el tríptico llamado de la «investidura», en el que el rey toca el cetro y el círculo que le tiende Istar y en el que las diosas vierten el agua benéfica a los animales que pasan y en el que una recogida de dátiles simboliza la fertilidad [23]. Al fondo de este patio dos grandes salas paralelas, largas y anchas, comunican por dos puertas: la primera de ellas contenía un podio provisto en cada uno de sus lados de peldaños, que debió haber sostenido una estatua— quizás la bella «diosa del vaso que mana» hallada sobre el suelo no lejos de él, decapitada por la soldadesca de Hammurabi [24], dando la segunda de ellas acceso a una pequeña habitación un poco elevada, mientras que en el otro extremo un pedestal de yeso quizás señale el emplazamiento de un trono. El profesor Parrot, jefe de la misión arqueológica de Mari, interpretó este conjunto como una «sala de recepción», seguida por una

[23] A. Parrot: *Le Palais,* II; *Sumer,* 2.ª ed. figs. 254/259. Estas pinturas, o sus copias, se reparten entre el Museo del Louvre y el Museo Arqueológico de Alepo.

[24] A. Parrot: *Sumer,* 2.ª ed. fig. 253. La cabeza, hallada en otra parte del palacio, es auténtica.

«sala de trono», mientras que otros autores han preferido ver en él un santuario[25] o han señalado los problemas que plantean estas instalaciones[26].

El «patio de honor», al igual que el «patio 106» y las salas adyacentes, formaban el corazón del palacio, mientras que el resto de las trescientas habitaciones y patios del edificio se hallaba dividido en diferentes sectores. Partiendo del ángulo noroeste se encuentra primero un grupo de habitaciones que constituían los apartamentos del rey y la reina, con sus servicios y baños, uno de los cuales contenía dos bañeras de terracota y un dispositivo para calefacción; a continuación vienen las aulas de la escuela, con sus bancos de arcilla colocados en líneas paralelas y con las tablillas de hacer los ejercicios dispersas por el suelo. Más adelante el sector de los funcionarios, y por último el sector común con cocinas, reposterías, hornos, alacenas y almacenes. Las oficinas debían ocupar la parte sureste del palacio, junto a la sala de audiencia, ya que es allí donde se hallaron los documentos administrativos por centenares, mientras que los archivos diplomáticos se conservaban en una pequeña habitación situada entre el «patio de honor» y el «patio 106»[27]. En esta misma parte sureste, más elevada que el resto del edificio, una serie de corredores con escaleras llevaba a una pequeña «capilla privada», situada precisamente encima de los santuarios del palacio presargónico subyacente.

La construcción de la «casa de Zimri-Lim» no era menos notable por su trazado. Los muros, por lo general gruesos, estaban hechos de ladrillos crudos de gran tamaño revestidos por muchas capas de arcilla y por un espeso enlucido de yeso. A pesar de su altura, que alcanza los cinco metros en algunos puntos, no se abre en ellos ninguna ventana. Debemos pensar que las habitaciones que no estuviesen iluminadas por los patios debían estarlo por hendiduras hechas a la altura de los cielos rasos, o mediante orificios abiertos en el techo y susceptibles de ser tapados. Restos de escaleras sugieren que algunas partes del palacio tenían por lo menos un piso. Muchas habitaciones y patios estaban pavimentados con ladrillos crudos. En los cuartos de baño con tocadores a la turca, el suelo y los muros estaban impermeabilizados por una capa de betún. Por todas partes las cañerías subterráneas de ladrillos crudos y las tuberías de cerámica enlucidas con betún se hundían hasta diez metros de profundidad y de este modo garantizaban la evacuación de las aguas. Este sistema de conductos había sido tan bien concebido que las aguas de una violenta tormenta que estalló un día durante la excavación fueron evacuadas en algunas horas, sin causar los daños que se temían[28].

---

[25] H. Lenzen, ZA, 51, 1955, pp. 31/32.

[26] J. Margueron; «Les palais de l'âge du bronze en Mésopotamie», en P. Garelli (Ed.). *Le Palais et la Royauté*, París, 1974, pp. 22/26.

[27] ARMT, I, prólogo de A. Parrot.

[28] A. Parrot: *Mari, une ville perdue*, París, 1938, p. 161.

Los muebles, quemados por el incendio que destruyó Mari, o simplemente convertidos en polvo, han desaparecido y nada sabemos acerca de los tronos, sillas, mesas o del lecho del rey. Por el contrario podemos saber algo de lo que comía gracias al profesor Bottéro que nos ha ilustrado recientemente en torno a este tema hasta entonces desconocido: la cocina babilonia[29].Los resultados de sus investigaciones son asombrosos. En tiempos de Hammurabi (cuatro de los cinco documentos conocidos en la actualidad datan de los años 1800-1700) el arte de preparar los alimentos, de «embellecerlos», como se decía por aquel entonces finamente, estaba muy desarrollado y el cocinero *(nuhatimmum)* era un consumado artista. En efecto, no puede uno dejar de sorprenderse por la diversidad de los géneros, de los métodos de cocción (con agua, a veces mezclada con grasa, al vapor, al horno, a la brasa o bajo las cenizas) y de los utensilios utilizados, así como por la complejidad de las operaciones culinarias, que imponía la mezcla, en el mismo plato, de múltiples ingredientes, y también por la búsqueda de finos sabores y de apetitosas presentaciones. Lo que los servidores de Zimri-Lim ponían sobre la mesa eran carnes variadas (buey, cordero, cabra, ciervo, gacela), pescados, aves, y aves de corral, asadas y cocidas en marmitas de cerámica o a fuego lento en calderos de bronce y acompañadas de salsas ricas en condimentos, entre los que predominaba el ajo, las legumbres sabiamente preparadas, las sopas, los quesos variados, los frutos frescos, secos o en confitura, los pasteles aromatizados en todas las formas y tamaños, todo ello regado con cerveza, de la que había muchas variantes o con vino importado de Siria. La ausencia de datos cuantitativos (cantidades de tiempo de cocción, por ejemplo) y sobre todo nuestra ignorancia del significado de determinados nombres de alimentos en acadio, hace que sea imposible reproducir en la actualidad estos platos, y quizás sea imposible reproducir en la actualidad estos platos, y quizás sea mejor así, porque algunos de ellos chocarían con nuestros gustos. Lo que es indudable es que esta alta cocina, antecedente, sin duda alguna, de la cocina «turco-árabe» moderna constituye un nuevo testimonio del nivel de civilización alcanzado por los Mesopotamios a comienzos del segundo milenio.

Ningún texto nos informa acerca de la jornada del rey hora a hora, pero todo parece indicar que debía estar muy ocupado. Como personaje sagrado debía tomar parte en las principales ceremonias del culto en los diferentes templos de la capital y discutir con sus arquitectos los trabajos a realizar en los diferentes santuarios del reino. Como jefe del estado, como cualquier jefe de estado, antiguo o moderno, recibía a los embajadores y visitantes de cierta categoría, que a veces podían ser otros monarcas, los albergaba, les ofrecía banquetes

[29] J. Bottéro: artículo «Küche», RLA, VI, pp. 277/298. «La plus vielle cuisine du monde», *L'histoire*, 49, 1982, pp. 72/82.

y despachaba con los gobernadores provinciales, con los altos funcionarios y con los dignatarios de la corte. En tanto que juez supremo debía escuchar las quejas de determinados súbditos, y zanjar numerosos litigios. Y por último, y sobre todo, tenía una enorme correspondencia que dictar y que hacerse leer, órdenes que dar, decisiones que tomar y consejos que dar por escrito, no sólo en un amplio abanico de actividades políticas, diplomáticas, militares, judiciales y económicas, sino también en el dominio de la vida cotidiana, que es el que aquí nos interesa, y del que daremos algunos ejemplos, entre los mil que se podrían citar, extraídos de cartas del «interregno asirio», así como del reinado de Zimri-Lim.

Las hijas de Iadhum-Lim, confiadas a Iasmah-Adad tras la expulsión de su padre, «se habían hecho unas mujeres». Shamshi-Adad escribió a su hijo, sugiriéndole que las enviase a Shubat-Enlil, donde se les enseñaría música. Los carros fabricados en Mari eran de mejor calidad que los Ekallatum; Ishme-Dagan pide a su hermano que se los envíe, junto con carpinteros. Una plaga de saltamontes acaba de aparecer en Terqa, sin que se llegasen a posar en ella; Kibri-Dagan, gobernador de esta ciudad, envía todos los que pudo atrapar a Zimri-Lim, su señor, quien como los árabes de la actualidad, apreciaba mucho este exquisito bocado, raro y delicado [30]. Un habitante de la misma ciudad de Terqa, que ha hablado en sueños con el dios Dagan, que le ha prometido capturar a los «cheiks» de los iaminitas «con el arpón del pescador» y entregárselos a Zimri-Lim, cuenta este sueño a un funcionario local, que se encarga de hacérselo llegar al rey [31]. Un cierto Iaqqim-Addu, gobernador de Sagaratim, escribe diciendo que ha capturado un león en un granero, tras alimentar a la fiera, y al no tener respuesta del rey, al que se ha pedido que decida su suerte, decide colocarla en una jaula de madera y enviarla por barco. El cadáver de un niño cortado en trozos ha sido descubierto cerca de Mari; Bahdi-Lim, intendente del palacio, confirma por escrito que la investigación sigue su curso. Una sirviente del palacio real de Asiria se ha escapado, Shamshi-Adad ordena a Iasmah-Adad que la haga buscar, y si no la encuentra que le envíe el cocinero que dice que la ha encontrado, para interrogarlo. Una mujer aparentemente bloqueada en Nahur, cerca de Harram, a causa de una guerra, encuentra tiempo en un momentro en el que descansan las armas y suplica a Zimri-Lim: «Que mi señor escriba que se me devuelva y que pueda ver la figura de mi señor, de la que estoy privada», y de añadir, siempre con fines útiles: «Otra cosa, que mi señor envíe su respuesta a mi tablilla» [32]. Así son estas cartas, escritas en un estilo simple y por lo general muy claro, correctas sin llegar a la adulación, y que comienzan siempre con

---

30 Ejemplos sacados de ARMT, I, n.° 64; IV, n.° 79 y III, n.° 62.

31 G. Dossin: «Une révélation du dieu Dagan à Terqa», RA, 42, 1948, pp. 135/134.

32 Ejemplos tomados de ARMT, II, n.° 106; VI, n.° 43; I, n.° 89 y II, n.° 112.

la fórmula consagrada: «Un tal... dice; así habla X [33]». Al leer este correo de hace treinta y siete siglos podemos sentir vivir a aquellas gentes, comprender sus problemas y compartir sus preocupaciones y sus alegrías. Nadie puede dudar de que el palacio de Mari y sus prolíficos archivos son maravillosas máquinas para remontar el tiempo, pero pasemos ahora a ver cómo también existe otra, aunque menos espectacular, pero quizás tan eficaz como ella.

El ciudadano en su casa

Las excavaciones en Mesopotamia siempre han sido muy costosas, y éste es el motivo por el que cuando los arqueólogos exploran yacimientos históricos concentran por lo general sus esfuerzos en las construcciones más importantes, como los templos y los palacios, que presentan un gran interés arquitectónico y artístico, y que además son susceptibles *a priori* de dar inscripciones y archivos. Para el período paleo-babilonio los yacimientos en los que las casas particulares hayan sido sistemáticamente estudiadas podrían contarse con los dedos de una mano [34]. Así pues, para poder conocer el ambiente vital de un «babilonio medio» a comienzos del segundo milenio nos será preciso dejar Mari y descender por el Éufrates casi mil kilómetros, para llegar a Ur, único yacimiento en el que los vestigios de todo un barrio, junto con las tablillas halladas *in situ* nos proporcionan amplias informaciones. Por un afortunado azar las calles y las casas situadas entre la zona de los templos y el muro del recinto de la ciudad, que una misión arqueológica anglo-americana exhumó en 1930-1931 se hallaban notablemente bien conservadas. Todavía en la actualidad, tras medio siglo de exposición a la intemperie, evocan el pasado con una intensidad tal que la comparación con Pompeya y Herculano se nos viene automáticamente a la cabeza [35]. Basta un poco de imaginación —que en un lugar como ése es permisible— para poblarlas con sus habitantes.

Fangosas en invierno y polvorientas en verano, manchadas por las basuras que se arrojaban todos los días y que nadie se tomaba la molestia de recoger, las calles *(sûqu)* de las ciudades eran muy poco atractivas. Serpenteaban sin seguir un trazado definido entre bloques de casas compactos, de todos los tamaños y de todas las formas posibles, cuyas fachadas, sin ventanas, no se hallaban perforadas más que

---

[33] El remitente y el destinatario no sabían, por lo general, ni leer, ni escribir, el escriba que redactaba la carta se dirigía al escriba que debería leerla.

[34] Que sepamos, fuera de Ur, no han sido excavados casas particulares datadas en el período babilonio antiguo más que en pequeña escala en Tell ed-Dêr (L. de Meyer y otros: *Tell ed-Dêr,* II, Lovaina, 1978, pp. 57/131), Isin, B. Hrouda, Isin, II, Munich, 1981, pp. 39/40 y Nippur (Mac Gibson y otros, OIC, 23, 1978, pp. 53/65).

[35] Sir Leonard Wooley: *Excavations at Ur,* London, 1954, pp. 175/194; *Ur of the Chaldees,* London, 1982, pp. 191/213; UE, VII, pp. 12/39 y 95/165.

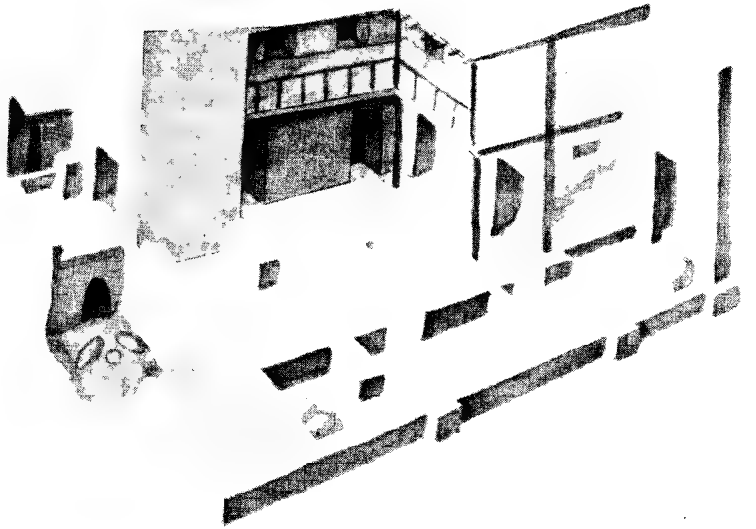


Ilustración 14.ª*: Una casa particular de Ur de la primera mitad del segundo milenio. Obsérvese la capilla privada que cubre la tumba familiar, a la izquierda del edificio.*

Reconstrucción original del autor, según el plano trazado por Sir Leonard Woolley, Ur Excavations, VII, 1976.

por unas puertas bajas y estrechas. No obstante, aquí y allá pequeñas tiendas[36], agrupadas en bazares o insertadas entre las casas, daban una nota de alegría a esta austeras panorámicas. Al igual que las tiendas de los «suks» de cualquier ciudad oriental consistían en una pequeña habitación profunda, ampliamente abierta a la calle y de una trastienda. ¿Qué se vendía en ellas? No lo sabemos: quizás cerámica, herramientas, vestidos y alimentos. ¿O quizás eran los establecimientos del barbero, del zapatero, del escultor, del tintorero, como el que describe un texto de esta época que narra las discusiones con un cliente demasiado exigente[37]? Por otra parte, el rojizo resplandor del horno iluminaba el taller del forjador. Más adelante podría verse el mostrador de ladrillos de un «restaurante», con sus parrillas y su horno

[36] Estas «tiendas» y «restaurantes» reconstruidos por Woolley en la actualidad están siendo discutidos por algunos autores. Sin embargo, todavía nadie, que sepamos, ha dado la prueba definitiva en sentido contrario. Nuestro ensayo de reconstrucción es, por supuesto, imaginario, pero no hace más que transponer a Ur escenas de las calles orientales, que quizás no fuesen inverosímiles en esta época.

[37] C. J. Gadd: «Two sketches from the life at Ur», *Iraq,* 25, 1963, pp. 177/188.

para el pan, donde se detenían a comer los caminantes, primero algunas cebollas y pepinos, un trozo de queso, pescado seco, regado con esa salsa análoga al *nuoc-mâm* vietnamita, y que aquí se llamaba *shiqqum*[38]. A unos pasos de allí había una capilla, como lo indican los bajo-relieves de terracota colgados a cada uno de los lados de su puerta; se puede penetrar en su patio, dejar sobre su altar un puñado de dátiles o harina, dirigir una pequeña oración a la diosa que sonríe en su nicho durante un instante, con el fin de asegurar su protección permanente.

Había muy poca circulación por esas calles y avenidas, a las que Sir Leonard Wooley, el arqueólogo inglés que dirigió las excavaciones de Ur, bautizó, a falta de otros nombres mejores, como «Gay Street», «Paternoster Row», «Church Lane», etc..., pero que, como las calles de Sippar, debieron llevar nombres como «calle de Istar», «calle del *akïtum*», «calle de Shu-Ninsum» (un rico propietario) o incluso «calle de la casa de la Mujer-esclava del palacio»[39]. La mayor parte de ellas eran demasiado estrechas para que pudiese pasar un carro, e incluso un asno muy cargado. Los escasos peatones huían del sol caminando cerca de los muros, pero por la mañana muy temprano o a última hora de la tarde un cantor que recitaba *Gilgamesh* (¿por qué no?) en «Baker Square» podía provocar un atasco, mientras el aire tibio vibraba con las risas y los gritos de los niños.

Si franqueamos una de estas puertas —la del «n.° 3, Gay Street», por ejemplo, casa típica de un «pequeño burgués»—nos esperará una agradable sorpresa: la casa es muy fresca, confortable y mucho más grande de lo que se podría creer al verla desde el exterior. Descendemos dos o tres peldaños (porque el nivel de la calle se ha ido elevando en el curso de los años), lavamos nuestros pies en un minúsculo vestíbulo, provisto de un recipiente para ello, franqueamos otra puerta rodeada por máscaras de Humbaba (Huwawa), que protegen contra los demonios, y entramos en el interior del patio. Podemos ver que está pavimentado y que una cañería de desagüe se abre en su centro: puede ser lavado con las lluvias, pero las tormentas no conseguirán inundarlo. Los muros del edificio se hallan enlucidos y blanqueados con cal, pero sabemos que su parte superior es de ladrillos crudos y que su parte inferior, hasta el dintel de ladrillos cocidos, cuidadosamente alineados mediante un mortero de arcilla. Un balcón sostenido por columnas de madera rodea este patio y lo divide en dos pisos: en el de arriba vive el propietario con su familia mientras que el bajo se halla reservado para los criados y los visitantes[40]. En él está la cocina, fácilmente reconocible por su doble hagar con vasos, cuencos, platos, marmitas, molinos de mano, y otros utensilios que cubren el

[38] J. Bottéro: *L'histoire*, 49, 1982, p. 73; RLA, VI, pp. 282/283.
[39] R. Harris: *Ancient Sippar*, pp. 18/19.
[40] Esta idea de casa con un piso con balcón también es puesta en duda.

suelo[41]. Una mujer prepara la comida, y si sus platos no pueden compararse con los de la alta cocina real, sin embargo estamos seguros de que tampoco tienen nada que ver con las bazofias que se suelen evocar normalmente[42]. También es ahí donde se halla la habitación de los criados, la alacena, la sala de baños con retretes a la turca, y al fondo del patio la larga habitación rectangular en la que se recibe a los huéspedes, el *diwan* de las antiguas casas turcas o árabes. El mobiliario, desaparecido en la actualidad, al igual que el primer piso, consiste en cofres, mesas y taburetes de madera o de juncos, en camas de cinchas con cobertores, tapices y esteras[43]. Las habitaciones se iluminaban con lámparas de aceite, y en el invierno se calentaban con braseros.

Este tipo de casa, todos los que hayan visitado los barrios antiguos de Bagdag, Alepo o Damasco así lo reconocerán, se halla perfectamente adaptado al clima y a las costumbres orientales, y ha permanecido inalterado a lo largo de milenios. No obstante muchas casas de Ur tienen anejos que han desaparecido con el transcurso del tiempo. Bajo el suelo de algunas de ellas se encuentran tumbas abovedadas, a veces múltiples, en las que descansaban los adultos de la familia, a medida que «se iban a su destino», siendo los niños enterrados en otro lugar en jarras. En otras de ellas había una habitación especial provista de un altar y una especie de chimenea ciega (¿para quemar el incienso?), que se ha interpretado como una capilla doméstica, consagrada pobablemente a los «dioses personales». Si esa interpretación fuese exacta, añadiría un argumento de peso a favor de la existencia de una religión popular floreciente en esta época.

Los objetos, tablillas e instalaciones descubiertos en estas casas nos proporcionan informaciones muy valiosas acerca de la profesión de su propietario. Así las grandes cubas enlucidas de dos metros de profundidad halladas en el suelo del «n.° 3 Store Street», y en cuyas paredes todavía estaban adheridos algunos granos de cebada, parecen sugerir que se trataba de la tienda de un mercader. En el «n.° 1, Old Street» vivía un tal Ea-nâsir, cuya principal actividad, como lo indican las tablillas, era el ir a buscar cobre a Dilmun, sin duda fundamentalmente para el estado. En el «n.° 1 de Broad Street» un cierto Igmil-Sîn, sacerdote o escriba, había convertido su casa en una escuela y algunas de las doscientas tablillas que yacían sobre el suelo nos enseñan que dictaba a sus discípulos textos religiosos e históricos y que también enseñaba matemáticas. Esto viene a confirmar que también había escuelas más o menos privadas, además de las existentes en los templos y los palacios. Estas escuelas también podemos conocerlas por otros textos, tan interesantes como divertidos, que nos in-

---

[41] A. Salonen: *Die Hausgeräte des alten Mesopotamien,* Helsinki, 1965-1966, 2 vols.

[42] J. Bottéro: *L'histoire,* 49, 1982, p. 82; RLA, VI, p. 293.

[43] A. Salonen: *Die Möbel des alten Mesopotamien,* Helsinki, 1963.

forman acerca de los horarios de clases, del trabajo del «peloteo» y de los castigos a golpes de garrote de los alumnos de escribas y nos hablan incluso de las presiones, más o menos discretas, que algunos padres ejercían sobre el profesor para que su hijo tuviese unas buenas notas [44].

El barrio que acabamos de describir, construido hacia 1850, al igual que el resto de la ciudad de Ur, parece haber alcanzado su apogeo bajo el reinado de Rîm-Sîn de Larsa (1822-1763). Tras la toma de Larsa por Hammurabi entró en una fase de empobrecimiento que han descubierto los arqueólogos. Esta decadencia no puede explicarse más que debido al total abandono del comercio con los países del Golfo Pérsico, comercio reducido únicamente a la importación de cobre de Magan con una escala en Bahrain (Dilmun) [45]. Los motivos de este abandono no están nada claros; la hipótesis más plausible es que Hammurabi obtenía este metal de Anatolia por medio de la Siria del Norte. De este modo la conquista babilonia trajo la paz al sur mesopotamio, pero también arruinó la región. Esta misma paz será de corta duración, como mucho de una veintena de años, porque tras la muerte del monarca las guerras volverán a estallar, con más violencia que nunca, y supondrán un terrible golpe para el puerto que por aquel entonces era Ur. Sin embargo estas guerras de carácter puramente local no serán más que unos indicios relativamente débiles de las grandes convulsiones políticas que muy pronto iban a afectar no sólo a Mesopotamia, sino también a todo el Próximo Oriente, y que quizás no podrán ser comprendidas más que si retrocedemos seis siglos hacia atrás.

---

[44] S. N. Kramer: HCS, pp. 40/46. Sobre las escuelas, sus profesores y sus alumnos ver: C. J. Gadd: *Teachers and Students in the oldest Schools,* London, 1956; A. W. Sjöberg: «Der Vater und sein missratener Sohn», JCS, 25, 1973, pp. 105/119; «The Old Babylonian Eduba» en *Sumerological Studies in honor of Thorkild Jacobsen,* Chicago, 1976, pp. 159/179.

[45] A. L. Oppenheim: «The seafaring merchants of Ur», JAOS, 74, 1954, pp. 6/17; W. F. Leemans: *Foreing Trade in the Old Babylonian Period,* Leiden, 1960, pp. 121/123 y 136/139.

CAPÍTULO CATORCE

LOS PUEBLOS NUEVOS

Entre el año 2300 y el 2000, en tiempos de los reyes de Acad, los guti y de Ur III, se desarrollarón más allá del Tauro una serie de acontecimientos de capital importancia. Pueblos llegados de países muy lejanos penetraron en Anatolia, la actual Turquía, de los que uno de ellos, conocido con el nombre de «hititas» iba muy pronto a fundar un estado poderoso de grandes ambiciones políticas. Sin duda también en esa misma época otros extranjeros a los que conocemos con el nombre de «mitanios» entraron en contacto, probablemente en el Kurdistán, con un grupo de hurritas. Aunque no hablaron de ellos, nada de esto podía escapar a la atención de los monarcas mesopotámicos, habitualmente bien informados, pero estaban muy lejos de poder imaginar las repercusiones que algún día irían a tener estos acontecimientos sobre el destino de sus países y de los países vecinos. Pasaron los siglos, marcados por la caída de Ur, la expansión de los amorritas, las victorias de Hammurabi y el lento desmigajamiento de su reino. Y de repente en el año 1595 los hititas llegarán a tomar Babilonia, poniendo fin de este modo a su primera Dinastía y abriendo el camino a los soberanos casitas, mientras que los hurritas se forjaron poco a poco, en la Alta Mesopotamia, un gran reino que iba desde el Mediterráneo hasta los Zagros.

Los hititas y los mitanios pertenecían a un vasto grupo etnolingüístico conocido con el nombre de los indoeuropeos, y de hecho sus migraciones no representaron más que una pequeña parte de los movimientos de este grupo que, a finales del tercer milenio también afectaron a Europa Occidental, a Grecia, la India y el Asia Central. En todas estas regiones la llegada de estos pueblos tuvo consecuencias múltiples y profundas, de las que las más importantes, en lo que aquí nos concierne serán la emergencia en Mesopotamia y sobre sus flancos nor-

te y oeste de naciones jóvenes y agresivas, junto con la entrada de Egipto en el continente asiático. A partir del año 1600 las rivalidades políticas del Próximo Oriente se solventarán a escala internacional y ya no será posible hablar de Mesopotamia como si se tratase de un país aislado, o casi, del resto del mundo. La tragedia de la historia se representará de ahora en adelante sobre un escenario mucho más amplio y con nuevos actores: en este momento hititas y hurritas, mañana medos, persas y greco-macedonios. Para comprender mejor lo que va a ocurrir en los siglos venideros nos será preciso ahora retroceder en el camino y hacer una amplia gira panorámica. Tras haber evocado a los indoeuropeos y a sus migraciones, consagraremos el resto del capítulo a resumir la historia de Anatolia, de los hititas y los hurritas, así como la de Siria-Palestina y de Egipto entre los siglos XXIII y XVI antes de nuestra Era.

Los indoeuropeos

El término indoeuropeo se aplica básicamente a una gran familia lingüística a la que pertenecen todas las modernas lenguas de Europa (a excepción del vasco y del fino-ugrio), al igual que el armenio, el iraní, el hindú y los demás dialectos de la India, como también le pertenecieron en la Antigüedad las lenguas agrupadas bajo el nombre de «hititas», el sánscrito, el griego, el latín y algunas otras menos conocidas [1]. Todas estas lenguas poseen numerosos puntos en común y derivan de un «proto-indoeuropeo» evidentemente hipotético, pero que ha sido posible reconstruir parcialmente. Además, al comparar las lenguas antiguas conocidas con este prototipo, los lingüistas han llegado a la conclusión de que todos los pueblos que hablaron las lenguas indoeuropeas debieron haber compartido en una época originaria el mismo modo de vida, la misma ideología y las mismas instituciones. Habría existido por lo tanto primitivamente una comunidad de indoeuropeos, que habría vivido en una zona perfectamente definida, y que sería de unos pastores nómadas que no sólo conocerían el ganado mayor y menor, sino también la cría del caballo, al igual que el carro, el barco y el bronce, y prácticamente también la agricultura a pequeña escala. Agrupados en familias, clanes, tribus y «naciones», estos pueblos habrían adorado a dioses antropomorfos y obedecido a jefes salidos de entre una aristocracia guerrera. Partiendo del estudio de su primitivo vocabulario y de la distribución geográfica de

[1] Para una rápida visión de este amplio tema puede consultarse: J. Haudry: *l'Indo-Européen*, París, 1969, y *Les Indo-Européens*, París, 1979, así como R. A. Crossland; «Immigrants from the North», CAH (3), I, 2, pp. 824/876. Ver también G. Cardona, H. M. Hoenigswald y A. Senn (Ed.): *Indo-European and Indo-Europeans*, Filadelfia, 1970; A. Meillet: *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européens*, Paris, 1937, 8.ª ed.

las lenguas indoeuropeas habladas en la Antigüedad, ha sido posible situar en las estepas de la Rusia meridional el centro a partir del cual se habrían dispersado los indoeuropeos. No obstante, las dificultades comienzan a surgir cuando se pretende atribuir a estos últimos algunas de las culturas neolíticas o eneolíticas que han dejado sus huellas en esta región. Las opiniones sobre este punto divergen, pero muchos especialistas creen que los portadores de unos vasos decorados con impresiones de cuerdas (cerámica «cordada»), que iban armados de hachas de tipo azuela y que enterraban a sus jefes en grandes túmulos redondos, tienen más posibilidades que los restantes de ser los representantes de los más antiguos indoeuropeos conocidos. Esta cerámica, estas hachas y estos túmulos son también características de cuatro culturas llamadas de los kurganes, y que se van sucediendo en los bajos valles del Don y del Volga, entre aproximadamente el 4400 y el 2000 antes de nuestra Era. No se conoce cuál fue el lugar de origen de los indoeuropeos, ni la época en la que se diferenciaron sus lenguas, ni las causas profundas de sus migraciones. Sin embargo, da la impresión de que estas últimas revistieron formas diversas (conquista brutal o penetración pacífica) y alcanzaron las diferentes regiones en diversas épocas, escalonándose a lo largo de muchos siglos.

La arqueología permite seguir la marcha de estos guerreros con hacha a través de Europa en el curso del segundo milenio [2]. Se les halla en Ucrania, en Moldavia y en los Balcanes. Se sabe que atravesaron las llanuras de Polonia y Alemania y alcanzaron, hacia el 1600, las riberas del Rin, donde se encontraron con otros invasores llegados de la Península Ibérica. De la mezcla de éstos con las tribus danubianas habrían salido los más lejanos antepasados de los celtas de la Edad del Hierro. Todas estas grandes migraciones contribuyeron sin duda a la difusión del Bronce a la Europa Occidental, todavía mayoritariamente neolítica, pero no se sabe si disponían de este metal ya en el Cáucaso o los Balcanes.

Los indoeuropeos parecen haber penetrado en Grecia por mar, partiendo de las costas asiáticas del Egeo y en dos oleadas sucesivas, siendo en ambos casos un punto de impacto en la Argólida, al noreste del Peloponeso [3]. La península helénica, fecundada por los frecuentes contactos, de isla en isla, con la Anatolia Occidental y sobre todo con la Tróade, entrará en la Edad del Bronce hacia el 3000 o el 2900. A partir del 2600 habrá alcanzado un grado de civilización bastante avanzado, tal y como atestiguan los grandes recintos de piedra y ladrillos, los palacios con tejados de teja, las joyas de oro y plata halladas

[2] Ver, por ejemplo, M. Gimbutas: *Bronze Age Cultures in Central and Eastern Europe*, La Haya, 1965; V. G. Childe: *The Dawn of European Civilization*, London, 1957; P. Bosch-Gimpera: *Les Indo-Européens: problèmes archéologiques*, París, 1961.

[3] J. L. Caskey: CAH (3), I, 2, pp. 786/788 y II, 1, pp. 135/140. Ver M. I. Finley: *Early Greece: The Bronze and Archaic Ages*, London, 1970 (trad. franc. *Les Premiers Temps de la Grèce*, París, 1980, pp. 25/34). (Hay traducción castellana, Grijalbo, Barcelona, 1984).

en Lerna, Tirinto y Asine, ciudades fortificadas del Golfo de Nauplia. En una fecha que podría fijarse entre el 2100 y el 2000 estos palacios fueron incendiados, los muros destruidos y a las bellas casas le sucederán pequeños habitáculos provistos de pórtico y ábside, junto con una nueva cerámica que irá a reemplazar las «salseras» típicas del Heládico Antiguo. Hacia el 1900 una nueva ola de invasores, esta vez pacífica, inaugurará el Heládico Medio (1900-1600), caracterizado por la cerámica «miniana», probablemente de origen anatolio, por nuevos tipos arquitectónicos y por tumbas de fosa. Esta cultura se extenderá rápidamente al conjunto del Peloponeso y la Grecia Central y se prolongará, sin cambios notables, y en el Heládico Reciente I (1600-1450), primera fase de la época micénica. Pero, a partir del desciframiento genial de la escritura micénica por parte de Michael Ventris en 1953, escritura descubierta en las tablillas halladas en Pilos, Micenas y Cnosos —llamada lineal B— ya sabemos que los micénicos —o más bien los aqueos— hablaban una lengua indoeuropea que no es otra que el griego en su forma más arcaica [4].

En esta misma época se difundió en Creta la maravillosa civilización minoica. Esta gran isla, situada a medio camino entre Egipto y Anatolia, debía a este último país algunos de sus elementos culturales, sobre todo la doble hacha y el culto del toro probablemente de origen anatolio, pero basta con mirar los magníficos frescos del palacio de Cnosos para comprender que Creta supo fundir todos estos préstamos en una cultura extremadamente original. Y es que además, como es evidente, se trataba de un país de marinos, acostumbrados desde hacía mucho tiempo a surcar los mares. En la época del apogeo minoico (1580-1450) sus navíos dominaban todo el Mediterráneo oriental, exportando hasta Egipto y Siria los productos de lujo fabricados en los talleres cretenses. Se sabe además que durante el siglo XV Creta se vió devastada por un cataclismo sin precedentes —quizás la erupción del volcán de la isla de Tera [5]— y luego fue conquistada por los aqueos. Estos últimos renovaron por su cuenta la talasocracia minoica y ocuparon algunas ciudades de la Anatolia occidental, de la que habían partido cinco o seis siglos antes. Son probablemente esos pueblos que los textos hititas denominan *Ahhiyawa* [6].

Mientras que los aqueos y los guerreros del hacha invadían Europa, otro grupo de indoeuropeos —los antepasados de los escitas y los sármatas— penetraba en Siberia hasta el Yenissei y en el macizo altaico. En los alrededores del 1900 un cuarto grupo dejaba las riberas

---

[4] M. G. F. Ventris y J. Chadwick: *Documents in Myceanaean Greek,* Cambridge, 1956; J. Chadwick: *The Deciphrement of Linear B,* Cambridge, 1958 y CAH (3), II, 1, pp. 609/617) (Hay traducción castellana del libro de Cahdwick: *El enigma micénico,* Taurus, Madrid).

[5] S. Marinatos: «The volcanic destruction of Minoan Crete», *Antiquity,* 13, 1939, pp. 425/439; *Excavations at Thera,* Atenas, 1968-1969, 2 vols.

[6] Buen resumen del problema de los «Ahhijawa» en O. R. Gurney: *The Hittites,* Hardmondsworth, 1980, pp. 48/60.

del Volga, rodeaba el Mar Caspio por el norte y por el este y pasaba un cierto tiempo en la llanura de Gurgan, entre Teherán y Meshed (yacimiento de Tepe Hissar y Tureng Tepe). A partir de ahí se ha intentado seguir las huellas de estos indoarios, basándose en determinados indicios arqueológicos [7]. Expulsados del Gurgan por los nómadas de la Transcaspiana, se habrían dividido en dos ramas. La primera de ellas se habría dirigido hacia el oeste, y luego hacia el sur, habiéndose encontrado con los hurritas en los alrededores de Tepe Giyan, en el Irán occidental, habiendo vivido en «simbiosis» con ellos. La otra rama habría partido hacia el este, ya fuese a través del Irán, o bien, tras establecerse en las montañas que separan este país del Turkmenistán soviético, habría llegado al valle del Indo por Afganistán. Según una teoría ya clásica desde hace algún tiempo [8] habrían puesto fin brutalmente a la brillante civilización del Indo, destruyendo hacia el 1550 la brillante cultura de Harappa que ocupaba todo este valle (el país de Meluhha de los textos cuneiformes), con sus grandes ciudades de avenidas rectilíneas, con sus confortables casas de ladrillos crudos, con su bella cerámica pintada y con sus sellos, que llevan una escritura todavía no descifrada. Pero recientemente otras hipótesis se han ido formulando para explicar el desastre que sumió al Valle del Indo en la casi total oscuridad durante muchos siglos. Para algunos autores se habría tratado de una gigantesca inundación [9], mientras que otros piensan más bien en una invasión de las tribus calcolíticas de la India central y meridional, que habría ocurrido hacia el 1750 [10]. Lo que es indudable es que los indoarios penetraron en la India en el curso del segundo milenio, sin que se sepa muy bien ni cómo ni cuándo, y que introdujeron el sánscrito. El *Rigveda* parece haber conservado algún recuerdo de esa gloriosa época [11].

Anatolia y los hititas

La península de Anatolia —Asia Menor, como se decía antaño— es básicamente una penillanura rodeada por sistemas montañosos que se funden en el este en el macizo de Armenia. Ampliamente abierta sobre el Mar Egeo por su costa occidental, y cerrada por el Bósforo

---

[7] R. Ghirsham: *L'Iran et la Migration des Indo-Aryens et des Iraniens,* Leiden, 1977.

[8] Sir Morthimer Wheeler; «The Indus Civilization» en CAH (2) (Supplementary Volume), Cambridge, 1960; *Civilization of the Indus Valley and Beyond,* London, 1966.

[9] G. F. Dales: «Civilization and floods in the Indus Valley», *Expedition,* 7, 1965, pp. 10/19; «The decline of the Harappans», *Scientific American,* 214, 1966, pp. 92/100; R. L. Raikes: «The End of the ancient cities of the Indus», *American Anthropologist,* 66, 1964, pp. 284/299.

[10] J. E. Van Lohuisen de Leeuw: *De Protohistorische Culturen van Vorindieë en hun Datering,* Amsterdam, 1960; J. P. Agrawal y S. Kusumgar: *Prehistoric Chronology and Radio-carbon Dating in India,* London, 1974.

[11] S. Piggot: *Prehistoric India,* Hardmondsworth, 1950, pp. 244/288.

y los Dardanelos, pasajes marítimos fáciles de franquear, forma un puente largo y compacto entre Europa y el continente asiático, pero no se comunica con este último más que mediante unos valles, por lo general muy estrechos. Se nos aparece como un mundo aparte, muy poco permeable a las influencias extranjeras. Es un país con un clima muy duro en sus tierras interiores y suave en sus costas, y de variados paisajes: llanuras áridas o fértiles, recorridas por ríos y riachuelos y llenas de lagos, estepas propicias para la cría del ganado, montañas peladas o boscosas, normalmente cubiertas de nieve. Es también una de las regiones más inestables del globo, por hallarse sometida a erupciones volcánicas y a mortales terremotos. Pero esta maldición constituyó precisamente la fuente de su riqueza, porque durante toda la Antigüedad los anatolios no cesaron de explotar sus rocas eruptivas y de exportar su obsidiana, su cobre, su plata, su plomo y por último su hierro, tanto a todo el Próximo Oriente como a los países egeos.

La investigación arqueológica de Anatolia, inaugurada de un modo espectacular por el descubrimiento de Troya (Schliemann, 1870) y durante mucho tiempo limitada a unos pocos yacimientos importantes, no ha cesado de desarrollarse a partir de la Segunda Guerra Mundial, mediante la multiplicación de las excavaciones europeas y americanas y con la entrada en liza de investigadores turcos muy competentes. En la actualidad ya ha permitido establecer una larga secuencia cultural que va desde el paleolítico inferior al alba de la Historia, y de la que nos limitaremos a destacar sus grandes líneas [12].

En el estado actual de nuestros conocimientos parece ser que estas culturas se desarrollaron primero en la llanura de Cilicia Mersin, Tarso), así como el interior de una ancha banda de 100 a 150 kms., paralela a la costa sur.

El más notable de estos yacimientos neolíticos (7000-5400) es Catal Hüyük, en la región de Konya, auténtica ciudad fuertemente caracterizada por sus casas, unidas entre sí, y únicamente accesibles desde el tejado, que posee la forma de una terraza, y así como por sus santuarios con sus altares de cuernos, y por sus muros adornados con frescos y cabezas de toro, y por sus estatuillas de arcilla de la diosa madre sentada, exuberante, entre dos leones [13]. Durante el período calcolítico (5400-3500) otras aglomeraciones aparecen en el valle del Meandro (Beycesultán) y sobre las riberas del Bósforo, mientras que la llanura central comienza a poblarse. La cerámica marrón o negra, hecha a mano, que hasta entonces era la predominante, va siendo reemplazada por cerámica pintada, algunas de las cuales se inspiran en las

---

[12] Seton Lloyd: *Early Highland Peoples of Anatolia,* London, 1976; J. Mellaart: CAH (3), I, 2, pp. 363/703; K. Bittel: *Les Hittites,* París 1976; U. B. Alkim: *Anatolie,* I, Ginebra-París 1968, (Hay traducción castellana, Edit. Juventud, Barcelona); E. Akurgal: *L'Anatolie des premiers empires,* Genève, 1966, pp. 11/35.

[13] J. Mellaart: *Earliest Civilizations of the Near East,* London, 1965; *Catal Hüyük: a Neolithic Town in Anatolia,* London, 1967; *The Neolithic of the Near East,* London, 1975, pp. 98/111.

cerámicas de Halaf y El Ubaid, que llegadas a través de Siria del Norte, penetran en Cilicia.

La Edad de Bronce comienza aquí hacia el 3500 y las dos primeras fases del Bronce Antiguo se hallan marcadas por una vuelta progresiva a las cerámicas monócromas rojas y negras, cuidadosamente pulidas, y ahora hechas a torno, cuyas elegantes formas (copas trípodes, jarras con un largo pico, cuencos de grandes asas) parecen imitar prototipos metálicos.

En el Noroeste y la Anatolia Central, se elevan ciudades fortificadas cuyas casas con muros de ladrillo crudo reforzadas con un entramado de madera, descansan sobre cimientos de piedra. Muchas de estas ciudades son ricas capitales, a juzgar por el famoso «tesoro de Príamo» descubierto por Schliemann en la segunda ciudad de Troya y por los magníficos vasos, figurillas, joyas y «estandartes» de bronce, plata y oro que nos han proporcionado las tumbas de Dorak y Alaca Hüyük [14]. En el Suroeste, el gran yacimiento de Beycesultán conserva, en sus santuarios la tradición del altar de cuernos. En el Este y en el Noreste, regiones todavía muy poco pobladas, predomina una cerámica negra por el exterior y roja en el interior, hecha a mano y probablemente originaria del Cáucaso, que llegará por Siria hasta Palestina (cerámica llamada de «Khirbet Kerak»).

De repente, a finales del Bronce Antiguo II (hacia el 2200) una catástrofe sin precedentes se abate sobre la Anatolia occidental y meridional, Troya II, Beycesultán, Tarso y todas las ciudades de la llanura de Konya son incendiadas, amplias zonas retroceden de nuevo hacia el nomadismo. La tormenta parece provenir de los Balcanes, ya que Tracia también es saqueada y el transcurso de los acontecimientos hace pensar que debió ser obra de los luwitas, pueblo indoeuropeo emparentado con los hititas que en el segundo milenio se encuentra en el sur de Anatolia [15].

Mientras que el Sur y Oeste se recuperan lentamente del desastre, Anatolia central continúa su evolución. Hacia el 2200 una nueva cultura aparecerá, caracterizada por una cerámica de formas similares a las precedentes, pero pintada con trazos geométricos, marrones, negruzcos o rojos y luego bicolor, sobre fondo claro, así como por curiosos ídolos de alabastro en forma de discos planos, de los que salen largos cuellos que llevan cabezas triangulares muy estilizadas. Se le llama cerámica e ídolos capadocios porque su centro de difusión se sitúa en la región que los griegos llamaron más tarde Capadocia, al sur del Kizilirmak Halis cuya metrópoli es Kültepe cerca de Kayseri. La cultura capadocia se extendió, partiendo de esta región, hasta las ciudades situadas en el gran círculo de Kizilirmak (Alisar, Boghazköy, Alaca Hüyük) y hacia el sur, hasta Zencirli más allá del

[14] Seton Lloyd: *Op. cit.*, pp. 20/35.

[15] J. Mellaart: «The end of the Earley Bronze Age in Anatolia and the Aegean», AJA, 62, 1958, pp. 9/33; CAH (3), I, 2, pp. 406/410.

Tauro. Toda esta zona, aparentemente muy próspera, se hallaba dividida en una docena de reinos habitados por pueblos autóctonos, mezclados con algunos hurritas y semitas, y por primera vez conocemos el nombre de algunas ciudades y de algunos soberanos, ya que a comienzos del segundo milenio Anatolia entrará por fin en la Historia, gracias a los asirios.

En realidad, hacía ya mucho tiempo que la Siria del Norte y Mesopotamia, vecinos inmediatos de Anatolia, ya estaban en relaciones comerciales con ella. Un texto de Teil Mardiks cita a Kanesh (Kültepe) entre los diecisiete países que están «en la mano del rey de Ebla [16]», y ya hemos visto que quizás Sargón de Acad haya ido a socorrer a sus mercaderes hasta Purushanda (ciudad no identificada). Pero todas estas informaciones son escasísimas, comparadas con las que nos proporcionaron los centenares de tablillas escritas en acadio y descubiertas en el curso de las excavaciones de Boghazköy (Hattusha), de Alisar (Ankuwa) y sobre todo de Kültepe: se trata de los archivos de las colonias de comerciantes asirios instalados en Anatolia entre los siglos XX y XVIII [17]. Se deduce a partir de estos archivos que durante este período los asirios compraban regularmente a los anatolios lana y enormes cantidades de cobre, y les vendían estaño *(annakum),* así como tejidos finos, siendo efectuados los pagos en plata. El estaño —muy buscado porque aleado con el cobre hace el bronce más sólido— era muy escaso en Anatolia e inexistente en Mesopotamia; debemos creer pues que los propios asirios lo importaron del Este, del Irán o del Beluchistán [18], pero como su valor de mercado en Anatolia era siete veces mayor que el del cobre, se calcula que su beneficio debió ser como mínimo del 50 por 100. El capital necesario para el desarrollo de este fructífero comercio era proporcionado, en su mayor parte, por los miembros de las ricas familias de Asur, frecuentemente agrupadas en sociedades anónimas. Las caravanas organizadas y financiadas por los *tamkâru* transportaban las mercancías durante unos mil quinientos kilómetros. Las transacciones eran efectuadas en Anatolia por otros *tamkâru* a partir de una red de factorías asirias *(kâru)* repartidas entre una quincena de ciudades y por las agencias secundarias que dependían de ellas. Todas estas factorías dependen del *kârum Kanesh,* instalado en la ciudad baja de Kültepe, al pie de la ciudadela que protege el palacio del rey local. Sus miembros, prácticamente todos ellos asirios, seguían siendo súbditos del rey de

---

[16] G. Pettinato: *Ebla, un Impero inciso nell'Argilla,* Milán, 1979, p. 123.

[17] Sobre este tema ver P. Garelli: *Les Assyriens en Cappadoce,* París, 1963; «Marchands et *tamkaru* assyriens en Cappadoce», *Iraq,* 39, 1977, pp. 99/107; L. L. Orlin: *Assyrian Colonies in Cappadocia,* La Haya, 1970; K. R. Veenhof: *Aspects of Old Assyrian Trade and its Terminology,* Leiden, 1972; artículo «Kanis karum», RLA, V, pp. 369/378; M. T. Larsen: *The Old-Assyrian City-State and its Colonies,* Copenhague, 1976; «Partnership in the Old Assyrian trade», *Iraq,* 39, 1977, pp. 119/145.

[18] R. Maddin, T. S. Wheeler y J. D. Mulhy: «Tin in the ancient Near East», *Expedition,* 19, 1977, pp. 35/47.

Asiria, pero vivían permanentemente en Anatolia con su mujer, sus hijos menores y sus criados formando auténticas colonias. Las actividades comerciales del *kârum Kanesh* estaban dirigidas por un organismo administrativo que era a la vez un banco, una cámara de comercio y un consulado, el *bît kârim,* que tenía su asamblea, su representante, su secretario y sus agregados de embajada. Mediante la observancia de algunas reglas muy simples y el pago de tasas a las autoridades locales, las relaciones entre los asirios y los anatolios fueron por lo general excelentes; el «bakchiche» estaba allí para solucionar los pequeños problemas [19].

Este curioso sistema, extremadamente eficaz, parece haber sido fundado hacia 1950 por uno de los primeros reyes de la Dinastía de Puzur-Ashur. Alrededor de un siglo más tarde, el *kârum Kanesh* será abandonado, y no volverá a funcionar más que bajo el reinado de Shamshi-Adad I, y sólo durante algunos años. Se ha atribuido este hiato a la invasión de los hititas, pero la presencia en los textos de Kültepe de nombres hititas entre los nombres *hatticos* de la población demuestra que éstos ya habían penetrado en Anatolia durante el siglo XX.

La palabra «hitita», tomada en la más amplia de sus aceptaciones, abarca tres pueblos que hablaban lenguas indoeuropeas muy semejantes entre sí, y a los que la literatura hitita de la época clásica llama *luwili* (luwita), *palaumnili* (palaíta) y *nashili* (nesita, literalmente «lengua de Nesha»). Como hemos visto, los luwitas debieron irrumpir probablemente en Anatolia hacia el 3200, llegando del Oeste, mientras que los otros dos pueblos llegarían dos o tres siglos más tarde viniendo desde el Este y por el Cáucaso [20]. Los palaítas —de los que no sabemos casi nada—, se asentaron en Anatolia oriental en la región de Sivas, mientras que los nesitas se instalarían en Capadocia, creyéndose que Nesha es el nombre que dieron a Kanesh. Más tarde, cuando conquistaron los territorios situados en el arco de Kizilirmak, región que los autóctonos llamaban *Hatti,* sus soberanos tomarían el título de «rey de Hatti» y será bajo este nombre como los mesopotamiso designen a ese reino y a sus habitantes. El nombre moderno «hitita» deriva de esos «hijos de Heth» que, según la Biblia, habrían habitado las alturas de Canaán en tiempos de Abraham y en el momento de la conquista israelita [21].

Los luwitas inventaron su propia escritura, el «hitita jeroglífico», del que volveremos a hablar (capítulo 17). Los hititas utilizaron para expresar su propia lengua la escritura cuneiforme, tomada no de los

---

[19] K. R. Veenhof: «The Old Assyrian merchants and their reltionship with the native population of Anatolia», en H. J. Nissen y J. Renger (Ed.): *Mesopotamien und seine Nachbarn,* Berlín, 1982, I, pp. 147/160.

[20] J. Mellaart: CAH (3), I, 2, p. 703.

[21] Acerca de la mención de los hititas en la Biblia, ver R. de Vaux *Histoire ancienne d'Israel,* París, 1979, pp. 131/133 y O. R. Gurney: *The Hittites,* pp. 60/64.

asirios, sino de los sirios del Norte. La mayor parte de los textos hititas que están en nuestro poder no se remontan más que hasta el siglo XIV, pero algunos de ellos hacen alusión a acontecimientos mucho más antiguos. Sobre todo uno de ellos habla de la conquista de los cinco reinos de la Anatolia central —a saber, Purushanda, Zalpa (¿Alaca Hüyük?), Hattusha (Boghazköy) y Nesha (Kanesh)— por un tal Pithana, rey de Kussara (ciudad no identificada), y por su hijo Anitta. Esta narración no tiene nada de mítico, ya que los nombres de estos dos soberanos aparecen en los textos asirios de Kültepe, y ya que un puñal grabado con el nombre de Anitta ha sido hallado en la acrópolis de esta ciudad, aunque la fecha de su conquista siga siendo todavía problemática. También se ignora si hubo algún lazo familiar entre estos dos príncipes y el rey Labarnas I, del que otro texto dice que «venció a todos sus enemigos e hizo del mar su frontera», y al que la tradición muestra como fundador del antiguo Imperio hitita (1680-1500), primera fase de un largo período de expansión y de gloria para el «pueblo nuevo» que acababa de entrar en el Próximo Oriente.

LOS HURRITAS Y LOS MITANIOS

No se puede otorgar este calificativo a los hurritas *(Hurri),* porque forman parte de los sustratos étnicos más antiguos de Mesopotamia, pero el papel político fundamental que van a representar en la segunda mitad del segundo milenio justificará el que se los examine más detenidamente. Digamos ante todo que, a pesar de los estudios de que han sido objeto desde hace algún tiempo, siguen siendo todavía muy mal conocidos, y en la actualidad plantean algunos difíciles problemas [22].

Los textos cuneiformes en lengua hurrita hallados en la Siria del Norte Alalah, Ugarit y Meskene, en Mesopotamia (Mari) y en Anatolia (Boghazköy) son relativamente escasos. La mayor parte de ellos tratan acerca de los rituales, los encatamientos, o son textos adivinatorios llenos de términos oscuros, y el único que presenta un cierto interés histórico —una larga carta de Tushratta, rey de Mitani, al faraón Tutmosis III, descubierta en Tell- el- Amarna, en Egipto—, se halla redactado en una jerga prácticamente incomprensible. Algunas palabras hurritas en los textos hititas, un fragmento de una traducción de la *Epopeya de Gilgamesh* y un vocabulario sumerio-hurrita

---

[22] Sobre los hurritas en general: I. J. Gelb: *Hurrians and Subarians,* Chicago, 1944; G. Contenau: *La Civilisation des Hittites et des Hurrites du Mitanni,* París, 1948, 2.ª ed.; F. Imparati: *I Hurriti,* Florencia, 1964; G. Wilhelm: *Grundzüge der Geschichte und Kultur der Hurriter,* Darmstadt, 1982. Muchas de las comunicaciones presentadas a la XXIV Rencontre asyriologique internationale, 1977, consagrada a los hurritas, han sido publicadas en RHA, 36, 1978.

completan esta documentación, de la que la mayor parte se va escalonando a lo largo de los siglos XV al XII [23].

Para poder reconstruir la historia de este pueblo habrá pues que basarse en los textos mesopotámicos, hititas y egipcios y sobre ese instrumento tan imperfecto [24] que es el estudio de los nombres de personas, la onomástica, de una determinada ciudad o región. El hurrita es una lengua aglutinante emparentada con las lenguas del Cáucaso, así como con la lengua hablada en Uratu (Armenia) en el primer milenio [25]. Esto unido al hecho de que los grandes dioses hurritas —sobre todo Teshup, dios de las cumbres y de las tormentas, quizás su paredro Hepat y el dios-sol Shimegi— se encuentren también entre los urarteos bajo nombres ligeramente diferentes, indica que el centro de dispersión de los hurritas debió haber sido probablemente la llanura armenia. Hacia mediados del tercer milenio se los encuentran en Siria del Norte y en la Alta Mesopotamia. Dos de los meses del calendario de Ebla llevan nombres de dos dioses hurritas [26], y ya hemos indicado la aparición en una inscripción en acadio del hurrita Arisen, «rey de Urkish y de Nawar», es decir del alto Khabur y del alto Tigris. Uno de los depósitos de la fundación con el nombre de Tishatal, rey de Urkish, que proviene del Iraq y se data también en el período de Acad, constituye la más antigua inscripción en lengua hurrita conocida hasta la actualidad [27]. En la época de Ur III ya habíamos visto a Shulgi llevar a cabo una campaña en el Kurdistán iraquí contra una serie de príncipes en su mayor parte hurritas. En el siglo XVIII las cartas de Mari nos permiten elaborar un listado de diecinueve pequeños reinos hurritas repartidos por todo el extremo norte de Mesopotamia, entre el Jebel Sinjar y los contrafuertes del Tauro [28], mientras que los textos de Alalah nos muestran la existencia de una docena de ciudades nordsirias gobernadas por los hurritas [29]. Estos últimos también son muy numerosos en el Noreste de Iraq (Shimshara, Tell el-Rimah), y en Mari, al servicio de Zimri-Lim, así como en Capadocia [30], y también se les puede encontrar individual y aisladamente en Babilonia (Dilbat, Tell ed-Dêr). El nom-

[23] V. Haas, H. J. Tiele y otros: *Das hurritologische Archiv,* Berlín, 1975; D. O. Edzard y A. Kammenhuber, artículo «Hurriter, hurritisch», en RLA, IV, pp. 507/514.

[24] Ver las muy pertinentes críticas de J. N. Durand en *Méthologie et Critiques I: Problèmes concernant les Hurrites,* París, CNRS, *Mémoires,* 1977, pp. 33/35.

[25] I. M. Diakonoff: *Hurrisch und Urartaish,* Munich, 1971; M. Salvini: «Hourrite et urartéen», RHA, 36, 1978, pp. 157/172. Estas dos lenguas probablemente derivan de un prototipo común.

[26] G. Pettinato: *Ebla,* pp. 141/142 y 272.

[27] A. Parrot y J. Nougayrol: «Un document de fondation hurrite», RA, 42, 1948, pp. 1/20.

[28] J. R. Kupper; «Les Hourrites à Mari», RHA, 36, 1978, pp. 117/128.

[29] M. Astour; «Les Hourrites en Syrie du Nord», RHA, 36, 1978, pp. 1/22. Alalah es Tell Atshana en la llanura del Amuq. Excavaciones británicas en 1937-1939 y 1946-1949. Ver Sir Leonard Woolley: *Alalakh,* London, 1955; *A Forgotten Kingdom,* London, 1959.

[30] P. Garelli: *Les Assyriens en Cappadoce,* pp. 155/158.

bre el gran dios de Eshnunna, Tishpak (Teshup), por una parte y la presencia de hogares religiosos hurritas en Kizzuwatna (Cilicia Oriental) y en el reino hitita, por otra parte, señalan los puntos máximos de la influencia espiritual de este pueblo, mientras que la existencia de divinidades sumero-acadias en el seno del panteón hurrita muestra del mismo modo que su contacto con los mesopotamios fue íntimo y prolongado.

Otra prueba más de la existencia de este contacto la constituye la adopción por parte de los hurritas de la escritura cuneiforme y de la lengua acadia, quedando su propio lenguaje reservado únicamente para los textos de carácter religioso. Así es como las casi cuatro mil tablillas descubiertas en Nuzi, ciudad del reino hurrita de Arrapha (Kirkuk), vasallo de Mitani y poblado casi únicamente por hurritas, están todas ellas redactadas en babilonio. Pero son los únicos textos que nos informan acerca de las instituciones hurritas, al menos en esta región. Nos muestran a las «gentes del palacio», a los campesinos y a los artesanos trabajando para el rey y pagados mediante el sistema de raciones, al igual que en la época de Ur III, junto a los ricos y poderosos que adquieren sus dominios haciéndose adoptar por sus propietarios, mediante un regalo —curioso modo de tergiversar las leyes que regulaban la venta de las tierras y las herencias—. El tribunal de la ciudad tenía mucho que hacer con las exacciones de estas gentes, y los crímenes más graves únicamente eran castigados mediante multas. La mujer ocupó en Nuzi una posición privilegiada y disfrutaba de una amplia gama de derechos[31].

A partir del año 1600 todos los pequeños principados hurritas de la Alta Mesopotamia y de la Siria del Norte se fusionarán progresivamente para constituir un único gran reino, al que los textos llaman de Mitani, y cuyo centro se situará en el Hanigalbat, entre el Tigris y el Éufrates. Durante mucho tiempo se creyó que este reino había sido fundado por los indo-arios (los llamados «mitanios»), que habrían penetrado en Mesopotamia durante esta época, y que habrían introducido el caballo y el carro de combate, imponiéndoles a los hurritas su aristocracia guerrera. Esta idea se basaba sobre argumentos muy escasos, pero que parecían muy convincentes: algunos de los nombres de los reyes de Mitani, como Artatama, Parshashatar o Tushratta, y la palabra *marianni,* que designa a los jóvenes nobles que van

---

[31] La antigua Gasur, rebautizada Nuzi por los hurritas es Yorgan Tepe, a unos 13 kilómetros al suroeste de Kirkuk. Excavaciones americanas de 1925 a 1931; R. F. S. Starr; *Nuzi: Report on the Excavations at Yorgan Tepe, near Kirkuk,* Cambridge, Mass, 1937-1939, 2 vols. Ver: AM, I, pp. 394/400. Referencias de los textos de Nuzi en M. Dietrich O. Loretz y W. Mayer: *Nuzi, Bibliographie,* Neukirchen-Vluyn, 1972. Resumen de las instituciones por M. S. Drower: CAH (3), II, 1, pp. 502/506 y por P. Garelli: POA, I, pp. 149/150. Acerca del sistema de adopción ver E. Cassin; *l'Adoption à Nuzi,* París, 1938. Recopilación de estudios recientes: M. A. Morrison y D. I. Owen (Ed.): *Studies on the Civilization and Culture of Nuzi and the Hurrians,* Winona Lake, Ind, 1981.

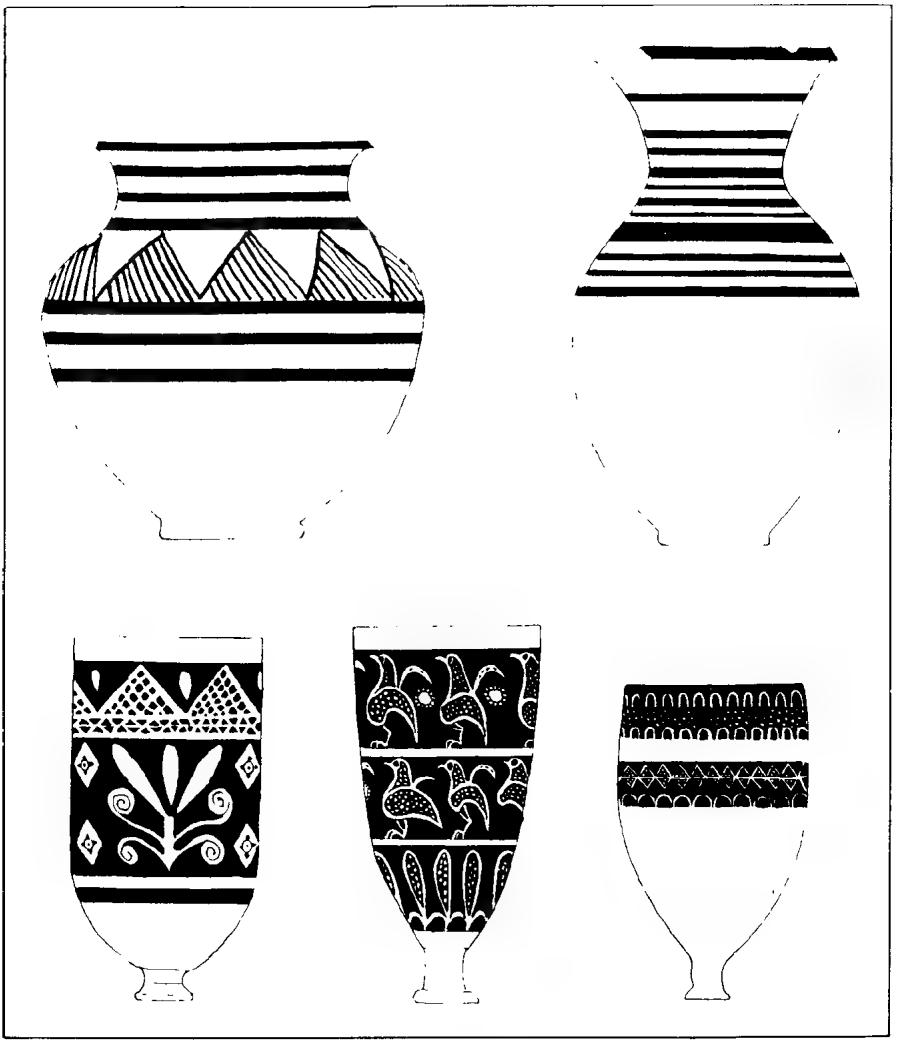


Ilustración 15.ª: *Cerámica llamada «de Khabur» (siglo XVI antes de J.C.) arriba, proviniente de Chagar Bazar, y cerámica llamada de Nuzi (siglo XV antes de J.C.), abajo, proviniente de Alalah y Nuzi.*
M. E. L. Mallowan, Iraq, 3, 1936 y *Sir Leonard Woolley,* A forgotten Kingdom, 1953.

a la cabeza de los escuadrones de carros ligeros, parecen ser de origen indo-ario. En el tratado que el rey mitanio Mattiwaza firmó con el rey hittita Suppiluliumas, invoca, junto a los dioses hurritas, a los dioses védicos Mitra, Uruwa *(Varuna),* Indar *(Indra)* y los Nassatiyana (los *Nasatiyas*). Y por último una obra hitita sobre la doma del caballo, atribuida al hurrita Kikkuli, contiene algunos términos arios, so-

bre todo el número de giros que debe realizar el animal (por ejemplo *penta vartana,* «cinco giros»). Esta teoría de la «invasión aria» fue sin embargo duramente combatida hace algunos años [32], sosteniendo que estos nombres reales no son más que «títulos honoríficos» y que esas palabras únicamente son «fósiles», pero los más severos críticos tuvieron que admitir que por lo menos en un determinado momento y en alguna parte debió haber contactos entre un grupo de hurritas y los indo-arios. Por lo que al caballo y al carro de guerra se refiere, es sabido que ya eran conocidos desde hacía algún tiempo en el Próximo Oriente, aunque eran muy poco utilizados. Fue perfeccionando la cría y la doma de los caballos y mejorando el carro de dos ruedas como los hurri-mitanios crean un nuevo ejército de carácter temible y cuyas técnicas serían utilizadas en todos los campos de batalla orientales a partir del siglo XV antes de nuestra Era [33]. En ello consistió sin duda alguna la única contribución de los indo-arios a la civilización mesopotámica.

¿Tuvieron los hurritas un arte propio? Poco después del 1600 aparecerá en toda la Alta Mesopotamia y la Siria del Norte una cerámica beige adornada con bandas y con motivos geométricos rojos y negros: la llamada cerámica de Khabur, pero es muy poco probable que haya sido introducida por los hurritas, ya que desapareció tan pronto como alcanzaron el apogeo de su poder. Un siglo más tarde se hallarán en torno a Mosul y Kirkuk, pero también en Tell Brak y en la Siria del Norte (sobre todo en Alalah) elegantes jarrones de base estrecha y paredes finas, decorados con flores y aves, pintadas en blanco sobre fondo negro. Esta «cerámica de Nuzi», quizás inspirada en modelos iraníes, parece ser más propia de los hurritas [34]. En lo que a la glíptica y a la escultura se refiere, ambas se inscriben en un contexto cultural en el que se entrecruzan las tradiciones mesopotámicas, anatolias y sirias, y no hay ningún criterio que permita atribuir con seguridad a los hurritas tal o cual estatua, o tal o cual cilindro-sello lo que no quiere decir que no hubiesen realizado obras de arte [35].

Siria-Palestina y Egipto

La larga banda de tierras cultivables que se extiende a lo largo del Mediterráneo desde Alejandreta hasta Gaza, se halla dividida en dos partes perfectamente delimitadas por una línea que se corresponde

---

[32] A. Kammenhuber: *Die Arier im vorderen Orient,* Heildelberg, 1968. Ver I. M. Diakonoff, *Orientalia,* 41, 1972, pp. 91/120.

[33] Acerca del caballo en el Próximo Oriente ver: A. Salonen: *Hippologica Accadica,* Helsinki, 1956; A. Kammenhuber, *Hippologica Hethitica,* Wiesbaden, 1961; J. A. H. Potratz: *Die Pferdestrensen des alten Orients,* Roma, 1966. Buen resumen de la cuestión en F. Imparati: *I Hurriti,* pp. 137/149.

[34] S. N. Cecchini: *La ceramica di Nuzi,* Roma, 1965.

[35] M. Th. Barrelet: «La "cas hurrite" et l'archéologie», RHA, 36, 1978, pp. 22/34. Ver M. J. Mellink, artículo «Hurriter, Kunst», RLA, IV, pp. 515/519.

aproximadamente con las fronteras líbano-israelí y siro-jordana actuales: al norte Siria y al sur Palestina [36]. La costa líbano-siria, rocosa y quebrada por numerosas bahías y calas que constituyen puertos naturales, se halla bordeada por una cadena montañosa discontinua (Amanus, Jebel Akra, Jebel Ansarieh y Líbano), antaño muy boscosa, cuyas altitudes varían entre los 1.400 y los 3.000 metros. Orientada hacia el oeste, está hecha para recibir a los barcos llegados de Egipto, Chipre, Creta y Grecia. Tras estas montañas tenemos grandes valles (valle del Orontes, llanura de la Beqa'a) que desembocan al norte en una gran llanura ligeramente ondulada que se extiende hasta los primeros contrafuertes del Tauro y la gran curva del Éufrates, dando acceso a Anatolia y sobre todo abriéndose ampliamente, a través de este gran río, a la civilización sumero-acadia. Por el contrario, Palestina se halla separada de Mesopotamia por un inmenso desierto y de Egipto por la Península del Sinaí. El Jordán y el Mar Muerto ocupan el fondo de una profunda falla en la que se hunden al este las altas llanuras de la Transjordania y al oeste las pedregosas y fragmentadas alturas de Galilea y Judea. Al sur del Carmelo la costa palestina es baja, rectilínea y se halla desprovista de abrigos para los navíos de antaño. Palestina rodeada por el sur y por el este de nómadas actuará durante mucho tiempo como un *cul-de-sac* en el que confluirán los influjos culturales llegados exclusivamente del norte.

Los archivos reales de Ebla han disipado todas las incertidumbres en lo que a la población de esta parte del Próximo Oriente en el tercer milenio se refiere: en todas partes predominan los semitas, incluso aunque la onomástica y la toponimia permitan detectar hurritas al norte y por todas partes elementos étnicos dispersos e indeterminados, probablemente muy antiguos. Los nombres de las ciudades que ha aparecido sobre estas tablillas —Carquemish, Ugarit, Alalah, Hama, Emissa Homs, Guglu (Biblos), Dimashqí (Damasco), Meggido, LaKish, Ashdod, Hazor, Urusalim (Jerusalem)—, ya serán los que nos proporcionarán los textos más tardíos. No puede decirse nada a favor o en contra de que estos «proto-cananeos» estuviesen o no allí desde hacía muchos siglos o que por el contrario fuesen unos recién llegados, de no se sabe dónde, entre el 3500 y el 3000. Las excavaciones han puesto de manifiesto que la mayor parte de estas ciudades derivan de aldeas fundadas en los quinto y cuarto milenios, y a veces incluso en la época neolítica.

[36] ¿Hay que aclarar que los nombres de «Siria» y «Palestina» no poseen connotación política alguna? En este contexto «Siria» abarca el Líbano y la provincia turca de Hatay, «Palestina» abarca el Estado de Israel, Cisjordania y una parte de Jordania. Principales obras para esta época: Siria - H. Klengel: *Geschichte Syriens im 2 Jahrtausend v. u. Z.*, Berlin, 1965-1970, 3 vols; *geschichte und Kultur Altsyriens*, 2.ª ed. Viena-Munich, 1980. Palestina - R. de Vaux: *Histoire ancienne d'Israël des origines à l'installation en Canaan*, París, 1971. Egipto. A. Gardiner: *Egypt of the Pharaons*, oxford, 1961 y E. Drioton y J. Vandier; *L'Egypte*, París, 1975, 5.ª ed. (Hay traducción castellana: *Historia de Egipto*, EUDEBA, Buenos Aires).

Hasta el momento la Siria de la primera mitad del tercer milenio no está documentada más que por los sondeos estratigráficos efectuados en Hama [37] y en los tells de Amuq [38], y por los estratos más profundos de Tell Atchana (Alalah), con su sucesión de templos, por los más antiguos niveles de Tell Mardik (Ebla), que no obstante no han sido bien explorados por el momento. Sin embargo esta ciudad aparece hacia el 2400 como una gran capital construida en torno a un espléndido palacio. El poder político de los reyes de Ebla se extendía sobre toda la Siria septentrional, desde el Tauro hasta el Orontes (Hama), y desde el pie del Amanus hasta el Éufrates medio (Mari), aunque una parte de Anatolia, la Siria central y meridional y de la Alta Mesopotamia hasta el Tigris (Asur) también entraban dentro de su órbita económica. La influencia mesopotámica sobre Ebla se pone de manifiesto brillantemente en la escritura, la escultura y la glíptica [39]. A esta Siria medio unificada se opone una Palestina dividida en múltiples principados, cada uno de los cuales tiene como capital una pequeña ciudad situada sobre un promontorio rocoso. La arquitectura, el urbanismo y la calidad de la cerámica dan testimonio de la existencia de una cultura uniforme y altamente desarrollada, así como de una cierta comodidad, pero la influencia mesopotámica es prácticamente nula y la escritura es desconocida. No mantiene relaciones importantes más que con la costa libanesa, y de un modo mucho más esporádico con Egipto. Hacia el 2500, la aparición en Siria y Palestina de la cerámica negra y roja, llamada de Khirbet Kerak (yacimiento palestino) nos sugiere la llegada pacífica de un pueblo llegado de Anatolia.

Desde que el rey Narmer se había ungido con las coronas del Norte y de Sur, el Egipto del Imperio Antiguo (3100-2200) se había hecho a imagen y semejanza de sus monumentos: altivo, uniforme y aparentemente indestructible. Sometido al faraón, dios hecho hombre y cuya mera existencia ya garantiza la prosperidad del país, y sumiso a las órdenes transmitidas por toda una pirámide de nobles, gobernadores, funcionarios y capataces, vive un pueblo laborioso y tranquilo a lo largo del Nilo, cuyas crecidas regulares fertilizan el estrecho valle y el Delta. Pero si Egipto es un rico país agrícola, carece de maderas para la construcción y es muy pobre en metales. Tendrá pues que adquirir la madera en el Líbano, y a partir del 2700 aparecerán ya en Biblos [40] vasos que llevan los nombres de célebres faraones (Khasek-

---

[37] Excavaciones danesas de 1931 a 1938. Publicación definitiva: H. Ingholt y otros: *Hama, fouilles et recherches de la Fondation Carls-Berg*, Copenhagen, 1948 (todavía en curso de publicación).

[38] R. J. Braiwood: *Mounds in the Plain of Antioch* (OIP, XLVIII), Chicago, 1937; R. J. y L. Braiwood: *Excavations in the Plain of Antioch* (OIP, XLI), Chicago, 1960.

[39] P. Matthiae: *Ebla, un Impero Ritrovato*, Turín, 1977, pp. 59/113; 208/218 y 238/243.

[40] Biblos es la moderna Jebail, a unos 30 kms. al norte de Beirut. Excavaciones francesas, y luego franco-libanesas, desde 1920. Ver M. Dunand: *Fouilles de Byblos*,

hemuy, Cheops, Micerinos), dando testimonio de la existencia de lazos de amistad que lo unían con esta ciudad. Por lo que al cobre se refiere, Egipto lo extraía de las minas del Sinaí, al igual que la turquesa, y de este modo se llegaron a establecer entre él y Palestina unas relaciones muy ambiguas. En efecto, los reyezuelos palestinos exportaban su aceite y su vino a Egipto, y los obreros del Sinaí convivían con los nómadas y los «habitantes de las arenas» que frecuentaban la península, atacaban sus campamentos y robaban sus caravanas. Por ello se fueron haciendo cada vez más frecuentes las expediciones de castigo, que cada vez fueron alcanzando una mayor amplitud. Bajo Pepi I, por ejemplo (hacia el 2250) el ejército del general Weni penetró en cinco ocasiones en el propio corazón de Palestina y saqueó el país [41]. Alrededor de un siglo más tarde el poder absoluto del farón se hundiría entre las revueltas, y Egipto caerá en una larga fase de anarquía, llamada el Primer Período intermedio (2191-1911), al que no se puede dejar de suponer que en algo debieron haber contribuido los nómadas del Sinaí y los pueblos sedentarios de Palestina.

En efecto, en la misma época (2200 a 2000) violentas convulsiones sacudirán la Siria-Palestina. Todas las ciudades palestinas serán quemadas y muchas de ellas serían abandonadas, o temporalmente o para siempre. Sobre sus emplazamientos los nómadas montarán sus tiendas, construirán sus chozas y cavarán sus tumbas. Sólo la Transjordania parece haberse salvado. También pueden verse huellas de incendio en la mayor parte de los yacimientos sirios. Biblos será devastada, e interrumpirá su comercio con los egipcios, que se quejarán de ello [42]. Hacia el año 2000, Ebla, que se había recuperado de los golpes que le había propinado Narâm-Sîn, será destruida por segúnda vez en menos de tres siglos. Alalah, Hamma, Qatna también sufrirán la misma suerte. Pero estamos en el tiempo en el que los MAR.TU atacaron el reino de Ur, y este sincronismo, unido al hecho de que la mayor parte de los reyes de Siria y Palestina lleven nombres semítico-occidentales a comienzos del segundo milenio indica que estos invasores también pudieron haber sido muy probablemente los amorritas. Pero la presencia en determinados yacimientos devastados de tumbas ricas en puñales, jabalinas y otros objetos de bronce de una factura notable nos sugieren que estos amorritas debieron haber sido precedidos por guerreros provinientes del norte [43]. A título de hipótesis podríamos pensar en las poblaciones de la Anatolia meridional expulsadas por los luwitas.

París, 1939-1973, 5 vols. publicados; *Byblos et son histoire, ses ruines, sa légende*, Beirut, 3.ª ed.

[41] Inscripción de Weni (Uni): J. Breasted: *Ancient Records of Egypt*, Chicago, 1906; ANET (3), pp. 227/228.

[42] Véanse, por ejemplo, los «Consejos de Ipu-Wer», ANET (3), pp. 441/444 y las «Instrucciones para el rey Meri-La-Re», *ibíd.*, pp. 414/418.

[43] K. M. Kenyon: CAH (3), I, 2, pp. 592/594; R. de Vaux: *Histoire ancienne d'Israël*, pp. 63/69.

Sin embargo, desde el comienzo del segundo milenio Egipto volverá a recuperar su unidad, mientras Siria-Palestina comenzará a renacer lentamente de sus cenizas. Los faraones de la XII Dinastía (1991-1786) reanudarán sus relaciones con Biblos, que ahora se enriquece, construye templos adornados con pequeños obeliscos y rodea a sus reyes difuntos de un mobiliario muy lujoso, y que utiliza la escritura jeroglífica, que luego simplificará. Más al norte sobre la costa tenemos otro puerto, Ugarit (Ras Shamrah)[44], que acogerá a los mercaderes egipcios, que comprarán a los mercaderes cretenses su espléndida cerámica de Camarés. Los Amenhemet y los Sesostris tendrán embajadores permanentes en estos lugares, y llenarán de regalos (vasos, esfinges, estatuas y joyas) no sólo a los soberanos de estos dos puertos, sino también a los de la Siria adyacente, todos ellos amorritas. Ebla, reconstruida, se protegerá con una gran muralla atravesada por cuatro grandes puertas fortificadas, se dará un nuevo palacio y numerosos templos[45]. Pero ya no será la gran capital de antaño, porque hacia el 1850 el dominio de la Siria del Norte pasa a la ciudad de Alepo, esta ciudad que todavía en la actualidad domina un gran tell, cubierto por una ciudad medieval que impide todo tipo de excavación y cuya historia conocemos a través de los archivos de Alalah[46], su súbdita, y de Mari, y por escasas referencias de la literatura hitita. Con este poderoso reino de Iamhad, al que una carta de Mari dice que mandaba sobre veinte reyes[47], se enfrentarán otros reinos independientes, como los de Carquemish, Emar, Qatna, y en la Beqa'a y el portillo de Homs, una federación de reinos, compuesta por diez principados y que lleva el nombre de Amurru.

En cierto sentido Palestina participa de la civilización de la costa líbano-siria. También mantiene relaciones amistosas con Egipto, alberga a sus embajadores, recibe de ellos algunos regalos y copia sus vasos y sus escarabeos. Entre el 1800 y el 1600 conocerá un período de prosperidad sin precedentes, del que dan testimonio las grandes casas patricias, la elegante cerámica, las bellas armas de bronce y las joyas en oro que pueden encontrarse en una quincena de ciudades populares y fuertemente fortificadas, como Hazor, Tell Ta'anak, Meggido, Siquem, Jericó, Beit Mirsim, Tel el Duweir. Será a ese país relativamente opulento a donde llegarán y se instalarán, probablemente

---

[44] Ras Shamra (Ugarit) está a unos 10 kms. al norte del puerto sirio de Lattaqieh. Excavaciones francesas desde 1928. Informes preliminares en *Syria*, 1929, ss. y AAAS, 1951 ss. Breve síntesis en: *Ras Shamra*, 1929-1979, Lyon, 1979. Ver también G. Saade: *Ougarit, métropole cananéenne*, Beirut, 1979. Diversos temas arqueológicos e históricos son tratados en la serie *Ugaritica*, París, 1939, 7 vols. publicados.

[45] P. Matthiae: *Ebla*, pp. 114/159.

[46] D. J. Wiseman: *The Alalakh Tablets*, London, 1953. Textos suplementarios en JCS, 8, 1954, pp. 1/30.

[47] G. Dossin: «Les archives épistolaires du palais de Mari», *Syria*, 19, 1938, p. 11. Según este texto seguirían a Hammurabi de diez a quince reyes, Rîm-Sîn de Larsa, Ibalpî-El de Eshnunna y Amut-pî-El de Qatna, pero veintitrés seguirían a Iarim-Lim de Alepo, que es pues el rey más poderoso de la época.

en el siglo XIX, Abraham y su familia, llegados de Ur pasando por Harran, en la Alta Mesopotamia. Tales desplazamientos eran habituales en esta época, y es probable que este acontecimiento, cuyas consecuencias se dejarían sentir en el Próximo Oriente, hubiese pasado desapercibido, aunque nada permite poner en duda la autenticidad del relato bíblico [48]. Durante unos cincuenta años se creyó hallar en los *Habirû o apiru* que mencionan las cartas de Tell el Amarna, en Egitpo, y en algunos textos egipcios, a los *ibri* (hebreos) de la Biblia, lo que retrasaría hasta el siglo XV la fecha de su entrada en Palestina. Pero desde que se descubrió el término *habirû* en numerosos textos de origen mesopotámico (Mari, Nuzi), anatolio (Boghazköy) o sirio (Alalah), escalonándose desde el 2200 hasta el 1200 aproximadamente, se hizo necesario descartar esta hipótesis. Además, se deduce del estudio en profunidad de estos textos que estos *habirû* no constituyen ni una etnia ni una tribu, sino una categoría social: son los refugiados, los apátridas, los «marginales», agrupados por lo general en bandas armadas que se dedicaban al pillaje y a las razzias, aunque también podían combatir a veces al servicio de los poderes establecidos [49]. La ecuación *habirû* = hebreos no debe descartarse totalmente, pues sigue siendo posible la existencia de una dependencia nominal, pero este término engloba a una población mucho más amplia que la de los descendientes de Abraham.

Los amorritas de Palestina, aunque oficialmente en buenas relaciones con los egipcios, parecieron haber inquietado a estos últimos, a juzgar por el número de ciudades y jefes palestinos que figuran como enemigos potenciales de Egipto en los «textos de execración» de la XII Dinastía [50]. Sin duda sabían en Menfis que trataban de liberarse de un humillante protectorado y que deseaban las riquezas de su fértil valle, relativamente cercano. De hecho ya en 1720 algunos de estos reyezuelos se habían instalado en él. Unos años más tarde otros penetrarán en él en masa, ocuparán la parte oriental del Delta y después conseguirán apoderarse progresivamente de todo el valle del Nilo. Estamos en el Segundo Período Intermedio, llamado de los hicsos [51], forma griega del término egipcio *hikau-khoswet,* «jefes de los países extranjeros». En principio durará unos ciento ocho años y terminará con su expulsión, hacia el 1550. La tradicción local, trans-

---

[48] R. de Vaux: *Op. cit.*, pp. 245/253, con discusión de la fecha de llegada de Abraham a Palestina.

[49] Sobre este tema ver J. Bottéro: *Le Problème des Habiru à a la IV Rencontre assyriologique internationale,* París, 1954; artículo «Habiru», RLA, IV, pp. 14/27; M. Greenberg: *Hab/piru,* New Haven, 1955.

[50] Se trata de textos dibujados sobre trozos de cerámica, de placas de alabastro y de estatuas de prisioneros atados que se rompían durante las ceremonias mágicas. Ver K. Sethe: *Die Achtung feindlicher Fürsten, Völker und Dinge auf altägyptischen Tongefässcherben des Mittleren Reiches,* Berlín, 1926; G. Posener: *Princes et Pays d'Asie et de Nubie,* Bruselas, 1940; «Textes d'envoûteme-nt de Mirgissa», *Syria,* 43, 1966, pp. 277/287.

[51] R. de Vaux: *Op. cit.*, pp. 78/84 (con bibliografía); CAH (3), II, 1, pp. 54/73.

mitida por el sacerdote egipcio Manetón (siglo III) presenta esta época con un panorama de extrema barbarie, probablemente muy exagerado. Pero la invasión de los «asiáticos» *(Amu)* tendría al menos el mérito de hacer salir a Egipto de su «espléndido aislamiento» y hacerlo consciente de que un grave peligro le estaba amenazando desde el Este. Fue para prevenir este peligro por lo que los faraones de la XVIII Dinastía emprenderán toda una serie de campañas, más allá del canal de Suez, con el fin de transformar Siria y Palestina en provincias egipcias, con lo que se enfrentarán con los hurritas y los hititas. Comenzará entonces una nueva fase tanto para Egipto como para todo el Próximo Oriente.

Nuestro recorrido panorámico ha terminado; podremos volver ahora a Mesopotamia y retomar el hilo de su historia que habíamos dejado —quizás se acuerden— a fines del reinado de Hammurabi.

CAPÍTULO QUINCE

LOS CASITAS

A la muerte de Hammurabi en el año 1750 los acontecimientos que acabamos de describir todavía no habían dado sus frutos. Del otro lado del Tauro los hititas estaban a punto de apoderarse de la Anatolia Central. Más allá del Éufrates los amorritas ocupaban firmemente Siria-Palestina y otro Hammurabi gobernaba el gran reino de Alepo. En los confines septentrionales de Mesopotamia los hurritas, nada hostiles, permanecían divididos en pequeños principados. Nadie amenazaba el edificio que acababa de construir el difunto monarca. Sin embargo poco menos de diez años más tarde, ese edificio se iba a derrumbar ante la presión, no de los conquistadores extranjeros, sino de las tensiones internas, políticas y económicas a la vez, que un día lograrían precipitar su caída.

El gran reino, el imperio babilonio era la obra de un único hombre. Descansaba sobre su poderosa personalidad y sobre un sistema administrativo que, poco a poco, iba usurpando los poderes locales para reforzar el del soberano. Formado solamente en unos pocos años, englobaba múltiples estados, de los que los más importantes (Larsa, Eshnunna, Mari y Asur) todavía guardaban el recuerdo de su independencia y no esperaban más que el fin del viejo león para tratar de sacudirse su yugo. Rebeliones que serían tanto más fáciles cuanto que el sistema político era muy débil —tres de estos cuatro estados sólo eran reinos vasallos— y tanto más populares cuanto que el rey de Babilonia y sus dignatarios poseían grandes dominios y cuanto que el mercado monetario estaba en manos de los mercaderes, hombres de negocios rapaces, y cuanto que las provincias, sobre todo en el sur mesopotámico, se iban empobreciendo cada vez más en beneficio de la capital y de sus contornos.

Los sucesores de Hammurabi trataron en vano de aplastar estas revueltas, y luego se resignaron ya al desmembramiento del Imperio,

sin ser capaces de adaptarse a las nuevas circunstancias [1]. Para compensar sus pérdidas de renta de la tierra y de impuestos de diversos géneros trataron de intensificar la producción agrícola en el pequeño territorio que todavía poseían. Para reemplazar los beneficios de un comercio exterior muy capitidisminuido, debido al paso de los puertos del Golfo a manos del enemigo, los mercaderes se hicieron banqueros. Actuando de consuno con el palacio ofrecían a los pequeños productores y comerciantes préstamos para equipamiento y por supuesto a elevado interés, y aceptaban los «préstamos de necesidad» de los más pobres, es decir de la mayor parte de la población trabajadora, que trataba de subsistir, y cuya capacidad de trabajo se veía considerablemente disminuida [2]. Millares de familias se endeudaron sin remedio y numerosos acreedores se iban enriqueciendo a su costa hasta el punto de llegar a amenazar el poder del estado. Es más: con el fin de producir cada vez más se abandonó, al parecer, la práctica del barbecho, lo que trajo consigo el agotamiento de los suelos y aceleró su proceso de salinización [3]. De este modo en alrededor de un siglo (1700-1600) Babilonia pasó a la desintegración política y al desorden económico, agravados por un desastre ecológico. El reino se hallaba carcomido, y bastaría el pequeño bastonazo de un *raid* sin futuro de los hititas para que se hundiese junto con su I Dinastía.

Paradójicamente serían los príncipes teóricamente «bárbaros», establecidos desde hacía poco tiempo en Mesopotamia, los casitas, quienes se instalarían sobre el trono vacante, recomponiendo la situación y consiguiendo transformar poco a poco a Babilonia en un reino próspero, honrado y respetado por sus poderosos vecinos, y teñido de una aureola de prestigio. Reinarían durante unos cuatro siglos y es una lástima que la pobreza de nuestras fuentes haga de este largo interesante período uno de los peores conocidos de toda la historia mesopotámica.

Los descendientes de Hammurabi

Parece ser que el hijo de Hammurabi, Samsu-iluna * (1749-1712) poseyó, si no la envergadura, sí al menos el valor y la tenacidad de su padre, ya que luchó denodadamente contra las fuerzas que tendían

---

[1] N. Yoffee; *The Economic Role of the Crown in the Old Babylonian Period,* Malibu, Calif., 1977, pp. 143/151; J. Renger: en E. Lipinski (Ed.): *State and Temple Economy in the Ancient Near East,* I, Lovaina, 1979, p. 252.

[2] J. Bottéro: «Désordre économique et annulation de dettes en Mésopotamie à l'époque paléo-babylonienne», JESHO, 4, 1961, pp. 113/164.

[3] Mac Gibson: «Violation of fallow and engineered disaster in Mesopotamian civilization», en T. E. Downing y Mac Gibson (Ed.): *Irrigation's Impact on Society,* Tucson, Ariz., 1974, pp. 7/19.

* «Samsu (forma amorrita de Shamash, el dios-sol) es nuestro dios»

[4] Las principales fuentes para este período son las inscripciones reales, poco abundantes (IRSA, pp. 220/229), los nombres de años publicados por A. Ungnad en RLA,

a desmigajar su herencia [4]. Pero era como pretender arreglar un guiñapo, cuando se cosía un roto aparecía otro. A partir del año 9 de su reinado un aventurero llamado (o que se hacía llamar) Rîm-Sîn, al igual que el último y prestigioso soberano de Larsa, se proclamó rey de esta ciudad y ocupó todo el sur, fomentando una insurreción en Iamutbal, cuna de sus antepasados, no siendo vencido más que cinco años más tarde en la ciudad de Kish. El príncipe de Eshnunna, que había hecho causa común con él, fue capturado y llevado en una jaula a Babilonia, siendo luego estrangulado. Será en el transcurso de esta sangrienta guerra cuando Samsu-iluna derribe los muros de Ur, saquee e incendie sus templos y destruya una parte de la ciudad [5]. Uruk sufrirá una suerte muy similar, lo que daría a los elamitas la ocasión de intervenir. En el transcurso de un intrépido *raid,* Kutir-nahhunte I penetrará en esta ciudad y se llevará a Susa, entre otros tesoros, la estatua de la diosa Inanna que Asurbanipal debería recuperar casi mil años más tarde [6]. Tras algunos años de calma, un tal Iluma-ilum, que pretendía ser descendiente de Damiq-ilishu, último rey de Isin, levantó la bandera de la revuelta en el país de Sumer, se apoderó de Nippur, consiguió rechazar dos ataques del rey de Babilonia y fundó una dinastía llamada «del país del Mar», paralela a la suya, que durará hasta el 1460 [7]. Hacia la misma época Asiria, consiguió su independencia gracias a la rebelión de Adasi, oscuro reyezuelo, llamado «hijo de nadie» (es decir, usurpador) pero que se hará célebre por haber «puesto fin a la servidumbre de Asur» [8]. Además de toda esta serie de reveses, Samsu-iluna debió hacer frente a una serie de agresores extranjeros, a juzgar por la escueta mención en sus nombres de años de un «ejército de casitas» (año 8) y de «un ejército de Amurru» (año 36). Como los nombres de años de su rival Rîm-Sîn hacen alusión a los «viles casitas», parece ser que éstos debieron haber atacado en muchos frentes. En cuanto al término *Amurru* (que quizás pudiera traducirse por «Oeste», en este contexto) es muy poco probable que designe a los amorritas de Siria, y quizás se pudiese pensar en una revuelta, o en una campaña de los reyes de Hana, partiendo de su capital Terqa. Sea como fuere, a finales de este reinado tan largo como desastroso el reino de Babilonia, privado de todo el país de Sumer, así como de los territorios del alto Tigris, y quizás del me-

---

II, pp. 182/192 y por B. E. Morgan en *Manchester Cuneiform Studies,* II, 1952, pp. 31 ss. y III, 1953, pp. 56 y ss., así como los documentos administrativos. Estudio de conjunto por C. J. Gadd en CAH (3), II, 1, pp. 220/224.

[5] Sir Leonard Woolley y P.R.S. Moorey: *Ur of the Chaldees,* London, 1982, p. 191.

[6] W. Hinz: en CAH (3), II, 1, p. 266.

[7] Se sabe muy poco acerca de esta dinastía que según las Listas reales babilonias A y B (ANET (3), pp. 271/272; RLA, VI, pp. 91/100) habría comprendido once reyes, que en total habrían reinado 368 años. Su capital era Uruku(g), ciudad no identificada. El nombre del primero de estos reyes también puede leerse Iliman.

[8] Inscripción de Assarhaddon, ARAB, II; p. 266, p. 576. Ver ARI, I, p. 31.

dio Éufrates se había reducido, prácticamente a sus fronteras originarias: las del país de Acad. Sólo le pertenecía todavía el valle del Diyala (país de Warum o Eshnunna). El Imperio de Hammurabi había, de hecho, desaparecido del mapa.

Los sucesores de Samsu-iluna consiguieron, a trancas y barrancas, mantener la integridad de su patrimonio. Abi-eshuh (1711-1684) consiguió rechazar un segundo ataque de los casitas, y toleraría que estos extranjeros se instalasen individualmente como trabajadores agrícolas en Dilbat, y como mercenarios de Sippar, pero no pudo impedir que el jefe casita Kashtilish subiese al trono de Hana hacia el 1700.

Continuando la lucha contra Ilumma-ilum trató, obstruyendo el Tigris, de desalojarlo de los pantanos en los que había hallado refugio, pero fue incapaz de capturarlo. Un nombre de año de Ammi-ditana (1683-1647) menciona la toma de Dêr, pero es probable que también consiguiese reconquistar, al menos temporalmente, una parte de los territorios perdidos por Samsu-iluna, porque el célebre «edicto de justicia» *(mêsharum)* de su sucesor Ammi-saduqa (1646-1626) nombra, entre las provincias y las ciudades bajo su jurisdicción a Isin, Larsa, Uruk y Malgum, a la orilla izquierda del Tigris (Idamaraz y Iamutbal) y la región de Suhum, entre Babilonia y Hana (Anat), sobre el Éufrates. Sin embargo el principal interés de este edicto radica en que nos informa acerca de las tristes condiciones económicas de la época anteriormente analizada, ya que decreta, para toda la población, la anulación de deudas, la amnistía de los atrasos, alquileres y «préstamos de necesidad», y para determinadas categorías de súbditos la supresión o el aplazamiento de cédulas y de algunos impuestos, así como de las corveas; incluso llega a amenazar con la pena de muerte a los usureros que intenten perseguir a sus deudores[9]. De Samsuditana (1625-1595), último rey de la dinastía, no conocemos más que algunos nombres de años, más o menos auténticos. Además de sus guerras, cada vez más frecuentes, y de sus esfuerzos para organizar la actividad económica, todos los descendientes de Hammurabi llevaron a cabo las obras pías tradicionales en Mesopotamia, además de la apertura de nuevos canales y sobre todo, la construcción de fortalezas *(dûru)* en todas las partes de su reino. Es muy dudoso que estos soberanos, por lo general demasiado grotescos, sospechasen que la tempestad que muy pronto iba a barrer su trono se estuviese formando muy lejos de Babilonia, más allá de las nevadas cimas del Tauro.

Ya habíamos dicho que a comienzos del siglo XVII un príncipe hitita, del que sabemos muy poco, Labarnas I, había fundado un reino en Anatolia[10] que gobernaba desde la ciudad, todavía no identifica-

[9] F. R. Kraus: *Ein Edikt des Königs Ammisaduqa von Babylon,* Leiden, 1958; J. J. Finkelstein: «The edict of Ammisaduqa: a new text», RA, 63, 1969, pp. 45/64; pp. 189/190. Traducción francesa en J. Bottéro: artículo citado en la nota 2.

[10] Acerca de la historia de este reino, llamado «Antiguo Imperio», ver O. R. Gurney, CAH (3), II, 1, pp. 235/255, y *The Hittites,* Hardmondsworth 1980, pp. 21/26.

da de Kussara. Labarnas II, su hijo (alrededor 1650-1620) le añadió el territorio de Hatti, en el cículo de Kizilirmak, y tomó como capital Hattusha (Boghazköy), haciéndose llamar a partir de entonces Hattsusil (el «hombre de Hattusha»). Este monarca, dotado de un gran temperamento guerrero, no tardó en hallar sus fronteras demasiado estrechas y en ponerse a la búsqueda de tierras que conquistar, pero las montañas que bordeaban el Mar Negro por el Norte, los luwitas al oeste, y sin duda los hurritas por el este oponían una infranqueable barrera a sus ambiciones. Sólo le quedaba un camino, el del sur, relativamente libre; conducía a Siria, y luego o bien a Egipto o a Mesopotamia, país fértil como ninguno y en el que mil años de civilización habían ido acumulando unas riquezas consideradas fabulosas. Los hititas tomaron pues el camino del sur. Los annales, muy fragmentarios, de Hattusil I [11], dan cuenta de la existencia de al menos dos campañas llevadas a cabo en esta dirección, en el curso de las que fue saqueada Alalah, atacada y conquistada Urshu (ciudad importante no identificada, probablemente al nordeste de Alepo), y las tropas sirias derrotadas en Commagena. Sin embargo la propia Alepo (*Halpa* en hitita) no fue atacada. Poco después murió Hattusilis, dejando a su hijo adoptivo, Mursil I (alrededor del 1620-1590) la tarea de continuar su obra, lo que hizo con una fortuna inesperada:

> «Destruyó la ciudad de Halpa, dice un texto hitita un poco más reciente [12] y trajo de Halpa prisioneros y tesoros»

Partiendo de la gran capital asiria, el ejército hitita alcanzó el Éufrates, y siguiendo el curso de este río apareció repentinamente ante las puertas de Babilonia. Los vencidos no gustan hablar de sus derrotas, y sólo una crónica babilonia tardía hace alusión a este acontecimiento, sin embargo de capital importancia [13].

> «En tiempos de Samsu-ditana los hombres de Hatti marcharon contra el país de Acad»

Pero el texto hitita antes citado añade:

> «Luego, él (Mursil) fue a Babilonia y destruyó Babilonia, venció a los hurritas y trajo los prisioneros y los bienes de Babilonia y Hattusha»

---

[11] F. Cornelius: «Die Annalen Hattushilis I, «Orientalia, 28, 1959, pp. 292/296; F. Imparati y G. Saporetti: «L'autobiografía di Hattushili», Studi Classici e Orientali, 14, 1965, pp. 40/85.

[12] Este texto es un rescripto del rey hitita Telepinush (alrededor 1525-1505) cuya introducción recuerda los acontecimientos transcurridos desde la fundación del reino hitita. Texto citado en E. H. Sturtevant y G. Bechtel: *A Hittite Chrestomaty,* Filadelfia, 1935, p. 185.

[13] «Crónica de los Antiguos Reyes», A, líneas 1: King: *Chronicles,* II, p. 22; ABC, p. 156.

Una oración hitita [14], que data de una época (siglo XIV) en la que este país era víctima de los ataques de los pueblos rebeldes, evoca con nostalgia este glorioso episodio:

> «En los antiguos tiempos el país de Hatti, con la ayuda de la diosa-sol de Arinna, tenía la costumbre de capturar los países vecinos como un león. Es más, destruyó ciudades como Alepo y Babilonia, trajo riquezas de todos estos países, oro y plata, junto con sus dioses, y los colocó ante el altar de la diosa-sol de Arinna».

Es muy dudoso que Babilonia hubiera sido destruida en el sentido estricto del término, pero sí que fue sin duda tomada y saqueada. Todo esto ocurría en al año 1595 o un poco después. Llamado a Anatolia por las revueltas de palacio, Mursil se vió obligado a retirarse, llevándose las estatuas de Marduk y Sarpanitum, su paredro. En cuanto a Samsu-ditana, perdió su corona y sin duda también su vida. Así se extinguió en el transcurso de unos pocos años y aparentemente sin combates, la dinastía que había fundado un pequeño «cheik» amorrita y a la que el gran Hammurabi, había convertido en gloriosa. Duró exactamente trescientos años (1894-1595).

Los reyes de Karduniash

Los casitas *(Kashshû)* son indudablemente el más misterioso, de todos los pueblos que habitaron la antigua Mesopotamia [15]. Algunos autores han buscado su patria de origen en el suroeste del Irán, a donde en efecto, se retirarían más tarde, pero esta hipótesis, aunque plausible, descansa sobre unos fundamentos muy frágiles. Al contrario que los hurritas, no dejaron nada escrito en su propia lengua, a la que no conocemos más que a través de algunas palabras dispersas en los textos acadios, y mediante dos «vocabularios», uno de los cuales nos proporciona los equivalentes sumero-acadios de muchos dioses casitas, mientras que el otro es una traducción, o más bien una explicación de determinados nombres propios. Todo lo que se puede decir es que el casita no es una lengua semítica y que no posee ningún lazo de parentesco con el sumerio, el hurrita y otras lenguas habladas en el Próximo Oriente, ni tampoco con las lenguas indoeuropeas. Sin embargo, los casitas, al igual que los hurritas, debieron tener antiguos

---

[14] ANET (3), p. 396.

[15] En la actualidad los únicos estudios de conjunto son los de T. H. Carter: *Studies in Cassite History and Archaeology,* Bryn Mawr, 1962 (tésis) y de E. Cassin en la *Fischer Weltgeschichte,* III, Frankfurt, 1966, pp. 12/70 (Hay traducción castellana *Historia Universal Siglo XXI,* Tomos I al III: *Los Imperios del Antiguo Oriente,* III). A completar por J. A. Brinkman: «The Monarchy in the time of the Kassite dynasty», en P. Garelli (Ed.). *Le Palais et la Royauté,* París, 1974, pp. 395/408 y el artículo «Kassiten», en RLA, V, pp. 464/473. Los principales trabajos acerca de la política exterior de los casitas están citados en el capítulo 16.

contactos, directos o indirectos, con los indoeuropeos, si aceptamos —lo que no está unánimamente admitido [16]— que Buriash, su dios de la tempestad no es otro que el dios griego Bóreas, y que sus dioses de la guerra (Maruttash) y del sol (Shuriash) se corresponden con los dioses arios Marut y Suriya. De las de más de veinte divinidades que componían el panteón casita, las principales eran Harbe, dios supremo, Shuqamuna y Shimaliya, dios y diosa de las montañas y patrones de su dinastía, y el dios-luna Shipak.

Los casitas aparecieron por primera vez en Mesopotamia en la época babilonia antigua en forma de individuos aislados o en pequeños grupos, y luego en forma de tribus, llamadas «casas» (en acadio *bîtâtum*) de tal o cual jefe. Las más antiguas noticias en torno a ellos datan del 1800 aproximadamente. Un siglo más tarde un casita llamado Kashtiliash se convirtió, como hemos visto, en rey de Hana. Será en este momento y en esta región cuando comience la larga historia de la dinastía casita, que, según la lista real babilonia A, contó con treinta y seis reyes, que reinaron en total y casi sin interrupción 576 años [17]. Si Kashtiliash I, tercer rey de esta lista es el mismo que el Kashtiliash de Hana y si el número de años de cada reinado es exacto, el fundador de la dinastía, Gandash, habría vivido hacia el 1730, y sería por lo tanto contemporáneo de Samsu-iluna. Desgraciadamente esta lista se halla en muy mal estado y además tiene una enorme laguna entre los reyes sexto y veinticinco, e incluso si esta laguna puede ser rellenada gracias a algunos recortes y sincronismos, sin embargo la cronología y el orden de sucesión de los monarcas son extremadamente inciertos hasta llegar al comienzo del siglo XIV. Por este motivo, y debido a la carencia de otros textos, no podemos saber muy bien ni cuándo ni cómo los casitas se apoderaron de Babilonia, tras el *raid* hitita que puso fin a su I Dinastía [18]. Se suele admitir por lo general que el primer soberano casita de esta ciudad fue Agum II (o Agum Kakrime) noveno sucesor de Gandash. Este rey nos informa en una larga inscripción que restituyó a sus templos respectivos las estatuas divinas robadas por los hititas, lo que supone la existencia de algún enfrentamiento con éstos últimos, pero se trata de una copia muy tardía y cuya autenticidad es muy dudosa [19].

---

[16] K. Balkan: *Kassitenstudien*, I, *Die Sprache der Kassiten*, New Haven 1954, Ver I. M. Diakonoff, *Orientalia*, 41, 1972, p. 98.

[17] ANET (3), p. 272; RLA, VI, pp. 90/96. Acerca de las incertidumbres cronológicas véase J. A. Brinkman: *Materials and Studies for Kassite History*, I, Chicago, 1976, pp. 6/34 y 75/78.

[18] Según la inscripción de Agum Kakrime (ver más adelante) las estatuas de Marduk y de Sarpanitum habrían estado veinticuatro años fuera de Babilonia. Es posible que un rey del País del Mar (probablemente Gulkishar) se hubiese instalado en el trono que Samsu-ditana había dejado vacante durante este período (CAH (3), II, 1, pp. 441/442).

[19] Inscripción publicada por F. Delitzch. *Die Sprache des Kossäer*, Leipzig, 1904. Agum dice que devolvió las estatuas del «país de Hani». No se sabe si se trata de un error del escriba por «Hatti» o si los hititas habrían dejado las estatuas en el país de

Tampoco estamos mucho mejor informados acerca de la organización, la administración y de las estructuras sociales y económicas de Babilonia en la época casita. Quizás las excavaciones actualmente en curso en el Iraq ampliarán en el futuro nuestra documentación, pero por el momento no disponemos de más que alrededor de unas doscientas inscripciones reales —la mayor parte de ellas muy breves, esteriotipadas, y sin un gran interés histórico—, de sesenta y seis *Kudurru* (véase más adelante) y de unas doce mil tablillas (cartas y textos económicos) en su mayor parte provinientes de Nippur y que abarcan un período que va desde 1370 al 1230, de las cuales todavía no han sido publicado un 10 por 100[20]. Todo esto es muy poco para cuatro siglos (el mismo intervalo que nos separa de Enrique III), pero no obstante podemos obtener algunas informaciones suplementarias, que nos permiten completar los datos arqueológicos, de la correspondencia entre los reyes casitas y los faraones, hallada en Tell el Amarna, en Egipto (véase el capítulo 16) y de dos crónicas que datan del siglo VII y fueron redactadas, una de ellas por un escriba asirio muy parcial *(Historia sincrónica),* y la otra por un escriba babilonio bastante objetivo *(Crónica P)*[21].

La relativa escasez de nuestras fuentes podría darnos la impresión de que el período casita fue una época de estancamiento, es decir de decadencia política, económica y cultural, pero nada es menos cierto. Por el contrario, todo parece indicar que fue una época de estabilidad, de prosperidad, de poderío militar, diplomático y comercial, de innovaciones y progresos en múltiples dominios. No hay duda alguna de que los casitas restauraron el orden y la paz en un país que lo necesitaba, de que adoptaron inmediatamente la civilización sumero-acadia, adhiriéndose a sus tradiciones muchas veces milenarias, favoreciendo las letras y las artes, que por lo general se comportaron como unos buenos soberanos mesopotámicos. El gesto de Agum II de devolver sus dioses a Babilonia tuvo como primera consecuencia el complacer a sus nuevos súbditos, pero también quería decir que este extranjero se consideraba un legítimo sucesor de la difunta dinastía amorrita. Del mismo modo cuando Ulamburiash, hacia el año 1460, se aprovechó de una campaña en el Elam de Ea-gâmil, rey del «país del mar» para arrebatarle todo el país de Sumer[22], no estaba haciendo más que llevar a cabo el sueño de los sucesores de Samsu-iluna, pero también estaba fusionando en una auténtica nación a regiones consi-

---

Hana en su camino de vuelta a casa. Sobre esta cuestión, ver K. Jaritz: «Quellen zur Geschichte der Kassu-Dynastie», *Mitteilungen des Instituts für Orientforschung,* 6, 1958, pp. 205/207, y B. Landsberger: «Assyrische Königliste und "dunkles Zeitalter"», JCS, 8, 1954, p. 65.

[20] J. A. Brinkamn. *Le Palais et la Royauté,* p. 396. Bibliografía de las inscripciones reales: Faisal al Wailly: «Synopsis of royal sources of the Kassite period», *Sumer,* 10, 1954, pp. 43/54; J. A. Brinkman: *Materials and Studies,* I.

[21] ABC, pp. 51/59, y 157/177.

[22] «Crónica de los antiguos reyes», B, líneas, 12/14 (ABC, p. 156).

deradas hasta aquel entonces como diferentes y como simplemente *sometidas* (en realidad sólo en teoría) a Babilonia. A partir de su reinado, los reyes casitas ya no se volvieron a llamar «reyes de Babilonia», sino «reyes de *Karduniash*», nombre que en su lengua designaría a todo el conjunto de la Baja Mesopotamia. En otras palabras: había nacido el concepto de Babilonia.

El siglo XVI es el más oscuro de toda la historia mesopotámica. No sabemos si los primeros reyes casitas llegaron a dominar el Éufrates medio, supuesta cuna de su dinastía, pero es muy probable que hayan tratado en vano en muchas ocasiones de imponer su autoridad sobre el alto Tigris, porque la *Historia sincrónica* nos informa de que Burnaburiash I (hacia 1530) firmó un tratado con Puzur-Ashur III de Asiria en relación con la frontera que separa los dos reinos por algún lugar de los alrededores de Samarra, y que un acuerdo del mismo tipo sería firmado más tarde entre el casita Karaindash y el asirio Ashur-bêl-nishêshu (1419-1411)[23]. De este modo quedaba consumada la división de Mesopotamia en dos grandes reinos: Asiria al norte y Babilonia al sur, división que hallaría sus raíces, y en cierto modo su justificación, en la geografía y en la prehistoria, pero que, al estar acompañada por la existencia de una cierta rivalidad, iría a pesar mucho de ahora en adelante en la historia de esta parte del mundo, como se podrá apreciar en el capítulo siguiente.

A juzgar por la onomástica, no parece que los casitas hayan invadido en masa Mesopotamia. Muchas tribus se fueron sedentarizando y la palabra «casas» pasó ahora a designar los territorios que pertenecían a grupos que pretendían poseer un antepasado común[24]. La aristocracia casita formaba el núcleo noble del ejército: los guerreros montados en carros ligeros tirados por veloces caballos, puesto que este pueblo, al igual que los hurritas, era también un experto en el arte de criar y domar el caballo, arte que, sin duda alguna, había aprendido de los indo-arios. Estos guerreros de élite, junto con los ministros *(sukkal)*, constituían el séquito permanente del soberano y de su familia. Babilonia se hallaba dividida en provincias confiadas a gobernadores *(bêl pâhati* o *shakin têmi)*, normalmente de origen local. Las ciudades ya no eran gobernadas por los *rabiânu*, sino por los modestos *hazannû*. Nippur disfrutaba de un estatuto especial. Los funcionarios subalternos llevaban claramente los mismo títulos que en la época precedente, lo que no significa que ejerciesen necesariamente las mismas funciones.

Los *surveys* arqueológicos, han demostrado que durante este época se produjo en toda la Baja Mesopotamia una disminución de la superficie de las grandes ciudades, y un incremento de los grandes pue-

---

[23] «Historia sincrónica», col. I, 1-7 (ABC, pp. 157/158).

[24] J. A. Brinkman: «The Tribal organization of the Kassites» (Abstract), *Procc. 27th Congress of Orientalist*, Wiesbaden, 1971, pp. 55/56; RLA, V, p. 465.

blos y las aldeas [25]. Quizás haya que ver en ello un feliz signo de un proceso de «vuelta a la tierra», de un relanzamiento de la producción agrícola, basada, no en la explotación a ultranza, sino en un proceso de reparto más equitativo del trabajo. Junto a las pequeñas y medianas propiedades, existían también grandes dominios que pertenecían a la corona, a los templos (sometidos ahora al control real) y a los dignatarios de la corte. Las únicas informaciones detalladas que poseemos acerca de este capítulo provienen de las cartas reales de donaciones de terrenos e inmuebles en beneficio de personajes o comunidades importantes. Se llama *kudurru* a estas actas (más bien habría que decir *kudurrêti* en el plural acadio), palabra que posee cuatro sentidos diferentes [26], pero que en este contexto significa «límite, frontera o territorio» y designa una pequeña estela de piedra por lo general negra y dura (diorita), normalmente de una forma vagamente oval, que se conservaba en un templo, y una copia de la cual se le entregaba al propietario. Numerosos *kudurru* están divididos en dos partes, de las que una suele llevar esculpida en bajo-relieve la imagen del rey y los dioses o de sus símbolos —el disco solar para Shamash, el creciente lunar para Sîn, la azada para Marduk— garantizando la donación, y en la otra parte una larga inscripción que nos da el nombre del beneficiario, la situación correcta, las dimensiones y los límites del dominio concedido, junto a la lista de exenciones y privilegios que le eran inherentes, y todo ello rematado por maldiciones en tono elevado contra «quienquiera que en el futuro borrare esta inscripción, la dañase o destruyese la estela». Estos pequeños monumentos (de momento no se conoce más que un centenar [27]) aparecen a mediados de la época casita pero no son exclusivos de ella: serán después ampliamente utilizados durante el período posterior e incluso algunas veces en época neo-asiria.

No se sabe prácticamente nada acerca de la industria en tiempos de los casitas y se desconoce si el comercio era total o parcialmente un monopolio estatal, pero el hecho de que por primera y única vez en la historia mesopotámica los precios se hayan basado en un patrón oro a lo largo de un siglo demuestra hasta qué punto debió ser una época floreciente. Por otra parte la actividad económica desbordaba ampliamente los límites del antiguo Iraq: se ha hallado en Bahrain (Dilmun) fragmentos de tablillas babilonias junto a cerámica de tipo

---

[25] R. Mac Adams: *Land behind Baghdad,* Chicago, 1965, pp. 53/55; *Heartland of Cities,* Chicago, 1981, pp. 316/319 y 331/334; R. Mac Adams y H. J. Nissen: *The Uruk Countryside,* Chicago, 1972, pp. 39/41.

[26] *Chicago Assyrian Dictionary,* 8, pp. 495/497. Es en el sentido de «hijo» o «descendencia», con el que figura la palabra *kudurru* en los nombres propios como Nabükudurri-usur (Naducodonosor). Los otros dos sentidos son «Ataúd» y «Adorno».

[27] Lista y clasificación de los *kudurru* en U. Seidl: «Die babylonische Kudurru-reliefs», BaM, 4, 1968, pp. 7/220. Principal publicación: L. W. King: *Babylonian Boundary Stones and Memorial Tablets in the British Museum* (Abreviado BBS), London, 1912.

casita[28] y en Tebas de Beocia un «tesoro» de lapislázuli en forma de cilindro-sellos, sobre todo casitas, que dan testimonio de la existencia de relaciones amistosas entre un estado mesopotámico y la lejana Grecia [29], y en Tell 'Abiab, cerca de Aqar Quf también se ha hallado un lingote de cobre en forma de piel de buey, típicamente micénico[30]. En el siglo XIV los «regalos» intercambiados entre los reyes de Babilonia y Egipto sobrepasan con mucho por su volumen los habituales testimonios de amistad: en realidad constituye un auténtico comercio entre palacio y palacio a través de los enviados especiales *(mâr shipri)*[31].

Los reyes casita, al igual que sus predecesores, restauraron y colmaron de regalos numerosos santuarios, sobre todo de Nippur, Larsa, Uruk y Ur, dando de este modo testimonio de su devoción a las divinidades sumerias y acadias, y hay que destacar que no parece habérsele rendido ningún culto oficial a las divinidades propiamente casitas, a excepción de Shuqamuna y Shimaliya, que tuvieron un templo en Babilonia. El rey Karaindash nos ha dejado un monumento muy curioso en el Eanna de Uruk: se trata de un pequeño templo, cuya fachada estaba hecha de ladrillos crudos, moldeados de tal modo que, una vez reunidos representaban dioses y diosas, en relieve de un altura de unos dos metros, en el fondo de unos nichos profundos rodeados por motivos estilizados, también en relieve[32]. Esta ingeniosa técnica, quizás inspirada en la de las esculturas rupestres, era algo nuevo en Mesopotamia, y más tarde debería ser utilizada por los reyes «caldeos» en Babilonia (puerta de Istar, por ejemplo) y por los Aqueménidas en Susa y Persépolis.

El más entusiasta de todos estos reyes constructores fue Kurigalzu I (hacia el 1400), porque no sólo reconstruyó los templos de Ur, al igual que sus fortificaciones, sino que también fundó una nueva ciudad, que se convertiría en su capital, o al menos en su residencia favorita, y a la que llamó su «fortaleza», Dûr-Kurigalzu. Esta ciudad se halla en la actualidad representada por las ruinas de Aqar Quf, situadas a 30 kilómetros al oeste de Bagdad y notables por la gran torre (57 metros) de lados irregulares que se puede apreciar desde muy lejos, proyectando su sombra sobre la llanura que la rodea. Esta torre es todo lo que queda de un inmenso zigurat, cuya base ha sido estudiada por los arqueólogos iraquíes, al igual que su escalera monumen-

---

[28] G. Bibby: *Looking for Dilmun,* Hardmondsworth, 1972, pp. 153/155, 286, 361/365.

[29] E. Porada. «The cilinder seals found at Thebes in Beotia», AfO, 28, 1981-1982, pp. 1/70; J. A. Brinkamn: «The Western Asiatic seals found at Thebes in Greece: a preliminary edition of inscriptions», *ibíd.* pp. 73/77.

[30] J. A. Brinkamn, RLA, V, p. 468. Sobre este yacimiento adyacente a Aqar Quf ver abajo nota 33.

[31] Sobre este tipo de comercio: C. Zaccagnini: *Lo Scambio dei Doni nel Vicino Oriente durante i Secoli XV-XIII,* Roma, 1973.

[32] A. Parrot: *Sumer,* 2.ª ed. p. 301, fig. 285.

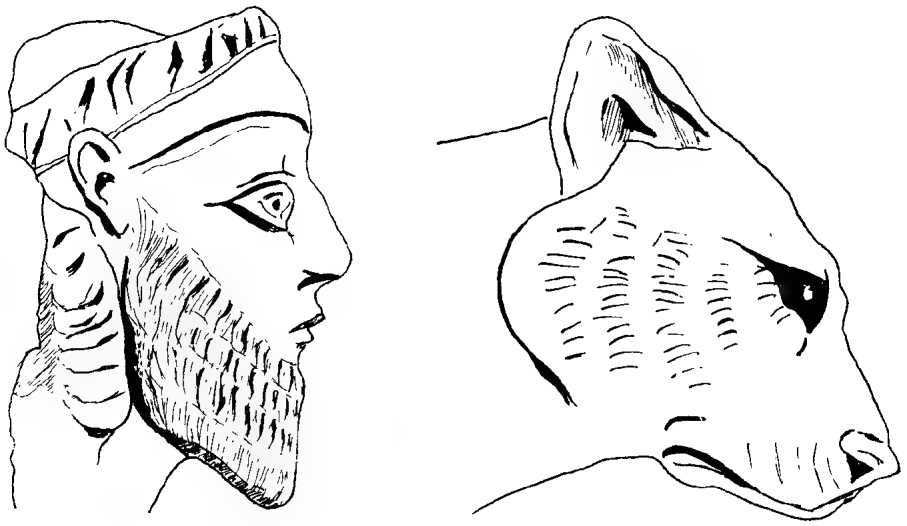


Ilustración 16.ª: *Cabezas de hombre y leona en terracota, de 4 y 5 cmts de alto respectivamente, provinientes de Dûr-Kurigalzu (Aqar Quf). Epoca casita. Taha Baqir:* Iraq, 8, 1946.

tal, cuando excavaban los tres templos situados a sus pies y una parte del palacio real [33]. Este palacio comprendía un patio rodeado por un corredor con pilares. Algunas de sus habitaciones se hallaban decoradas con frescos en un plinto, que representaban procesiones de personajes, que nos recuerdan los bajo-relieves de los palacios asirios, y muchas habitaciones contenían espléndidas joyas de oro. Los templos dedicados a Enlil, a Ninlil y a su hijo Ninurta nos han dado objetos de un gran interés, sobre todo una estatua de Kurigalzu un poco más grande que en tamaño natural, cubierta por una larga inscripción [34] y una serie de figurillas de arcilla pintada de admirable acabado. También en este caso la presencia de los dioses sumerios en la ciudad residencial de un soberano casita nos demuestra hasta qué punto estos extranjeros habían sido asimilados por esta civilización. Hay que señalar que hasta el momento ninguno de los soberanos mesopotámicos se había hecho construir una capital con su nombre. Más adelante veremos cómo esta idea será retomada por los reyes de Asiria.

Habría que añadir muchas otras innovaciones a las que ya hemos señalado. Se trata de modas en el vestir, en la fabricación del vidrio

[33] Taha Baqir: «Iraq Government excavations at Aqar Quf», *Iraq,* Supplment, 1944-1945, *Iraq,* 8, 1946.

[34] S. N. Kramer; Taha Baqir y S. J. Levy: «Fragments of a diorite statue of Kurigalzu in the Iraq Museum», *Sumer,* 4, 1948, pp. 1/38. Ver ANET (3), pp. 57/59.

(probablemente inventada en Siria) y de nuevas técnicas agrarias. Una de estas innovaciones consistirá en la vuelta al sistema de datación más arcaico, pero también más sencillo, que consiste en dar un número ordinal a cada uno de los años del reinado de un soberano. En el campo del arte la tendencia al realismo y al movimiento, esbozada ya en la época paleo-babilonia, se precisará y se amplificará, manifestándose sobre todo en las figurillas de animales, muy numerosas, y por lo general llenas de vida [35], así como en la glíptica. Sobre los cilindros-sellos veremos como, por lo general, serán muy gruesos, con motivos geométricos nuevos (cruces, crecientes y grecas), animales nunca representados hasta el momento (la mosca, la abeja, el saltamontes, el perro y el mono) y que «se mueven», y plantas «que parecen sacadas en una exhuberancia general» [36] se codean con los motivos más tradicionales. Numerosos cilindro-sellos llevan largas inscripciones que dan el nombre, la profesión de su propietario o que contienen una plegaria o una invocación.

En la literatura, el período casita se halla caracterizado por un considerable esfuerzo por salvaguardar el legado de una civilización venerable y venerada, a la vez que por una nueva actitud hacia las relaciones entre el hombre y la divinidad y hacia los grandes problemas morales [37]. Las observaciones científicas, medicinales o astronómicas registradas en el transcurso de los siglos precedentes serán recogidas y reagrupadas en auténticos tratados: diccionarios, silabarios, listas de signos cuneiformes serán redactados en este momento. La mayor parte de los mitos, leyendas y relatos épicos de origen sumerio o paleo-babilonio serán copiados, y a veces modificados, por escribas sacerdotales que se irán sucendiendo de padre a hijo, de maestro a discípulo, hasta llegar a la época parta. Algunas narraciones, como la leyenda de Adapa, serán creadas en este momento. Todos estos textos se hallan escritos en un precioso dialecto, deliberadamente arcaizante, el «babilonio stándard», que se distingue claramente de la lengua de los textos corrientes, el «babilonio medio» o «medio-babilonio». Los grandes conceptos religiosos y filosóficos tradicionales serán conservados, pero las relaciones entre el hombre y la divinidad, y sobre todo el problema del mal, serán abordados con una sinceridad mucho mayor, y a veces incluso con cinismo, para llegar, según el caso, o bien a una resignación que raya en la desesperación, o bien a una confianza ciega en los dioses y en sus impenetrables propósitos. Obras como *Ludlul bêl nemêqi,* la *Teodicea Babilonia,* o el *Diálogo del pesimismo,* serán características de este ánimo. Además la fidelidad de los sacerdotes-escribas a la religión formal, «sacramental», se tradu-

[35] Ejemplos en A. Parrot: *Sumer,* 2.ª ed. pp. 302/303, figs. 286 y 287.

[36] Sobre estos sellos ver T. Beran: «Die babylonische Glyptik der Kassitenzeit», AfO, 18, 1958, pp. 255/287 y A. Limet: *Les Légendes des sceaux kassites»,* Bruselas, 1971.

[37] W. G. Lambert: *Babylonian Wisdom Literature,* Oxford, 1960, pp. 13/19.

jo en una proliferación de hemerologías (calendarios de días fastos o nefastos), de recopilaciones de encantamientos, presagios y textos adivinatorios. Pero las obras maestras de la literatura no quedarán confinadas a Babilonia, a las bibliotecas de los palacios y los templos. En esta época, más que en ninguna otra, serán copiadas, traducidas y adaptadas por todo el Próximo Oriente, desde Anatolia hasta Egipto, e incluso los asirios sufrirán influencias religiosos de Babilonia, hasta el punto de que llegarán a admitir a Marduk en su panteón [38]. También será la época en la que la lengua babilonia irá reemplazando poco a poco al sumerio en las inscripciones reales y se convertirá en *lingua franca* en todas las cortes y cancillerías orientales. Será utilizada por los monarcas en su correspondencia, e incluso en sus tratados por los reyezuelos de Siria y Palestina, cuando expresen sus quejas o su sumisión a su gobierno egipcio. Si ello fue así, se debió a que Babilonia disfrutó por aquel entonces de un inmenso prestigio, y ese prestigio se lo debió en parte a unos reyes de origen extranjero y teóricamente «bárbaros». En el inmenso clamor de las naciones que llenó toda la segunda mitad del segundo milenio su voz apenas se hará escuchar, pero su país ocupará el primer puesto en el dominio del pensamiento.

[38] Parece ser que Marduk entró en el panteón asirio bajo el reinado de Ashur-uballit I. Ver A. Schott: «Die Anfange Marduks als assyrischen Gottes», ZA (serie antigua), 43, 1936, p. 318 ss; W. Sommerfeld: *Derr Aufstieg Marduks*, Neukirchen-Vluyn, 1982.

CAPÍTULO DIECISÉIS

CASITAS, ASIRIOS Y «REYERTA DE IMPERIOS»

Durante tes de los cuatro siglos que cubre el período casita, el Próximo Oriente será teatro de una serie de grandes conflictos, cuya baza, al menos en un principio, será Siria-Palestina, siendo su punto de partida las campañas que en el siglo XV Tutmosis III llevará a cabo tratando de conquistar esta región. Los egipcios se enfrentarán primero con los hurritas de Mitani, que ocupaban Siria del Norte, y luego con los hititas, que se la habían arrebatado a estos últimos. A mediados del siglo XIV intervendrán los asirios, y librándose de la tutela hurrita se apoderarán de Mitani y llevarán su reino a la categoría de las grandes potencias. Los casitas, que hasta entonces se habían mantenido apartados, se van a ver sumidos en una lucha encarnizada con sus temibles vecinos, que constituirá otra de las facetas de lo que se ha venido en llamar «la reyerta de los imperios». Mientras que el conflicto hitito-egipcio terminará en el 1284 con una paz duradera, el conflicto asirio-babilonio, por el contrario, continuará desarrollándose durante todo el siglo XIII, alcanzando su punto culminante cuando en 1235 Tukulti-Ninurta I se apodere de Babilonia. Sin embargo este siglo también será la época en la que los elamitas salgan de un largo período de letargo y consigan dar a su civilización un esplendor nunca jamás igualado, pero también reavivarán la antigua querella que los enfrentaba a los mesopotámicos desde hacía dos mil años. Serán ellos quienes al final derrotarán a los casitas en 1157.

No podremos más que resumir aquí esta porción de la historia, que es relativamente simple en sus líneas generales, pero extremadamente compleja en sus detalles. Hay por otra parte excelentes obras en las que se podrán obtener, si se desea, informaciones mucho más detalladas [1].

[1] Todas las historias generales del Próximo Oriente y de Egipto tratan de este período con mayor o menor detalle. La exposición de P. Garelli en POA, I, pp. 138/218 sirve como un precioso hilo conductor, a completar con la *Cambridge Ancient History*, II, 1 y sobre todo II, 2, en la que la historia de cada país es objeto de capítulos separados, algunos de los cuales han sido reeditados.

EGIPCIOS CONTRA MITANIOS

A la luz de los escasos datos que poseemos, el siglo XVI se nos aparece como una época relativamente estable, durante la cual las naciones que más tarde se enfrentarán sobre los campos de batalla sirios limpian sus heridas y afilan sus armas. En Egipto, los hicsos son expulsados del Delta al fin, cuando llega el reinado de Amosis I (1576-1546), primer faraón de la XVIII Dinastía. En Anatolia el antiguo imperio hitita se descompone lentamente, socavado por las revoluciones de palacio y por las guerras con sus vecinos más cercanos, los arzawa en las riberas del Egeo, y kizzuwatna en Cilicia. Hacia el año 1590 Mursil I, el rey que acababa de tomar Alepo y Babilonia, será asesinado y sus descendientes renunciarán a todas sus pretensiones sobre los territorios situados al sur del Tauro. En Asiria reinaban los sucesores de Adasi, el príncipe que se había librado del yugo babilónico, pero no serían para nosotros más que nombres de una lista, sino tuviésemos algunas inscripciones suyas[2] y una referencia a Puzur-Ashur III en la *Historia sincrónica*. En Babilonia los casitas están a punto de instalarse y de reorganizar el reino que han heredado y no quieren, o no pueden, dedicarse a sus sueños de expansión. En definitiva, el único pueblo oriental activo en esta época parecen haberlo sido los hurritas, que se aprovecharán del vacío creado por la desaparición del reino de Alepo y del imperio de Hammurabi para poner sus manos sobre las regiones en las que se habían ido infiltrando desde hacía mucho tiempo, para así reagruparse en un gran reino. El temor a una vuelta violenta de los hititas, a los que se habían enfrentado tras la toma de Babilonia, precipitó probablemente la fusión de los múltiples principados hurritas bajo el cetro de un único jefe —quizás Kirta o su hijo Shuttarna I (hacia el 1560)— pero no sabemos en qué circunstancias[3].

El reino de Mitani tenía como centro la gran estepa que se extiende entre el Éufrates y el Tigris, a lo largo de la ladera sur del Tauro, y es en alguna parte de este región en la que será preciso situar su capital, Washshukanni, ciudad cuyo emplazamiento sigue siendo por desgracia desconocido[4]. Las fronteras de Mitani en el siglo XVI eran probablemente tan borrosas para los hurritas como lo son para nosotros, pero sabemos por algunos textos hititas que ocupaban parte de

---

[2] ARI, pp. 21/49.

[3] Ver sobre todo H. Klengel: «Mitanni: Probleme seiner Expansion und politische Struktur», RHA, 36, 1978, pp. 91/115.

[4] Se pensó en Tell Fekheriyeh (*Sikanu* en la época neo-asiria), cerca de Tell Halaf, pero los sondeos americanos (C. W. Mac Ewan y otros, OIP, LXXXIX, Chicago, 1940) y alemanes (A. Moortgat, AAAS, 6, 19-56, pp. 39/50 y , 1957, pp. 17/30) no han confirmado esta identificación. Una investigación del yacimiento basada en el análisis mediante activación de neutrones de la arcilla de las cartas de Tushratta a los reyes de Egipto no ha dado resultados. Sobre este original método ver: A. Dobel, W. J. Van Liete y A. Mahmud: «The Wassukanni project of the University of California, Berkeley», AfO, 25, 1974-1977, pp. 259-264.

los valles superiores del Tigris y el Éufrates. En el siglo siguiente toda la Siria del Norte, hacia el oeste, así como Asiria y el Kurdistán iraquí, en el este, se hallarán bajo dominación mitania y la influencia de los hurritas se hará notar hasta en Palestina, en la que serán muy numerosos. El primer rey de Mitani del que sabemos poco más que su nombre es Parattarna (hacia el 1530), que aparece como soberano a la vez en la inscripción de la estatua de Idrimi, rey de Alalah [5] y sobre un texto de Nuzi [6]. Otro texto de Nuzi, relativo a los territorios del reino de Arrapha (Kirkuk), de los que formaba parte esta ciudad, lleva el sello de su sucesor Saustatar, que debió haber reinado hacia el 1500 [7]. Además muchos documentos indican que los reyes de Asur también eran vasallos de los mitanios; cuando uno de ellos tuvo la osadía de rebelarse, Saustatar saqueó su capital y se llevó a Washshukanni «las puertas de plata y oro» [8].

Será bajo el reinado de este soberano cuando la situación cambie radicalmente en todo el Próximo Oriente con la entrada en escena de Egipto. Es cierto que Amosis había perseguido a los hicsos hasta las fronteras de Palestina y que en algunas fulminantes campañas Amenofis I y Tutmosis I y II habían atrevasado Siria y llegado incluso hasta el Éufrates, ese río que para ellos fluía «al revés». Pero se trataba únicamente de expediciones de castigo o disuasivas dirigidas, como en una especie de revancha, contra los «asiáticos» infamantes, a los que se acababa de expulsar. Lo más importante para estos faraones era el establecer su autoridad sobre todo el valle del Nilo y de hacer frente a las querellas dinásticas. Una vez realizada esta labor quedaban por extraer las consecuencias del largo y humillante episodio de los hicsos: para que no se pudiese repetir nunca más era necesario combatir al enemigo potencial en su propio país y reducirlo a la servidumbre. Este fue sin duda el fin con el que, unos meses después de su subida al trono, Tutmosis III (1504-1450) trató de conquistar Siria y Palestina, abriendo de este modo nuevos horizontes a las ambiciones egipcias y estableciendo un modelo de política exterior que se perpetuaría a través de los siglos, hasta llegar incluso a fechas muy recientes [9]. Le fueron necesarias diecisiete campañas para poder someter Palestina y la costa sirio-libanesa, lo que parece indicar que se debió haber en-

---

[5] S. Smith: *The Statue of Idrimi*, London, 1949. Ver ANET (3), pp. 557/558, y CAH (3), II, 1, pp. 433/436. En esta interesante inscripción, Idrimi relata como primero perdió y luego recuperó su trono.

[6] H. Klengel: *Op. cit.*, p. 94, n.° 2, 1.

[7] R. S. F. Starr: *Nuzi*, II, Cambridge, Mass, 1937, lám. 118; H. Klengel: *Op. cit.* n.° 2, 2; CAH (5, II, 1, p. 436).

[8] Este episodio es mencionado en el tratado entre Suppiluliumas y Mattiwaza. Ver E. Weidner: *Politische Dokumente aus Kleinasien, BoStu.*, 8, 1923, p. 39. Estas puertas serían reconquistadas más tarde por Asurubalit.

[9] A. Moret: *Des Clans aux Empires*, París, 1923, p. 306 (Hay traducción castellana: *De los Clanes a los Imperios*. Coll. La Evolución de la Humanidad, UTEHA, México), cita a los Tolomeos, a los Cruzados, a Bonaparte, Mehemet Ali y al general Allenby, durante la Primera Guerra Mundial, pero hay otros ejemplos más recientes.

frentado a fuerzas muy superiores a las de los reyezuelos locales, y que sus adversarios debieron haber dispuesto abundantemente de los carros y los caballos que sólo un poderoso estado podía proporcionar por aquel entonces. Tras los trescientos treinta soberanos palestinos derrotados en Megiddo hay, sin duda alguna, mitanios de Saustatar, y serán esos mismos mitanios con los que se enfrentará Tutmosis en muchas ocasiones en torno a Alepo, Carquemish y Qadesh. El desenlace de este largo combate no será más que una victoria pírrica, puesto que a la muerte de Tutmosis, sus enemigos conservarán una gran parte de la Siria del Norte y fomentarán rebeliones en los distritos apartados, que serán lo suficientemente importantes como para justificar tres campañas de Amenofis II (1450-1425).

Sin embargo, bajo Tutmosis IV (1425-1417) este estado de hostilidad casi permanente tocará a su fin. Aun más, se establecerán relaciones muy cordiales entre las cortes de Tebas y Washshukanni «cinco veces, seis veces, siete veces» el faraón pedirá al mitanio Artatama I la mano de su hija [10], y Amenofis III (1417-1379) se casará con Gilu-Hepa, hija de Shuttarna II [11]. Este cambio tan brusco se atribuye normalmente al temor común ante los hititas, y es cierto en efecto que hacia 1450 Tudhaliyas I había fundado en Hattusha una nueva dinastía y reafirmado sus derechos sobre Siria, apoderándose temporalmente de Alepo [12],pero es muy dudoso que sus inmediatos sucesores, enzarzados en innumerables guerras anatolias puedan haber sido considerados como peligrosos. Lo más probable es que los egipcios hayan renunciado a Siria y que los mitanios se hayan resignado a dejarles Palestina y la mayor parte del litoral mediterráneo, regiones de las que ocupaban ahora muchas ciudades y que gobernaban mediante vasallos unidos por un juramento, pero vigilados por sus representantes. Este *statu quo* duró alrededor de medio siglo.

La época de Suppiluliumas

Después de la Hammurabi, la época mejor documentada del segundo milenio es sin duda alguna el siglo XIV. Los textos egipcios, los archivos de Boghazköy, capital de los hititas, las inscripciones reales asirias, las crónicas asirio-babilónicas y sobre todo las cerca de cuatrocientas cartas dirigidas a Amenofis III y IV por los soberanos, pequeños y grandes, del Próximo Oriente y halladas en Tell el Amarna, en Egipto [13] arrojan sobre estos años de luchas y de sutiles acuerdos

---

[10] Carta de Tushratta a Amenofis IV: EA, n.° 29, líneas, 16/18.

[11] EA, n.° 17, líneas 5-6; EA, n.° 29, líneas 18/20.

[12] CAH (3), II, 1, P. 679; O. R. Gurney: *The Hittites* (2), Hardmondsworth, 1980, p. 27.

[13] Estas cartas sobre tablillas de arcilla (citadas EA seguido de su número) están dispersas a través de diferentes museos. Se hallan recopiladas en la obra de J. A. Knudtzon: *Die el-Amarna Tafeln*, Neikirchen-Vluyn, 1978, 2.ª ed. Traducción inglesa: S.

diplomáticos la más útil de las luces. Además, estos documentos permiten delimitar con precisión algunas de las personalidades más notables de estos tiempos: por ejemplo Amenofis IV, faraón indolente y místico, más preocupado de la religión que de la política, y su célebre sucesor Tutankamón, muerto en su juventud y enterrado en oro; Kurigalzu I y Burnaburiash II, probablemente los más grandes de los reyes casitas; Ashur-uballit, el príncipe que liberará Asiria y la convertirá en una gran potencia, y por último, y sobrepasando a todos los demás Suppiluliumas, el enérgico soberano hitita que impondrá su impronta sobre cerca de la mitad de este siglo [14].

Entre el 1400 y el 1380 los lazos matrimoniales ya urdidos entre mitanios y egipcios se reforzaron y se extendieron a otras naciones, dando a todo el Próximo Oriente el aire de una gran familia en la que Egipto jugaba el papel del papá rico y adulado. Los asirios veían en él un posible aliado contra su opresor hurrita; los casitas, que todavía se acordaban del *raid* hitita sobre Babilonia y a los que inquietaba el gran reino mitanio, que estaba a sus puertas, habían comprendido ya desde hacía mucho tiempo que todo su interés debería radicar en lograr la amistad de esta nueva potencia, que se había instalado del otro lado del Éufrates. De este modo desde que se conoció la noticia de las victorias de Tutmosis III y de Amenofis II en Siria-Palestina, unos y otros les enviaron embajadores cargados de regalos, llegando incluso más tarde Karaindash a organizar un servicio de correos regulares entre su país y Egipto. Bajo Kurigalzu I el oro egipcio financió la construcción de Aqar Quf, su nueva capital y se amontonaba en su palacio [15]. Hacia el 1390 Kadashman-Enlil dio a Amenofis III la mano de su hermana, y luego, tras algunas dudas, también la de su hija, uniéndose ambas en el opulento harén de Tebas con Tadu-Hepa, hija del mitanio Tushratta, que acababa de suceder a Shuttarna II [16]. Cuando el viejo faraón cayó enfermo el propio Tushratta le envió la «imagen» de Istar de Nínive, a la que se atribuía el poder de curar las más graves de las enfermedades.

Sin embargo, hacia el 1380 subió al trono hitita un príncipe joven, inteligente, decidido, que llevaba el nombre de Suppiluliumas. Su primer acto consistiría en arreglar la desastrosa situación en la que su padre Tudhaliyas III le había entregado el reino, y necesitará de

---

A. Mercer: *The Tell el-Amarna Tablets,* Toronto, 1939, 2 vols. A excepción de una carta en hurrita y dos en hitita todas ellas están redactadas en acadio con algunas glosas cananeas. Ver CAH (3), II, 2, pp. 98/116.

[14] Entre los estudios generales sobre este período ver E. Cavaignac: *Subbiluliuma et son temps,* París, 1932 (todavía útil); E. Drioton y J. Vandier: *L'Egypte,* París, 1962, 2.ª ed. (con bibliografía); K. A. Kitchen: *Suppiluliuma and the Amarna Pharaons,* Liverpool, 1962; A. Goetze: en CAH (3), II, 2, pp. 1/20, 117/129 y 252/273.

[15] J. A. Brinkman: «Foreign relations of Babylonia from 1600 to 650 BC», AJA, 76, 1972, pp. 274/275.

[16] EA, n.° 1, líneas, 10/65 (Kadashman-Enlil); EA, n.° 21, líneas, 13/21; EA, n.° 22, y 23, líneas 7-8 (Tusgratta).

una docena de años para lograr imponer su autoridad sobre el poderoso rey de Arzawa, para someter al país de los azzi (en Anatolia oriental) y para derrotar a los gasga, bárbaros que poblaban las montañas del Ponto, a lo largo del Mar Negro, y que durante el reinado anterior habían llegado, llevados por su desfachatez, a robar e incendiar Hattusha. Una vez cumplida esta dura misión, Suppiluliumas tomó el camino del sur, que un tratado con Kizzuwatna le abrió ampliamente, y penetró en la Siria del Norte. Nos faltan detalles acerca de esta «primera campaña siria», pero sabemos que se saldó con la toma de Alepo, y con la sumisión, mediante un tratado de vasallaje, de numerosos soberanos sirios y con la ampliación de la frontera hitita hasta el Líbano. Sería entonces cuando tendría que empezar a funcionar la alianza egipcio-mitania, pero Amenofis III había muerto en 1379, dejando la corona a Amenofis IV (1379-1362), rey filósofo que pretendió hacer del disco solar Atón una especie de dios único, que tomó el nombre de Akenatón («dedicado a Atón») y fundó, lejos de Tebas, la ciudad de Aketatón (en la actualidad Tell el Amarna), donde se instaló; quien no reaccionó. Por lo que a Tushratta se refiere, que había sido cogido por sorpresa, hizo una demostración militar en Siria, pero no se atrevió a atacar frontalmente al hitita y esperó su marcha para organizar contra él una amplia coalición que incluía Alepo, Alalah, Qatna, Qadesh [17], e incluso Damasco, que estaba bajo el protectorado egipcio. Esta coalición obligó a Suppilulimas a emprender una segunda campaña hacia el 1360. Pero esta vez quiso golpear el corazón de Mitani y para ello dio una gran vuelta. Franqueando el Éufrates cerca de Malatiya, atravesó el país de Alshe, entre este río y el Tigris, saqueó Washshukanni, de la que Tushratta había conseguido huir justo a tiempo, y luego, virando hacia el oeste, tomó Alepo y todas las ciudades coaligadas, excepto Damasco, y reemplazó a los reyes rebeldes por hombres de su confianza. Siria del Norte volvía a estar de nuevo entre sus manos. Los mitanios ya no conservaban más que una cabeza de puente sobre el Éufrates, Carquemish, a la que habían dejado a un lado los hititas. Una vez más Egipto, ahora gobernado por Tutankamon (1361-1352) no fue molestado.

A lo largo de todos estos años Babilonia había permanecido neutral. Los casitas, a los que no interesaba dejarse coger en el embrollo sirio, no habían tomado partido por ninguno de los protagonistas. Es cierto que mantenía relaciones con los hititas a un nivel de cortesía —la tercera mujer de Suppiluliumas era una princesa babilonia [18]— pero se esforzaron ante todo por permanecer en buenas relaciones con Egipto, fuente de riquezas muy codiciadas. Los archivos de El Amar-

[17] Qadesh (en hitita *Kinza*) es Tell Nebi Mend, situado al lado del Orontes a unos 25 kms. al sur de Moms. Este gran tell no ha sido hasta el momento objeto más que de excavaciones restringidas: M. Pézard: *Mission archéologique à Tell Nebi Mend,* París, 1931.

[18] H. Güterbock, *Siegel aus Bogazköy,* I, AfO, Bieheft, V, 1940, pp. 6/9.

na nos informan acerca de las relaciones entre Kadashman-Enlil I y Burnaburiash II (1375-1346) por una parte, y por la otra de sus relaciones con Amenofis III y Amenofis IV. Los monarcas de ambos países se dedicaban en pie de igualdad a ese fructífero «comercio real», al que ya hemos hecho alusión. El casita regalaba carros, caballos y lapislázuli, y a veces bronce y plata, lo que el egipcio pagaba «regalando» marfil, muebles de ébano y otras maderas preciosas, vestidos de lujo y sobre todo oro. ¡Una lista de los regalos ofrecidos por Amenofis IV a Burnaburiash comprende más de quinientas cincuenta y dos líneas repartidas en cuatro columnas [19]! Excepcionalmente se da el caso de que la cantidad de oro recibida en Babilonia no se corresponde con la cantidad anunciada: el rey Karduniash se queja entonces amargamente a su «hermano» de las riberas del Nilo:

> «Porque mi hermano no lo ha supervisado personalmente, sino que un oficial de mi hermano lo selló y lo expidió, el oro que mi hermano me ha enviado la última vez, las cuarenta minas (80 kgrs.) de oro que me ha enviado no alcanzaban su peso completo cuando las puse en la balanza» [20].

Pero esto no son más que menudencias. A pesar de la distancia y el clima: «el camino es largo, nos vimos privados de agua y hacía mucho calor» [21], los mensajeros y embajadores reales, probablemente escoltados por tropas, hacían regularmente el viaje de ida y vuelta entre los dos países, viaje tanto más peligroso cuanto que las regiones que tenían que atravesar se hallaban en plena ebullición.

En efecto, las campañas hititas tuvieron repercusiones muy profundas tanto en Siria como en Palestina. Algunos reyezuelos se unieron a los invasores, mientras que otros permanecieron fieles a Egipto, e incluso otros aprovecharon la ocasión para dar libre curso a sus ambiciones. Este fue el caso, sobre todo, de Abdi-Ashirta, y después de su hijo Aziru, reyes de Amurru, que se aprovecharon de la impotencia mitania y la pasividad egipcia para engrandecer su reino —situado probablemente entre Trípoli y Homs— apoderándose de muchas ciudades costeras y llegando incluso a amenazar Biblos, estrechamente vinculada a Egipto. La correspondiencia de El Amarna se halla llena de gritos de alarma, de llamadas de socorro del rey de Biblos, Rib-Addi, que acabará por sucumbir, y también se hace eco de las quejas de los príncipes palestinos que se ven agredidos por los depredadores locales, y además constantemente atacados por las bandas de los *habirû*. La mayor parte de estas cartas no tuvieron respuesta. Por fin hacia el 1354 el faraón despertará y enviará un ejército a apoderarse de Qadesh, clave de Siria, mientras los mitanios tratarán de liberar la otra llave que es Carquemish, en este momento asediada y

[19] EA, n.° 14.
[20] EA, n.° 7, líneas, 69/72.
[21] EA, n.° 7, líneas 53/64.

cuando muchos príncipes sirios se rebelan. Suppiluliumas debió intervenir de nuevo, castigó a los rebeldes, reconquistará Qadesh y se apoderará de Carquemish, que confiará a uno de sus hijos, poniendo a otro sobre el trono de Alepo. Su prestigio era entonces tal que la viuda de Tutankamon le escribió para pedirle un hijo en matrimonio. Primero se negó y luego aceptó —¡el trono de Egipto era muy tentador!— pero el desgraciado pretendiente fue asesinado en el camino. Teniendo sin embargo Siria en su manos, el gran rey se retiró a Anatolia, olvidada desde hacía mucho tiempo, y donde le reclamaban labores muy urgentes. No volverá a salir de ella jamás.

Hacia el 1350, poco después de la última campaña hitita en Siria, Tushratta se había vuelto muy impopular, y fue asesinado por uno de sus hijos, desatándose entonces una serie de querellas por su sucesión que pronto traerían como consecuencia la desaparición de su reino en beneficio de Asiria. A decir verdad, estas querellas eran muy antiguas, porque Tushratta debía su corona al asesinato, realizado por otra persona, de su hermano mayor, y todo a lo largo de su reinado otro de sus hermanos, Artatama (II) se había comportado como otro pretendiente al trono[22]. Tras su muerte, este Artatama y su hijo Shuttarna III se levantaron contra el heredero legítimo Mattiwaza* y buscaron a toda costa el apoyo de los reyes de Alshe y del rey de Asiria Ashur-uballit (1365-1330). El primero de ellos tenía poca importancia, pero el segundo tenía muchos problemas y muchas pretensiones: no había sido antaño correspondido por Amenofis IV, su «hermano»[23], y había dado su hija a Burnaburiash II ¿con la esperanza de que su nieto reinase algún día en Babilonia[24]? Pero como era muy astuto comprendió todas las ventajas que podía sacar de esta situación. Entre tanto Mattiwaza había huido primero a Babilonia, donde Burnaburiash se había negado a darle asilo, y después a territorio hitita, donde firmó un tratado con Suppiluliumas[25]. Pero este último estaba demasiado ocupado en su propio país como para ayudar a este mitanio a recobrar su trono. Mattiwaza luchó entonces solo. Cuando ya se había apoderado de Harran y Washshukanni fue cuando Ashur-uballit intervino, avanzando entonces hasta el Khabur y rechazándolo hacia el oeste. El gran reino del norte mesopotámico se hallaba ahora partido en dos: por una parte Hanigalbat, bajo la égida asiria con Shuttarna II y de la otra lo que quedaba en Mitani con Mattizawa, bajo la tutela hitita. Cuando murió Suppiluliumas en el 1336, Ashur-uballit se apoderó de este pequeño Mitani, borrando de este modo el nombre del país al que sus antepasados habían paga-

---

* Este nombre también puede leerse Kurtiwaza.

22 P. Garelli en POA, I, p. 160, con una tabla muy útil (p. 161) acerca de la familia real de Mitanni-Hanigalbat.

23 EA, 15 y 16.

24 «Historia sincrónica», col 1, líneas 8-11, «Crónica P», col I, línesa 5-6 (ABC, pp. 159/171). Esta hija se llamaba Muballitat-Sherua.

25 Ver arriba nota 8.

do tributo durante tanto tiempo. Gracias a él y con muy poco esfuerzo, Asiria se extendía ahora hasta el Éufrates. Tras cuatro siglos de oscuridad se había convertido en una gran nación.

El tiempo de los tres conflictos

Esta resurrección de Asiria no dejó de inquietar a los casitas. Mitani, reino joven artificial y que no tenía pretensiones más que sobre Siria no le suponía amenaza alguna, pero Asiria era una vieja nación de glorioso pasado, orgullosa, ambiciosa y temible. Sabían que los asirios eran a la vez rudos guerreros y hábiles comerciantes y temía que, dueños de toda Mesopotamia y de las grandes rutas comerciales que la atravesaban, les cerrasen el acceso a los países mediterráneos y se beneficiasen ellos solos del fructífero comercio con Egipto [26]. También sabían que su frontera del noroeste era vulnerable y que, al avanzar sobre el Diyala, los asirios cerraban su vía de comunicación con el Irán, fuente de caballos y piedras preciosas indispensables para la realización de este comercio. Por último, también eran conscientes de que las gentes del norte siempre habían deseado la gran llanura del sur, granero del mundo antiguo, con sus grandes ciudades, sus puertos sobre el Golfo y su prestigiosa civilización. Los casitas, hasta ahora meros espectadores de todas estas luchas, que apenas les afectaban, se van a ver obligados a intervenir también y a tomar las armas para estorbar a los asirios y mantenerlos a distancia. A partir de alrededor de 1330 la rivalidad entre egipcios e hititas en Siria-Palestina se va a redoblar con numerosas guerras —intermitentes, es verdad, pero muy sangrientas— entre asirios y babilonios en Mesopotamia, mientras que, casi a la vez se reencenderá la pugna secular entre mesopotámicos y elamitas, que culminará con la victoria de estos últimos. A estos tres grandes conflictos habrá que añadir algunas querellas entre asirios e hititas, ahora vecinos, y las primeras luchas contra los nómadas del desierto sirio-mesopotámico, tan peligrosos como lo habían sido antaño los amorritas, y que serán tratadas en el capítulo siguiente.

El conflicto egipcio-hitita será el más sencillo y más breve. A la muerte de Suppiluliumas todos sus vasallos anatolios se rebelaron, y, tras el reinado muy breve de su hijo Arnuwandas, arrebatado por la peste, que era endémica en esta región, su otro hijo Mursil II (1335-1310) pasará la mayor parte de su tiempo sometiendo a estos pueblos por las armas, al igual que a los príncipes sirios también rebeldes, y conteniendo a los asirios sobre el Éufrates. En la misma época el enérgico y sabio Horemheb consigue imponer el orden y reforzar a Egipto, que se había debilitado considerablemente bajo los reina-

[26] Esta inquietud se pone de manifiesto en la carta (EA, n.° 9, líneas 31/35) que escribe Buranburish II a Amenofis IV, cuando se entera de que Asurubalit ha entrado en relaciones con el faraón: «Si tu me amas, ellos (los asirios) no deben ser autorizados a comprar todo: ¡envíalos con las manos vacías! (POA, I, 203).

dos de Amenofis IV y Tutankamon. Consiguió también que Seti I (1317-1304), segundo rey de la XIX Dinastía, comenzase a soñar en arrancar a los hititas del dominio de Siria. En el curso de las campañas contra los turbulentos reyezuelos palestinos avanzó hasta Qatna y convenció al rey Amurru de que derogase el tratado que unía este estado-tampón con los hititas [27]. Ahora la guerra ya era inevitable, y se hizo inminente cuando ascendió al trono de Egipto un joven faraón, impetuoso y sediento de gloria, Ramsés II (1304-1237). Uno de sus primeros actos consistió en atravesar Palestina e ir a grabar su nombre como desafío, sobre las rocas del Nahr el-Kelb, cerca de Beirut. El nuevo soberano hitita Muwatalis (1309-1287) se preparó para la lucha poniendo en pie un ejército que, según los egipcios, no contaría con menos de 35.000 hombres y 3.500 carros. El enfrentamiento tuvo lugar al año siguiente (1300) ante Qadesh, pero de esta batalla tantas veces descrita —es una de las pocas que es posible reconstruir gracias a las inscripciones y bajo-relieves de Karnak [28]—, nadie salió vencedor, y las tentativas llevadas a cabo posteriormente por Ramsés para recobrar el dominio sobre Siria fueron todas ellas infructuosas. En el año 1284 firmará con Hattusil III (1286-1265) un tratado, del que poseemos dos versiones, la egipcia y la hitita, estando esta última redactada en acadio [29], y trece años más tarde se casará con la hija de su nuevo aliado. La paz no volverá a ser violada hasta que se produzca el hundimiento del Imperio hitita en los alrededores del 1200. ¿Ya estaban cansados los dos adversarios, o es que la amenaza asiria arrojó a Hattusil en brazos de Ramsés? La arrogancia de los asirios ante los hititas bajo su reinado y a los precedentes, y el tratado que había firmado con el casita Kadashman-Turgu hacia el 1280 [30] parecer apoyar la segunda de las hipótesis.

El conflicto asirio-babilonio comenzará tras la muerte de Burnaburiash II (1347). El príncipe heredero será Karahardash, nieto de Ashur-uballit por parte de madre, pero será asesinado pocos meses después del comienzo de su reinado y reemplazado por otro príncipe [31]. Enfurecido, Ashur-uballit entrará en Babilonia y le impondrá otro rey, Kurigalzu II, que creyó que actuaría bajo sus órdenes. Sin embargo, pasaban los años y hete aquí que bajo el reinado de Enlil-Nirâri (1329-1320), sucesor de su «protector», Kurigalzu atacará a los asirios. El resultado de esta batalla quedó sin duda indeciso, porque ambos adversarios «dividieron los distritos y fijaron la frontera [32]»,

---

[27] Este tratado había sido concluido entre Suppiluliumas y Aziru, rey de Amurru. Ver E. Weidner: *Op. cit.*, en n. 8 y ANET (3), pp. 529/530.

[28] CAH (3), II, 2, pp. 226/228 y 253/254, y bibliografía en p. 952.

[29] ANET (3), pp. 199/203.

[30] CAH (3), II, 2, p. 258. Ver E. Edel: «Die Abfassungszeit des Briefes KBo I, 10 (Hattusili-Kadashman Enlil) und seine Bedeutung für die Chronologie Ramses II», JCS, 12, 1958, pp. 130/133.

[31] ABC, pp. 159/172.

[32] «Historia sincrónica», col. I, líneas 19/23 (ABC, p. 160).

que parece seguir el curso del Zab inferior. Alrededor de 25 años después estallará un nuevo conflicto entre Nazimarrutash y Adad-Nirâri I (1307-1275), el primer rey de Asiria de este período cuyas inscripciones nos proporcionan algunos detalles históricos. Nueva batalla, pero esta vez el asirio será quién quede victorioso y la frontera retrocederá hasta el sur del Zab [33]. Además, Adad-Nirâri tuvo dificultades para conservar el alto Jazirah, el antiguo Mitani, del que tuvo que reconquistar una parte a los hititas, a la vez que sometía a Shuttarna III, rey de Hanigalbat, colocado en el trono por Ashur-uballit, y luego a su hijo Wasasatta, que se habían rebelado sucesivamente [34]. Salmanasar I (1274-1245) tuvo los mismos problemas y al derrotar a Shattuara, hijo de Wasasatta, puso fin definitivamente a esta pequeña dinastía de hurritas obcecados en la rebelión. Era además un guerrero formidable que no temía lanzar sus tropas al asalto de las montañas del Uruarti (Rartu, Armenia), así como del país de los guti «hábiles en el asesinato [35]».

Este será el momento en el que se desencadene el tercero de los conflictos, el conflicto babilonio-elamita que se venía incubando de hecho desde que Kurigalzu II había vencido, hacia el 1335, a un tal Hurpatila, rey de Elam, que había tenido la osadía de divinizarse. Poco después de este episodio se estableció en Susa una nueva dinastía de príncipes que estaban decididos a sacar a su país de la oscura tranquilidad en la que se había sumergido desde hacía cuatro siglos, y a garantizar su autoridad sobre sus vasallos iraníes y sobre Babilonia, así como a transformar el Elam en un reino poderoso y próspero. Bajo el reinado de Kadashman-Enlil II (1279-1265), el elamita Untash-napirisha —justamente célebre por haber construido al sudeste de Susa la ciudad de Dûr-Untash (Choga Zanbil) y su magnífico zigurat [36]— invadió Babilonia y saqueó el territorio de Eshnunna. A partir de ahora los desgraciados casitas se van a ver atrapados entre dos enemigos: los elamitas en el este y los asirios en el norte.

Serán los asirios los primeros que consigan una sonada victoria. En efecto, en 1235, Tukulti-Ninurta I, hijo de Salmanasar, respondió a un ataque de Kashtiliash IV marchando sobre Babilonia, de la que consiguió apoderarse. Este acontecimiento sin precedentes llenó por supuesto a los vencedores de un inmenso orgullo y se convirtió en el tema de un largo poema épico conocido con el título de *Epopeya de Tukulti-Ninurta* [37]. Los orígenes y las peripecias de esta guerra serán

---

[33] *Ibíd.* I, líneas 24/31 (ABC, pp. 160/161).

[34] Inscripción de Adad-Nirari en ARI, I, pp. 60/61, párrafo 390/395. Ver CAH (3), II, 2, pp. 276/278.

[35] ARI, I, p. 81, párrafo 527 y p. 83 párr. 532.

[36] Este magnífico yacimiento ha sido excavado por la misión francesa en Irán en los años 1950-1960: R. Ghirshman y otros: *Tchoga-Zanbil (Dur Untash)*, París, 1966-1970, 4 vols.

[37] W. G. Lambert: «Three unpublished fragments of the Tukulti-Ninurta Epic», AfO, 18, 1957-1958, pp. 38/51 da una traducción completa. Ver E. Weidner: Assyris-

narradas con detalle y, por supuesto, serán los dioses los que jugarán un papel fundamental: la justicia (Shamash) estará de parte de los asirios, los dioses de su país guiarán a sus tropas, y el casita perderá la batalla porque los dioses de Babilonia le habrían abandonado. El rey trajo tesoros de la capital conquistada, con los que adornó los templos de su país, así como numerosas tablillas —esos textos antiguos por los que estaban ansiosos las pueblos del norte, mucho menos cultos que los del sur. La victoria es narrada con algunas frases altisonantes en las inscripciones reales asirias:

> «Con la ayuda de los dioses Ashur, Enlil y Shamash, los grandes dioses, mis señores, y con la ayuda de la diosa Istar, señora del Cielo y los Infiernos, que marchó a la cabeza de mi ejército, obligué a Kashtiliash, rey de Karduniash a librar batalla. Derroté a su ejército y diezmé sus tropas. En medio del combate capturé a Kashtiliash, rey de los casitas, y su real cuello lo tuve a mis pies como si fuese el de un cordero. Lo llevé, atado, ante Ashur, mi señor. (De este modo) me convertí en señor de Sumer y Acad en su totalidad y fijé las fronteras de mi país en el mar Inferior, donde nace el sol [38].»

A este trofeo del azar, Tukulti-Ninurta añadió, en el transcurso de su reinado, los pueblos de los Zagros y de los altos valles del Tigris y el Éufrates, a los que obligó a pagar tributo. Incluso franqueó el codo de este último río y se trajo de Siria «veintiocho mil prisioneros hititas». Su territorio no sólo se extendió hasta el Golfo Pérsico, sino que también llegó a incluir toda la alta Mesopotamia, así como el arco montañoso que rodea Asiria por el norte y por el este.

Babilonia permaneció en manos de los gobernadores asirios durante seis años, y luego en manos de los soberanos vasallos expuestos a los ataques de los elamitas que por un momento llegarían a avanzar hasta Nippur. Pero en el año 1218 los babilonios conseguirán reestablecer su dinastía nacional: «los dignatarios acadios de Karduniash se rebelaron y pusieron a Adad-shuma-usur sobre el trono de su padre», dice la *Crónica P* [39]. Por lo que se refiere al rey de Asiria, moriría igniominiosamente diez años más tarde, y nadie dudó de que fue en castigo de su crimen:

> «Tukulti-Ninurta, que había llevado a cabo sus criminales propósitos contra Babilonia, su hijo Asurnasirpal y los nobles de Asiria se rebelaron contra él, lo arrancaron de su trono y lo encerraron en una habitación en Kâr-Tukulti-Ninurta, y allí lo mataron [40].»

---

chen Epen über die Kassiten-Kampfe». AfO, 20, 1963-1964. Inscripciones de Tukulti-Ninurta en E. Weidner: *Die Inschriften Tukulti-Ninurtas I und seiner Nachfolger*, Graz, 1959. Ver ARI, I, pp. 101/134.

[38] ARI, I, p. 108, párr. 716; ARAB, I, p. 51, párr. 145.

[39] «Crónica P», col. IV, líneas 8-9 (ABC, p. 176).

[40] *Ibíd.* col. IV, 9/13. Kâr Tukulti Ninurta (la moderna Tukul Akir), a 3 kms. al norte de Asur era la residencia del soberano. Las excavaciones alemanas (W. Bach-

Sus sucesores, debilitados por las guerra intestinas y las querellas familiares, no lanzarían ya más que una o dos pequeñas ofensivas contra los babilonios, pero el gran golpe que abatirá para siempre a los casitas les será propinado por los elamitas en el año 1160. En efecto, ese año Shutruknahhunta invadió la Baja Mesopotamia a la cabeza de un gran ejército y saqueó la región como hasta entonces nadie lo había hecho. Esos célebres monumentos que son la estela de Narâm-Sîn y el «Código» de Hammurabi serán llevados a Susa, de la que no saldrán más que treinta y un siglos más tarde para entrar en el Museo de Louvre, Kutir-nahhunte, hijo primogénito del rey del Elam, será nombrado gobernador de Karduniash. Un último rey casita que llevaba el nombre típicamente acadio de Enlil-nadin-ahhê («Enlil da los hermanos») conseguirá permanecer en el trono durante tres años, pero será derrotado y capturado tras un feroz combate. Babilonia será tomada. La estatua de Marduk será llevada en cautividad por los elamitas, como lo había sido también por los hititas cuatrocientos treinta y siete años antes. De este modo se terminó la más larga de las dinastías que jamás hubiese conocido Mesopotamia[41].

El fin de los casitas marca un hito en la historia de este país, pero parecerá insignificante si lo comparamos con las convulsiones que sacudirán el Próximo Oriente a comienzos del siglo XII. Mil años después de la llegada de los hititas a Anatolia y de las primeras oleadas de amorritas sobre Siria y Mesopotamia, otros pueblos llegados de muy lejos y otros turbulentos nómadas irán a cambiar, una vez más, el rostro de esta parte del mundo.

---

mann, MDOG, 53, pp. 41/57; W. Andrae: *Das Wiedererstandene Assur*, Leipzig, 1938, pp. 121/125 han sacado a la luz un palacio con pinturas murales (A. Parrot, *Assur*, París, 1961, lám. 4, fig. 7), un templo de Asur y un zigurat.

[41] Sobre el fin de la dinastía casita ver D. J. Wiseman en CAH (3), II, 2, pp. 443/447 y R. Labat, *ibíd.*, pp. 485/487.

CAPÍTULO DIECISIETE

EL TIEMPO DE LA CONFUSIÓN

Los tres últimos siglos del segundo milenio estuvieron marcados, como los del precedente, por amplios movimientos étnicos que también afectaron a una gran parte de Eurasia, y de los que también desconocemos las causas. En Europa, los pueblos que incineraban a sus muertos y los enterraban en urnas funerarias —los llamados pueblos de «los campos de urnas», considerados por algunos autores como los proto-celtas— invadirán toda Italia, y luego la Provenza y la Península Ibérica, mientras que otras tribus prolíficas y agresivas, los ilirios y los dacios, penetrarían en los Balcanes. Serán ellas, probablemente, las que empujarán a los traco-frigios hacia la llanura de Anatolia y lanzarán también a los griegos «clásicos» (dorios, eolios y jonios) al asalto de la Península Helénica y de las costas asiáticas del Egeo, en donde pondrán fin al dominio micénico. La célebre guerra de Troya cantada por Homero quizás esté relacionada con todos estos acontecimientos.

Este doble flujo de invasiones pondría a Anatolia patas arriba. Los frigios, así como otro pueblo al que los asirios pronto irían a conocer bajo el nombre de mushki [1], se aliaron con los feroces gasga, ya en la región, para barrer al Imperio hitita; Bogahzköy (Hattusha), su capital, y muchas otras ciudades sucumbieron entre las llamas. Los luwitas fueron expulsados más allá del Tauro. Los Pueblos del Mar [2],

[1] Sobre estos dos pueblos ver R. D. Barnett, CAH (3), II, 2, pp. 417/442. Entre los siglos XII y XI Los frigios, llegados del oste, ocuparon progresivamente toda la parte occidental y central de la altiplanicie de Anatolia, mientras que los mushki, probablemente originarios del Cáucaso, se establecieron sobre todo en el valle del Éufrates, entre este río y su afluente el Murad Su.

[2] R. D. Barnett: «The Sea People», CAH (3), II; 2, pp. 359/378; P. Mertens: «Les Peuples de la mer», *Chronique d'Egypte*, 35, 1960, pp. 65/88; W. Helck: *Die Beziehungen Agyptens zu Vorderasien im 3 und 2 Jahrtausend v. Chr.*, Wiesbaden, 1962; N. K. Sandars: *The Sea Peoples, Warriors of the Ancient Mediterranean*, 1250-1150 BC, London, 1978.

desalojados de las islas y costas del Egeo, huyeron hacia el Sur, tanto por mar como por tierra y llegaron a las puertas de Egipto, al que consiguió salvar con grandes dificultades Ramses III (1190). Algunos de ellos se alistarían como mercenarios al servicio del faraón, mien tras que otros, como los zakkala y los filisteos, retrocederán a través de la franja marítima del país de Canaán y se instalarán entre el monte Carmelo y Gaza. Será de los filisteos, probablemente originarios de Creta, aunque provinientes de Asia Menor, de donde se formará el nombre de «Palestina», creado por los autores de la región comprendida entre el Jordán, el Mar Muerto y el Mediterráneo [3].

Además, entre el 1200 y el 1000 otros pueblos que hablaban lenguas indoeuropeas, y a los que solemos llamar iranios, penetraron en el Irán en dos oleadas sucesivas, y se pueden rastrear sus huellas, al igual que las de los indoarios de antaño, gracias a los testimonios arqueológicos, sobre todo por su cerámica gris o negra. Los primeros en llegar, los *madai* (medos) y los *parsua* (persas) penetraron por el Cáucaso y se instalaron primero en torno al lago Urmiah, que durante mucho tiempo continuaría siendo el principal centro de las tribus medas. A comienzos del siglo séptimo los persas descenderán a lo largo de los Zagros para establecerse en la región de la actual Shirâz. Por lo que a los iranios se refiere, su segunda oleada, los *parthawa* (partos) y los *hairawa,* que habían seguido las riberas orientales de la Caspiana, abordaron el Irán por el noreste y se expandieron progresivamente por los confines del Turquestán, por Afganistán y Beluchistán [4].

Esta cascada de migraciones, esta segunda oleada de «nuevos pueblos» no afectó directamente a Mesopotamia, pero coincidió con una reactivación de la actividad de los semitas nómadas del desierto sirio-eufrateo: los *sutû,* conocidos desde hacía mucho tiempo y probablemente de estirpe amorrita, los *ahlamû,* y sobre todo la gran confederación de las tribus arameas, que aparecerán ahora por primera vez. El vacío político que habían creado la desaparición, primero del Imperio hitita, luego del reino casita y la debilidad de Asiria tras el reinado de Tukulti-Ninurta I iban a animar a los arameos a ocupar Siria, a franquear el Éufrates y a penetrar cada vez más profundamente en Mesopotamia, sedentarizándose a medida que iban progresando y formando enseguida, en toda la esquina occidental del Creciente Fértil, una serie de grandes y pequeños reinos, mientras las tribus que todavía continuaban siendo nómadas lanzaban ataques contra Asiria y Babilonia, con la intención de dominarlas. A partir de la segunda

[3] F. M. Abel: *Géographie de la Palestine,* París, 1933, I, pp. 312/314. Acerca de los filisteos en general ver R. A. Mac Alister: *The Philistines, their History and Civilization,* Chicago, 1965; K. A. Kitchen: «The Philistines», en J. Wiseman (Ed.): *Peoples of the Old Testament Times,* Oxford, 1973.

[4] D. Stronach: «Achaemenid village I at Susa and the persian migration to Fars», *Iraq,* 36, 1974, pp. 239/248; R. Ghirsham. *L'Iran et la migration des Indo-Aryens et des Iraniens,* Leiden, 1977, pp. 45/70. Ver R. H. Dyson Jr: CAH (3), II, 1, pp. 712/715.

mitad del siglo XIII otros semitas, salidos del Sinaí, los israelitas, se aprovecharon de la decadencia de las postrimerías de la XIX Dinastía egipcia para invadir la parte sur y el este del país de Canaán y apoderarse de territorios en ambas partes del Jordán.

Mientras que los textos egipcios nos informan acerca de los Pueblos del Mar y así como podemos, en cierto modo, seguir la progresión de los arameos en Mesopotamia y la conquista de Canaán por los israelitas, gracias a las inscripciones reales asirias y a las crónicas babilonias y a la narración bíblica, por el contrario el trayecto y el impacto de otros de los invasores no se puede reconstruir más que confrontando los datos de la arqueología con los de los textos más recientes, porque entre el 1200 y el 900, aproximadamente, la práctica totalidad del Próximo Oriente se halla sumido en la más total oscuridad. Los archivos de Bogahzköy se acaban bruscamente bajo el reinado de Suppilulimas II, último rey hitita, y tras la muerte de Ramsés III los escasos documentos que nos proporciona Egipto indican que también este gran país se hallaba en plena decadencia, antes de dividirse en dos reinos rivales a comienzos del siglo XI. Cuando se hace de nuevo la luz hacia el año 900, la geografía política de esta parte del mundo se halla radicalmente modificada: Egipto ya no posee influencia alguna sobre Asia; los israelitas están sólidamente asentados en Canaán; Siria y Alta Mesopotamia se hallan desmenuzadas en pequeños principados arameos; sobre la costa libanesa los «fenicios» han sucedido a los micénicos en el control de los mares; en el seno del Tauro y en el extremo norte sirio florecen los múltiples reinos «neo-hititas»; los reyes de Babilonia poseen muy poco poder efectivo y los elamitas han vuelto a caer en el letargo; los medos y los persas se han instalado en el Irán y disfrutan de un papel predominante. Por el contrario, en Asiria unos príncipes enérgicos aflojan el torniquete arameo y comienzan a construir un imperio que durará tres siglos y asegurará para siempre la gloria de esta nación. Los reinos y los pueblos que acabamos de citar serán aquéllos con los que se encontrarán los asirios, y a los que combatirán y vencerán en su fase de expansión. Esta será la razón por la que nos interesará conocerlos mejor.

Israelitas y fenicios

¿Quién no se acuerda de las bellas imágenes de la historia sagrada que nos cautivaban en nuestra infancia: José en Egipto y las siete plagas que afligen a este país: el éxodo bajo el caudillaje de Moisés, la travesía del Mar Rojo a pie; la montaña del Sinaí y los Diez Mandamientos; la entrada triunfal en la Tierra Prometida; Josué parando el Sol en su curso y haciendo derrumbarse los muros de Jericó al son de las trompetas? Se ha escrito mucho acerca de estos episodios que constituyen una gran epopeya, una edad heroica del pueblo judío, pero

son muy raros los investigadores que en la actualidad no ven, bajo este manto de leyenda, acontecimientos muy diferentes, es cierto, pero perfectamente plausibles y sin duda alguna históricos, que es posible datar de un modo aproximado [5]. La entrada en Egipto de algunas de las tribus descendientes de Jacob (Israel), nieto de Abraham, y el lugar eminente que José ocupa en la corte del faraón se inscibirían muy bien durante el interregno de los hicsos (1684-1567). La mayor parte de los autores sitúan el éxodo en torno al 1260, bajo el reinado de Ramsés II y no hay razón alguna para dudar de que en el curso de una larga estancia en el desierto del Sinaí, un hombre genial que llevaba el nombre egipcio de Mose (Moisés) haya conseguido reagrupar estas tribus, todavía inclinadas hacia un cierto politeísmo, en torno al culto de un único Dios, inefable y universal, del que había tenido una revelación: Yahwé. Mucho más tarde Mahoma haría lo mismo con el éxito que todos conocemos. Por lo que a la instalación en Canaán, es indudable, pero más que una conquista rápida, debió tratarse de una penetración lenta, difícil, tribu por tribu, que fue escalonándose a lo largo de un siglo.

Tras un período de jefes elegidos o «Jueces» (en hebreo *shôphêt*), la instauración de la monarquía por parte de Saúl, y luego las victorias de David (1010-970) sobre los filisteos, cananeos, arameos y los reinos de la Transjordania (Ammon, Edom, Moab) consagrarían la supremacía del pueblo de Israel sobre el conjunto de Palestina, y el reinado de Salomón (970-931) fue sin duda alguna el momento en el que esta joven nación alcanzaría su apogeo. Por vez primera en su larga historia el país de Canaán obedecía a un sólo señor, cuya autoridad se extendía desde «Dan a Bersheba», desde el pie del monte Hermón a los confines del Negeb. En Jerusalén, antigua, pero hasta entonces modesta ciudad, cerca de veinte mil hombres, según se cuenta, trabajaron en la construcción del templo. El ejército israelita se hallaba ampliamente dotado de armamento y carros de combate. Desde Ezion-Geber hasta el fondo del Golfo de Aqaba, las naves de Salomón hacían vela hacia Arabia y Etiopía (el país de Ofir), de donde volvían cargadas de oro. A pesar de su sabiduría proverbial el propio rey vivía en un suntuoso palacio rodeado por «setecientas mujeres y trescientas concubinas». Este extravagante lujo era mucho más de lo que se podían permitir financieramente un pequeño país y un pueblo moralmente austero. El reinado terminaría sumido en revueltas, y tras la muerte de Salomón el reino quedaría escindido en dos por un plebiscito: al norte Israel con Samaria como capital y al sur Judá, gobernado por Jerusalén. El período de la monarquía unitaria había durado menos de un siglo.

Al noroeste de Israel los cananeos de la costa líbano-siria habían

[5] Sobre este tema, que ha dado lugar a una enorme bibliografía, se hallarán exposiciones resumidas y bibliografías en POA, II, pp. 63/76; pp. 188/194; CAH, II, 2, pp. 307/337; 507/525; 537/605 y R. de Vaux: *Histoire ancienne d'Israël*, pp. 277/620.

estado entre las primeras víctimas de las grandes convulsiones del siglo XII. Hacia el 1191 el gran puerto del norte, Ugarit fue brutalmente destruido y además para siempre, por los Pueblos del Mar[6], mientras que Biblos, ya saqueada por las guerras locales en la época de El Amarna, se hallaba en la ruina, debido a la decadencia de su principal cliente: Egipto, bajo los sucesores de Ramsés III. Sin embargo, a comienzos del primer milenio las cosas mejoraron considerablemente. Tres ciudades situadas en los puntos en los que las rutas comerciales atravesaban el Líbano, por los valles de Nahr y el Kebir y de Litani alcanzando la costa mediterránea, Arad (isla de Ruad, al norte de Trípoli), Sidunu (Sidón, la actual Saida) y Surru (Tiro, en árabe Sûr) se convirtieron, junto con Biblos, en los puertos naturales de los reinos arameos de Siria. La más meridional de todas ellas, Tiro, se beneficiará además de la proximidad del reino de Salomón, al que proporcionaba madera de ciprés, excelentes artesanos y hábiles marinos. Enriquecidas rápidamente por este comercio, estas ciudades pasarían a constituir ahora nuevos centros políticos, económicos y culturales de lo que los griegos llamarían más tarde el país de la púrpura (*phoinix*), Fenicia.

Esta costa acogedora y agradable siempre fue utilizada como lugar de encuentro entre Occidente y Oriente. Largos siglos de estrechos contactos con Chipre, Creta y el mundo micénico por una parte, y Egipto y todos los países del Próximo Oriente por la otra, habían creado las condiciones eminentemente favorables para el desarrollo de una civilización mixta, es verdad, pero no por ello menos brillante[7]. La primera de las contribuciones de sus habitantes al progreso de la Humanidad sería una idea aparentemente simple, pero genial, que no podría haber germinado más que en un medio tan cosmopolita como éste: limpiar el sistema gráfico de los ideogramas que lo entorpecían inútilmente y aislar los fonemas primarios (fundamentalmente las consonantes) comunes a todas las sílabas. La invención del alfabeto[8] en el curso del segundo milenio constituyó una auténtica revolución, porque puso la lectura, la escritura y, en consecuencia, las ciencias y la cultura al alcance de todo el mundo. Es sabido que el alfabeto lineal fenicio, cuyo ejemplo más antiguo lo constituye la inscripción del sarcófago de Ahiram, rey de Biblos (¿siglo XI?) fue

---

[6] Cl. F. A. Schaeffer: *Ugaritica,* I, París, 1939, pp. 45/46; R. de Vaux: «La Phénicie et les Peuples de la mer», *Mélanges de l'Université Saint-Joseph,* 45, Beirut, 1969, pp. 481/498; J. Nougayrol: «Guerre et paix à Ugarit», *Iraq,* 25, 1963, pp. 120/121.

[7] Principales obras sobre los fenicios: G. Contenau: *La Civilisation phénicienne,* París, 1949, 2.ª ed.; D. Harden: *The Phoenicians,* London, 1962 (Hay traducción castellana, AYMA, Barcelona); S. Moscati: *Il Mondo dei Fenici,* Milán, 1966 (trad. inglesa *The World of Phoenicians,* London, 1973, 2.ª ed.); A. Parrot; M. H. Chehab y S. Moscati: *Les Pheniciens,* París, 1975; G. Bunnens: *L'Expansion phénicienne en Méditerranée,* Bruselas, 1979.

[8] G. Février: *Histoire de l'écriture,* París, 1948; G. R. Driver: *Semitic Writing,* Oxford, 148; D. Diringer: *Writing,* London, 1962; *The Alphabet,* London, 1968; J. Naveh: *Die Entshehung des Alphabets,* Zurich, 1979.

adoptado por los griegos, aunque con algunas modificaciones, quienes a su vez lo difundirían por Europa, y por los arameos, que lo expandieron por toda Asia. Antepasado de nuestro alfabeto, terminó por sustituir prácticamente a todas las escrituras anteriores (a excepción del chino), y veremos cómo ello contribuyó a la decadencia de la civilización sumero-acadia. Pero este alfabeto ya había sido precedido por otros, de los que el más importante fue el de Ugarit (siglos XIV y XIII), en escritura cuneiforme y sobre tablillas de arcilla, compuesto de treinta y dos signos. Este «cuneiforme alfabético» sirvió de soporte, no sólo para cartas y textos administrativos, sino también para una rica literatura mitológica y religiosa de enorme interés [9]. Recientes descubrimientos demuestran que fue utilizado en las ciudades de Siria, e incluso en Palestina.

Los fenicios no estuvieron excesivamente bien dotados en el dominio de las artes con un espíritu innovador, pero demostraron ser unos excelentes discípulos. Sacando su inspiración tanto de Mesopotamia como de las tradiciones locales, cuya fuente era su país, así como de Egipto, y, en menor medida del Egeo, sus artistas fueron los más hábiles de todo el Oriente durante el Primer milenio. Tejieron finas telas, que bordaban, o teñían con la famosa púrpura sidonia, extraída de un molusco local. También sabían fabricar recipientes de vidrio transparente, elaborar delicadas joyas, exquisitas estatuillas y placas de marfil, y eran unos consumados maestros en el trabajo de la madera y el metal. Su país producía no sólo las mejores especies de árboles útiles para la construcción, sino también vinos y aceites de gran reputación. Todas estas preciosas mercancías podían además ser transportadas por los marinos de Fenicia a través de todo el mundo, porque la invasión de los griegos en la Hélade había puesto fin a la talasocracia micénica. Muy pronto, tirios, sidonios y aradios se lanzaron en un extraordinario movimiento de expansión marítima y colonial que alcanzaría su punto culminante entre los siglos IX y VI, con la fundación de Cartago (814), la creación de numerosas factorías en el Mediterráneo Occidental y la exploración de las costas atlánticas de Europa y África.

Los neo-hititas

No conocemos qué nombre dieron los fenicios a los habitantes de Siria del Norte, ni tampoco cómo se denominaban a sí mismos, pero los israelitas hablaban de «hititas» (*httym*) y los asirios del primer milenio seguían denominando a este país Hatti. Sin embargo estos hiti-

[9] Principales recopilaciones de traducciones: C. H. Gordon: *Ugaritic Literature*, Roma, 1949; G. R. Driver: *Canaanite Myths and Legends*, Edinburgh 1956; A. Jirku: *Kanaanäische Mythen und Epen aus Ras Shamra*, Gütersloh, 1962; A. Caqot y M. Sznycer: «Les textes ougaritiques», en *Les Religions du Proche Orient*, París, 1970, pp. 353/450; A. Herdner: *Textes ougaritiques*, I, París, 1974; ANET (3), pp. 130/155.

tas eran muy diferentes de los contemporáneos de Suppiluliumas y de Hattusil III, y ésta es la razón por la que los modernos historiadores los han bautizado con el nombre de «sirio-hititas» o «neo-hititas» o incluso «hititas jeroglíficos [10]», exigiendo este último nombre una explicación.

Es sabido que los hititas —o más exactamente los nesitas— habían tomado de los sirios la escritura cuneiforme sumero-acadia para poder expresar su propia lengua y que también la utilizaron ampliamente para su correspondencia, para sus archivos administrativos y para sus textos religiosos y algunos de sus tratados. Pero a partir del siglo XV aparecerá una nueva escritura, totalmente diferente y reservada prácticamente a las inscripciones en bloques de piedra o a los sellos. Esta escritura se compone de dibujos fácilmente reconocibles (personajes y partes del cuerpo humano, cabezas de animales) y de motivos geométricos (triángulos, volutas, rectángulos, etc...), esculpidos en bajo relieve. No se parece en nada a los jeroglíficos egipcios o cretenses y parece ser una invención local. La primera inscripción de este tipo fue hallada en Hama, en Siria en 1871, y luego muchas otras han ido siendo halladas en Anatolia, y sobre todo en la Siria del Norte, donde la mayoría de ellas datan del siglo X al siglo VII [11]. El desciframiento del hitita jeroglífico, lento y difícil, llevado a cabo por toda una generación de investigadores ha sido corroborado, aunque matizadamente, por algunas inscripciones bilingües, y sobre todo por el largo texto paralelo en fenicio de Karatepe en Cilicia [12], y por los sellos asocidos con textos acadios descubiertos en Ras Shamah (Ugarit) y Meskene. Permitió dividir los signos de esta escritura en dos grupos—logogramas (ideogramas) y signos con valor silábico— e identificar la lengua que en estas inscripciones se expresaba: un dialecto luwita. Recordemos que los luwitas, primos hermanos de los nesitas, habían sido los primeros en penetrar en Anatolia hacia el 2200, y que se habían establecido en la parte meridional de este país (reino de Arzawa), aunque también se habían ido mezclando progresivamente con los hititas «clásicos». Es muy probable que se hubiesen beneficiado de la brutal caída del Imperio hitita para apoderarse de la Siria del Norte y ocuparla, prolongando de este modo el dominio de sus congéneres sobre esta región. Señalemos que los turcos han pretendido reavivar su recuerdo bautizando con el nombre de *Hatay* la pro-

---

[10] Estudios de conjunto sobre los neo-hititas en Seton Lloyd: *Early Anatolia,* Hardmondsworth, 1956, pp. 156/176; O. R. Gurney: *The Hittites,* Hardmondsworth, 1980, 2.ª ed. pp. 41/47; CAH (3), II, 2, pp. 441/442; 526/529; J. D. Hawkins, artículo «Hatti, the 1st millenium BC», en RLA, IV, pp. 152/159. Acerca de la escritura y la lengua E. Laroche: *Les Hiéroglyphes hittites,* I, París, 1960; P. Meriggi: *Hieroglyphisch-Hethitisches Glossar,* Wiesbaden, 1962, 2.ª ed.

[11] Lista completa de estos textos en E. Laroche: «Liste des documents hiéroglyphiques», RHA, 27, 1969, pp. 110/131.

[12] Ver M. J. Mellink: «Karatepe: more light on the dark ages», *Bi. Or.,* 7, 1950, pp. 141/150.

vincia que tiene como capital Antakya (Antioquía), y que, geográficamente se halla situada en Siria.

A partir del siglo XII un auténtico mosaico de reinos «neo-hititas» se extenderá pues a lo largo del costado norte del Tauro, llegando hasta el Orontes y cubriendo un territorio muy amplio. En primer lugar tendremos, en la Alta Capadocia, la confederación de Tabal, que agrupaba a una docena de principados y a la que corresponderán en el este y a lo largo del Éufrates, el Milid (capital Milid, la actual Malatiya), el Kummuhu (la Comagena de los autores griegos y latinos) y el Gurgum (capital Marqasi, en la actualidad Maras). Más hacia el sur y el oeste tendremos, en el mismo paralelo, Cilicia (más tarde llamada Quê), habitada por los dannuna, y cuya capital será Adana, al reino de Ya 'diya en torno a la actual Zencirli, y luego a Carquemish, tan importante como en las épocas precedentes. En la propia Siria y yendo siempre de oeste a este se encontrará primero Pattina (más tarde Unqi), que corresponde aproximadamente a Hatay y que tiene como ciudades principales Kinalua (lugar no identificado, pero situado probablemente en la rica llanura del Amuq) y Arpad (Tell Rifa'at), luego el reino de Alepo, y por último el principado de Til Barsip (Tell Ahmar), única ciudad situada en la otra ribera del Éufrates. En el extremo sur estaría el reino de Hama, próximo a los territorios arameos.

Las excavaciones efectuadas desde comienzos del presente siglo en Zencirli, Sakçe Gözü, Carquemish, Tell Taynat, Tell Ahmar, Karatepe y Malatiya fundamentalmente nos han proporcionado abundantes informaciones acerca del arte y la arquitectura de los neo-hititas y nos han permitido comprender por qué los asirios tuvieron dificultades en apoderarse de estos pequeños reinos. Las grandes ciudades, de trazado aproximadamente circular se hallaban rodeadas por dos sólidas murallas, perforadas con puertas en tenaza: una en torno a la ciudad baja y la otra en torno a la ciudadela. Esta última contenía el palacio real, generalmente del tipo llamado por los asirios *bît hilâni,* es decir precedido por un pórtico, cuyas columnas de maderas reposaban sobre zócalos de piedra en forma de leones o esfinges, y que se componían de una serie de habitaciones rectangulares paralelas al gran eje del edificio. Los muros de la avenida que llevaba a la ciudadela, al igual que la fachada del palacio, estaban adornados con grandes placas de basalto o calcáreo (ostostatos) que llevaban esculpidas en bajorelieve escenas de banquetes o cacerías reales, o bien desfiles de soldados. Estas esculturas, por lo general toscas y mal acabadas, no están a pesar de todo desprovistas de vida y movimiento: algunas incluso llegan a alcanzar una auténtica belleza. La mayor parte de los arqueólogos ven en ellas una forma bastarda del arte hitita mezclado con influencias asirias y egipcias.

Desde que se conoce mejor el hitita jeroglífico la historia de estos reinos, hasta entonces conocida únicamente a través de los textos asirios, comienza a aclararse, sobre todo en lo que se refiere a la suce-

sión de la genealogía de sus soberanos [13]. Irían desapareciendo uno detrás de otro bajo los golpes de los reyes de Asiria entre los años 745 y 708, pero algunos de ellos ya habían sido absorbidos antes por sus vecinos más próximos, los arameos.

Los arameos

Como suele ser costumbre en estos casos, el origen de los arameos [14] se halla rodeado de misterio. La lengua aramea, muy semejante al cananeo y al amorrita, pertenece al grupo llamado «semítico-occidental», pero presenta algunas afinidades con el árabe, lo que puede llevar a creer que este pueblo que la hablaba vendría de las proximidades de la península arábiga, en la que habría vivido. Sin embargo, otros argumentos están a favor de una larga estancia en los confines del desierto sirio-mesopotamio, sobre todo en la alta Jazirah, y no debería considerarse como anacrónica totalmente la tradición bíblica que emparenta a los arameos con los hebreos y llega incluso a hacer de Jacob (Israel) un «arameo errante [15]». Otro asunto de controversia es el momento preciso en el que los arameos aparecen en los textos, y por lo tanto entran en la historia. Desde la época de Acad hasta el siglo XIV se encuentran en los textos mesopotámicos sirios y egipcios referencias aisladas al país, ciudades y personajes llamados *Aram* o *Arami* (*irme* en egipcio), pero podría tratarse de simples homónimos y por ello no se pueden extraer a partir de este hecho conclusiones seguras. En realidad la mención más antigua de los arameos en tanto que grupo étnico se halla en las inscripciones del rey de Asiria Tiglat-Pileser I (1115-1077), en la forma de unos enemigos llamados *Ahlamû-Aramâia,* lo que se podría traducir por «(los de) Ahlamû (que son) arameos» e indicar que en esta época los arameos formaban parte de un amplio grupo de tribus establecidas desde hacía mucho tiempo en el Creciente Fértil. En efecto, dos cartas del siglo XIV mencionan a los merodeadores ahlamû en la Baja Mesopotamia [16] y en el siglo XIII Adad-nirâri I, Salmanasar I y Tukulti-Ninurta I los encontraron *solos,* los dos primeros en la Jazirah y el tercero de ellos en Éufrates medio [17]. No obstante también es posible que Ahlamû y los arameos operasen en esas regiones sin estar en modo alguno asociados y que los reyes asirios tomasen por error por

---

[13] J. D. Hawkins: «Assyrians and Hittites» *Iraq,* 36, 1974, pp. 67/83.

[14] Principales obras sobre los arameos: E. Forrer, artículo «Aramu» en RLA, I, pp. 131/139; R. T. O'Callaghan: *Aram Naharaïm,* Roma, 1948; A. Dupont Sommer: *Les Araméens,* París, 1949; A. Malamat: «The Arameans», en D. J. Wiseman (Ed.): *Peoples of the Old Testament,* Oxford. 1973, pp. 134/155.

[15] *Deuteronomio,* XXXVI, 5.

[16] B. P. Cornwall: «Two letters from Dilmun», JCS, 6, 1952, pp. 137/145.

[17] ARAB, I, párr. 73, 116, 166.

un único pueblo a estos dos que pertenecían a la detestable ralea de los bandidos de la estepa [18].

Sea como fuere, no hay duda alguna de que los arameos ya se habían hecho sedentarios en Siria central y meridional a partir del siglo XI. Puede leerse, en efecto, en la Biblia que Saúl y David combatieron contra los reinos arameos situados al norte de Israel y que representaban para este último una seria amenaza: Aram Sobah entre el Anti-Líbano y Palmira, Aram Beth-Rehob en la Beqa'a Aram Maakah en el Golán y el país de Tob en la Jordania del norte. Hacia finales del reinado de Salomón todos estos estados quedaron incorporados en el gran reino de Damasco (*Aram Dammesheq*) contra el que primero este soberano y luego los del pequeño reino de Israel, también tuvieron que luchar [19]. A partir del siglo X los arameos fueron extendiendo progresivamente sus dominios sobre la Siria del Norte a costa de los neo-hititas, y dándole frecuentemente a los estados que iban creando el nombre de la antigua tribu conquistadora: *Bît(u)* «casa» de tal. Se apoderaron progresivamente de Alepo, de Arpad, que se convirtió en la capital de Bît Agusi, de Til Barsip, a partir de este momento la ciudad principal de Bît Adini, de Ya'diya rebautizada como Sam'al, y por último de Hama. Únicamente los reinos de Pattina y Carquemish, así como Cilicia y los estados neo-hititas del Tauro consiguieron permanecer libres. Este proceso de conquista y sedentarización alcanzó muy pronto toda la región comprendida entre el codo del Éufrates y el Khabur, región que tomó globalmente el nombre de *Aram Naharaïm,* «el Aram de los dos ríos». Allí se encontraban el Bît Bahiâni (capital Guzana, sobre el antiquísimo yacimiento de Tell Halaf), el Bît Halupê sobre el bajo Khabur, y, más al norte, el Bît Zamâni que tenía como capital Amedi, la actual Diarbakr. Por último las tribus arameas semi-sedentarizadas ocuparon todo el valle del Éufrates medio hasta los alrededores de Hît (país de Laqê, de Hindani y de Suhu). Enseguida describiremos la progresión de los arameos que permanecieron siendo nómadas hacia Asiria y su asentamiento en la Baja Mesopotamia.

Como todos los pueblos llegados de la estepa o de las montañas que se fueron implantando en el Creciente Fértil en el transcurso de los siglos y se dedicaron a la vida urbana, los arameos no aportaron nada que no fuese su ardor, tanto en el trabajo como en la guerra, así como su inteligencia que les valió el ocupar cargos elevados en la administración de los reinos orientales [20] y su agudo sentido del comercio. La rapidez y la facilidad con las que supieron adoptar la civilización de los países en los que se instalaron fueron muy notables.

---

[18] S. Moscati; «The Aramaean Ahlamu», JSS, 4, 1959, pp. 303/307.

[19] M. F. Unger: *Israel and the Aramaeans of Damascus,* London, 1957.

[20] P. Garelli: «Importance et rôle des Araméens dans l'administration de l'Empire assyrien» en H. J. Nissen y J. Renger (Ed.): *Mesopotamien und seine Nachbarn,* Berlín, 1982, II, pp. 437/447; H. Tadmor: «The aramaization of Assyria: aspects of western impact», *ibíd.,* pp. 449/470.

Así es que es prácticamente imposible aislar los elementos constitutivos de una religión aramea propiamente dicha, porque su panteón está lleno de dioses sumero-acadios (Shamash, Nergal, Marduk, Istar, llamada Atar, y muchos otros), y de dioses cananeos, como el gran dios El, el dios de la tormenta Hadad, la diosa Anat y los diversos Baales («Señores»), divinidades locales o tribales. Los mismo ocurre en el dominio del arte, porque los reyes de Damasco no sólo llamaron a artistas fenicios para costruir sus palacios, sino que también en Zencirli, por ejemplo, no hay nada ni en la arquitectura ni en la escultura que diferencie claramente el período arameo del período neo-hitita. Pero al parecer hay una excepción. El palacio del rey de Guzana, Kapara (siglo IX)[21], exhumado durante las excavaciones de Tell Halaf, que también es de tipo *Bît hilâni,* y cuyos ortostatos muestran la existencia de las habituales influencias anatolias, mesopotamias y egipcias, pero cuyas gigantescas estatuas, que formaban las «cariátides» del pórtico, cuya enorme ave de grueso pico que las precedía y cuyos hombres escorpiones que guardaban la entrada del palacio, así como las diosas sentadas que se sentaban en su capilla, no se parecen a ninguna otra escultura de bulto redondo del mundo oriental. Algunos autores han pretendido ver en ello una supervivencia del hipotético arte «hurrita», mientras que otros tienden a considerarlas como obras originales de los artistas arameos[22].

Fueron sin embargo estos «bárbaros», estos nómadas recientemente sedentarizados los que, en la segunda mitad del primer milenio, impondrán su lengua a todo el Oriente. Esta hazaña, por otra parte involuntaria se debió a su mezcla con las poblaciones autóctonas —mezcla que se vio favorecida por la política de deportaciones masivas llevada a cabo por los reyes de Asiria—, junto a sus actividades comerciales y al hecho de que adoptaron, modificándolo ligeramente, el alfabeto lineal fenicio, mucho más simple y práctico que la escritura cuneiforme. Desde mediados del siglo VIII el arameo se convirtió en la lengua oficial, junto con el acadio, en la propia Asiria. Y hacia el 500 a.J.C., cuando los persas aqueménidas se pusieron a buscar un lenguaje que pudiese ser comprendido por todos los pueblos de su amplio imperio, eligieron el arameo. A finales de la era precristiana, cuando el hebreo ya se había unido con el sumerio en el paraíso de las lenguas muertas, cuando el acadio agonizaba lentamente y cuando el griego quedaba reservado para la *intelligentsia,* el arameo era hablado, escrito y leído de la India a Egipto y del Cáucaso a Arabia, también se usó en la Biblia (libros de Ezra y Daniel) y es sabido que Jesús se expresó en esta lengua. Debió reinar sin oposición alguna hasta la conquista árabe. La propia escritura árabe deri-

[21] M. Freiherr von Oppenheim: *Der Tell Halaf,* Leipzig, 1931, pp. 71/198; *Tell Halaf* II, *Die Bauwerke,* Berlín, 1956; A. Moortgat: *Tell Halaf* III, *Die Bildwerke,* Berlín, 1955; A. Parrot, *Assur,* París, 1961, figs. 90/106.

[22] AAO, p. 156.

va de una de las formas cursivas de la escritura aramea, al igual que muchos de los sistemas gráficos utilizados en el Asia superior. Añadamos que además en el siglo VI de nuestra Era el arameo dará nacimiento a una literatura cristiana extremadamente rica, la literatura siríaca, que los misioneros nestorianos exportarán hasta Mongolia, y que el siríaco ha sobrevivido como lengua litúrgica en muchas de las iglesias orientales. Todavía en la actualidad se hablan dialectos arameos en algunas aldeas del Anti-Líbano y en las comunidades cristianas del Iraq. Pocas lenguas del mundo pueden orgullecerse de una tan larga tradición.

Pero ya es hora de volver a Mesopotamia, a la que habíamos dejado a finales de la dinastía casita (1157), al abrir este largo, pero creemos que indispensable, paréntesis.

Los sombríos años de Mesopotamia

Los elamitas no supieron explotar su victoria sobre los casitas, al igual que la que habían obtenido sobre los sumerios de Ur III ocho siglos y medio antes. Kutir-nahhunte, convertido en rey del Elam a la muerte de su padre, dejó Babilonia, confiando la ciudad a un gobernador. Poco después moriría y la corona pasaría a su hermano Shilhak-Inshushinak (alrededor de 1150-1120) que dirigiría sus esfuerzos hacia el norte y que en una larga serie de campañas llegaría a conquistar todos los territorios situados entre los Zagros y el Tigris hasta llegar a los alrededores de Arrapha (Kirkuk), pero no se atrevería a atacar la capital asiria, que se hallaba muy próxima. En el sur no poseía más que el país de Acad, y cometió el error de olvidarse de Sumer, desde donde se pudo organizar la resistencia, a partir de la toma de Babilonia, en torno a la ciudad de Isin, que gozaba de un gran prestigio histórico. En el año 1134 el tercer rey de la «II Dinastía de Isin[23]», Ninurta-nadin-shumi, se aprovechó de que el elamita se hallaba por aquel entonces ocupado en la reconquista de Babilonia (hacia el 1130), y cuando el Elam caía en la anarquía tras el reinado de Shilhak-Inshushinak, su hijo Nabucodonosor* (1124-1103) decidirá atacar en él al «enemigo hereditario».

Primero sufriría un estrepitoso fracaso —«el elamita me persiguió y yo huí ante él. Me tumbé en un lecho de tristeza y de gemidos[24]», pero la deserción de un jefe elamita llamado Shitti-Marduk, que le prestó sus tropas y combatió a su lado, convirtió su segunda campaña en un gran éxito. La descripción de esta guerra sobre un *kudurru,*

---

[23] A partir de esta dinastía y hasta la época neobabilonia la obra fundamental es: J. A. Brinkman: *A Political History of Post-Kassite Babylonia (1158-722),* abreviada PKB, Roma, 1968.

* *Nabû-kudurri-usur:* «¡Oh Nabu, protege a mis descendientes!»

[24] Para este curioso texto del tipo «lamentación», ver H. Tadmor: «*Historical implications of the correct rendering of Akkadian dâku*», JNS, 17, 1958, pp. 138/139. Ver CAH (3), II, 2, p. 501. No es cierto que se trate de Nabucodonosor I.

en el que se conceden tierras y privilegios a Shitti-Marduk en recompensa por su ayuda es uno de los escasos relatos militares de la Antigüedad que está impregnado de poesía[25]:

> «Desde Dêr, ciudad sagrada de Anu, él (el rey de Babilonia) hizo un avance de treinta *beru* (320 kilómetros). En el mes de Tammuz (julio-agosto) tomó el camino. La punta de las lanzas ardía como el fuego; los guijarros del camino ardían como brasas. Los wadis estaban secos y agotados los cursos de agua. La elite de los más fuertes de los caballos se detenía y a los jóvenes les flaqueaban las piernas. (Pero) él marchaba, el rey elegido, los dioses lo sostenían. Nabucodonosor, el sin rival, avanzaba...»

La batalla tuvo lugar a las riberas del río Ulaia (el Karun):

> «Los dos reyes se enfrentaron y emprendieron el combate. Entre ellos ardía como un fuego. El rostro del sol se oscurecía a causa de su polvareda. Los huracanes soplaban, la tempestad rugía... Hulteludish, el rey del Elam huyó y desapareció para siempre y el rey Nabucodonosor se alzó con la victoria. Se apoderó del Elam y saqueó sus tesoros.»

Entre estos tesoros se hallaba la estatua de Marduk, devuelta con gran pompa a Babilonia, lo que confirió a Nabucodonosor una aureola de gloria y le valió a Marduk el ser elevado al fin a la cúspide del panteón babilonio[26]. Pero el Elam, aunque gravemente herido, no fue «tomado» verdaderamente y los sucesores de este valeroso monarca tendrían que combatir, no para apoderarse de países extranjeros, sino para defender al suyo contra sus rivales los asirios.

A pesar de las graves crisis de sucesión y de la pérdida temporal de sus provincias orientales en beneficio de los elamitas, los asirios conocieron durante el siglo XI un período de prosperidad. Ashur-dân I y Ashur-rêsh-ishi, contemporáneos de los soberanos de Isin II, consiguieron que los sutu les pagasen tributo, mantuvieron a los ahlamû a distancia y llevaron la frontera asirio-babilonia hasta Adhem, cerca de la Diyala, a la vez que restauraron numerosos templos y edificios de Asur y Nínive. Pero a finales del siglo, las tempestades comenzarían a soplar por todas partes, y hubieran destruido Asiria sin la energía infatigable de uno de los dos o tres más grandes monarcas asirios desde Shamshi-Adad: Tiglat-Pileser I (1115-1077) *. En el norte los mushki habían franqueado el Tauro con 20.000 hombres y descendían por el valle del Tigris en dirección hacia Nínive. Al este las tribus

---

[25] L. W. King: BBS, n.° VII, líneas 29/36.

[26] W. G. Lambert: «The reign of Nebuchadnezzar I: a turning point in the history of ancient Mesopotamian religion», en W. S. Mac Cullough (Ed.): *The Seed of Wisdom*, Toronto, 1964, pp. 3/13.

* *Tidat-Pileser, (Teglath-Falazar) es la forma hebrea de Tukulti-apal-Esharra.* «Mi confianza está en el hijo de el Esharra (templo de Ashur)».
En la Biblia se trata de Tiglat-Pileser III.

de los Zagros, los lullume (lullubi) y los qutû (guti) se mostraban francamente hostiles. Al oeste los arameos —citados aquí por primera vez— se habían establecido por la fuerza a lo largo del Éufrates y ya habían comenzado a franquear ese río. Por último al sur, Marduk nadin-ahhê, rey de Babilonia, no sólo había llevado su frontera hasta el Zab inferior, sino que también había tomado y saqueado Ekallatê (Ekallatum), sobre el Tigris y no lejos de Asur. Tiglat-Pileser hizo frente a todas estas amenazas. Primero marchó contra los mushki y los masacró, junto con sus aliados. Después, deseando proteger su frontera septentrional, subió a «las altas colinas y a las escarpadas cumbres de las montañas de Naïri», se internó en Armenia y llegó hasta Malazgird, al norte del lago Van, donde erigió una estela [27]. En otra campaña castigó al país de los musri y de los qummani, en la llanura que separa Harran del Tauro. Los arameos fueron rechazados al otro lado del Éufrates y perseguidos hasta el Jebel Bishri, pero el desierto sirio estaba infestado de estos enemigos numerosos y tenaces:

> «Veintiocho veces», dijo el rey, «he combatido contra los Ahlamû-arameos (una vez) yo (mismo) atravesé el Éufrates dos veces en un año. Los vencí desde Tadmur (Palmira), en el país de Amurru, hasta Anat en el Suhu y hasta Rapiqu, que está en Karduniash. Traje su botín y sus bienes a mi ciudad de Asur [28].»

Será en el curso de una de estas campaña cuando Tiglat-Pileser «conquiste» Siria y alcance la costa fenicia, donde recibirá tributo de Arad, Biblos y Sidón, así como un cocodrilo y un «gran mono» [29]. Por último tendría lugar la guerra victoriosa contra Babilonia:

> «Marché contra Karduniash... Me apoderé de los palacios de Babilonia, que pertenecían a Marduk-nadin-ahhê, rey de Karduniash. Los incendié... Dos veces formé una línea de carros contra Marduk-nadin-ahhê, rey de Karduniash, y lo derroté.» [30].

Este gran guerrero era a la vez un gran cazador, aficionado a la caza mayor: cuatro toros salvajes «poderosos y de un tamaño mostruoso» abatidos en Hanigalbat, diez «poderosos elefantes [31] machos en el país de Harran y en el distrito de Khabur», novecientos veinte leones, de los que cien fueron muertos pie a tierra, conesas nuevas

---

[27] G. A. Melikisvili: *Nairi-Urartu* (en ruso), Tiflis, 1954, p. 171. Ver CAH, (3), II; 2, p. 459.

[28] ARI, II, párr. 97 (Ver párr. 83); ANET (3), p. 275.

[29] ARI, II, párr. 95.

[30] ARAB, I, párr. 309; ARI, II, párr. 100; «Historia sincrónica», col. II, líneas 14/14 (ABC, pp. 164/165); E. Weidner: Die Feldzüge und Bauten Tiglatpilesers I», AfO, 18, 1958, pp. 342/360.

[31] La presencia de elefantes en Siria septentrional podría parecer sorprendente. Parece ser que estos animales fueron importados de la India en una época indeterminada. Probablemente fuesen poco numerosos, ya que están escasamente representados sobre los monumentos figurados. Ver D. Collon: «Ivory», *Iraq*, 39, 1977, pp. 219/222.

y duras espadas de hierro, e incluso un delfín y un narval que se llama «caballo de mar», capturados en las aguas del Mediterráneo, en las cercanías de Arad [32].

La muerte del rey puso fin a esta época de gloria e inaugura un período de muy sombríos años. Creciente aumento de la invasión aramea y desesperados esfuerzos de los asirios para frenarla o estancarla, irremediable decadencia de Babilonia, Sumer y Acad ampliamente expuestos a los nómadas, guerras exteriores, guerras civiles, inundaciones, hambrunas, es el lamentable panorama que nos ofrece la Mesopotamia del siglo IX. Si alguna vez hubo un tiempo de «problemas y desórdenes» [33], de confusión y sufrimientos, fueron sin duda esos ciento sesenta y seis años que pasaron entre la muerte de Tiglat-Pileser (1077) y la subida al poder de Adad-nirâri (911).

Los muy fragmentarios annales de los sucesores de Tiglat-Pileser nos permiten observar las progresiones de los arameos en Mesopotamia [34]. Bajo el reinado de Ashur-bêl-kala (1074-1057) pusieron una pica en el Tigris y alcanzaron los alrededores de Asur, lo que obligó al rey a firmar la paz con los babilonios [35], pero el grueso de sus fuerzas estaba todavía al lado derecho del Éufrates. Cincuenta años más tarde ya habían franqueado el río y fundado reinos en todo el valle del Khabur. Todavía unos decenios después los podemos encontrar en Nisibin, a medio camino entre este río y el Tigris. Ashur-dân II (934-912) trató de expulsarlos y se jactó de haber obtenido grandes victorias, pero las inscripciones de Adad-nirâri II indican claramente que ocupaban todavía la Jazirah. Así pues, asaltada por estos «beduinos» y víctima de la hostilidad de los pueblos del Tauro y de los Zagros, Asiria se hallaba amenazada de asfixia.

Pero en Babilonia la situación todavía era peor, como demuestran las antiguas crónicas [36]. El cuarto sucesor de Nabucodonosor I, Adad-apla-iddina (1067-1046) era un arameo, colocado por los asirios en el trono de Babilonia, quizás con la vana esperanza de que pudiese negociar con sus congéneres. Bajo su reinado los sutû saquearon y destruyeron uno de los más grandes santuarios de Acad, el templo de Shamash en Sippar, acontecimiento que quizás haya inspirado al autor de un gran poema babilonio de guerra y desolación, que se llama la *Epopeya de Erra* [37]. Entre 1024 y el año 978 Babilonia tuvo

---

[32] ARAB, I, párr. 247/248; ARI, II, párr. 43/45, 103, 111, 132.

[33] Tablilla de piedra de Nabû-apla-iddina (887-855), I, 4-5. Traducción: L. W. King, BBS, p. 121.

[34] J. R. Kupper: *Les Nomades de Mésopotamie au temps des rois de Mari*, París, 1957, pp. 115/125.

[35] «Historia sincrónica», col. II, líneas 25/27 (ABC, p. 165). El rey de Babilonia es Marduk-shapik-zêri (1080-1068).

[36] L. W. King: *Chronickes*, II, pp. 143/179. Ver sobre todo la «Crónica religiosa» (ABC, pp. 133/138), algunos pasajes de la «Crónica dinástica» (ABC, pp. 139/144) y un fragmento de crónica asiria (ABC, p. 189).

[37] P. Gössmann: *Das Erra-Epos*, Würburg, 1955; L. Cagni: *L'Epopea di Erra*, Roma, 1969; R. Labat: *Les Religions du Proche-Orient*, pp. 114/137.

no menos de siete reyes, repartidos entre tres dinastías. La primera de ellas, llamada «II Dinastía del País del Mar» fue fundada por un casita llamado Simbar-Shipak, la segunda (dinastía de Bazi) por el jefe de una tribu instalada al este del Tigris, y la tercera (que no posee más que un único rey) por un soldado de origen elamita. Durante todos estos años las crónicas señalan la aparición de un eclipse de sol (siempre signo de mal augurio), de extraños fenómenos, inundaciones, incursiones de animales salvajes hasta los límites de las ciudades, períodos de hambruna acompañados de desórdenes sociales, frecuentes ataques de los nómadas, sobre todo de los sutû. Bajo el reinado de Nabû-mukin-apli (977-942) «los arameos se volvieron hostiles». Dejaron la capital aislada de sus barrios periféricos, de modo que durante muchos años sucesivos el festival del Año Nuevo —que incluía los desplazamientos de las estatuas divinas fuera de Babilonia— no pudo celebrarse: «Nabû no vino (de Barsippa) y Bêl (Marduk) no salió (de Babilonia) [38]. Los monarcas que le siguieron no hicieron más que pasar por el trono y no son prácticamente más que nombres de una lista, pero fue quizás en esa oscura época cuando muchas de las tribus de las que hablan los textos asirios más tardíos —los litaû, los puqudû y los gambulû— se instalaron en el curso inferior del Tigris y en la frontera del Elam, y cuando los caldû (Caldeos) invadieron el país de Sumer [39]. Nadie hubiera podido imaginar por aquel entonces que tres siglos más tarde los caldeos darían a Babilonia su más grande rey, después de Hammurabi: Nabucodonosor II. Pero en ese lapso de tiempo relativamente corto el Imperio Asirio había crecido, había alcanzado su apogeo, y también se había desplomado.

[38] «Crónica religiosa», col. III, líneas 4/15 (ABC, pp. 137/138).

[39] Sobre estas tribus ver PKB, pp. 260/267 (caldeos), pp. 267/285. (arameos); M. Dietrich: *Die Aramäer Südbabyloniens in der Sargonidenzeit*, (700-648), Neukirchen-Vluyn, 1970. Ver F. Malbran-Labat: *Journal asiatique*, 1972, pp. 15/38.

CAPÍTULO DIECIOCHO

LA EXPANSIÓN DE ASIRIA

En este fin de siglo Asiria había caído muy bajo. La falta de unidad entre sus enemigos y los bastonazos de Ashur-dân II la habían salvado de una rápida destrucción, pero su situación económica era tal que, con consentimiento de su propio rey, muchos asirios habían tenido que emigrar para huir de «la miseria, el hambre y la hambruna» [1]. Sus arterias vitales —las grandes rutas comerciales que atravesaban la Jazirah, el Tauro y los Zagros— estaban en manos de las tribus arameas y de unos montañeses resueltamente hostiles. Los babilonios, no se sabe ni cómo ni cuándo, habían conseguido apoderarse de Arrapha y de Lubdu [2], peligrosamente cercanos a Asur. El territorio asirio se hallaba reducido a una larga franja de alrededor de 160 kilómetros y con un máximo de 80 kilómetros de ancho a lo largo del Tigris, y casi totalmente en su ribera izquierda. Ya no era el gran reino de Tiglat-Pileser, sino un pequeño país rodeado, y prácticamente estrangulado.

Sin embargo este país continuaba siendo libre y ni Asur ni Nínive habían caído en manos del enemigo. Poseía un arsenal de armas, carros y una reserva de caballos. Sus rudos campesinos, curtidos en el combate por años de luchas, seguían siendo unos excelentes soldados y su línea dinástica había permanecido ininterrumpida, habiéndose transmitido la corona de padre a hijo durante más de dos siglos [3]. En el mundo caótico de aquel entonces ningún otro estado podía enorgullecerse de tal continuidad y de un potencial militar semejante. Babilonia se hallaba parcialmente ocupada y era regularmente saqueada

[1] ARI, II, párr. 368.
[2] Sobre Lubdu, ver PKB, p. 178, n.° 1.096.
[3] Exactamente después de Ninurta-apal-Ekur (1192-1180).

por los arameos. Desde la victoria de Nabucodonosor I sobre «Hulteludish» (Hutelutush-Inshushinak), el Elam había desaparecido momentáneamente de la escena política; los medos y los persas en Irán y los frigios en Anatolia occidental no habrían de aparecer hasta mucho más tarde. En Armenia el gran adversario del futuro, Urartu, comenzaba justamente ahora a tomar su forma. Por último, el lejano Egipto, que desde hacía mucho tiempo ya se había retirado de Asia, se hallaba dividido entre los faraones libios que reinaban sobre el Delta y los sumo-sacerdotes de Amón que gobernaban el Alto Egipto desde Tebas. A pesar de las apariencias, Asiria era sin duda alguna la más fuerte, la más temible de todas las naciones del Próximo Oriente y los observadores de la época debían pensar que el día que se despertase, nadie podría rivalizar con ella [4].

Asiria se despertó en el año 911. El rey que subió al trono de Asur este año fue Adad-nirâri II*, que no figura entre los más ilustres, y cuyo nombre nunca pasaría a la posteridad, como los de Sargón II o Asurbanipal, pero será él quien rompa el lazo arameo y quien, sin saberlo, abriría el último, pero también el más brillante capítulo de la larga historia del reino del Norte. La guerra que emprendió y ganó fue a sus ojos una guerra de liberación nacional [5]. Los arameos fueron expulsados del valle del Tigris y desalojados de los montes Kashiari (Tur Abdin, macizo volcánico escarpado, situado al norte de Nisibin). Muchas ciudades de la Jazirah oriental, antaño «arrancadas al dios de Asur» fueron reconquistadas o desmanteladas, o por el con-

---

[4] Las principales fuentes para la historia política del período neo-asirio son: A) Las inscripciones reales asirias cuya bibliografía se hallará en R. Borger: *Handuch der Keilschriftliteratur*, III, Berlín, 1975, pp. 23/28 y W. Schramm: *Einleitung in die assyrischen Königinschriften*, II, Leiden, 1973, Numerosos textos han sido traducidos al inglés por D. Luckenbill: *Ancient Records of Assyria and Babylonia* (ARAB). Chicago 1926-1927, 2 vols., obra práctica pero necesariamente incompleta, dada su fecha. Es una lástima que la excelente obra de A. K. Grayson: Assyrian Royal Inscriptions (ARI), Wiesbaden, 1972-1976, 2 vols., no sobrepase el reinado de Asurnasipal II.

B) La lista de epónimos con mención de los acontecimientos año a año, publicada en 1938 por A. Ungnad, artículo «Eponymen» en RLA, II, pp. 412/457, que también necesita ser puesta al día.

C) La correspondencia real descubierta en Nínive y publicada por R.F. Harper: *Assyrian and Babylonian Letters belonging to the Kuyunjik Collection of the British Museum* (ABL), London/Chicago, 1892-1914, 14 vols.; estas cartas han sido traducidas por Leroy Waterman: *Royal Correspondance of the Assyrian Empire* (RCAE), Ann Arbor, Mich, 1930-1936, 4 vols., pero habría que cambiar muchas cosas en esta obra. A estas cartas de Nínive se añadirá la correspondencia real de Nimrud publicada por C. J. Gadd, J. V. Kinnier Wilson, B. Parker, H. W. Saggs y D. J. Wiseman: en *Iraq*, 12 (1950) hasta 28 (1966).

D) Las crónicas asirias y babilonias recopiladas por A. K. Grayson: *Assyrian and Babylonian Chronicles* (ABC), Locust Valley, N. Y., 1975.

E) Las inscripciones babilonias estudiadas por J. A. Brinkman en *A Political History of Post-Kassite Babylonia*, PKB, Roma, 1968.

F) El *Antiguo testamento*, sobre todo II Reyes, II Crónicas y Profetas.

* «El dios Adad es mi ayuda»

[5] Inscripciones de Adad-nirâri II en ARAB, I, párr. 355/399 y ARI, II, párr. 397/460.

trario poderosamente fortificadas para evitar eventuales ataques. Otras campañas conducirían al ejército asirio hasta el Kurdistán, cuyos habitantes fueron «segados por montones» o expulsados hacia las montañas. Por último el babilonio Shamash-mudammiq fue atacado y derrotado en dos ocasiones, perdiendo no sólo sus posesiones en el este del Tigris, sino también las ciudades fronterizas de Hît y Zanqu sobre el Éufrates medio [6]. Otra campaña contra su sucesor: Nabû-shuma-ukîn (899-888) fue aparentemente menos feliz, pero terminó con un tratado que garantizará la paz entre los dos reinos durante unos ochenta años: cada uno de los dos soberanos se casará con la hija del otro [7]. Tukulti Ninurta II (890-884), aparentemente tan enérgico como su padre, no vivió el tiempo suficiente como para poder haber engrandecido considerablemente sus dominios, pero reconstruyó la muralla de Asur, «de sus cimientos a su cumbre» y una gran gira por los territorios del oeste reconquistados por Adad-nirâri le valió el respeto de los arameos establecidos sobre el Éufrates [8]. A su muerte, las fronteras de Asiria abarcaban todo el noroeste mesopotámico desde los Zagros hasta el Khabur, de Nisibin a Anat y a los alrededores de Samarra. El joven Asunasirpal II, su hijo, heredará este reino, ya considerable y emprenderá el proceso que iba a permitir ulteriormente transformarlo en un inmenso imperio [9].

Génesis de un imperio

No parece que la formación del imperio asirio haya sido el fruto de un proyecto largamente madurado, de una empresa premeditada y de amplio aliento, que tratase de agrupar bajo un mismo soberano países extremadamente distintos tanto por su lengua, su religión, como por sus tradiciones y su historia. Este fue más bien el resultado final, y podríamos decir que casi inesperado, de una larga serie de guerras llevadas a cabo por los reyes de Asiria a partir del último tercio del segundo milenio y que tuvieron causas múltiples y muy variadas.

---

[6] ARAB, I, párr. 360; ARI, II, párr. 420, 422; «Historia sincrónica», col. III, líneas 1/6 (ABC, p. 166). Ver PKB, pp. 177/180.

[7] «Historia sincrónica», col. III, 9/21 (ABC, p. 166). Ver PKB, pp. 180/182.

[8] ARAB, I, párr. 402/ 434; ARI, párr. 464/488.

[9] Sobre este tema ver W. G. Lambert: «The reigns of Assurnasirpal II and Shalmaneser III, an interpretation», *Iraq,* 36, 1974, pp. 103/109; H. Tadmor: «Assyria and the West: the ninth century and its aftermath», en H. Goedicke y J. J. Roberts (Ed.): *Unity and Diversity,* Baltimore, 1975, pp. 36/48; A. K. Grayson: «Studies in Neo-Assyrian history: the ninth century BC» *Bi. Or.,* 33, 1976, pp. 134/145; M. Liverani: «The ideology of the Assyrian empire» en M. T. Larsen (Ed.): *Power and Propaganda,* Copenhague, 1979, pp. 297/317; P. Garelli: L'Etat et la légitimité royale sous l'Empire asyrien, *ibíd,* pp. 319/328; J. Reade: Ideology and propaganda in Assyrian art», *ibíd,* pp. 329/343.

No se puede negar que algunas de estas guerras fueron operaciones defensivas o preventivas, destinadas a proteger la estrecha llanura ribereña del Tigris, que constituía el territorio propio de la ciudad de Asur y de su dios, contra los enemigos potenciales, y a mantener abiertas las rutas de un comercio que era indispensable para su supervivencia. Estas rutas iban hacia el oeste, a través de la Jazirah, franqueando las alturas del Tauro y de los Zagros, al norte y al este y siguiendo el río hacia el sur. A finales del siglo X, fecha en la cual comienza la epopeya que iba a culminar con el Imperio Asirio, todas ellas se hallaban cortadas o amenazadas por los pueblos de las montañas, obstinadamente independientes, y a veces ladrones, por las tribus de los belicosos arameos y por Babilonia, gran estado a la vez envidiado por sus riquezas, venerado por ser el heredero de las grandes tradiciones sumero-acadias y temido, porque desde Sargón de Acad los reyes del sur jamás habían cesado de reivindicar el norte mesopotámico, como lo demuestran las eternas «querellas fronterizas» de que fueron normalmente responsables. La lucha en todos estos frentes era pues el precio que tenían que pagar los asirios para recuperar su libertad económica y política. Si salían victoriosos, estas rutas se convertirían en vías de penetración y todas las esperanzas estarían permitidas, comprendido el acceso al Mediterráneo y al Golfo —no olvidemos que de todas las naciones del antiguo Oriente, Asiria fue la única que no tuvo una «ventana» marítima.

Pero no bastaba con sobrevivir, también era necesario enriquecerse, financiar grandes obras y asegurar a los reyes y a los dioses el lujo al que tenían derecho. Este excedente indispensable lo había venido proporcionando a los asirios el comercio de estado durante gran parte del segundo milenio, hasta que ese equilibrio económico que superaba las ribalidades políticas de los siglos XV y XIV fue definitivamente destruido por las grandes invasiones de los alrededores del 1200. Desde entonces las campañas de Tukulti-Ninurta I y de Tiglat-Pileser I había puesto de manifiesto que los audaces *raids* podían ser muy fructíferos y que era necesario reservar un terreno de caza, «un área geográfica donde no se pudiese saquear sin contar con la oposición real [10]» y procurarse al mismo tiempo que riquezas una abundante mano de obra, además barata, en forma de prisioneros de guerra y de poblaciones civiles deportadas. Mientras los principados pequeños relativamente cercanos a Asur pudiesen ser saqueados y obligados a pagar anualmente el precio de su independiencia, no era necesario anexionárselos ni gobernarlos directamente.

A estos motivos económicos es preciso añadir la ambición, a veces desenfrenada, de los soberanos de Asiria, su deseo, muy oriental, de cubrirse de gloria, de brillar a los ojos de sus súbditos. Además se sentían obligados, en tanto que sumo-sacerdotes y representantes terrestres del dios de su país, considerado como el supremo sobe-

[10] D. G. Hogarth: *The Ancient Near East*, London, 1950, p. 25.

rano [11], a extender el dominio de Asur sobre todos los pueblos, lo que, naturalmente, no podía llevarse a cabo sin recurrir a la fuerza, y a veces también al terror. Además era necesario, ya que los enemigos del rey eran *ipso facto* los enemigos del dios castigar a los «infieles», las gentes intrínsecamente malas, hiciesen lo que hiciesen [12]. De este modo el bandidaje y las masacres hallaban su justificación en la ideología político-religiosa de los asirios. Las guerras defensivas o preventivas y las campañas de saqueo se convertían en cruzadas.

Cada año, o casi, normalmente en primavera, el rey de Asiria movilizaba a sus tropas, «por orden de Ashur» y las guiaba por los caminos polvorientos de la gran llanura mesopotámica o los pedregosos senderos del Tauro y los Zagros. A comienzos del siglo noveno sus adversarios no eran más que jefes de tribu o de los pequeños reinos locales. Algunos se defendían arduamente, lo más frecuente es que en vano: otros buscaban refugio en el desierto o sobre las cumbres innacesibles, pero muchos «besaban los pies» del soberano, le traían regalos y le prometían un tributo anual. ¡Pero desgraciado de aquél que no cumpliese su promesa! En el curso de una campaña ulterior una tempestad de hierro y fuego se abatiría sobre su país: los jefes rebeldes eran torturados, la población masacrada o reducida a la servidumbre, las ciudades y las aldeas eran saqueadas, las cosechas eran quemadas y los árboles frutales arrancados. Los reyezuelos vecinos, aterrorizados corrían a demostrar su sumisión, a pagar el tributo ocasional, el «regalo espectacular de fasto» o *tâmartu*. Luego, cargado de botín, seguido por una larga hilera de cautivos, el ejército volvía a sus bases y se dispersaba. A título de ejemplo, he aquí el *tâmartu* que Asurnasirpal se trajo de un determinado distrito de Bît Zamâni, donde había ido a vengar a uno de sus protegidos que había sido destronado por un rival [13]:

> «40 carros con su equipo para tropas de caballería; 460 caballos "acostumbrados al arnés", 2 talentos de plata, 3 talentos de oro, 100 talentos de estaño, 200 talentos de bronce, 300 talentos de hierro, 1.000 cacerolas de bronce, 2.000 cuencos y recipientes de bronce, 1.000 vestidos de lino con bordados multicolores, platos, cofres, lechos de marfil decorados en oro, tesoros de su palacio, 2.000 bueyes, 5.000 corderos, sin contar "su hermana con su rica dote y las hijas de los nobles con su rica dote".»

El usurpador fue despellejado y el nuevo príncipe instalado por

---

[11] CAH (3), II, 2, p. 479. Es en el transcurso del período medio-asirio (XIII-XI) cuando ASHUR tomó este carácter dominante y guerrero, que antes no poseía. En una versión asiria de la *Epopeya de la Creación (enuma elish)* reemplaza a Marduk en el segundo lugar del panteón.

[12] F. M. Fales: «The enemy in the Neo-Assyrian incripctions: The «mora judgement», en H. J. Nissen y J. Renger (Ed.): *Mesopotamien und seine Nachbarn*, Berlín, 1982, II, pp. 425/435.

[13] ARAB, I, párr. 466, 501/502; ARI, II, párr. 574 y 641.

el rey de Asiria debió pagar un tributo anual *(madattu)* de 2 talentos de oro, 3 talentos de plata, 1.000 corderos y 2.000 *gur* de cebada [14].

Nótese que en este caso se trataba de una población «amiga». En el curso de la misma campaña, Asurnasirpal recogió «regalos» y tributos de cinco regiones y de nueve ciudades de mediana importancia.

El «terreno de caza» aumentó muy rápidamente. Tras los pequeños estados relativamente cercanos, los asirios se encontraron con reinos cada vez más grandes y más poderosos: los de los neo-hititas y los arameos de Siria, en primer lugar, después Urartu, y más tarde los de los medos elamitas y egipcios. Las guerras de rapiña dieron paso a las guerras de conquista. Asiria se había vuelto mucho más fuerte pero sus enemigos eran mucho más importantes y mucho más resistentes. A pesar de la instalación aquí y allá, a partir del reinado de Asurnasirpal, de colonias militares asirias encargadas de asegurar el buen funcionamiento de los «intercambios comerciales», singularmente unilaterales [15], el incremento de las distancias hacía cada vez más difícil el cobro del *madattu* y el control de las poblaciones que muchas veces se hacían refractarias, una vez que el enemigo había dado la espalda. Fue necesario en muchos casos reemplazar a los jefes locales por gobernadores asirios, y dividir un reino que se había hecho demasiado grande en provincias y estados vasallos. De este modo se formó poco a poco y por necesidad el Imperio asirio, con su pesada, pero por lo general eficaz, maquinaria administrativa. Sin embargo, la renovación de las actividades comerciales e industriales en los territorios conquistados, en beneficio de la Asiria «nuclear», la extorsión de los tributos y el cobro de las tasas y la trasferencia sistemática y regular de riquezas desde la periferia hasta el centro, continuaron siendo los fundamentos del dominio asirio [16]. Si es innegable que los fenicios, utilizados durante mucho tiempo porque eran irremplazables, se beneficiaron enormemente de la clientela de lujo que se les ofrecía [17], y si es cierto que algunos distritos muy alejados adquirieron un barniz de civilización, no parece sin embargo que los asirios hayan hecho muchos esfuerzos para desarrollar la economía de sus lejanas provincias, ni para mejorar, aunque fuese indirectamente, el bienestar de sus habitantes. Si el Estado era rico, sin embargo la mayor parte de los pueblos gobernados sufrían una miseria crónica, generadora de unas revueltas que había que reprimir continuamente. El sistema económico unidireccional sobre el que se basaba el Imperio constituía a

---

[14] El talento *(biltu)* valía alrededor de 33 kilos, y el *gur* 70 litros.

[15] H. Tadmor. Artículo citado antes en nota 9, p. 37.

[16] A. L. Oppenheim: *Ancient Mesopotamia,* Chicago, 1964, p. 167. Ver también los artículos citados en nota 9.

[17] G. Kestemont: «Le commerce phénicien et l'expansión assyrienne du IX au VIII siècle», *Oriens Antiquus,* 11, 1972, pp. 137/144; S. Frankestein: «The Phoenicians in the Far West: a function of Neo-Assyrian imperialism», en *Power and Propaganda,* pp. 263/294.

la vez su fuerza y su debilidad, y llevaba en su seno uno de los gérmenes de su destrucción.

ASURNASIRPAL II

El hijo de Tukulti-Ninurta II es el primero de los grandes monarcas del período neo-asirio (911-609). Ambición, energía, valor, vanidad, crueldad y magnificiencia, Asurnasirpal II* (883-859) reunió de forma caricaturesca todas las virtudes y todos los defectos de sus sucesores, los infatigables e inclementes constructores del Imperio. No hay sonrisa, y casi no hay humanidad en su estatua del British Museum [18], sino la pose rígida de un déspota arrogante, la nariz aguileña de un depredador, la mirada de un jefe que exige una obediencia absoluta, y, en sus manos, la maza de combate y la espada de hoja curvada, la *harpé*.

Nada más subir al trono, un año después, sin el menor pretexto partió a saquear los altos del extremo norte mesopotamio. Llegó al país de Kadmuhu, en el alto valle del Tigris y recibió el tributo de los príncipes locales y de los mushki, cuyos puestos de vanguardia ocupaban el costado meridional del Tauro. Pero le llegó la noticia de que los arameos de una ciudad vasalla, situada en el bajo valle del Khabur, habían matado a su gobernador y se habían puesto otro jefe. Inmediatamente dio marcha atrás y recorrió unos trescientos kilómetros de estepa y desierto, probablemente en pleno verano:

> «Me acerqué a la ciudad Suru, que forma parte de Bît Halupê. El terror (que inspira) el esplendor de Ashur, mi señor, los aterrorizó. Los nobles y los ancianos de la ciudad llegaron hasta mí para salvar sus vidas. Abrazaron mis pies y me dijeron: «¡Si quieres mátanos! ¡Si quieres déjanos vivir! ¡Si quieres haz lo que te apetezca! Capturé a Ahi-iababa, hijo de un cualquiera, que habían hecho venir de Bît Adini. Con mi valor y mis terribles armas asedié la ciudad. Cogieron a todos los soldados culpables y me los entregaron [19].

Tomada la ciudad, los rebeldes fueron masacrados; su jefe, llevado a Asur, fue desollado vivo, y Suru pagó un enorme tributo. En una segunda campaña de este mismo año los rebeldes no fueron los arameos, sino los propios asirios, instalados desde hacía ciento cincuenta años en una ciudad del norte llamada Halzilua. La represión fue igualmente brutal: seiscientos soldados abatidos por su espada,

---

* *Ashur-nâsir-apli,* «el dios Ashur es el guardián de su hijo predilecto».

[18] A. Parrot: *Assur,* París, 1961, p. 19 y láms 22 y 23.

[19] ARAB, I, párr. 443; ARI, II, párr. 587.

tres mil prisioneros quemados vivos y el jefe de la guarnición igualmente desollado vivo [20].

En la primera parte de su reinado muchas otras campañas fueron llevadas a cabo en las cuatro partes del mundo: en el macizo de Kashiari, en la región de Zamua (en torno a Sulaimaniyah), sobre el Éufrates medio. Luego se dio el primer paso en dirección a Siria. Entre el Balikh y el gran codo del Éufrates se interponía el reino arameo de Bît Adini. Asurnasirpal lo invadió y «por medio de zapas, arietes y máquinas de asedio» se apoderó de Kaprabi (quizás la moderna Urfa), «ciudad bien fortificada y colgada del cielo como una nube». Ahuni, rey de Bît Adini pagó tributo y dejó rehenes en manos de los asirios. Estaba despejado el camino para la campaña de la primavera próxima.

Los anales reales describen con todo detalle esta memorable expedición, que tuvo lugar entre el 878 y el 866 [21], y podemos seguir al rey y su ejército paso a paso, por etapas de alrededor de treinta kilómetros, desde Carquemish hasta la llanura del Amuq (Pattina), y luego por el valle del Orontes, para llegar finalmente «a las faldas del monte Líbano y hasta el Gran Mar del país de Amurru», donde Asurnasirpal llevó a cabo el tradicional ritual de los soberanos de las tierras áridas ante las aguas azules:

> «Lavé mis armas en el Gran Mar y ofrecí sacrificios a los dioses. Recibí el tributo de los reyes de la costa, del país de las gentes de Tiro, de Sidón, de Biblos, de Mahallatu, de Maizu, de Kaizu, de Amurru y de la ciudad de Arad, que es (una isla) en el mar: plata, oro, estaño, bronce, un recipiente de bronce, vestidos de lino con bordados multicolores, un mono grande, un mono pequeño, ébano, marfil y de los *nahiru,* criaturas del mar. Se abrazaron a mis pies... [22]»

Los asirios volvieron por el Amanus, cortaron árboles y el monarca erigió su estela. Luego cogidos por sorpresa los arameos y los neo-hititas ni siquiera trataron de resistir. También colmaron de regalos al invasor, lo que convirtió esta marcha triunfal, no en una conquista, como Asurnasirpal pretende, sino en una gigantesca razzia. Además también sirvió para tantear el terreno y para mostrar a su sucesor el camino a seguir.

En Mesopotamia propiamente dicha este soberano no aumentó el dominio del dios Ashur, pero lo protegió fundando Tushhan, sobre el alto Tigris y Kâr-Ashurnasipal y Nebarti-Ashur sobre el Éufrates

---

[20] ARAB, I, párr. 444-445; ARI, II, párr. 549. Ver P. Garelli: «Les sujets du roi d'Assyrie», en *La Voix de l'opposition en Mésopotamie,* Bruselas, 1973, p. 189.

[21] A. K. Grayson: *Bi. Or.*, 33, 1976, p. 140. Según ese autor y J. A. Brinkman (PKB, pp. 390/394) habría habido dos campañas en Siria: una hacia el Pattian (Amuq) y otra hacia el Líbano. Texto en ANET (3), pp. 275/276.

[22] ARAB, I, párr. 479, 518; ARI, II, 586. Ver ANET (3), p. 276.

medio [23], con sus fortalezas bien dotadas de guarniciones, que quizás pudieron haber servido también de factorías comerciales. Además consolidó la obra asiria en el Iraq septentrional y transformó en vasallos a los pequeños estados del arco montañoso que lo rodea. A partir de ahora, todas las poblaciones del Próximo Oriente sabían que los asirios estaban de nuevo en marcha y comenzaron a temblar de pánico.

Tenían toda la razón en temblar, porque Asurnasirpal se hallaba precedido por toda una sólida reputación de crueldad. Es verdad que esta época era muy dura y cruel y que algunas espectaculares ejecuciones, por ejemplo, «atrocidades calculadas [24]» ampliamente difundidas por los textos y las imágenes, y también transmitidas de boca en boca, eran necesarias para conseguir el respeto e imponer la obediencia. Todos los conquistadores y tiranos de la Antigüedad (y muchos en los tiempos modernos) han practicado, poco o mucho, una política de terror, pero Asurnasirpal quizás se pasó. No sólo fueron torturados los cabecillas rebeldes con unos refinamientos sádicos, sino que también perecieron en estas represiones un determinado número de cautivos desarmados, de mujeres y de niños, sin que sin embargo se pueda hablar por ello de un genocidio sistemático:

> «Construí un pilar ante la puerta de la ciudad y desollé a los jefes que se habían rebelado contra mí, colgando su piel sobre el pilar. Algunos de ellos los sepulté en el pilar, a otros los empalé sobre las estacas sobre el pilar y a otros (también) los empalé sobre las estacas alrededor del pilar. Desollé a muchos a lo largo de todo el país y colgué su piel sobre los muros...»
>
> «Quemé a muchos de sus prisioneros. Capturé a muchos soldados vivos. A algunos les corté los brazos o las manos, a otros les corté la nariz, las orejas y las extremidades. Les saqué los ojos a muchos soldados. Hice un montón de seres vivientes y otro de cabezas. Colgué sus cabezas en los árboles, alrededor de la ciudad. Quemé a sus adolescentes, muchachos y muchachas...
>
> Abatí seis mil quinientos guerreros con la espada y al resto los mató el Éufrates, a causa de la sed que sufrieron en el desierto... [25]»

Y así *ad nauseam* en los annales de este rey, hasta el punto de que es difícil decir qué es repugnante, si estos horrores en sí mismos o el modo metódico, minucioso y complaciente en el que son descritos por quien fue el responsable de ellos.

---

[23] Tushhan es Kukh, alrededor de a unos 30 kms. al sur de Diarbakr, donde un obelisco de Asurnasipal ha sido descubierto (ARI, II; párr. 629/643). Kâr-Asurnasipal y Nebarti-Ashur, que se miran de frente sobre las dos riberas del Éufrates, quizás correspondan a Zalabiyah y Halabiya, entre Raqqa y Deir ez-Zôr.

[24] Para un análisis crítico de la famosa «crueldad» asiria ver: A. T. T. Olmstead: «The calculated frighfulness of Ashur-nasir-pal, JAOS, 38, 1918, pp. 209/263; *History of Assyria,* New York, 1923, pp. 645/655; H. W. F. Saggs: «Assyrian prisoners of war and the right to live», AfO, *Beiheft,* 19, 1982, pp. 85/93.

[25] ARAB, I, párr. 443, 445, 472; ARI, II; párr. 547, 549, 579.

Para ser justos será necesario añadir que Asurnasipal no hizo más que decir muy alto lo que otros hacían en silencio, y que muchos otros aspectos de este monarca son mucho más atractivos. Su aparente sed de sangre era apagada en parte por las hazañas cinegéticas que sus escultores han inmortalizado [26]. Amante de la naturaleza, trajó a su país «de los países por los que había viajado y de las montañas que había atravesado» toda clase de animales salvajes, así como árboles y plantas exóticas, con el fin de distraer y dejar maravillados a sus súbditos. Además se hallaba poseído por esta «pasión por el ladrillo» que caracteriza a todos los grandes monarcas mesopotámicos [27]. Sin olvidar los tradicionales trabajos de restauración y embellecimiento de los templos de Asur y Nínive, decidió hacer construir también una «residencia real» lejos de la capital. ¿La invasión de los arameos había puesto de manifiesto que Asur, situada en la ribera derecha del Tigris era vulnerable a los ataques provinientes del oeste? ¿O es que deseaba mantenerse apartado de una vieja ciudad muy celosa de sus libertades y a veces tumultuosa —como deberían demostrar posteriores acontecimientos— y del gran clero quizás demasiado dominador? ¿O no estaba motivado más que por su orgullo? Es imposible decirlo, pero el lugar elegido como residencia, Kallhu (La Calah bíblica, en la actualidad Nimrud, a 35 kilómetros de Mosul) estaba notablemente bien situado en un triángulo de tierra fértiles protegido por el Trigris al oeste y por Zab superior al sur. En el siglo XIII Salmanasar I había fundado allí un pequeño centro administrativo provincial, pero ese villorio yacía desde hacía algún tiempo en ruinas. El rey movilizó a millares de prisioneros y deportados. Para irrigar la llanura mandó excavar un canal desde el Zab, al que bautizó como *Babilat nuhshi*, «portador de la abundancia». Luego niveló el montó de reinas, el *tell*, y lo rodeoó de una zona urbana de 360 hectáreas con una poderosa muralla de 7,5 kilómetros de largo y unos quince metros de alto. En uno de los ángulos de esta zona se construyó un segundo muro, que delimitaba un espacio rectangular de 20 hectáreas, la «ciudadela», que dominaba el Tigris desde un enorme muro de piedra de 8 metros de altura. Allí fue donde se construyeron los principales edificios de la ciudad: el santuario de su divinidad protectora, Ninurta, dios de la guerra, pegado a un zigurat, y otros templos, algunas moradas privadas, y por último el palacio de Asurnasirpal, o «palacio del noroeste» de los arqueólogos:

> «En el interior de la ciudad fundé un palacio de cedro, ciprés y enebro *daprânu*; de boj, de terebinto y de tamarisco, como residencia real y para mi permanente placer soberano. Hice copias de las bestias de las montañas y del mar en calcáreo blanco y en ala-

[26] A. Parrot, *Assurp.*, 54, lám. 62; W. Budge: *Assyrian Sculptures in the British Museum*, London, 1914, lám. XII y XLII, 1.

[27] Ver el reciente estudio de S, Lackenbacher. *Le Roi bâtisseur. Les Rëcits de construction assyrienne des origines à Teglatphalazar III*, París, 1982.

bastro *parûtu* y las puse a las puertas. Lo decoré de forma espléndida. La rodeé de clavos de bronce con larga cabeza. Proveí sus entradas de vanos de cedro, de ciprés, de enebro *daprânu* y de madera de *meskannu*. Reuní y almacené grandes cantidades de plata, oro, estaño, bronce y hierro, botines de los países por los que había ido extendiendo mi dominio [28].»

Este palacio fue uno de los primeros monumentos excavados en el Iraq. Entre 1845 y 1851, Layard trabajó en él en muchas ocasiones y exhumó, ante el espanto de sus obreros, enormes toros alados con cabeza humana, impresionantes estatuas, bajorelieves y losas cubiertas de inscripciones [29]. Algunas de estas maravillas fueron a parar al British Museum y otras fueron enterradas de nuevo en el sitio y halladas un siglo más tarde por otros arqueólogos británicos [30]. La construcción, que cubría más de dos hectáreas, se hallaba dividida en tres partes: las habitaciones de ceremonial (gran sala de recepciones y salón del trono), el ala reservada a las habitaciones reales, con su harén y sus salas de abluciones, y por último el sector administrativo que se componía de múltiples habitaciones agrupadas en torno a un gran patio. En la parte consagrada a las ceremonias oficiales las entradas principales se hallaban flanqueadas por grandes *lamassû*, o genios protectores, los muros de ladrillos crudos se hallaban decorados con frescos y ortostatos, los suelos pavimentados de ladrillos cocidos con el nombre del rey grabado. Un detalle interesante, en muchas de las grandes habitaciones se abrían una especie de chimeneas («puertas del viento» en asirio), perforadas en los muros, que traían el aire fresco desde los techos de la terraza. Este sistema de «climatización» todavía se utiliza en algunas aldeas del norte de Iraq con el nombre de *bargilâ* [31]. Quede claro que las puertas de maderas preciosas han desaparecido desde hacía mucho tiempo, pero han sobrevivido numerosos objetos, sobre todo paneles de marfil finamente cincelados que decoraban el mobiliario real, armas y herramientas de bronce y hierro, jarras de terracota y numerosas tablillas. Este palacio ha sido restaurado recientemente con fines turísticos, y no hay duda de que al visitarlo y penetrar en ese laberinto de habitaciones y pasillos angos-

---

[28] ARAB, I, párr. 489; ARI, II, párr. 653.

[29] A. H. Laygard: *Nineveh and its Remains,* London 1849, *Nineveh and Babylon*, London, 1882.

[30] Excavaciones británicas de 1949 a 1963. Informes preliminares en Iraq, 12 (1950) a 25 (1963). Publicación definitiva: M. E. L. Mallowan: *Nimrud and its Remains,* London, 1966, 2 vols. Resumen de los resultados por M.E.L. Mallowan: *Twenty-five Years of Mesopotamian Discovery,* London, 1956, pp. 99/112 y por J. Reade: en *Fifty Years of Mesopotamian Discovery,* London, 1982, pp. 99/112. Ver también J. N. Postgate y J. E. Reade, artículo «Kalhu» en RLA, V, pp. 303/323. Excavaciones polacas de 1974 a 1976 publicadas en *Iraq,* 37 (1975) y 38 (1976). Excavaciones iraquíes con restauración a partir de 1970, resumidas en *Sumer,* 26 (1970), s. e *Iraq,* 34 (1972) s.

[31] M. E. L. Malowan: *Nimrud and its Remains,* I, p. 106. Fotografía en ILN, del 27, VII 1951, p. 137, fig. 17.

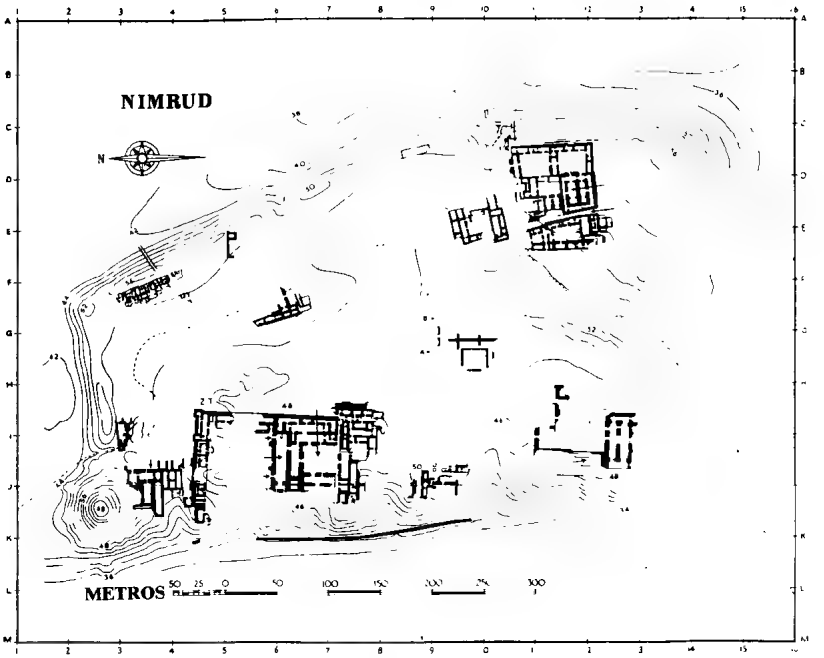


Ilustración 17.ª: *Plano de Nimrud en el estado de las excavaciones en 1956. 1. Casa de la misión arqueológica: 2. Templo de Nabu: 3. Palacio del gobernador de la ciudad: 4. «Palacio quemado»; 5. Calle; 6. Casas particulares; 7. Edificio; 8. Templo de Istar; 9. Templo de Ninurta; 10. Zigurat; 11. Palacio de Asurnasirpal, con A: sector doméstico, B: salón del trono, C: archivo y D: pozos: 12. «Palacio central» y 13. «Palacio del suroeste».*

M.E.L. Mallowan: Iraq, 19, 1957.

tos para aparecer de repente ante un magnífico monstruo de piedra puede sentirse sin duda alguna la emoción, la admiración y el temor que debían sentir los embajadores extranjeros y algunos asirios llamados a comparecer ante «el rey fuerte, el gran rey, el rey del universo, el rey del país de Asur».

Entre las preciosas reliquias descubiertas en el palacio de Asurnasirpal en Nimrud figura una gran estela de piedra amarilla que lleva la efigie del rey rodeada por símbolos divinos y por una larga inscripción que narra las festividades que acompañaron la ceremonia de inauguración, hacia finales de su reinado. Un gigantesco banquete, cuyos ingredientes son minuciosamente enumerados tanto en número como en cantidad, fue ofrecido entonces por el rey «al dios Ashur» y a 69.574

personas, de las que 47.074 eran invitados de las diferentes regiones del reino, 5.000 representantes de países extranjeros, 1.500 funcionarios y 16.000 habitantes de Kalhu. Este banquete duró además diez días. La bella frase que cierra esta inscripción merece ser citada, porque nos hace olvidar los aspectos más desagradables de este gran monarca.

> «A los felices pueblos de todos los países, así como a las gentes de Kalhu, los festejé durante diez días, y les di de beber vino, los bañé, los ungí y los honré y los envié de vuelta a casa llenos de paz y alegría [32].»

Salmanasar III

Salmanasar III (858-824)*, constantemente sobre los campos de batalla, partiendo en campaña desde Nínive o desde alguna de las fortalezas de la frontera, este hijo de Asurnasirpal apenas debió pasar en Kalhu, al parecer, más que los últimos años de su vida. Sin embargo será de esta ciudad de donde provengan sus principales monumentos. Uno de ellos, conocido con el nombre de «obelisco negro», fue descubierto por Layard y se halla en la actualidad en el Bristish Museum [33]. Se trata de un bloque de alabastro gris oscuro de unos 2 metros de alto que termina en escalones, como un zigurat en miniatura. Una larga inscripción resume las guerras de su reinado alrededor del monolito, mientras que en cada una de sus caras se superponen cinco paneles que representan a los soberanos extranjeros llevando a cabo un acto de sumisión y trayendo ofrendas. Entre ellos se halla Jehu, rey de Israel, posternándose a los pies del asirio. Las más recientes excavaciones de Nimrud han sacado a la luz una bella estatua del rey en actitud orante [34]. También han descubierto un enorme edificio que fundó fuera de la ciudadela, en el ángulo sureste del recinto urbano, y que todos sus sucesores utilizarían hasta la caída del Imperio. Este edificio, llamado «fuerte Salmanasar» por los arqueólogos, es el *ekal masharti* de las inscripciones reales, a la vez palacio, cuartel y arsenal, construido «para la intendencia del campamento, para el mantenimiento de los caballos, los carros, las armas y los equipos militares y para almacenamiento del botín tomado al enemigo» [35]. Era en sus tres grandes patios, rodeados de almacenes, talleres y alojamientos para oficiales, donde eran reunidas, equipadas e inspeccionadas las tropas que salían para la guerra. Otro nota-

---

[32] D. J. Wiseman: «A new stela of Assur-nasir-pal II», *Iraq*, 24, 1952, pp. 24/39. Ver ANET (3), pp. 558/560.

* *Shulmânu-asharêdu*, «el dios Shulmânu es preeminente».

[33] H. Frankfort: AAO, lám. 93.

[34] J. Laesse: «A statue of Shalmaneser III from Nimrud». *Iraq*, 21, 1959, pp. 147/157.

[35] Texto de Asarhadon publicado por Heidel en *Sumer*, 12, 1956, pp. 9/37. Excavaciones de «Fuerte Salmanasar» en M. E. L. Mallowan: *Nimrud and its Remains*, II, pp. 369/470.

ble testimonio de este reinado son las famosas puertas de bronce descubiertas en 1878 or Hormuzd Rassam, asistente de Layard, en Balawat (Imgur-Enlil), pequeño tell situado a 15 kilómetros al norte de Nimrud [36]. Asurnasirpal se había hecho construir un pequeño palacio, una «residencia secundaria» en cierto modo, que más tarde sería ocupado por su hijo. Los vanos de las puertas de este palacio estaban decorados con bandas de bronce de 25 centímetros, repujadas y con representaciones de algunas de las campañas de Salmanasar, y cortas inscripciones acompañaban las imágenes [37]. Aparte del interés arquitectónico o artístico, el fuerte Salmanasar y las puertas de bronce de Balawat nos proporcionan numerosas informaciones acerca de la vida cotidiana de los soldados y de las técnicas militares de los asirios del siglo IX. El fuerte también ha dado tablillas y marfiles esculpidos en gran cantidad.

Salmanasar III sobrepasó a su padre por el número y la envergadura de sus campañas. Treinta y uno de los treinta y cinco años de su reinado fueron consagrados, no a operaciones de pillaje o a operaciones punitivas, sino a auténticas guerras exteriores, en su mayor parte deliberadas, y orientadas hacia el oeste con el propósito de dominar, sin llegarlos a conquistar y ocupar, sin embargo, la Siria del Norte y sus países vecinos [38]. Parecen ser estas campañas el reflejo de unas ambiciones más económicas que políticas. Durante este tercio de siglo las tropas asirias fueron conducidas mucho más lejos que antes: hasta Cilicia, Armenia, Palestina, más allá de los Zagros y sobre las costas del Golfo Pérsico. Invadieron nuevos países, asediaron nuevas ciudades y se enfrentaron con nuevos enemigos. Pero como estos últimos eran mucho más poderosos que los «cheiks» arameos de la Jazirah o que los pequeños príncipes del norte mesopotámico, sus victorias estuvieron mezcladas con derrotas y la impresión que se obtiene del conjunto de este reinado es la de una labor inacabada, la de un gigantesco esfuerzo para obtener unos muy pobres resultados.

En el Norte, por ejemplo, Salmanasar avanzó más allá del «mar de Nairi» (el lago Van) y penetró en los territorios de Urartu, reino que se acababa de constituir sobre las altas mesetas de Armenia y del que luego hablaremos [39]. En sus inscripciones el rey se jacta, como

---

[36] H. Rassam: *Asshur and the Land of Nimrod,* New York, 1897. Acerca de las investigaciones llevadas a cabo en el transcurso de las excavaciones de Nimrud: D. Oates: «Balawat (Imgur-Enlil): the site and its buildings», *Iraq,* 36, 1974, pp. 173/178; J. Curtis: «Balawat», en *Fifty Years of Mesopotamian Discovery,* pp. 113/119.

[37] L. W. King: *Bronze Reliefs from the Gates of Shalmaneser,* London, 1915. Ver A. Parrot: *Assur,* láms. 121/129.

[38] A las inscripciones de Salmanasar publicadas en ARAB, I, párr. 553/612, añádase G. C. Cameron: *Sumer,* 6, 1950, PP. 6/26; F. Safar, *Sumer,* 7, 1951, pp. 3/21, J. Laesse: *Iraq,* 21, 1959, pp. 38/41; J. V. Kinnier Wilson: *Iraq,* 24, 1962, pp. 90/115. Estudio de conjunto sobre el reinado en POA, II, pp. 87/91. Ver también los artículos de H. Tadmor y A. K. Grayson citados en nota 9.

[39] Versión poética de esta campaña: W. G. Lambert: «The Sultantepe tablets VIII: Shalmaneser in Ararat», *Anatolian Studies,* 11, 1961, pp. 143/158.

es habitual, de una victoria completa y describe el saqueo de muchas ciudades que pertenecían al rey de Urartu, Arame y la toma de su capital, Arsashku. Pero debió permitir que Arame se le escapase y sabemos además que en el transcurso del siguiente siglo Urartu se desarrollará hasta el punto de llegar a ser el principal adversario de Asiria. Del mismo modo, una serie de campañas en el este, hacia finales de su reinado, llevaría a Salmanasar o a su general en jefe, el *turtânu* Daiân-Ashur a establecer contacto con los medos y los persas, instalados desde hacía poco tiempo en torno al lago Urmiah. También aquí la lucha fue breve y la «victoria» asiria de resultados poco duraderos: medos y persas continuaron siendo libres y consolidando sus posiciones en el Irán.

Los reiterados esfuerzos de Salmanasar para dominar Siria se saldaron también con un fracaso. Tras la incursión sorpresa de Asurnasirpal, los neo-hititas y los arameos de esta región habían tenido tiempo de reagrupar sus fuerzas y el principal resultado de la nueva ofensiva asiria consistió en reunirlos contra el enemigo común llegado del este. Le fueron necesarias a Salmanasar tres campañas para destruir el reino de Bît Adini y establecer una cabeza de puente sobre el Éufrates. En el año 855 Til Barsip (Tell Ahmar), capital de este estado, fue tomada por fin, poblada con asirios y rebautizada con el nombre de Kâr-Salmanasar, Puerto Salmanasar. En la cumbre de la colina que domina este lugar y el río, el rey hizo construir un palacio que otros deberían más tarde decorar con frescos muy notables[40]. La frontera del Éufrates fue consolidada mediante la creación de fortalezas asirias, sobre todo en Nampii (la actual Membij), Pitru y Mutkînu[41]. Para alcanzar Cilicia los asirios debieron luchar contra una coalición de reyes de Sam'al, de Pattina y de Carquemish. Del mismo modo, cuando Salmanasar penetró en las llanuras de la Siria central se aliaron en su contra Irhuleni, rey de Hama, y Adad-idri (el Ben-Hadad I de la Biblia), rey de Damasco, apoyados por los puertos fenicios del norte (Usnu, Shianu, Arqa y Biblos), e incluso los egipcios, que enviaron 1.000 soldados. Con su ejército los aliados le opusieron, según él, 69.200 infantes, 1.900 jinetes, 3.900 carros de combate y 1.000 dromedarios ofrecidos por Gindibu de Arabia. La batalla tuvo lugar en Qarqar, sobre el Orontes[42]. Salmanasar proclama:

> «Maté a 14.000 de sus guerreros, cayendo sobre ellos como Adad lo hace cuando hace estallar la tempestad. Expandí sus cadáveres por todas partes y llené la llanura de soldados en retirada...

---

[40] Actualmente Tell Ahmar, en la ribera izquierda del Éufrates, a 20 kms. al sur de Jerablus (Carquemish). Excavaciones francesas de 1929 a 1931; F. Thureau-Dangin y M. Dunand: *Til Barsib*, París, 1936. Los frescos, bellísimos, datan del siglo VIII (A. Parrot, *Assur*, láms. 109/119).

[41] ARAB, I párr. 602/603.

[42] En la actualidad Qarqur sobre el Orontes, a 7 kms. al sur del Jisr el-Shoghur (M. C. Astour, *Orientalia*, 38, 1969, p. 412).

> La llanura era demasiado pequeña para (texto oscuro)... enterrarlos. Con sus cadáveres llené el Orontes de una a otra orilla, como si fuese un puente [43].»

Pero aunque fuese el vencedor, lo que es muy dudoso, no lo sería más que a medias. Ni Hama ni Damasco fueron conquistadas y la expedición se terminó prosaicamente con un pequeño paseo por el Mediterráneo. Cuatro, cinco y ocho años más tarde otras tantas campañas tuvieron que ser llevadas a cabo contra la misma coalición con los mismos resultados parciales. Los asirios tomaron, saquearon e incendiaron numerosas ciudades y aldeas, pero no las grandes ciudades. En el 841 nuevo ataque, esta vez dirigido contra el gran reino arameo de Damasco. Adad-idri había sido asesinado y reemplazado por un tal Hazaël, «un cualquiera» [44], y era la ocasión propicia. Pero Hazäel, derrotado al pie del monte Sanir (Hermón) se encerró en su capital y Salmanasar no pudo más que saquear las huertas y jardines que rodeaban la ciudad y pillar la rica llanura cerealícola de Hauran. Tomó entonces el camino de la costa y recibió sobre el monte Carmelo el tributo de Tiro, de Sidón y de *Iaua mâr Humri* (Jehú, hijo de Omri), rey de Israel, el primero de los personajes bíblicos que figura en los textos cuneiformes. Tras una última tentativa de apoderarse de Damasco en el 838 Salmanasar tuvo que reconocer implícitamente su fracaso, dejando Siria en paz durante el resto de su reinado.

Tuvo más suerte en Babilonia, aunque tampoco supo explotar su victoria. El tratado firmado por Adad-nirâri II y Nabû-shuma-ukîn todavía estaba en vigor e incluso Asurnasirpal había dejado tranquilo el reino del sur, dándole de este modo tiempo a su contemporáneo Nabû-apla-iddina (887-855) para reparar una parte de los daños infringidos por los arameos y los Sutû durante el «tiempo de la confusión» [45].

Pero en el 850 estallaría un conflicto entre su sucesor Marduk-zakir-shumi y su propio hermano, apoyado por los arameos. Este rey pidió ayuda a Asiria. Salmanasar derrotó a los rebeldes, entró en Babilonia «lugar del cielo y de la tierra, morada de vida» y ofreció sacrificios a Marduk en su santuario, el Esagil, así como en los templos de Kutha y Barsippa, y trató a los habitantes de estos sagrados lugares con una extremada benevolencia:

> «Preparó una fiesta para las gentes de Babilonia y de Barsippa, para los protegidos, los *awêlu* de los grandes dioses; les dio alimento y vino y los vistió con vestidos bellamente coloreados y les ofreció regalos» [46].

---

[43] ARAB, I, párr. 611; ANET (3), p. 279. Nótese que éste es el primer texto que hace mención de los árabes.

[44] ARAB, I, párr. 681. Ver *Reyes,* VIII, 7-15.

[45] Tablilla de piedra de Nabû-apla-iddina (BBS, pp. 120/127), en la que restaura los templos y los ritos. «Historia sincrónica», col. III, líneas 23/24. Ver PKB, p. 189.

[46] ARAB, I, párr. 624.

Luego, avanzando hacia el sur a través del antiguo país de Sumer expulsó a los enemigos del rey, a los arameos, «hasta las riberas del mar que se llama río amargo *(nâr marratu)*». Pero este asunto no fue más que una mera operación de policía. Marduk-zakir-shumi prestó juramento de fidelidad a su protector y permaneció sobre su trono [47]. Salmanasar habría podido unir Mesopotamia bajo su égida con muy poco esfuerzo, pero se contentó con poseer una soberanía nominal sobre Babilonia. Por el sur el Adhem, el Éufrates por el oeste y las montañas por el este y el norte trazaron las fronteras de su soberanía. Asiria continuaba siendo un reino puramente mesopotámico y todavía había que conquistar el imperio.

El fin de este reinado se vio ensombrecido por problemas internos. En el 827 uno de los hijos de Salmanasar, Ashur-dannin-apli, se rebeló contra él, con veintisiete ciudades de su parte, entre las que estaban Asur, Nínive, Arba'ilu (Erbil) y Arrapha. El viejo rey que apenas salía de su palacio de Kalhu confió a otro de sus hijos, Shamshi-Adad, la misión de dominar la revuelta. La guerra civil todavía hacía estragos cuando murió Salmanasar y Shamshi-Adad (V) subió al trono (824) inaugurando un período no desastroso, pero sí difícil para Asiria y que iba a durar ochenta años.

[47] ABC, p. 167; PKB, pp. 192/199. Una basa de un trono descubierta en Nimrud muestra a Sulmanasar y a Marduk-zakir-shumi dándose la mano: D. Oates: *Iraq*, 25, 1963, pp. 20/21. Inscripción sobre esta basa: P. Hulin: *ibíd*, pp. 48/49.

CAPÍTULO DIECINUEVE

EL IMPERIO ASIRIO

La gran revuelta del 827 no era una banal crisis de sucesión como tantas otras que el Oriente había conocido, sino una auténtica oleada de protestas de la nobleza rural y de las principales ciudades de Asiria contra los «grandes barones» del reino, contra los ricos y poderosos gobernadores de las vastas provincias creadas en las regiones de la Alta Mesopotamia recientemente anexionadas y contra algunos de los altos dignatarios de la corte, como el *turtânu* Daiân-Ashur, que desde hacía cinco años dirigía todas las campañas en lugar del rey y había llevado su arrogancia hasta el punto de hacer modificar a su favor la lista de los epónimos [1]. Lo que querían los insurgentes era un reparto de los cargos y los privilegios, pero toda reforma en este sentido y en esta época hubiera hecho temblar hasta sus cimientos un estado todavía muy joven y frágil.

Le fueron necesarios a Shamshi-Adad V tres años como príncipe y cuatro años tras su acceso al trono, en el 824, para derrotar a las veintisiete ciudades en las que su hermano había «sembrado la sedición y la rebelión y (fomentado) los infames complots» [2]. Apenas terminada esta labor debió volver a tomar las armas, pero esta vez contra sus enemigos exteriores [3]. Entre el 820 y el 815 llevó a cabo tres campañas en el país de Naïri, al sur del lago Van, y una en el país de Manna, al sur del lago Urmiah, donde se enfrentó a los medos y a los persas *(madaï* y *parsuai),* que le entregaron un gran número de

[1] P. Garelli: POA, II, pp. 92/94; *La Voix de l'opposition en Mésopotamie,* Bruselas, 1973, pp. 189/190.

[2] ARAB, I, párr. 715.

[3] Inscripciones de Shamshi-Adad V en ARAB, I, párr. 713/719, y en JNES, 32, 1973, pp. 40/46. Acerca de la cronología del reinado, ver A. K. Grayson: Bi. Or., 33, 1976, pp. 141/143.

caballos. Pero, como veremos, estas guerras tenían un motivo más profundo que las razzias habituales: se trataba de proteger los caminos que unían Asiria con Irán a través de los Zagros contra Urartu, que ahora comenzaba a expandirse en esta dirección. Después Shamshi-Adad volvió a enfrentarse contra los babilonios, porque si bien es cierto que lo habían ayudado en su lucha contra los rebeldes, fue en los términos de un tratado que prácticamente convertía Asiria en un vasallo de «Karduniash». En tres campañas derrotó a su adversario Marduk-balassu-iqbi y entró en Babilonia, recibió el tributo de «todos los reyes de los Kaldû» y tomó el título de «rey de Sumer y Acad»[4]. Cuando murió en el 811 todo el peligro que provenía del norte se hallaba por el momento conjurado; Asiria se hallaba pacificada y su honor había sido vengado. Pero no había hecho nada para modificar la estructura administrativa de su reino, ni para poner su mano sobre sus vasallos sirios, que, por supuesto, se habían aprovechado de la gran revuelta para dejar de pagar tributo. Será a esta labor a la que se tendrá que dedicar su hijo alcanzando un notable éxito, pero sus nietos no tendrán la misma envergadura, y durante cuarenta años, luchando con mayor o menor fortuna en todos los frentes, Asiria será presa de las epidemias y de nuevas revueltas, e irá a atravesar uno de los períodos más difíciles de su historia.

El eclipse asirio

Adad-nirâri III (810-783), hijo de Shamshi-Adad, todavía era muy joven cuando murió su padre y por ello durante cuatro años Asiria va a ser gobernada por su madre, la reina Sammuramat. La posibilidad de que esta «mujer del palacio», de la que sabemos que ordenó una expedición contra los medos y dos contra los mannaï, pero que no nos ha dejado ninguna inscripción[5], y «la más bella, la más cruel y la más poderosa y sensual de las reinas orientales»[6], sea la legendaria Semiramis, ha dado lugar a muchas hipótesis. Herodoto[7] habla de dos reinas: Semiramis y cinco generaciones más tarde Nitocris. Esta última debe ser lógicamente Naqî'a «la Pura» (en asirio Zakûtu), originaria de Siria o de Palestina, mujer de Senaquerib y madre

[4] E. F. Weidner: «Die Feldzüge Samsi-Adads V gegen Babylonien», AfO, 9, 1933-1934, pp. 89/104; PKB, pp. 204/210.

[5] ARAB, I, párr. 173. La presencia de esta estela entre las de los reyes de Assiria en Asur, y todavía más, el hecho de que el gobernador de Kalhu haya dedicado una estatua «por la vida de Adad-nirari, rey de Asiria, su señor y de Sammuramat, la Señora-del-Palacio, su señora» (ARAB, I, párr. 745) dicen mucho acerca del poder de esta mujer, incluso aunque no esté demostrado que haya ejercido la regencia (S. Page: *Orientalia*, 38, 1969, pp. 457/458.

[6] A. T. Olmstead: *History of Assyria*, Mew York, 1923, p. 158. Sobre esta leyenda ver G. Roux: «Semiramis, la reine mystérieuse de l'Orient», *L'histoire*, 68, 1984, pp. 20/32.

[7] Herodoto: I, 184.

de Asarhadón, que parece haber ejercido una especie de regencia en Babilonia entre el año 683 y el 670 y contribuido a la reconstrucción de Babilonia, devastada por su esposo [8]. Diodoro Sículo, que narró en el siglo primero antes de nuestra era ampliamente la historia de Semiramis, embelleciéndola un poco, confundió a estas dos reinas bajo el mismo nombre y atribuyó a su heroína extraordinarias hazañas, como la fundación de Babilonia, la conquista de la Media, Libia y Bactriana, e incluso una campaña contra la India [9]. Según otra teoría, Sammuramat era armenia y su fuerte personalidad habría conducido a su asimilación con una diosa del amor y la guerra del tipo de la Istar de Nínive, y después con una diosa de los Zagros, para terminar por asemejarla con una diosa sirio-anatolia, Derkéto, patrona de Ascalón, lugar de nacimiento de Semiramis, según la leyenda. En torno a esta mujer semidivina se habría ido cristalizando no sólo la saga de Semiramis, sino las de otras soberanas o princesas más o menos míticas del Próximo Oriente, como la Shirin de los Sasánidas, la reina de Armenia Samiran, cantada en el siglo sexto de nuestra era, o la Sheherazade de la época abbassida [10]. Sería pues de una fuente iranía de donde Ctesias, contemporáneo de Herodoto y antiguo médico de los reyes aqueménidas e inspirador de Diodoro, habría extraído la leyenda. Sea como fuese, es curioso comprobar que el recuerdo de los monarcas asirios, viriles hasta decir basta, pasó a la posteridad bajo los rasgos de una mujer.

Desde que estuvo en la edad de poder ejercer su oficio de rey, Adad-nirâri III demostró que era enérgico y capaz [11]. El primer año de su reinado efectivo (805) movilizó a sus tropas, vadeó el Éufrates e hizo frente al rey de Arpad, por aquel entonces todopoderoso en la Siria del Norte, lo venció y lo depuso de su trono. En el curso de los tres años siguientes se apoderó de Hazâzu (Azaz a 45 kilómetros al noroeste de Alepo), atravesó Siria central y alcanzó el Mediterráneo. Erigió su estela en la isla de Arad, recibió el tributo de los fenicios, subió al Líbano e hizo cortar «cien cedros maduros, necesarios para su palacio y su templo», y volvió a Kalhu. En el 706 volvió a Siria y esta vez atacó directamente a Ben-Hadad II, rey de Damasco. Puso asedio a su capital y este rey se rindió, entregando al asirio «su propiedad y sus bienes en cantidades inconmensurables« [12]. Encantados por haber sido liberados de su enemigo, «Ia'u el samaritano» (Joas, rey de Israel) y los adomitas de la Transjordania se apresuraron a pagar

---

[8] H. Lewy: «Nitokris Naqi'a», JNES, 11, 1952, pp. 264/286.

[9] Diodoro Sículo: II, 4/20.

[10] W. Eilers: *Semiramis*, Viena, 1971.

[11] A las inscripciones de Adad-nirâri III publicadas en ARAB, I, párr. 732/743, añádanse las estelas descubiertas en Tell e-Rimah (*Iraq*, 30, 1968, pp. 139/153) y en Sheikh Ahmad (*Iraq*, 35, 1973, pp. 54/57). Ver H. Tadmor: «The historical Inscriptions of Adad-nirari III», *Iraq*, 35, 1973, pp. 141/150.

[12] Sobre la fecha de esta campaña ver A. R. Millard y H. Tadmor: Adad-nirâri III in Syria», *Iraq*, 35, 1973, pp. 57/64.

tributo. Además Adad-nirâri llevó también a cabo al menos tres campañas en el Tauro y seis en el noroeste iraní. Aunque oficialmente estaban dirigidas contra el país de Hubushkia (valle del Bohan Su, afluente del Tigris) y contra los medos, estas campañas tenían el mismo fin que las de su padre: aflojar la red urartea. También llevó a cabo sus ofrendas en Babilonia, en Kutha y Barsippa, e incluso introdujo en Asiria el culto del dios Nabû, dios babilonio de las letras y de las ciencias [13]. Pero todas estas campañas de hecho no eran más que operaciones defensivas o destinadas a aprovisionar el tesoro real. No tendrían ningún efecto duradero y la muerte de este digno descendiente de Salmanasar III marca el fin de un largo período de estancamiento asirio.

Adad-nirâri tuvo tres hijos que reinarían uno tras otro. Del primero de ellos, Salmanasar IV (782-773) no poseemos ninguna inscripción. La Crónica de los epónimos [14] menciona cinco campañas suyas contra Urartu, ahora citado expresamente, una contra los itu (nómadas arameos o caldeos del valle del Adhem) y dos en Siria, pero sabemos que la mayor parte de ellas estuvieron dirigidas por el *turtânu* Shamshi-ilu, gracias a la inscripción que éste hizo grabar sobre dos leones de piedra que guardaban la puerta del palacio de Kâr-Salmanasar (Til Barsip) [15]. El tono real de esta inscripción y el hecho de que el nombre del soberano ni siquiera sea mencionado muestran la importancia que debió poseer este personaje y la poca autoridad del rey. El reinado de su hermano, Ashur-dân III (772-755) estuvo marcado por dos epidemias de peste, por revueltas en Asur, Arrapha y Guzana (Tell Halaf) y por un eclipse de sol. Recordemos que este eclipse, convenientemente anotado en una lista de epónimos y datable el 15 de junio del 763 es el que permitió sentar una base sólida para establecer la cronología mesopotámica del primer milenio. Por lo que al tercero de los hijos, Ashur-nirari V (754-745) se refiere, se contentó con llevar a cabo una campaña contra Arpad, que concluyó con un tratado de alianza con el rey de este país [16] y con la realización de dos operaciones de policía en el Kurdistán. El resto de su tiempo lo pasó en el «país», sin atreverse a salir de su palacio. Sin embargo sería en Kalhu donde estallaría la rebelión, en el año 746, que pondría fin a su reinado y probablemente a sus días y que daría el trono de Asiria a Tiglat-Pileser III, del que no se sabe muy bien si era o no su hermano, su hijo, otro miembro de la familia real, o un vulgar usurpador.

---

[13] PKB, pp. 217/218.

[14] Se llama así a las listas de *limu* que mencionan los acontecimientos ocurridos cada año. Ver el capítulo 2 y 18, nota 4.

[15] F. Thureau-Dangin: «L'inscription des lion de Til-Barsip», RA, 27, 1930, pp. 11/21.

[16] Tratado entre Ashur-nirâri V y Mati-El de Arpad: ARAB, I, párr. 749/760; ANET (3), pp. 532/533; R. Borger: *Text aus der Umwelt des Alten Testaments*, I, 2, Güterloh, 1983, pp. 155/158.

Al concluir este período de treinta y seis años (782-746) durante el cual Asiria estuvo prácticamente paralizada y en cierto modo eclipsada, Babilonia no estaba en una situación mucho mejor. Hacia el 800 había caído en un estado de anarquía que recuerda los peores decenios del siglo X. Durante muchos años «ni hubo rey en el país», señala una crónica. Hacia el 769 Eriba-Marduk, un caldeo de Bît Iakîn, en el extremo sur de Sumer, subió al trono y se vería obligado a intervenir contra los arameos, que se habían apoderado de los campos y jardines que pertenecían a los habitantes de Babilonia y Barsippa, estando su reino seguido por sangrientos motines en ambas ciudades [17]. En Siria, Adad-nirâri III quizás se había visto obligado a ayudar a su fiel aliado, Zakir, rey de Hama, que se vió atacado por Ben-Hadad II, a la cabeza de una coalición de neo-hititas y arameos del norte [18]. Este mismo rey de Damasco, así como el rey de Arpad, más tarde humillados, se convertirían en tributarios de los asirios, pero es muy poco probable que hayan continuado pagando su contribución anual a tan débiles monarcas. Lo mismo debió ocurrir sin duda alguna con las ciudades fenicias y con los reinos de Israel y Judá, tanto más cuanto que estos últimos, desde que se habían liberado de la tutela de Damasco, habían recobrado su vigor y estaban en plena expansión. Pero el nuevo elemento, y de una importancia capital, de esta época lo constituiría la entrada vigorosa de Urartu en la escena política [19].

Este reino es sin duda fundado durante el siglo XIII, porque ya aparece bajo el nombre de *Uruatri* en las inscripciones de Salmanasar I, pero no adquirió una cierta importancia hasta llegar a los comienzos del siglo IX, y ya hemos visto a Salmanasar III expulsar a su rey Aḫame de su capital Arsashku, al norte del lago Van. Será a partir de Sardur I, sucesor de Arame, cuando Urartu comience a expandirse [20]. Este soberano trasladó su capital a Tushpa (la ciudad de Van) y en una inscripción en asirio grabada en el muro de su ciudadela se proclamará «rey del país de Naïri», es decir, de toda la región montañosa situada al sur de Tushpa. Ishpuhini (824-806) daría un paso adelante apoderándose de la ciudad y del país de Musasir, probablemente situado entre los lagos Van y Urmiah, y del país de Parsua, en los alrededores de este último lago, poblado por los medos y por los manneos (mannaï). Su hijo Menua (805-788) conquistaría el Alzi

---

[17] «Crónica ecléctica», líneas, 7/15 (ABC, pp. 182/183); PKB, pp. 223, 225/226.

[18] La estela de Zakir, descubierta en Afis, al suroeste de Alepo: ANET (3), pp. 655/656. La hipótesis de una intervención asiria es planteada por P. Garelli: POA, II, p. 97.

[19] Entre las obras recientes sobre Urartu citemos: B. Piotrovskii: *Il Regno di Van, Urartu*, Roma, 1966; *Ourartu*, Ginebra, 1970; C. Burney y D. H. Lang: *The Peoples of the Hills: ancient Ararat and Caucasus*, London, 1971; S. Kroll: *Urartu, das Reich am Ararat*, Hamburgo, 1979. También hay numerosas obras y artículos en ruso.

[20] Sobre los orígenes y desarrollo de Urartu, ver M. Salvini: *Nairi e Ur(u)atri*, Roma, 1967.

(antaño llamado Alshe) entre el alto Tigris y el Éufrates, y luego vadearía este río y recibiría el tributo del rey de Milid (Malatiya). Argishti I (787-766) pondrá su atención en el norte: ocupará el alto valle del Araxes, en la Transcaucasia y fundará las ciudades reales, tales como Irbuni (Arin-Berd, cerca de la moderna Yerevan) y Argishtihinli (Atmavir, en la frontera turco-soviética). Bajo su reinado Urartu alcanzaría su máxima expansión: inscribiéndose en el triángulo Malatiya —lagos de Cildir y de Sevan— punta sur del lago Urmiah y, de hecho, llegará a ser mucho más grande que Asiria. Pero muy pronto su sucesor Sardur II (765-733) ampliaría todavía más estas fronteras, colocando bajo su tutela el Milid y el Kummuhu, sobre la ribera derecha del Éufrates, muy cerca de Siria; incluso llegaría a separar al rey de Arpad de la alianza que acababa de firmar con Ashur-nirari V. Ninguna de las numerosas campañas llevadas a cabo por los sirios contra Urartu y sus vasallos impidió a este reino ir ocupando progresivamente toda la parte oriental de la actual Turquía y las provincias del noroeste del Irán.

Las excavaciones efectuadas desde los comienzos de este siglo, tanto en la Armenia turca como en la Armenia soviética, nos han proporcionado informaciones abundantes acerca de la historia y de la civilización de Urartu, civilización que, sin subestimar sus caracteres originales, debía mucho a las de los pueblos que la rodearon: hurritas, hititas, neo-hititas y asirios. Emparentados con los hurritas por su lengua y estrechamente mezclados con ellos durante los siglos, los urarteos habían adoptado a sus dioses Teshup y Hepat (llamados Teisheba y Huba), que junto con la divinidad solar Shimegi (Shivini) ocuparían el segundo lugar de su panteón, tras su dios nacional Haldi y su esposa Arubani. Fue sin duda de los hititas de quienes aprendieron a rodear de murallas ciclópeas sus principales ciudades, frecuentemente encaramadas sobre picos rocosos, y dominadas por una amplia ciudadela, que contenía el palacio y sus almacenes llenos hasta rebosar de granos, aceite y armas. Sin embargo, los frescos que adornaban estos palacios son de una clara inspiración asiria, al igual que los bellísimos objetos esculpidos en metal —cascos, escudos, cinturones, calderos de elegantes asas, figurillas y estatuas de bronce—, que constituyen lo fundamental del patrimonio artístico del Urartu. Por último será también de los asirios de quienes los urarteos tomarían la escritura cuneiforme, para narrar en su propia lengua las hazañas de sus soberanos sobre las docenas de estelas y rocas inscritas repartidas por el conjunto del reino[21]. La meseta de Armenia, al pie del monte Ararat (nombre claramente derivado de Urartu) se prestaba maravillosamente para la ganadería, incluyendo la del caballo, y el fértil valle del Araxes para la agricultura. Además, Urartu detentaba o controlaba numerosas minas de cobre y hierro en Georgia, en Azerbaijan

[21] F. König: *Handbuch der Chaldischen Inschriften*, AfO, Beiheft, 8, 1955.

y en Armenia y exportaba sus obras de arte hacia Grecia, Creta y Etruria [22].

La rápida emergencia de una nación tan amplia, próspera, poderosa y agresiva, y su influencia sin cesar creciente sobre el equilibrio económico, y sobre todo político del Próximo Oriente constituyeron para Asiria una constante fuente de preocupaciones y de luchas, pero a la vez también un poderoso estimulante. Nos parece indudable que también debió jugar un papel determinante en la formación de su imperio. En efecto, la experiencia había demostrado que ya no era posible atacar de frente a este nuevo enemigo; había, por una parte, que contenerlo en la frontera norte, y por la otra impedirle progresar más todavía en Siria y en el Irán; de ahí la necesidad de *ocupar*, para poderlos controlar firmemente, ambos ejes de la expansión urartea. Asiria no tenía más que una elección: expandirse o perecer.

TIGLAT-PILESER III

Gracias a Dios, tras tantos débiles monarcas Asiria tuvo por fin un rey capaz de hacer frente a esta situación. Inteligente, metódico y combativo, Tiglat-Pileser III (745-727) supo medir la gravedad de los hechos y comprender inmediatamente las medidas que debía tomar. No sólo «rompió como cacerolas», de acuerdo con su propia expresión, a todos sus enemigos y puso en derrota a Urartu, sino que también sería el primero en integrar en el territorio asirio una serie de países que fue sometiendo más allá del Éufrates, y en este sentido merece ser considerado como el auténtico fundador del imperio. A la vez reorganizó el ejército e incrementó considerablemente su poder, legando de este modo a sus sucesores el instrumento de sus futuras conquistas. Si bien es cierto que no se preocupó por llevar a cabo la reforma administrativa tan deseada, que consistía en disminuir el tamaño de las provincias de la Jazirah asiria, multiplicando su número, sin embargo sí que supo frenar las desmesuradas ambiciones de los altos dignatarios e imponerles su autoridad [23].

En el exterior de Asiria propiamente dicha, los estados a los que las victorias de Tiglat-Pileser fueron colocando bajo su tutela, fueron, siempre que ello fuera posible y deseable, privados de sus soberanos y transformados o fragmentados en provincias. Cada provincia era confiada a un gobernador, llamado, o bien *bêl pihâti* (literalmente «dueño de circunscripción») o bien *shaknu* («prepósito») — sin que podamos percibir la existencia de una diferencia de funciones entre estos dos títulos— y se hallaba dividida en distritos *(qannu)*, di-

[22] E. Akurgal: *Die Kunst Anatoliens*, Berlín, 1961, pp. 185/195; B. Pitrovskii: *Urartu, the Kingdom of Van and its Art*, London, 1967, pp. 22/23.

[23] Esta cuestión es muy discutida. Ver sobre todo P. Garelli: POA, II, pp. 113, 231/234 y M. Larsen en *Power and Propaganda*, p. 86.

rigidos por los «jefes de las ciudades» *(râb alâni)*, que ponían en funcionamiento el gobierno [24]. Los estados que, por alguna razón, no pudiesen ser incorporados, conservaron sus propios reyes, pero eran vigilados muy de cerca por los gobernadores de las provincias vecinas. Una red de comunicaciones extremadamente eficaz unía la capital con las provincias más lejanas. Los correos ordinarios o los mensajeros especiales traían al rey o al «gran canciller» *(sukkâllu dannu)* las cartas y los memorandums de los gobernadores y de sus subordinados y volvían llevando las órdenes del soberano *(amat sharri,* «palabra del rey»). En algunos casos el rey enviaba a uno de sus «parientes» *(qurbûtu)* a investigar sobre el terreno. Los gobernadores de las provincias detentaban poderes administrativos, militares, judiciales y financieros muy amplios, pero atemperados por la constante vigilancia y las frecuentes intervenciones del gobierno central. Quede claro que una de sus principales funciones era el cobrar un tributo anual *(madattu)* y de mandarlo a la capital, labor en la cual los asistían los «controladores» *(qîpu)*, llegados rápidamente de Kalhu. También estaban encargados de mantener el orden, de supervisar la ejecución de las grandes obras públicas y de reclutar sobre el terreno las tropas permanentemente estacionadas en su provincia y que debían estar listas para intervenir, ya fuese a escala local o regional, o incluso para reforzar al ejército real en campaña.

Esta última función era de una importancia capital para la defensa y la expansión del imperio. Hasta entonces el grueso del ejército asirio se hallaba formado, de acuerdo con una tradición milenaria, por los dependientes de la corona, que realizaban su servicio militar a título de *ilku* y por reservistas reclutados entre toda la población para el transcurso de cada campaña anual. Tiglat-Pileser conservó este sistema, pero lo reforzó con un ejército permanente, con un ejército profesional llamado *kisir sharrûti* («lazo de la realeza»), que se hallaba en su mayor parte constituido por contingentes reclutados en las provincias periféricas. Algunas tribus, como los itu, proporcionaban excelentes mercenarios. Otra innovación en este terreno: la importancia concedida de ahora en adelante a la caballería, en detrimento de los carros, que se vieron convertidos en meros medios de transporte [25]. Este cambio estaba sin duda alguna dictado por la frecuencia de los combates en terrenos montañosos durante esta época contra unos enemigos que, como los medos, utilizaban básicamente tropas de caballería.

---

[24] Sobre estos títulos y sobre la organización de las provincias asirias periféricas: E. Klauber: *Assyrisches Beamtentum,* Leipzig, 1910; E. Forrer: *Die Provinzeneinteilung des Assyrischen Reiches,* Leipzig, 1920; R. A. Henshaw: «The office of *saknu* in Neo-Assyrian times», JAOS, 87, 1967, pp. 517/525; 88, 1968, pp. 461/483; P. Garelli: POA, II, pp. 135/137; J. Pecirkova: «The administrative organization of the Neo-Assyrian empire», *Archiv Orientalni,* 45, 1977, pp. 211/228; J. N. Postgate: «The place of the *saknu* in Assyrian government», *Anatolian Studies,* 30, 1980, pp. 69/76.

[25] F. Malbran-Labat: *L'Armée er l'Organisation militaire de l'Assyrie,* Ginebra/París, 1982, pp. 59/61.

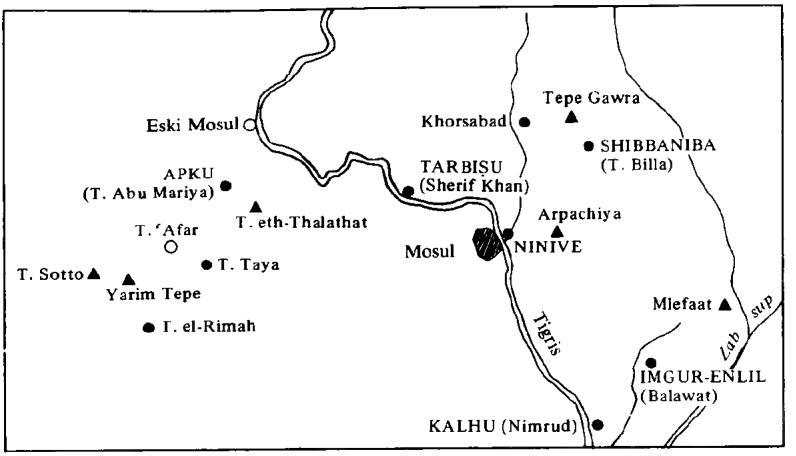


Ilustración 18.ª: *Principales lugares en los alrededores de Mosul.*

También será Tiglat-Pileser quien introduzca la práctica de las deportaciones masivas con mezclas de poblaciones [26]. Deportar a los habitantes de un país insumiso no era una cosa nueva, pero hasta entonces estas operaciones jamás habían alcanzado tales dimensiones. Así fue como en el curso de las campañas sirias de comienzos de su reinado, 30.000 habitantes de la región de Hama fueron trasplantados a los Zagros y reemplazados por 18.000 arameos de la ribera izquierda del Tigris. Es asombroso el observar cómo estos desplazamientos forzosos afectaron especialmente a Babilonia, de la que fueron transferidos a Asiria 65.000 hombres, mujeres y niños en el 744 y 150.000 en el 729. Esta política será continuada por los sucesores de Tiglat-Pileser y se calcula que el número de personas desplazadas por los asirios en el interior de su imperio durante tres siglos debió rondar los cuatro millones y medio [27]. En algunos bajo-relieves de esta época puede verse a los soldados asirios vigilando grandes filas de hombres que caminan con los pies desnudos, con un petate a la espalda y llevando de la mano a sus hijos demacrados, mientras que las mujeres los siguen en carros, junto con los bebés [28]. Lamentable espectáculo, es cierto, y sin duda alguna verídico, pero ennegrecido por la propaganda, porque si uno de los fines de estas deportaciones era castigar a los «rebeldes», romper su moral y suprimir todo espíritu na-

[26] Sobre esta cuestión ver la monografía de B. Oded: *Mass Deportations and Deportees in the Neo-Assyrian Empire,* Wiesbaden, 1979.

[27] B. Oded: *Op. cit.*, pp. 20/21.

[28] A. Parrot: *Assur,* pp. 53/56.

cionalista, también es cierto que respondían a otros imperativos: poblar las nuevas ciudades en los países conquistados y en la propia Asiria, repoblar regiones abandonadas para poder desarrollar la agricultura, y por último procurar a los asirios, no sólo soldados y una mano de obra sometida a trabajos forzados, sino también —ya que los saqueos eran muy grandes— artesanos y artistas, hombres y mujeres de negocios y escribas y eruditos. Sabemos por los textos que los gobernadores estaban encargados de asegurar el avituallamiento y la integridad física de los deportados que pasasen por su provincia, y que muchos de ellos se acostumbraron a vivir en sus nuevos países y permanecieron fieles a sus amos, e incluso que algunos de ellos accedieron a puestos elevados en la administración del imperio. Los deportados no eran en absoluto esclavos. Repartidos según las necesidades, no poseían ningún estatuto particular, sino que eran simplemente «contados entre el pueblo asirio». Esta política contribuyó ampliamente a la «arameización» de Asiria, fenómeno de múltiples consecuencias y que, junto con la internacionalización del ejército, debió jugar un papel importante en la caída del imperio.

Las guerras emprendidas por Tiglat-Pileser III también estarán caracterizadas por la impronta de su espíritu metódico [29]. A partir del 745 una expedición hacia la Baja Mesopotamia, solicitada por el rey de Babilonia, el caldeo Nabû-nâsir (Nabonassar) alivió a este último de la presión aramea y dio al rey de Asiria la ocasión de recordarle que continuaba siendo su protector [30]. Al año siguiente una campaña en el Namri y el Bît Hamban, regiones de los Zagros pobladas sobre todo por casitas muy turbulentos, le garantizaron la paz a sus espaldas. En el 743 se enfrentará por fin al problema sirio [31]. Más concretamente, puso sitio a Arpad, cuyo rey Mati-El era ahora el aliado de Sardur II de Urartu y de sus vasallos neo-hititas del Milid, de Gurgum y de Kummuhu. Sardur corrió en socorro de sus amigos, pero fue vencido cerca de Samosata, sobre el Éufrates y huyó ignominiosamente «sobre un jumento», refugiándose por la noche en una montaña escarpada [32]. La colación se dislocó. Arpad resistió aún durante tres años, pero terminó por sucumbir y por convertirse en la capital de una provincia asiria (741). Entre tanto, una campaña contra Azriyau, rey de Ya'diya (Sam'al) y Tutammu, rey de Unqi (Pattina) y sus aliados de la costa siria terminó con la anexión del noroeste sirio

---

[29] Inscripciones de Tiglat-Pileser III en ARAB, I, párr. 761/822. Añádanse los fragmentos descubiertos de Nimrud y publicados por D. J. Wiseman, en *Iraq*, 13, 1951, pp. 21/21; 18, 1956, pp. 117/129 y 26, 1964, pp. 119/121, así como los textos citados más abajo en las notas 34 y 35.

[30] «Crónica babilonia», col. I, líneas 1/5 (ABC, pp. 70/71); ARAB, I, párr. 782, 805, 809; PKB, pp. 229/232.

[31] M. Weippert: «Zur Syrienpolitik Tiglathpilesers III», en H. J. Nissen y J. Renger (Ed.): *Mesopotamien und seine Nachbarn*, Berlín, 1982, II, pp. 395/408.

[32] ARAB, I, párr. 813. Ver M. Astour: «The arena of Tiglath-Pileser III's campaign against Sarduri II» (843 BC), *Assur*, 2/3, pp. 61/91.

y con la caída en el vasallaje de Fenicia (742). Estas victorias tuvieron unas enormes repercusiones. Presas de pánico, los príncipes de Siria y Palestina se apresuraron a presentar tributos y regalos. Entre ellos estaban los reyes de Carquemish, Quê (Cilicia) y de Hama, Rasunu (Razin), rey de Damasco, Menahem, rey de Israel y una tal Zabibê, «reina de los árabes», lo que confirma la penetración de este pueblo en el cuerno occidental del Creciente Fértil. El punto de partida de estas campañas sirias fue probablemente Hadâtu (la moderna Arslan Tash), entre Carquemish y Harran, donde las excavaciones han sacado a la luz un palacio provincial de Tiglat-Pileser III, que se parece mucho, aunque en pequeño, el palacio de Asurnasirpal en Nimrud. Cerca de ahí un templo dedicado a Istar nos ha dado interesantes esculturas e inscripciones, mientras que otra construcción contenía paneles de marfil cincelado, botín o tributo del rey de Damasco Hazaël, traído por Salmanasar III [33].

Habiendo puesto pues fin a las pretensiones de Urartu sobre Siria del Norte, el rey de Asiria se volvió hacia el Irán, no sin haber consolidado antes su frontera septentrional [34]. Entre 737 y 736 dirigió dos campañas más allá de los Zagros, en el corazón del país ocupado por los «poderosos medos» y llegó hasta el monte Biknî (Demavend, en el macizo de Elburz) y al «desierto de la sal» (el Dasht-i-Kavir, al sureste de Teherán). Hasta entonces nunca el ejército asirio había penetrado tan profundamente en esta dirección. Los restos de un palacio fortificado en Tepe Giyan, cerca de Nehavend, y sobre todo una estela descubierta en Irán dan testimonio de estas campañas y del interés que puso el rey en este país [35]. En el 735 los asirios penetraron en Urartu y llegaron hasta su capital Tushpa (Van), que asediaron, aunque sin éxito.

Sin embargo la situación sobre la costa mediterránea se iba deteriorando. Los tirios y los sidonios se agitaban, porque Asiria les había prohibido su comercio con Filistea y Egipto, y los itu debieron intervenir y «hacer arrastrarse temerosamente a este pueblo» [36]. Todavía peor, los príncipes filisteos de Ascalón y Gaza habían levantado contra los asirios una coalición que comprendía a todos los soberanos de Palestina y Transjordania. En el 734 Tiglat-Pileser mismo vino a castigar a los rebeldes. El rey de Ascalón morirá en el combate; el «hombre de Gaza» huiría a Egipto «como un ave» y Ammon,

---

[33] Excavaciones francesas en 1928: F. Thureau-Dangin, A. Barrois, G. Dossin y M. Dunad: *Arslan Tash*, París, 1931. Ver G. Turner: *Iraq*, 30, 1968, pp. 62/68, Tiglat —Pileser III había mandado construir un palacio en Nimrud.

[34] N. Postgate: «The inscription of Tiglath-Pileser III at Mila Mergi», *Sumer*, 29, 1973, pp. 47/59.

[35] R. Ghirshman: *Irán*, Harmondsworth, 1954, p. 94. Estela: L. D. Levine: *Two Assyrian Stelae from Iran*, Royal Ontario Museum, Art and Archaeology, Toronto, 1972, pp. 11/24. La segunda estela es de Sargón II.

[36] Carta de Nimrud publicada por H. W. Saggs, en *Iraq*, 17, 1955, p. 128. Ver M. Cogan: «Tyre and Tiglath-Phalazar III», JCS, 25, 1973, pp. 96/99.

Edom, Moab y Judá, así como otra reina de los árabes llamada Samsi, fueron obligados a pagar tributo. Dos años más tarde Acaz, rey de Judá, amenazado por los damascenos y los israelitas, llamará a los asirios en su ayuda. Tiglat-Pileser tomó Damasco y se lo anexionó, saqueó Israel, cuyo rey fue asesinado, y recibió la sumisión de su sucesor Oseas (732)[37].

En la Baja Mesopotamia la muerte de Nabû-nâsir en el 734 fue seguida por una serie de golpes de estado en cascada, y en el 731 será un arameo llamado Ukîn-zêr quien se apodere del poder. Los asirios trataron de convencer a los habitantes de Babilonia de que se sublevasen, prometiéndoles una exención de impuestos a los arameos que desertasen, pero estas maniobras fracasaron[38]. Tiglat-Pileser envió entonces sus tropas contra el usurpador, que fue asesinado, así como su hijo, y decidió gobernar personalmente Babilonia. En el 728 «dio la mano a Bêl (Marduk)» en el curso del Festival del Año Nuevo y se proclamó rey de Babilonia bajo el nombre de Pûlu. Pero al año siguiente moriría, o, según la expresión acadia «partió hacia su destino», tras un reinado relativamente corto (dieciocho años) pero muy intenso.

Sargón II

Sabemos muy poco de Salmanasar V, hijo de Tiglat-Pileser, porque no reinó más que cinco años (726-722) y no dejó inscripción alguna[39]. La única gesta que se le puede atribuir es la toma de Samaria, motivada por la revuelta de Oseas, y la desaparición del reino de Israel, convertido en provincia asiria y más tarde repoblado con árabes y babilonios. Apenas se sabe nada sobre los orígenes de su sucesor ni sobre las circunstancias de su acceso al trono. La hipótesis más probable es que perteneciese a una rama colateral de la familia real y que destronase a Salmanasar. Este fue sin duda el motivo por el que quiso reafirmar sus derechos a la corona tomando el nombre de *Sharru-kîn* (Sargón), «Rey legítimo», nombre que antes ya había llevado un oscuro soberano de la dinastía de Puzur-Ashur y el ilustre fundador de la Dinastía de Acad[40].

---

[37] II *Crónicas*, XXVIII, 5-8; II, *Reyes*, XV, 29/30; XVI, 5/9. Ver ANET (3), pp. 283/284.

[38] Cartas de Nimrud publicadas por H. W. Saggs: *Iraq*, 17, 1955, pp. 21/56; 25, 1983, pp. 70/80. Ver PKB, pp. 235/243.

[39] La inscripción de ARAB, I, párr. 829/830 es en realidad de Asarhaddon. Para las escasas fuentes acerca de este reinado, ver PKB, p. 244.

[40] Inscripciones de Sargón en ARAB, II, párr. 1/230. La edición de referencia de los annales es la de A. G. Lie: *The Inscripctions of Sargon II, King of Assyria, The Annals*, París, 1929. Estudio de conjunto del reinado de Sargón: H. Tadmor: «The campaigns of Sargon II of Assur: a chronological-historical study», JCS, 12, 1958, pp. 22/40 y 77/100.

Algunos años antes se habían producido dos acontecimientos en el Próximo Oriente que debían inflexionar la estrategia política y militar de los asirios: el renacer del Elam tras tres siglos de letargo, y la renovación del interés de Egipto por los asuntos sirio-palestinos. Ambos eran consecuencia directa de la victoria de Tiglat-Pileser III, porque la expansión de Asiria, su dominio sobre Babilonia, su conquista de Siria y del Irán septentrional y la presión que ejercía sobre los «estados tampones» de Palestina y Transjornadia no podía dejar de inquietar a las restantes potencias orientales. Es más, la prohibición hecha a los fenicios de comerciar con Egipto afectaba muy duramente a este último y podemos pensar que la ocupación del noroeste iraní no solo perjudicaba las comunicaciones entre el Elam y Urartu, sino que también haría temer a los elamitas una migración en masa de los pueblos de esta región hacia el sur, llegando hasta los confines de su propio territorio; éste será efectivamente el camino que tomarán los persas en el año 700. Pero como ni los egipcios ni los elamitas se sentían lo suficientemente fuertes como para afrontar al «gigante en marcha» adoptaron una política de hostigamiento consistente en fomentar las revueltas entre los vasallos de Asiria y en sostener militar y financieramente a todos los pueblos que deseasen liberarse de ella. Pudo verse entonces al Elam olvidarse de casi tres mil años de odios y guerras y aliarse con los babilonios y a los egipcios, ayudar a los filisteos y a otros «viles asiáticos», que tanto les habían perjudicado antes. A partir del reinado de Sargón la historia de Asiria se resumirá prácticamente en una lucha contra las incesantes revueltas y contra quienes las impulsaban.

Sin embargo será en el propio corazón de Asiria donde comenzarán los problemas a la llegada de Sargón, que ciertamente fue muy contestada (722). Durante dos años debió hacer frente a la rebelión de un gran número de sus súbditos y de algunas ciudades, sobre todo de Asur. El orden no será reestablecido más que después de que hubiese metido en cintura a los rebeldes y liberado por decreto a los habitantes de Asur de «las llamadas a la armas», de los impuestos, corveas y trabajos forzados que nunca habían conocido, y que les habría impuesto, según él, Salmanasar V [41]. El nuevo soberano, inmovilizado por este grave problema no pudo ir a Babilonia para hacerse coronar. Marduk-apla-iddina* (el Merodach-Baladan de la Biblia), jefe de los caldeos de Bît Iakîn, sobre las riberas del Golfo Pérsico, y que disfrutaba de una gran influencia aprovechó la ocasión para hacerse elegir rey de Babilonia y se alió enseguida con el rey del Elam Humbannikash. En el año 720 Sargón, libre al fin y con capacidad de movi-

[41] Es lo que se llama el «Mapa de Assur»: ARAB, II, párr. 133/135; H. W. Saggs: «Historical texts and fragments of Sargon II of Assyria: the'Assur Charter' *Iraq*, 37, 1975, pp. 11/25. Sobre esta revuelta: P. Garelli: *La Voix de l'opposition en Mésopotamie*, pp. 207/208.

* «El dios Marduk me ha dado un heredero».

miento, marchó contra sus enemigos y los encontró cerca de Dêr. En sus inscripciones no duda en atribuirse la victoria, pero una crónica dice muy claramente que la consiguió Humban-nikash, incluso antes de la llegada de las tropas babilonias. Merodach-Baladan declaró orgullosamente, «haber derrotado al gran ejército de Subartu (Asiria) y amontonado sus armas» [42]. Detalle curioso, esta inscripción del rey de Babilonia ha sido hallada en Nimrud; Sargón la traería de Uruk en el año 710, reemplazándola en esta ciudad por un cilindro de arcilla que narraba su propia versión de los hechos. Como puede apreciarse, la «desinformación» no es una técnica nueva. No hay duda sin embargo de que los asirios fueron derrotados, o al menos obligados a retirarse, porque Merodach-Baladan continuará reinando en Babilonia durante once años (721-710). Se comportará como un monarca excelente y ha dejado huellas de sus actividades edilicias [43].

En ese mismo año 720, pero en Siria, Ilu-bi-di, rey de Hama, rompió los vínculos que le unían con los asirios y trató de arrastrar tras de sí a los gobernadores de las cuatro provincias sirias (como Arpad y Damasco) mientras que a la vez se sublevaba el rey de Gaza Hanuna, apoyado por un ejército egipcio. Pero en esta ocasión Sargón tuvo más suerte. Derrotó a Ilu-bi-di en Qarqar, incorporó Hama a su imperio y envió a los que se habían rebelado contra él a Asiria. Ilu-bi-di fue capturado y desollado vivo. En cuanto al general egipcio Sib'e «huyó solo y desapareció como un pastor al que han robado el ganado» [44]. Ocho años más tarde, nueva revuelta en el suroeste, dirigida por Iamâni, rey de Ashdod, seguido por Judá, Moab y Edom, y apoyada por «Piru'u de Musru», a traducir por «el farón de Egipto», que probablemente fuese Bocchoris, de la XXIV Dinastía. Nueva victoria de Sargón y anexión de Ashdod. Iamâni busca refugio en Egipto, pero Bocchoris fue derrocado por el nubio Sabakho, que creyó más prudente extraditarlo: «lo cargó de cadenas, de trabas y de bandas de hierro y se lo llevó a Asiria, ¡un largo viaje! [45]. Palestina permanecerá en calma hasta finales del reinado de Sargón.

No obstante, Urartu, vencido pero no abatido por Tiglat-Pileser seguía siendo el principal enemigo de los asirios y no cesaba de fomentar las revueltas entre los medos, los manneos y los zikirtu de los alrededores del lago Urmiah. Basta recorrer la correspondencia real para comprobar el cuidado con el que los oficiales de Sargón destacados en los distritos fronterizos del norte y noreste» montaban la guardia del rey» y lo mantenían informado hasta de los menores movimientos del soberano de Urartu y de sus generales, así como de las más

[42] «Crónica babilonia», col. I, líneas 33/37 (ABC, pp. 73/74). Inscripción de Merodach-Baladan: C. J. Gadd: «Inscribed barrel cylinder of Marduk-apal-iddina II», *Iraq*, 15, 1953, pp. 123/124.

[43] Sobre todo Uruk. Ver R. North: *Orientalia*, 26, 1957, p. 251.

[44] ARAB, II, párr. 5; ANET (3), p. 285; R. Borger: «Das Ende des aegyptischen Feldher Sib'e = Sô», JNES, 19, 1960, pp. 49/53.

[45] ARAB, II, párr. 30/62; ANET (3), p. 286. Ver H. Tadmor: *Op. cit.*, pp. 83/84.

mínimas variaciones de las alianzas políticas de los pueblos de los alrededores [46]. A pesar de las repetidas intervenciones de Sargón en estas regiones y en los Zagros centales, y el rey Rusa de Urartu hábía conseguido reemplazar a los príncipes manneos sometidos a Asiria por súbditos suyos. En el año 714 los asirios lanzaron una vasta ofensiva. Esta gran campaña del octavo año de Sargón, brevemente narrada en sus anales, se halla minuciosamente relatada en una carta de más de 500 líneas dirigida a «Ashur, el padre de los dioses, a los dioses de los destinos y a las diosas que habitan el templo y la ciudad de Asur», así como a «la ciudad y a su población». Estas «cartas a los dioses» estaban de hecho destinadas a ser leídas en público en el transcurso de la ceremonia oficial que marcaba el fin de una campaña importante, con el fin de hacer valer el valor y la prudencia del soberano. Es preciso destacar que los otros dos ejemplos que han sobrevivido en estado fragmentario provienen de Salmanasar IV y de Asarhadon, reyes muy contestados, como Sargón [47]. En la campaña del 714 la configuración del terreno, al igual que la resistencia del enemigo hacían la marcha excepcionalmente difícil y nuestro texto abunda en pasajes poéticos, útiles para crear una fuerte impresión en la audiencia:

> «El Simirria, gran pico que, como una punta de lanza, se alza, que eleva su cabeza por encima de las montañas morada de Bêlit-ilâni*, cuya alta cumbre sostiene el cielo, y cuya base toca el centro de los infiernos, que además, como una espina de pescado, no posee un pasaje de la una a la otra. Cuya ascensión es muy difícil por cualquiera de sus caras; sobre cuyas faldas se abren gargantas y precipicios, y cuya mera visión ya inspira el temor; que no es propicio ni para la subida de los carros ni para el galope de los caballos, y cuyos senderos son incluso difíciles de franquear para los infantes. Con la capacidad de comprensión y el hálito interior que me han otorgado Ea y Bêlit-ilâni, que han abierto mis piernas para ir a derrotar a los países enemigos, equipé con fuertes picos de bronce a mis gastadores, que hicieron volar en pedazos las rocas de las altas montañas como si fueran piedras de talla y mejoraron el camino. Tomé el mando de mis tropas; los carros, la caballería, los combatientes que van a mi lado, como valientes águilas los hice volar por encima de este monte. Hice seguir a los ganapanes, los gastadores, los camellos, los mulos de carga, como rebecos que trepan por la montaña pasaron por encima de la cima. Conseguí que las pesadas tropas de Asur franqueasen felizmente las difíciles pendientes y en la cumbre de la montaña levanté mi campamento» [48].

---

[46] ABL, sobre todo n.° 101, 123, 145, 148, 251, 380, 381, 424, 444, 515. Cartas de Nimrud en *Iraq*, 20, 1958, pp. 182/212.

[47] F. Thureau-Dangin: *Une relation de la huitième campagne de Sargon*, París, 1912; ARAB, II, párr. 139/189. Ver el excelente artículo de A. L. Oppenheim: «The city of Assur in 714 BC», JCS, 19, 1960, pp. 133/147.

* «Señora de los dioses», epíteto de la diosa Istar.

[48] Octava campaña, líneas 18/27, trad. F. Thureau-Dangin.

Así pues Sargón y su ejército franquearon las montañas y los ríos y se abrieron camino con las armas en torno a los lagos Urmiah y Van, y por fin se apoderaron de la ciudad fortificada de Musasir, que entregó un enorme botín y la estatuta del dios Haldi. Urartu nunca se recuperará de esta derrota. Cuando Rusa se enteró de la caída de Musasir, clave de todo su dispositivo militar en el este, se avergonzó profundamente: «con su propia espada de hierro, como a un cerdo, se atravesó el corazón y puso fin a su vida» [49].

Pero los urarteos habían tenido tiempo de alzar a otros países en contra de los asirios. En el 717 el rey de Carquemish, todavía independiente, tramó un complot contra Sargón, y vio como su reino era invadido y quedaba transformado en otra de las provincias del imperio. En el trancurso de los cinco años siguientes, Queê (Cilicia), Gurgum, Milid, Kummuhu y una parte de Tabal, en una palabra todos los estados neo-hititas del Tauro, sufrieron la misma suerte. Tras todos estos «complots» y todas estas «revueltas» no sólo se puede ver la mano del «hombre de Urartu», sino también de Mitâ de Mushki (Midas, rey de Frigia), al que Rusa había conseguido incluir en su esfera de influencia.

A comienzos del 710 Sargón era vencedor en todos los frentes; únicamente Babilonia, en manos de Merodach-Baladan seguía siendo una espina en el costado de Asiria y este año la atacará por segunda vez. El caldeo, que había reunido en torno a su persona a todas las tribus establecidas en el antiguo país de Sumer, resistiría durante dos años, encerrado en Dûr Iakîn [50] y herido, «se coló por la puerta de la ciudad como un ratón en su agujero» y se refugió en el Elam. Sargón entró en Babilonia, y al igual que sus predecesores, «tomó la mano de Bêl» haciendo de este modo de esta capital el segundo de los florones de su corona. Esta victoria tuvo unas repercusiones asombrosas: Midas el frigio le ofreció su amistad, Upêri, rey de Dilmun, «oyó hablar del poder de Ashur y envió regalos», siete reyes de Iatnana (Chipre) «cuyas lejanas moradas están a siete días de viaje por el mar del sol poniente» prestaron juramento de fidelidad al monarca asirio en una estela que se ha hallado, efectivamente, en Kition (Larnaka) [51]. Los esfuerzos de sus enemigos para minar los cimientos del imperio habían sido en vano, era más grande y aparentemente más sólido que nunca.

Sargón había vivido en Kalhu, capital militar de Asiria, en la que había reparado, modificado y ocupado el palacio de Asurnasirpal. Pe-

[49] ARAB, II, párr. 23.

[50] En la actualidad Tell el-Lahm, a 38 km al sur de Ur. Este gran tell ha sido objeto de algunos sondeos: Fuad Safar: «Soundings at Tell el-Lahm», *Sumer*, 5, 1949, pp. 154/164 y ha dado una inscripción de Nabanides: H. W. Saggs: *Sumer*, 13, 1957, pp. 190/194.

[51] Ver J. Elayi y A. Cavigneaux: «Sargón II y les Ioniens», *Oriens Antiques*, 18, 1979, pp. 59/75. Chipre no está más que a uno o dos días de navegación de la costa fenicia: la cifra 7 pudo haber sido «atraída» por el número de los reyes.

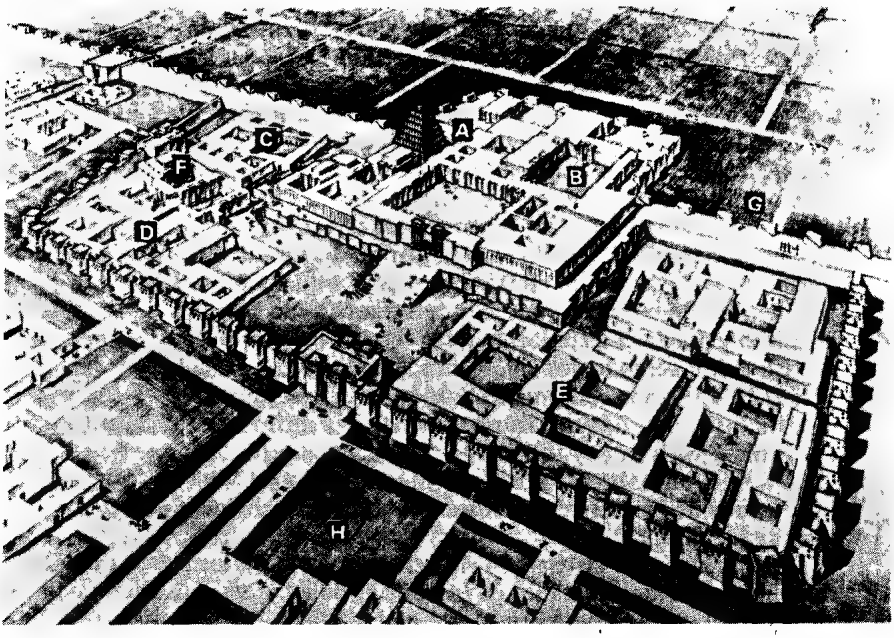


Ilustración 19.ª: *Ciudadela de Dûr-Sharrukîn (Khorsabad). A, zigurat: B, palacio de Sargón; C-E, residencias de los altos dignatarios; F. templo de Nabû; G. muralla exterior de la ciudad; H. ciudad baja.*
G. Loud y Ch. B. Altman: Khorsabad, II, 1938.

ro, llevado de su orgullo —o por el temor de nuevas revueltas domésticas— decidió enseguida tener una residencia propia en su propia ciudad. En el 717 se fundó Dûr-Sharrukîn, «la fortaleza de Sargón», sobre un lugar virgen situado a 24 kilómetros al noreste de Nínive, cerca de la moderna ciudad de Khorsabad. Esta fue, recordémoslo, la primera de las ciudades mesopotámicas en ser excavada, fue el lugar en el que en 1843 el cónsul de Francia en Mosul, Paul Emile Botta «descubrió» a los asirios [52]. La ciudad formaba un cuadrado de más de un kilómetro y medio de lado y sus murallas se hallaban perforadas por siete puertas fortificadas. En su parte norte una muralla rodeaba la ciudadela, que contenía el palacio real, que se comunicaba con el templo de Nabû por una espléndida puerta, un zigurat, cuyos siete pisos estaban pintados de diferentes colores, y las suntuo-

[52] Ver capítulo 2. Las primeras excavaciones (1843-1844 y 1852-1854) han sido publicadas por P. E. Botta y E. Flandin: *Les Monuments de Ninive,* París, 1849-1850 y por V. Place: *Ninive et l'Assyrie,* París, 1867-1870. Para las excavaciones del Oriental Institute de Chicago (1930-1935), ver: G. Loud y C. Altman: *Khorsabad,* Chicago, 1936-1938, 2 vols. (OIP, XXXVIII-XL). Planos y reconstrucciones en A. Parrot: *Assur,* figs. 10-13.

sas casas de los altos dignatarios. La morada real se elevaba sobre una alta terraza de quince metros por encima de la muralla, y tenía no menos de doscientas habitaciones y treinta patios. Estaba, como debe ser, ricamente decorada y gigantescos toros androcéfalos guardaban sus puertas —al igual que las de la ciudad y las de la ciudadela—, frescos de vivos colores o ladrillos esmaltados de azul adornaban la mayor parte de las habitaciones y capillas privadas, y ortostatos con bajo-relieves e inscripciones se desplegaban a lo largo de los muros con una longitud de unos dos mil metros. Millares de prisioneros de guerra y deportados, centenares de artistas y artesanos debieron trabajar en Dûr-Sharrukin, porque toda la ciudad fue construida en diez años. Sin embargo todo parece indicar que estuvo poco poblada y que fue rápidamente abandonada. En una de sus inscripciones proclama Sargón:

> «Para mí, Sargón, que habita este palacio, pueda él (el dios Ashur) decretar larga vida, salud corporal, alegría en el corazón y bienestar en el alma» [53].

Pero el dios no escuchó su plegaria. En el 705, un año después de la ceremonia de inauguración, Sargón «marchó contra Tabal» y murió en combate [54]. Sus sucesores prefirieron Nínive a la Brasilia mesopotámica, y Khorsabad, abandonada, cayó lentamente en ruinas.

[53] ARAB, II, párr. 89.

[54] «Crónica babilonia», col. II, líneas 6 (ABC, p. 76). Ver H. Tadmor: *Op. cit.* p. 97, n.° 312.

CAPÍTULO VEINTE

LOS SARGÓNIDAS

Los descendientes de Sargón II —los Sargónidas, como se les suele llamar— gobernarían Asiria durante más de un siglo (704-609), llevándola al apogeo de su poder, tanto en su extensión como en su cultura. Sin embargo, las guerras de Senaquerib, Asarhadon y Asurbanipal, a las que las inscripciones reales, con su ampuloso estilo, suelen presentar como triunfales conquistas, no fueron, en el mejor de los casos, más que contraofensivas coronadas por el éxito. A finales de su reinado Sargón había neutralizado Urartu. Los reyes de Asiria, directa o indirectamente, dominaban todo el Creciente Fértil, así como una parte del Irán y de Anatolia. Poseían una ventana abierta al Mediterráneo y otra al Golfo Pérsico, controlaban en su mayor parte los cursos del Tigris y el Éufrates y todas las grandes rutas comerciales que atravesaban el Tauro, los Zagros y Siria. Colmados de bienes y de riquezas por sus súbditos, vasallos y aliados, vivían en la prosperidad y hubieran podido haber conocido la paz, sin las incesantes revueltas que provocaba su política egocéntrica, su «imperialismo», como gustan denominarla en la actualidad, y que animaban y sostenían —por lo menos en Palestina, Fenicia y Babilonia— los egipcios y los elamitas. La conquista de Egipto por Asarhadon y la destrucción del Elam por Asurbanipal no fueron, a fin de cuentas, más que medidas que trataban de poner fin a una situación inestable, más que la culminación de los largos y duros conflictos impuestos a Asiria por sus adversarios, más que deseados por ella. En estas continuas luchas los asirios agotaron sus fuerzas y arruinaron sus propias posesiones, pero no lograron impedir la formación, tras el telón de los Zagros, de un poderoso reino medo, futuro instrumento de su perdición. Hacia el 640, mientras la victoria parecía total y Asurbanipal se alzaba en la cumbre de su gloria por encima de sus enemigos, se demostró repentinamente que el coloso tenía los pies de arcilla.

Como lo indica su nombre, Senaquerib —*Sîn-ahhê-erîba,* «el dios Sîn ha compensado (la muerte de sus) hermanos— no era el primero de los hijos de Sargón, sino el superviviente de la muerte de muchos hermanos fallecidos. Criado en la «casa de sucesión» y encargado, todavía siendo muy joven, de importantes funciones administrativas y militares, estaba muy bien preparado para su oficio cuando subió en el 704 sobre el trono de Asiria [1].

A lo largo de todo su reinado los límites septentrionales del imperio permanecieron relativamente en calma. Las victorias de Sargón en el Kurdistán, en Armenia y en el Tauro habían dado unos golpes tales a los urarteos y a los frigios, que no había ya lugar para considerarlos como unos potenciales agresores. Por otra parte estos pueblos sufrían por aquel entonces los ataques de unos enemigos imprevistos: los cimerios (Gimirraia en acadio) [2], jinetes nómadas originarios de Crimea y Ucrania que en la segunda mitad del siglo VIII habían franqueado el Caúcaso y penetrado en el Próximo Oriente. Establecidos primero en la actual Georgia soviética, se habían sublevado contra el rey de Urartu, señor de estas tierras, infringiéndole una severa derrota [3], y después se habían dividido en dos ramas, de las que una de ellas, avanzando hacia el oeste, ponía en peligro Frigia, mientras que la otra, avanzando hacia el sur se iría a aliar con los mannai y con los medos en el noroeste del Irán. Senaquerib estaba, sin duda alguna, informado de sus movimientos, pero le era imposible intervenir tan lejos de sus bases. Las cuatro campañas que lanzó hacia el norte y hacia el este en distintos momentos de su reinado serían de una importancia y unas dimensiones medias. Estaban dirigidas contra los tributarios reacios: los príncipes de los Zagros centrales y del Kurdistán, los reyezuelos de Cilicia —aparentemente auxiliados por tropas jonias [4]— y uno de los reyes de Tabal.

De hecho, toda la atención del rey de Asiria se vería acaparada por las regiones mediterráneas y por Babilonia, en la que se habían desencadenado graves revueltas con el anuncio de la muerte de Sargón. En Fenicia y Palestina la propaganda egipcia había llegado a persuadir a Lulê, rey de los sidonios, a Sidka, rey de Ascalón, a Ezequías, rey de Judá y a los habitantes de Ekron, de que rompiesen los

---

[1] A las inscripciones publicadas por D. Luckenbill: *The Annals of Sennacherib* (OIP, II), Chicago, 1924, y ARAB, II, párr. 231/496, añadir los textos publicados por A. Heidel: *Sumer,* 9, 1953, pp. 117/188 y A. K. Grayson: AfO, 20, 1963, pp. 83/96.

[2] U. Cozzoli: *I. Cimmeri,* Roma 1968; A. Kammenhuber, artículo «Kimmerier», RLA, V, pp. 594/596.

[3] ABL, n.° 146/197. El reino de Urartu sobreviviría hasta el 590, fecha en la cual sería conquistado por los medos. Poseemos inscripciones de Arghisti II y de Rusa II, contemporáneo o de Asurbanipal.

[4] Beroso, *Babyloniaca,* III, 2. Ver J. Elayi y A. Cavigneaux: *Oriens Antiquus,* 18, 1979, p. 70.

lazos que los unían a los asirios. En el 701 Senaquerib partió para castigar a los rebeldes [5]. Expulsó a Lulê de Sidón, quien huyó a Chipre, capturó a Sidka y lo envió a Asiria y derrotó a un ejército egipcio llegado en ayuda de Ekron, instalando además en todas estas ciudades a príncipes teóricamente más fieles. Después atacó Judá, puso asedio a la plaza fuerte de Lakish y envió a tres altos dignatarios —el *turtânu* el *rab shaqê* y el *rab sha rêsh* —a parlamentar a Jerusalén. Aquí se desarrolló la escena que describe de un modo tan realista el segundo Libro de los Reyes [6]. Llegados ante la ciudad los enviados del rey se entrevistaron con el secretario, el archivero y el jefe de la casa de Ezequías. Estos últimos prefirieron conversar en arameo para que la masa, apelotonada sobre las murallas no los entendiese, pero los asirios no tuvieron cuidado y emplearon «el (hablar) judaico». Se rieron de los Jueces que habían depositado su confianza en Egipto y tomando como apoyo «este junco roto que penetra y atraviesa la mano de quien se apoye en él» prometieron dos mil caballos si capitulaban, para ponerse al fin en tono amenazador. Pero Ezequías, animado por el profeta Isaías, se negó obstinadamente a abrir las puertas de Jerusalén. Se llegó pues a un compromiso: los asirios se retirarían y la ciudad quedaría a salvo, pero a qué precio: Ezequías debería entregar treinta talentos de oro, ochocientos talentos de plata y «todos los tesoros, así como a las mujeres de su harén y a sus músicos, hombres y mujeres» y también, según la Biblia, «las láminas de oro que recubrían las puertas y los dinteles del templo del Eterno». También debería evacuar muchas de sus ciudades y entregárselas a los filisteos.

En Babilonia la situación era todavía peor que en Palestina [7]. Senaquerib había heredado este reino a la vez que el de Asiria, pero desde el 703 una revolución había otorgado la corona a un babilonio. No esperó más que algunas semanas Merodach-Baladán, que vino del Elam, donde como habíamos visto se había refugiado y con la ayuda de las tropas elamitas y el apoyo de toda la población entró en la ciudad y volvió a ocupar el poder. La réplica de Senaquerib no se haría esperar: unos meses más tarde aplastaría a los rebeldes bajo los muros de Kish. Una vez más el caldeo consiguió escapar, yendo a ocultarse en el seno de los pantanos, que, como en la actualidad, cubren la extremidad sur de la Baja Mesopotamia, donde fue imposible encontrarlo. Senaquerib saqueó su palacio, hizo gran cantidad de prisioneros y deportó a 208.000 babilonios, caldeos y arameos a Asiria. Luego confió el reino a un tal Bêl-ibni, natural de Babilonia que, dice,

[5] Texto de esta campaña en ANET (3), pp. 287/288. La capitulación de Laquish se halla representada sobre un bajo-relieve de Nínive: AAO, lá, 101; A. Parrot: *Assur*, fig. 49.

[6] II *Reyes*, XVIII, 13; XIX, 34. Ver II *Crónicas*, XXXII, 1-1; *Isaías*, XXXVI, 1 a XXXVII, 38.

[7] Ver los estudios de J. A. Brinckman: «Senacherib's Babylonian problem», JCS, 25, 1973, pp. 89/99 y de L. D. Levine: Sennacherib's southern front: 704-689 BC», JCS, 34 1982, pp. 28/58.

«había crecido en mi palacio como un joven cachorro». Tres años más tarde, sin embargo, Merodach-Baladán salió de su refugio y suscitó unos desórdenes tales cómo para justificar una nueva intervención asiria. Senaquerib destronó a Bêl-ibni por su incompetencia o por colaboración con los rebeldes y lo reemplazó por su propio primogénito: Ashur-nâdin-shumi. Merodach-Baladán evitó el combate «reunió a todos los dioses de su país en sus santuarios, los cargó en barcos y huyó como un pájaro a la región pantanosa de Nagita, que está en medio del mar» [8].

Transcurrieron seis años de paz, cuando en el 694 Senaquerib decidió apoderarse de las ciudades del «otro lado del río Amargo (el Golfo Pérsico), donde las gentes de Bî Iakîn se habían dispersado ante las armas de Ashur» y organizó una formidable expedición anfibia destinada a aplastar de una vez por todas a los caldeos obstinadamente testarudos [9]. Una flota construida en Nínive por carpinteros sirios y armada por marinos fenicios y chipriotas descendió por el Tigris hasta Upâ (Opis), desde donde sería transbordada al canal de Arahtu, y luego al Éufrates, porque en esta época el Tigris se perdía en las vastas marismas y su curso inferior no era navegable. El ejército la acompañaba por tierra firme, y se unió con la flota en Bâb-Salimêti, cerca de la desembocadura de este río [10]. Las tropas embarcaron, atravesaron la punta del Golfo y saquearon algunas ciudades del Elam, volviendo cargadas de botín. No se dice ni una palabra de Merodach-Baladán, que debió morir en el exilio. Pero los elamitas reaccionaron inmediatamente: Hallushu (Halutush-Inshushinak), su rey, invadió Babilonia y se apoderò de Sippar. Los babilonios se apoderaron entonces de Ashur-nâdin-shumi y se lo entregaron, fue llevado a Elam y desapareció, siendo sin duda alguna asesinado [11]. El elamita puso sobre el trono de Babilonia a uno de sus protegidos, que pronto será expulsado por los asirios y reemplazado por un príncipe caldeo, elegido entre la población local: Mushêzib-Marduk. Y de nuevo se produjo una rebelión general de todos los habitantes de Babilonia que compraron, con los tesoros del templo de Marduk, la ayuda del nuevo rey del Elam «Umman-menanu» (Humban-nimena). El enfrentamiento con los asirios tuvo lugar en el año 691 en Hallulê, sobre el Tigris. Los annales de Senaquerib hacen de él una gran victoria, pero en realidad se trató de una derrota [12]. Loco de rabia por este contra-

[8] ARAB, II, párr. 242. Nagita, no localizada, probablemente fuese una de las numerosas islas llanas y pantanosas que se extendían por aquel entonces entre la desembocadura del Éufrates y la del Karun.

[9] ARAB, II, párr., 246/247; 318/322; 350 y 353.

[10] Upâ (Opis) es tell Umar sobre el Tigris, al sur de Bagdad. No se sabe dónde situar Bâb Salimêti. Acerca de la geografía de esta región en la época de Senaquerib, ver G. Roux: «Recently discovered ancient sites in the Hammar Lake district (Southern Iraq)», *Sumer,* 16, 1960, p. 31 y n.° 55.

[11] S. Parpola: «A letter from Samas-sumu-ukin to Esarhaddon», *Iraq,* 34, 1972, pp. 21/34.

[12] Versión asiria de la batalla en ARAB, II, párr. 253/254. La «Crónica babilo-

tiempo y todavía más por la desaparición de su hijo, y superado por las continuas rebeliones, Senaquerib decidiría por fin vengarse sobre la propia Babilonia. En el 689, osó llevar a cabo lo inconcebible: destruir esta ilustre y sagrada ciudad, segunda de las metrópolis de su imperio y cuna de la civilización, a las que sus predecesores habían odiado con frecuencia, pero tratado por lo general con un respeto y una paciencia infinitos:

> «Como avanza el huracán la ataqué y como la tempestad la destruí... Sus habitantes, viejos y jóvenes no fueron perdonados y con sus cadáveres llené las calles de la ciudad... La propia ciudad, sus casas, desde sus cimientos a sus tejados, las devasté, las destruí, les puse fuego... Con el fin de que el porvenir se olvide hasta del emplazamiento de sus templos, los destruía con el agua y los convertí en pastos. Para apaciguar el corazón de Ashur, mi señor, para que los pueblos se inclinen con sumisión ante su gran poder, reduje a polvo a Babilonia, como regalo a los pueblos más alejados, y en este templo del Año Nuevo (en Asur) conservo un poco en una jarra tapada» [13].

Una vez extirpado el «cáncer babilonio» mediante esta drástica operación, Senaquerib se dirigió al oeste, resuelto a poner fin al problema palestino mediante la conquista de Egipto. Es sin duda en este momento en el que es preciso situar una expedición a Arabia destinada a procurarse camellos, pero también a castigar al «cheik» árabe Haza'el, que había ayudado a los babilonios [14]. Vuelto a la costa mediterránea Senaquerib avanzó hasta el istmo de Suez. Ya había alcanzado Pelusa [15] cuando su campamento se vió saqueado por el «ángel del Eterno», dice la Biblia, «que salió esa misma noche y mató a 185.000 hombres en el campamento de los asirios», y «por una plaga de ratones que se apoderó de ellos durante la noche y se comió los carcajs, los arcos y también las correas de los escudos», narra Herodoto, o «por una epidemia», dice el historiador judío Flavio Josefo, más prosaicamente [16]. Evidentemente los anales asirios son mudos acerca de este episodio.

Sin embargo, los grandes dioses de Sumer y Acad no podían dejar impune la destrucción de Babilonia. En el 681 el día 20 del mes de *Tebêtu* (enero), mientras oraba en el templo de Nabû en Nínive, Senaquerib encontró la muerte que merecía: fue apuñalado por uno de

---

nia», col. III, líneas 16/18 (ABC, p. 80) habla de una «retirada asiria». Hallulê estaría probablemente situada en los alrededores del bajo Diyala.

[13] ARAB, II, párr. 339/341. La «Crónica babilonia», col. III, líneas 22/23 (ABC, pp. 80/81) dice púdicamente «el primer día del mes de *kislimu* fue tomada la ciudad, Mushezib-Marduk fue capturado y llevado a Asiria».

[14] ARAB, II, párr. 358.

[15] Tell el-Farama, a unos 50 km del Istmo de Suez.

[16] II, *Reyes*, XIX, 35; Herodoto, II, 141, Flavio Josefo: *Antigüedades judaicas*, X, 1, 4-5.

sus hijos, o, según otra tradición, aplastado por uno de los toros alados que custodiaban el santuario [17].

Senaquerib suele ser juzgado muy severamente a veces. Se le califica de inconstante, torpe, brutal y cobarde [18], y es cierto que muchas de sus campañas fueron llevadas a cabo por sus lugartenientes. Pero es necesario hacer justicia: el rey que destruyó Babilonia fue, en Asiria, un gran constructor, a la vez que un esteta, un amante de las letras y la naturaleza. En particular se le debe la transformación de la antiquísima ciudad de Nínive (Ninua) en capital digna de un imperio como el que gobernaba. En pocos años su perímetro fue cuadruplicado, pasando de 3 a 12 kilómetros. Su muralla de grandes bloques calcáreos, «alta como una montaña» y atravesada por quince puertas, cada una de las cuales llevaba el nombre de una divinidad, abarcaba dos distritos separados por un pequeño río, el Tebiltu (él Khosr) y representados en la actualidad por los dos tells gemelos de Kuyunjik y de Nebi Yunus, en la ribera izquierda del Tigris, frente a Mosul [19]. Será en Kuyunjik donde se eleve la antigua residencia real, quizás fundada por Shamshi-Adad I, pero había sido abandonada, y las crecidas del Tebiltu habían arruinado sus cimientos. El curso del río fue desviado, el edificio demolido, y sobre una gran terraza construida sobre el antiguo lecho del río, se construyó la magnífica morada de Senaquerib, el «palacio sin rival»:

> «Coloqué los maderos de cedro, producto del Amanus traído con dificultad de estas lejanas montañas, a través de los techos. Grandes vanos de ciprés, cuyo olor es agradable cuando se abren y cierran, los uní con una banda de cobre brillante y los fijé en las puertas. En el interior construí, para mi regio placer, un pórtico según el modelo de los palacios hititas y que en la lengua amorrita se llama *bît hilâni*» [20].

Los enormes pilares de cobre que reposan sobre leones de bronce, fundidos los moldes «como las piezas de medio siglo», vinieron a adornar los portales del palacio. Se instalaron «a los cuatro vien-

---

[17] II, *Reyes*, XIX, 36/37; «Crónica babilonia», col. III, líneas 34/35 (ABC, p. 81). Ver ARAB, II, párr. 795. Ver los estudios de E. G. Kraeling: «The death of Sennacherib», JAOS, 53, 1933, pp. 335/346 y de S. Parpola: «The murder of Sennacherib» en B. Alster (Ed): *Death in Mesopotamia*, Copenhaguen, 1980, pp. 171/182.

[18] Por ejemplo, H. R. Hall: *The Ancient History of the Near East*, London, 1950, pp. 481/482. Opinión mucho más matizada en A. T. Olmstead: *History of Assyria*, New York, 1923, pp. 334, 601 y 610.

[19] Nebi Yunus, coronado por un caserío y conteniendo un oratorio dedicado al profeta Jonás, apenas ha sido explorado. Sólo Kuyunjik ha sido objeto de excavaciones, primero por parte de Layard (1847), luego por misiones británicas hasta 1932. Resumen de los resultados en AM I, *passim* y R. Campbell-Thompson y R. W. Hutchinson: *A Century of Exploration at Ninebeh*, London, 1929. Las excavaciones fueron reemprendidas por los iraquíes en 1967, con restauraciones incluidas: T. Madhloum y A. M. Mehdi: *Nineveh*, Bagdad, 1976.

[20] ARAB, II, párr. 356.

tos» genios protectores de plata, cobre y piedra. Se metieron por las puertas enormes bloques de piedra esculpidos con escenas de guerra para colocarlos a lo largo de los muros. Por último, junto al palacio se abrió «un gran jardín, como sobre el Amanus, sembrado con todas las clases de hierbas y árboles frutales». En la ciudad misma se ampliaron las plazas, y calles y avenidas fueron pavimentadas y se volvieron «brillantes como (la luz del) día». Toda la campiña cercana fue convertida en un enorme vergel, mediante la captación del agua de las colinas situadas a unos cincuenta kilómetros, agua que era traída a Nínive por un largo canal que franqueaba el valle con un magnífico acueducto, cuyos restos todavía son visibles cerca de la aldea de Jerwan [21].

Senaquerib, orgulloso de sí mismo y de su obra, gustaba hacerse representar en las alturas de este país de Asur, a las que era oficionado hasta el fanatismo. En Bavian, cerca de Jerwan, en Maltaï, no lejos de Dohuk, y sobre el Judi Dagh, en la frontera turco-iraquí siempre aparecen, tallados en la roca, los gigantescos retratos del «rey poderoso, soberano de los pueblos lejanos» [22], representado en pie, rindiendo homenaje a su dios nacional y aparentemente despreocupado del dios de Babilonia, al que había ofendido tan gravemente.

ASARHADON

La muerte de Senaquerib marca el punto culminante de una de las crisis de sucesión más graves que jamás hubiesen afectado a Asiria [23]. El difunto rey tenía al menos cuatro hijos. El primogénito había desaparecido en el Elam, el príncipe heredero debía ser legalmente Arad-Ninlil [24], su segundogénito, pero Senaquerib eligió al más joven, Asarhadon, nacido de la segunda esposa Zakûtu (Naîa), que ejercía sobre su hijo una fuerte influencia. Empujados por los celos, Arad-Ninlil y su hermano (o sus hermanos) se enfadaron y comenzaron a intrigar de tal modo que el rey prefirió apartar al joven príncipe «a un lugar oculto», manteniendo pues su decisión. Este será el motivo por el que será asesinado. Apenas muerto, los hermanos asesinos comenzaron a disputarse la corona «se pelearon mutuamente como jóvenes cabritos», perdiendo el apoyo de la población. Asarhadon*

---

[21] T. Jacobsen y Seton Lloyd: *Sennacherib's Aqueduct at Jerwan* (OIP, XXIV, Chicago, 1935; J. Reade: «Studies in Assyrian geography I, Sennacherib and the waters of Nineveh», RA, 72, 1978, pp. 47/72; 157/180.

[22] W. Bachmann: *Felsreliefs in Assyrien,* Leipzig, 1927, Ver A. Parrot, *Assur, fig. 80/81.*

[23] *Relato de Asarhadon al comienzo de sus annales: ARAB, II, párr. 501/505; ANET (3), pp. 288/290.*

[24] *Según S. Parpola en B. Alster (Ed.): Death in Mesopotamia,* Copenaguen, 1980 pp. 171/182, Arad-Ninlil debe leerse Arad-Mulishshi, lo que correspondería muy bien con Adramelek, nombre del asesino en la Biblia.

* *Ashur-aha-iddin,* «El dios Ashur ha dado un hermano».

se apresuró a volver a Nínive para hacer valer sus derechos. Las tropas que debían cerrarle el camino se pusieron de su parte y «el pueblo de Asiria vino a besarle los pies». Haciendo «saltar a su ejército por encima del Tigris como si se tratase de una fosa» penetró en la capital y en marzo del 681 «se sentó alegremente sobre el trono de su padre». Sus hermanos huyeron a Urartu, pero los oficiales que les habían ayudado fueron ejecutados junto con sus descendientes.

El primer gesto del nuevo soberano [25] consistió en la expiación del pecado que había cometido Senaquerib al destruir Babilonia: decidió reconstruírla. Los dioses, en su cólera, habían decretado que la ciudad debería permanecer en ruinas durante setenta años, pero los sacerdotes encontraron un medio de superar este obstáculo: «Marduk el misericordioso dio la vuelta a la tablilla de los destinos y ordenó que la ciudad debería ser reconstruida al undécimo año». En efecto, en la escritura cuneiforme el número 70 al revés se lee 11, al igual que nuestro 9 se lee 6. Toda la población de Babilonia fue movilizada para «llevar el molde» y Babilonia no sólo fue reconstruida sino también «agrandada, elevada hasta los cielos y convertida en grandiosa» [26]. Quizás la ciudad no hubiese sido totalmente arrasada, como pretende Senaquerib, sino que sólo debió quedar muy dañada, porque su reconstrucción ocuparía todo el reinado y Marduk, prisionero en Asur, no pudo volver a su templo más que en el 668, un año después de la muerte del rey. Por este acto de piedad, pero también de justicia y sabiduría, Asarhadon conquistó el corazón de la mayor parte de sus súbditos babilonios. Si exceptuamos una tentativa abortada del hijo de Merodach-Baladán de apoderarse de Ur y dos levantamientos de los arameos en Dakkurû, rápidamente reprimidos, las provincias del sur permanecieron tranquilas. Es más, serían los propios babilonios los que rechazarían al rey del Elam, Humban-haltash, cuando en el 675 invadiese su país [27].

En Fenicia, otro de los puntos calientes del imperio, Asarhadon utilizó la mano dura. En el 676 capturó e hizo decapitar a Abdi-milkuti, rey de Sidón, que se había rebelado; la ciudad fue «rota en trozos y tirada al mar», sus habitantes fueron deportados a Asiria y su territorio convertido en una provincia, que tuvo por capital una ciudad nueva, bautizada con el nombre de Kâr-Assarhaddon [28]. Unos años más tarde impuso a Ba'al, rey de Tiro, un tratado [29] que lo ponía total-

---

[25] Las inscripciones de Asarhadon (ARAB, II, párr. 497/761) han sido reunidas por R. Borger: *Die Inschriften Asarhaddins König von Assyrien,* Graz, 1956. Otras inscripciones han sido publicadas desde entonces, sobre todo en *Sumer,* 12, 1956, pp. 9/38; AfO, 18, 1957-1958, pp. 314/318; *Iraq,* 23, 1961, pp. 176/178; 24, 1962, pp. 116/117; JCS, 17, 1963, pp. 119/131; *Iraq,* 26, 1964, pp. 122/123.

[26] ARAB, II, párr. 639/687. Ver J. Nougayrol, AfO, 18, 1957-1958, pp. 314/318.

[27] «Crónica babilonia», col. II, líneas, 39/50; IV, 1-2, 9-10 (ABC, pp. 82/83); «Crónica de Asarhadon», líneas 10/11, 35/37 (ABC, pp. 126/127).

[28] RAB, II, párr. 511/514; 527/528; 547. Ver ANET (3), pp. 290/291.

[29] R. Borger: *Op. cit.*, párr. 69; ANET (3), pp. 533/534.

mente a disposición de los asirios, que a partir de ahora pasarían a controlar todo el comercio fenicio. Estas enérgicas medidas garantizaron —por lo menos temporalmente— la plaza sobre la costa mediterránea y permitieron a Asarhadon ocuparse de los graves problemas que comenzaban a plantearse en el norte y en el este.

A comienzos del siglo VII grupos de escitas (en asirio ishkuzaï), pueblo de jinetes nómadas que vagaban por las estepas al norte del Mar Negro, entre el Dniéper y el Volga[30] habían franqueado el Cáucaso y se habían mezclado con los cimerios, ya establecidos en el Asia Menor y en el Irán. La llegada de estas tribus guerreras dio un nuevo impulso a las actividades predadoras de estos últimos, guiados por un tal Teushpa. En el 679 los cimerios y los escitas irrumpieron sobre el flanco sur del Tauro, amenazando las guarniciones asirias instaladas en Tabal y suscitando rebeliones entre los príncipes de Cilicia, vasallos de los asirios. En un fulminante contraataque Asarhadon «puso a sus pies la nuca» de los cilicios y «segó la espada» de Teushpa y sus hordas, obligándolos a batirse en retirada. Se encontraron entonces con el reino de Frigia, que tres años más tarde deberían destruir. El rey de Asiria, feliz al ver sus oleadas apartadas de sus territorios, firmó la paz con los cimerios y dio a una de sus hijas en matrimonio al escita Bartutua (el Protothies de Herodoto). En el 673 pudo rechazar sin dificultad un pequeño ataque de Rusa II de Urartu.

Sin embargo en el este los continuados esfuerzos de los reyes asirios para obtener de los mannaï —ahora mezclados con los cimerios y los escitas— que pagasen normalmente el tributo se saldarían con un fracaso. No menos hostiles eran los medos, que ocupaban toda la meseta iraní al sur y al este del lago Urmiah y a los que Kashtaritu (Khashathrita, Fraortes) comenzaba a reunir en un esbozo de lo que sería un reino. Asarhadon hizo lo que pudo para remediar una situación cuyo efecto más inmediato consistía en reducir considerablemente el aprovisionamiento de caballos del ejército asirio, y cuyas consecuencias comenzaba a preveer a largo plazo. Lanzó pues contra los medos muchos *raids* de larga distancia y tomó bajo su protección a tres de sus grandes príncipes que habían solicitado su ayuda como vasallos. Más al sur una serie de campañas en los Zagros centrales le proporcionarían el Ellipi (región de Kermanshah), y allí se aliaría con los gambulû, tribu aramea de la ribera izquierda del Tigris, con el fin de crear unos estados tampón entre Elam y Mesopotamia. El Elam no era por otra parte un enemigo a temer en esta época. En el año 674 Urtaki había sucedido a su hermano Humban-haltash, muerto repentinamente, y había mostrado una disposición amistosa hacia Asiria, llegando incluso a devolver las estatutas divinas arrebatadas por sus

[30] Acerca de los escitas en general: T. Talbot Rice: *The Scythians,* London, 1957 (trad. franc. *Les Scythes,* París, 1958), R. Grousset: *L'Empire des Steppes,* París, 1969; B. D. Grapow: *Die Skyten,* Berlín, 1978. Nuestro conocimiento de la historia de los escitas deriva sobre todo de Heredoto: IV, 1/144.

predecesores y a nombrar un embajador permanente en Nínive [31].

Asarhadon, al practicar esta política, en la que la fuerza se combinaba con la diplomacia, y que proporcionaba una cierta estabilidad a su imperio, no perdía de vista sin embargo su gran propósito: conseguir aquello en lo que había fracasado su padre y conquistar Egipto [32]. Las circunstancias parecían por aquel entonces más favorables que nunca. Egipto se hallaba dividido en múltiples reinos, de los que el más importante era el de Sais, en el Delta, gobernado por Necao (Nikku), que descendía de uno de los faraones libios. Pero desde el 715 todos estos reyes obedecían a los soberanos de la XXV Dinastía originaria del país de Kush (la Alta Nubia, el actual Sudán), que residían en Tebas. En la época de Asarhadon este faraón se llamaba Taharqa, y reinaba desde el año 689. Pero los egipcios detestaban a los kushitas y el rey de Asiria debió creer que bastaría con que se presentase como su liberador para que se pusiesen de su lado, convirtiendo su campaña en un simple paseo militar. En esto se engañaba totalmente. Había «tanteado el terreno» desde el 679, tomando la ciudad fronteriza de Arza, sobre el «Cañaveral de Egipto» (Wadi el Arish, en el Negeb), conquistada y luego perdida por Senaquerib. Taharqa no había reaccionado, pero seis años más tarde Asarhadon se encontraría con que sus tropas, que habían venido a prestar ayuda a Ascalón, que se había rebelado y había sido derrotado, se tendrían que enfrentar con las del faraón. Mientras, se había preocupado por conseguir la amistad de los árabes establecidos en torno al Mar Muerto, porque sin su cooperación —o al menos sin su neutralidad— se exponía, si atacaba Egipto, a que le cerrasen la retirada o le cortasen sus vías de comunicación. Había devuelto pues a Haza'el su esposa y sus dioses, de los que se había apoderado Senaquerib, y también habría defendido a su hijo Uatê (Yata) contra un rival si pagaba tributo. Pero los altivos árabes no han querido ser nunca tributarios, y poco más tarde se vería obligado a aplastar una revuelta del propio Uatê [33].

En el 671 Asarhadon reunió un gran ejército y por fin se lanzó al asalto de Egipto. Costeando el Mar por Rapihu (Tell Rifah, al sur de Gaza) los asirios atravesaron por primera vez el desierto del Sinaí —aventura a la vez terrorífica y emocionante, y cuyo relato tiene mucho de cuento de hadas, ¿acaso no llegarían a ver «serpientes con dos cabezas, cuyo ataque significa la muerte» y «animales verdes que movían las las»?— Luego penetraría en el Delta del Nilo. El ejército de

---

[31] «Crónica de Asarhadon», líneas, 16/18, 21/22 (ABC, p. 126); G. Cameron: *History of Early Iran,* Chicago, 1936, p. 166; ABL, n.° 918.

[32] A. Spalinger: «Esarhaddon in Egypt: an analysis of the first invasion of Egypt», *Orientalia,* 43, 1974, pp. 295/326. Acerca de Egipto en esta época ver K. A. Kitchen: *The Third Intermediate Period,* Warminster, 1973.

[33] A. K. Irvine: «The Arabs and Ethiopians», en D. J. Wiseman (Ed.): *Peoples of the Old Testament Times,* Oxford, 1973, p. 291. Textos en ARAB, II, párr. 518/536; 551. Ver ANET (3), pp. 191/192.

Taharqa ofrecería una resistencia muy dura y la conquista se haría palmo a palmo, y sin duda a costa de muchas pérdidas:

> «De la ciudad de Ishupri hasta Mempi (Menfis), su residencia real, había una distancia de quince días (de marcha), libré cada día, sin excepción, combates muy sangrientos contra Tarqû (Taharqa), rey de Egipto de Kush, maldecido por todos los dioses... Puse sitio a Menfis, su residencia real y la tomé en medio día por medio de minas, brechas y escaleras de asalto. Su reina y las mujeres de su palacio, Urshanahuru, su «aparente heredero», sus demás hijos, sus posesiones, sus innumerables caballos, su ganado mayor y menor, todo me lo llevé a Asiria como botín. Todos los kushitas fueron deportados fuera de Egipto, no dejé ni a uno para rendirme homenaje. Por todo Egipto nombré otros reyes, otros gobernadores, oficiales, controladores de los puertos, funcionarios y personal administrativo. Impuse tasas sacrificiales a perpetuidad para Ashur y los demás grandes dioses, mis señores. Les impuse (a los egipcios) tributo, que es debido como soberano, anualmente y para siempre» [34].

Pero Taharqa no se dio por vencido. Dos años más tarde volvió del Alto Egipto, en el que se había refugiado, reconquistó Menfis y fomentó una revuelta contra los asirios en el Delta. Asarhadon estaba de nuevo en camino hacia el valle del Nilo cuando, al llegar a Harran, cayó gravemente enfermo y murió (669).

Tres años antes, en el 672 había reunido al «pueblo de Asiria», así como a los embajadores extranjeros y a los representantes de todas las regiones del imperio y había proclamado solemnemente a su hijo Asurbanipal como príncipe heredero y a otro de sus hijos Shamash-shuma-ukîn rey de Babilonia. También había hecho firmar a los príncipes vasallos tratados de lealtad (*adê*), uno de los cuales, referido a los príncipes de los medos ha sido descubierto en Nimrud [35]. En una fecha indeterminada —quizás inmediatamente después de su muerte— la reina madre Zakûtu puso todo el peso de su autoridad sobre la balanza e impuso a Shamash-shuma-ukîn y a sus otros hermanos, «a los príncipes de sangre, a los grandes, ya fuesen gobernadores o comandantes, a los oficiales de policía, a todos los responsables del país y a todos los asirios, hombres y mujeres» un juramento de fidelidad a su nieto Asurbanipal [36]. Asarhadon, so-

---

[34] ANET (3), p. 293. En realidad, los sangrientos combates tuvieron lugar en Menfis y los reyes del Delta fueron mantenidos a raya. Estatuas de Taharqa y de la diosa egipcia Anuqet han sido descubiertas en Nínive (Nebi Yunus), en el lugar del palacio de Asarhadon. Ver V. Vikentiev: *Sumer*, 11, 1955, pp. 111/114 y 12, 1956, pp. 76/79.

[35] D. J. Wiseman: «The vassal-treaties of Esarhaddon, *Iraq*, 30, 1958, pp. 1/99. Ver ANET (3), PP. 534/541.

[36] ABL, n.° 1.239. Ver P. Garelli: *Akkadica*, 27/2. Texto completo en F. Malbran-Labat: *L'Armée et l'Organisation militaire de l'Assyrie*, Ginebra/París, 1982, p. 200, n.° 100.

berano valiente y astuto, siempre recordó sus difíciles comienzos; tenía que garantizar que ninguna crisis sucesoria seguiría a su muerte.

ASURBANIPAL

En efecto, el cambio de reinado se efectuó sin dificultades. Asurbanipal* se sentó sobre el trono de Nínive un mes después de la muerte de su padre y Shamash-shuma-ukîn** sobre el de Babilonia al año siguiente. A pesar de las apariencias el imperio no se hallaba dividido. Al confiar Babilonia a un príncipe de sangre real, Asarhadon había querido cortar sin duda toda reivindicación por su parte, evitar problemas a su legítimo sucesor y apaciguar a los babilonios, dándoles una fachada de autonomía. Pero también había hecho comprender claramente a todos sus súbditos que Asurbanipal, que tenía la primacía sobre su hermano, reinaría sobre todo el territorio asirio y sería responsable de las relaciones exteriores y de las operaciones militares de interés nacional. El sistema adoptado quizás fuese un poco cojo, pero era nuevo y merecía ser probado. Funcionó perfectamente bien durante dieciséis años [37].

Asurbanipal herededaba con la corona de Asiria la pesada tarea que la súbita desaparición de su padre había dejado inacabada: volver a establecer el control sobre Egipto [38]. Como se quedó en Nínive para consolidar primero su poder en su propio reino, envió a este lejano país a su *turtânu* a la cabeza de una unidad de combate que se enfrentó con Taharqa y sus tropas en la llanura de Menfis. Los asirios vencieron y tomaron la ciudad, pero Taharqa se les escapó, como también se le había escapado a Asarhadon. Asurbanipal comprendió que no podría deshacerse de él más que invadiendo el Alto Egipto, y que la lucha sería larga y dura. Así pues dio la orden de organizar sobre el lugar un gran ejército compuesto de un núcleo de asirios, reforzados por fenicios, sirios y chipriotas, pero también por soldados egipcios reclutados en los reinos del Delta. Este ejército dejó Menfis en dirección a Tebas, pero se detuvo en el camino cuando le llegó la noticia de que los príncipes del Bajo Egipto trataban de sublevarse:

---

* *Ashur-ban-apli,* «El dios Ashur es el creador del hijo».

** Shamsh-shuma-ukîn, «El dios Shamash ha establecido un nombre (linaje) legítimo».

[37] Inscripciones de Asurbanipal: M. Streck: *Assurbanipal un die letzen assyrischen Könige,* Leipzig, 1916; D. D. Luckenbill, ARAB, II, párrs: 762/1.129; T. Bauer: *Die Inschrifte-werke Assurbanipals;* Leipzig, 1933; A. C. Piepkorn: *Historical Prims Inscription* I, Chicago, 1933. Otros textos o fragmentos: W. G. Lambert; AfO, 18, 1957-1958, pp. 382/398; D. J. Wiseman: *Iraq,* 6, 1964, pp. 118/124; E. Knudsen: *Iraq,* 29, 1967, pp. 46/49; A. Millard: *Iraq,* 30, 1968, pp. 98/114; R. Borger, AfO, 23, 1970, p. 90.

[38] A. Spalinger: «Assurbanipal and Egypt: a source study», JAOS, 94, 1974, pp. 316/328.

«Todos los reyes hablaron de rebelión y tomaron una impía decisión: "Taharqa ha sido expulsado de Egipto, ¿cómo podremos entonces quedarnos?" Y enviaron entonces mensajeros a Taharqa, rey de Kush, para prestarle un juramento de alianza: "Que haya paz entre nosotros y lleguemos a un acuerdo mutuo: nos dividiremos el país y ningún extranjero mandará sobre nosotros"» [39].

Traicionados por uno de los suyos, los conjurados fueron detenidos. Algunos de ellos fueron ejecutados, otros —y sobre todo Necao, rey de Sais— fueron enviados a Nínive. Los asirios no podían marchar sobre Tebas dejando atrás el Bajo Egipto en ebullición. Además se encontraban a unos 2.000 kilómetros de su patria, en el corazón de un país desconocido y hostil, cuya lengua, costumbres y religión les eran totalmente extraños, y que de todos modos no podían gobernar directamente por falta de personal administrativo y de tropas en número suficiente. La única solución consistía en perdonar a los reyes del Delta, engatusarlos y atraérselos, costase lo que costase, esperando que el odio hacia el Kushita hiciese el resto. Asurbanipal liberó pues a los prisioneros y púsolos bajo el mando de Necao, cuyos antepasados habían reinado antes sobre todo Egipto. «Lo vistió de ropajes resplandecientes» y lo envió a Sais cargado de ricos presentes. No hubiera podido hacer mejor elección.

Pasaron dos años, durante los cuales Taharqa murió en el exilio. En el 664 su hijo Tanutamôn (al que los asirios llamaban Tandamane) entró en Tebas, que lo recibió con los brazos abiertos y luego descendió por el Nilo hasta que apareció ante Menfis. Se enfrentó a una pequeña guarnición, en su mayor parte egipcia, y la venció. Necao murió en la batalla, los demás jefes se retiraron a los pantanos del Delta, y el kushita trató en vano de someterlos, antes de retirarse. Fue entonces cuando el gran ejército asirio, estacionado en alguna parte al sur de Menfis, recibió la orden de marchar sobre Tebas. Entró en la ciudad, que estaba mal defendida, la saqueó, la devastó «como si fuera una inundación» y se llevó «un enorme botín, imposible de contar», entre el que estaban dos columnas de electrum (u obeliscos), cada una de las cuales pesaba treinta y ocho toneladas [40]. La gran metrópoli del Sur ya no se recuperará jamás de este desastre. Asiria era ahora dueña de los dos Egiptos, teniendo como vasallo y aliado a Psamético I, hijo de Necao, que por un instante sería tan fiel como lo había sido su padre.

Aunque las inscripciones de Asurbanipal estén redactadas normalmente en primera persona es muy dudoso que el propio rey se haya desplazado hasta Egipto para dirigir las operaciones. Por el contrario parece seguro que sí intervino personalmente en dos ocasiones en Fe-

[39] ARAB, II; párr. 772; ANET (3), pp. 294/295.

[40] Acerca de estas columnas ver: J. M. Aynard: *Le Prisme du Louvre AO 19.939*, París, 1957, pp. 23/25.

nícia; primero en el 667 para «poner bajo el yugo» a Iakinlu, rey de Arad, que obligaba a los navíos extranjeros a desembarcar sus mercancías en su puerto personal, en vez de en el puerto asirio [41], y luego en el 662 contra Ba'al de Tiro, que se había sublevado. Tiro estaba por aquel entonces construida sobre una isla, como Arad, pero mucho más cerca de la costa, y era considerada como inexpugnable, pero fue atacada, incendiada y obligada a rendirse. En estas dos ciudades —sin duda porque el grueso de su ejército estaba a las orillas del Nilo y no podía permitirse el perder los navíos fenicios—Asurbanipal trató a los rebeldes con una mansedumbre desacostumbrada: se contentó con recibir su homenaje, sus regalos y sus propias hijas para su harén. Siempre a causa de la falta de tropas, permaneció sordo a la llamada de Giges (Gugu), rey de Lidia, en la Anatolia Occidental —«un lugar lejano, del que los reyes, mis padres, nunca habían oído pronunciar su nombre»—, que estaba en apuros con los cimerios. Giges se defendió solo y quiso dar pruebas de su valor enviando dos prisioneros de guerra a Nínive [42].

Los éxitos asirios en Egipto y Fenicia dieron al rey algunos años de descanso en el oeste, pero la situación no fue la misma en el este. La cronología de su reinado es muy insegura y los autores que han estudiado este problema han llegado a concluir unas fechas muy diferentes [43]. Es probablemente entre el 677 y el 655 cuando es preciso situar la lucha contra Urtaki, rey del Elam, que violando el tratado firmado con Asarhadon, «invadió Acad como una plaga de langostas» y fue rechazado, así como las campañas en los Zagros y contra los mannaï y los medos. Por el contrario da la impresión de que la alianza de los cimerios con el rey de Tabal y su ofensiva hacia el sur, frustrada por los asirios, debió haber tenido lugar entre el 650 y el 640, tras su victoria sobre Lidia y la muerte de Giges en combate.

Hacia mediados del siglo VII los dioses, que hasta entonces siempre habían estado a favor de Asurbanipal, parecieron abandonarlo de repente. En el 653 Psamético levantó el estandarte de la revuelta en el Delta, y quizás con la ayuda de mercenarios jonios, carios y lidios, expulsó a los asirios, a los que persiguió hasta Ashdod, en Palestina. Debemos esta información a Herodoto [44], porque es evidente que los documentos cuneiformes son extraordinariamente discretos sobre este punto; únicamente un pasaje del «cilindro Rassam» di-

---

[41] P. Garelli: en *Les Pouvoirs locaux en Mésopotamie,* Bruselas, 1980, p. 88.

[42] Según Asurbanipal (ARAB, II, párr. 784-785, 849, 909/910). Giges le habría enviado un mensajero con una carta que decía que Ashur se le había aparecido en sueños, obligándole a «coger los pies del rey de Asiria y a evocar su nombre para combatir a sus enemigos».

[43] M. Cogan y H. Tadmor: «Gyges and Ashurbanipal», *Orientalia,* 46, 1977, pp. 65/85; A. Spalinger: «The death of Gyges and its historical implications», JAOS, 98, 1978, pp. 400/409; A. K. Grayson: «The chronology of the reign of Ashurbanipal», ZA, 70, 1981, pp. 226/245.

[44] Herodoto: II, 152.

ce que Giges «envió sus fuerzas en ayuda de Tushamilki (Psamético), rey de Egipto, que había rechazado el yugo de mi soberanía» [45]. En otros tiempos Asurbanipal habría enviado sin dudarlo un ejército contra Psamético, y no se hubiera perdido Egipto tan fácilmente, pero por aquel entonces se hallaba comprometido en la lucha contra el Elam y se vio obligado a abandonar el valle del Nilo para poder salvar el de los dos ríos. El rey de Elam era Tept-Humban (el Teumman de los textos asirios), miembro de una familia rival de la dinastía reinante. Se había apoderado del trono una decena de años antes, obligando a todos los príncipes de la familia de Urtaki a refugiarse en Asiria. La guerra estalló cuando Teumman solicitó su extradición y Asurbanipal se la denegó. Los elamitas atacaron, ayudados por los gambulû, infieles a la palabra dada a Asarhadon. Rechazados en su país, fueron derrotados en Tulliz, en el valle del Karkheh. Teumman pereció en la batalla; le cortaron la cabeza y la llevaron a Nínive, donde se la colgó en un árbol en el jardín del palacio real, como puede verse en un célebre bajo-relieve [46]. Los gambui fueron castigados y el Elam dividido entre un hijo de Urtaki y otro príncipe. Allí, como en Egipto, los asirios no quisieron o no pudieron controlar directamente el país vencido, y esta indecisión no les dejaría finalmente más que la elección entre la abstención o la lucha a muerte.

Este episodio de la guerra elamita apenas había tocado a su fin cuando Babilonia ya se había rebelado. Durante dieciséis años Shamash-shuma-ukîn se había portado lealmente con su hermano, pero poco a poco el virus del nacionalismo babilonio lo había alcanzado y así comenzó a pensar que después de todo Babilonia tenía tanto derecho como Nínive a dominar el mundo. Él, en el año 652, cerró a los asirios las puertas de Babilonia, Sippar y Barsippa y comenzó a organizar una amplia coalición que comprendía a los fenicios, los filisteos, los judíos, los árabes del desierto sirio, los caldeos del país del mar y los elamitas. Si todos estos enemigos hubiesen atacado simultáneamente, Asiria habría quedado hundida. Por suerte el complot fue descubierto a tiempo. En una proclama formulada en términos muy enérgicos Asurbanipal advirtió a los babilonios:

> «En cuando a las vanas palabras de este falso hermano, ya he oído todo lo que ha dicho. No son más que viento. No las creáis. No escuchéis ni por un momento sus engaños. No manchéis vuestra buena reputación, que para mí y para el mundo entero está sin mácula, y no pequéis contra la divinidad» [47].

Pero los babilonios se negaron a escucharlo y el rey de Asiria debió marchar contra su propio hermano. Durante tres años la guerra

---

[45] ARAB, II, párr. 785.
[46] AAO, lám. 114; A. Parrot; *Assur*, fig. 60; D. Frankel: *Ashurbanipal and the Head of Teumman*, London, 1977.
[47] ABL, n.° 301.

hizo sus estragos, con sus victorias y reveses para cada una de las dos partes, mientras el hambre se abatía sobre este desgraciado país [48]. Por fin Shamash-shuma-ukîn, asediado en su capital, perdió toda esperanza. La leyenda quiere que él mismo incendiase su palacio y pereciese en las llamas (648) [49]. Sumer y Acad hallaron la paz y Asurbanipal se hizo proclamar oficialmente rey de Babilonia, bajo el nombre de Kandalânu [50].

Pero aún había que castigar a los aliados de Shamash-shuma-ukîn. Desde el 650 Asurbanipal había decidido atacar a los árabes [51], dejándose llevar a una interminable guerra de múltiples peripecias, contra unos enemigos huidizos, que combatían con valor y que luego desaparecían en un terrorífico desierto, «donde mora la sed ardiente y donde no hay un ave en el cielo». Sin embargo, también aquí el ejército asirio pudo hacer milagros. Uatê y sus aliados, los nabateos —ya instalados en el sur del Mar Muerto— fueron derrotados. Él mismo fue capturado y con un collar al cuello fue obligado a guardar el cerrojo de una puerta de Nínive. Abi-Iatê, jefe de la gran tribu de los Qedar fue rodeado con sus tropas, que, aisladas de sus pozos, debieron «matar sus camellos y beber su sangre y agua fétida para calmar su sed». El botín de estas campañas, en hombres y ganado, fue tal que Asurbanipal dice:

> «Se vendían los camellos en mi país a menos de un siclo de plata en el mercado. La tabernera recibía los camellos, e incluso los esclavos, como regalos, el cervecero a cambio de una pequeña jarra de cerveza y el jardinero por una cesta de dátiles frescos» [52].

Mientras tanto se había reavivado la guerra con el Elam, porque el rey de Susa, protegido de Asurbanipal, también había prestado ayuda a la Babilonia rebelde. Las vicisitudes de este último episodio de la guerra elamita, así como las revoluciones que llevaron sucesivamente a tres reyes sobre el trono de Susa (el último había sido Humban-haltash III) son otros tantos detalles fastidiosos en lo que no podremos entrar [53]. Digamos solamente que en el 647 los asirios ganaron la última batalla. Todo el Elam fue devastado y su capital totalmente saqueada. Justa vuelta de las cosas, porque los asirios encontraron

---

[48] Ver el texto, probablemente muy exagerado, publicado por E. Knudsen en *Iraq*, 29, 1967, pp. 55/56, donde se habla de canibalismo.

[49] Se trata del famoso «suicidio de Sardanapalo» narrado por Diodoro Sículo II, 27, quien confunde a Asurbanipal (Sardanapalo) con su hermano. El texto publicado por McCogan y H. Tadmor: *Orientalia* 50, 1981, pp. 229/240, confirma que Shamash-shuma-ukin murió en un incendio, pero no habla de suicidio.

[50] Ver capítulo 23, nota 4.

[51] Textos en ARAB, II, párr. 817/830, 868/880, 940/943, 946/950 y en ANET (3), pp. 297/301. Estudio muy detallado de M. Weippert: «Die Kämpfe des assyrischen Königs Asurbanipal gegen die Araber», «*Die Welt des Orients*, 7 1973-1974, pp. 38/85.

[52] ANET (3), p. 299.

[53] Buen resumen en W. Hinz. *The Lost World of Elam*, New York, 1973.

«la plata, el oro, las posesiones y los bienes de Sumer y Acad y todos los de Babilonia que los antiguos reyes del Elam se habían llevado en unos siete *raids*». El zigurat de Susa fue arrasado, sus santuarios violados, y sus dioses llevados a la cautividad y «arrojados a los vientos». Los elamitas vencidos fueron perseguidos hasta más allá de sus tumbas, y su país borrado simbólicamente del mapa:

> «Las tumbas de sus reyes, antiguos y recientes, que no habían temido a Istar mi Señora y que habían atormentado a los reyes, mis padres, las devasté, las destruí, y expuse al sol y me llevé sus huesos al país de Asur. Obligué a sus *etemmu* (sombras) a no descansar jamás, privándolas de las ofrendas funerarias y de las libaciones de agua. Durante una marcha de un mes y veinticinco días transformé en desierto la provincia del Elam, sembré en sus campos la sal y el *sihlu* (mala hierba)... De la tierra de Susa, de Madaktu, de Haltemash y de otras de sus ciudades santas los cogí y me los llevé a Asur. Los asnos salvajes, las gacelas y todas las fieras salvajes sin excepción habitan en paz en sus ciudades gracias a mí. Privé a sus campos de las voces humanas, del paso del ganado mayor o menor y del alegre grito del ave *allalu* (¿rabilargo?) privé a sus campos» [54].

De este modo fueron vengadas las innumerables afrentas y zanjada definitivamente una querella que, desde hacía al menos tres milenios, venía enfrentando a los elamitas y los mesopotámicos [55].

Asurbanipal podía celebrar ahora su triunfo. Este gran monarca ilustrado contemplaba el «mundo entero» posternado a sus pies desde su suntuoso palacio de Nínive. El rey del Elam derrotado, así como su hijo y un rey de los árabes estaban, literalmente, uncidos a su carro. Su hermano el traidor había hallado la muerte que merecían sus crímenes y Babilonia estaba en paz. Los altivos mercaderes de Tiro y Arad, los judíos «con la nuca pelada» [56] y los insurrectos arameos, al igual que los mannaï habían sido derrotados y los cimerios mantenidos a una conveniente distancia. Los príncipes de Cilicia y Tabal, antes hostiles, habían llevado sus hijas al lecho real. Giges había visto su país incendiado y ensangrentado por los salvajes guerreros del Norte, por haber ayudado a Psamético, y también había perdido la vida, pero ahora Ardys, su hijo pedía como favor que le dejasen llevar el yugo asirio. Asustado al ver el Elam destruido, Ciro I, rey de los persas, había enviado regalos, al igual que —¿quién lo hubiera

---

[54] J. M. Aynard: *Le Prisme du Louvre AO 19.939,* col. V, líneas 49/56, 66/71; pp. 56/59.

[55] Tras la toma de Nínive en el 612 el Elam fue dividido entre los vencedores. La Susiana le correspondió a los babilonios, el Anshan a los persas, por aquel entonces súbditos de los medos. Ciro II adquirió la Susiana cuando conquistó Babilonia en el 539 (W. Hinz: *Op. cit.*, pp. 159/160.

[56] Según II *Crónicas,* XXXIII, 14, los asirios habrían capturado al rey de Juda Manasés (687-642) y se lo habrían llevado a Nínive. Este acontecimiento no es mencionado en los annales (incompletos) de Asurbanipal.

creído?— Rusa II de Urartu. Nínive desbordaba de botín tomado en Menfis, Tebas y Susa y el gran nombre de Ashur era temido y respetado desde las verdes riberas del Egeo a las ardientes arenas de Arabia. Asiria parecía ser todopoderosa. ¡Sin embargo, cuántas sombras en este paisaje! El gran y rico Egipto perdido para siempre, el Elam conquistado, pero en ruinas, Babilonia llena de odio contra los asirios, los fenicios reducidos a la esclavitud y viendo cómo su imperio marítimo pasaba a manos de los griegos, los príncipes vasallos inseguros, el ejército agotado por siglos de sangrientas luchas y las fronteras de Asiria retrocediendo desde el Nilo al Mar Muerto, desde el Ararat a los primeros contrafuertes del Tauro, del mar Caspio a los Zagros. Y más allá de estas montañas unos dudosos aliados —los escitas— y temibles enemigos —los medos. Bajo el brillante barniz de las últimas victorias, el imperio estaba más débil que nunca y muchos debían pensar ya en bajo lo que los profetas hebreos se atrevían a proclamar:

«Todos los que te vean huirán lejos de tí
Y se dirá: ¡Nínive ha sido destruida! ¿Quién la llorará?
El fuego te devorará
La espada te exterminará...
No hay cura para tu herida,
Tu llaga es mortal.
Todos los que escuchen hablar de tí
Te pondrán las manos encima,
Porque ¿quién es aquel al que tu maldad no ha alcanzado? [57]

[57] *Nahum* III, 7/8; 15/16 y 19/23.

CAPÍTULO VEINTIUNO

LA GLORIA DE ASIRIA

En el momento en el que Asurbanipal celebraba su triunfo a Asiria ya no le quedaban más que una treintena de años de vida. Describiremos su caída como hemos descrito su ascensión, pero antes será necesario hacer una pausa para contemplar el imperio en su apogeo, en el tiempo de los Sargónidas, lo que nos planteará un cierto número de problemas. ¿Qué sabemos, por ejemplo, de las estructuras socioeconómicas de esta vasta unidad política, que engloba durante mucho tiempo al Creciente Fértil y una parte de Anatolia y del Irán y que llegó por un momento a extenderse hasta las orillas del Mar Caspio y las riberas del Nilo? ¿Cuáles eran los materiales, las rutas y el volumen de su comercio interior e internacional? ¿Qué relaciones mantenían los asirios en tiempos de paz con los súbditos de las provincias lejanas y de los estados vasallos? ¿Qué influencia ejerció la dominación asiria sobre la vida material e intelectual de los pueblos del Próximo Oriente? ¿En una palabra, qué fue, y qué representó a los ojos de sus contemporáneos el imperio de Asiria?

Para poder contestar a estas preguntas (y a muchas otras) con toda la precisión deseable será preciso abarcar primero en una amplia panorámica el imperio *en su totalidad*. Pero poseemos muy pocos documentos acerca de las regiones periféricas. Muchos de los centros administrativos de más allá del Tauro y el Éufrates ni siquiera pueden ser localizados sobre un mapa, la mayor parte de los yacimientos identificados no han sido excavados y los pocos yacimientos que sí lo han sido (como Arpad o Hama) no nos han proporcionado ningún texto de esta época. Aunque sería muy útil poseer los archivos de algún gobernador de provincia en Siria, Palestina o Anatolia [1], sin embargo

[1] D. Oates: *Studies in the Ancient History of Northern Iraq*, London, 1968, p. 121.

lo esencial de nuestra documentación proviene de momento de los archivos de Asur, Nínive y Kalhu, así como de los documentos oficiales, y muy raras veces de los privados, descubiertos en estas capitales y en algunas de las ciudades de Asiria, así como en Babilonia propiamente dicha. Estos textos son demasiado numerosos y frecuentemente también muy interesantes, pero no nos proporcionan más que breves instantáneas de los territorios conquistados y tienen muchos silencios en torno a algunos puntos importantes[2]. En definitiva, los únicos elementos acerca de los cuales poseemos una amplia información son: el rey y su corte, el gobierno central, el ejército y —gracias a los excelentes monumentos figurados— sobre las artes. Será entonces sobre estos elementos sobre los que centraremos primero nuestra atención y ello porque es que además representan prácticamente todo lo que constituyó el poder y la gloria de Asiria. En un segundo capítulo la célebre biblioteca de Asurbanipal nos dará ocasión de pasar revista a las ciencias mesopotámicas, tal y como se presentan ante nosotros en el siglo VIII, al término de una larga evolución sobre la cual habrá que insistir algunas veces. Estos textos, además de su interés intrínseco, poseen el mérito de corregir la imagen que se suele hacer frecuentemente de los asirios a través de las inscripciones reales, hechas —no lo olvidemos— para exaltar las cualidades heroicas del rey y la supremacía de Asur, y para inspirar respeto y temor. Sería en efecto un error considerar como una manada de lobos (Byron) a un pueblo inteligente y muchas veces refinado, y mucho menos sediento de sangre que de saber y cultura.

El Estado asirio

«Gran rey, rey poderoso, rey de la totalidad, rey del país de Asur», el hombre que lleva estos títulos y ocupa el trono de Nínive encarna al invencible poder de una nación conquistadora y concentra en sus manos todos los tipos de poderes. Él es, él solo, el Estado asirio. Los dignatarios que le asisten, los oficiales que guían sus tropas, los gobernadores y los funcionarios que ejecutan sus órdenes no son más que sus «servidores» *(ardâni)*, igual que el resto de la población. El clero apenas posee importancia económica y política, y además él es el jefe, la «nobleza» no es hereditaria, sino que él es quien la otorga y anula y las ciudades «libres» no lo son más que porque así es su voluntad. No hay pues ningún contrapeso a su autoridad, excepto bajo una forma oculta, pero que puede ser perniciosa, a través de las intrigas, las maquinaciones y los complots[3]. Sin embargo lo que diferen-

[2] J. N. Postgate: «The economic structure of the Assyrian Empire», en M. T. Larsen (Ed.): *Power and Propaganda*, Copenhague, 1979, pp. 193/221 (especialmente pp. 194/197).

[3] P. Garelli: «Les sujets du roi d'Assyrie», en *La Voix de l'opposition en Mesopotamie*, Bruselas, 1973, pp. 189/213.

cia a un Asurbanipal, señor absoluto de multitudes, de un Eannatum, *ensi* del pequeño Estado de Lagash durante el tercer milenio, es la extensión de su poder y no su naturaleza. El rey de Asiria también es «servidor» del dios Ashur, a la vez que su sumo-sacerdote, su administrador *(shangu)* de su dominio terrestre, que está encargado de engrandecer y volver próspero. Este antiquísimo principio sumerio de la elección divina parece no obstante haber sido atemperado por un elemento de consenso popular, probablemente heredado del tiempo en el que los reyes «que vivían bajo la tienda» eran todavía «cheiks» elegidos por su tribu [4]. Esto explicaría la existencia del sistema de *limu* y la costumbre —tomada de otros nómadas, los arameos [5]— de vincular a la población con el soberano haciéndole prestar juramento de fidelidad *(adû)* en diferentes ocasiones. Cuando designa a su sucesor, el rey tiene el cuidado de justificar su elección por la «indudable decisión» de los dioses, y la hace confirmar inmediatamente mediante oráculos y ratificarla, bajo la forma de *adû,* por parte de la familia real, los grandes dignatarios y el «pueblo de Asiria». El acuerdo no siempre era unánime, como demuestran las revoluciones de palacio que marcaron el fin de los reinados de Shamshi-Adad V y Senaquerib, pero a nivel general las usurpaciones fueron raras en Asiria, mientras que sí fueron muy frecuentes en Babilonia, sobre todo en el primer milenio. Este deseo de hacerse «refrendar», en cierto modo, no es totalmente extraño a la actitud del rey hacia muchas de las ciudades de Asiria (sobre todo Asur y Harran) e incluso hacia Babilonia. Si las exime de impuestos, tasas y corveas no sólo es por cumplir las antiguas tradiciones, sino también porque es consciente del hecho de que la *intelligentsia* urbana, proclive a la rebelión, soportaba muy mal el verse presionada por el Estado.

El príncipe heredero, una vez elegido y aceptado por los dioses y los hombres, entraba en el *bît redûti,* la «casa de sucesión» que, bajo los Sargónidas, se hallaba situada en Tarbisu (Sherif Khan), sobre el Tigris, a unos kilómetros río arriba de Nínive [6]. Allí se le preparaba para el ejercicio de sus funciones reales, culminando su instrucción y confiándole labores administrativas y protocolarias sabiamente dosificadas. Algunos príncipes recibieron una educación muy esmerada, como relata Asurbanipal:

> «Aprendí el arte del maestro Adapa: los tesoros ocultos de todo el saber de los escribas, los signos del cielo y la tierra... y estudié los cielos con los sabios maestros de la adivinación mediante el aceite. Resolví los laboriosos problemas de la división y la multiplicación que no estaban nada fáciles. Leí la artística escritura de los sume-

[4] A. L. Oppenheim; *Ancient Mesopotamia,* Chicago, 1964, p. 99.

[5] H. Tadmor, en H. J. Nissen y J. Renger (Ed.): *Mesopotamien und seine Nachbarn,* Berlín, 1982, II, p. 455/458.

[6] Yacimiento todavía no excavado, pero explotado por A. H. Layard; en 1850. Ver AM, I, p. 59.

rios y el oscuro acadio, difícil de dominar, deleitándome con la lectura de las piedras de antes del diluvio... He aquí lo que hacía diariamente: montaba mi corcel y cabalgaba alegremente, e iba al pabellón de caza. Tensaba el arco y hacía volar las flechas, signo de mi valor. Lanzaba pesadas lanzas como si fuesen jabalinas. Guiando las riendas como un conductor de carro hacía girar las ruedas. Aprendí a manejar los escudos *aritû* y *kabaku* como un arquero pesadamente armado... Al mismo tiempo aprendí el ceremonial, marchando como deben marchar los reyes. Iba tras el rey, mi padre, dando órdenes a los dignatarios. No era nombrado sin mi consentimiento ningún gobernador y ningún prefecto era instalado en mi ausencia» [7].

Cuando moría, el rey era enterrado, no en Nínive o en Kalhu, sino en la capital tradicional, la antigua ciudad de Asur. No conocemos todas las tumbas reales, pero se ha hallado, en las cámaras abovedadas adyacentes al antiguo palacio de Asur, cinco pesados sarcófagos de piedra saqueados durante la Antigüedad, que habían contenido los cadáveres de Ashur-bêl-kala, Asurbanipal, Shamshi-Adad V y, al parecer de Senaquerib y Esarhamat, esposa de Asarhadon [8]. Poco tiempo después de la muerte de su padre el príncipe heredero era coronado, siempre en Asur en un ceremonial de extraordinaria simplicidad [9]. Llevado sobre un ligero trono y precedido de un sacerdote que iba gritando «Ashur es rey» llegaba a Ekur, templo del dios nacional, entraba en el santuario, ofrecía un cuenco lleno de aceite, una *mina* de plata y un vestido bordado. Luego, posternado ante la estatua divina, era ungido por el sacerdote que le daba las insignias del poder real: «la corona de Ashur y el cetro de Ninlil», pronunciando estas palabras:

> «La diadema sobre la cabeza, que Ashur y Ninlil, los señores de la diadema, la pongan sobre tí durante cien años.
> Tu pie en el Ekur y tus manos alzadas hacia Ashur, tu dios, que sean bendecidas.
> Ante Ashur, tu dios, que tu sacerdocio y el sacerdocio de tu hijo reciban una favorable acogida.
> Engrandece tu país con tu cetro.
> Que Ashur te conceda rápida satisfacción, justicia y paz» [10].

El nuevo soberano iba entonces al palacio, donde lo esperaban los grandes dignatarios. Le rendían homenaje y le devolvían las insignias

---

[7] ARAB, II, párr. 986.

[8] W. Andrae: *Das Wiedererstandene Assur,* Leipzig, 1938, pp. 136/140; A. haller: *Die Gräber und Grüfte von Assur,* Berlín, 1954, pp. 170/180.

[9] K. F. Müller: «Das assyrische Ritual», MVAG, 41, 1937; R. Labat: *Le Caractère religieux de la royauté assyro-babylonienne,* París, 1939, pp. 82/87; H. Frankfort: *Kingship and the Gods,* Chicago, 1948, pp. 243/248; G. Buccelati: «The enthronement of the king and the capital city», en *Studies presented to A. L. Oppenheim,* Chicago, 1964, pp. 54/61; J. Renger: artículo «Inthronization», RLA, V, pp. 128/136.

[10] H. Frankfort: *Op. cit.*, p. 247.

de su función, gesto más bien de carácter simbólico, porque la mayor parte de ellos eran vueltos a nombrar en el acto, pero que servía para recordar que no eran más que sus servidores y que podían ser revocados en cualquier momento. Parece ser que esta ceremonia iba seguida por festejos populares.

Las labores cotidianas del rey de Asiria eran sensiblemente las mismas que las de un Zimri-Lim o de un Hammurabi: se le informaba de las noticias importantes, daba sus órdenes, sentenciaba en algunos juicios, recibía a los embajadores y a los altos funcionarios y contestaba a su correo. Sus cartas eran dictadas por el secretario del palacio *(Tushpar ekalli)* a numerosos escribas, muchos de los cuales sabían varias lenguas, incluido el egipcio. Sin embargo el rey estaba mucho más auxiliado que los antiguos monarcas; dejaba muchas más iniciativas a sus subordinados y consagraba mucho más tiempo a la caza y a sus deberes religiosos. Estos últimos eran tan absorbentes, que a veces uno se pregunta cómo podría cumplirlos. En efecto, al ser a la vez rey y sacerdote tomaba parte en múltiples ceremonias y en fiestas tradicionales, no sólo en muchas de las ciudades de Asiria, sino también en Babilonia y representaba el papel principal en algunos rituales que parecen haber sido creados especialmente para él [11]: la *takultu,* por ejemplo, o banquete ofrecido a los dioses a cambio de su protección, o el baño real acompañado de plegarias que tenía lugar en el *bît rimki,* la «casa de los baños» [12]. Además representaba a su pueblo ante los dioses y, como tal, era «manipulado como un talismán o se convertía en el chivo emisario de todos los pecados de la comunidad» [13]; de ahí las periódicas humillaciones, que comprendían ayunos y afeitados rituales. El antiguo subterfugio del «sustituto real» está atestiguado muchas veces, sobre todo en Babilonia bajo el reinado de Asarhadon, a favor de un príncipe asirio [14]. Convencido, como los restantes de sus contemporáneos de que todo lo que ocurría aquí abajo se hallaba determinado por la voluntad divina, el rey vivía rodeado de adivinos y astrólogos y no tomaba ninguna decisión importante sin consultarlos, absteniéndose de intervenir cuando los presagios eran equívocos y cuando el interés del reino se hallaba en juego [15].

Para gobernar su vasto imperio el rey de Asiria se apoyaba en una administración central comparable a la del Imperio Otomano en mu-

---

[11] G. Van Diel: *The Cult of Assur,* London, 1969, p. 170.

[12] R. Frankena: *Tâkultu,* Leiden, 1954 (en holandés, con resumen en inglés); «New materials for the Tâkultu ritual» *Bir. Or.* 18, 1961, pp. 199/207; J. Laesse: *Studies on the Assyrian Ritual and Series bît rimki,* Copenhague, 1955.

[13] H. Frankfort: *Op. cit.*, p. 259.

[14] ABL, n.° 437. Se trata de un informe dirigido al rey, informándole de que Damqî, hijo del administrador de los templos de Babilonia, ha sido ejecutado« para salvar la vida de Shamash-shuma-ukin». Ver J. Bottéro: *Akkadica,* 9, 1978, pp. 18/20.

[15] Las cartas de estos «sabios» han sido reunidas por S. Parpola: *Letters from Assyrian Scholars to the Kings Esarhaddon and Assurbanipal* (AOAT, 5), Neukirchen-Vluyn, 1970.

chos aspectos, pero verdaderamente mucho más eficaz [16]. El rango más elevado en la jerarquía de los dignatarios estaba ocupado por el general en jefe, el *turtânu,* pero como los ejércitos se hallaban dispersos, bajo los Sargónidas, (y quizás también como una medida de precaución para prevenir los abusos de autoridad) había de hecho dos *turtânu:* el principal, llamado el de «la derecha» y su asistente, llamado de la «izquierda». Luego venían el gran copero *(rab shaqê),* el heraldo del palacio *(nagir ekalli),* el gran intendente *(abarakku rabû),* el visir *(sukkallu)* y el *rab rêshê,* literalmente «general». La mayor parte de estos dignatarios pertenecían a las ricas familias asirias, y algunos incluso a la familia real. Sus funciones —que no se corresponden necesariamente con las de sus títulos tradicionales— son normalmente muy difíciles de definir. Parece ser que el *abarakku rabû* era básicamente el encargado del registro y el reparto del tributo de todas las regiones del imperio y que el *rab rêshê,* jefe de los eunucos (muy numerosos en la corte) supervisaba la administración provincial y la red de comunicaciones. Todos eran gobernadores de provincias fronterizas, y en este sentido tenían responsabilidades militares. En el escalón inferior se halla el *sha pân ekalli,* o gran canciller, el *rab ekalli,* responsable de la administración interna del palacio, los *qurbûtu,* representantes del rey encargados de misiones especiales, y algunos otros altos funcionarios.

El gobierno central y los gobiernos provinciales se mantenían básicamente del tributo y los impuestos cobrados al sector privado (tásas agrícolas y comerciales, peajes, etc...) [17]. La parte correspondiente al gobierno central era administrada en departamentos especiales, gestionados por una nube de funcionarios subalternos, que también servía para sostener la administración y el ejército. El botín recogido en las campañas militares y los «regalos» más o menos voluntarios de los soberanos vasallos consistían especialmente en lingotes de metales de uso o preciosos y en productos de lujo. Todo ello se guardaba en el tesoro real, y se repartía entre la familia del soberano, los palacios provinciales y los templos, o se distribuía en forma de regalos a aquellos a los que el rey quería recompensar. El Estado obtenía otras rentas de las tierras que poseía (dominios reales o «nobiliarios»), de los créditos que otorgaba y de las ventas de esclavos y confiscaciones.

Sabemos muy poco del comercio interior del imperio, sin duda al-

---

[16] Curiosamente, nuestra mejor fuente acerca del gobierno central asirio es una lista de distribución de raciones de vino a los dignatarios y funcionarios del palacio, descubierta en Nimrud y publicada por J. V. Kinnier Wilson: *The Nimrud Wine List,* London, 1972. Sobre este tema ver la bibliografía del capítulo 19, nota 24. Añádase: J. N. Postgate: *The Governor's Palace Archive,* London, 1973; P. Garelli: POA, II, pp. 132/135; «Remarques sur l'administration de l'Empire assyrien», RA, 67, 1974, pp. 129/140.

[17] Para un estudio de conjunto acerca de la economía del Imperio Asirio, ver P. Garelli: POA, II, pp. 128/147 y 263/281 y J. N. Postgate: *Op. cit.* en n.° 2. También: J. N. Postgate: *Taxation and Conscription in the Assyrian Empire,* Roma, 1974.

guna porque, a partir del siglo VIII muchos de los documentos mercantiles se redactaron en arameo sobre pergamino o papiro, materiales que no han sobrevivido. El comercio exterior tampoco está mucho mejor documentado y es muy difícil distinguir en él lo que corresponde al palacio y lo que compete a los mercaderes privados. Subvencionado por los reyes [18], se extendió hasta Egipto, al Golfo Pérsico vía Dilmun y sin duda a los países del Egeo, e incluso hasta el Mediterráneo Occidental, por medio de los fenicios; y sobre todo se refería a mercancías de gran valor, tales como el algodón o el lino, los tintes, las piedras preciosas y el marfil [19]. Sin embargo, debemos destacar que sus conquistas dieron a los asirios libre acceso a algunos yacimientos de minerales, sobre todo de hierro (Líbano) y plata (Anatolia) —el dinero metálico fue por aquel entonces de uso muy corriente en el Imperio. Sin embargo la industria continuaría desarrollándose a nivel artesanal, repartida entre los artesanos particulares bajo contrato *(ishkâru)* y los talleres reales, y la base de la economía continuarían siendo la agricultura y la ganadería, siendo la unidad básica de producción la aldea. El régimen de propiedad de la tierra es muy mal conocido [20], pero parece ser que la pequeña propiedad estuvo muy difundida. El rey y su séquito, así como los gobernadores y dignatarios, poseían grandes dominios que hacían explotar mediante esclavos y ciudadanos libres que realizaban su *ilku*. Otra característica de la época: la concentración de las poblaciones (y de las riquezas) en cinco o seis grandes ciudades de Asiria y en las capitales de las provincias, fenómeno que sin duda contribuyó a la descomposición del imperio [21].

A nivel general se podría dividir la población del Imperio —o al menos la de Asiria— en tres categorías: los hombres libres (sea cual fuere su nivel social, y comprendiendo dentro de este grupo a los nómadas); los individuos que dependían totalmente del estado o de ricos propietarios (llamados por algunos autores «ilotas», y que sin duda son los *mushkênu,* mencionados en muy pocos textos) y los esclavos. Como siempre, estos últimos siguieron siendo reclutados entre los deudores insolventes y los prisioneros de guerra, ahora más numerosos que nunca, pero no jugaron un papel fundamental en la economía del imperio y, de acuerdo con las antiguas tradiciones, disfrutaban

[18] Se sabe que Sargón II obligó a Egipto a entrar en relaciones comerciales con Asiria (C. J. Gadd: *Iraq,* 16, 1954, p. 179) y que Asarhadon animó a los babilonios a comerciar a los «cuatro vientos» (R. Borger: *Asarhaddon,* párr. 11).

[19] A. L. Oppenheim: *Ancient Mesopotamia,* pp. 93/94; «Essay on overland trade in the first millenium BC», JCS, 31, 1967, pp. 236/254.

[20] La propiedad de la tierra es conocida sobre todo por un catastro proviniente de Harran (C. J. Johns: *An Assyrian Doomsday Book,* Leipzig, 1901) y por contratos privados. Sobre este tema ver: J. N. Posgate: *Assyriam Grants and Decrees,* Roma, 1969; G. Van Driel: «Land and people in Assyria», Bi. Or., 1970. pp. 168/175; F. M. Fahes: *Censimenti e Castadi di Epoca Neo-Assira,* Roma, 1873.

[21] J. N. Postgate, en *Power and Propaganda,* pp. 216/217.

de ciertos derechos, e incluso podían acceder a puestos elevados de la administración. Es curioso que para designar a los habitantes de Asiria, al igual que del resto del imperio, los textos oficiales no utilizan más que términos muy vagos, tales como *nishê* (gentes), *napshâti* («seres humanos») o *ardâni* («súbditos», «servidores»), sin distinción de rango, función o profesión. Ello se debe sin duda a que los burócratas de la época consideraban a toda la población como una masa humana al servicio del rey *(dullu shari)*[22], servicio que comprendía, no sólo las corveas para las obras públicas, sino también la participación obligatoria (excepto por dispensa otorgada por el monarca) en lo que se ha venido en llamar la «industria nacional» de Asiria: la guerra.

El ejército asirio

El ejército asirio, constantemente utilizado para mayor gloria de Ashur, paseado, de acuerdo con las necesidades, desde las nevadas cumbres de Armenia o Irán a las ardientes llanuras de Arabia o Egipto, de las dulces riberas de Fenicia a los asfixiantes pantanos del «País del Mar», infatigable y casi siempre victorioso, era considerado en tiempos de los Sargónidas como el primero del mundo, al igual que más tarde lo serán las falanges macedonias y las legiones romanas[23].

Desde Tiglat-Pileser III las tropas que lo componían se dividían, en lo que se refiere a su reclutamiento, en tres categorías a las que llamaremos «soldados profesionales», «disponibles» y «suplentes». Los soldados profesionales, reclutados y acuartelados en todas las provincias del imperio formaban el ejército permanente *(kisir sharrûti)*. Si bien algunos de ellos eran asirios de nacimiento, sin embargo, la mayor parte no podían más que ser originarios de países antaño independientes, como Babilonia o los reinos sirios. Los arameos predominaban, y entre ellos dos tribus, los itu y los gurrais eran muy apreciadas por proporcionar las mejores tropas de choque. También se encuentran, cada vez más, «auxiliares» o contingentes extranjeros (medos, cimerios, árabes e incluso elamitas), reclutados más o menos voluntariamente. Algunas de las unidades del ejército permanente componían la guardia real, «los que marchan a mis lados», dice Sargón. Los «disponibles» se dividían, a su vez, en dos grupos: «soldados del rey» y «reservistas». Los soldados del rey *(sabê sharri)* eran hombres

---

[22] P. Garelli: «Problèmes de stratification sociale dans L'Empire assyrien», en D. O. Edzard (Ed.): *Gesellschaftsklassen im alten Zweistromland* (RAI, XVIII), Munich, 1972, pp. 73/79.

[23] Al estudio básico y siempre útil de W. Manitius: «Das stehende Heer der Assyrerkönige und seine Organization», ZA (serie antigua), 24, 1910, pp. 97/148; pp. 185/224, debe añadirse ahora el de la Sra. F. Malbran-Labat: *L'Armée et l'Organisation militaire de l'Assyrie*, Ginebra/París, 1982. Ver también: Y. Yadin: *The Art of Warfare in Biblical Lands*, London 1963.

jóvenes y probablemente seleccionados y cumplían su servicio militar a título de *ilku*[24]. También eran reclutados en todo el imperio y en todos los niveles sociales, pero sólo por un tiempo determinado; recibían una ración diaria y esperaban, en su casa o en sus campos a ser llamados a las armas en tiempo de guerra. Los reservistas *(sha kutalli* «los de atrás») también recibían las raciones, pero no eran movilizados más que en casos de extrema necesidad y sin duda para cubrir las bajas. Por último los «suplentes» eran proporcionados por el reclutamiento masivo de la población en una o varias regiones del imperio para alguna campaña excepcional por su envergadura o para rechazar alguna gran ofensiva enemiga. En algunos casos, como en el de la segunda guerra contra Egipto, el rey de Asiria pedía a los soberanos vasallos que pusiesen sus fuerzas a su disposición.

Este sistema de reclutamiento tenía enormes ventajas. En primer lugar había en todas partes tropas dispuestas a intervenir inmediatamente a partir de las ciudades en las que estaban de guarnición, ya fuera para aplastar alguna revuelta local, o para, partiendo de una o varias de las fortalezas que jalonaban las fronteras del imperio, hacer frente a un repentino ataque del exterior. En segundo lugar, la existencia de un ejército permanente permite, por una parte reagrupar rápidamente en torno a él las fuerzas necesarias para llevar a cabo alguna operación importante, y por la otra llevar a cabo operaciones de larga duración, mientras que el reclutamiento ocasional o estacional de tropas, único sistema conocido hasta entonces, obligaba a acortar la duración de algunas campañas para que los hombres pudiesen volver al trabajo de los campos[25]. Añadamos que el ejército asirio poseía otras bazas aún mayores, como un eficaz sistema de comunicaciones por correos rápidos (con posadas en cada etapa y con relevos de caballos) y a veces por señales de fuego, así como un servicio de informaciones y espionaje que no tiene nada que envidiar al de los estados modernos[26].

A pesar de la abundancia de textos relativos a la guerra, es muy difícil evaluar las dimensiones de este ejército y conocer su estructura y sus tácticas. Nuestras fuentes no mencionan más que muy raras veces los efectivos reclutados o comprometidos en un combate y ocultan el número de muertos o heridos del lado asirio. No obstante, sabemos que el ejército de Salmanasar III en Qarqar no podía ser inferior a los 70.000 hombres que el enemigo le opuso, y que una sola provincia del imperio era capaz de proporcionar 1.500 caballeros y 20.000 arqueros[27]. Si fuese necesario avanzar una estimación global,

[24] J. N. Postgate: *Taxation and Conscription*, pp. 219/226.

[25] H. W. Saggs: «Assyrian warfare in the Sargonid period», *Iraq*, 25, 1963, pp. 145/154 (especialmente pp. 146/147).

[26] A. L. Oppenheim: «The eyes of the lord», JAOS, 88, 1968, pp. 173/180; F. Malbran-Labat: *Op. cit.*, pp. 13/29; 41/57.

[27] ARAB, I, párr. 611; ANET (3), pp. 278/279 (Qarqar); W. Manitius: *Op. cit., p. 129.*

se podría decir, sin correr el peligro de equivocarse, que durante el siglo VII el rey de Asiria podía movilizar de 400.000 a 600.000 hombres, sin llamar a los suplentes. La estructura del ejército asirio presenta aún numerosas lagunas. Se sabe, por los grados de sus oficiales («decenero», «cincuentenero», «centenario», «jefe de mil») el orden de magnitud de las principales unidades de combate y algunos textos incluso nos proporcionan su composición exacta, pero por encima del «coronel» (jefe de mil) y hasta llegar al *turtânu*, se nos escapa el sistema jerárquico totalmente, porque si bien es cierto que se encuentran «jefes de caballería» o «jefes de los carros» se desconoce el número de las unidades de las que eran responsables. En lo que a las batallas se refiere suelen estar descritas en términos grandilocuentes, pero extremadamente vagos y únicamente algunos relatos de campañas —sobre todo de la octava campaña de Sargón— hablan de emboscadas, golpes de mano, ataques por sorpresa, o de fuerzas enemigas cortadas en dos cuerpos y otros detalles de este tipo. Por suerte ahí están los bajo-relieves, muy abundantes, para completar los datos escritos y darnos de un modo preciso y realista amplias informaciones acerca del armamento [28], el equipo y las actividades del ejército, tanto en descanso como en acción.

La elite de los combatientes, en su mayor parte asirios de pura cepa, servía en la caballería o en los carros [29]. Tocados con un casco que terminaba en punta, vestidos con una túnica de mangas cortas y a veces provistos de una cota de malla o una coraza, calzados con medias botas de cordones, montaban los jinetes, sin silla ni estribos, los fogosos corceles provinientes, normalmente, de la meseta iraní. Iban armados con una lanza o con un arco, y en este último caso iban dos a caballo, uno llevaba las riendas y el otro disparaba las flechas. El equipo de los carros de combate se componía de cuatro hombres: un auriga, un arquero y dos «tercer-carristas» que protegían a este último con sus escudos. La infantería, en la que predominaban los arameos, se dividía en «pesada» (lanceros y arqueros) y «ligera» (arqueros y honderos). Los uniformes variaban un poco según la época y también, quizás, según el origen de los infantes [30]. Algunos de ellos llevaban largas túnicas con o sin coraza, otros faldas o túnicas. Iban dotados tanto con un casco puntiagudo como con otro de cresta, que nos recuerda el casco griego clásico, o simplemente llevaban una banda en torno a los cabellos rodeados en un moño sobre la nuca. El calzado variaba de la media bota a la sandalia y muchos de ellos iban descalzos. Los lanceros se protegían tras los escudos, que eran lleva-

[28] Las armas y piezas del equipo han sido descubiertas en el fuerte Salmanasar en Nimrud. Ver D. Stronach. *Iraq*, 20, 1958, pp. 161/181.

[29] Acerca del carro de guerra asirio, ver la bibliografía que da F. Malbran-Labat: *Op. cit.*, pp. 225/226, n.° 207.

[30] J. E. Reade: «The Neo-Assyrian court and army: evidence from the sculptures», *Iraq*, 34, 1972, pp. 87/112.

dos por no combatientes que acompañaban a los arqueros de largo y picudo carcaj. Había dos tipos de escudo: uno pequeño y redondo y otro muy grande y rectangular. Por regla general los arqueros y los honderos de la infantería ligera no llevaban casco ni escudo: ellos eran los que guiaban a la columna en marcha, eran su vanguardia y su retaguardia y también formaban sus grupos de «comandos». Además de sus armas específicas la mayor parte de los soldados estaban dotados de una espada, para la lucha cuerpo a cuerpo. Los oficiales iban vestidos por lo general con largos vestidos bordados y llevaban una maza de combate.

El apoyo logístico del ejército estaba muy desarrollado. Cada unidad tenía sus hombres de fatigas *(hupshu)*, sus tenderos, sus coperos, cocineros, panaderos y pasteleros. Las tropas iban acompañadas por músicos, abanderados, escribas, intérpretes, adivinos, mensajeros, de oficiales del «segundo despacho» e incluso por ganado. Las fuerzas asirias estaban notablemente bien equipadas para poder llevar a cabo asedios de ciudades fortificadas en el territorio enemigo: había un auténtico «servicio de ingenieros», con sus especialistas, sus carpinteros y sus zapadores, que excavaban trincheras, alzaban taludes con escaleras y escalas continuas en los muros, fabricaban torres de madera sobre ruedas, cavaban túneles, y forzaban las puertas de las murallas por medio de arietes, o las bombardeaban con catapultas, y luego se encargaban de demoler la ciudad a golpes de pico, con la ayuda de los soldados [31]. Este era sin duda el mismo servicio que procuraba los odres para nadar individualmente *(mashkirû)* y las balsas redondas y ligeras con flotadores *(kalakkû)*, sobre los que las tropas vadeaban ríos y afluentes [32]. Pero junto a los numerosos relieves que representan a soldados desfilando, combatiendo, matando o mutilando, demoliendo las murallas y escoltando a los prisioneros, hay también otros —eso sí, muy escasos— que nos muestran aquéllo de lo que los textos no hablan nunca: los soldados en reposo, en su campamento, cuidando sus caballos, matando el ganado, bebiendo, jugando, bailando al son de las arpas y de los tambores [33]. Y he aquí que estas terribles imágenes de guerra se endulzan con un hálito de emotiva humanidad, porque tras el combatiente, el implacable asesino de hace veintisiete siglos todavía reconocemos a quien, para muchos de nosotros fue un compañero de juventud: el humilde, el eterno «guripa» de todos los ejércitos y sin duda de todos los tiempos.

Desde luego da mucho que pensar el que esta formidable máquina de guerra que era el ejército asirio haya sido puesta fuera de com-

[31] T. Madhloum: «Assyrian siege-angines», *Sumer*, 21, 1965, pp. 9/15; A. Mierzejewski: «La technique de siège assyrienne aux IX, VII siècles avant notre ère», *Etudes et Travaux* (Varsovia), 7, 1973, pp. 11/20.

[32] Hace algunos años estas balsas todavía eran utilizadas en el Tigris bajo el nombre de *kelek*. Bajo-relieves con odres a nado en AAO, lám. 85, y A. Parrot: *Assur*, fig. 47.

[33] A. Parrot: *Assur*, fig. 58 y 59.

bate en pocas semanas por los babilonios y los medos. ¿Quizás demasiado grande y demasiado cosmopolita, perdió en cohesión y lealtad lo que había ganado en efectivos? ¿Se convirtió, como se ha sugerido en «una barahunda con Jerjes» [34]? ¿Se amotinaron las tropas o desertaron en masa? ¿Se pasaron los jefes al enemigo? Nada permitía preveerlo, pero en cambio será necesario admitir que algo debió ocurrir durante el período de agitaciones que siguió a la muerte de Asurbanipal, ¿pero qué? Quizás algún día llegaremos a saberlo gracias al descubrimiento, como siempre fortuito, de nuevos textos que aclararán la segunda mitad del siglo VII, por ahora tan oscura.

El arte asirio

Desde que las grandes losas y los colosos de piedra «cuyos ojos helados habían contemplado Nínive» entraron por primera vez en los museos de Europa, la expresión «arte asirio» evoca instantáneamente la escultura, y más concretamente el bajo-relieve, porque la escultura en bulto redondo está muy mal representada en las riberas del Tigris durante el primer milenio. Asur, Nimrud, Khorsabad y Nínive nos han dado muy pocas estatuas reales o divinas, y las mejores de ellas son estereotipadas, frías y rígidas y muy inferiores a las obras de los grandes maestros acadios o neosumerios, o incluso de la época casita. Por el contrario, los bajo-relieves son muy numerosos, siempre interesantes, y por lo general admirablemente ejecutados, estando dotados a veces de una gran belleza. Como remitimos al lector a los libros de Arte en los que están descritos, analizados e ilustrados de una forma excelente [35], nos limitaremos a hacer algunas indicaciones.

En la Asiria del primer milenio, la técnica del bajo-relieve se aplicó a dos grandes categorías de monumentos de origen, significación y vocación diferentes, aunque todos ellos convergían en la persona del rey: las estelas y sus variantes (esculturas rupestres, «obeliscos», y genios protectores en semi-bultorredondo), y los ortostatos. Las estelas, independientes unas de otras, y hechas para ser «leídas» verticalmente, se inscriben en la gran corriente cultural de Sumer y Acad y son de naturaleza esencialmente religiosa. Aparecen en el tercer mi-

---

[34] E. Cavaignac: «Le code assyrien et le recrutement», RA, 21, 1924, p. 64.

[35] Las esculturas del British Museum, muy abundantes, han dado lugar a numerosas publicaciones: E. A. Budge: *Assyrian Scuptures in the British Museum, Reign of Ashur-nasi-pal,* London, 1914; A. Paterson: *Assyrian Sculpture, Palace of Sennacherib,* La Haya, 1915; C. J. Gadd: *The Stones of Assyria,* London, 1936; S. Smith: *Assyrian Sculptures in the British Museum from Shalmanasar III to Sennacherib,* London, 1938; R. D. Barnett y W. Forman: *Assyrian Palace Reliefs and their Influence on the Sculpture of Babylonia and Persia,* Praga, 1959; R. D. Barnett y M. Falkner: *The Sculptures of Assur-nasir-apli II Tiglath-Pileser III, Esarhaddon from the Central and South-West Palaces at Nimrud,* London, 1962; R. D. Barnett y W. Forman: *Assyrian Palace Reliefs in the British Museum,* London, 1970.

lenio en la Baja Mesopotamia, donde siempre están colocadas en los templos, y siempre llevan una imagen divina: primero sólo el dios, o al menos en posición dominante (estela de los Buitres de Eannatum), luego el rey cara a cara con uno o muchos dioses, ya sean éstos reprsentados bajo forma humana («Código» de Hamurabi), o sugeridos mediante sus símbolos (estela de Narâm-Sîn, y la mayor parte de los *kudurru).* Cuando pase el bello impulso de la época de Acad ya no se tratará más que de un acto ritual: el dios está de pie o sentado, el soberano siempre estará de pie, inmóvil, con el arco en la mano, o, por lo general, con las manos vacías, haciendo un gesto de oración o vertiendo una libación. El fin de la estela consiste en expresar su piedad hacia el dios que lo ha elegido, que le inspira y le guía y socorre en sus victorias y en sus éxitos. Las estelas reales de Asiria continuarán siendo fieles a este modelo, pero presentarán dos características específicas de este país: por lo general los dioses no figuran más que en forma de símbolo y, sobre todo, estos monumentos son erigidos más frecuentemente en el palacio que en los santuarios, asociando de este modo a Ashur a la política «imperialista» de su delegado sobre la tierra.

Estas estelas de gran tamaño y fijas para la eternidad que son las esculturas rupestres también poseían un largo pasado en Mesopotamia del Norte, ya que también se remontan a la época de los reyes de Acad (pág. 170); pero en la época neo-asiria los dioses antropomorfos, que se representaban en pie sobre sus animales-atributo nos sugieren la existencia de una fuerte influencia anatolia, y más concretamente hitita [36]. También será a los hititas a quienes es preciso atribuir la idea de proporcionar alas y una cabeza humana a determinados animales que guardaban las puertas de los palacios y de los templos, esa cabeza y el antepecho se destacaban en bulto redondo del muro o del bloque de piedra en el que estaba tallado el animal [37]. Sin embargo la predilección por el toro (sin duda alguna debida a que es el animal de Adad, segundo de los dioses de Asiria) y el gusto por el gigantismo son específicamente asirios, al igual que el estilo y la perfección y acabado de estas impresionantes obras de arte. Por último lo que se ha venido en llamar el «obelisco» —tipo de monumento de brevísima duración, que aparecerá y desaparecerá entre el siglo XIII y el reinado de Salmanasar III— no es en realidad más que una estela de cuatro caras. Su forma de zigurat y las escenas rituales de los paneles superiores destacaban claramente su naturaleza religiosa, mientras que los «dibujos animados», acompañados de breves leyendas que se extienden sobre sus lados, poseen una vocación claramente narrativa, que se vincula con la de los ortostatos.

[36] Compárense los relieves rupestres con cortejos de dioses sobre sus animales-atributos del siglo XIV en Yazili-Kaya, cerca de Boghazköy (K. Bittel: *Les Hittites*, París, 1976, fig. 239) y los del siglo VII de Maltai, en Asiria (AM, I, 48, fig. 8).

[37] El más antiguo ejemplo de esfinge hitita se halla en Alaca Hüyük y se data en el siglo XIV (AAO, lám. 128 B; K. Bittel: *Op. cit.*, figs. 209/211).

Al contrario de las estelas, los ortostatos —grandes bloques esculpidos y colocados a lo largo de las paredes de las habitaciones y los pasillos del palacio— están destinados a ser leídos horizontalmente y uno tras otro. Desconocidos en la Baja Mesopotamia en todas sus épocas, también serían tomados de los hititas, y sobre todo de los neohititas que los utilizaban con profusión [38]. Pero el genio asirio supo elaborar obras maestras, a pesar de algunas de sus faltas —relieve demasiado débil, ausencia de perspectiva y repetición de motivos estereotipados— mediante el movimiento que los anima. Se trata sin lugar a dudas de un arte muy elevado, que sobrepasó a todo lo que Mesopotamia había producido en el dominio del bajo-relieve y que merece indudablemente la fama mundial que ya posee. Pero es un arte básicamente profano, cosa que hasta ahora nunca se había visto en la escultura monumental de este país. Aunque se pueden encontrar algunos genios alados regando un «árbol de la vida» esquematizado extraordinariamente, y aunque también puede verse al rey vertiendo una libación, sin embargo, los dioses están ausentes en todas sus formas. El fin de estos desarrollos de escenas de guerras, entrecortadas con panoramas de la paz —el rey comiendo bajo su parra, acompañado por la reina, o recibiendo a dignatarios y oficiales, cazando el león con el arco o la lanza— no consiste en la exaltación de la piedad del monarca, sino en poner de manifiesto su valentía, de narrar sus proezas y las de su ejército, y, en consecuencia, de llenar al espectador de admiración y temor. Observemos que al contrario que el faraón, sobrehumano tanto por su tamaño como por su heroísmo en los relieves de Luxor, el rey de Asiria no se distinguirá de los personajes que lo rodean más que por sus vestidos, su peinado (una especie de moño provisto de una punta) y por su actitud. Y es que no es de naturaleza divina, sino que sólo se trata de un hombre llamado por el dios de su país para gobernar a la humanidad. Así pues, ya se trate de estatuas reales, de estelas u ortostatos, y ya sea representado el rey como sacerdote e instrumento de Ashur o como jefe del estado y caudillo en la guerra, todo el arte asirio refleja unas claras motivaciones políticas. Como se ha dicho con mucho acierto, el palacio del soberano de Asiria no es más que un «conjunto impresionante de propaganda personal» [39].

Podrían hacerse las mismas indicaciones a propósito de otros elementos decorativos aplicados a los muros de los palacios, pero también a los de los templos y de las ricas mansiones particulares, así como a las puertas de las principales ciudades: los paneles de ladrillos multicolores esmaltados descubiertos sobre todo en Asur y Khorsabad [40] y los admirables frescos, de los que los principales provienen

---

[38] Los ortostatos neo-hititas se hayan profusamente ilustrados en K. Bittel: *Op. cit.*, figs. 212/227 y 276/316.

[39] J. E. Reade: en M. T. Larsen (Ed.): *Power and Propaganda*, p. 331.

[40] A. Parrot: *Assur*, fig. 107, 108, 341.

de Til Barsip (Tell Ahmar)[41]. También aquí los asirios utilizaron el arte sagrado y el arte profano para imponer la idea de su imbatibilidad y para expresar su derecho a dominar el mundo. Los temas militares son tratados sobre los frescos de un modo mucho más libre, más vivaz que en los bajo-relieves, mientras que los motivos religiosos o ceremoniales de los paneles esmaltados se hallan caracterizados por la presencia de largas bandas de dibujos geométricos y por motivos florales o animalísticos estilizados, que ya anuncian los de Babilonia y los de Susa.

Los asirios fueron —o emplearon— expertos en el arte de trabajar el metal. Además de las espléndidas puertas de bronce de Balawat, cuyos motivos bélicos ponen de manifiesto su evidente carácter propagandístico, también nos han dejado bellísimos objetos de bronce (placas y estatuillas mágicas, pequeñas estelas y peanas en forma de animales tumbados) y magníficas joyas, platos y recipientes diversos en bronce repujado o grabado, en plata y oro[42]. Sus obreras eran de manos muy hábiles, y han adornado tapices y vestidos con unos bordados cuya delicadeza puede todavía apreciarse sobre los umbrales de las puertas y sobre los ortostatos, que los reproducen hasta en sus menores detalles[43]. Sus lapicidas supieron manejar los motivos mitológicos clásicos en unión con los motivos rituales puramente asirios. Los cilindro-sellos de la época, grabados con una perfecta maestría, están impregnados por una belleza fría, pero fascinante[44]. Sin embargo es indudablemente a los marfiles a los que hay que otorgar el primer puesto entre las llamadas artes «menores».

El trabajo del marfil, conocido en Mesopotamia desde la época del Dinástico Arcaico[45], y luego abandonado por una razón que se nos escapa (quizás por la escasez del material, muy probablemente importado de la India), reapareció en el Próximo Oriente hacia mediados del segundo milenio en los países de influencia egipcia: Palestina (marfiles de Meggido y Lakish y la costa mediterránea (Ugarit). La prosperidad de las ciudades fenicias, del reino de Israel y de los estados arameos de Siria, todos ellos en relaciones comerciales con Egipto (otra de las posibles fuentes de marfil) explica el extraordinario desarrollo que esta forma artística conocería a comienzos del primer milenio, no sólo en Siria-Palestina (Samaria y Hama), sino también en Irán (Ziwiyeh), en Armenia (Toprak Kale) y en Asiria. Apenas hay duda de que una parte considerable de los objetos de marfil descubiertos en Asur, Khorsabad, Arslan Tash y sobre todo en

---

[41] A. Parrot: *Assur*, fig. 109/111 y 343/345.

[42] AAO, lám. 115/118 a y a, 171/173; A. Parrot: *Assur*, fig. 130/133.

[43] Ver sobre todo la espléndida túnica bordada de Asurbanipal en AAO, p. 104, fig. 41.

[44] Ejemplos en AAO, lám. 119; A. Parrot: Assur, figs. 191/205 y 227/229.

[45] A. Parrot: *Mission archéologique de Mari, I, Le temple d'Ishtar*, París, 1956, pp. 148, 152, 154, 156.

Nimrud [46] provienen de los tributos o botines capturados en las regiones occidentales del imperio, pero muchos de estos objetos también debieron haber sido fabricados en los talleres de Asiria por manos de artistas sirios, fenicios, e incluso por obra de artesanos locales.

El marfil, ya fuese utilizado para decorar cajas, tronos, lechos, pantallas o puertas, o para fabricar cajas, cuencos, vasos, cucharas, peines, alfileres o empuñaduras, era trabajado con diversas técnicas: grabado, esculpido en relieve, busto redondo o filigrana, o simplemente pulido e incrustado con piedras semi-preciosas, pintado o forrado de oro. La variedad de los temas tratados no es menos notable. Junto a motivos puramente egipcios, como el nacimiento de Horus o la diosa Hathor, se pueden ver «mujeres en la ventana», vacas, gamos y grifos, aparentemente de estilo fenicio, así como combates de animales, «Gilgamesh» dominando a las fieras salvajes, diosas y mujeres desnudas, escenas procesionales o de caza, consideradas por los expertos como temas en parte sirios y en parte asirios. Pero estos temas hay que destacar que son exclusivamente pacíficos. Algunas piezas representan al rey de Asiria, solo o acompañado de soldados, pero en ninguno de ellos puede verse una escena de guerra, y es preciso destacar que estas mujeres sonrientes —como la célebre «Mona Lisa» de Nimrud—, estos alegres danzantes y músicos, estas esfinges enigmáticas y tranquilas, estas vacas amamantando a su ternero y que con un movimiento gracioso y lleno de dulzura giran la cabeza para lamerlo, son deliciosamente idílicas. Aunque hayan sido ejecutadas en las riberas del Tigris por extranjeros, la abundancia de estos marfiles en las casas asirias demuestra hasta qué punto sus habitantes eran sensibles al encanto y a la delicadeza, tal y como testimonian sus bibliotecas y su afición a las ciencias y a las letras.

[46] M. E. L. Mallowan: *The Nimrud Ivories,* London, 1978. Ver R. D. Barnett: *A Catalogue of the Nimrud Ivories in the British Museum with other Examples of Eastern Ivories,* London, 1975, 2.ª ed. Acerca de los muy complejos problemas del origen del marfil y del estilo y origen de los objetos de marfil, ver los artículos de R. D. Barnett: *Iraq,* 25, 1963, pp. 81/85; I. J. Winter: *Iraq,* 38, 1976, pp. 1/22; *Iraq,* 41, 1981, pp. 101/130; D. Collon: *Iraq,* 39, 1977, pp. 219/222.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

LOS ESCRIBAS DE NÍNIVE

En el año 1849 Sir Henry Layard, pionero de la arqueología británica en Mesopotamia, excavaba el palacio de Senaquerib en Nínive, cuando abrió «dos grandes habitaciones, cuya superficie estaba cubierta de tablillas amontonadas de más de un pie de espesor» [1]. Tres años más tarde, y sobre el mismo yacimiento, su asistente, Hormuz Rassam, haría un descubrimiento similar en el palacio de Asurbanipal. En total se recogieron unas 30.000 tablillas y fragmentos, que fueron enviados al British Museum, en el que constituyen la mayor colección de textos cuneiformes del mundo [2]. Pero ya en un primer examen se descubrió que sólo una quinta parte de esta famosa «biblioteca de Asurbanipal»* estaba compuesta por documentos de carácter archivístico, como inscripciones reales, cartas y textos administrativos. El resto estaba formado por textos literarios (mitos, epopeyas y leyendas), relativamente poco numerosos, y sobre todo por textos «científicos», en el sentido que este término poseía en esa época, es decir, referidos a la adivinación y a los exorcismos, y religiosos. También parecía, por el aspecto de la escritura, que si bien algunas de las tablillas del segundo grupo eran copias de textos sumerios y babilonios, por el contrario otras habían sido redactadas en la propia Babilonia. Además, muchas de las cartas de los archivos reales confirmaban que los asirios, ávidos de cultura, procuraban recopilar inscripciones de todo género en esos hogares de civilización que para ellos

[1] Seton Lloyd: *Foundations in the Dust*, Hardmondsworth, 1955, p. 154.

[2] C. Bezold: *Catalogue of the Cuneiform Tablets... in the British Museum*, London, 1889-1899, con suplementos por L. W. King en 1914 y por W. G. Lambert y W. G. Millard en 1968.

* La mayor parte de las tablillas halladas en el palacio de Senaquerib pertenecían de hecho a su nieto Asurbanipal, que lo había habitado durante su juventud.

eran los países de Sumer y Acad [3]. Este fue sobre todo el caso de Asurbanipal, monarca enamorado de las letras y que, aprovechando que tenía las manos libres en Babilonia tras la muerte de su hermano Shamash-shuma-ukîn, enriqueció su biblioteca mediante las confiscaciones y los «regalos» más o menos voluntarios [4]:

> «Cuando recibas la presente carta —escribe a uno de sus oficiales —coge tres hombres y a los eruditos de Barsippa y busca todas las tablillas, todas las que tengan en sus casas y las que estén depositadas en el templo Ezida... Busca las tablillas valiosas que estén en sus archivos y que no haya en Asiria y envíamelas. He escrito a los funcionarios y a los inspectores... y nadie puede negarse a entregarte una tablilla. Y si ves un texto o un ritual acerca del cual yo no te haya escrito, pero que creas que pudiera ser de utilidad en mi palacio, búscalo, cógelo y envíamelo» [5].

Fuera de los palacios reales había en Asiria, al igual que en Babilonia, importantes bibliotecas en los templos de todas las capitales y principales ciudades de provincias, y también en algunas casas particulares. Las excavaciones de Sultan Tepe, yacimiento de la antigua ciudad de Harran, han sacado a la luz una bella colección de obras de carácter religioso y literario que pertenecían a un tal Qurdi-Nergal, sacerdote del dios Sîn [6]. Comprendía no sólo los grandes textos clásicos, como la *Epopeya de Gilgamesh,* el *Poema del Justo sufriente,* sino también textos inéditos, como la divertida historia del *Pobre hombre de Nippur* y sus conflictos con el alcalde de esta ciudad, que lo había desairado y que consiguió, mediante distintos subterfugios, vapulearlo por tres veces [7].

Los escribas neo-asirios, en lugar de grabar sobre las tablillas de arcilla los signos diminutos y muy apretados de la época podían imprimir su estilete sobre placas de cera metidas en moldes de madera o marfil. Estas tablillas se llamaban *daltu* cuando estaban aisladas y *lê'u* cuando se hallaban unidas unas a otras mediante bisagras metálicas, formando así una especie de libros que se desplegaban como si fuesen un acordeón. Aunque fueron mucho más ligeras, pero también mucho más costosas, que las tablillas de arcilla, fueron poco utilizadas [8]. Todas ellas han desaparecido, a excepción de algunas descubiertas en

---

[3] E. Weidner: «Die Bibliothek Tiglatpilesers I», AfO, 16, 1952, p. 197 ss.

[4] S. Parpola: «Assyrian library records», JNES 42, 1983, pp. 1/29.

[5] ABL, n.° 6 (citado por E. Chiera: They wrote on Clay, Chicago, 1938, p. 174).

[6] Estos textos han sido publicados por O. R. Gurney, W. G. Lambert y J. J. Finkelstein en *Anatolian Studies,* 2 (1952) a 22 (1972).

[7] O. R. Gurney: «The tale of the poor man of Nippur», *Anatolian Studies,* 6, 1956, pp. 145/162; 7, 1957, pp. 135/136, y 22, 1972, pp. 149/158. Ver J. S. Cooper: JCS, 27, 1975, pp. 163/174 y J. Bottéro: en *Les Pouvoirs locaux en Mésopotamie,* Bruselas, 1980, pp. 24/28.

[8] Una lista de tablillas registradas a su entrada en la biblioteca de Asurbanipal de alrededor de 300 tablillas de cera frente a unas 2.000 de arcilla (S. Parpola: *Op. cit.*, p. 4).

1953 en Nimrud, en el fondo de un pozo, al que habían sido arrojadas durante el saqueo de la ciudad; y algunas aún conservaban las huellas de un texto astrológico[9]. Parece ser que ningún texto literario o científico fue escrito sobre pergamino o papiro.

Las tablillas, debidamente fichadas a su entrada en la biblioteca, eran colocadas sobre estantes, como nuestros libros, mientras que los textos administrativos y comerciales se conservaban por lo general en jarras o en cestas provistas de etiquetas de arcilla. Muchos de los antiguos textos eran copiados una y otra vez con un rigor digno de admiración; el escriba anotaba al margen «rotura antigua» *(hepû labiru)* o expresaba su perplejidad *(ul idi,* «no lo entiendo»).

Los textos eran clasificados por obras y por los tipos de temas. Cada tablilla formaba parte de una serie y era numerada, o bien se copiaba su última frase al comienzo de la tablilla siguiente. De este modo la frase: «crearon para él una cámara principesca» que termina la tablilla IV de la *Epopeya de la creación (enuma elish)* se halla también al comienzo de la tablilla V. Además, la mayor parte de las tablillas de estas obras llevan abajo, claramente separado por una línea, un «colofón» más o menos largo que proporciona un cierto número de detalles, en los que suele figurar el nombre del escriba[10]. A modo de ejemplo, he aquí el colofón de este misma tablilla IV del *enuma elish,* en una copia redactada en Babilonia:

> «146 líneas, Tablilla IV del *enuma elish,* incompleta, según una tablilla, cuyo texto estaba estropeado. Escrita por Nabû-bêl-shu, hijo de Na'id-Marduk, el metalúrgico. Para la vida de su alma y para la vida de su casa (familia) la escribió y la depositó en el templo de Ezida»[11].

El ardor con el que se dedicaron a coleccionar estas preciosas tablillas y el cuidado con el que las conservaron honran, no sólo a los escribas de Nínive, sino también a los reyes de Asiria, sus señores. Paradójicamente, es a esos asirios que tanto destruyeron a quienes debemos una gran parte del legado espiritual de Sumer y Acad.

La «ciencia de las listas»

Es muy poco probable que la biblioteca de Asurbanipal le haya servido de mucho al propio rey, por muy culto que fuese. Si bien es cierto que se podía entretener descifrando las «piedras de antes del diluvio» o leyendo el *Gilgamesh* y otros grandes clásicos de la literatura del momento, probablemente no habría tenido ni el tiempo ni

[9] D. J. Wiseman: «Assyrian writing-boards» *Iraq,* 27, 1955, pp. 3/13.
[10] E. Hunger: *Babylonische und assyrische Kolophone* (AOAT, 2), Neukirchen-Vluyn, 1968.
[11] S. Langdon. *The Epic of Creation, Oxford* 1923, p. 149.

las ganas de embeberse en las decenas de millares de tablillas recogidas bajo sus órdenes. Las colecciones del palacio de Nínive debían ser accesibles a los diversos «especialistas», tales como los médicos, adivinos, exorcistas, astrónomos o astrólogos, ya perteneciesen o no a la casa real, al igual que al «escriba del rey» *(tupshar sharri)*. Los documentos que allí se guardaban no eran menos interesantes para ellos de lo que lo son para nosotros, y si bien es cierto que nos ofrecen la ocasión de poder contemplar una panorámica de las diversas ciencias mesopotámicas, también lo es que por sí solos no pueden proporcionarnos todas las informaciones que desearíamos. Nos será pues preciso recurrir a las fuentes más antiguas o más recientes que las tablillas de Nínive y, sobre todo a los textos científicos provenientes de Nippur, de Tell Harmal, Asur y Uruk, que se van escalonando desde finales del tercer milenio al siglo tercero de nuestra era, aproximadamente [12].

Los griegos, que conocían y admiraban a los «caldeos» en tanto que magos y fabricantes de horóscopos, perjudicaron mucho su reputación. Es cierto que la magia, en el sentido amplio del término, siempre constituyó una parte fundamental de la religión «sacramental» de Sumer y Acad, y que a partir del segundo milenio la adivinación se elevó, en Mesopotamia, al estado de ciencia, pero su popularización no comenzaría a desarrollarse más que a finales de la era precristiana. Lejos de representar el *summum* de la sabiduría babilonia, la brujería y la astrología populares aparecieron más bien como los síntomas de un proceso de decadencia de una civilización que se estaba muriendo lentamente. En realidad, todo lo que sabemos de los mesopotamios indica que estaban dotados de casi todas las cualidades que definen a los auténticos investigadores, comenzando por esa curiosidad insaciable que los llevaba a tratar de penetrar en los secretos del pasado, a traer a sus países animales y plantas exóticas y a apasionarse por los movimientos de los astros y por las propiedades de los números. Ya hemos visto con qué honestidad intelectual copiaban las tablillas. Además de ello disponían de una paciencia y un cuidado por los detalles que puede observarse en todas sus actividades, desde la contabilidad a las obras de arte. Dotados de un agudo sentido de la observación, fueron registrando una enorme cantidad de datos, menos con una finalidad práctica que por el puro placer y el ansia de saber, y en algunos dominios llevarían por ello a cabo importantes descubrimientos. Por último sus matemáticas demuestran hasta qué punto eran capaces de razonar en abstracto. Lo que quizás les faltó fue, al parecer, espíritu de síntesis.

---

[12] Hay muy pocas publicaciones que traten del conjunto de las ciencias mesopotámicas. A pesar de su edad, la obra de B. Meissner: *Babylonien und Assyrien*, II, Heildelberg, 1925 sigue siendo útil. Se hallará en R. Taton (Ed.) *Histoire générale des sciences*, I. La Science antique et médiévale, París, 1957, pp. 73/138 un excelente capítulo de R. Labat sobre «la science mésopotamique». Ver también M. Rutten: *La Science des Chaldées*, París, 1970, 2.ª ed.

La educación escolar en Mesopotamia no podía más que fomentar el cultivo de este tipo de cualidades [13]. A partir del momento en el que se hallaba ya en la edad de frecuentar la escuela *(Bît tuppi* «casa de la tablilla»), el futuro escriba debía aprender a manejar el cálamo y a aprender a la vez el sumerio y el acadio, porque incluso en la época neo-asiria todos los textos acadios se hallaban plagados de logogramas sumerios, de los que era fundamental conocer tanto su transcripción como su significado. Debía copiar numerosas tablillas para desarrollar una buena caligrafía y aprenderse de memoria centenares de signos, con su nombre y pronunciación, su significado y sus múltiples valores ideográficos o silábicos. Para ello se servía de «silabarios», listas de signos con dos, y luego con tres columnas, agrupados por sílabas o bien según su forma, y de «vocabularios» sumero-acadios. Otras tablas le proporcionaban los elementos de gramática en forma de ejemplos (conjugación de verbos, aposición de sufijos, etc...) e incluso de expresiones hechas. Incluso las operaciones de la aritmética elemental no estaban «muy claras», como decía Asurbanipal, por las razones que más adelante se verán. Si creemos un relato satírico sumerio, la disciplina sería muy severa. El maestro no dudaba en azotar a sus discípulos varias veces al día si era necesario... a menos que fuese ablandado por una buena comida y algunos regalos [14]. Con este patrimonio adquirido durante uno o dos años el muchacho iba pasando de una a otra clase (o a otra escuela, generalmente vinculada a un templo) para perfeccionarse, familiarizarse con los diversos tipos de textos (jurídicos, epistolares, religiosos, por ejemplo), mediante la traducción de textos sumerios, y aprendiendo también diversas lenguas extranjeras (hitita, casita, arameo, egipcio o griego, según la época) basándose para ello en auténticos diccionarios bilingües. A finales de este segundo ciclo de estudios podía elegir entre el oficio de escriba-secretario o especializarse en una profesión que le gustase, lo que por lo general exigía nuevos años de esfuerzos, pero lo que también hacía de él un *ummânu,* un «sabio». La educación, la cultura y la ciencia en general pertenecían al dominio de Enki-Ea y los escribas y sabios se hallaban bajo la protección de Nabû, hijo de Marduk. La importancia del culto de Nabû en Asiria [15] indica hasta qué punto el saber era apreciado en este país.

Este sistema educativo animaba al especialista a presentar sus conocimientos a sus colegas y discípulos, en forma de listas [16]. Así es como existen toda una serie de vocabularios sumero-acadios y una especie de diccionarios descriptivos relativos a lo que en la actualidad

---

[13] Para la bibliografía ver capítulo 13, nota 44.

[14] S. N. Kramer: «Schooldays: a Sumerian composition relating to the education of a scribe», JAOS, 69, 1949, pp. 199/214. Ver HCS, pp. 40/42.

[15] F. Pomponio: *Nabû: il culto e la Figura di un Dio del Pantheon babilonese ed asiro,* Roma, 1978.

[16] Sobre estas listas ver: A. L. Oppenheim: *Ancient Mesopotamia,* pp. 180, 248, 371.

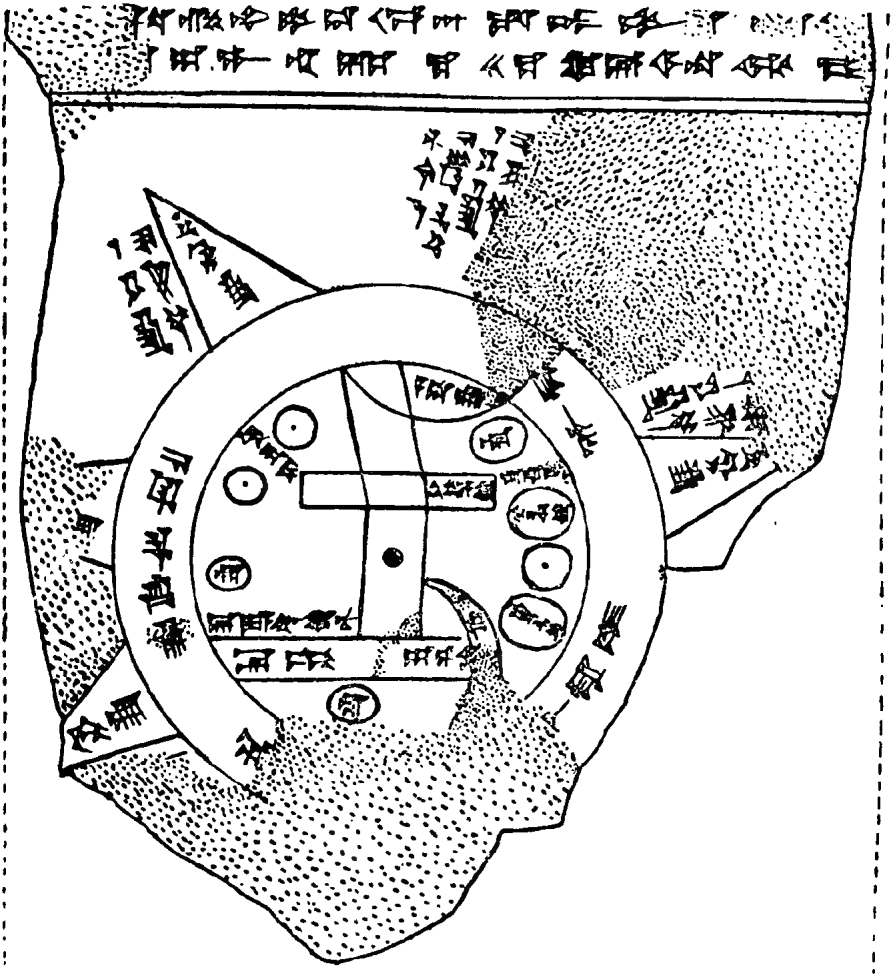


Ilustración 20.ª*: Mapa-mundi babilonio que data del siglo sexto antes de J.C. (véase el texto). B. Meissner:* Babylonien und Assyrien, 1925.

llamaríamos la botánica, la zoología y la mineralogía. También las nociones geográficas que poseían los mesopotamios nos son conocidas a través de las listas de ríos, montañas, países y ciudades. No sabemos si utilizaban mapas sobre pergamino, pero las excavaciones nos han dado algunos planos de templos, fincas y ciudades en arcilla, sobre todo un plano de Nippur, que se corresponde exactamente con el establecido por los arqueólogos [17]. Un supuesto «mapa-mundi»

[17] H. V. Hilprecht: *Exploration in Bible Land,* Filadelfia, 1903, 518. Ver S. N. Kramer: *The Sumerians,* p. 64, y HCS, fig. 18 y 19.

que data del siglo sexto también ha sobrevivido. La tierra está representada mediante un disco rodeado del «río Amargo» y dividido en dos por el Éufrates. Babilonia ocupa el centro, como Jerusalén en los antiguos mapas medievales, y breves inscripciones en los cuatro puntos cardinales van describiendo los países situados en los confines de la tierra, y cosa curiosa, el más septentrional de ellos se llama «país en el que nunca se ve el sol», lo que parece sugerir que los babilonios habían oído hablar de la noche polar [18]. También la historia se presentaba bajo la forma de listas reales, listas de dinastías, a veces sincrónicas, y de listas de epónimos, al igual que las crónicas babilonias y asirias pueden ser también consideradas como listas de acontecimientos. Tablas matemáticas y astronómicas, listas de síntomas y pronósticos, de días fastos y nefastos, de presagios, así como, evidentemente, listas de templos y dioses completan lo que se ha venido en llamar, con una pizca de sarcasmo, la «ciencia de las listas». Pero es evidente que todas estas columnas de palabras y cifras no son más que una especie de compendios que servían para acompañar una enseñanza oral que superaba ampliamente estos datos brutos, enseñanza que se hallaba muy desarrollada. El transporte y la erección de enormes bloques de piedra, la construcción de grandes palacios y templos, puentes y acueductos, por ejemplo, exigía un profundo conocimiento de algunas de las leyes de la física, a la vez que algunos de los principios de la química debían presidir la elaboración de los medicamentos y pigmentos y la fabricación de los vidrios coloreados y los objetos esmaltados [19]. Por último en las matemáticas y la astronomía —dominios en los cuales los mesopotamios eran consumados maestros— otros textos nos permiten reconstruir una labor intelectual muy similar a la perspectiva científica moderna.

Matemáticas y astronomía

Los textos matemáticos más antiguos descubiertos en Mesopotamia datan del comienzo del segundo milenio y dan testimonio del extraordinario grado de desarrollo que había alcanzado ya por aquel entonces esta ciencia [20]. Estos textos se dividen en dos categorías: por

[18] B. Meissner: *Babylonien und Assyrien,* ii, p. 379; R. Labat: *La Science antique,* p. 88.

[19] M. Levey: *Chemistry and Chemical Technology in Ancient Mesopotamia,* Amsterdam, 1959; A. L. Oppenheim y otros: *Glass and Glasmaking in Ancient Mesopotamia,* Corning, N. Y., 1970; *Dictionnaire archéologique des techniques,* París, 1963-1964, 2 vols.

[20] Entre los principales estudios de síntesis sobre esta ciencia citaremos: F. Thureau-Dangin: *Textes mathématiques babyloniennes,* Leiden, 1938; O. Neugebauer y A. Sachs: *Mathemathical Cuneiform Texts,* New Haven 1954; B. L. Van der Warden: *Science Awakening,* Groningen, 1954; E. M. Bruins: «Interpretation of cuneiform mathematics», *Physis,* 4, 1962, pp. 277/340. Muy buen resumen de R. Caratini en R. Labat: *Op. cit.*, en nota 12. Ver también G. Ifrah: *Histoire universelle des chiffres,* París, 1981, pp. 160-196.

una parte las tablas de números que permiten efectuar no sólo multiplicaciones y divisiones, sino también cálculos de gran complejidad, y por la otra los problemas destinados a la enseñanza. Pero si bien es cierto que muchos de estos problemas son esencialmente pragmáticos, relativos, por ejemplo, a los trabajos de excavación, nivelación del terreno y ampliación de canales, también lo es el que un determinado número de ellos no responden a ninguna finalidad práctica. Se trata evidentemente de entretenimientos intelectuales, de ejercicios de gimnasia mental. He aquí dos ejemplos:

> *Problema n.º 1:*
> «he hallado una piedra, pero no la he pesado, luego le añadí un séptimo y un onceabo. La he pesado y pesa una mina. ¿Cuál era el peso originario de la piedra? El peso originario era de 2/3 de mina, 8 siclos y 22 líneas y media» [21]

> *Problema n.º 2:*
> «si alguien te pregunta: he cavado en profundidad tanto como el lado de un cuadrado que he trazado y he extraido un volumen de tierra de un *musharu* (60^3) y medio. He vuelto mi superficie cuadrada, ¿qué profundidad he alcanzado?
> En tu cálculo opera con 12. Toma la recíproca de 12 y multiplica por 1.30.0.0 que es tu volumen. Ves (obtienes) 7.30.0. ¿Cuál es la raíz cúbica de 7.30.0? La raíz cúbica es 30. Multiplica 30 por uno y te da 30. Multiplica 30 por otro 1 y te da 30. Multiplica 30 por 12 y te da 6.0 (360). 30 es el lado de tu cuadrado y 6.0 es tu profundidad» [22].

El enunciado del primer problema demuestra que es puramente teórico. La solución se da, pero no el modo de llegar a ella: debía serle explicado verbalmente al alumno, mientras que por el contrario sí ha sido desarrollada punto por punto en el segundo de los problemas. Puede observarse que la noción de raíces ya era familiar a los mesopotamios, y además eran calculadas con una notable precisión, llegando a 1,414213 (en lugar de 1,414214) para la raíz cuadrada de 2.

La formulación de los cálculos del segundo de los problemas pone de manifiesto las dos características principales de las matemáticas mesopotámicas: la numeración posicional y el sistema sexagesimal. Mientras que todos los sistemas de numeración de la Antigüedad se basaban en el principio de yuxtaposición (como en el caso de los números romanos), por el contrario el sistema posicional implica que la cifra posee un valor variable según el lugar que ocupe dentro del número. Este es el sistema que utilizamos actualmente cuando escribimos, por ejemplo 333, en el que la cifra 3 vale sucesivamente 300,30 y 3, y también es el que empleaban los mesopotamios, con una dife-

[21] R. Caratini: *Op. cit.*, p. 112.
[22] Taha Baquir: «Some more mathematical text from Tell Harmal», *Sumer*, 7, 1951, p. 30.

rencia fundamental, que en base sexagesimal (60), 333 se leería (3 × 60) + (3 × 60) + 3, osea en total 10983. La notación posicional y el sistema sexagesimal presentan considerables ventajas para efectuar cálculos porque la cifra 60 es divisible por más números que la cifra 10, pero, desgraciadamente, en Mesopotamia las unidades de este sistema se subdividían de acuerdo con un modelo decimal y el cero —utilizado por los traductores modernos para hacer comprensible el texto— no existía. No aparecía más que en la época seléucida, en la que sería colocado antes de los números, pero no después. Esto no impidió a los matemáticos de antaño el conocer el orden de magnitud de las unidades de sus problemas y debían comunicárselo verbalmente a sus discípulos, pero el desciframiento de estos textos es extraordinariamente complejo. La cifra 1, por ejemplo, puede leerse como 1 ó 1.0 (= 60) ó 1.0.0 (= 3600). Los expertos en la materia también han señalado que estos antiguos matemáticos conseguían operar mediante métodos algebráicos más que aritméticos, sin hacer uso de los símbolos [23]. El enunciado de algunos problemas o cálculos indicados implica que para poder resolverlos eran necesarias las soluciones de ecuaciones de segundo grado y el manejo de relaciones exponenciales y logarítmicas.

Curiosamente parece ser que los mesopotamios estaban menos avanzados en geometría que en álgebra. Conocían algunas de las propiedades fundamentales del rectángulo, el triángulo y el círculo, incluido un teorema de Euclides, ilustrado mediante un esquema en una tablilla de Tell Harmal (siglo XVIII), pero no la manera de demostrarlo, y procedían por aproximaciones para calcular las superficies poligonales. Sin embargo habían conseguido calcular como para valor de π el 3, e incluso 3,375 sobre una tablilla de Susa. Además, dada la perfección de algunas de sus obras arquitectónicas, es muy posible que el limitado número y el carácter exclusivamente didáctico de los textos matemáticos nos haga subestimar sus conocimientos geométricos.

Podría creerse que los matemáticos habrían hallado un campo de aplicación privilegiado en el otro de los dominios en el que habían conseguido sobresalir los mesopotamios: la astronomía [24], pero no hay nada de ello. La astronomía verdaderamente científica no aparecería más que en la segunda mitad del primer milenio. El más antiguo texto astronómico mesopotámico conocido hasta el momento es una lista de ortos y ocasos helíacos del planeta Venus durante veintiún años, durante el reinado de Ammi-saduqa (1646-1626), rey de Babilonia [25]

[23] R. Caratini. *Op. cit.*, pp. 110/116; A. Goetsch: «Die Algebra der Babylonier», *Archive for History of Exacts Sciences,* Berlín/New York, 1968, pp. 79/153.

[24] A los estudios generales indicados en notas 12 y 20 añádase: O. Neugebauer: «Ancient mathematics and astronomy», en C. Singer y otros: *A History of Technology,* Oxford, 1954, pp. 785/804; *Astronomical Cuneiform Texts,* London, 1955; *A History of Ancient Mathematics and Astronomy,* New York, 1975.

[25] S. Langdon y J. K. Fotheringham: *The Venus Tablets of Ammizaduga,* Lon-

y es muy característico que todas estas observaciones vayan acompañadas de presagios. Y es que el deseo de observar los astros y de anotar sus movimientos ha sido el fruto de una doble preocupación: metafísica y cronológica. Por motivos evidentes desde la más remota antigüedad, el sol, la luna y determinadas constelaciones, y sobre todo la más notable de esas miríadas de estrellas que brillan con tanto resplandor en el cielo del Próximo Oriente, (Istar), Venus, fueron considerados como divinidades. Y en un contexto filosófico, que consideraba la tierra como un reflejo de los cielos, era normal que se estableciese una cierta relación entre los acontecimientos celestes y el destino de la humanidad. Así pues la astronomía mesopotámica se hallaba íntimamente unida con la astrología, pero esta última no adquirió un carácter determinante para el destino del individuo más que a partir del momento en el que fue posible establecer la configuración astral en el momento del nacimiento, lo que implicaba una multitud de observaciones y correlaciones. Y ésta fue la razón por la que la astrología horoscópica no progresó más que muy tardíamente.

Sin embargo los mesopotamios se hallaban enfrentados con el problema del calendario. En Mesopotamia el año comenzaba en la primera lunación que seguía al equinocio de primavera. Se hallaba dividido en doce meses de 29 ó 30 días, según la duración del ciclo lunar. El día comenzaba al ponerse el sol y se dividía en doce *bêru* o dobles horas, a su vez subdivididas en doce minutos dobles. Este sistema también se aplicaba al círculo, y en ambos casos todavía sigue en vigor entre nosotros. Sin embargo el año lunar es más corto que el año solar en unos once días, de modo que después de siete años la diferencia equivale ya a una estación. Para corregir este desfase los soberanos decretaron que tal o cual año habría uno o dos meses sumplementarios, pero era necesario substituir estas decisiones arbitrarias por un sistema de ajuste regular e infalible. Otra dificultad más: el mes comenzaba en el momento en el que el creciente de la luna nueva se hacía visible y todo aquel que haya vivido en el Iraq sabe que la bruma en el sur y el polvo en el norte, y los vientos de arena en todas partes, hacen que frecuentemente este momento sea difícil de precisar. Era pues importante que los astrónomos oficiales pudiesen calcular por adelantado el comienzo de cada mes y de cada año, lo que implicaría descubrir las leyes que regulaban el ciclo lunar y el ciclo solar.

Es en el segundo cuarto del primer milenio cuando los primeros progresos pudieron ser llevados a cabo en este sentido gracias a las observaciones continuas efectuadas en distintos puntos del imperio asirio y luego centralizadas[26], y también gracias a la invención del reloj de agua (clepsidra) y de un cuadrante solar del tipo llamado «po-

---

don 1928; J. D. Weir (mismo título) Leiden, 1972; E. Reiner. *The Venus Tablet of Ammisaduqa*, Malibu 1975.

[26] A. L. Oppenheim: «Celestial observation and divination in the late Assyrian Empire», *Centaurus*, 14/1, 1969, pp. 97/135.

los» por los griegos (pequeña bola suspendida que proyecta su sombra sobre una semi-esfera) y a las matemáticas, que permitieron establecer las correlaciones existentes entre todos estos datos y extrapolar los resultados. Los astrónomos habían observado que 235 meses lunares hacían exactamente 19 años solares y en el 747 el rey Nabû-nâsir decidió en Babilonia la introducción de siete meses suplementarios intercalados en un período de 19 años. Si embargo este «calendario de Nabonassar» no fue estandarizado más que entre el 388 y el 367 [27]. Entretanto los astrónomos habían descubierto el zodiaco, con sus doce «casas» y establecido las efemérides solares, lunares y estelares. También habían llegado a predecir los eclipses de luna y sol con una gran exactitud. Las tablas de las lunas nuevas, lunas llenas y eclipses elaboradas por Nabû-rimanni (el «Naburianus» de Estrabón), a comienzos del siglo IV son increiblemente precisas [28] y el más grande de todos los astrónomos babilonios, Kidinnu («Cidenas»), que trabajó hacia el 375, consiguió establecer la duración del año solar con un error de 4 minutos y 32,65 segundos solamente. Su error de cálculo del desplazamiento nodal del sol es, de hecho, menor que el del moderno astrónomo Oppol en 1887 [29].

Sea cual sea la admiración que pueda inspirar la astronomía mesopotámica será necesario destacar que carece de lo que llamamos el más elevado espíritu de síntesis. Al contrario que los astrónomos, contemporáneos de los últimos y mejores de ellos, los astrónomos babilonios jamás trataron de reagrupar el considerable número de datos que poseían en el marco de una teoría cósmica análoga al sistema heliocéntrico de Aristarco de Samos o al sistema geocéntrico de Hiparco. Se tiene la impresión de que los trabajos que llevaron a cabo no tenían otro fin que el de satisfacer su curiosidad natural y su pasión por las matemáticas y —como también eran sacerdotes— también el de establecer un calendario tal que las fiestas y ritos pudiesen ser celebrados en su justo momento. «Los griegos fueron a la vez filósofos y geómetras, los caldeos empiristas y calculadores sutiles» [30]. Como veremos a continuación, la medicina mesopotámica también tendría el mismo defecto.

Medicina

Aunque muy alejada de las ciencias exactas, la medicina mesopotámica merece un lugar especial es este capítulo, porque se halla copiosamente documentada, y es extremadamente interesante, siendo a

---

[27] R. A. Parker y W. H. Dubberstein: *Babylonian Chronology 626 BC A 75*, Providence, Rhode Island, 1956, pp. 1/3.

[28] A. T. Olsmtead: *History of the Persian Empire*, Chicago, 19[illegible], p. 206.

[29] A. T. Olmstead: *Ibíd*, p. 457.

[30] G. Sarton: «Chaldaean astronomy in the last three centuries» [illegible]C, JAOS, 75, 1955, PP. 166/173 (cita p. 71).

veces muy poco conocida [31]. Los mesopotamios veían en las enfermedades castigos, infringidos por los dioses a los hombres, a causa de sus pecados; significando aquí la palabra «pecado» no sólo un acto reprensible o un crimen, sino también, y lo más frecuentemente, la violación involuntaria de algún tabú. Por ello se llamaba a las enfermedades «mano» de tal o cual dios o diosa. Los dioses ofendidos podían golpear al pecador por sí mismo o bien permitir a los malos demonios que se apoderasen de su cuerpo y lo torturasen. La enfermedad era pues una mancha, una contaminación moral y física a la vez que hacía al enfermo impuro y que demandaba un tratamiento mágico-religioso. Se preguntaba al adivino *(Bâru)* que determinase, si era posible, el orígen de la afección, el pecado, por lo general desconocido para el propio enfermo o de sus parientes y al *âshipu* que exorcizase al o a los demonios responsables, mediante ritos y ceremonias mágicas y mediante conjuros, de los que son conocidas muchas series *(maqlû, shurpu, lipshur, namburbû)*, y de los que incluso disponemos de un catálogo completo [32]. También se trataba de calmar las iras de los dioses mediante oraciones y sacrificios.

Si el arte de curar a los enfermos en Mesopotamia no hubiese consistido más que en esta catarsis, en cierto modo en este lavado de alma, no merecería el nombre de medicina. Pero sabemos que en este país había —tal y como cuenta Herodoto [33]— auténticos clínicos y terapéutas que, aun respetando los conceptos sólidamente anclados en los usos y las costumbres desde la prehistoria y que en la actualidad seguimos encontrando entre los pueblos llamados «primitivos», conocían el papel etiológico de determinados agentes naturales y sabían agrupar los síntomas, observados con precisión, en síndromes o enfermedades, aplicando tratamientos farmaceúticos o quirúrgicos empíricos, es cierto, pero por lo general racionales. Paralelamente a la medicina «sacramental» *(âshipûtu)* había indudablemente una medicina pragmática *(asûtu)* notablemente evolucionada y no muy diferente de la que se practicaba en Europa hace solamente unos dos siglos. Lo que no está claro es la importancia relativa que los enfermos otorgaban a ambas formas de tratamiento. ¿Consultaban primero a un adivino o exorcista para confiarse luego a las manos de un médico en caso de fracaso, o era al revés? Es muy lógico suponer que la situación variaría según los casos y las preferencias individuales.

El médico *(asû)* no era ni un brujo ni un sacerdote, sino un profesional que, tras haber recibido la educación general que acabamos de

---

[31] La mayor parte de los textos médicos han sido publicados por F. Köcher: *Die babylonisch-assyrische Medizin in Texten und Untersuchungen,* Berlín, 1963-1979, 6 vol. Muy abundante bibliografía. Visión sintética en G. Contenau: *La Médicine en Assyrie et en Babylonie*, París, 1938; H. E. Siegerist: A History of Medicine, I, Oxford, 1951, pp. 377/497; R. Labat. *La Médecine babylonienne,* París, 1953.

[32] J. Bottéro: *Annuaire,* 1974-1975, pp. 95/144.

[33] Herodoto: I, 197. Los babilonios no tienen médicos. Llevan a los enfermos a las plazas para que los transeúntes les den consejos.

describir al hablar de los escribas, había aprendido su oficio junto a uno o varios maestros para así acceder al rango de experto, de *ummânu*. Era tenido en gran consideración y fijaba sin duda él mismo el nivel de sus honorarios. Los médicos de renombre, los «grandes patrones» de la época estaban muy solicitados y se los disputaban las cortes reales. Sabemos ya que el mitanio Tushratta había enviado uno de sus especialistas a Amenofis III y que médicos babilonios estaban en la cabecera del rey Hattusil III. Además los reyes de Asiria y Babilonia tenían también sus médicos personales.

Numerosas listas de síntomas y recetas, así como cartas dirigidas a los médicos o escritas por ellos han sobrevivido. Hace unos treinta años el gran asiriólogo francés René Labat publicó un «tratado» de diagnósticos y pronósticos [34], reconstruido a partir de una serie de textos que datan de los siglos VII al V, pero que formaban parte de una misma serie que comprendía cuarenta tablillas y estaba dividida en cinco «capítulos». El primer capítulo, destinado en realidad a los exorcistas, pero que sin duda también se aplicaba a los médicos, proporciona una interpretación de algunos signos ominosos que se podían encontrar en la cabecera de los enfermos:

> «Cuando una exorcista va a la casa de un enfermo... si viese o bien un perro negro, o un cerdo negro: el enfermo morirá... Si viese un cerdo blanco: el enfermo se curará; o bien será víctima de una gran angustia. Si viese un cerdo rojo: ese enfermo (¿morira?) el tercer mes (o) el tercer día...» [35].

Este desconcertante preámbulo va seguido de la descripción, mucho más racional, de los síntomas agrupados por órganos, enfermedades o por orden de aparición. Al menos seis tablillas se hallan dedicadas a las afecciones ginecológicas y a las enfermedades infantiles, probablemente muy frecuentes. A lo largo de todo el tratado se pone el acento en el pronóstico, pero el tratamiento no es indicado más que raras veces. Textos similares, aislados o agrupados en colecciones tratan únicamente de las enfermedades de determinadas partes del cuerpo, mientras otros se hallan dedicados a la terapeútica. He aquí dos ejemplos elegidos entre las enfermedades fáciles de identificar:

> *Epilepsia:*
> «Si su nuca (del enfermo) gira sin cesar hacia la izquierda, si sus manos y piernas están estirados, si sus ojos, cara al cielo, están muy abiertos, si le cae la baba de la boca, si bufa, si pierde el conocimiento y si, al fin (de la crisis...): se trata de una crisis de gran mal; «mano» de Sîn» [36].

---

[34] R. Labat: *Traité akkadien de diagnostics et pronostics médicaux,* Leiden, 1951.
[35] R. Labat: *Op. cit.*, p. 3.
[36] R. Labat: *Op. cit.*, p. 81.

Ictericia grave:

«Si un hombre, su cuerpo, está amarillo, su rostro es amarillo y negro y si la superficie de su lengua es negra, se trata de (la enfermedad) *ahhâzu*... Contra esta enfermedad el médico no puede hacer nada: este hombre morirá, no se le puede curar» [37].

Un determinado número de textos tratan de las enfermedades mentales, incluyendo la «depresión», que no es un mal tan moderno como se cree [38].

Mientras que los pronósticos y los diagnósticos de los médicos mesopotámicos son una sutil mezcla de superstición y buena observación clínica, su terapéutica sin embargo, no debe nada a la magia. La más antigua «farmacopea» conocida es una colección de recetas que data de la III Dinastía de Ur y describe la preparación de ungüentos, lociones y pociones a base de minerales y plantas, y hubiera podido ser escrita sólo hace dos o trescientos años [39]. Excepto en algunos casos, las formas en las que eran administrados los medicamentos son sensiblemente las mismas que en la actualidad: jarabes, inhalaciones, fumigaciones, instilaciones, pomadas, linimentos, cataplasmas, lavativas, e incluso supositorios. A veces no es posible identificar determinadas hierbas que entran en su composición, pero en muchos casos pueden reconocerse los ingredientes siempre utilizados o que sólo han dejado de serlo muy recientemente. En la receta siguiente, por ejemplo, se halla el opio por vía bucal y los emolientes en aplicaciones tópicas, para el tratamiento de lo que parece ser una afección de vesícula o uretra:

«Macháquese granos de adormidera, disuélvaselos en la cerveza y hágaselos beber al enfermo. Espolvoréese un poco de mirra, mézclesela con aceite e insúflesela en la uretra con un tubo de bronce. Désele al enfermo anémonas machacadas en una cocción de algas» [40].

Y he aquí la compleja fórmula de una cataplasma para aplicar en caso de estreñimiento de los pulmones:

«Tómese (...) partes de un riñón de cordero; 1/2 *qa* de dátiles; 15 *gín* de terebinto de abeto, 15 *gín* de laurel, 13 *gín* de opopanax; 15 *gín* de resina de galbano; 7 *gín* de mostaza; 2 *gín* de cantárida...

---

[37] F. Kuchler: *Beiträge zur Kenntniss der assyrisch-babylonischen Medizin,* Leipzig, 1904, p. 60.

[38] J. V. Kinnier Wilson: «An introduction to Babylonian psichiatry», en *Festchrift Benno Landsberger,* Chicago, 1965, pp. 289/298; «Mental diseases in ancient Mesopotamia», en *Diseases in Antiquity.* Springfield. Illinois, 1967, pp. 723/733; E. K. Ritter y J. V. Kinnier Wilson: «Prescription for an anxiety state: a study of BAM 234», *Anatolian Studies,* 1980, pp. 23/30.

[39] L. Legrain: «Nippur old drug store», *University Museum Bulletin,* 8, 1940, pp. 25/27; M. Civil: «Prescriptions médicales sumériennes», RA, 1960. pp. 57/72. Ver S. N. Kramer: *The Sumerians,* pp. 93/98 y HCS, pp. 84/87.

[40] R. Campbell-Tompson: «Assyrian prescriptions for diseases of the urine», *Babyloniaca,* 14, 1934, p. 124.

Macháquese los ingredientes en un mortero con grasa y dátiles. Viértase la mezcla sobre una piel de gacela. Dóblese la piel. Aplíquesela sobre la región dolorida y déjesela durante tres días. Durante este tiempo el enfermo beberá cerveza azucarada. Tomará su alimento muy caliente y se mantendrá en un lugar cálido. El cuarto día, sáquese la cataplasma..., etc.»[41].

En algunos casos el tratamiento era manual o instrumental, y el médico era a la vez cirujano. En una carta dirigida a Asurbanipal por su médico personal, Arad-Nanna, este último critica a un colega y expresa, acerca del tratamiento de la epistaxis, una opinión que no desaprobaría un otorrinolaringólogo de nuestra época:

«En lo que concierne a la hemorragia de la nariz... los apósitos no están siendo aplicados correctamente. Han sido colocados sobre un costado de la nariz, de modo que dificultan la respiración y que la sangre fluye hacia la boca. La nariz debe ser taponada hasta el fondo, con el fin de impedir que entre el aire y la hemorragia cesará»[42].

Por fin sabemos también que los médicos mesopotámicos del siglo XVIII antes de nuestra era ya conocían la existencia de las epidemias —a las que llamaban *ukultu* «manducación», porque se suponía que los dioses querían devorar a la población— y las comunicaban regularmente a las «autoridades», es decir, al rey[43]. Todavía más, también conocían la noción de contagio y las medidas de higiene necesarias para evitarlo, como lo demuestra esta extraordinaria carta, en la que Zimri-Lim, alejado de Mari, da consejos a su esposa Shibtu:

«He oído decir que la Señora Nannamê se halla aquejada por una enfermedad. Pero ella tiene muchos contactos con las gentes del palacio, y se relaciona, en su propia casa, con muchas mujeres. Así pues, da órdenes tajantes de que nadie beba en la copa en la que ella bebe, para que nadie se siente sobre la silla en la que ella se sienta, y que nadie se acueste en el lecho en el que ella se acuesta. Que no se relacione con muchas mujeres en su propia casa. Ese mal es contagioso *(mushtah-hiz,* del verbo *ahâzu,* «atrapar», «coger»)»[44].

Así pues la medicina mesopotamia, aunque todavía vinculada a la magia, presentaba ya algunas de las características de la medicina

---

[41] R. Campbell Thompson: «Assyrian prescriptions for diseases of the chest and lungs», RA, 31, 1934, p. 23. El *qa* representa alrededor de un litro y el *gín* alrededor de unos 8 gramos.

[42] ABL, n.° 108.

[43] A. Finet: «Les médecins au royaume de Mari», *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'histoire orientales et slaves,* Bruselas, 15, 1954-1957, pp. 123/144; ARMT, X, n.° 129, 130 y 14 (respuesta de la reina).

[44] A. Finet: *Ibíd,* pp. 129.

moderna. Sin duda transmitida a los griegos, junto con la medicina egipcia, contribuyó a la apertura del camino que supondría la gran reforma hipocrática del siglo V antes de nuestra era. Sin embargo, en el curso de sus dos a tres mil años de existencia también llevó a cabo sus progresos. Los médicos mesopotámicos fundaron su arte sobre conceptos metafísicos, de los que nunca fueron capaces de liberarse totalmente, cerrando de este modo la puerta a las explicaciones racionales. Si bien es cierto que observaron admirablemente las enfermedades de modo que llegaron a descubrir la existencia de numerosas afecciones, sin embargo nunca llegaron a plantearse las dos preguntas básicas: ¿por qué y cómo? Al igual que los astrónomos, nunca construyeron grandes teorías, pero modestamente —y quizás sabiamente— se contentaron con recoger datos y con curar a sus pacientes lo mejor que pudieron: después de todo estos últimos no pedían otra cosa.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

LOS CALDEOS

En el año 612 antes de nuestra era, sólo treinta y cinco años después de la toma de Susa, que marcó el apogeo del reinado de Asurbanipal, los palacios de Nínive se consumieron entre las llamas y con ellos se desplomó el poder asirio. Responsables, junto con sus aliados los medos, de esta destrucción repentina, violenta y radical, los caldeos de Babilonia permanecerían como los únicos amos de Mesopotamia y heredarán los restos de este imperio, que se esforzarán en conservar. Al dejar Asiria en ruinas concentraron todos sus esfuerzos en su propio país, que se convertiría en una inmensa factoría de construcciones, a la vez que en un foco de renacimiento político, económico, cultural y religioso. Nunca, desde los tiempos de Hammurabi, Babilonia —ahora la más grande, y la más bella de todas las ciudades del Próximo Oriente— había llegado a conocer un prestigio tal. Pero este brillante período neo-babilonio [1] fue de muy corta duración. A Nabucodonosor II, último de los grandes monarcas mesopotámicos, le sucederían príncipes débiles o irresponsables, incapaces de oponerse al nuevo y temible enemigo que provenía del este, se hubiera dicho que sin que lo supieran. En el 539 Babilonia caerá sin resistencia en manos de Ciro, rey de los persas.

---

[1] Las principales fuentes para la historia política de este período son: 1.° Las seis crónicas babilonias reunidas por A. K. Grayson en sus *Assyrian and Babylonian Chronicles* (ABC), Locust Valley, NY. 1975, con los números 2-7; 2.° Algunas cartas publicadas por E. Ebeling: *Neubabylonische Briefe,* Munich, 1949; 3.° El *Antiguo Testamento: II Reyes, II Crónicas* y los Profetas; 4.° Algunos autores «Clásicos», entre los que cabe destacar a Herodoto, Diodoro Siculo, Flavio Josefo y Beroso. A excepción del reinado de Nabónides, las inscripciones reales son de un escaso interés porque conmemoran básicamente las restauraciones de templos y las obras públicas. La mayor parte de ellas han sido publicadas por S. Langdon: *Die Neubabylonische Königsinschriften* (NBK), Leipzig, 1912. Su bibliografía ha sido puesta al día por P. R. Berger bajo el mismo título en AOAT, 4, Neukirchen-Vluyn, 1973.

Estos son en resumen, en su trágica simplicidad, los acontecimientos que llenarán el último capítulo de la historia de una Mesopotamia independiente y que merecen ser examinados con un poco más de detenimiento.

La caída de Nínive

Sin que se sepa por qué, las inscripciones de Asurbanipal se paran bruscamente hacia el 639, sumiendo los últimos años de su reinado en una oscuridad tanto más profunda, cuanto que ninguna crónica ni ninguna otra lista de epónimos cubre tampoco los años 639-627. Nuestra única fuente de información para este período es, de hecho, Herodoto, por suerte muy bien informado acerca de la historia de los medos y de los persas [2]. A comienzos de su obra cuenta cómo Fraortes, rey de los medos, atacó a los asirios, pero halló la muerte en el campo de batalla y será su hijo Ciaxares (su nombre auténtico sera Uvarkhshattra) quien lo reemplace. Los medos caerían sin embargo enseguida bajo el dominio de los escitas, dominio que durará unos veintiocho años, según él. Estos últimos habían franqueado los Zagros, y atravesando en tromba Asiria y Siria-Palestina hubieran entrado en Egipto si Psamético no hubiese comprado su retirada. Finalmente Ciaxares recobrará su libertad masacrando a todos sus jefes ebrios, en el transcurso de un banquete. Acerca de otro episodio, Herodoto afirma que los escitas desbarataron un ataque de los medos contra Nínive, lo que es muy plausible, si se tienen en cuenta los lazos de amistad con Sargónidas habían establecido con ellos, y siempre según Herodoto, Asurbanipal habría firmado un tratado de alianza con su jefe Madies. No sería prudente fiarse totalmente del «padre de la historia», pero si dice la verdad es asombroso que los jinetes escitas hubiesen podido recorrer de un lado a otro el territorio gobernado por Asiria y entrar en Irán sin toparse con oposición de ningún tipo. ¿Habrá que pensar que el ejército asirio estaba ocupado por aquel entonces, o en que fue cogido por sorpresa?

Suele admitirse por lo general que Asurbanipal murió en el 627, pero si bien es cierto que estamos un poco mejor documentados a partir de esta fecha, sin embargo la cronología de los acontecimientos que le siguieron se basa exclusivamente en crónicas babilonicas, que poseen muchas lagunas y están separadas por un hiato de seis años [3], así como sobre las fechas de contratos provinientes de diversas ciudades de Babilonia. De este modo se han elaborado interpretaciones muy diferentes [4]. De acuerdo con la más reciente, y quizás la más plausi-

---

[2] Herodoto: I, 103/106. Ver Diodoro: II, 26, 1/4.

[3] «Crónica de los primeros años de Nabopolassar» y «Crónica de la caída de Nínive»: ABC, pp. 17/19; 87/96.

[4] R. Borger: «Der Aufstieg des neubabylonischen Reiches», JCS,I, 1965. pp. 59/78; J. Oates: «Assyrian Chronology 631-612 BC», *Iraq*, 27, 1965, pp. 135/159; W. von

ble de todas las reconstrucciones propuestas, Asurbanipal, enfermo y anciano, y queriendo evitar una crisis de sucesión habría abdicado en el 630 confiando el cetro de Asiria a su hijo Ashur-etil-ilani*, pero conservando una teórica soberanía sobre Babilonia bajo el nombre de Kandalânu. Pero, apenas muerto el rey, las cosas se complicaron en el reino del sur. Un general asirio, rápidamente eliminado, y luego otro de sus hijos, Sîn-shar-ishkum** se proclamaron sucesivamente reyes de Babilonia, mientras surgía un tercer pretendiente en la persona de Nabû-apla-asur*** (Nabopolasar), miembro de la tribu de los *kaldû* (caldeos) y gobernador del País del Mar. Rechazado en su región de origen, este último debió contentarse en un principio con reinar sobre algunas ciudades de Sumer, pero Sîn-shar-ishkun se instaló en la capital. El rey de Asiria, su hermano, lanzó sus tropas contra él y durante cuarenta años una guerra civil de múltiples peripecias ensangrentó los dos tercios de Babilonia. En el año 623 Ashur-etil-ilani también intervendría y sería muerto en un combate en los alrededores de Nippur. El vencedor tomó el camino de Nínive, llevándose con él un ejército asirio que debía limpiarle el camino, y se sentó sobre el trono. El caldeo ya tenía las manos libres en la Baja Mesopotamia.

Entretanto en Irán, Ciaxares reorganizaba su ejército siguiendo el modelo asirio y se dotaba con una eficaz máquina de guerra. En su capital Ecbatana (Hamadan) gobernaba a las «tres Medias», es decir prácticamente toda la meseta iraní, y más al sur los persas eran sus vasallos; a la vez que amenazaba al país de Manna en torno al lago Urmiah y deseaba Urartu, al que los escitas habían saqueado y debilitado. Por otra parte el imperio asirio comenzaba a descomponerse al compás de las luchas que enfrentaban a los dos hijos de Asurbanipal. En el este los elamitas habían recobrado un cierto grado de independencia y la ciudad fronteriza de Dêr se había rebelado. Al Oeste, otras revueltas sacudían también las ciudades fenicias, y el control que Asiria ejercía sobre Palestina se había debilitado hasta tal punto que Josías, rey de Judá, ferviente yahvista, pudo impunemente «tirar los altares y pulverizar los ídolos» en la provincia asiria de Samaria, parte del antiguo reino de Israel [5].

Sîn-shar-ishkun [6], convertido en rey de Asiria, no podía tolerar por más tiempo que Babilonia se le escapase. Declaró la guerra a Nabopolasar y durante siete años este desgraciado país sería todavía el teatro de ataques y contraataques que tenían como objetivo las pla-

---

Soden: «Assurtellilani, Sinsariskun, Sinsum (u) liser und die Ereignisse im Assyrerreich nach 635 v. Chr», ZA, 58, 1967, pp. 241/255; J. Reade: «The accession of Sinsharishkun», JCS, 28, 1970, pp. 1/9.

* «Ashur (es el) héroe de los dioses».

** «El dios Sîn ha instaurado al rey».

*** «O Nabû, protege (a mi) hijo».

[5] *II Reyes*, XXIII, 19/20; *II Crónicas*, XXXIV, 6/7.

[6] Inscripciones en ARAB, II, párr. 1.130/1.135; *Iraq*, 20, 1957, p. 11; 26, 1964, pp. 118/124; AfO, 19, 1959-1960, p. 143; JCS, 19, 1965, pp. 76/78.

zas fuertes que todavía poseían los asirios. El caldeo resistió, se apoderó de Nippur y consiguió liberar todo el país de Sumer y Acad. En el año 616, será él quien tome la ofensiva, y por suerte para nosotros será en esta fecha cuando comience una crónica babilonia clara y precisa que nos permite seguir mes a mes, y a veces incluso día a día, los acontecimientos que desembocarían en la caída de Nínive[7].

Nabopolasar tanteó primero a su adversario. Remontó el Éufrates hasta la confluencia con el Kabhur, recibió la sumisión de las tribus arameas establecidas en su ribera y derrotó a un ejército de asirios y de mannaï enviado contra él, persiguiéndolo hasta los alrededores de Harran. Envalentonado por este éxito, lanzará unos meses más tarde, y sucesivamente, dos ataque hacia el Norte, alcanzando el Zab inferior, cerca de Arrapha y llegando a asediar incluso por un momento Asur, antes de replegarse ante un potente ejército enemigo. Sin duda no se sentía lo suficientemente poderoso como para derrotar él solo a los asirios. Algunos años antes, durante la «guerra de los dos hermanos», había ya intentado ganarse la amistad de los elamitas, devolviéndoles sus dioses, que estaban prisioneros en Uru, pero no consiguió asegurarse su apoyo efectivo. Por su parte, Sîn-shar-ishkun, ahora a la defensiva, había solicitado y obtenido la alianza de los egipcios, lo que inquietó al creciente poderío de los babilonios y de los medos. El hecho de que los antiguos conquistadores de Egipto lo llamasen ahora pidiendo socorro dice mucho sobre el estado de debilidad en que había caído Asiria. Pero Egipto estaba muy lejos, y Psamético deseaba muy poco comprometerse en este conflicto. La ayuda que prestará a los asirios será irrisoria, y no modificará en absoluto el curso de las cosas.

Quizás Sîn-shar-ishkun se hubiera resignado a perder Babilonia y habría firmado la paz con el caldeo, si Ciaxares, actuando por su propia cuenta, no hubiera puesto su espada en la balanza. Hacia finales del año 615, los medos invadieron repentinamente Asiria y tomaron la ciudad de Arrapha. En el transcurso del invierno de 614 marcharon en dirección a Nínive, se apoderaron de Tarbisu y luego, virando hacia el Sur, cayeron sobre Asur:

> «Ellos (los medos), dice nuestra crónica, hicieron un ataque contra la ciudad y destruyeron (sus muros)... Infringieron una gran derrota a una gran parte de la población, saquearon la ciudad y se llevaron prisioneros»[8].

Los babilonios, alertados, llegaron demasiado tarde para tomar parte en la acción. Nabopolasar se encontró con Ciaxares (Umakish-

---

[7] Esta importantísima crónica ha sido publicada por C. J. Gadd: *The Fall of Nineveh,* London, 1923, y luego, con adiciones por D. J. Wiseman: *Chronicles of Chaldaean Kings,* London, 1956. Ver ABC, pp. 90/96; ANET (3), pp. 303/305.

[8] Wiseman: *Chronicles,* 57; ABC, p. 93.

tar para los babilonios) bajo los muros de Asur y «establecieron entre ellos una amistad y una paz recíprocas». Esta alianza sería sellada posteriormente por el matrimonio de Nabucodonosor, hijo de Nabopolasar, con Amitis, hija de Ciaxares [9]. De ahora en adelante medos y babilonios combatirán lado a lado: Asiria estaba condenada.

En el año 613 las tropas babilonias pelearon solas en el Éufrates medio, fueron frenadas por los asirios y fracasaron ante Anat. Sería solamente durante el año 612 cuando los aliados unan sus fuerzas para dar el asalto final contra Nínive. Mal protegida por las fortificaciones inacabadas, pero valientemente defendida, la ciudad sostuvo un asedio de dos meses, pero al fin sucumbió:

> «Lanzaron un fuerte ataque contra la ciudad y en el mes de Abu (julio-agosto) el... enésimo día se apoderaron de ella, infringiendo, una gran derrota a la mayor parte de la población. Ese día Sîn-shar-ishkun, el rey asirio... (¿fue muerto?). Se llevaron un gran botín de la ciudad y de los templos y transformaron la ciudad en un tell *(tîlu)* y en un montón de ruinas» [10].

A finales de ese fatal año las tres capitales de Asiria-Asur, la metrópoli religiosa, Kalhu, el cuartel general de los ejércitos [11] y Nínive, el centro de gobierno —así como la mayor parte de las restantes ciudades fueron tomadas o destruidas. Tras la muerte (o la huida) de Sîn-shar-ishkun uno de sus oficiales tomaría el poder bajo el nombre de Ashur-uballit, el mismo nombre, irónicamente, que el del gran monarca que en el siglo XIII había liberado Asiria de la tutela hurrita. Uniendo lo que quedaba del ejército se encerró en Harran con algunas tropas egipcias enviadas *in extremis*. En el año 610 los babilonios y los Umman-Manda [12] (medos) marcharon contra esta ciudad, que caería en manos de los medos, mientras que las tropas asirio-egipcias se refugiaron del otro lado del Éufrates. En el 609, tras una infructuosa tentativa de reconquistar Harran, desaparecería Ashur-uballit.

Así terminó miserablemente en tres años nada más el gigante que durante tres siglos había hecho temblar al mundo, el primer gran imperio del Próximo Oriente. Con algunas palabras, llenas de desdén y de odio, Nabopolasar redactó su epitafio:

> «He masacrado el país de Subartu, he transformado este país hostil en un montón de ruinas. El asirio que, desde los lejanos días,

---

[9] Discusión en C. J. Gadd: *Fall of Nineveh,* pp. 10/11.

[10] Wiseman: *Chronicles,* 59/61; ABC, p. 94.

[11] Kalhu (Nimrud) no es mencionada en la crónica. Parece que debió ser tomada en el 614 y destruida en el 610 (D. Oates: *Iraq,* 23, 1961, pp. 9/10).

[12] Esta expresión, utilizada primero en el segundo milenio para designar a los indoeuropeos montados en carros de combate (F. Cornelius: *Iraq,* 25, 1963, pp. 167/170) y luego para los cimerios y/o los escitas, se aplica aquí claramente a los medos. Ver Wiseman: *Chronicles,* 16; J. Bottéro. ARMT, VII, p. 224, n.° 44.

había gobernado todos los pueblos y cuyo pesado yugo había infringido heridas a toda la población del país, lo puse a los pies de Acad y me sacudí su yugo» [13].

NABUCODONOSOR

No parece que los medos se apropiasen de una parte del reino que habían contribuido a abatir de un modo tan decisivo, únicamente Harran permaneció mucho tiempo entre sus manos, quizás porque viesen en él un punto de apoyo para esa conquista de Asia Menor que anhelaban llevar a cabo. Los babilonios, que quedaron como únicos dueños de Asiria, no se instalaron en ella o bien no ocuparon más que algunos pequeños centros provinciales que había quedado a salvo de la guerra como Arba'ilu (Erbil) [14]. Todo lo demás no era más que un campo de ruinas, una tierra desolada, la mayor parte de cuyos habitantes, si habían escapado a la masacre, habían huído, y cuyos dioses permanecían en cautividad. No le interesaba en absoluto a los reyes de Babilonia, que no tenían más que dos ambiciones: por una parte reparar los daños sufridos por su propio país y devolverle su grandeza de antaño, su poder político y su prestigio cultural y religioso, y por la otra recuperar los pedazos de territorio de lo que había sido el Imperio Asirio.

El Elam no planteaba ningún problema, los aliados se lo habían sencillamente repartido: la llanura de Susiana para los babilonios y la región montañosa de Anshan para los medos, o más bien para sus vasallos, los persas, que por aquel entonces se hallaban establecidos en sus alrededores [15]. Por el contrario, Siria-Palestina no había sido liberada del yugo asirio más que para caer bajo la tutela de Egipto. Necao II, hijo de Psamético, con el pretexto de ir a ayudar a los asirios, le había invadido en el año 609, venciendo y dando muerte a Josías, que había cometido la insensatez de tratar de cerrarle el paso [16]. Ahora las tropas egipcias ocupaban Carquemish y controlaban sólidamente el paso hacia el Éufrates. La posesión de esta ciudad clave y el control de la costa fenicia y de su traspaís eran tan importantes para los babilonios como lo habían sido para los asirios, porque era por allí por donde se desarrollaba la mayor parte del comercio internacional. Si habían dejado con gusto a los medos el país de más allá de los Zagros y el Tauro, por el contrario no podían tolerar el verse privados de las ricas provincias del Levante y ver sus accesos al Mediterráneo bloqueados por los egipcios, por los arameos de Siria o in-

---

[13] NBK, p. 69; A. T. Olmsted: *History of Assyria*, p. 640.

[14] G. Goossens: «L'Assyrie après l'Empire», *Compte rendu de la III Rencontre assyriologique internationale*, Leiden, 1952, p. 91.

[15] W. Hinz: *The Lost World of Elam*, New York, 1973, p. 160.

[16] *II Reyes* XXIII, 29; *II Crónicas*, XXXV, 20; *Jeremías*, XIV, 2; Herodoto: II, 159.

cluso por los propios fenicios. Las campañas en el «país de Hatti» que narran las inscripciones neo-babilónias se hallaban motivadas básicamente por razones de carácter económico.

Tras su última victoria sobre los asirios, Nabopolasar, que ya estaba en edad avanzada, fue confiando progresivamente el mando de las operaciones militares a su hijo Nabû-kudurri-usur, el célebre Nabucodonosor II. En el año 607 este joven príncipe fue encargado de desalojar a los egipcios de Siria. Tras dos años de infructuosas tentativas para establecer cabezas de puente sobre la ribera derecha del Éufrates, en los alrededores de Carquemish, reunió un gran ejército y en mayo-junio del 605 atacó directamente esta ciudad. La guarnición egipcia, reforzada con mercenarios lidios y libios, opuso una dura resistencia, pero fue finalmente superada, derrotada y hecha prisionera.

> «En cuanto al resto del ejército egipcio, que había escapado al desastre (tan rápido) que ningún ejército hubiera podido alcanzarlo, las tropas babilonias los alcanzaron en el distrito de Hama y los derrotaron de tal modo que ni uno solo de sus hombres quedó en el país» [17].

La puerta de Siria-Palestina estaba ahora ampliamente abierta a los babilonios. Se envalentonaron y atravesaron el país de lado a lado para demostrar que ahora eran los amos. Habían llegado a Pelusa, en la frontera con Egipto, cuando Nabucodonosor se enteró de la muerte de su padre. Inmediatamente emprendió la retirada y llegó a Babilonia en el tiempo record de veintitrés días, siendo coronado en su capital nada más llegar el día 23 de septiembre del 605.

Los reyes caldeos debían saber que era relativamente fácil invadir esas regiones, pero una vez liberadas del verdugo egipcio, iba a ser mucho más difícil mantenerse en ellas. Los menos dóciles de sus habitantes, en particular los fenicios, los filisteos y los judíos no aceptaban de buena gana el pagar a Babilonia un tributo anual que creían haber dejado de pagar con toda justicia —aunque de mala gana y solamente obligados por la fuerza— a Nínive. Además Egipto que había visto realizado su viejo sueño de la «colonia asiática», para luego ver también como se desvanecía en sólo cuatro años, iba a echar mucho más aceite al fuego que nunca. Nabucodonosor pronto se vería obligado a utilizar sus tropas prácticamente todos los años en las regiones mediterráneas y a dominar una rebelión tras otra, tal y como lo habían hecho ya los Sargónidas. Doce meses después de la batalla de Carquemish estaba de vuelta en el oeste para cobrarles el tributo a Damasco, Tiro, Sidón y Jerusalén, pero también para destruir Ascalón, cuyo rey se había sublevado. En el año 601 la crónica babilonia da cuenta de una batalla importante, pero que quedaría indecisa

[17] Wiseman: *Chronicles*, pp. 59/61; ABC, p. 99.

en alguna parte de esta región entre los reyes de Babilonia y de Egipto: «lucharon uno contra el otro sobre un campo de batalla y se infringieron mutuamente una gran derrota». En el 599, tras una de sus campañas en Siria, Nabucodonosor «envió su ejército al desierto para saquear los bienes, animales y dioses de numerosos árabes» [18]. Al año siguiente Joiaquin, rey de Judá, sordo a las advertencias del profeta Jeremías, se negó a pagar el tributo, y moriría justo a tiempo para no sufrir la cautividad de Babilonia. El 16 de marzo del 597 fue tomada Jerusalén, su joven rey Joaquín fue deportado, junto con tres mil judíos y sustituido por Matanías, apodado Sedecías [19]. Una desafortunada laguna en la serie de crónicas interrumpe justo aquí el relato, pero sabemos por otras fuentes que Psamético II, sucesor de Necao, dirigió una expedición contra Siria en el 600, aproximadamente, y que el faraón Apries (588-568) se apoderó de Gaza y atacó Tiro y Sidón [20]. Fue sin duda la proximidad de un ejército egipcio, con el que creyó que podría contar, lo que animó a Sedecías a rebelarse a finales del año 589 o a comienzos de 588. Desde su cuartel general situado en Ribla, cerca de Homs, Nabucodonosor dirigía las operaciones. Tras un asedio de dieciocho meses Jerusalén sería tomada al asalto el 29 de julio de 587. Sedecías, que huía hacia Jericó, fue atrapado y hecho prisionero.

> «Cogieron al rey y lo hicieron ir a Ribla, junto al rey de Babilonia, que dictó una sentencia en su contra. Los hijos de Sedecías fueron degollados en su presencia, después le quitaron los ojos, lo cubrieron con cadenas de estaño y se lo llevaron a Babilonia» [21].

De nuevo millares de judíos serían deportados junto con su rey, mientras que otros se refugiarían en Egipto. El jefe de la guardia del rey de Babilonia entró en Jerusalén, «quemó la casa de Yahwé, la casa del rey y todas las casas de cierta importancia», e hizo desmantelar la ciudad. Se nombró un gobernador indígena, que más tarde sería asesinado por sus compatriotas. De este modo, ciento treinta y cinco años después de Israel (Samaria), «Judá fue llevada como cautiva lejos de su país».

El último hecho de armas de Nabucodonosor en Siria-Palestina del que tenemos noticia es un asedio de Tiro que duró, según se cuenta, trece años y que terminó con la captura de esta ciudad y su príncipe. Un fragmento de una tablilla hace alusión a una campaña contra

---

[18] «Crónica de los primeros años de Nabucodonosor», líneas 6/7 y 9/10 (ABC, p. 101).

[19] *II Reyes,* XXIV, 17; *Jeremías,* XXXVII; Flavio Josefo: *Antigüedades Judaicas,* X, 6. Ver Wiseman: *Chronicles,* 73; ABC, p. 101.

[20] Ver A. Gardiner: *Egypt of the Pharaons,* Oxford, 1961, pp. 360/361.

[21] *II Reyes,* XXV, 6/7; *II Crónicas* XXXVI, 13/20; *Jeremías,* XXXIV, 1/18; *Jeremías,* LII, 30 narra una nueva rebelión, seguida de deportación, cinco años más tarde. Se estima en 50.000 el total de los judíos deportados en estas tres operaciones militares babilonias.

el faraón Amasis en el 586 y menciona una ciudad egipcia, pero esto no demuestra en modo alguno que Nabucodonosor hubiese penetrado en el valle del Nilo [22]. Al menos diez años antes del final de su reinado, todo el Oeste, incluido el Líbano, fuente indispensable de maderas para la construcción, estaba pacificado y sometido a una explotación casi industrial.

> «He hecho feliz a este país eliminando a todos sus enemigos. Todos sus habitantes, que se hallaban dispersos, los he reunido en sus moradas. He conseguido lo que ninguno de los reyes precedentes había logrado: he cortado las montañas escarpadas, he hendido las rocas, he abierto pasajes y he construido caminos rectos para (el transporte) de los cedros. He hecho vivir a los habitantes del Líbano en comunidad, con seguridad y no he permitido que nadie los molestase» [23].

Durante este tiempo los medos iban progresando hacia el noroeste, invadiendo sucesivamente el Urartu (hacia el 590), luego Capadocia. En el 585, cuando Ciaxares y Aliattes, rey de Lidia, se enfrentaron en la «batalla de eclipse» y se mostraron incapaces de resolver el conflicto por las armas. Nabucodonosor se ofreció como árbitro, negoció un armisticio entre los dos países y fijó la frontera sobre el río Halis (el Kizilirmark) [24]. Con o sin acuerdo con su aliado ocupó Cilicia y fortificó muchas ciudades «a lo largo de la frontera de Urartu». Quizás no se fiaba de Ciaxares.

Los últimos años del reino de Nabucodonosor son muy mal conocidos por falta de documentación. Murió de enfermedad en el 562. Su hijo Amêl-Marduk (el Evil-Merodach de la Biblia) no ocupó el trono más que durante dos años. Según Beroso [25] «gobernaba los asuntos públicos de modo ilegal e incorrecto» y fue depuesto por su cuñado Nergal-shar-usur (Neriglisar)», hombre de negocios, a quien Nabucodonosor había confiado ya funciones oficiales [26]. Además de las reconstrucciones de templos y de las obras públicas que mencionan las inscripciones, la única hazaña militar de su reinado, que durará cuatro años (559-556) será una campaña contra un rey de Cilicia [27]. A su muerte lo sucederá a su vez su hijo Labâshi-Marduk. No era más que un niño, pero ya daba prueba de poseer muy malas inclinaciones, al parecer, por lo que sus amigos conspiraron contra él y nueve meses más tarde lo torturaron hasta la muerte. Los conjurados se reunieron

---

[22] Wiseman: *Chronicles,* p. 30; pp. 94/95.

[23] Inscripción rupestre del Wadi Brisa en el Líbano: NBK, p. 175; ANET (3), p. 307.

[24] Herodoto: I, 74.

[25] Beroso, III, 108/110. Ver también la estela de Nabónides en ANET (3), pp. 308/311.

[26] R. H. Sack: «Nergal-sarra-usur, king of Babylon, as seen in the cuneiform, Greek, Latin and Hebrew sources», ZA, 68, 1978, pp. 129/149.

[27] Wiseman: Chronicles, pp. 37/42.

entonces y decidieron poner sobre el trono a uno de los suyos, llamado Nabû-na'id (Nabónides)* (556). Pero ya cuatro años antes había tenido lugar un acontecimiento en el Irán que muy pronto iba a cambiar la faz del mundo antiguo.

La caída de Babilonia

Nabónides es el más raro de todos los monarcas mesopotámicos, el más enigmático y precisamente por ello también uno de los más fascinantes. No se sabe prácticamente nada de su padre, excepto que pertenecía a la nobleza babilonia, sin ser de sangre real. Por el contrario nos ha legado una especie de biografía de su madre Adad-guppi, escrita después de su muerte [28]. Nacida en Harran en el año 651 se había dedicado con fervor al dios-luna Sîn, del que esta ciudad poseía un santuario tan célebre como el de Ur. Aparentemente quedaría viuda muy pronto y dejaría Harran después de su toma por los medos, refugiándose en Babilonia e introduciendo a Nabónides en la corte de Nabucodonosor, en la que ocupaba, al parecer, una posición relativamente elevada. Murió en el año 547, a la edad de ciento cuatro años. Dotada de una fuerte personalidad, ejerció sobre su hijo una profunda influencia, inculcándole un vivo interés por todas las cosas religiosas y una devoción muy particular hacia el dios Sîn, lo que más adelante le valdría el ser muy mal visto por los sacerdotes de Marduk.

Tras la toma de Babilonia por los persas, los «colaboracionistas» de la época se esforzaron por desvincularse del antiguo rey por adular al nuevo. Para ello redactarían un panfleto acusándolo de todo tipo de fechorías, la principal de las cuales consistiría en haber introducido en el templo de Babilonia, bajo el nombre de Sîn, «la imagen de una divinidad que nadie había visto en este país», y que, según ellos participaría de la magia negra, porque cuando la adoraba, «tomaba el aspecto de un demonio coronado por una tiara» [29]. Estas graves acusaciones tuvieron un éxito que ni sus propios autores podían esperar. Por una confusión de nombres, darían nacimiento a la leyenda de la «locura de Nabucodonosor», que puede leerse en el libro de Daniel y hallaría un justo eco en los Manuscritos del Mar Muerto [30]. Debemos indicar, sin embargo, que algo de verdad sí que tenían. Algunas de las inscripciones de Nabónides parecen sugerir que sí que tenía

---

* «El dios Nabû ha exaltado (al rey)».

[28] Se trata de dos estelas descubiertas en Harran, una en 1906 y otra en 1956. Traducción y bibliografía en ANET (3), pp. 311/312 para la primera y pp. 560/562 para la segunda.

[29] S. Smith: «The verse account of Nabonidus», *Babylonian Historical Texts,* London, 1924, pp. 83/97. Ver ANET (3), pp. 312/315.

[30] *Daniel,* IV, 28/33. Ver W. Dommerhausen: *Nabonid im Buche Daniel,* Mainz, 1964; R. Meyer: *Das Gebet des Nabonid,* Berlín, 1962; R. H. Sack: «Nebuchadnezzar and Nabonidus in folklore and history», *Mesopotamia,* 17, 1982, pp. 67/131.

a Sîn en más alta estima que a su dios nacional Marduk y que prestó una atención muy especial a sus santuarios. No sólo restauró en gran parte el zigurat de Ur y muchos de los edificios de esta ciudad [31] sino que también su idea fija consistió, durante años, en reconstruir el templo de Sîn en Harran, que había sido destruido por los medos. Sin embargo nada prueba que hubiese pretendido reemplazar a Marduk por este dios a la cabeza del panteón, como algunos autores han pensado. Sabemos que también otros santuarios de Mesopotamia, incluyendo al Esagil, el gran templo de Marduk en Babilonia, se beneficiaron de sus generosidades y el cuidado con el que hacía buscar, antes de las reconstrucciones, los depósitos de fundación, constituye el único testimonio sagrado de su identificación con las tradiciones religiosas de Sumer y Acad.

Con motivo de las laboriosas excavaciones que a veces necesitaron estas investigaciones de Nabónides, se le ha llamado a veces «el rey arqueólogo», aunque sus métodos, y en este caso sus objetivos, no tuviesen ninguna relación con la arqueología. Lo único que ocurre es que este rey compartía con sus súbditos el interés por el pasado que es una característica de su época. Durante todo el período neobabilonio —así como bajo los Aqueménidas y los Seléucidas— los escribas no dejaron de copiar antiguos rituales, antiguas crónicas, antiguas listas dinásticas, y también se pusieron a coleccionar antigüedades. Así es como al escabar en Ur el palacio de Bêl-shalti-Nanar —hija de Nabónides que, según la tradición, había sido nombrada sumosacerdotisa de Sîn en esta ciudad— Woolley se quedó asombrado al hallar en un mismo nivel de ocupación objetos tan diferentes como un *kudurru* casita, un fragmento de una estatua de Shulgi y un cono de arcilla de un rey de Larsa. Más tarde se dio cuenta de que había explorado el museo privado de esta princesa [32].

A este dulce soñador, a este rey lleno de devoción se opondría radicalmente la formidable personalidad de Ciro II, «Gran rey, el Aqueménida, rey de Parsumash y de Anshan», que subiría al trono de Persia en el 559, tres años antes de la coronación de Nabónides.

Los persas, de lengua indoeuropea, como los medos, habían entrado en el Irán al mismo tiempo que ellos, a finales del segundo milenio. Primero habían habitado a su lado no lejos de lago Urmiah, y luego se habían desplazado hacia el sureste para ocupar la parte septentrional de esa prolongación de los Zagros, a la que se llama las montañas del Fars. Hacia finales del siglo VII, en el momento en el que aparecerán en la historia gracias a Herodoto, se hallaban divididos en dos reinos, gobernados por los descendientes de Teipes, hijo de Aquemenes (Hahamanish). Sobre Persia propiamente dicha (país de

---

[31] Sir Leonard Woolley y P. R. S. Moorey: *Ur of the Chaldees,* London, 1982, 3.ª ed., pp. 233/263.

[32] *Ibíd,*, pp. 251/252. Ver G. Goossens: «Les recherches historiques à l'époque néobabylonienne», RA, 42, 1948, pp. 149/159.

Parsumash), a saber, la región que actualmente se extiende entre Isfahan y Shirâz, reinaba la familia de Ariaramnes, hijo primogénito de teipes, mientras que más al oeste, el país de Anshan estaba gobernado por la familia de Ciro I, hermano de Ariaramnes. Estos dos grandes reinos eran vasallos de los medos. Durante una o dos generaciones la «casa» de Ariaramnes había dominado a la de Ciro I, pero el hijo de este último, Cambises I (hacia el 600-559), invirtió la relación de fuerzas y aumentó su prestigio al casarse con la hija de su soberano Astiages, rey de Media. De este matrimonio nacería Ciro II. Al comienzo del reinado de Nabónides, Ciro gobernaba desde su palacio de Pasagarda una región muy amplia, aunque relativamente aislada, y pagaba tributo a su abuelo. Pero no estaba carente de inteligencia ni de ambición. Ya había conseguido reducir a la obediencia a las tribus iranias vecinas y había incrementado poco a poco su reino, cuando el rey de Babilonia le proporcionaría la ocasión de hacerse con un imperio.

Ya habíamos visto que el mayor deseo de Nabónides era el reconstruir el templo de Sîn en Harran, ciudad que, además del valor sentimental que tenía especialmente para él, era un gran centro comercial y estratégico en el cruce de las rutas que unían Mesopotamia y Anatolia. Desgraciadamente Harran estaba en manos de los medos desde el 610 y Nabónides era impotente contra estos últimos. Viendo en los persas a los sucesores de los elamitas, a los que los babilonios habían pedido ayuda alguna que otra vez durante el primer milenio, pidió a Ciro que le ayudase a reconquistar la ciudad. Ciro aceptó. Pero Astiages se enteró del complot, convocó a su nieto a Ecbatana, y se encontró con una rotunda negativa. Estalló una guerra que concluyó con la victoria de los persas. Astiages, traicionado por su propio general, fue hecho prisionero por Ciro que en un solo día se encontró como dueño de los dos reinos persas y del de los medos (550). Este acontecimiento de capital importancia, conocido ya desde hacía algún tiempo por los autores clásicos [33] también aparece recogido en los textos cuneiformes contemporáneos. En una de sus inscripciones [34] Nabónides cuenta que Marduk se le apareció en sueños y le ordenó reconstruir el Ehulhul, el templo de Sîn en Harran. Como le indicó que Harran estaba en manos de los Umman-manda (medos), Marduk le contestó:

> «Estos Umman-manda de los que has hablado, éstos, junto con su país y sus reyes cesarán de existir.
>
> (Y en efecto) el tercer año Marduk hizo que Ciro, rey de Anshan, su joven servidor, se levantase contra ellos, y él (Ciro) dispersó a la multitud de los Umman-manda con su pequeño ejército. Capturó a Ishtumegu (Astiages), rey de los Umman-manda, y se lo llevó prisionero a su país».

[33] Herodoto: I, 127/130; Diodoro Sículo: II, 34, 6 y Estrabón: XV, 3, 8.

[34] NBK, p. 221; A. L. Oppenheim: *The Interpretation of Dreams in the Ancient Near East*, Filadelfia, 1956, p. 250, n.° 12.

También se halla en la *Crónica de Nabónides* un relato más seco y más preciso:

> «El rey Ishtumegu movilizó a sus tropas y marchó contra Ciro, rey de Anshan, para capturarlo... El ejército de Ishtumegu se rebeló contra él y lo hizo prisionero. Se lo entregaron, encadenado, a Ciro» [35].

Tras su victoria sobre los medos, Ciro emprendería una serie de brillantes campañas que en diez años le proporcionarían un imperio mucho más amplio que todos los que el mundo había conocido hasta entonces. Su primer objetivo fue Lidia, en la que reinaba Creso, célebre por su riqueza. En lugar de atravesar el macizo de Armenia el rey persa guió su ejército a lo largo del costado sur del Tauro, a través de la alta Jazirah. Franqueó el Tigris al sur de Nínive, marchó hacia el oeste vía Harran y ocupó Cilicia, por aquel entonces vasalla de Babilonia, rompiendo de este modo la alianza que acababa de firmar con Nabónides y arrojándolo al campo de los lidios y de sus aliados los egipcios. Pero Creso debió enfrentarse solo a los persas y fue derrotado en Pteryum (547). Lidia fue absorbida y las ciudades griegas de Jonia fueron cayendo una tras otra en manos de su conquistador. Luego Ciro se dio la vuelta en dirección opuesta, apoderándose sucesivamente de la Partiana, y de la Aria, en el Irán oriental, de Sogdiana y Bactriana, en el Turquestán y en Afganistán y del alto valle del Indo. El imperio persa se extendía ahora desde el Egeo hasta el Pamir, sobre unos cuatro mil kilómetros de longitud. Frente a tal gigante Babilonia no tenía ni la más mínima esperanza de sobrevivir.

Entretanto Nabónides estaba en Arabia. Dícese en la crónica de su reinado que en su segundo año se fue a Hama y al año siguiente al Amanus, desde donde envió su ejército a Adummu (Edom) [36]. Nada más banal que esta gira de inspección en las provincias occidentales, pero de su séptimo a su onceavo año por lo menos (porque existe una laguna que afecta a los años 12 a 16) la misma crónica repite continuamente «el rey estaba en Temâ» y deplora que en razón de su ausencia el festival del Año Nuevo no hubiese podido ser celebrado en Babilonia. Temâ (en árabe Teima) es un oasis en el noroeste de la Península Arábiga a 230 kilómetros, a vuelo de pájaro, del mar Rojo, y desde allí Nabónides podía recorrer (conquistándolo, según un texto) todo el Hejaz, hasta Iatribu (Medina) [37]. La razón de esta larga estancia en pleno desierto y tan lejos de Babilonia es uno de los grandes misterios de la historia mesopotámica. Muchas explicaciones

---

[35] «Crónica de Nabónides», col. II, líneas 1/4 (ABC, p. 106; ANET (3), pp. 305/307).

[36] *Ibíd,* col. I, líneas 11/17 (ABC, 105). Para la lectura *Adummu* (Edom) en lugar de *Adummatu* (el-Jawk, en Arabia Saudita), ver W. G. Lambert: *Op. cit.*, en 38, p. 55.

[37] Inscripción de Harran: ANET (3), pp. 562/563. Ver C. J. Gadd: *Anatolian Studies,* 8, 1958, pp. 35/92.

de tipo político, estratégico, económico y religioso —Temâ era un gran santuario del dios-luna de los árabes— han sido propuestas [38] y el propio Nabónides afirma haber abandonado voluntariamente Babilonia, presa de la guerra civil y la hambruna. Pero ninguna de las hipótesis es plenamente satisfactoria y sobre todo no da cuenta de esta ausencia de al menos cinco años que impidió incluso al rey asistir al funeral de su madre. Nabónides había dejado el gobierno en manos de su hijo Bêl-sharra-usur (el «Baltasar» de la Biblia), buen soldado, quizás, pero torpe político, cuya autoridad era contestada por un partido propersa cada vez más influyente. En efecto, en casi todos los países que iba conquistando, Ciro se esforzaba por ganarse la amistad de sus nuevos súbditos, más que en imponerla por la fuerza; solía presentarse como liberador, trataba a los vencidos con benevolencia y respetaba, e incluso fomentaba, las tradiciones y las costumbres locales. Era pues muy popular en todo el Próximo Oriente y muchos babilonios creían que no tendrían nada que perder si se convertían en súbditos de tan buen príncipe, en lugar de serlo del loco de Nabónides, al que muchos de ellos odiaban. Era evidente que Babilonia sería para los persas una presa fácil.

Ciro atacó Babilonia en el otoño del 539. Nabónides, que por fin había vuelto de Arabia, ordenó a Baltasar desplegar a sus tropas a lo largo del Tigris, río arriba de la capital, con el fin de cerrar el paso a los persas. Pero éstos poseían una superioridad numérica aplastante. Además Ugbaru (Gobrias), gobernador de Gutium, encargado de proteger el flanco izquierdo del ejército babilonio, se pasó al enemigo. Los acontecimientos que siguieron están descritos con detalle en la *Cronica de Nabónides* [39]:

> «En el mes de Tashrîtu (septiembre-octubre), cuando Ciro libró batalla con el ejército de Acad en Upê (Opis), a las orillas del Tigris, los acadios se batieron en retirada. Saqueó y masacró a estas gentes.
>
> El catorceavo día, fue tomada Sippar sin lucha. Nabónides huyó...
>
> El dieciseisavo día Ugbaru, gobernador de Gutium y el ejército de Ciro entraron en Babilonia sin lucha. Luego Nabónides volvió y fue capturado. Hasta finales del mes los portadores de los escudos guti rodearon las puertas del Esagil, pero no hubo ninguna interrupción (de los ritos) en el Esagil ni en los (otros) templos...
>
> El tercer día del mes de Arahsamnu (octubre-noviembre), Ciro entró en Babilonia. (¿Las calles?) se llenaron ante él. La paz reinó en la ciudad mientras Ciro saludaba a toda Babilonia».

---

[38] Ver sobre todo: R. P. Dpugherty: *Nabonidus ans Belshazzar*, New Haven, 1929; W. Rölling: «Nabonid und Tema», *Compte rendu de la XI Rencontre assyriologique internationale*, Leiden, 1964, pp. 21/32; W. G. Lambert: «Nabonidus in Arabia», *Procedings Vth Seminar for Arabian Studies*, London, 1972, pp. 53/64.

[39] «Crónica de Nabónides» col. III, líneas 12/19 (ABC, pp. 109/110; ANET (3), p. 306).

Baltasar fue asesinado en Opis. No se sabe lo que le ocurrió a Nabónides, pero según algunos autores clásicos Ciro lo habría nombrado gobernador de Carmania, en el centro del Irán [40]. Babilonia, lejos de ser destruida, e incluso saqueada, fue tratada con el mayor de los respetos. Desde el primer día de la ocupación los persas se preocuparon de no ofender en nada a los babilonios y de hacer reinar el orden en todo el país. Los dioses de Sumer y Acad permanecieron en sus templos, e incluso los dioses de Asiria, antaño capturados por los medos, fueron devueltos. Ciro hizo saber a todos que se consideraba como el sucesor de todos los reyes nacionales, que estaba dispuesto a adorar a Marduk, y a «alabar alegremente a su gran divinidad». Será preciso creerlo, cuando en una inscripción en acadio proclama que los babilonios lo han acogido y aceptado con entusiasmo:

> «Todos los habitantes de Babilonia, así como todo el país de Sumer y Acad (con) sus príncipes y sus gobernadores se inclinaron ante él (Ciro) y besaron sus pies, felices de que él hubiese recibido la realeza. Y con el rostro radiante lo saludaron con placer como a un amo gracias al cual hubiesen pasado de la muerte a la vida y gracias al que hubiesen escapado a los daños y a los desastres. Y veneraron su nombre» [41].

[40] Flavio Josefo: *Contra Apion,* I, 21; Eusebio: *Praeparatio Evangelica,* IX, 41.

[41] F. H. Weissbach: *Die Keilinschriften der Acharmeniden,* Leipzig, 1911, pp. 2/4. Ver ANET (3), pp. 315/316.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

EL ESPLENDOR DE BABILONIA

A pesar de su corta duración (626-539) el tiempo de los caldeos dejó importantes huellas en la Baja Mesopotamia. Numerosos y bellos monumentos, un substancial corpus de inscripciones reales, una considerable cantidad de textos económicos y jurídicos nos proporcionan muy abundantes informaciones sobre lo que fue el gran reino neo-babilonio. De todo este conjunto de datos dos conclusiones se destacan nítidamente: esta época fue testigo de una extraordinaria actividad arquitectónica de carácter predominantemente religioso y del resurgir de los templos en tanto que unidades económicas aparentemente importantes.

Las circunstancias y la voluntad de sus gobernantes habían hecho de Asiria una nación básicamente bélica y expansionista, mientras que Babilonia, durante mucho tiempo replegada sobre sí misma, se había convertido en la heredera y guardiana de las tradiciones milenarias sumero-acadias, en la «zona sagrada» de Mesopotamia reconocida como tal y respetada por lo general por los asirios a pesar de su profunda enemistad. El renacimiento babilonio del siglo VI no podía pues más que estar teñido de una fuerte impronta religiosa y se comprende que los soberanos caldeos hayan consagrado tanto tiempo, cuidado y dinero en reconstruir y adornar los principales santuarios y en celebrar las grandes fiestas rituales con un lujo fastuoso. Es muy curioso que sus inscripciones conmemoren sus obras piadosas más que sus hazañas militares, y que hayan preferido a los pretenciosos títulos de sus antiguos amos asirios el de «favorito de Marduk», «amado de los dioses», «fiel pastor», o «proveedor» de tal o cual templo, títulos que se encuentran por millares en los ladrillos dispersos por toda la mitad sur del Iraq. Su gigantesco trabajo de restauración y reconstrucción se extendió a todas las grandes ciudades de Sumer y Acad, desde Sippar y Barsippa a Uruk y Ur, pero es evidentemente su capital la que

se vería más beneficiada. Renovada, ampliada, embellecida y poderosamente fortificada, era considerada como una de las maravillas del mundo. Jeremías, incluso al predecir su caída, no podía impedir el hablar de «una copa de oro en la mano de Yahwé, que embriagaba a toda la tierra», y Herodoto, que la visitó (quizás) hacia el 460 y la describió ampliamente, exclamaba que superaba por su magnificencia a todas las demás ciudades [1].

¿Merecía la gran ciudad esta reputación? A pesar de las reconstrucciones con fines turísticos efectuadas durante estos últimos años sus ruinas no son especialmente impresionantes y es mejor ir a las publicaciones de Robert Koldewey y de sus colaboradores que excavaron Babilonia de 1899 a 1917 [2]. Le han sido necesarios a los arqueólogos alemanes dieciocho años de duro trabajo, tanto en verano como en invierno, para poder trazar el plano general de la ciudad y exhumar lo que quedaba de sus principales monumentos. Recientemente se han llevado a cabo algunas otras investigaciones [3], pero todavía queda mucho por hacer. Sin embargo lo ya logrado permite completar, confirmar o corregir la descripción del historiador griego y compartir su entusiasmo.

Babilonia, la gran ciudad

No hay duda alguna de que Babilonia era una ciudad muy grande, la mayor de toda Mesopotamia y quizás también de todo el mundo durante su época. Cubría una superficie de alrededor de 850 hectáreas y contenía, según su cuenta, 1179 templos y capillas. Se ha estimado que su población estaría en torno a unos 100.000 habitantes, pero fácilmente podía dar cobijo a más del doble. La ciudad propiamente dicha, la urbe, de plano claramente cuadriculado, se hallaba dividida en dos partes desiguales mediante el río Éufrates, hallándose la más pequeña de ellas en la ribera derecha. Se hallaba rodeada de un recinto fortificado, pero «con el fin de que los malvados no oprimiesen Babilonia» Nabucodonosor había ordenado construir un segundo recinto, «alto como una montaña» y de alrededor de unos 8

---

[1] *Jeremías*, LI, 7; Herodoto: I, 178. Las fuentes hebreas y clásicas acerca de Babilonia han sido recopiladas por W. H. Lane: *Babylonian Problems*, London, 1923, y las fuentes cuneiformes por E. Unger: *Babylon, die heilige Stadt nach der Beschreibung der Babylonier*, Berlín, 1970, 2.ª ed.

[2] Todas las partes importantes del yacimiento han sido objeto de una monografía publicada en la serie *Wissenchaftliche Veröfferntlichungen der Deutschen Orient-Gessellschaft* (abreviada WVDOG), Berlín. Estudio de conjunto de los resultados por R. Koldewey: *Das wiedererstehende Babylon*, Leipzig, 1925. Ver también AM I, pp. 176/200; J. Wellard: *Babylon*, New York, 1974 y J. Oates: *Babylon*, London, 1979, pp. 144/159.

[3] Excavaciones alemanas intermitentes de 1959 a 1972. Excavaciones parciales de la Dirección de Antigüedades del Iraq con restauraciones y reconstrucciones. Ver *Sumer*, desde 1958 e *Iraq*, de 1972 a 1976.

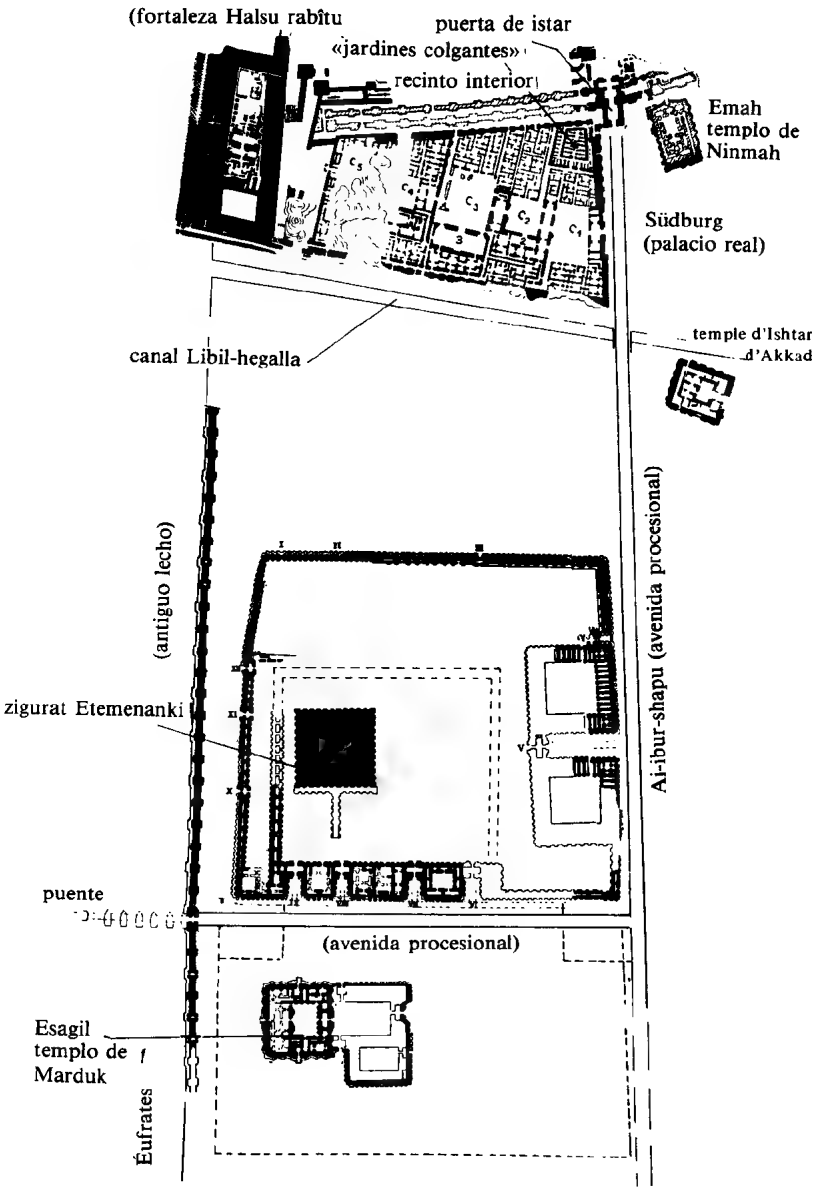


Ilustración 21.ª: *Plano de la parte central de Babilonia. Reconstrucción y trazado del autor, basados en los planos de R. Koldewey,* Das wieder erstehende Babylon, 1925.

kilómetros de largo. La superficie que se extendía entre estos dos recintos formaba un cinturón verde con sus jardines y palmerales, sin duda salpicadas de villas, casuchas y chozas de juncos. No contenía, al parecer más que un edificio oficial: el «palacio de verano» de Nabucodonosor, cuyas ruinas constituyen el tell de Bâbil, en la extremidad norte de la ciudad [4]. El *Bît akîti,* o templo del Año Nuevo, todavía no ha sido localizado con certeza, pero quizás haya que buscarlo más lejos, en el campo.

Los dos recintos de Babilonia eran obras muy notables, que fueron muy admiradas durante la Antigüedad [5]. Reforzados con torres y protegidos por fosos se hallaban formados por varios muros paralelos de unos 3 a 8 metros de espesor. El recinto de la ciudad se componía de dos muros de ladrillos crudos separados por un espacio de unos 7 metros, que servía de camino militar; su foso, de unos cincuenta metros de ancho estaba lleno de agua, tomada del Éufrates. El recinto exterior, el de la gran Babilonia, consistía en tres muros, de los que dos de ellos eran de ladrillos cocidos, y el espacio entre estos muros se hallaba lleno de escombros y tierras amontonados, de modo que la parte superior del muro, de unos 25 metros de ancho, formaba un auténtico *boulevard,* con capacidad de circulación de hasta tres carros a la vez, y que permitía el rápido transporte de tropas de una parte a otra de la ciudad. Pero cuando este formidable sistema defensivo fue puesto a prueba, con todos sus refuerzos de fortalezas y casamatas, demostró su inutilidad. Si creemos a Herodoto [6] —y casi no hay razón para hacerlo— los persas, guiados por sus partidarios, entraron en Babilonia por el lecho del Éufrates, cuando las aguas estaban bajas, y la tomaron por sorpresa.

El recinto de la ciudad se hallaba atravesado por ocho puertas, cada una de las cuales recibía el nombre de un dios o diosa. A caballo sobre la muralla, consistían en dos o tres pares de torres rectangulares, uno tras otro, que se proyectaban hacia el interior del pasaje y lo dividían en sectores de fácil defensa. La mejor conservada de ellas en la época de las excavaciones era la del noroeste, o puerta de Istar, de unos 25 metros de alto y notable por su espléndida decoración [7]. Su fachada norte y toda la superficie de sus paredes interiores se hallaban cubiertas de ladrillos esmaltados de un bello color azul lapislázuli sobre los que se destacaban en bajo-relieve dragones (símbolo de Marduk) y toros (símbolo de Adad) de color blanco con motas de verde, azul o amarillo, colocados en filas horizontales. Bandas amarillas y de rosetas blancas adornaban la parte inferior de los muros y los

---

[4] Así llamada a causa de los trabajos de ventilación de los muros. Ver R. Koldewey y F. Wetzel: *Die Königsburger von Babylon,* II, WVDOG, 55, 1932.

[5] F. Wetzel: *Die Stadmauern von Babylon,* MVDOG, 48, 1930.

[6] Herodoto: I, 191.

[7] R. Koldewey: *Die Stadmauern von Babylon,* WVDOG, 32, 1918; D. Oates: *Babylon,* pp. 153/156, fig. 105/109; A. Parrot: *Assur,* figs. 220/222.

bordes de los pasajes abovedados. Se calcula en quinientos setenta y cinco el número total de animales representados. La parte inferior de la puerta, primera fase de la construcción, que quedaría enterrada cuando se elevó el nivel de la calle se hallaba también decorada por ciento cincuenta dragones y toros en relieve, pero en ladrillos cocidos ordinarios. Desmontada por los arqueólogos alemanes, la auténtica puerta de Istar se halla en la actualidad en el Museo de Berlín, pero ha sido recientemente reconstruida *in situ* por el Departamento de Antigüedades de Iraq y constituye el principal foco de atracción del lugar.

Por el norte se accedía a la puerta de Istar siguiendo una avenida llamada *Ai-ibur-shapû,* «el enemigo no pasará», pero que en la actualidad es conocida con el nombre de «Vía procesional». De unos 20 metros de ancha, pavimentada con losas de piedra calcárea y de portillo y rodeada de un grueso muro, esta avenida también estaba decorada con animales en relieve sobre un fondo azul, pero esta vez se trataba de leones (símbolo de Istar) de color blanco con el pelo amarillo o rojo, y siendo al menos unos sesenta en cada uno de los lados. En el este se ocultaban tras estos muros, un gran bastión que protegía la entrada de la ciudad y en el oeste el «palacio del Norte» [8]. Construido por Nabucodonosor hacia finales de su reino y todavía sin excavar totalmente, este palacio resultó que contenía un museo y una biblioteca. De ahí fue de donde salió en 1776 el enorme «león de Babilonia» de basalto, de origen y estilo difíciles de determinar, y que en la actualidad se alza a la entrada del lugar. La Vía procesional continuaba, un poco menos ancha, más allá de la puerta de Istar y atravesaba toda la ciudad en línea recta hasta la parte sur de la plataforma del zigutat; allí hacía un codo y se dirigía hacia el oeste, para franquear el Éufrates sobre un puente sobre seis pilares en forma de barcos. Esta gran arteria dividía la ciudad en dos partes: de un lado el dédalo de callejuelas que formaba la zona residencial, todavía en parte bajo la colina de Merkes [9], pero también los templos de Istar y de la diosa Ninmah, y de la otra las grandes construcciones oficiales: palacio real, zigurat, templos de Marduk, de Ninurta, de Gula y sin duda otros también de otros dioses, todavía sin explorar.

La «Morada resplandeciente», la «Habitación de Majestad», el «centro del país», en otros términos el palacio del Sur construido por Nabucodonosor sobre la morada, mucho más pequeña, de su padre, se hallaba situado inmediatamente detrás del muro del recinto, cerca de la puerta de Istar [10]. Este enorme edificio se abría sobre la Vía procesional por una sola puerta monumental fortificada y contenía cinco grandes patios, uno tras otro, rodeado cada uno de ellos por salas

---

[8] R. Koldewey: *Babylon,*pp. 153/167; WVDOG, 55, 1932. Lista de las «antigüedades descubiertas en J. Oates: *Babylon,* p. 152.

[9] O. Reuther: *Merkes, die Innenstadt von Babylon,* WVDOG, 47, 1926.

[10] R. Koldewey y F. Wetzel: *Die Königsburgen von Babylon, I, Die Südburg,* WVDOG, 54, 1931. Decoración mural en A. Parrot: *Assur,* fig. 224.

de recepción, habitaciones reales, de servicios y de usos comunes. El salón del trono era inmenso (52 por 17 metros) muy alto y probablemente abovedado. Al contrario que en los palacios asirios, ningún coloso de piedra guardaba las puertas y ningún ortostato guarnecía los muros; la única decoración —aunque eso sí, espléndida— consistía en inmensos paneles de ladrillos azules con palmeras y flores estilizadas, sobre un plinto de leones en marcha. En los cimientos del ángulo noreste del palacio apareció un complejo de catorce pequeñas habitaciones que daban a un corredor central —que contenía un pozo triple que hubiera podido servir para una noria hidráulica—, que en un principio fue interpretado como la infraestructura de los famosos «jardines colgantes de Babilonia», creados por Nabucodonosor para recreo de su esposa Amitis [11], pero que en la actualidad se consideran de un modo mucho más prosaico como los almacenes de los archivos de un centro administrativo [12]. En el oeste, pegada al palacio, se levanta una enorme fortaleza (*halsu rabîtu*) de gruesos muros de unos 25 metros de espesor que se alzaba sobre el curso del Éufrates.

Al sur del palacio real en medio de un amplio espacio rodeado por muros con rellanos se alzaba la auténtica torre de Babel, el gran zigurat llamado *Etemenanki,* «templo cimiento del cielo y la tierra». Probablemente fuese tan antiguo como esa Babilonia, destruida por Senaquerib y reconstruida sucesivamente por Asarhadon, Asurbanipal, Nabopolasar y Nabucodonosor, y destruida todavía una vez más por Jerjes, según la leyenda, pero en realidad saqueada continuamente durante siglos, en los que sus restos sirvieron como cantera para aprovisionarse de sus bellos ladrillos cocidos, pero en la actualidad ya no existe, no queda más que el foso cavado alrededor de sus cimientos para extraer de ellos los últimos ladrillos. No podemos pues basarnos, para su reconstrucción hipotética, más que en la descripción de Herodoto y sobre un documento acadio muy oscuro, llamado «tablilla del Esagil» [13]. Se trataba sin duda alguna de una construcción colosal, de 91 metros de lado, y quizás de otros tantos de altura, comprendiendo de cinco a siete pisos. Se hallaba culminado por una capilla (*shahûru*), recubierta de ladrillos de «esmalte azul resplandeciente», que, según Herodoto, contenía una mesa de oro y un gran lecho:

> «No hay ninguna estatua de divinidad alguna en este lugar y ningún ser humano pasa allí la noche, excepto una única mujer de todo el país, a la que el dios ha elegido entre todas, según lo que

---

[11] Beroso: III, 3, 2.ª; Dioduro Sículo: II, 50; Estrabón XVI, 1, 5; Quinto Curcio: *Historia de Alejandro,* V, 1, 31/35.

[12] J. Oates: *Babylon,* p. 151. Se han descubierto efectivamente listas de raciones para los judíos exiliados en Babilonia (Ver ANET 63), p. 308). Acerca de estos jardines colgantes ver W. Nagel: «Wo lagen die "Hängenden Gärten" in Babylon», MDOG, 110, 1978, pp. 19/28.

[13] F. Qetzel y E. Weissbach: *Die Hauptheiligtum der Marduk in Babylon: Esagila und Etemenanki,* WVDOG, 59, 1938. Ver A. Parrot: *Ziggurats et tour de Babel,* París, 1949, pp. 68/74 y las obras citadas en el capítulo 10, nota 8.

dicen los caldeos, que son los sacerdotes de ese dios. Esos mismos caldeos también dicen —y por mi parte no puedo creer lo que dicen— que el dios en persona viene al templo y descansa sobre el lecho» [14].

Esta extraña historia parece hacer alusión a algún *hieros gamos*, a algún rito del tipo del «Matrimonio sagrado», pero es preciso tener en cuenta que no existe ningún texto que documente la existencia de un rito como ese en la época neo-babilonia.

El templo de Marduk, dios tutelar de Babilonia y divinidad suprema del panteón babilonio, después de Anu, se llamaba *Esagil*, el «templo de la cabeza alzada». Era un gran edificio de 6.700 metros cuadrados, situado, no al pie del zigurat, sino del otro lado de la avenida que llevaba al puente del Éufrates. Todos los reyes de Babilonia habían prodigado sus favores al más célebre de sus santuarios, al «palacio del cielo y de la Tierra, morada de la realeza», y Nabucodonosor no dejó de cumplir esta tradición:

> «He traído a mi ciudad de Babilonia, ante él (Marduk): plata, oro, valiosas piedras preciosas, bronce, madera de Magan, todo lo que es caro en resplandeciente exhuberancia, los productos de las montañas, los tesoros del mar, grandes cantidades de bienes, suntuosos regalos...
> Del *Ekua*, capilla de Marduk, Enlil de los dioses, hice resplandecer sus muros como el sol. Con oro resplandeciente, como si fuese yeso, con lapislázuli y alabastro he tapizado su interior... Mi corazón me impulsa a reconstruir el Esagil, constantemente he pensado en él. Los mejores cedros que traía del Líbano, el noble bosque, los escogí para el techo del Esagil. En el interior del templo cubrí de oro resplandeciente las sólidas vigas de cedro... He rezado todos los días para la reconstrucción del Esagil» [15].

Tras haber descrito el zigurat, Herodoto habla de «otro templo» en el que se hallaba una estatua de «Zeus» en oro, sentado sobre un trono, junto a una gran mesa, también de oro —en total quinientos talentos (cinco toneladas y media) de este precioso metal—, así como un altar (éste ya no de oro) en el que cada año se quemaban mil talentos de incienso. Estas cifras quizás sean exageradas, pero demuestran hasta qué punto se había vuelto proverbial la riqueza del templo de Marduk.

En el momento en el que los arqueólogos excavaban esta parte del yacimiento el Esagil estaba enterrado bajo más de veinte metros de tierra. Consiguieron con muchas dificultades descubrir el santuario principal que comprendía un ante-patio y un patio central, rodeado por numerosas habitaciones, como la capilla de Marduk (*Ekua*), la de su paredro Sarpanitum y las de Ea y Nabû. De un santuario adyacente, más pequeño, no pudieron hallar más que los muros y las

[14] Herodoto: I, 182/183.
[15] NBK. pp. 125/127.

puertas [16]. Completamente saqueado durante la Antigüedad —¿quién podría asombrarse de ello?— el Esagil no nos ha dado ningún objeto de gran valor. En la cumbre de un collado vecino, la tumba de Amran ibn Ali, compañero del profeta, perpetúa para los musulmanes el carácter sacral de este distrito de Babilonia.

El Festival del Año Nuevo

Fue en el ámbito de esta bella y gran ciudad, en su suntuoso Esagil, y luego en una fértil campiña donde se celebraba en la primavera de cada año la más importante y solemne de todas las fiestas del calendario babilonio: el festival del Año Nuevo [17].

Esta fiesta era el resultado de la confluencia de dos corrientes de pensamiento religioso: un culto de la fertilidad y un concepto cosmogónico. El primero de ellos, que podemos suponer que se remontaba a la época neolítica, se manifestaba mediante una serie de ceremonias (por otra parte muy mal conocidas) de carácter mágico, llevadas a cabo en algunos de los momentos cruciales del ciclo agrícola. Estas festividades se llamaban en sumerio *á-ki-ti* y en acadio *akîtu* [18]. Dos de ellas están atestiguadas en Ur ya desde la época de Acad y una en Nippur a partir de la III Dinástia de Ur, lo que no significa que se desarrollasen necesariamente en esas ciudades. Se desconoce la etimología y el sentido exacto de la palabra *akîtu,* pero el carácter agrario de las fiestas que designaba se halla indicado claramente por los calificativos «*akîtu* de las sementeras» y «*akîtu* de la siega de la cebada», y por el hecho de que en todas partes y en todas las épocas el templo del *akîtu* (*bît akîti*) siempre se hallaba situado en las afueras de la ciudad, en pleno campo y por lo general al borde de un canal. Con este culto de la fertilidad se vinculaba el ritual del «matrimonio sagrado», del que ya habíamos hablado, y que en su origen parece haber estado estrechamente vinculado a la ciudad de Uruk y al culto de Inanna/Istar, y que desapareció, aparentemente, en la primera mitad del segundo milenio.

Mucho más artificial que el anterior, ya que se basaba en un concepto cosmogónico constituido íntegramente por los sacerdotes de Enlil en Nippur, pero igualmente entroncado, creemos, en un contexto eco-

---

[16] F. Wetzel y E. Weissbach, WVDOG, 59, 1938; R. Koldewey. *Babylon,* pp. 200/210; A. Parrot: *Ziggurats,* pp. 74/84.

[17] Podrán hallarse descripciones de este festival en A. Pallis: *The Babylonian Akîtu-Festival.* Copenhaguen, 1921; R. Labat: *Le Caractère religieux de la royauté assyro-babylonienne,* París, 1939, pp. 166/176; H. Frankfort: *Kingship and the Gods,* Chicago, 1948, pp. 313/333; R. Largement: «Fête du Nouvel an dans la religion sumérо-akkadienne», *Dictionnaire de la Bible, Suplément,* fasc. 32, 1959, pp. 556/597, y en todas las historias de la religión citadas en el capítulo 6, nota 1.

[18] A. Falkestein: «Akîti-Fest und Akîti-Festhaus», en *Festschrift Johannes Friederich,* Heildelberg, 1959, pp. 147/182.

lógico específico de la Baja Mesopotamia, la segunda de las corrientes implicaba una suspensión anual del orden cósmico y en consecuencia del futuro de cada cual, junto con una amenaza de retorno al caos original. Esta amenaza no podía ser conjurada más que mediante prácticas mágicas muy especiales (anulación de las faltas y los pecados del pasado, evocación mediante la palabra y un drama teatral del victorioso combate de Enlil contra Tiamat y las fuerzas del mal), quedando el retorno al orden garantizado por la «proclamación de los destinos» ¿Y qué mejor momento para celebrar estos rituales en un país esencialmente agrícola que aquél en el que la naturaleza se despierta (aunque podría no despertarse) del largo sueño del invierno y en el que los primeros brotes salen del suelo, a saber, el «umbral del año» (sumerio *zag-mu(k),* acadio *zagmukku*), el comienzo del mes de *nisannu,* a caballo sobre nuestros meses de marzo y abril? En este sentido se relacionaba con el culto de la fertilidad, englobando en una sola todas las festividades *akîtu,* y si el Festival del Año Nuevo, tal y como se celebraba en Babilonia y Asiria en el primer milenio, se componía de una ceremonia en el *bît akîti,* y llevaba por lo general el nombre de *akîtu,* aunque también se le llamaba a veces la fiesta de *zagmukku.*

En Babilonia —y posiblemente también en otros lugares [19] esta fiesta comenzaba el primer día de *nisannu* y duraba once o doce días. El único texto que nos proporciona un programa detallado— un ritual seléucida, pero de origen evidentemente más antiguo [20] se halla desgraciadamente incompleto y posee importantes lagunas, pero nos permite seguir aproximadamente y día a día las etapas de los cinco primeros días.

El comienzo de la tablilla del ritual se halla muy dañado, no dejando entrever más que la apertura de la «puerta majestuosa» del Esagil y de su gran patio. El segundo día el sumo sacerdote (*sheshgallu*) se levantaba dos horas antes del alba, se lavaba con agua del Éufrates, levantaba el velo que cubría la estatua de Marduk y recitaba una plegaria secreta [21], pidiendo al dios que concediese sus favores a Babilonia y a sus habitantes. Luego recibía a los sacerdotes «entrantes», los *êrib bîti,* al igual que a los encantadores (*kalû*) y a los cantores, que «ejecutan sus ritos ante Bêl (Marduk) y Beltia (Sarpanitum) del modo tradicional». Lo que continúa es demasiado fragmentario para

---

[19] Pensamos en Assur y Nínive, lo que plantea un problema cronológico cuando el rey de Asiria también lo era de Babilonia. Sin duda el comienzo de la fiesta se adelantaría o se retrasaría en una de las dos capitales. También había fiestas del *akîtu* en Uruk y Dilbat, en Babilonia, y en Harran y en Arba'ilu en Asiria, pero no todas tenían lugar necesariamente en el mismo momento del año.

[20] F. Thureau-Dangin: *Rituels accadiens,* París, 1921, pp. 127/154. Ver ANET (3), pp. 331/334.

[21] El ritual al que pertenece esta oración podría parecer aparentemente banal, pero especifica que se trata del «secreto del Esagil» y no debería por lo tanto ser mostrada más que al sacerdote *shesgallu.*

ser inteligible, pero parece referirse a épocas agitadas, al hablar de «ritos olvidados», de «enemigos» y de la «maldición de Marduk».

El tercer día comenzaba igual que el segundo, pero «tres horas después de la salida del sol», el *shesgallu* hacía llamar a un forjador, un carpintero y un orfebre y les ordenaba fabricar dos estatuillas, de «siete dedos de ancho y de alto», una en madera de cedro, otra en madera de tamarisco, adornadas con piedras preciosas y vestidas con ropas rojas. Una de las estatuillas tendría una serpiente, la otra un escorpión y se las colocará en la capilla del dios Madânu [22]. Las raciones de la carne sacrificial distribuidas a cada uno de estos artesanos se hallan cuidadosamente especificadas.

A la mañana del cuarto día el *shesgallu* ofrecía en primer lugar una plegaria a Marduk y otra a su paredro, luego volvía al patio y mirando hacia el norte bendecía al Esagil antes de permitir la entrada de los demás sacerdotes y de los cantores. Al atardecer, «tras la segunda comida de finales de mediodía» recitaba ante Marduk *enuma elish,* la *Epopeya de la creación* completa. Durante esta larga recitación la tiara de Anu y el trono de Enlil debían de estar cubiertos, sin duda por deferencia hacia los dioses, y sobre todo al segundo de ellos, cuyo papel asumía Marduk.

Tras las plegarias y los encantamientos rituales de la mañana una parte del quinto día iba a ser consagrada a la purificación del templo por un sacerdote especializado, el *mashmashu.* Provisto de un incensario y de una antorcha iba aspergiendo los muros del santuario con el agua del Éufrates y del Tigris y ungía sus puertas con resina de cedro, mientras que se hacía redoblar el tambor y quemar plantas aromáticas. Luego se hacía venir a un carnicero para que sacrificase un cordero, cuyo cuerpo se paseaba por el templo, antes de arrojarlo, junto con su cabeza, en el río «mirando hacia el oeste». Se trata del «chivo emisario» que se llevaba al agua todos los pecados del año precedente. Tras ello el carnicero y el *mashmashu* dejaban Babilonia, y no volverían más que después de la fiesta. El *sheshgallu* —que se había mantenido al margen de estos rituales expiatorios para no hacerse impuro— pedía entonces a los obreros que cubriesen el templo de Nabû con un velo de tela azul bordada en oro. Y es que efectivamente Nabû iba a llegar en barco a Babilonia, proviniente de Barsippa (Birs Nimrud) [23], su ciudad, distante solamente unos kilómetros.

Esa misma tarde el rey —cuya presencia era imprescindible para la celebración de la fiesta— volvía al Esagil y se lavaba las manos, pero no entraba en el interior del santuario. Entregaba al sumo sacerdote las insignias de la realeza (cetro, círculo, corona y maza de combate), que eran colocadas inmediatamente en la *cella* de Marduk. El

---

22 Dios muy poco conocido, perteneciente al séquito de Marduk. Ver K. Tallqvist: *Akkadische Götterepitheta,* Helsinki, 1938, p. 359.

23 Yacimiento parcialmente excavado por los alemanes en 1902; R. Koldewey: *Die Tempel von Babylon und Borsippa,* WVDOG, 15, 1911; AM, 1, pp. 201/204.

sacerdote volvía entonces y tenía lugar una escena curiosísima: abofeteaba al monarca, se lo llevaba ante Marduk cogido por las orejas y lo obligaba a posternarse en el suelo [24]:

> «El rey dirá lo que sigue solamente una vez: «No he pecado, Señor del País, no he olvidado (lo que manda) tu divino reino. No he destruido Babilonia, no he ordenado su caída. No he... el Esagil. No he olvidado los ritos. No he hecho caer las lágrimas sobre las mejillas de uno de mis subordinados... No los he humillado».

El *shesgallu* tranquilizaba al rey:

> «No temas. El dios Bêl escuchará tu plegaria, magnificará tu señorío, exaltará tu realeza. El dios Bêl te bendecirá para siempre. Destruirá a tu enemigo y abatirá a tu adversario».

Devolvía al rey sus insignias, y luego le golpeaba de nuevo sobre su mejilla; su reacción tendrá el valor de un presagio:

> «Él (el sacerdote) golpeará la mejilla del rey. Si cuando golpea la mejilla del rey corriesen las lágrimas (es que) el dios Bêl se muestra amistoso, si no apareciese ninguna lágrima el dios Bêl se halla disgustado: el enemigo se alzará y provocará su caída».

Esta jornada de purificación, de humillación real se terminaba con un sacrificio (¿?) de un toro ante un fuego de juncos. Todo lo que se sabe del sexto día es que las dos «estatuillas de la desgracia» fabricadas por los artesanos eran decapitadas y quemadas ante Nabû.

Nuestra tablilla del ritual se acaba aquí, pero algunos textos que se refieren al Festival del Año Nuevo indican que también otros dioses llegaban a Babilonia, sobre todo los de Sippar, Kutha y Kish. El día noveno el rey entraba en la *cella* de Marduk, le «daba la mano» [25] y lo instalaba, junto con los demás dioses en una capilla especial llamada *ubshukinna.* Allí es donde la asamblea divina proclamaba a Marduk rey y fijaba por vez primera los destinos. Se formaba entonces un gran cortejo, guiado por el rey, con las estatuas de todos los dioses y diosas, con Marduk a la cabeza en su carro radiante de oro y piedras preciosas. Recorría la Vía procesional ante un pueblo lleno de alegría, respeto y admiración, salía de la ciudad por la puerta de Istar y llegaba a la ribera del Éufrates, y tras un corto viaje por el río, llegaba al *bît akîti,* templo lleno de plantas y flores situado en medio de un gran parque [26]. No sabemos lo que pasaba en el templo,

---

[24] ANET (3), p. 334.

[25] Para la significación de este gesto y su significación con la legitimidad del monarca, ver A. K. Grayson: «Chronicles and the akîtu festival», en A. Finet (Ed.): *Actes de la XVII Rencontre assyriologique internationale,* Ham sur-Heure, 1970, pp. 160/170.

[26] El *bît akîti* de Asur, descrito por Senaquerib (ARAB, II, párr. 434/451) ha sido

pero es muy probable que se recordase la victoria de Marduk sobre Tiamat, el triunfo de las fuerzas del Orden contra las del Caos[27]. Después de haber pasado dos días en el *bît akîti* los dioses volvían al Esagil el día once del *nisannu* y se reunían de nuevo para decretar los «destinos del país». No se sabe exactamente lo que quiere decir esta vaga expresión. Quizás los dioses pronunciasen oráculos relacionados con el reinado del monarca o con acontecimientos concretos, como guerras, inundaciones, hambrunas, etc..., o quizás reafirmasen simplemente su protección hacia el país y el rey, hacia Babilonia y sus habitantes, La jornada terminaba con un gran banquete acompañado de música, cantos y plegarias. El doceavo día todos los dioses que habían llegado a Babilonia se volvían a sus ciudades respectivas, los sacerdotes a sus templos y el rey a su palacio. El gran Festival del Año Nuevo había terminado, el futuro de Sumer y Acad estaba garantizado.

Templos y bancos

La distancia que en la Babilonia caldea existía entre estas exaltadas elevaciones del fervor religioso y la simple y prosaica realidad económica[28] era mucho más corta de lo que podríamos sospechar. Y es que esta época no sólo estuvo caracterizada por la renovación material de numerosos santuarios, sino también por el mayor papel que los templos jugaron en ella como unidades de producción agrícola y de actividades comerciales, papel que no deja de recordarnos el que jugaron en la época Dinástica Arcaica. A partir de la III Dinastía de Ur habíamos asistido a un proceso de progresiva disminución de los poderes y privilegios del Templo, en beneficio del Palacio, de los grandes del reino, y en menor medida de los pequeños y medios propietarios. Podemos pues preguntarnos por los motivos que impulsaron a la vuelta a un estado de cosas en desuso desde hacía ya casi dos milenios. Estamos muy mal informados sobre la Baja Mesopotamia entre los siglos XI y IX, pero no sería descabellado sostener la hipótesis de que en este terrible período de invasiones, guerras, hambrunas y anarquía, los templos se hayan hecho cargo de una gran parte de los dominios reales y nobiliarios constituidos durante el período casita, mientras que los arrendatarios y pequeños propietarios se pondrían bajo su protección, junto con sus tierras y sus ganados. Un fenómeno análogo se produjo en Europa a finales del Imperio Romano[29].

---

excavado (RLA, I, p. 188; AM, I, pp. 228/230). Las excavaciones de Uruk han dado un plano de un templo de este tipo (UVB, 5, 1934, p. 39; *Orientalia*, 26, 1957, pp. 244/245).

[27] W. G. Lambert: «The great battle of the Mesopotamian religious year: The conflict in the akîtu house», *Iraq*, 25, 1963, pp. 189/190.

[28] Seguimos aquí el estudio sintético de P. Garelli en POA, II, pp. 157/168 y pp. 281/290.

[29] F. Lot: *La fin du monde antique et le début de la Moyen Age*, París, 1927, pp. 444/446 (época merovingia) (Hay traducción castellana en UTEHA, México).

Babilonia no consiguió emerger del «tiempo de la confusión» más que para entrar en un largo período de inestabilidad política y de debilidad del poder real frente a las poderosas tribus caldeas, todo ello agravado por las masivas deportaciones y por la manumisión de los asirios de Sumer y Acad. Pero sí es cierto que los asirios se apoyaban sobre todo en esta región sobre las grandes ciudades religiosas —es decir básicamente sobre los templos— mediante actos de *kidinnûti,* en los que concedían a estas ciudades exenciones fiscales y de corveas y garantizaban a sus habitantes la propiedad de sus tierras [30]. Cuando Nabopolasar se liberó del yugo asirio, la primacía económica de los grandes santuarios ya estaba sólidamente establecida desde hacía algún tiempo.

Estos grandes centros religiosos fueron poco numerosos en la época neo-babilonia: Babilonia (Marduk), Barsippa (Nabû), Sippar (Shamash), Dilbat (Anu) y Uruk (Istar). Nótese la ausencia de Nippur —saquedada durante la guerra de liberación contra los asirios y además víctimas de un cambio de curso del Éufrates [31]—, así como de Ur, ciudad situada en una región poco fértil y que vivía sobre todo del comercio marítimo. Nótese también que todas ellas, excepto una, se hallaban situadas en el norte del país. Sin embargo será sobre Uruk, aun a riesgo de falsear los datos con un ejemplo atípico, sobre la que nos debemos basar para evaluar la riqueza de los templos, porque ningún otro santuario nos ha proporcionado archivos tan importantes como los del templo de Istar, el Eanna [32]. Se deduce de estos documentos que el Eanna poseía por aquel entonces un inmenso dominio comparable al de una palacio asirio y que ocupaba sin duda la mayor parte del territorio de esta provincia [33]. A los palmerales y tierras cerealícolas hay que añadir sus grandes rebaños (de 5.000 a 7.000 bovinos, y de 100.000 a 150.000 ovinos) [34], así como los talleres y los servicios comerciales, cuya importancia es mucho menos bien conocida, pero cuyo papel económico no debía ser sin duda alguna despreciable. Las tierras del templo eran cultivadas por los colonos *(arrêshu)* que le pagaban una parte de sus rentas y por arrendatarios *(ikkaru),* algunos de los cuales eran importantes personajes, que poseían sus propios esclavos. Los palmerales eran explotados por colonos y por empresas que trabajaban mediante contrato [35]. Una parte de las

---

[30] J. A. Brinkman: «Babylonia under the Assyrian Empire», en M. T. Larsen (Ed.): *Power and Propaganda,* Copenhague, 1979, p. 228.

[31] J. A. Brinkman: *Op. cit.*, p. 225.

[32] R. P. Dougherty: *Archives from Erech: time of Nebuchadrezzar and Nabonidus,* New Haven, 1923; H. F. Lutz: *Neo-Babylonian Administrative Documents from Erech,* Berkeley, Calf., 1927; H. Freydank: *Spätbabylonische Wirstchafttexte aus Uruk,* Berlín, 1971.

[33] P. Garelli: POA, II pp. 281/283.

[34] M. San Nicolo: «Materialen zu Viehwirtschaft in den neubabylonischen Tempeln», *Orientalia,* 17, 1948, p. 285.

[35] D. Coquerillat: *Palmeraies et Cultures de l'Eanna d'Uruk,* Berlín, 1968.

ofrendas se distribuía en forma de prebendas *(isqu)* para el personal sacerdotal y administrativo, cuyos miembros las vendían, obteniendo de este modo sustanciosos patrimonios alienables y transmisibles mediante herencia. Por último, en torno al templo y unidos a él mediante lazos más o menos laxos, gravitaban numerosos «oblatos» *(shirku)*, personas de los dos sexos dedicadas a la divinidad, que pertenecían a todos los estratos sociales y ejercían profesiones que iban desde criado a gran mercader o funcionario [36]. El estatuto de oblato era hereditario [37] y es probable que la mayor parte de ellos descendiesen de babilonios dedicados por sus padres o amigos en períodos de violencias o de hambres. Los asuntos del templo se hallaban gestionados por un triunvirato compuesto por un administrador *(qîpu)*, un tesorero, también responsable de las actividades comerciales *(shatammu)* y de un «escriba del templo» *(tupshar bîti)*. Además de sus actividades económicas estos tres personajes se sentaban en el tribunal de la ciudad junto a los notables y del representante del rey, lo que les confería una cierta autoridad en el nivel social [38].

A esta estructura administrativa de los templos, característica de Babilonia, se superponía en todo el imperio de los caldeos la del gobierno real [39]. En muchos detalles este gobierno retomaría el sistema asirio, con sus juramentos de fidelidad *(adê)*, sus gobernadores de provincias *(bêl pihâti y shaknu)*, sus reyes vasallos y sus ciudades francas. Nótese sin embargo que entre los dignatarios de la corte se produce la desaparición del *turtânu*, y la sustitución del «gran copero» *(rab shaqê)* por el gran cocinero *(rab nuhatimmu)*. Los «Grandes del país de Acad» son en su mayoría jefes de tribus caldeas, lo que equivaldrá a la existencia de una nobleza hereditaria que no será conocida en Asiria. Es muy significativo que la primacía de los templos se vea en el hecho de que las ciudades sean administradas también por los sumo-sacerdotes *(shangû)*, asistidos por los *qipû* reales. No hay por otra parte una frontera muy clara entre la administración religiosa y la civil, y las mismas personas podrían ser miembros de una u otra.

El Estado obtenía sus ingresos de los diezmos y las ofrendas regulares que recibía de los templos tras la evaluación fiscal de las cosechas, de los tributos de los soberanos vasallos y los impuestos y tasas que gravaban a la población. Pero comparados con los de los opulentos santuarios sus ingresos parecen modestos, si se tiene en cuenta que debe costear un ejército permanente y cubrir los gastos de una gran parte de las obras públicas. Bajo el reinado de Nabónides la necesidad de dinero se hizo tan apremiante que el rey se vería obligado a tomar medidas radicales [40]. En el 555 creó los puestos de los arren-

[36] R. P. Dougherty: *The Shirkûtu of Babylonian Deities*, New Haven, 1923.
[37] W. H. Saggs: *The Greatness that was Babylon*, London, 1962, pp. 265/266.
[38] H. W. Saggs: «Two administrative officials at Erech in the 6 th century BC», Sumer, 15, 1959, pp. 29/38; P. Garelli: POA, III, pp. 159/161.
[39] P. Garelli: POA, II, pp. 157/159.
[40] M. A. Dandamaev: «State and temple in Babylonia in the first millenium BC»,

datarios generales, cuyos dominios se hallaban comprendidos en los de los templos. Dos años más tarde suprimió al escriba del templo y reemplazó su puesto en el triunvirato por el de un administrador real *(resh sharri),* que poseía autoridad sobre el *qîpu* y el *shatammu,* y nombró un oficial encargado del cofrecillo real, que tenía autoridad sobre las finanzas del santuario. Este refuerzo del control real sobre los templos fue tanto más impopular cuanto que todo el personal, incluidos los artesanos, pertenecía a las grandes «familias» del país. También debió contribuir a incrementar la hostilidad de los babilonios hacia este soberano, ya sospechoso de herejía, y sin duda incitaría a un determinado número de notables a unirse al partido favorable a los persas.

Fueron esos notables, esos *mâr banî* (algo así como «hijos bien nacidos»), como se les llamaba, los que constituyeron el segundo de los elementos característicos de la sociedad babilonia de la época de los caldeos. Estaban agrupados en «familias» que reivindicaban un antepasado común, pero de hecho no se trataba más que de asociaciones socio-profesionales que admitían a individuos que no poseían lazo de parentesco alguno entre sí [41]. Entre ellos había escribas, artesanos, funcionarios, administradores de los templos, arrendatarios generales, comerciantes y hombres de negocios. Lo único que tenían en común era el ser ricos y el tener prebendas, así como rentas de sus propios dominios o beneficios resultantes de sus actividades comerciales y financieras, y el que todos ellos querían enriquecerse todavía más. Se trata de los primeros «capitalistas» y sus operaciones y transacciones se verían facilitadas por la generalización del dinero en metálico que tuvo lugar en el siglo VI, cuando se convirtió en único patrón de intercambio, es decir por la introducción de la moneda propiamente dicha: trozos de metal cuyo peso y la ley estén garantizados por el sello real, sistema cuya invención suele atribuirse a los reyes de Lidia y que se remonta al siglo VII, pero que no sería difundida hasta más tarde por los persas [42]. En la época neo-babilonia la mejor conocida de estas dinastías de capitalistas es la familia Egibi de Babilonia, que amasó una colosal fortuna con las transacciones inmobiliarias, el comercio de esclavos, los préstamos con usura y la fundación de sociedades comerciales y agrícolas, y por último con la creación de auténticos bancos de depósitos [43].

La conquista de Babilonia por Ciro no modificaría en profundi-

---

en E. Lipinski (Ed.: *State and Temple Economy in the Ancient Near East,* Lovaina, 1979, pp. 589/596.

[41] W. G. Lambert: «Ancestors, authors and canonicity», JCS, 11, 1957, pp. 1/14; 16, 1962, pp. 59/77.

[42] Acerca de los orígenes de la moneda en Mesopotamia ver E. Lipinski: «Les temples néoassyriens et les origines du monnayage», en E. Lipinski (Ed.): *Op. cit.*, en n.° 40, pp. 565/588.

[43] A. Ungnad: «Das Haus Egibi» AfO, 14, 1941-1944, pp. 57/64; R. Bogaert: *Les Origines antiques de la banque de Dépot,* Leiden, 1966, pp. 105/118.

dad el sistema socio-económico en vigor en la época de los caldeos. Las familias de banqueros —hombres de negocios continuaron prosperando bajo los Aqueménidas y si es cierto que los templos irían cayendo progresivamente bajo la tutela imperial, sin embargo continuaron siendo durante mucho tiempo los principales productores de riquezas agrícolas. Pero sobre todo iban a mantener en vida durante todavía seis siglos algunos de los elementos fundamentales de la antigua civilización sumero-acadia, sobre todo la religión y las ciencias. Por una curiosa coincidencia esta civilización irá a morir lentamente tal y como había nacido: bajo el amparo de los dioses.

CAPÍTULO VEINTICINCO

MUERTE DE UNA CIVILIZACIÓN

Hace apenas un siglo la gran ciudad que acabamos de describir y todas las demás ciudades y pueblos de la antigua Mesopotamia yacían enterrados bajo una gruesa capa de tierra. Aquí y allá aparecían sobre esos tells unos ladrillos escritos que nadie podía leer. No se sabía prácticamente nada de las grandes obras de arte, de la arquitectura, de la literatura y la ciencia creadas hacía tres mil años entre el Tigris y el Éufrates. La civilización mesopotámica yacía muerta y olvidada. Pero a partir del momento en el que los arqueólogos y los asiriológos consiguieron resucitarla parcialmente, ¿quién no se ha dejados de preguntar, cuándo y por qué murió?

Si los persas hubiesen tratado a Babilonia como los medos trataron a Nínive no habría nada que preguntarse. El Próximo Oriente ofrece otros muchos ejemplos, además del de Asiria, de naciones y culturas desaparecidas en algunos años, y a veces en algunas semanas, a consecuencia de devastadoras guerras: como el reino hitita, por ejemplo, o el Elam, Urartu y Frigia. Pero los persas no destruyeron Babilonia y había suficientes monumentos y textos posteriores a su caída para dar testimonio de una supervivencia, aunque cada vez más reducida y precaria, de la civilización mesopotámica hasta los primeros siglos de nuestra era; la pregunta que se plantea es la siguiente: ¿bajo qué influencias fue decayendo progresivamente esta civilización, antes de desvanecerse en la niebla de los tiempos?

Hay, al parecer, dos razones por las que este importante problema no ha recibido todavía la atención que merece. En primer lugar se sitúa en el punto de encuentro de por lo menos tres de las especialidades existentes en el marco de la Historia Antigua. Los historiadores de Mesopotamia son todos ellos asiriólogos, que se basan, como debe ser, en los textos que tienen ellos mismos que leer, e incluso interpretar, para llevar a cabo sus investigaciones. Es pues lógico y da

prueba de su probidad intelectual el que se nieguen a entrar en otros dominios que les son mucho menos familiares. Las mismas consideraciones pueden aplicárseles a los iranistas y helenistas, por lo que se refiere a los textos cuneiformes de las antiguas épocas mesopotámicas, pero a todo ello se añade la tendencia, también lógica, a considerar a Mesopotamia como un tema, si no de segunda importancia, al menos marginal con respecto a sus investigaciones. En segundo lugar, la decadencia y muerte de cualquier civilización es un fenómeno complejo, que es resultado de múltiples factores políticos, económicos, etno-lingüísticos, culturales y a veces incluso ecológicos, factores que normalmente son muy difíciles de identificar y de los que algunos de ellos —sobre todo en lo concerniente a la región que ahora nos interesa— siempre permanecerán ocultos, por falta de documentación.

A pesar de todas estas dificultades nos pareció que, habiendo descrito tan ampliamente cómo nació la civilización mesopotámica, también deberíamos tratar de seguirla hasta su desaparición. En este último capítulo, que comienza el 23 de octubre del año 539, día en el que Ciro entró en Babilonia, resumiremos la historia de Mesopotamia durante un período de dominación extranjera que duró alrededor de unos siete siglos, estando dividido en tres épocas: la aqueménida (539-331), la seléucida (331-126) y por último la época parta arsácida (126 antes a 227 después de J.C.).

La época aqueménida

A ojos de muchos babilonios la conquista de su capital por los persas, sin destrucción y casi sin derramamiento de sangre, debió parecerles, a primera vista, como un simple cambio de reinado. Casi instantáneamente la vida recobró su curso con una única diferencia: los años, en lugar de estar datados por Nabónides, aparecerán en las tablillas jurídicas y económicas datados ahora por los años de Ciro (Kuriash) «rey de Babilonia, rey del País» [1]. El gobierno de Babilonia fue confiado en un principio a Gobrias (Ugbaru), el general que había traicionado a Nabónides, pero moriría un años después, y Cambises, hijo de Ciro, que en la primavera del 538 había «tomado la mano de Bêl» en el Esagil y guiado la procesión del Año Nuevo [2] se convirtió en virrey de Babilonia, teniendo como residencia Sippar, y hallándose rodeado por dignatarios babilonios. En el año 530, después de que Ciro hubiese hallado la muerte sobre un campo de batalla lejano, subiría Cambises al trono de Persia. La documentación de que disponemos acerca de su reinado se reduce a algunos contratos o recibos fe-

[1] Acerca de estas fechas y sus implicaciones históricas ver: R. A. Parker y W. H. Dubberstein: *Babylonian Chronology 626 BC-AD 75*, Providence, Rhode Island, 1956.

[2] «Crónica de Nabónides», col. III, líneas 24/28 (ABC, p. 111).

chados, evidentemente con los años de Kambuziya, y se desconoce si el nuevo soberano se hizo representar en Babilonia por gobernadores persas o locales. Sabemos por otras fuentes que un contingente de tropas babilonias tomó parte en la campaña del 525 que dio Egipto a los Aqueménidas. No parece que hubiese alteraciones del orden en Babilonia durante todo este período. La muerte de Cambises II en el año 522 marcará el fin de esta luna de miel. Bardiya, su hermano, que había usurpado el trono, sería derrotado y muerto unos meses más tarde por Darío, pero, aunque este último también era de sangre real —también descendía de Ariaramnes— su autoridad sería muy pronto puesta en duda. Muchos gobernadores (sátrapas) nombrados por Ciro se negaron a obedecerle, mientras que un segundo Fraortes en Media y un falso Bardiya en Persia iban consiguiendo numerosos partidarios. Los babilonios, hasta entonces sumisos, no dudaron en unirse al campo de los insurgentes, pues entre ellos aún había hombres cuyo corazón ardía de pasión por la independencia. En la célebre inscripción trilingüe —persa antiguo, babilonio y elamita— en signos cueniformes que haría grabar en la roca de Behistún para conmemorar su victoria contra sus enemigos[3], Darío narra cómo un babilonio llamado Nidintu-Bê había reclutado un ejército y presentándose como «Nabuconodosor, hijo de Nabónides» se había apoderado del reino de Babilonia. El rey de Persia marcharía personalmente contra él, dispersaría a sus tropas sobre el Tigris y el Éufrates y lo perseguiría hasta su capital, donde sería capturado y ejecutado[4]. Los recibos datados de «Nabuconodosor (III)» indican que reinó de octubre a diciembre de 522[5]. Sin embargo, ya el año siguiente, mientras Darío defendía su trono en Irán, los babilonios «rompieron la tregua por segunda vez». El pretendiente al trono de Babilonia, que también se invistió, al parecer con el nombre de «Nabuconodosor, hijo de Nabónides», era un «armenio» (urarteo) llamado Araka, hijo de Haldita. Darío mandó contra él a uno de sus generales Vindapârna:

> «Le dije: ¡Vete, combate este ejército babilonio que no se me declara fiel! Vindapârna marchó contra Babilonia con el ejército (persa). Ahuramazda me prestó su apoyo. Por la voluntad de Ahuramazda, Vindapârna combatió contra los babilonios y los hizo prisioneros. Habían pasado veintidos días del mes de Magazana cuando capturó a Araka y los nobles, sus principales partidarios. Sobre ello le di esta orden: ¡este Araka y los nobles, sus principales partidarios, serán empalados en Babilonia!»[6].

---

[3] F. H. Weissbach: *Die Keilinschriften der Achaemeniden*, Leiden, 1911; F. W. König: *Relief und Inschrift des Königs Dareios I am Felsen von Bagistan*, Leiden, 1938. Ver G. G. Cameron: «The Old Persian text of the Bisutun inscription», JCS, 5, 1951, pp. 47/54.

[4] Behistun, párr. 18/20.

[5] R. A. Parker y W. H. Dubberstein: *Op. cit.*, p. 15.

[6] Behistum, párr. 50.

«Nabucodonosor IV» sufriría esta atroz muerte el 27 de noviembre del 521. Según las tablillas datadas habría «reinado» en Babilonia desde el mes de agosto de ese mismo año [7].

A comienzos del 520 Darío por fin se había desechado de todos sus enemigos y era reconocido como rey en la práctica totalidad del Próximo Oriente. Emprendió entonces toda una serie de reformas de gran envergadura con el fin de consolidar su poder y de unificar el Imperio Persa, amplio, pero heterogéneo. Remodeló el sistema administrativo, en gran parte siguiendo el modelo asirio, incrementó el número de sátrapas, limitando sus poderes y añadiendo gobernadores militares, cobradores de impuestos e inspectores que dependían directamente del Palacio y creó un vasto sistema de vías por las que sus correos podían alcanzar rápidamente desde el Egeo el Golfo Pérsico. Una única ley, cuyo estilo recuerda el «Código» de Hammurabi, se le impuso a todos los pueblos conquistados. Los diferentes medios de pago utilizados a lo largo del Imperio fueron reemplazados por un sistema de moneda única: el *dárico* de oro, que valía veinte siclos de planta. Reorganizada, pacificada, enormemente gravada fiscalmente y sometida a un estricto control, Babilonia permanecerá tranquila durante el largo reinado de Darío (522 486).

Sin embargo en el cuarto año del reinado de Jerjes los babilonios harían una última tentativa para recuperar su libertad. Los documentos fechados provinientes de Babilonia, Barsippa y Dilbat indican que Bêl-shi-manni y Shamash-erîba fueron reconocidos sucesivamente como reyes de Babilonia, el primero de ellos en agosto y el segundo en septiembre del 482 [8]. La revuelta debió ser algo serio porque sabemos que otras fuentes en el sátrapa Zófiro fue asesinado y que Jerjes, furioso, envió a su cuñado Megabizo para dominarla. Los rebeldes fueron torturados y ejecutados, pero es poco probable que Babilonia fuese desmantelada y sus templos arrasados, como pretenden Arriano, Ctesias y Estrabón. Herodoto únicamente dice que Jerjes se apoderó de la estatua de oro de Marduk, que se hallaba en el Esagil, y si es cierto que visitó Babilonia unos veinte años más tarde, no hay nada en la descripción que él hace que parezca indicar que Babilonia hubiese sufrido mucho [9].

El fracaso de los babilonios en sus tentativas por restaurar una monarquía nacional tendría consecuencias a largo plazo mucho más profundas que lo que supondría una mera pérdida de prestigio. Des-

---

[7] R. A. Parker y W. H. Dubberstein: *Op. cit.*, p. 16. Acerca de estas dos revueltas. Th. de Liagre Böhl: «Die babylonische Prätendenten zur Anfangzeit des Darius (Dareios) I», *Bi. Or.* 25, 1968, pp. 150/153.

[8] Th de Liagre Böhl: «Die babylonischen Prätendenten zur Zeit Xerxes», *Bir. Or.*, 19, 1962, pp. 110/114. Ver el fragmento de crónica babilonia relacionado sin duda con estos acontecimientos en ABC, pp. 112/113.

[9] Arriano: *Anabasis*, VII, 17, 2; Ctesias: *Persica*, 52/53; Estrabón XVI, 1,5; Herodoto: I, 183. Ver G. G. Cameron: «Darius and Xerxes in Babylonia», AJSL, 58, 1941, pp. 314/325.

de que el «reino había descendido del cielo», los soberanos mesopotámicos siempre se habían sentido responsables ante los dioses del bienestar y de la prosperidad de sus súbditos. Las ciudades les debían sus templos, sus palacios, sus fortificaciones y frecuentemente sus parques y jardines y rara vez habían dejado de cumplir sus deberes para con su país. Los reyes de Sumer y Acad, en particular, y sus sucesores, los reyes de Babilonia, habían hecho excavar y limpiar los canales de irrigación, construir diques y terraplenes necesarios para controlar, en la medida de lo posible, los caprichos de los ríos nutricios y estimular la agricultura en sus diferentes modalidades. Todos habían mantenido disputas y habían velado para que las leyes fuesen respetadas. Por mucha que fuese la buena voluntad de los soberanos extranjeros les era imposible, porque poseían grandes imperios, conceder toda la atención que estas labores exigía. Únicamente un rey que viviese en el mismo país y que siempre fuese consciente de sus necesidades podía organizar, y si fuese preciso movilizar a la población para la realización de obras de gran envergadura, sin correr el riesgo de enfrentarse a una revolución. Mesopotamia, privada de sus soberanos nacionales, y ahora reducida a Babilonia no tendría más remedio que perecer.

Pero esta evolución sería muy lenta. Los primeros reyes Aqueménidas, reconociendo sus deberes para con una provincia que figuraba entre las más ricas de su imperio, hicieron mucho por ella, sobre todo en las ciudades. Así fue como Ciro reparó el recinto del templo de Sîn y el templo de Nanna en Sîn y Ningal en Ur y comenzó la restauración del Eanna de Uruk, luego continuada por Darío. En Babilonia, convertida en su residencia de invierno este último construiría un arsenal, un palacio para el príncipe heredero y una gran sala de columnas, una *apadana,* para su propio palacio [10]. Pero no parece que Jerjes y sus sucesores, ocupados en una larga guerra contra Grecia se preocuparan mucho de su satrapía de Babilonia. Todo el período comprendido entre la llegada de Jerjes al trono en el 485 y la conquista de Alejandro (331) es extremadamente pobre en vestigios arqueológicos y en inscripciones que conmemoren construcciones de edificios. Los documentos comerciales hallados *in situ* dan testimonio de que Babilonia, Barsippa, Kish, Nippur, Uruk y Ur están muy activas e incluso son prósperas [11], pero ningún monumento fue restaurado en estas ciudades durante estos ciento cuarenta años. Por lo que se refiere a Asiria no se recuperó de los terribles golpes que le habían infringido los medos entre el 614 y el 609. Una carta nos informa que hacia

[10] Sir Leonard Woolley y P. R. S. Moorey: *Ur of the Chaldees,* London, 1982, p. 259; UVB, 12/13, 1956, p. 17; pp. 28/31; F. Wetzel, E. Schmidt, y A. Mallwitz: *Das Babylon der Spätzeit,* WVDOG, 62, 1957, pp. 25/27.

[11] A. T. Clay: *Legal and Commercial Transactions dated in the Assyrian, Neo-Babylonian and Persian Periods,* Filadelfia, 1908; A. Tremayne: *Records from Erech, Time of Cyrus and Cambyses,* New Haven, 1925.

el 410 cinco ciudades de esta región eran centros administrativos y que un noble persa poseía un dominio, pero si exceptuamos Arba'ilu (Erbil) ya no se trata más que de grandes pueblos, al margen del valle del Tigris [12]. En el 401 Jenofonte recorrió este río con los diez mil mercenarios que llevaba de vuelta a casa. Pasó ante Nimrud para darse cuenta de que los habitantes de las aldeas vecinas, asustados por esta soldadesca, se habían refugiado en sus ruinas, pero desconocía su nombre, así como el de Nínive «grandes fortificaciones abandonadas sin defensa», cerca de Mespila (la futura Mosul); para él se trataba de ciudades medas desiertas [13]. Evidentemente ni los babilonios ni los persas se habían preocupado de hacer revivir a Asiria.

A partir del siglo V estarán en acción una serie de factores económicos desfavorables para Babilonia. La principal arteria del imperio aqueménida, la «ruta real» de Susa a Sardes, corría al pie de los Zagros, evitando Babilonia. El comercio con el este estaba monopolizado por los persas, más próximos a estas regiones y que poseían una amplia ventana al Golfo. Los territorios del «otro lado del río», primero vinculados a Babilonia, estos *ebir nâri,* es decir, el oeste del Éufrates, fueron separados por Jerjes, lo que quería decir que al comercio fenicio —especialmente activo en esta época [14]— escapaba al control babilonio. Babilonia, unificada con Asiria, que ya no será nada, para formar la novena satrapía [15], soportará enormes cargas fiscales: pagará a la corona un tributo anual de mil talentos (treinta toneladas) de moneda de planta —la más elevada de todas las provincias— y alimentaba al rey y a su corte durante la tercera parte del año [16]. Todo esto, está claro, se le cobraba a la población en forma de impuestos. No menos pesado fue el peso del gobierno provincial, que se caracterizó por ser especialmente voraz: si creemos a Herodoto, el sátrapa de Babilonia en el reinado de Jerjes recibía diariamente el contenido de una *artaba* (unos 57 litros) en plata y ¡mantenía a costa de la capital 800 sementales y 16.000 caballos [17]! La tendencia de la inflacción, que ya había sido perceptible a lo largo del reinado de Nabónides, no hizo más que aumentar. Un siglo después de la muerte de Darío el coste de la vida se había duplicado, sin que los salarios subiesen proporcionalmente. El precio de una casa corriente pasó de 15 siclos por *qanu* (3,5 metros cuadrados) bajo los caldeos a 40 siclos

---

[12] Se trata de una carta de presentación en arameo remitida a un comerciante que volvía de Babilonia a Egipto por Asiria: D. Oates: *Studies in the Ancient History of Northern Iraq,* London, 1968, pp. 59/60.

[13] Jenofonte: *Anabasis,* II, 4 a III, 5; D. Oates: *Studies,* p. 60/61; G. Goossens: «L'Assyrie après l'Empire», *Compte rendu de la III Rencontre assyriologique internationale,* Leiden, 1954, p. 93.

[14] J. Elayi: «L'essor de la Phénicie et le passage de la domination assyrienne à la domination perse», *BaM,* 9, 1978, pp. 25/38.

[15] O. Leuze: *Die Satrapieneinteilung in Syrien und im Zweistromlände von 530-320,* Halle, 1935, pp. 218/221.

[16] A. T. Olmstead: *History of the Persian Empire,* Chicago, 1940, p. 293.

[17] Herodoto: I, 192; A. T. Olmstead: *Op. cit.*, p. 293.

bajo Artajerjes I (464-424) y un incremento del mismo tipo pudo verse en el precio de los terrenos [18]. Del mismo modo, también se produjo la generalización del endeudamiento, que afectó a todos los niveles de la sociedad y a todas las profesiones, con excepción de los hombres de negocios y de los usureros, que acaparaban la masa monetaria. Este es el caso de la casa Murashû que operaba en Nippur entre el 455 y el 403. No sólo prestaba (al 40 ó 50 por 100 de interés) a las pobres gentes que no podían pagar sus deudas o sus impuestos, sino que también se encargaba de explotar tierras que pertenecían a los dignatarios persas o a colectividades *(Hatru)* de militares o funcionarios, proporcionándole los bueyes, los aperos agrícolas y el agua de riego mediante una elevada proporción del producto de la cosecha [19].

La acentuación de otros de los factores preexistentes, de carácter lingüístico y étnico, contribuirá todavía más a la progresiva decadencia de la civilización mesopotámica durante el período aqueménida. La población de Babilonia, ya mezclada por los medos, árabes, judíos, egipcios, sirios y urarteos desde la época neo-asiria, recibirá un fuerte aporte de persas bajo Darío y Jerjes. Muchos de ellos recibieron dominios, otros verían concedérseles puestos de jueces y funcionarios, y junto con ellos los dioses del Irán penetrarían en el Valle del Tigris y el Éufrates. Nada parece indicar que estos dioses hayan recibido ningún tipo de culto oficial y es cierto que el decreto de Jerjes [20] prohibía adorar a otros dioses que Ahuramazda, pero nunca fue aplicado; a pesar de todo algunos babilonios cambiarían su nombre semítico por otro iraní [21]. Para todos estos extranjeros de lenguas y orígenes diferentes no podía haber más que una lengua común: el arameo. Ya hablado en todo el Próximo Oriente, fácil de aprender y prestándose muy fácilmente a la escritura sobre papiro o pergamino, fue adoptado por Darío como *lingua franca* del imperio y tendió a reemplazar progresivamente al babilonio en las oficinas, las tiendas, e incluso entre las familias. Ya sólo los sabios y los escribas de los templos podían leer todavía y escribir el acadio y el sumerio. El número relativamente elevado de textos religiosos, históricos y literarios copiados en esta época, así como los notables trabajos de los astrónomos como Nabû-rimanni y Kidinnu demuestran que la cultura sumero-acadia todavía estaba muy viva, pero únicamente en círculos restringidos. Para la mayor parte de la población las tablillas grabadas con signos cuneiformes eran incomprensibles y la historia nos ha enseñado que un pueblo que olvida su lengua también olvida muy pronto parte de su pasado y con él su identidad.

---

[18] A. T. Olmstead: *Op. cit.*, p. 82.

[19] G. Cardascia: *Les Archives des Murashû*, París, 1951.

[20] E. Herzfeld: *Altpersische Inschriften*, Berlín, 1938, n.° 14. Ver ANET (3), pp. 316/317.

[21] R. Zadok: «Iranians and individuals bearing Iranian names in Achaemenian Babylonia», *Israel Oriental Studies*, 7, 1977, pp. 89/138.

Oprimida, empobrecida, y sobre todo «desnacionalizada», así aparecerá Mesopotamia hacia mediados del siglo cuarto, poco antes de que Alejandro viniese a insuflarle un soplo de vida, pero de una vida totalmente diferente.

La época seléucida

La batalla de Gaugamelas, al este de Nínive[22], y el día 1.° de octubre del año 331 abrieron a Alejandro el camino de Babilonia y del Irán, al igual que la batalla de Isos le había abierto dos años antes el de Siria y Egipto. La guarnición persa de Babilonia se rindió sin ofrecer resistencia y el conquistador macedonio hizo una entrada triunfal en la antigua ciudad semítica. Convencido, al igual que Ciro, de que no podía gobernar «cien naciones diferentes» sin conquistar su corazón, decidió ofrecer sacrificios a Marduk y dio, según se cuenta, la orden de reconstruir los templos supuestamente destruidos por Jerjes[23]. Los babilonios lo aclamaron como a un liberador y reconocieron inmediatamente su derecho a la soberanía. Tras haber descansado un mes en esta ciudad partiría para Susa, y luego emprendería la gran expedición hacia el este que iba a llevarle hasta el Ganges. Cuando volvió nueve años más tarde su espíritu rebosaba de grandiosos proyectos: Babilonia y Alejandría de Egipto serían las dos grandes ciudades, capitales de su imperio, unidas entre sí por una ruta marítima que rodeaba la Península Arábiga, a la que pensaba conquistar; el Éufrates —cuyo curso inferior se había desplazado hacia el este en esta época y se había transformado en una red de cursos de agua poco profundos— sería transformado de nuevo en navegable hasta el Golfo, y construiría un gran puerto en su desembocadura y otro en la capital. Pero ninguno de estos proyectos vería la luz. El 13 de junio del 323 Alejandro moría en Babilonia, probablemente de paludismo; no tenía más que treinta y dos años.

En esta época su único hijo, Alejandro IV, no había nacido todavía y el hermano del conquistador, Filipo Arrideo, fue proclamado rey de Macedonia. Pero la autoridad de este príncipe jovencísimo, y además muy débil de espíritu era puramente nominal. El poder real estaba en manos de los Diádocos, de los generales de Alejandro, que tras haberse dividido el imperio, deberían pelearse durante cuarenta y dos años para impedir que ninguno de ellos pudiese reconstruirlo en su propio beneficio. Durante este período —uno de los más complicados de la historia antigua[24]— Babilonia cambiaría muchas ve-

[22] Esta batalla tuvo lugar en la llanura de Keramlais, a unos 23 km. al este de Nínive. Ver Sir Aurel Stein: *Geographical Journal*, 100, 1942, p. 155.

[23] Arriano: *Anabasis*, III, 16, 4; VII, 17, 2; Estrabon: XVI, 1, 5.

[24] Acerca de este período ver G. Glotz: *Alexandre et le Démembrement de son empire*, París, 1945.

ces de manos. Primero fue la sede de una especie de junta militar, presidida por el regente Pérdicas, y luego, tras el asesinato de este último, los Diádocos se pusieron de acuerdo en el 321 para atribuírsela a su colega Seleuco, jefe de la caballería macedonia. Cinco años más tarde Antigonos Monoftalmos («el tuerto»), el ambicioso sátrapa* de Frigia, desalojaría a Seleuco de Babilonia y lo obligaría a refugiarse junto a Ptolomeo, en Egipto. Pero volvería en el 312, recobraría su satrapía, y durante cuatro años consecutivos la protegería de los continuados ataques de Antígono y su hijo Demetrio. Fue una guerra encarnizada, en la que Babilonia sufrió terriblemente: «hubo lágrimas y duelos en el país», repite, como un *leitmotiv,* una crónica babilonia de la época[25]. Por fin, Antígono fue vencido y muerto en Ipsos, en Frigia (301) y Seleuco tomó el título de Nicator «el victorioso». En septiembre del 281[26] unos meses después de haber vencido a otro de los concurrentes, Lisímaco el Tracio, moriría apuñalado por un hijo de Ptolomeo. Había sido reconocido como rey de Babilonia en el 305, pero para sus súbditos la era seléucida —«los años de *Silukku*», como ellos decían— había comenzado el día primero del Año Nuevo, a su vuelta de Egipto: el 3 de abril del 311. Era la primera vez que un sistema de datación continuada era utilizado en Mesopotamia.

Su victoria de Ipsos había dado a Seleuco la mayor parte del antiguo Imperio Persa: un vasto territorio que se extendió por un momento de la frontera de la India a la de Egipto, y del Mar Negro al Golfo Pérsico. Pero, nada más nacer, este inmenso reino comenzaría a descomponerse por los efectos de las tensiones internas que el viejo general macedonio era incapaz de combatir. En el año 200 sus sucesores ya habían perdido prácticamente todas las provincias y protectorados de más allá del Tauro, y tras la conquista de Babilonia por los partos (126), ya no les quedaría más que una pequeña parte de la Siria del Norte, de la que los romanos se apoderarían con facilidad en el año 63. En realidad, desde que Seleuco había fundado Antioquía sobre el Orontes, en el año 300, su reino había sido básicamente sirio. No sólo los seléucidas residían gustosamente en esa bella ciudad, cuyo clima y paisaje les recordaban los de su tierra ancestral, sino que también, a excepción de una infructuosa tentativa de Antíoco III (222-187) para recobrar las provincias orientales, consagrarían todos sus esfuerzos diplomáticos y militares a desarrollar un interminable conflicto con los Ptolomeos de Egipto, cuya baza consistía en la posesión de los puertos fenicios. Los babilonios disfrutaron de un largo período de paz, pero Babilonia había perdido su posición privilegiada de capital de un gran reino sirio-mesopotamio. El centro de

---

* Los Diádocos habían retomado el título de «sátrapa», en tanto que gobernadores provinciales, en nombre de Filipo Arrideo.

[25] «Crónica de los Diádocos»: ABC, pp. 115/119.

[26] A. J. Sachs y D. J. Wiseman: «A Babylonian King List of the Hellenistic Period», *Iraq,* 16, 1954, pp. 202/211.

gravedad política, económica y cultura del Próximo Oriente había pasado de las orillas del Éufrates a las riberas del Mediterráneo y eso sería así durante mucho tiempo.

La obra más notable, y la más duradera, de Alejandro y de sus sucesores fue la creación en Egipto y en el Asia occidental de numerosas capitales concebidas según el modelo de las *polis* griegas y pobladas tanto por orientales, como por macedonios y griegos. ¿Querían establecer solamente un haz de puntos de apoyo políticos y militares, o bien deseaban que sus súbditos se beneficiasen de la cultura helénica? La respuesta se ha debatido durante mucho tiempo [27], pero el resultado final es evidente: el Próximo Oriente se «helenizó», poco o mucho, según las regiones, y la vida en esta parte del mundo quedó transformada radicalmente. Sólo en Mesopotamia se conocen una docena de estas nuevas ciudades, bajo sus sucesivos nombres [28], desde Antioquía-Edena (la actual Urfa), en el extremo Noroeste, hasta Alejandría-Charax (o Charax Spasinou) en el extremo sureste, a la desembocadura del Pasitigris (el Karum) [29]. La mayor parte de ella había nacido a partir de campamentos militares, o en las proximidades de ellos, y si muchas habían sido construidas sobre las ruinas, o en sus proximidades, de antiguas ciudades, también es cierto que lo habían sido de acuerdo con un trazado y con una arquitectura totalmente diferentes. Seleucia del Tigris, fundada poco después del 301 [30] sobre el lugar probable de Upâ (Opis) y poblada por unos 600.000 habitantes, era la más grande de todas estas ciudades (en la actualidad Tell Umar, frente a Ctesifonte). Las fotografías aéreas muestran claramente la existencia de un gran recinto ovalado, con bloques de edificios separados por calles o avenidas rectilíneas que se cortaban en ángulo recto. Las excavaciones efectuadas en este yacimiento [31] antes de la Segunda Guerra Mundial, pero sobre todo después de 1964 han sacado a la luz numerosos edificios, una bella calle con pórticos,

---

[27] W. W. Tarn: *La Civilisation hellénistique,* París, 1936, pp. 136/138 (hay traducción castellana, de la edición original inglesa en FCE, México). Ver P. Jouget: *L'Impérialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient,* París, 1961. (Hay traducción castellana, UTEHA, México); M. Rostovtzeff: *The Social and Economic History of the Hellenistic World,* Oxford, 1941, I, pp. 499/504 (hay traducción castellana, Espasa Calpe, Madrid) y C. Preaux: *Le Monde hellénistique: La Gréce et l'Orient,* París, 1978, 2 vols (hay traducción castellana, Labor, Barcelona).

[28] Empleamos el término Mesopotamia en su sentido habitual. En esta época se hallaba dividida en tres satrapías. Mesopotamia al norte, Babilonia al sur y Parapotamia a lo largo del Éufrates.

[29] Ver W. Eilers: «Iran and Mesopotamia», en *The Cambridge History of Iran,* III, 1, 1983, p. 487.

[30] R. A. Hadley: «The foundantion date of Seleucia on the Tigris», *Historia,* 27, 1978, pp. 228/230.

[31] Excavaciones americanas en 1927-1932 y 1936-1937. Ver AM, I, pp. 388/390. Excavaciones italianas entre 1964 y 1974. Informes preliminares por G. Gullini y otros: en *Mesopotamia,* I (1966) hasta el 8 (1973-1974). Resumen de los resultados por A. Invernizzi «Ten Years research in the al-Mad'in area: Seleucia and Ctesiphon», *Sumer,* 32, 1976, pp. 167/175.

y una gran biblioteca que contenía tablillas [32], así como numerosos objetos de estilo helenístico (estatuas, figurillas de arcilla, cerámica, monedas, etc...). Esta ciudad de la época seléucida estaba recubierta de otra gran ciudad, por lo menos tran grande como ella, de época parta. En Dura-Europos sobre el Éufrates [33] también han sido descubiertos, bajo una ciudad parta, un palacio y un templo seléucidas.

Es interesante destacar que la mayor parte de estas nuevas ciudades se hallaban situadas en las grandes rutas comerciales que comunicaban el Asia Central con el Mediterráneo. Sobre todo Seleucia se hallaba en la encrucijada de dos rutas que provenían de la India —una de ellas por Bactriana y el norte del Irán, y la otra por Aracosia, Persépolis y Susa— y de la antigua ruta marítima de Golfo y de los caminos que venían de Arabia. De Seleucia partían hacia Siria y los puertos fenicios, ya fuese a lo largo del Éufrates por Dura Europos y Seleucia-Zeugma [34], o bien a lo largo del Tigris y a través de el Jazirah por Antioquía de Migdonia (Nisibin) y Edesa, el oro, el marfil, el incienso, las especias y los propios productos de Mesopotamia (cebada, trigo, dátiles, lana y betún). Las relaciones comerciales entre Asia, Europa y una parte de África se desarrollaron enormemente en esta época y el reino seléucida en su conjunto obtendría de ellas unos enormes beneficios. Las informaciones de carácter económico que poseemos acerca de Mesopotamia son muy escasas —la mayor parte de los textos administrativos y comerciales fueron por aquel entonces escritos en arameo y sobre papiro o tejos— pero algunas de las tablillas publicadas (sobre todo las de Uruk) indican una cierta actividad comercial entre las antiguas ciudades, a la vez que una bajada de los precios con relación a la época aqueménida [35].

Estas nuevas condiciones económicas y demográficas tuvieron repercusiones importantes, aunque muy diversas, sobre las antiguas ciudades mesopotámicas. Asiria comenzó a repoblarse poco a poco, y si bien es cierto que Asur y Nínive no nos han dado más que unos restos, muy miserables, de esta época [36], también lo es que un gran poblado seléucida se eleva sobre las ruinas de Kalhu (Nimrud) [37]. In-

---

[32] G. Pettinato: «Cuneiform inscriptions discovered at Seleucia on the Tigris», *Mesopotamia,* 5/6, 1970-1971, pp. 49/66.

[33] En la actualidad Salahiyeh, sobre el Éufrates, a unos 50 kms. al norte de Mari. Excavaciones francesas en 1922-1923 y americanas de 1928 a 1939. Ver M. Rostovtzeff: *Dura-Europos and its Arts,* Oxford, 1938.

[34] Actual Belkis, en el gran codo del Éufrates. Ver J. Wagner: *Seleukia am Euphrat,* Zeugma, Wiesbaden, 1976.

[35] A. T. Clay: *Legal Documents from Erech dated in the Seleucid Era,* New Ha ven, 1913; O. Krückmun: *Babyloniche Rechts und Verwaltungsurkunden aus der Zeit Alexanders und die Diadochen,* Weimar, 1931. Ver también G. K. Sarkisian en VDI, 1, 1955, pp. 136/170 y *Forschungen und Berichte,* 16, 1975, pp. 15/76. Para una visión de conjunto ver P. Briant: «Villages et communautés villageoises d'Asie Achéménide et hellénistique», JESHO, 18, 1975, pp. 165/168.

[36] G. Goossens: *Op. cit.*, en nota 13, pp. 95/96.

[37] D. Oates: «Nimrud 1957: the Hellenistic settlement», *Iraq,* 20, 1958, pp. 114/157.

cluso una ciudad como Mari, ya muerta desde hacía quinientos años, va recobrando poco a poco su vida bajo la forma de una villa modesta [38]. Por el contrario, en el otro extremo de Mesopotamia Ur se vio abandonada por sus habitantes y luego rematada por el desplazamiento del Éufrates [39]. La impresión que da Babilonia es mucho más matizada. Es cierto que los Seléucidas habían hecho esfuerzos esporádicos para reavivar y modernizar su vieja capital. En una inscripción real en acadio, la última que poseemos, Antíoco I (281-260) se titula «proveedor del Esagil y del Ezida», como los reyes caldeos, y declara que ha «modelado con sus augustas manos y ha traído de Hatti (Siria) los primeros ladrillos de estos templos» [40]. Una tablilla datada en el reinado de Seleuco III (225-223) demuestra que todavía se hacían ofrendas a muchos dioses en sus santuarios. Los restos de arquitectura helenística han sido descubiertos en el tell de Bâbil, sobre el palacio de verano de Nabucodonosor. Bajo Antíoco IV (175-164), gran promotor de la cultura griega, Babilonia recibiría un gimnasio y un notable teatro, que más tarde sería ampliado por los partos [41]. La ciudad se hallaba sin embargo mucho menos poblada que antes, porque muchos de sus habitantes habían sido llevados a la Seleucia cuando su inauguración [42], y algunos de sus barrios debieron caer probablemente en ruinas. Sippar, Kish y Nippur no nos han dado prácticamente nada de este período, pero toda una serie de pequeños yacimientos de los alrededores de Bagdad comprenden un nivel seléucida, caracterizado por su cerámica, sus figurillas y sus monedas. En Uruk una inmensa terraza construida en torno al Eanna transformó totalmente esta zona sagrada como ninguna otra, y en ella se construirían dos templos nuevos en otra de las partes de la ciudad: el *Irigal* (o *Eshgal*), dedicado a Istar, y el *Bît rêsh,* consagrado a Anu [43]. Los dos estaban hechos de acuerdo con el plan tradicional, pero la larga inscripción sobre ladrillos esmaltados que rodea la *cella* del *Eshgal* está en arameo y los nombres de dos notables de Uruk, benefactores de este templo, son típicos de la época: Anu-uballit-Nikarkos y Anu-uballi-Kephalon. Los contratos sobre tablillas y *bullas* *, redactados en griego o en arameo indican la presencia en Orchoi (Uruk) de un fuerte contingente de población griega, o que al me-

---

[38] A. Parrot: *Syria,* 16, 1935, pp. 10/11; 29, 1952, pp. 186/187; 32, 1955, pp. 189/190.

[39] Sir Leonard Woolley y P. R. S. Moorey: *Op. cit.*, p. 263.

[40] ANET (3), p. 317.

[41] F. Wetzel y otros, MVDOG, 62, 1957, pp. 3/22; R. Koldewey: *Babylon,* pp. 294/299; G. E. Kirk: «Gymnasium or kahn?. A hellenistic building at Babylon», *Iraq,* 2, 1935, pp. 223/231.

[42] Plinio: NH, VI, 122; Pausanias: I, 16, 3.

[43] Ver R. North: «Status of Warka Excavations» *Orientalia,* 26, 1957, pp. 206/207; 228/232 y 237/241.

* Pequeñas bolas de arcilla que se ataban con un cordón a los documentos oficiales en pergamino o papiro.

nos llevaba nombres griegos, pero también la persistencia de las antiguas leyes y costumbres.

Los templos parecen disfrutar de una gran autonomía. Al igual que en el pasado siguen efectuando diversas operaciones comerciales, pero todos los habitantes de la ciudad pueden participar de los beneficios mediante un sistema muy similar al de nuestras acciones de bolsa [44]. La existencia de templos semi-independientes también está atestiguada en Asia Menor en la Época Helenística, y es probable que el caso de Uruk no fuese único en Mesopotamia.

Fue en los santuarios como en los de Babilonia y los de Uruk en los que la cultura sumeria fue cuidadosamente conservada. Durante toda la época seléucida las astrónomos sacerdotes continuarían anotando cuidadosamente los movimientos de los astros sobre sus tablillas de arcillas, mientras que los escribas registrarían los acontecimientos nacionales en forma de crónicas [45] y copiarían antiquísimos mitos, rituales, himnos y presagios. Podemos suponer que la cultura griega, muy avanzada en esta época, debió ejercer una fuerte atracción sobre los menos conservadores de entre los intelectuales babilonios, pero si se pudiese escribir una lista de autores griegos nativos de Mesopotamia [46] nadie podría distinguir quiénes de ellos eran los orientales helenizados y quiénes los «babilonios» de origen macedonio o griego. Además no parece que los griegos de Asia o Europa, con excepción de algunos especialistas, se hubiesen interesado en las obras literarias o científicas de los babilonios, a pesar de los esfuerzos de Sudines, que tradujo al griego los escritos de Kidinnu y sus astrónomos, y de los de Beroso, sacerdote de Marduk, que redactaría personalmente en esta lengua sus *Babyloniaca,* dedicadas a Antígono I. No hay duda de que entre el pensamiento griego y el mesopotámico había una barrera difícil de franquear [47]. En realidad serían los subproductos menos recomendables de esta civilización, la magia y la astrología los que apasionarían a los occidentales contemporáneos y los que invadirían, adulterándola, su propia religión.

La época parta

Los partos *(parthava),* pueblo de origen indo-iranio y emparentado con los escitas, entrarán en la historia en el 250, cuando guiados

---

[44] M. Rutten: *Contrats de l'époque séleucide conservés au musée du Louvre,* París, 1935. Acerca de los templos de esta época ver ahora: G. J. P. McEwan: *Priest and Temple in Hellenistic Babylonia,* Wiesbaden, 1981.

[45] Se trata de las crónicas 11, 12, 13 y 13a de A. K. Grayson, ABC, pp. 119/124.

[46] E. Meyer: *Blüte und Niedergang des Hellenismus in Asien,* Berlín, 1925, p. 24; W. Röllig: «Griechische Eigennamen in den texten der babylonische Spätzeit», *Orientalia,* 29, 1960, pp. 376/391.

[47] Sobre este tema ver A. Kuhrt: «Assyrian and Babylonian traditions in classical authors: a critical synthesis», en H. J. Nissen y J. Renger (Ed.): *Mesopotamien und seine Nach-barn,* Berlín, 1982, II, pp. 539/554.

por su jefe Arsaces dejen las estepas del Turquestán para penetrar en la meseta iraní[48]. Hacia el 200 ya estarán sólidamente establecidos entre el desfiladero de las «Puertas Caspias» (Hecatompilos) y la región de Meshed (Nisea). Del 160 al 140 Mitrídates I conquistará la mayor parte del Irán, atravesará los Zagros, franqueará el Tigris, entrará en Babilonia (144) e instalará su campamento en Ctesifonte, frente a Seleucia. El seléucida Demetrio II conseguirá reconquistar Babilonia y reocupar la Media durante algunos años, pero en el 126 Artabán II volverá a afirmar su autoridad sobre esta región, y a partir de esta fecha —excepto una breve ocupación romana bajo Trajano y Septimio Severo— Mesopotamia va a permanecer en manos de los partos hasta que caiga, con el resto de su imperio, bajo el dominio de los sasánidas en el 227 después de J.C.

Para gobernar los países conquistados, los partos no podían contar con otros cuadros que con su aristocracia guerrera, valerosa, es cierto, pero poco numerosa. Así pues administrarían las diversas poblaciones apoyándose sobre las instituciones existentes y permitiendo la formación de reinos vasallos, como la Osrhoena, en torno a Edesa, la Adiabena, que se correspondía sensiblemente con la antigua Asiria y la Characena, en las riberas del Golfo Pérsico. En el siglo primero de nuestra era la ciudad de Hatra, nacida a partir de un gran poblado caravanero sobre el wadi Tharthar, a 58 kilómetros al oeste de Asur, se convertiría en la capital de un reino de pequeñas dimensiones, pero aparentemente muy próspero, conocido bajo el nombre de Araba.

Al arrancarles a los seléucidas su gran provincia oriental y al sumarle a ésta el Irán, lo partos habían conseguido controlar y ampliar notablemente las grandes rutas comerciales del Asia Anterior. Mesopotamia iba a aprovecharse de todo ello, porque es que los reyes arsácidas tenían como capital única a Ctesifonte, en la que residían permanentemente, y los reyezuelos vasallos se apresuraron a imitar a su soberano, invirtiendo sus riquezas en el desarrollo de sus pequeños reinos. Llenos de admiración por las nuevas ciudades de la época seléucida y por la civilización semi-oriental y semi-helénica que se ofrecía ante sus ojos, estos nómadas de antaño se convirtieron en entusiastas constructores. No hay prácticamente ningún tell mesopotámico que no contenga un nivel parto, ya se trate de humildes aldeas o de ciudades como Seleucia, Babilonia, Kish, Uruk, Nippur, e incluso Girsu (Tello) adormecida desde hacía siglos[49]. Pero lo más notable es la asombrosa resurrección de Asiria. Sobre todo Nínive será reconstruida y repoblada en parte, convirtiéndose en un importante centro comercial, al igual que Arba'ilu (Arbelas, Erbil), capital de la Adiabena, Shibbaniba, Tell Billa, Kakzu (Saidawa) y Nuzi (Yorgan Tepe). Asur será de nuevo una gran ciudad circular, provista de un ágora, un bellísimo palacio y muchos templos, en los que se continuará

[48] N. C. Debevoise: *A Political History of Parthia,* Chicago, 1938.
[49] A. Parrot: Tello, París, 1948, p. 309/314.

honrando a los dioses de antaño, incluido Ashur [50]. En lo que se refiere a Hatra, será una magnífica ciudad, de unos dos kilómetros de diámetro, rodeada por un doble recinto fortificado reforzado con torres y tan bien defendida que los romanos la asediarían por dos veces sin éxito. En su centro un amplio rectángulo (435 por 321 metros) se halla dividido en dos partes, de las que una encierra numerosos templos y la otra, más abajo, es una plaza del mercado, rodeada de tiendas [51]. Todas estas ciudades son de planta hipodámica y se hallan construidas por lo general con morillo o con gruesas piedras cuidadosamente talladas. Los grandes palacios y los templos se componen de uno o varios *iwans,* grandes salas de recepción muy profundas, que se abren por lo general al exterior por uno de sus pequeños lados y están cubiertas por una alta bóveda de medio punto. Su fachada está horadada de nichos que contienen estatuas y adornada con relieves decorativos de tipo greco-romano. Todo ello es grandioso, aunque un poco en estilo «nuevo rico», y tan diferente de la arquitectura mesopotámica antigua como lo son las estatuas de los reyes de Hatra de estilo greco-iraní de las de Gudea o Asurnasirpal.

Estos datos arqueológicos, asociados a los datos epigráficos y a la onomástica indican la masiva llegada de poblaciones extranjeras. En la época precedente los inmigrantes macedonios y griegos, probablemente en pequeño número, parecían haber vivido solamente al lado de los babilonios, un poco como los ingleses en la India, conservando sus instituciones, sus costumbres, su lengua, su modo de vida, y no manteniendo con la población local más que unos contactos muy superficiales. Pero en la época parta los recién llegados —en su mayor parte arameos del Oeste y árabes— serán evidentemente muy numerosos y se mezclarán con las gentes del país, tanto más fácilmente cuanto que también serán orientales que hablan lenguas semíticas. Esta mezcla puede observarse de un modo asombroso en el plano religioso mediante la existencia de un extraordinario sincretismo en el que los dioses griegos ya en el lugar serán yuxtapuestos o asimilados con los dioses del Irán, Arabia, Siria y por supuesto de Mesopotamia. Así es como en Dura-Europos el nivel parto nos ha dado dos templos griegos, un santuario arameo, una capilla cristiana, una sinagoga y un templo de Mitra [52] La tríada divina que preside los destinos de Hatra estará compuesta por Shamash, asimilado a Helios, Nanaï (Inanna-

[50] H. Lenzen: *Die Partherstadt Assur,* MVDOG, 57, 1933.

[51] Excavaciones alemanas de 1903 a 1912: W. Andrae: *Hatra,* Leipzig 1908-1912, 2 vols. Excavaciones iraquíes de 1951 a 1971: informes preliminares en *Sumer,* 7 (1951) a 27 (1971). Inscripciones publicadas por A. Caquot: *Syria,* 29 (1952); 30 (1953); 32 (1955); 40 (1963) y 41 (1964); por J. Teixidor: *Syria,* 41 (1964); *Sumer,* 20 (1964) y por Fuad Safar: *Sumer,* 18 (1962). Estudios de conjunto: W. I. al-Sahili: *Hathra,* Bagdad, 1973; B. Aggoula: «Hatra, l'Heliopolis du desert mésopotamien», *Archeologia,* 102, enero de 1977, pp. 35/54. Acerca del arte ver R. Ghirsham: Parthes et Sassanides, París, 1962, y D. Homés-Frederiq: *Hatra et ses sculptures parthes,* Leiden 1963.

[52] M. Rostovtzeff: *Op. cit.*, en nota 33.

Istar), asimilada a Artemis y por un dios-hijo que no será otro que Dionisos. Siempre en esta ciudad el dios de la tempestad Ba'al Shamîn y su paredro Atargatis serán divinidades típicamente sirias, pero la diosa Allat será representada con las armas de Atenea, ya sea de pie sobre un león, como Istar, mientras el dios-luna Shahiru de origen árabe también estará allí, únicamente Nergal conservará su nombre acadio [53]. Incluso en Uruk, ciudad santa de Anu e Inanna, se elevará en el siglo primero de nuestra era un pequeño santuario de estilo greco-romano dedicado al dios iranio Gareus, y también se han hallado vestigios de un edificio y un ábside, que se cree pueden ser parte de un templo de Mitra [54].

Este diluvio humano, este sincretismo religioso, esta fusión de muchos pueblos y culturas irá a barrer lo que quede de la civilización sumero-acadia. Un puñado de contratos, alrededor de unos doscientos textos astronómicos o astrológicos, dos o tres fragmentos de crónicas y algunos vocabularios acadio-griego sobre tablillas, he aquí lo que en la actualidad se considera como toda la literatura de la época [55]. El último texto cuneiforme conocido es una efemérides astral escrita en el 74-75 después de J.C. [56]. No es imposible que los sacerdotes y astrónomos babilonios hayan continuado escribiendo en arameo o en griego sobre pergamino o papiro, pero si así fuese tendríamos muy pocas posibilidades de hallar tales documentos. Si el culto de Nabû persistió en Barsippa hasta el siglo IV de nuestra era nada parece indicar que lo mismo ocurriese con Marduk en Babilonia. El Esagil y la propia ciudad debieron sufrir la represión que siguió a la revuelta de un tal Hymeros en el año 127, así como la guerra civil entre Mitrídates II y Orodes en el año 52, más que con Jerjes. Cuando el emperador Trajano se apoderó de Ctesifonte en el año 116 de nuestra era y cuanto entró en Babilonia, no sería para «tomar la mano de Bêl», sino para sacrificar a los manes de Alejandro. Y en el 197 Septimio Severo hallará la ciudad totalmente desierta [57].

Estamos mucho mejor informados acerca de Mesopotamia en la época de los sasánidas (224-651) [58]. Los autores griegos y latinos nos informan de que su parte septentrional fue saqueada en el transcurso de cuatro siglos de guerras entre romanos, y luego bizantinos y arsá-

---

[53] W. I. al-Sahili: «Hatra, aspects of Hatran religion», *Sumer*, 26. 1970, pp. 187/193; B. Aggoula *Op. cit.*, pp. 52/54.

[54] R. North: *Orientalia*, 36, 1957, pp. 241/243; UVB, 14, 1958, pp: 18/20; 16, 1960, pp. 13/21; *BaM*, 6, 1960, pp. 104/114.

[55] J. Kohler y A. Ungnad: *100 aüsgewählte Rechtsurkunden der Spätzeit des babylonischen Schriftums*, Leipzig, 1909; E. Sollberger: «Graecobabyloniaca», *Iraq*, 24, 1962, pp. 63/72; A. J. Sachs y J. Schaumberger: *Late Babylonian Astronomical and Related Texts*, Providence, Rhode Island, 1955.

[56] A. J. Sachs y J. Schaumberger: *Op. cit.*, n.° 1.201.

[57] Dion Casio: LXXI, 2; Ammiano Marcelino: XXIII, 6, 34; Zonaras: XI, 22 y XII, 2.

[58] H. J. Nissen: «Südbabylonien in parthischer und sassanider Zeit», *Zeitschrift der Deutschen Morgerlandischen Gessellschaft*, Suppl. 13, 1969, pp. 103 ss.

cidas y luego sasánidas [59]. Las huellas del antiguo *limes* romano (recintos fortificados, cuarteles, *castella*) han sido halladas en esta región, sobre todo en Beled Sinjar (Singara) y en Ain Sinu (Zigurae), entre esta ciudad y el Tigris [60]. En el transcurso de estas guerras Asur fue destruida tan radicalmente por los sasánidas en el 256 después de J.C. como lo había sido por los medos en el 614. El único bello monumento que queda de esta época es el impresionante *iwan* de 27 metros de profundidad y 37 de alto, del palacio de Shapur I (241-272) y no de Chsroes I (513-579) como pretende la leyenda y como lo sugiere el actual nombre de Taq i-Khusraw en Ctesifonte [61]. En Kish se han descubierto los restos, mucho más modestos, del palacio de otro de los soberanos sasánidas [62] y en Uruk, no lejos de la gran muralla creada por Gilgamesh, se ha hallado la tumba de un príncipe local (¿?) y su bella corona de hojas de oro [63]. Sabemos por otra parte que numerosos cristianos habitaban la Alta Mesopotamia y que importantes colonias judías estaban instaladas en Babilonia y en Nippur. Fragmentos de cerámica y algunos objetos sin gran interés dan testimonio de la ocupación de muchos de los yacimientos antiguos.

La impresión general que se deduce de todo esto es que esta época fue mucho menos próspera que la época arsácida. En el tránsito del siglo sexto al séptimo de nuestra era, poco tiempo antes de la conquista islámica, la habitual combinación de guerras civiles e internacionales, junto con las crisis económicas traería la decadencia del reino sasánida y la ruina de la antigua Mesopotamia. Lo que ocurrió entonces sigue estando en el reino de las hipótesis, pero el ejemplo de Ur en la época seléucida sirve sin duda alguna como modelo. Muy probablemente los canales mal cuidados se secaron y los ríos cambiaron una vez más de lecho. La población abandonó estas ciudades medio arruinadas y ahora carentes de agua para dispersarse por las aldeas de los alrededores, y así las viejas ciudades mesopotámicas desaparecieron tan rápidamente bajo la arena del desierto y el aluvión de una llanura antaño muy fértil.

---

[59] V. Chapot: *La Frontiére de l'Euphrate*, París, 1907; A. Poidebard: *La Trace de Rome dans le desert de Syrie*, París, 1934; D. Oates: *Studies*, pp. 67/117.

[60] D. Oates: *Studies*, pp. 80/92; pp. 97/106; «Ain Sinu», en J. Curtis (Ed.): *Fifty Years of Mesopotamian Discovery*, London, 1982, pp. 120/122.

[61] Excavaciones alemanas, y luego germano-americanas en 1931-1932. Ver AM I, pp. 389/390. Escavaciones italianas simultáneas con las de Seleucia (ver nota 31).

[62] S. Langdon: «Excavations at Kish and Barghutiat», *Iraq*, 1, 1934, pp. 113/122; P. R. S. Moorey: *Kish Excavations, 1923-1933*, Oxford, 1978, pp. 180 ss.

[63] UVB, 15, 1959, pp. 27/34; 16, 1960, pp. 23/29; H. Lenzen: «Ein Goldkranz aus Warka», *Sumer*, 13, 1957, pp. 205/206.

EPÍLOGO

Así pereció una de las más antiguas y de las más notables civilizaciones del Mundo Antiguo. Brutalmente destruida en Asiria a finales del siglo VII antes de nuestra era, sobreviviría en Babilonia durante unos seiscientos años, para desaparecer junto con la última inscripción en escritura cuneiforme a comienzos de nuestra era. Nacida durante los períodos de Uruk y Jemdet Nasr (3750-2900) casi duró unos cuatro milenios.

En su lenta decadencia a partir del siglo V los factores económicos parecen haber jugado un papel menos importante que el que estaríamos inclinados a concederles, y los factores ecológicos —desplazamiento de los cursos de agua, encenagamiento de los canales, salinización del suelo— responsables del abandono de las grandes ciudades y de numerosas aldeas no llegaron a ser determinantes más que a finales de la época sasánida. En último término la decadencia y la muerte de esta civilización parecen deberse a tres causas fundamentales: la prolongada ausencia de un gobierno nacional, que tuviese sus raíces en el propio país, la helenización de Mesopotamia por parte de Alejandro y sus sucesores, y sobre todo los profundos cambios de orden étnico, lingüístico, cultural y religioso introducidos por las oleadas sucesivas de invasores, por lo general pacíficas —persas, griegos, arameos de Siria, árabes pre-islámicos— que pudieron ser asimiladas. En el curso de su larga historia Mesopotamia había sido invadida en numerosas ocasiones, pero los guti, los amorritas, los hurritas, los casitas, los arameos de la primera oleada y los caldeos habían hallado en los valles del Tigris y el Éufrates una cultura relativamente joven y vigorosa, infinitamente superior a la suya y la habían ido adoptando invariablemente. Pero, ¿qué tenían que ofrecer los babilonios a los griegos del siglo tercero antes de nuestra era, a los discípulos de Platón y Aristóteles, como no fuese la abstrusa ciencia de sus astrónomos y matemáticos? Además nada estaba menos adaptado a las ne-

cesidades de la sociedad cada vez más cosmopolita que se estaba formando en Mesopotamia que esta escritura cuneiforme, liosa y complicada hasta tal punto que los propios babilonios estuvieron a punto de abandonarla. Lo que los macedonios, los griegos y los inmigrantes orientales hallaron en este país fue una civilización cada vez más esclerotizada en muchos sentidos y conservada en algunos templos por unos pocos sacerdotes. La creatividad y la espontaniedad estaban ausentes de la literatura desde la época de Hammurabi, o como mucho desde la de los casitas; la gran escultura había muerto en Mesopotamia junto con los asirios; la arquitectura todavía era capaz de producir bellos monumentos, pero estrictamente ajustados a las normas tradicionales; y en cuanto a las ciencias, a excepción de la astronomía, ya habían alcanzado su punto culminante sin haber podido penetrar jamás en la esencia de las cosas. La fidelidad a las tradiciones, que parece haber sido la característica dominante de la civilización sumero-acadia, había garantizado su cohesión y su continuidad durante tres milenios, pero ahora se había convertido en un *handicap* más que en una ventaja. El período crucial para Mesopotamia lo constituirá la Epoca Helenística, quizás comparable con el Renacimiento o con la época en la que vivimos. El nuevo mundo que había inaugurado la conquista de Alejandro era un mundo que evolucionaba muy rápidamente, caracterizado por la ampliación de las relaciones humanas entre los tres continentes, y por una curiosidad, a la vez ávida y crítica, así como por la puesta en duda de la mayor parte de la valores éticos, religiosos, científicos y artísticos [1]. En ese mundo ya no había lugar para una literatura que sólo los sabios podían leer ya, ni para un arte que tomaba su inspiración de modelos y de ideas ya pasados de moda, así como tampoco para una ciencia que le daba la espalda a las explicaciones racionales o para una religión que no admitiese el escepticismo. La civilización mesopotámica, al igual que la civilización egipcia, estaba condenada. Si fuese posible resumir un fenómeno extremadamente complejo en una fórmula única y por lo tanto necesariamente inexacta, se podría decir que había muerto de vieja.

Sin embargo las civilizaciones rara vez mueren sin dejar ninguna huella, y nosotros, hombres y mujeres del siglo XX, debemos reconocer nuestra deuda para con Mesopotamia. En el momento en el que utilizamos el átomo con fines pacíficos o terriblemente bélicos, en el que exploramos el sistema solar y sondeamos el cosmos, será bueno acordarse de que a los mesopotamios les debemos los principios básicos de nuestra matemática y de nuestra astronomía, porque ellos inventaron la numeración «posicional», y que medimos nuestros días como ellos medían los ángulos y el transcurso del tiempo. También les debemos —¿pero debemos alegrarnos de ello?— una astrología que no ha perdido nada de su atractivo para muchos de nuestros con-

[1] W. W. Tarn: *La Civilisation hellénistique,* París, 1936, pp. 219/337.

temporáneos. A lo que habría que añadir los primeros sistemas administrativos eficaces, algunas instituciones como la coronación de los reyes y la gestión municipal de las ciudades, así como muchos símbolos, todavía utilizados, sobre todo en el arte religioso, como la cruz de Malta, el creciente lunar, el «árbol de la vida», y algunas palabras[2] que nos han legado por medio del griego, el árabe o el turco —palabras como caña (acadio *qânu*), alcohol *(guhlu)*, yeso *(gassu)*, mirra *(murru)*, nafta *(naptu)*, azafrán *(azupiranu)*, dragomán *(targumanu)*, cuerno *(qânu)*, o mezquino *(mushkenu)*— y por último y sobre todo los múltiples elementos mesopotámicos que se pueden observar en la Biblia y de los que el ejemplo más clásico lo constituye la historia del diluvio.

Todo esto podría parecer muy poco cuando se lo compara con la ingente masa de nuestro pasado grecorromano, pero los listados de este tipo no podrán nunca hacer justicia al papel que Mesopotamia jugó en el desarrollo cultural de la humanidad. No tener en cuenta más que las migajas que han sobrevivido equivaldría a contar los muebles o las cucharillas heredadas de nuestros lejanos antepasados olvidándonos que les debemos nuestra propia existencia, que ellos han hecho de nosotros lo que somos.

Unos setenta siglos antes de nuestra era los habitantes de Mureybet y de Jarmo, en el norte mesopotámico, habían tomado una parte muy activa en esa revolución que sería capital para el destino de la humanidad, y que fue la invención de la agricultura, y sus inmediatos descendientes fueron los primeros en decorar la cerámica, en moldear los ladrillos y en trabajar el metal. Será sobre las riberas del Tigris y de sus afluentes, en Tell es-Sawwan y Choga Mami donde se llevarían a cabo hacia el 5500 las primeras experiencias de agricultura por irrigación, innovación que muy pronto sería retomada y perfeccionada en el valle del Éufrates, en el que también se habrían descubierto la rueda, la vela y el arado, y en el que se formarían las primeras grandes ciudades agrupadas en torno a los templos, y se ejecutarían las primeras obras de arte, casi perfectas de entrada. En los alrededores del 3300 los sumerios inventaron la escritura, otra revolución fundamental, que iría a permitir al hombre mejorar y profundizar en su pensamiento, transmitirlo de generación en generación y hacerlo tanto más inmortal cuanto que lo depositaba en un soporte material casi indestructible. Con los semitas (acadios, babilonios y asirios) este útil no sólo se utilizará para administrar mejor los dominios y los estados, lo que había sido su primer destino, sino también para comunicarse, para conservar el pasado en el recuerdo, para organizar en un todo coherente los conceptos religiosos hasta entonces dispersos, para honrar y servir a los dioses y para intentar arrancarles el secreto de los destinos, para glorificar a sus príncipes, para codificar el dere-

[2] Se hallará una lista de estas palabras en H. W. F. Saggs: *The Greatness that was Babylon*, London, 1962, pp. 493/495.

cho, para clasificar, con el fin de entenderlo mejor, el mundo que los rodeaba y los fascinaba y para sentar las primeras bases de la investigación científica, así como para expresar, a través de sus atractivos mitos, leyendas, poemas épicos y «consejos sapienciales» su reflexión acerca de los temas propiamente filosóficos, que iban desde el misterio de la creación del cosmos y del hombre al problema del bien y del mal, y para otras mil cosas que no podemos enumerar, por que ningún pueblo de la Antigüedad preclásica nos ha dejado tantos textos y de tantos tipos diferentes. Tan rica y tan vivaz fue esta civilización, más espiritual que material, que en seguida fue adoptada, con los mínimos retoques que imponían las diversas condiciones y creencias locales, por todo el Próximo Oriente Asiático, de Palestina a Anatolia y de Siria al Irán, y cuya influencia se extendió hasta Egipto y el Valle del Indo. Éste fue el auténtico «legado» mesopotámico y no sólo algunas instituciones, algunos símbolos y unas cuantas palabras. Es a esta impresionante serie de descubrimientos técnicos básicos y de hazañas intelectuales a los que Mesopotamia debe «su lugar *orgánico* en el linaje de nuestro pasado» [3].

Pero no nos engañemos, la civilización que floreció entre los dos ríos no nació ni murió en un perfecto aislamiento, en el ámbito relativamente aislado que le imponían los mares y las montañas que la rodeaban. Ha llegado hasta Europa y hasta nosotros de dos formas: en primer lugar a través de la difusión que tuvo lugar en la prehistoria de algunos aspectos meramente técnicos, y en segundo lugar a través del doble canal de la tradición judeo-cristiana y de la civilización griega, en lo que se refiere a su contenido espiritual y artístico.

Los historiadores de la Antigüedad Clásica, cegados durante mucho tiempo por el «milagro griego», cuyos méritos tampoco se trata de negar ahora, comienzan ya a reconocer el impacto que las influencias orientales ejercieron sobre el pensamiento y el arte helénicos [4]. Mucho antes de que Alejandro introdujese Grecia en Asia, los países del Egeo ya habían mantenido contactos directos y frecuentes, por una parte con el sector marítimo de la Anatolia prehitita, y luego hitita, y de la otra con Siria-Palestina, y, a través de ella con Egipto y Mesopotamia. Desde los comienzos del segundo milenio, si no antes, mercaderes, artesanos y artistas, acompañados a veces por embajadores y escribas, no dejaron de franquear, en ambos sentidos, el mar,

---

[3] J. Bottéro: «L'Assyriologie et notre histoire», *Dialogues d'histoire ancienne,* 7, París, 1981, p. 95.

[4] Numerosos trabajos han sido consagrados al estudio de las relaciones entre la civilización griega y las civilizaciones orientales. Entre los más recientes pueden citarse: R. M. Haywood: *Ancient Greece and the Near East,* London, 1965; M. L. West: *Early Greek Philosophy and the Orient,* London 1971; H. A. Hoffner (Ed.): *Orient and Occident* (OAT, 22). Neukirchen-Vluyn, 1973; D. Kagan: *Problems in Ancient History, I, The Ancient Near East and Greece,* New York, 1975; E. Will, C, Mosse y P. Goukowsky: *Le Monde Grec et l'Orient,* París, 1975; H. G. Gundel: *Der alte Orient und die griechische Antike,* Stuttgart, 1981.

nunca lo suficientemente profundo y jalonado de islas, que separa a Creta y la Hélade del continente asiático. Entre el 1500 y el 1200 marinos y comerciantes micénicos vivían en Ugarit, en la costa siria, mientras que los mitos y leyendas de Babilonia eran leídos en las riberas del Nilo en su propia lengua y en su propia escritura [5]. No es asombroso que la civilización griega haya sido construida «sobre cimientos mediterráneos orientales» [6], es decir, en fin de cuentas, básicamente mesopotámicos. Es lógico suponer que la medicina asirio-babilonia pudo haber abierto el camino a la reforma hipocrática [7], y es extremadamente probable que los primeros grandes matemáticos griegos, como Pitágoras en el siglo VI antes de J.C., hayan tomado mucho de sus predecesores de las riberas del Éufrates. Si es muy difícil analizar las influencias orientales en la literatura helénica, por lo general suele admitirse como mínimo que las fábulas de Esopo poseen antecedentes sumero-acadios, que Gilgamesh probablemente sea el prototipo de Heracles y de Ulises a la vez, y que el mito de Etana ya prefigura el de Ícaro [8]. En lo que al arte se refiere basta con examinar, aunque sea superficialmente, algunas estatuas, figurillas y relieves griegos del perído arcaico para que salten a los ojos las grandes afinidades existentes con el arte mesopotámico más antiguo o coetáneo [9].

Ya que Mesopotamia ejerció, directa o indirectamente, una gran influencia sobre Grecia, podemos suponer que debió haber marcado mucho más a los países del Próximo Oriente, que estaban a sus puertas. Se ha demostrado hasta la saciedad que ello es así en lo que se refiere a los hititas, cananeos, hebreos, Urartu y la Persia Aqueménida, ¿pero qué ocurre con el Irán parto o sasánida, y con la Anatolia helenística, romana o bizantina? ¿Y con Arabia y la religión e instituciones preislámicas? ¿Y con el propio Iraq, su cuna, desde la época parta hasta nuestros días? Yendo todavía más lejos, el arqueólogo M. Rostovtzeff escribía hace casi medio siglo: «progresivamente nos vamos dando cuenta de cuán grande ha sido la influencia del arte babilonio y persa sobre el desarrollo artístico de la India y la China» [10]. El material es muy abundante, aunque se halla muy disperso; sin em-

---

[5] La mayor parte de las tablillas de la leyenda de Adapa han sido descubiertas en Tell el-Amarna en Egipto.

[6] C. H. Gordon: *Before the Bible,* London, 1962, pp. 9 y 132.

[7] J. Filliozat: «Pronostics médicaux akkadiens, grecs et indiens», *Journal asiatique,* 240, 1952, pp. 299/231; M. Sandrail: *Les Sources akkadiens de la pensée et de la méthode hippocratiques,* Toulouse, 1953.

[8] C. H. Gordon: *Op. cit.*, pp. 49/97 y 218/277; R. Graves: *The Greek Myths,* Hardmondsworth, 1957, II, p. 89. (Hay traducción castellana, Alianza, Madrid).

[9] Ver, por ejemplo R. D. Barnett: «Ancient Oriental influences on archaic Greece», en *The Aegean and the Near East. Studies presented to H. Goldmann,* New York, 1956, pp. 212/238; P. Demargne: *Naissance de l'art grec,* París, 1964, pp. 313/383. R. A. Jairazbhoy: *Oriental Influences in Western Art,* London, 1965.

[10] M. Rostovtzeff: *The Social and Economic History of the Hellenistic World,* Oxford, 1941, p. 84.

bargo nadie, que sepamos, parece haber llevado a cabo un estudio comparativo de este tipo. Pero todavía quedan tantos yacimientos mesopotámicos por excavar, tantos textos cuneiformes por traducir y analizar, tantas lagunas que llenar en nuestros conocimientos actuales que es preciso dejar estas minuciosas investigaciones, pero no por ello carentes de interés, a los investigadores de las generaciones venideras.

I. PREHISTORIA

FECHAS	PERIODOS	MESOPOTAMIA	
		NORTE	SUR
c. 70000	PALEOLITICO MEDIO	Barda Balka **Shanidar D** **(c. 60-35000)** Hazar Merd	
35000	PALEOLITICO SUPERIOR	**Shanidar C** **(c. 34-25000)**	
25000		(*Hiatus*)	
12000		Shanidar B2 Zarzi. Palegawra	
9000	MESOLITICO	Shanidar B1 Zawi Chemi Shanidar Karim Shehir Mlefaat Mureybet	Bus Mordeh
7000	NEOLITICO	Jarmo Shimshara	Ali Kosh
6000	CALCOLITICO	Umm Dabaghiyah HASSUNA Yarim Tepe 1 Matarrah SAMARRA T. Sawwan HALAF Yarim Tepe 2 Arpachiya Choga Mami	ERIDU (Ubaid 1)? HAJJI MOHAMMED (Ubaid 2)
5500			
5000			
4500		UBAID NORTE	UBAID SUR
4000		Tepe Gawra y otros numerosos yacimientos	el 'Ubaid, Ur y otros numerosos yacimientos
3750		PERIODO DE URUK	
	BRONCE ANTIGUO	Tepe Gawra Qalinj Agha, Grai Resh, Habuba Kabira y otros numerosos yacimientos	Uruk, Tell 'Uqair y otros numerosos yacimientos
		Tell Brak	
3000		NINIVE V	JEMDAT NASR
			D.A. I
2700	HISTORICO		D.A. II
2500			D.A. III

DESARROLLO TECNICO Y CULTURAL EN MESOPOTAMIA
Caza y recolección Neandertaloides viviendo en cuevas y abrigos bajo roca.
Homo sapiens sapiens Perfeccionamiento y diversificación del utillaje lítico Ampliación del espectro alimentario
Utiles y armas microlíticos Importación de obsidiana Trabajo del hueso. Primeras figurillas Primeros agrupamientos de habitaciones Inicio de la domesticación de animales (rebaños guardados).
Domesticación progresiva de animales y plantas comestibles Poblados Invención de la cerámica Primeros ladrillos crudos
Uso del cobre Primeras pinturas murales Agricultura por irrigación Primeros sellos-impronta Primeros santuarios Cerámica de lujo pintada, incisa o decorada con terracota. Figurillas decoradas y en alabastro Gran utilización del ladrillo
Templos cada vez más complejos Hoces y mazos de arcilla Utilización de la caña en el Sur
Urbanización Torno de alfarero, ruedaarado, vela Trabajo del metal (bronce, oro, plata) Templos monumentales Primeros cilindro-sellos Aparición de la escritura (c. 3300) Desarrollo de la escultura Expansión comercial
CIVILIZACION SUMERIA «Ciudades-Estado» Aldeas fortificadas Desarrollo de la escritura Archivos administrativos de Fara y Abu Salâbikh

II. PERIODO DINASTICO ARCAICO (c. 2750-2300)

FECHAS	SUB-PERIODOS	KISH	URUK	UR
2750	*D.A. I*	*KISH I* *21 reyes (entre ellos* Etana*)* *después del «Diluvio» hasta*	*URUK I* *4 reyes «míticos»:* Meskiangasher Enmerkar Lugalbanda Dumuzi *c. un siglo hasta:*	
2700		**Enmebaragesi** (c. 2700)	**Gilgamesh**	
	D.A. II	Agga		
2650			*6 sucesores de Gilgamesh entre c. 2660 y c. 2560*	*Cementerio real·* **Meskalamdug**
2600		Uhub (c. 2570)		**Akalamdug** (c. 2600) *UR I*
2550	*D.A. IIIA*	**Mesilim** (c. 2550)		**Mesannepadda** (c. 2560-2525)
		KISH II		**A-annepadda** (c. 2525-2485)
2500		*6 reyes (+ Zuzu de Akshak?) de c. 2520 hasta:*		**Meskiagnunna** (c. 2485-2450)
2450		Enbi-Ishtar (c. 2430)	*URUK II* **En-shakush-anna** (c. 2430-2400)	**Elili** (c. 2445) **Balili**
	D.A. IIIB	*KISH III*		*UR II*
2400		Ku-Baba *(tabernera)*	**Lugal-kinishe-dudu** (c. 2400)	
		KISH IV		*4 reyes (nombres desconocidos)*
		Puzur-Sîn	Lugalkisalsi	
2350		Ur-Zababa (c. 2340)	*URUK III* **Lugalzagesi** (c. 2340-2316)	
2300	*ACAD*			

La cronología de este período es incierta y varía según los autores. Todas las fechas son aproximadas. El orden de reyes de Mari atestiguado por sus inscripciones (y aparentemente diferentes de aquéllas de la Lista real sumeria) no está establecido, a excepción de Ublu-Il, vencido por Ar-Ennum de Ebla.

LAGASH	MARI	EBLA	OTRAS DINASTIAS
En-hegal (c. 2570)	DINASTIA DE MARI de la Lista real sumeria 6 reyes: 136 años?		*AWAN* — *ADAB* Nin-kisalsi 3 reyes Peli — Me-durba 13 reyes hasta c. 2250 Lugal-dalu *HAMAZI* — c. 2450
Lugal-shag-engur (c. 2500) Ur-Nanshe (c. 2490) Akurgal (c. 2465) Eannatum (c. 2455-2425) Enannatum I (c. 2425) Entemena (c. 2400) Enannatum II En-entarzi Lugalanda Uru-inimgina (c. 2350)	Ilshu (c. 2500) Lamgi-Mari Ikun-Shamash Ikun-Shamagan Ibiul-Il Enna-Dagan Ikun-shar	Igrish-Halam Irkab-Damu Ar-Ennum Ebrium	Hatanish — *AKSHAK* Zizi = ? — Zuzu Unzi Puzur-Nirah Ishu-Il Shu-Sîn
	Hida'ar	Ibbi-Sipish	DINASTIA DE ACAD Sharrum-kîn (Sargon) (c. 2334-2279)

III. DINASTIAS DE ACAD, DE LOS GUTI Y DE UR III (c. 2334-2004)

FECHAS	ACAD/UR	URUK/ISIN	GUTI/LARSA
	DINASTIA DE ACAD	**Lugalzagesi**	
	Sharrum-kîn (Sargon) (2334-2279)		
2300			
	Rimush (2278-2270)		
	Manishtusu (2269-2255)		
2250	**Narâm-Sîn** (2254-2218)		
	Shar-kalli-sharri (2217-2193)		DINASTIA DE LOS GUTI
2200			*21 reyes Guti hasta 2120*
	Anarquía		
			Los Guti invaden Acad y Sumer
	Shu-Turul (2168-2154)	*URUK IV*	
2150		Ur-nigina (2153-2147)	
		Ur-gigira (2146 2141)	
		+ 3 *reyes*	
		URUK V	
	UR III	**Utu-hegal** (2123-2113)	**Tiriqan** (x-2120)
	Ur-Nammu (2112-2095)		
2100			
	Shulgi (2094-2047)		
2050			
	Amar-Sîn (2046-2038)		
	Shu-Sîn (2037-2029)		DINASTIA DE LARSA
	Ibbi-Sîn (2028-2004)	DINASTIA DE ISIN	**Naplânum** (2025-2005)
		Ishbi-Erra (2017-1985)	
2000	*Caída de Ur* (2004)		**Emisum** (2004-1977)

* Con excepción de Apil-Kîn, contemporáneo de Ur-Nammu, el orden y la cronología de los *shakkanakku*

LAGASH	MARI
	Sargón toma Mari y Ebla
	Migir-Dagan
Lugal-ushumgal (2230-2200)	*Naram-Sîn toma Mari y destruye Ebla*
ENSI DE LAGASH	
Ur-Baba (2155-2142)	
Gudea (2141-2122)	
Ur-Ningirsu (2121-2118) Pirig-me (2117-2115) Ur-gar (2114) Nam-mahazi (2113-2111)	EPOCA DE LOS SHAKKANAKKU*
	Apil-kîn
GOBERNADORES DE LAGASH VASALLOS DE UR	Niwar-Mêr
Ur-Ninsuna	
Ur Ninkimara	Iddin-ilum
Lu-kirilaza	Ilum-Ishtar
Ir-Nanna	
	Ishme-Dagan
Lagash independiente (2023)	Ishtup-ilum

De Mari son muy inciertos.

IV. PERIODOS DE ISIN-LARSA, PALEO-BABILONIO

FECHAS	ISIN	LARSA	BABILONIA
		DINASTIA DE LARSA	
2025	DINASTIA DE ISIN	**Naplânum** (2025-2005)	
	Ishbi-Erra (2017-1985)		
		Emişum (2004-1977)	
2000			
	Shu-ilishu (1984-1975)		
	Iddin-Dagan (1974-1954)	Samium (1976-1942)	
1950	Ishme-Dagan (1953-1935)		
		Zabaia (1941-1933)	
	Lipit-Ishtar (1934-1924)	**Gungunum** (1932-1906)	
	Ur-Ninurta (1923-1896)		
		Abi-sarê (1905-1895)	*BABILONIA I*
1900	Bur-Sîn (1895-1874)	Sumu-El (1894-1866)	**Sumu-abum** (1894-1881)
			Sumu-la-El (1880-1845)
	Lipit-Enlil (1873-1869)		
	Erra-imitti (1868-1861)		
	Enlil-bâni (1860-1837)	Nûr-Adad (1865-1850)	
		Sîn-iddinam (1849-1843)	
1850		Sîn-eribam. Sîn-iqisham	Sabium (1844-1831)
	Zambia. Iterpîsha. Urdukuga (1836-1828)	Silli-Adad (1842-1835)	
	Sîn-magir (1827-1817)	Warad-Sîn (1834-1823)	Apil-Sîn (1830-1813)
	Damiq-ilishu (1816-1794)	Rîm-Sîn (1822-1763)	Sîn-muballiṭ (1812-1793)
1800	*Rîm-Sîn toma Isin*		**Hammurabi** (1792-1750)
		Hammurabi toma Larsa	
1750	DINASTIA DEL PAIS DEL MAR	Rîm-Sîn II (1741-1736)	**Samsu-iluna** (1749-1712)
	Iluma-ilum (Iliman) (c. 1732)		
			Abi-eshuh (1711-1684)

Y PALEO-ASIRIO (c. 2000-1600)

MARI	ASIRIA	ESHNUNNA	ANATOLIA
		Eshnunna independiente	
	Ushpia	Ilushu-ilia (c. 2028)	
	Kikkia		
		Nûr-ahum	*Cultura capadocia*
	Akkia		
		Kirikiri	
	DINASTIA DE PUZUR-ASHUR		
		Bilalama	
	Puzur-Ashur I		
		Ishar-ramashshu	
	Shallim-ahhê		
		Usur-awassu	
		Azuzum	
	Ilushuma		
		Ur-Ninmar	
			Colonias de mercaderes asirios en Capadocia.
		Ur-Ningizzida	
	Erishum I (c. 1906-1867)	Ibiq-Adad I	*(kârum* Kanesh I)
		Sharria	
		Belakum	
		Warassa	
	Ikûnum	Ibal-pî-El I	
DINASTIA AMORRITA LLAMADA DE LOS LIM	Sharru-kîn (Sargon I)	Ibiq-Adad II	
Iaggid-Lim	Puzur-Ashur II		*Abandon du kârum Kanesh*
	Narâm-Sîn		
Iahdun-Lim			
	Erishum II		Pitkhana
Iasmah-Adad (c. 1810-1781)	Shamshi-Adad I (1813-1781)	Dâdusha	*kârum* Kanesh II
Zimri-Lim (c. 1780-1759)	Ishme-Dagan (1780-1741)	Ibal-pî-El II	Anitta
Hammurabi destruye Mari	*Hammurabi toma Asur?*	*Hammurabi toma Eshnunna*	
	Mut-Ashkur	Iqish-Tishpak	
CASITAS	Rimush	Anni	
Gandash (c. 1730)	Asinum	*Samsu-iluna destruye Eshnunna*	
Agum I	*Anarquía: 8 usurpadores de Puzur-Sin a Adasi*		

IV. PERIODOS DE ISIN-LARSA, PALEO-BABILONIO... (continuación)

FECHAS	ISIN	LARSA	BABILONIA
1700	Itti-ili-nibi		
	Damiq-ilishu		Ammi-ditana (1683-1647)
	Ishkibal		
1650			
	Shushshi		Ammi-saduqa (1646-1626)
	Gulkishar		Samsu-ditana (1625-1595)
1600			
	Otros 5 reyes hasta Ea-gâmil' (c.1460).		*1595: toma de Babilonia por los hititas*
			Agum II ←

MARI/HANA	ASIRIA	ESHNUNNA	ANATOLIA
Kashtiliash I *rey de Hana*	Bêlu-bâni (1700-1691)		
	Libaia (1690-1674)		ANTIGUO IMPERIO HITITA
Ushshi	Sharma-Adad I (1673-1662)		Labarnas I (c. 1680-1650?)
Abirattash	*I*Ptar-Sîn (1661-1650)		
	Bazaia (1649-1622)		Hattusil (1650-1590)
Kashtiliash II			
Urzigurumash	Lullaia (1621-1618)		Murisl (1620-1590)
Harbashihu	Kidin-Ninua (1615-1602)		
Tiptakzi	Sharma-Adad II (1601)		
Agum II	Erishum III (1598-1586)		
	Shamshi-Adad II (1585-1580)		Hantilis I (1590-1560)

V. PERIODO CASITA (c. 1600-1200) (continuación)

FECHAS	BABILONIA	ASIRIA	HURRI-MITANI
1600	1595: toma de Babilonia por los hititas	Erishum III	
	DINASTIA CASITA	Shamshi-Adad II Ishme-Dagan II	Kirta
	Agum II kakrime (c. 1570)	Shamshi-Adad III	**Shuttarna I** (c. 1560)
1550		Ashur-nirâri I (1547-1522)	*Formación del reino mitanio*
	Burnaburiash I		Parattarna (c. 1530)
		Puzur-Ashur III (1521-1498)	
1500	Kashtiliash III	Enlil-nâṣir	**Saustatar** (c. 1500)
		Nûr-ili	*Asiria vasallo de Mitani*
	Ulamburiash	Ashur-râbi I	
1450	Agum III	Ashur-nadin-ahhê I	*Archivos de Nuzi*
	Kadashman-harbe I	Enlil-nâṣir II	Artatama I (c. 1430)
	Karaindash	Ashur-nirâri II	
		Ashur-bêl-nishêshu	
	Kurigalzu I	Ashur-rem-nishêshu	
1400	Kadashman-Enlil I	Ashur-nadin-ahhê II	Shuttarna II (c. 1400)
		Eriba-Adad I (1392-1366)	Artatama II — Tushratta
	Burnaburiash II (1375-1347)		
		Ashur-uballiṭ I (1365-1330)	Mattiwaza
1350	Karahardash Kurigalzu II (1345-1324)		Shuttarna III
	Nazimaruttash (1323-1298)	Enlil-nirâri Arik-den-ili (1319-1308)	Shutatarra = ? Shattuara I
		Adad-nirâri I (1307-1275)	

ANATOLIA	SIRIA/PALESTINA	EGIPTO	ELAM
ANTIGUO IMPERIO HITITA (desde c. 1680)		*Periodo de los Hicsos*	*DINASTIA DE EPARTI (desde c. 1850)*
			Tata (1600-1580)
Hantilis I (1590-1560)		*IMPERIO NUEVO*	
		XVIII DINASTIA	Atta-merra-halki (1580-1570)
	Los Hicsos expulsados de Egipto	**Amosis (1576-1546)**	
Zidantas I			Pala-ishshan (1570-1545)
Ammunas	Idrimi, rey de Alalah	Amenofis I (1546-1526)	Kur-Kirwesh (1545-1520)
Huzziyas I			
Telepinus (1525-1500)	*Campanas egipcias en Siria*	**Thoutmosis I (1526-1512)**	Kuk-nahhunte (1520-1505)
		Thoutmosis II (1512-1504)	
Alluwanash		**Thoutmosis III (1504-1450)**	Kutir-nahhunte II (1505-?)
Hantilis II			
Zidantas II			
Huzziyas II	*Conquista de Siria por Egipto*		
NUEVO IMPERIO HITITA			
Tudhaliyas I (1450-1420)	*Campañas de Amenofis en Siria-Palestina*	Amenofis II (1450-1425)	
		Thoutmosis IV (1425-1417)	
Arnuwandas I (1420-1400)		Amenofis III (1417-1379)	
Tudhaliyas II Hattusil II **Tudhaliyas III (1395-1380)**	*Epoca de el Amarna (c. 1400-1350)*		
Suppiluliumas I (c. 1380-1336)		Amenofis IV (Akenatón) (1379-1362)	
	Conquista de Siria del N. por los hititas	Tutankamón (1361-1352)	*IGEHALKIDES*
Mattiwaza	*Archivos de Ugarit. Escritura cuneiforme alfabética*	Ay (1352-1348)	Ige-halki (1350-1330)
		Horemheb (1348-1320)	Hurpatila
Arnuwandas II Mursil II **(1335-1310)**		*XIX DINASTIA*	Pahir-ishshan I (1330-1310)
		Ramses I (1319-1317) Seti I (1317-1304)	
Muwatallis (1309-1287)			Attar-kittah (1310-1300)

V. PERIODO CASITA (c. 1600-1200) (continuación)

FECHAS	BABILONIA	ASIRIA	HURRI-MITANI
1300	Kadashman-Turgu (1297-1280)		Wasasatta
	Kadashman-Enlil II (1279-1265)	Salmanasar I (1274-1245)	Shattuara II
1250	Kudur-Enlil Shagarakti-Shuriash (1255-1243)		
	Kashtiliash IV	Tukulti-Ninurta I (1244-1208)	
	Gobernadores asirios (1235-1227)		
	Enlil-nadin-shumi Adad-shuma-iddina Adad-shuma-uṣur (1218-1189)	Ashur-nadin-apli Ashur-nirâri III Enlil-kudurri-uṣur Ninurta-apal-Ekur (1192-1180)	
1200	Melishipak (1188-1174)		
	Marduk-apal-iddina (1173-1161)	Ashur-dân I (1179-1134)	
	Zababa-shuma-iddina Enlil-nadin-ahhê (1159-1157)		
1150	*Fin de la dinastía casita (1157)*		

El número, el orden y la cronología de los primeros reyes de la dinastía casi hasta Burnaburiash II son muy inseguros. Sucede lo mismo con los últimos reyes del imperio hitita.

ANATOLIA	SIRIA PALESTINA	EGIPTO	ELAM
	Batalla de Qadesh (1300)	Ramses II (1304-1237)	**Humban-numena** (1300-1275)
Hattusil (1286-1265)	*Tratado egipcio-hitita (1286)*		**Untash-napirisha** (1275-1240)
Tudhaliyas IV (1265-1235)			
	Moisés y el Exodo		
Arnuwandas III (1235-1215)		**Merneptah** (1237-1209)	**Unpatar-napirisha** Kiten-Hutran (1235-1210?)
Suppiluliumas II (1215-?)			SHUTRUKIDAS
Los frigios y los gasga destruyen el Imperio hitita (c. 1200)	*Invasión de los pueblos del Mar*	*XX DINASTIA*	**Hallutush-Inshushinak** (1205-1185)
	Filisteos	Ramses III (1198-1166)	
	Inicio de la conquista de Canaán por los israelitas		**Shutruk-nahhunte** (1185-1155)
		Ramses IV a Ramses XI (1166-1085)	**Kutir-nahhunte** **Shilhak-Inshushinak** (1150-1120)

VI. PERIODOS MEDIO-BABILONIO Y MEDIO-ASIRIO (c. 1150-750)

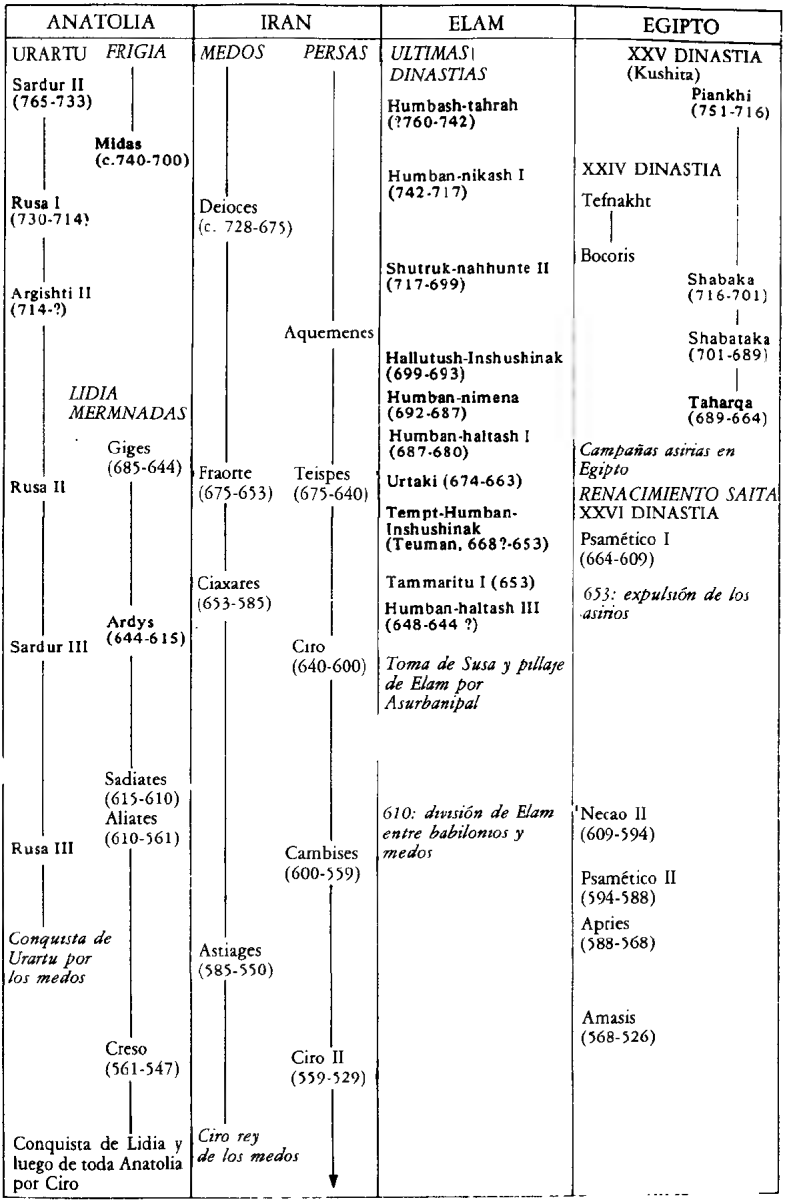
FECHAS	BABILONIA		ASIRIA	FENICIA-SIRIA
1150	*BABILONIA IV (ISIN II)*	Marduk-kabit-ahhêshu (1156-1139)	Ashur-dân I (1179-1134)	
		Itti-Marduk-balaṭu Ninurta-nadin-shumi	Ashur-rêsh-ishi I (1133-1116)	
		Nabuconodosor I (1124-1103)	**Teglath-Phalazar** I (1115-1077)	
1100		Enlil-nadin-apli Marduk-nadin-ahhê		
		Marduk-shapik-zêri	Asharid-apal-Ekur Ashur-bêl-kala (1074-1057)	*Reinos neo-hititas en Siria del Norte*
		Adad-apla-iddina (1067-1046)	Shamshi-Adad IV	
1050		Marduk-zêr-x	Ashurnaṣirpal I (1050-1032)	*Sedentarización de los arameos en Siria y expansión hacia Mesopotamia*
		Nabû-shum-libur (1032-1025)	Salmanasar II (1031-1020)	
	BABILONIA V	Simbar-shipak (1024-1007) 2 reyes (1007-1004)	Ashur-nirâri IV Ashur-rêbi II (1013-973)	*BIBLOS DAMASCO*
1000	*BABILONIA VI*	Eulma-shakin-shumi (1003-987) 2 reyes (986-984)		Ahiram Hadadezer (c. 1000)
	BABILONIA VII	Mâr-bîti-apla-uṣur		Itobaal (c. 980) *TYR*
	BABILONIA VIII	Nabû-mukîn-apli (977-942)		Hiram (c.969-931)
950		Ninurta-kudurri-uṣur Mar-bîti-ahhê-iddina (941-?)	Ashur-rêsh-ishi II Teglath-Phalazar II (967-935)	Abibaal (c.940)
			Ashur-dân II (934-912)	Yehimilk (c.920)
		Shamash-mudammiq (?-c. 900)	**Adad-nirâri II** (911-891)	
900		Nabû-shuma-ukîn (899-888 ?)	Tukulti-Ninurta II	Elibaal
		Nabû-apla-iddina (887-855 ?)	**Ashurnaṣirpal II** (883-859)	Shipitbaal *DAMASCO*
				Ben-Hadad I (880-841)
850		Marduk-zakir-shumi I (854-819)	**Salmanasar III** (858-824)	*Batalla de Qarqar (853)*
				Hazaël (841-806)
		Marduk-balassu-iqbi Baba-aha-iddina	Shamshi-Adad V (823-811)	
		5 reyes desconocidos	**Adad-nirâri III** (810-783)	
800		Ninurta-apla-x		Ben-Hadad II (806-?)
		Marduk-bêl-zêri	Salmanasar IV	
		Marduk-apla-uṣur	Ashur-dân III (772-755)	
		Eriba-Marduk (769-761)		
		Nabû-shuma-ishkun (760-748)	Ashur-nirâri V (754-745)	

PALESTINA	ANATOLIA	EGIPTO
		XX DINASTIA
EPOCA DE LOS JUECES		
Othoniel	*Formación de un reino hitto (Heráclidas) (c. 1205-700)*	*Ultimos ramésidas*
Ehud		
Baraq. Débora		*TERCER PERIODO INTERMEDIO*
Gedeón	*Campañas asirias contra los Mushki*	XXI DINASTIA
		Smendes (c. 1085)
Jefté		
Sansón		
Samuel	*Primera colonización de la costa egea por los jonios y dorios* (c. 1100-950).	Psusennès I (c. 1050)
MONARQUIA		
Saúl (1030-1010)		
David (1010-970)		
		Amunemope (c. 1000)
		Siamon (c. 975)
Salomón (970-931)		
		XXII DINASTIA
JUDA / *ISRAEL*		**Sheshonq I (945-924)**
Roboam (931-913) / **Jéroboam I (931-910)**		
Abiah / **Nadab**		**Osorkon I (924-889)**
Asa (911-870) / **Baasa (909-886)**		
Ela (886-885)		**Takelot I (889-874)**
Zimri. Omri (885-874)		
Josafat (870-848) / **Achab (874-853)**		**Osorkon II (874-850)**
	REINO DE URARTU	
Joram (848-841) / Ocozías Joram	**Arame (c. 850)**	**Takelot II (850-825)**
Ocozías / **Jéhu (841-814)**		
Atalías / **Joas (835-796)**	**Sardur I (832-825)**	**Sheshonq III (825-773)**
	Ishpuini (824-806)	XXIII DINASTIA (Libia) (c. 817-730)
Joachaz (814-798)	**Menua (805-788)**	
Amasías (796-781) / **Joas (798-783)**	**Argishti I (787-766)**	5 reyes
Azarías (Osías) (781-740) / **Jéroboam II (783-743)**		**Pami**
	Sardur II (765-733)	**Sheshonq V (767-730)**

VII. PERIODOS NEO-ASIRIO* Y NEO BABILONIO (c. 744-539)

FECHAS	BABILONIA	ASIRIA	FENICIA-ASIRIA	PALESTINA
	BABILONIA IX (desde 977)			*JUDA* — *ISRAEL*
750	Nabû-naṣir (Nabonassar) (747-734)	Tiglat-Pileser III (744-727)	*DAMASCO* Razin (740-732)	Jotham (740-736) — Menahem (743-738)
	2 reyes (734-732) Nabû-mukin-zêri	Salmanasar V (726-722)	*732: toma de Damasco*	Acaz (736-716) — Peqah Oseas (732-724)
	Merodach-Baladan II (721-710)	Sargon II (721-705)	*Incorporación de los reinos neohititas y arameos al Imperio asirio (747 a 704)*	*722: toma de Samaria*
	3 reyes (703-700)	Senaquerib (704-681)	*SIDON* Lullê	Ezequías (716-687)
700	Ashur-nadin-shumi (699-694)			
	2 reyes (693-689)			Manasés (687-642)
		Asarhaddon (680-669)	*SIDON* Abdi-milkuti	
	Shamash-shuma-ukîn (668-648)	Asurbanipal (668-627)		
650			*Campañas asirias en Fenicia*	
	BABILONIA X DINASTIA CALDEA			Amon — Josias (640-609)
	Nabû-apla-uṣur (Nabopolassar, 625-605)	Ashur-eṭil-ilâni Sîn-shumu-lishir		
		Sîn-shar-ishkun Ashur-uballiṭ II		
600	Nabucodonosor II (604-562)	*612-609: conquista de Asiria por los medos y los babilonios*	*605: batalla de Karkemish*	Joacaz Joiaqîm Joiakîn Sedecías (598-587)
			573: toma de Tiro por Nabucodonosor	*587: toma de Jerusalén por Nabucodonosor*
	Evil-Merodach Neriglissar			
550	Nabû-na'id (Nabónides) (556-539)			
	539: toma de Babilonia por Ciro			

* Normalmente, el periodo neo asirio se abre con el reino de Asurnasirpal II (883-859), llevado a la tabla VI.



porté sur le tableau VI.

VIII. EPOCAS AQUEMENIDA Y SELEUCIDA (539-126 a JC)

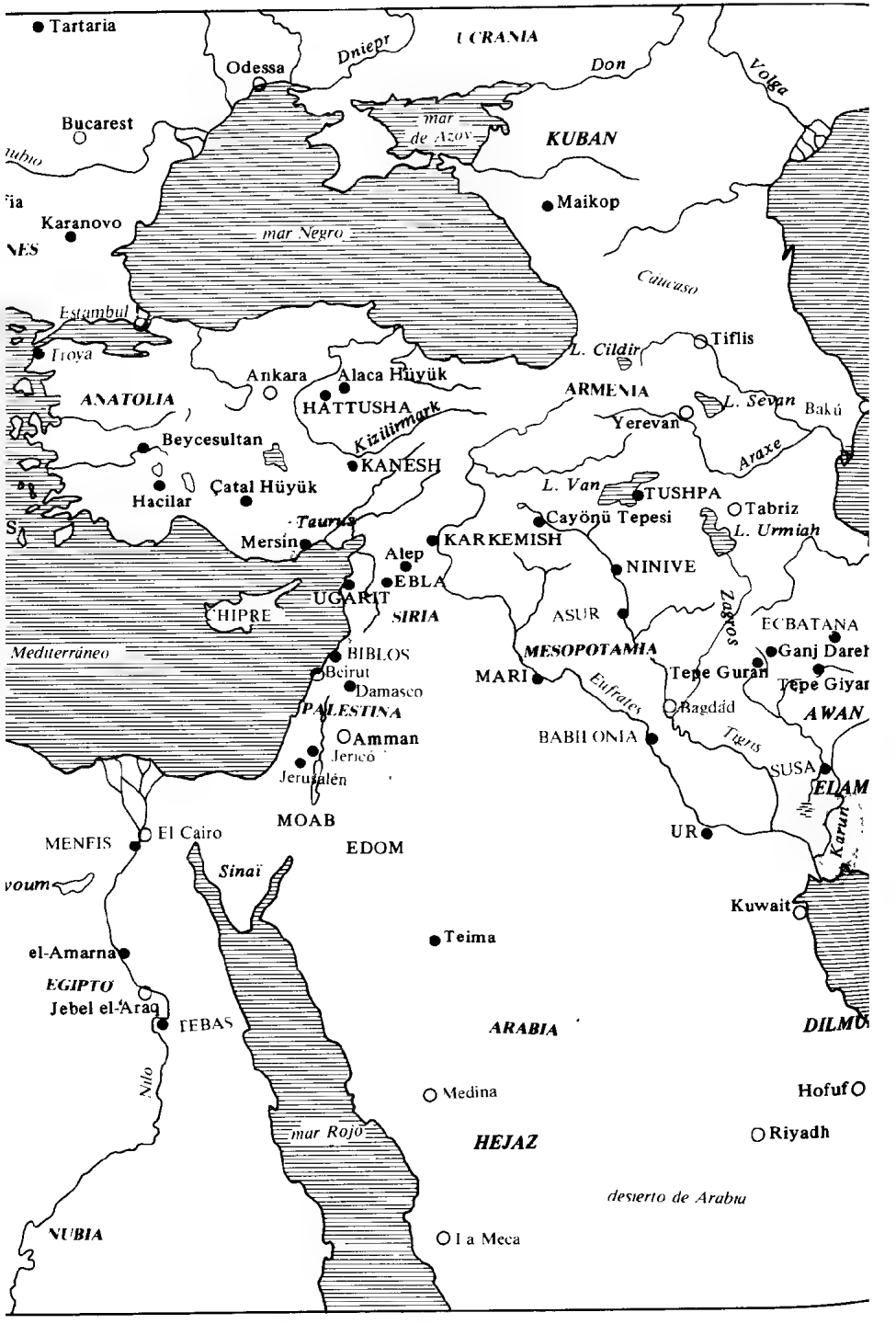
FECHAS	GRECIA	IRAN	MESOPOTAMIA
	Solón, arconte (desde c. 620)	*AQUEMENIDAS* (desde c. 700)	
550			
	Pisístrato (tirano) (539-528)		*539: toma de Babilonia por Ciro*
		Cambises II (528-523)	*EPOCA AQUEMENIDA*
		Darío I (522-486)	*Revueltas: Nabucodonosor III y Nabucodonosor IV (522-521)*
500			
	Guerras médicas (490-478)	Jerjes I (485-465)	*Revueltas: Bêl: shimuani y Shamash-eriba (482) saqueo de Babilonia.*
		Artajerjes I (464-424)	*c. 460: Herodoto en Babilonia?*
450			*Los Murashû banqueros en Nipur (455-403)*
	Pericles, estratego (443-430)		*Nabû-rimânni y Kidinnu astronomos*
	Guerra del Peloponeso (431-404)	Darío II (423-405)	
400		Artajerjes II (404-359)	*401: Jenofonte en Babilonia*
	Filipo de Macedonia (359-337)	Artajerjes III (358-338)	
350			
	Alejandro Magno (336-323)	Darío III (335-331)	*Gaugamelas (331): Alejandro entra en Babilonia. Muere en 323*
	DIADOCOS		*EPOCA SELEUCIDA*
	Seleuco I (305-281)		*311: inicio de la era seléucida*

FECHAS	SIRIA	IRAN	MESOPOTAMIA
	SELEUCIDAS		
300			*c. 300, fundación de Seleucia del Tigris*
	Antíoco I (281-260)		*Ultimas inscripciones reales en acadio (Antioco I)*
			Beroso escribe sus «Babyloniaca»
	Antíoco II (260-246)	*PARTOS ARSACIDAS*	
250		Arsaces (250-248)	
	Seleuco II (245-226)	Tiridates (248-211)	
	Antíoco III (222-187)		*Construcción de templos en Uruk*
		Artabán I (211-191)	
200			
	Antíoco IV (175-164)		*Teatro griego en Babilonia*
		Mitrídates I (171-138)	
	Demetrio I (162-150)		
150			
	Demetrio II (145-126)		*144: Mitrídates funda Ctesifonte Demetrio retoma Babilonia*
		Artabán II (128-124)	
	Antíoco VIII (126-96)		*126: Artabán II arrasa la Babilonia bajo los seleucidas*
		Mitrídates II (123-88)	
			EPOCA PARTA
100			*Importantes trabajos de construcción*
			Renacimiento en Asiria
		Orodes I (80-76)	
		Fraates III (70-57)	*Reinos de ADIABENA (Asiria) de OSRHOENA (Edesse = Urfa) y de CARACENA (antiguo «país del mar»)*
	Antíoco XIII (69-65) 64: toma de Antioquía por Pompeyo	Orodes II (57-37)	*53: Craso derrotado en Carrhae (Harran)*
50			

IX. EPOCAS PARTA Y SASANIDA (c. 126 antes J. C. - 637 después J. C.)

FECHAS	ROMA	IRAN	MESOPOTAMIA
50	César y Marco Antonio		
	IMPERIO ROMANO	Fraates IV (37-2)	*38: guerra de Labieno contra los partos*
	Octavio Augusto (— 27 a 14)		
J.-C.			
	Tiberio (14-37)	Artabán III (11-38)	
	Calígula (37-41)		
	Claudio (41-54)		
50	Nerón (54-68)	Vologeses I (51-78)	
			Fundación de Hatra (c. 70 ?)
	Vespasiano (70-79)		
	Domiciano (81-96)	Pacorus II (78-115)	*74/75: último texto cuneiforme conocido*
100	Trajano (98-117)		
		Osroes (109-128)	*Templo de Gareus en Uruk (c. 110)*
	Adriano (117-138)		**114-117: Campañas de Trajano en Mesopotamia: Toma de Ctesifonte y alcanza el golfo Pérsico.**
		Mitrídates IV (128-147)	
	Antonino (138-161)		
150		Vologeses III (148-192)	
	Marco Aurelio (161-180)		*Reino de HATRA (c. 160-240)*
			164: Casio legado de Siria, toma Nisibine y Ctesifonte
	Cómmodo (180-192)		
	Septimio Severo (193-211)	Vologeses IV (192-207)	*197: Septimio Severo toma Ctesifonte*

FECHAS	ROMA	IRAN	MESOPOTAMIA
200			
	Caracala (211-217)	Artabán V (208-226)	*Caracala asesinado en Carrhae*
	Alejandro Severo (222-235)	*SASANIDAS* Ardashir I (224-241)	*EPOCA SASANIDA* *226: Ardashir toma Mesopotamia* *232: campaña de Alejandro Severo; fracaso*
		Shapur I (241-272)	*240: Ardashir destruye Hatra*
250	Valeriano (253-260)		*256: Shapur destruye Asur* *260: Valeriano prisionero de Shapur I*
	Aureliano (270-275)		*262: Odenato (Palmira), aliado de los romanos, marcha sobre Ctesifonte*
		Bahram II (276-293)	
	Diocleciano (285-305)		
		Narsés (293-302)	*296: guerra contra Narsés; después paz. Roma conquista provincias en Mesopotamia*
300			
	Constantino (312-337)	**Shapur II (309-379)**	
	Constancio II (337-361)		*338-350: guerra, después paz entre Constancio y Shapur II*
350			
	Juliano el Apóstata (361-363)		*El ejército romano invade Mesopotamia y después se retira ante el hambre.*
	Joviano (363-364)		*Joviano evaúa las plazas fuertes en Alta Mesopotamia.*
	Teodosio (379-395)	Bahram IV (388-399)	*Literatura cristiana siriaca (escuela de Edesse)*
400	*IMPERIO BIZANTINO (395-1453)*	Yezdegerd I (399-420)	*Guerras intermitentes entre bizantinos y sasanidas* *Empobrecimiento progresivo de Mesopotamia*
		651	*637: Conquista de Mesopotamia por los árabes musulmanes, con el apoyo de los Lakhmidas, árabes cristianos convertidos al Islam*


Tartaria
Odessa
Dniepr
UCRANIA
Don
Volga
Bucarest
mar de Azov
KUBAN
Maikop
Karanovo
mar Negro
Cáucaso
Estambul
Troya
L. Cildir
Tiflis
Ankara
Alaca Hüyük
ANATOLIA
HATTUSHA
ARMENIA
L. Sevan
Bakú
Yerevan
Kizilirmark
Araxe
Beycesultan
KANESH
Hacilar
Çatal Hüyük
L. Van
TUSHPA
Tabriz
Cayönü Tepesi
L. Urmiah
Taurus
Mersin
KARKEMISH
Alep
NINIVE
EBLA
UGARIT
CHIPRE
SIRIA
ASUR
Zagros
ECBATANA
Mediterráneo
BIBLOS
MESOPOTAMIA
Ganj Dareh
Beirut
MARI
Tepe Gurán
Tepe Giyan
Damasco
Eufrates
PALESTINA
Bagdád
AWAN
Amman
BABILONIA
Tigris
Jericó
SUSA
Jerusalén
ELAM
MOAB
MENFIS
El Cairo
UR
Karun
EDOM
Sinaí
Kuwait
Teima
el-Amarna
EGIPTO
Jebel el-Araq
TEBAS
ARABIA
DILMU
Nilo
Medina
Hofuf
mar Rojo
HEJAZ
Riyadh
desierto de Arabia
NUBIA
La Meca

EL PRÓXIMO ORIENTE ANTI
(Épocas más antiguas)
Ciudades modernas
Bagdad
Ciudades antiguas o yacimientos arqueológicos
NINIV
Tepe H
0
200
400
600 k
mar de Aral
Oxus
TURKMENISTAN
Bukara
Samarcanda
(Amu Darya)
mar Caspio
Karakorum desierto
Dashliji Tepe
Pami
Anau
Namazga Tepe
Balkh
Tureng Tepe
Gurgan
Meshed
Hindu-Kush
Elburz
Téhéran
Tepe Hissar
Peshawar
Kabul
meseta iraní
Herat
AFGANISTÁN
I R A N
Tepe Sialk
Dasht-i Kevir desierto
PAKISTA
Ispahan
Yazd
Kandahar
Harappa
ANSHAN
ANSHAN (Tepe Malyan)
PERSEPOLIS
Shiraz
Kerman
Zahedan
Qetta
MELUHHA
Indo
montes del SHERIHUM
Fars
Bushir
Tepe Yahya
BELUCHISTÁN
Mohenjo-Daro
Nal
Amri
Kulli
Chanhu-Daro
Karachi
Bahrain
golfo pérsico
QATAR
Akhdhar
MAGAN
Mascate
océano Índico
Jebel
OMAN

MESOPOTAMIA

les modernas — ○ Bagdad

les antiguas y nombre actual — ● UR (T. Mughayir)

ientos de localizacion incierta — ◑ LARAK

ientos prehistoricos — ▲ T. Uqair

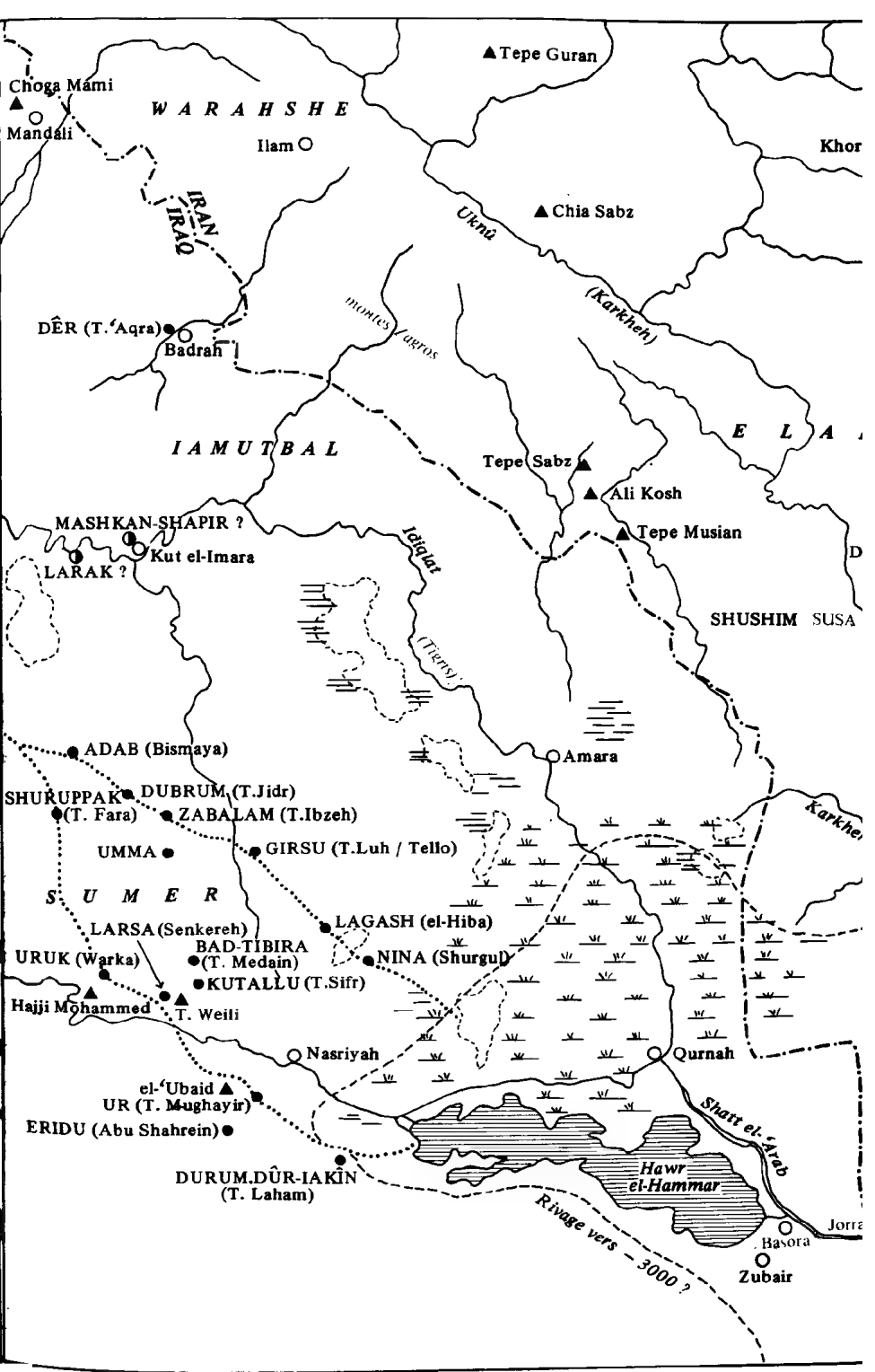
aproximado del Eufrates hacia el 2000 antes de J.C. ····

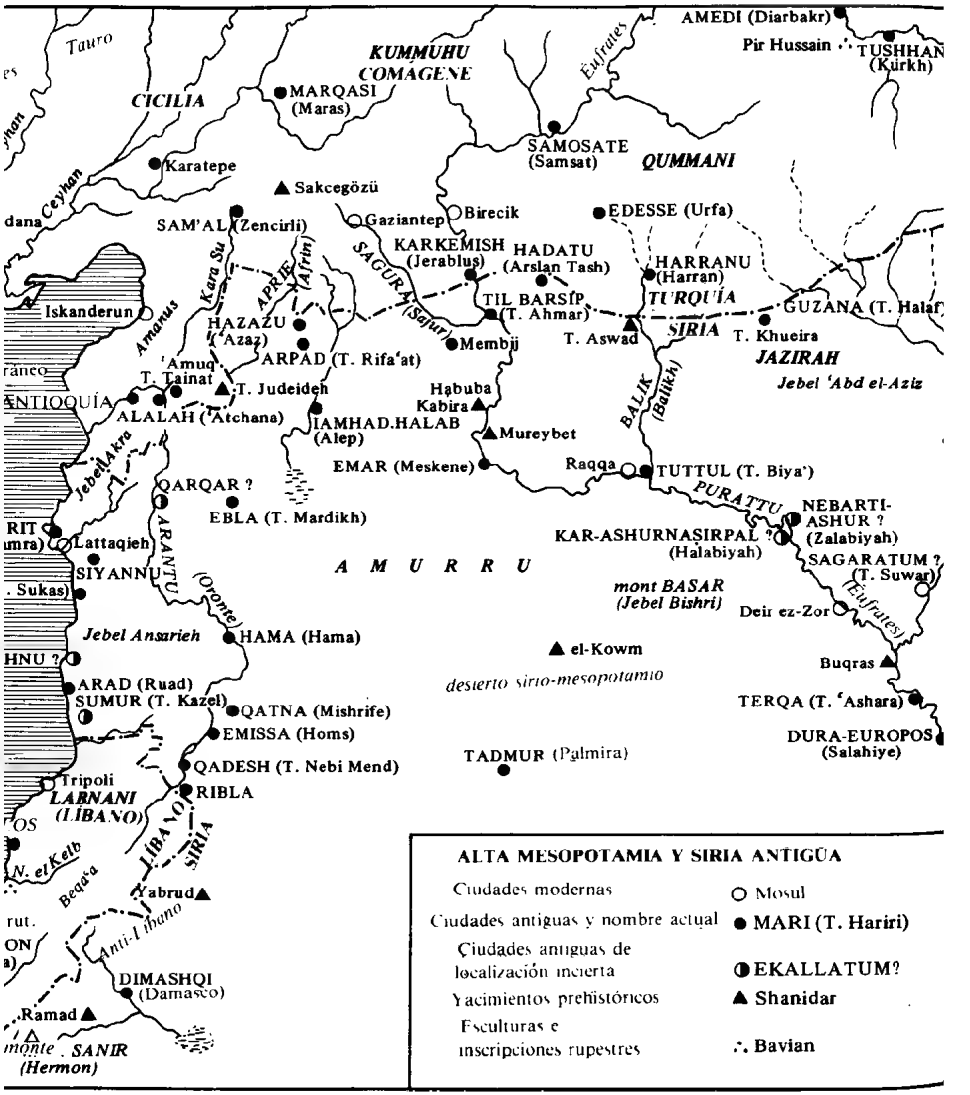
onteras actuales —·—·—

ell

no

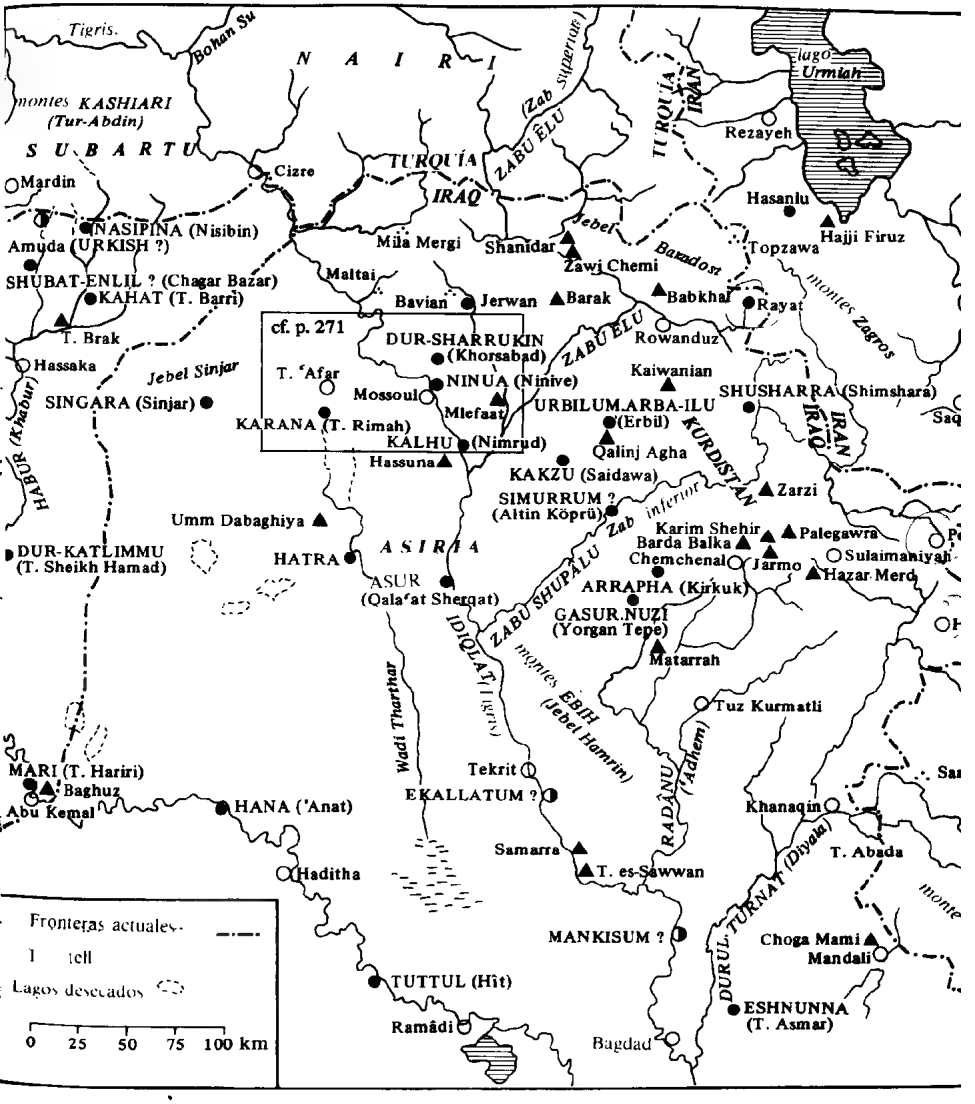
25 50 75 100 km

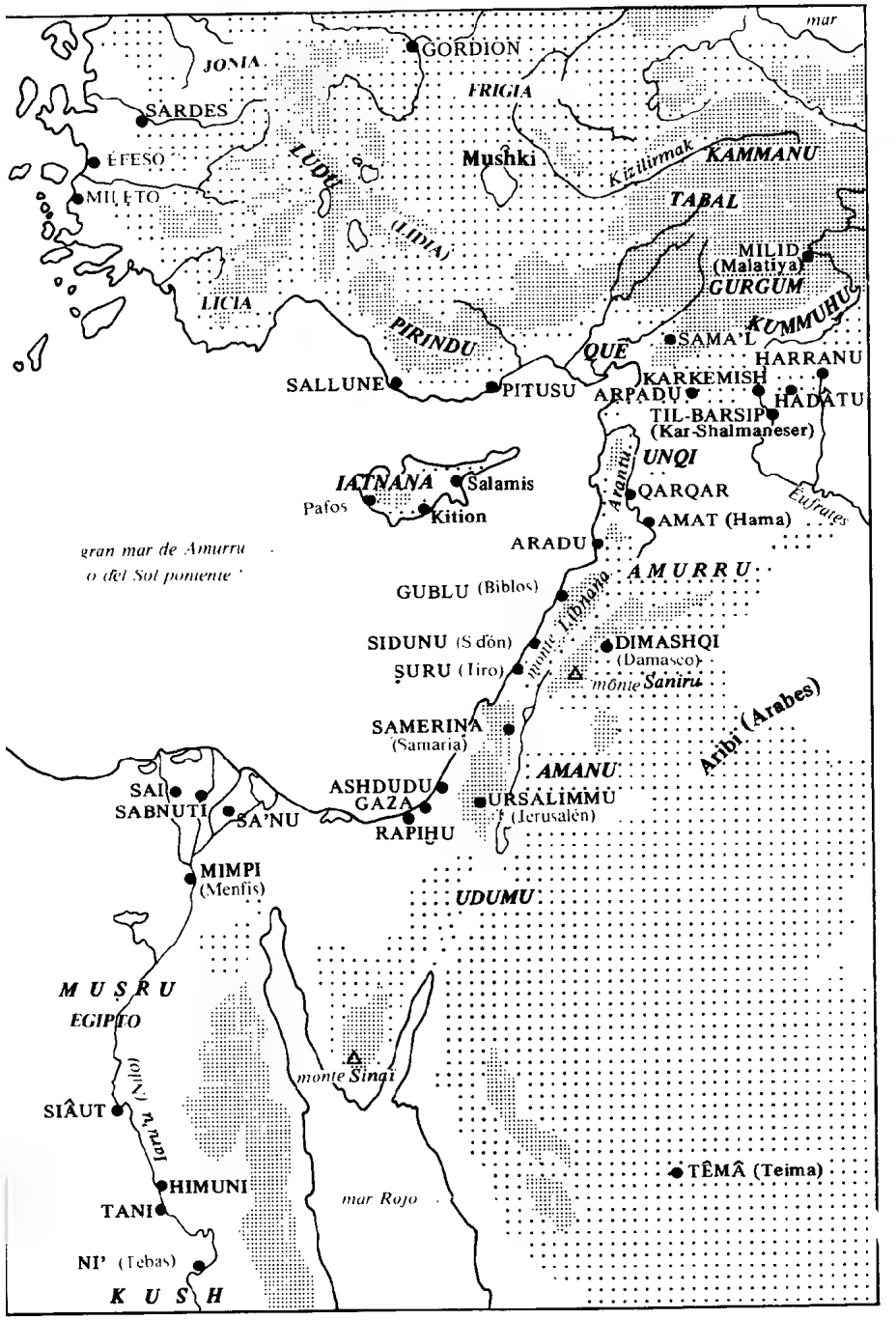

Choga Mami
Mandali
WARAHSHE
Ilam
IRAN
IRAQ
Tepe Guran
Khor
Chia Sabz
Ukni
(Karkheh)
DÊR (T.'Aqra)
Badrah
monts Zagros
IAMUTBAL
Tepe Sabz
Ali Kosh
Tepe Musian
E L A
MASHKAN-SHAPIR ?
Kut el-Imara
LARAK ?
Idigat
(Tigris)
SHUSHIM SUSA
ADAB (Bismaya)
Amara
SHURUPPAK
(T. Fara)
DUBRUM (T.Jidr)
ZABALAM (T.Ibzeh)
UMMA
GIRSU (T.Luh / Tello)
S U M E R
LARSA (Senkereh)
LAGASH (el-Hiba)
URUK (Warka)
BAD-TIBIRA
(T. Medain)
NINA (Shurgul)
KUTALLU (T.Sifr)
Hajji Mohammed
T. Weili
Nasriyah
Qurnah
el-'Ubaid
UR (T. Mughayir)
ERIDU (Abu Shahrein)
Shatt el-'Arab
Hawr
el-Hammar
DURUM.DÛR-IAKÎN
(T. Laham)
Rivage vers – 3000 ?
Basora
Zubair

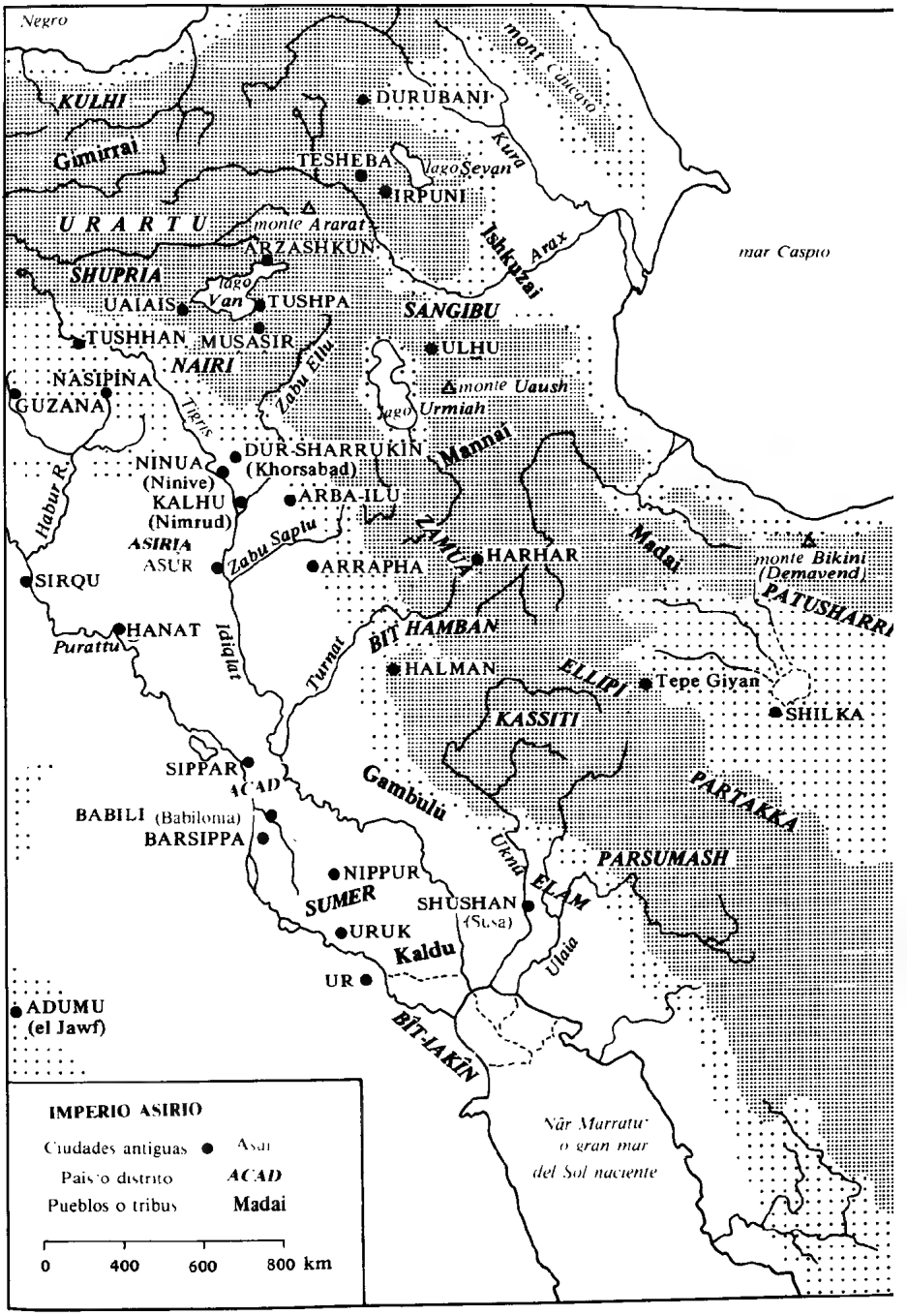


ALTA MESOPOTAMIA Y SIRIA ANTIGUA

Ciudades modernas	○ Mosul
Ciudades antiguas y nombre actual	● MARI (T. Hariri)
Ciudades antiguas de localización incierta	◑ EKALLATUM?
Yacimientos prehistóricos	▲ Shanidar
Esculturas e inscripciones rupestres	∴ Bavian


Tigris
Bohan Su
N A I R I
Zab superior
TURQUÍA
IRAN
Lago Urmiah
montes KASHIARI (Tur-Abdin)
S U B A R T U
Cizre
TURQUÍA
IRAQ
ZABU ELU
Rezayeh
Mardin
NASIPINA (Nisibin)
Amuda (URKISH ?)
Mila Mergi
Shanidar
Jebel Bazadost
Hasanlu
Hajji Firuz
Topzawa
SHUBAT-ENLIL ? (Chagar Bazar)
KAHAT (T. Barri)
Maltai
Bavian
Jerwan
Barak
Zawi Chemi
Babkhal
Rayat
monts Zagros
cf. p. 271
T. Brak
DUR-SHARRUKIN (Khorsabad)
ZABU ELU
Rowanduz
Hassaka
Jebel Sinjar
T. 'Afar
NINUA (Ninive)
Kaiwanian
SHUSHARRA (Shimshara)
SINGARA (Sinjar)
Mossoul
Mlefaat
URBILUM.ARBA-ILU (Erbil)
KURDISTAN
IRAN
IRAQ
KARANA (T. Rimah)
KALHU (Nimrud)
Qalinj Agha
HABUR (Khabur)
Hassuna
KAKZU (Saidawa)
Zarzi
SIMURRUM ? (Altin Köprü)
Zab inferior
Umm Dabaghiya
Karim Shehir
Palegawra
Barda Balka
DUR-KATLIMMU (T. Sheikh Hamad)
HATRA
A S I R I A
Chemchenal
Jarmo
Sulaimaniyah
Hazar Merd
ASUR (Qala'at Sherqat)
ARRAPHA (Kirkuk)
ZABU SHUPALU
GASUR.NUZI (Yorgan Tepe)
IDIQLAT (Tigris)
montes EBIH (Jebel Hamrin)
Matarrah
Wadi Tharthar
Tuz Kurmatli
MARI (T. Hariri)
Baghuz
Abu Kemal
Tekrit
EKALLATUM ?
RADANU ('Adhem)
HANA ('Anat)
Khanaqin
Samarra
T. es-Sawwan
T. Abada
Haditha
DURUL.TURNAT (Diyala)
MANKISUM ?
Choga Mami
Mandali
TUTTUL (Hit)
ESHNUNNA (T. Asmar)
Ramâdi
Bagdad
Fronteras actuales
tell
Lagos desecados
0 25 50 75 100 km


mar
GORDION
JONIA
FRIGIA
SARDES
ÉFESO
MILETO
LUDU
Mushki
Kizilirmak
KAMMANU
TABAL
(LIDIA)
MILID
(Malatiya)
GURGUM
LICIA
PIRINDU
KUMMUHU
QUE
SAMA'L
HARRANU
SALLUNE
PITUSU
KARKEMISH
ARPADU
HADATU
TIL-BARSIP
(Kar-Shalmaneser)
UNQI
IATNANA
Salamis
Pafos
Kition
Aranta
QARQAR
Eufrates
AMAT (Hama)
gran mar de Amurru
o del Sol poniente
ARADU
AMURRU
GUBLU (Biblos)
monte Libnana
SIDUNU (S'dón)
DIMASHQI
(Damasco)
SURU (Tiro)
monte Saniru
Aribi (Arabes)
SAMERINA
(Samaria)
AMANU
SAI
SABNUTI
SA'NU
ASHDUDU
GAZA
URSALIMMU
(Jerusalén)
RAPIHU
MIMPI
(Menfis)
UDUMU
MUSRU
EGIPTO
monte Sinaï
Iaru'u (Nilo)
SIÂUT
TÊMÂ (Teima)
HIMUNI
TANI
mar Rojo
NI' (Tebas)
KUSH


Negro
mont Caucaso
KULHI
DURUBANI
Kura
Gimirrai
TESHEBA
lago Şevan
IRPUNI
URARTU
monte Ararat
ARZASHKUN
Araxes
Ishkuzai
mar Caspio
SHUPRIA
lago Van
UAIAIS
TUSHPA
SANGIBU
TUSHHAN
MUSASIR
ULHU
NAIRI
Zabu Ellu
NASIPINA
monte Uaush
GUZANA
Tigris
lago Urmiah
Habur R.
DUR-SHARRUKIN (Khorsabad)
Mannai
NINUA (Ninive)
KALHU (Nimrud)
ARBA-ILU
ASIRIA
ASUR
Zabu Saplu
ZAMUA
HARHAR
Madai
monte Bikini (Demavend)
PATUSHARRI
SIRQU
ARRAPHA
HANAT
Purattu
Idiglat
Turnat
BIT HAMBAN
HALMAN
ELLIPI
Tepe Giyan
KASSITI
SHILKA
SIPPAR
ACAD
Gambulu
PARTAKKA
BABILI (Babilonia)
BARSIPPA
Ukna
PARSUMASH
NIPPUR
SUMER
SHUSHAN (Susa)
ELAM
URUK
Kaldu
Ulaia
UR
ADUMU (el Jawf)
BIT-JAKIN
Nâr Marratu o gran mar del Sol naciente
IMPERIO ASIRIO
Ciudades antiguas
Asur
País o distrito
ACAD
Pueblos o tribus
Madai
0
400
600
800 km

ÍNDICE

Los nombres geográficos modernos van en cursiva. Los nombres de dioses y diosas van seguidos de un asterisco. Los escasos topónimos lejanos del Próximo Oriente citados en la obra han sido reagrupados por Continentes (África, América, Asia y Europa).

A-annnepadda 155.
Aba * 169.
Abada (Tell) 76.
Abad el'Aziz (Jebel) 26.
Abdi-Ashirta 284.
Abdi-milkuti 249.
Abel 123.
Abiad (Tell) 274.
Abi-latê 267.
Abi-eshuh 267.
Abi-sarê 200.
Abi-simti 191.
Abraham 120, 252, 262, 294.
Abu Habba 29, 214 n.
Abu Salabikh 47, 138, 145, 164.
Acad 19, 27, 28, 31, 81, 83, 95, 96, 100, 103, 130, 137, 141, 143, 149, 158, 164-174, 175, 176, 184, 185, 189, 194, 197, 201-204, 206, 214, 217-218, 222, 224, 267, 268, 302, 305, 325, 335, 346, 355-358, 371, 372, 377, 395, 397, 402, 405, 407, 414, 418, 427.
Acadios 129.
Acaz 335.
Acigöl 61.
Abab 139, 144, 155, 157, 168.
Abad * 205, 207, 215, 216, 221, 321, 372, 410.
Abad-apla-iddina 305.
Abad-guppi 401.
Abad-idri 321, 322.
Abad-nirâri I 288, 299.
Abad-nirâri II 322, 41, 305, 308, 309.
Abad-nirâri III 41, 325-326.
Abad-Shuma-usur 289.
Adamtu 191.
Adan 121, 123.
Adana 298.
Adapa 121, 122, 276, 362.
Adasi 266, 279.
Adhem 27, 182, 303, 323, 327.
Adiabena 436.
Adonis * 108.
Adramelek 348.
Adummatu 404.
Adummu 404.
Afar (Tell) 68.
Afganistán 29, 98, 248, 292, 404.
Afis (Tell) 328.
África 23, 50, 97, 296, 433.
Afrodita * 108.
Agade 19, 130, 164-170, 175, 201.
Agga, 131, 138, 154.
Agum II Kakrime 270.
Ahhiyawa 247.
Ahi-iababa 313.
Ahiram 295.
Ahlamû 292, 299, 303, 304.
Ahmar (Tell) 298, 321, 374.
Ahuni 314.
Ahuramazda 425, 429.
Ain Sinu 430.
Akalamdug 152, 155.
Akenatón 283.
Aketaton 283.
Akia 204.
Adra (Jebel) 258.
Akshak 144, 156, 157.
Akurgal 156.
Alaca Hüyük 152, 250, 253, 372 n.
Alasia 29.
Alepo 19, 30, 46, 57, 72, 79, 139, 170, 207,

109, 216, 217, 242, 261, 264, 268, 278-285, 298, 300, 326.
Alejandro Magno 41, 427, 430, 432, 438, 440, 441, 443.
Alejandro IV 430.
Alejandreta 257.
Alejandría de Egipto 430.
Alejandría Charax 432.
Ali Kosh (Tepe) 58, 60, 63.
Alisar 93, 251.
Allat * 438.
Alshe 283, 285, 329.
Altun Köprü 183.
Aliattes 400.
Alzi 328.
Amanus 29, 35, 166, 258, 259, 314, 347, 404.
Amarna (Tell el) 253, 271, 283-284, 295, 262.
Amar-Sîn 76, 184, 189, 198, 204.
Amar-Utu * 201.
Amasis 400.
Amedi 300.
Amêl-Marduk 400.
Amenhemet 261,
Amenofis I
Amenofis II 281-282.
Amenofis III 281-283, 388.
Amenofis IV 281, 283-284.
América 33, 46-47, 49, 50, 97, 196.
Aminu 207.
Amma-ushumgal-anna * 106.
Ammi-ditana 267.
Ammi-saduqa 223, 267.
Ammon 294, 334.
Ammu 212.
Amon * 308.
Amorritas 26, 101, 160, 163, 173, 190-192, 195-210, 212, 221, 260, 262, 264, 286, 290, 440.
Amosis I 279, 280.
Amran ibn Ali 313.
Amuq (Llanura) 66, 93, 259, 398, 314.
Amurru (m) 190, 261, 266, 284, 287, 304.
Amut-pî-El 261 n.
Amitis 396, 412.
An * (ver Anu [m] *)
Anat * 301.
anat 267, 304, 309, 396.
anatolia 25, 29, 30, 58, 61, 98, 141, 167, 168, 169, 197, 204, 205, 243, 245, 247, 248-253, 258, 264, 277, 283, 291, 297, 308, 342, 355, 360, 403, 443, 444.
Anitta 253.
Ankuwa 251.
Annubanini 171, 173.
Annunaki * 110.
Ansarieh (Jebel) 258.
Anshan 169, 182, 183, 191, 193, 199, 358, 397, 402, 403, 404.
Anshar * 111.
Antakya 298.
Antasura 156, 158.
Antígono 431.
Anti-Líbano 25, 190, 300, 302.
Antiquía de Siria 298, 431.
Antioquía de Mygdonia 433.
Antioquía-Edesa 432.
Antíoco I 434, 435.
Antíoco III 431.
Antíoco IV 434.
Anu (m) * 84, 85, 104, 109, 111, 112, 125, 133-135, 166, 218, 221, 303, 413, 419, 434.
Anu-uballit-kephalon 434.
Anu-uballit-Ni-ar-os 434.
Anzû 213.
Apil-Sîn 40.
Aplahanda 209.
Apries 399.
Apsu * 111, 112.
Apsu-banda 159.
Aqaba (Golfo) 294.
Aqar (Tell) 198 n. 12
Aqar Quf 77, 274, 282.
Aqqi 165.
Apil-Kîn 184, n.
Auqeos 247, 326.
Aquemedes 402.
Aqueménidas 402, 421, 424-429.
Aqrab (Tell) 141.
Araba 436.
Árabes 26, 36, 160, 335, 351, 357, 367, 399, 405, 437.
Arabia 25, 161, 294, 301, 321, 346, 367, 405, 430, 437, 444.
Arabia Saudita 31, 79.
Aracosia 433.
Arado 295, 304, 314, 326, 355, 358.
Arad-Mulishshi 348 n.
Arad-Nanna 390.
Arad-Ninlil 348 n, 348,
Arahtu (Canal) 346.
Araka 425.
Aram Beth-Rehob 300.
Aram Dammesheq 300.
Aram Maakah 300.
Aram Naharaim 300.
Aram Sobah 300.
Arame 321, 328.
Arameos 26, 163, 292-296, 299-306, 307-323, 327, 332, 335, 344, 349, 358, 362, 367, 369, 397, 437, 440.
Araq (Jebel-el) 94.
Ararat (Monte) 21, 329, 359.
Aratta, 120, 132.
Araxes (río) 329.

Arba'ilu, 323, 397, 428, 436, 415, n. 19.
Arbelas 436, 36 n.3.
Arbilum 36 n. 3.
Ardys, 358.
Ar-Ennum 156.
Arghisti I, 329.
Arghisti II, 343, n. 3.
Argishtihinli 329.
Argólida, 246.
Ariaramnes 403, 425.
Aria 404.
Arin Berd 329.
Arinna 269.
Arisen 173, 254.
Arish (Wadi el) 351.
Aristarco 386.
Aristóteles 440.
Arman 170.
Atmawir 329.
Armenia 21, 23, 30, 55, 58-61, 169, 183, 204, 248, 254, 288, 304, 308, 320, 326, 329-330, 343, 367, 374, 404, 426.
Arnuwandas 286.
Arpad 41, 298, 300, 326-327, 333, 327, 360.
Arqa 321.
Arrapha 255, 280, 302, 307, 323, 327, 395.
Arriano 426.
Arsaces 436.
Arcásidas, 438-439.
Arsahku, 321, 328.
Arslan Tash 334, 374.
Artabán II 436.
Artatama II 255, 282.
Artatama II, 285.
Artajerjes I 429.
Artemis * 438.
Arubani * 329.
Aruru * 133.
Arza 351.
Arzawa, 279, 283, 297.
Ascalon, 351, 326, 334, 343, 398.
Ashara (Tell) 206 n. 30.
Ashdod 258, 337, 355.
Ashanakkum 203.
Ashnan * 114, 123.
Asur * 101, 110, 204, 303, 311, 338, 359, 362-363, 372, 373, 311, n. 11, 394, 437.
Ashur-bêl-kala 305, 263.
Ashur-bêl-nishêshu 272.
Ashur-dân I, 303.
Ashur-dân II, 305, 307.
Ashur-dannin-apli 323.
Ashur-etil-ilani 394.
Ashur-nâdin-shumi 345.
Ashur-nirari V 327-329.
Ashur rêsh-ishi 303.
Ashur-taklak 41.
Ashur-uballit I 282, 285, 287.
Ashur0uballit II 396.
Asia 30, 97-99, 152, 244, 246-248, 296, 302, 432, 443.
Asia Menor 248, 292, 350, 397, 435.
Asine 247.
Asiria 27, 28, 31, 38, 45, 75, 94, 95, 101, 106, 204-210, 215, 219, 238, 352, 266, 272, 275, 279, 280, 282, 285, 286, 288-290, 292, 299-301, 303-306, 307-359, 360-375, 377, 378, 380, 388, 392-397, 406, 407, 415, 423, 427-428, 433, 436.
Asirios 39, 45, 89, 101, 102, 110, 160, 207, 210, 217, 277, 278, 282, 286, 298, 307-359, 360, 362, 375, 376, 378, 398, 419, 441, 442.
Asmar (Tell) 46, 141, 142, 202, 228 n. 19.
Asarhadón, 326, 338, 342, 348-352, 355, 363, 364, 412.
Assur 19, 21, 46, 93, 102, 140, 142, 159, 173, 175, 184, 196, 200, 203-210, 214, 216, 218, 228, 251, 259, 264, 304-305, 307, 310, 316, 323, 327, 336, 338, 349, 358, 361-363, 371, 374, 379, 395, 396, 433, 436-437, 338 n. 47.
Astiages 403.
Aswad (Tell) 72.
Asurbanipal I 41, 101, 125, 150, 266, 342, 352, 353-359, 360, 363, 376, 378, 380, 390-394, 412.
Asurbanipal II 289.
Asurbanipal II 309, 312, 313-319, 320, 322, 334, 363, 437.
Atar * 301.
Atargatis * 438.
Atenea * 438.
Atrahasis * 113, 121, 127, 128, 129, 213.
Atchama (Tell) 259.
Awan 155, 166-169.
Azaz 326.
Azerbaijan 29, 303, 329.
Aziru 284.
Azriyau 333.
Azupiranu 165.
Azzi 283.

Ba'al 301.
Ba'al (Rey) 349, 355.
Ba'al Shamin 438.
Baba * 145, 149.
Bâbil 410, 434.
Abili (m) 201.
Babkal 53.
Bâb Salimêti 345.
Babilonia (Ciudad) 34, 40, 43, 44, 47, 95, 110, 130, 179, 197, 200-204, 212-220, 227, 233, 244, 264-268, 270-274, 278, 279, 289, 292, 302, 303, 311-323, 325-327, 335, 339, 346, 349, 352, 353,

356, 357, 364, 374, 382, 384, 399, 401, 405-406, 407-419, 421, 423-429, 430, 431, 434-439, 444.
Babilonia (Estado) 19, 22, 28, 39, 41, 46, 106, 166, 206, 219, 254, 265, 270, 272, 279, 283, 288, 292, 302-306, 307-310, 322-323, 328, 332, 335, 336, 342, 343, 344, 357, 358, 361, 362, 364, 367, 377, 392-406, 407, 415, 418-421, 424-430, 431, 434.
Babilonios 26, 89, 101, 102, 110, 123, 286, 289, 335, 344, 356, 397, 406, 424-426, 430, 431, 435, 437, 440, 442.
Bacriana 326, 404, 432.
Badra 30, 141, 198 n. 12.
Bad Tibita 124, 144.
Bagdad 12, 20, 21, 29, 75, 84, 96, 130, 141, 173, 190, 201, 203, 242, 274, 434.
Abhuz 71.
Bahdi-Lim 238.
Bahrain 29, 31, 120-121, 243, 273.
Bahriyat (ishan) 199 n. 11.
Balawat 320, 379.
Ba'li 41.
Bulih, 131.
Balikh (río) 26, 73, 75, 140, 209, 217, 314.
Baltasar 405, 406.
Baradost (Jebel) 51.
Barak 53.
Barda Balka 51, 53.
Bardiya 425.
Barsippa 306, 322, 328, 356, 377, 407, 416, 419, 427, 438.
Bartatua 350.
Basra (Monte) 172.
Basora 14, 21, 26, 45, 78, 84.
Bavian 348.
Bazi 306.
Behistun 45, 425.
Beit Mirsim 261.
Bêl * (Marduk) 179, 306, 335, 339, 415, 417, 424, 438.
Bêl-daiân 41.
Bêl ibni 344 345.
Bêl-shalti-Nannar 402.
Bêl-sharra-usur 405.
Bêl-shlmanni 426.
Beled Sinjar 439.
Bêlit-ilâni * 338.
Belkis 433 n. 34.
Beluchistán 98, 251, 292.
Beltia * 415.
Ben-Hadad I 321.
Ben-Hadad II 326, 328.
Beocia 274, 444.
Beqa'a 258, 261, 300.
Beroso 400, 435.
Bersheda 294.
Beycesultán 249, 250.
Beirut 287.
Biblos 109, 184, 258-261, 284, 295, 314, 321.
Biknî (Montes) 334.
Bilalama 203.
Billa (Tell) 436.
Bingöl 61 n. 24.
Birs Nimrud 416.
Bishri (Jebel) 172, 191, 304.
Bismaya 155, n. 38.
Bît Adini 300, 313, 314, 321.
Bît Agusi 300.
Bît Bahiâni 300.
Bît Halupê 300, 313.
Bît Hamban 333.
Bît Iakîn 328, 336.
Bît Rêsh 434.
Bît Zamâni 300. 311.
Biya (Tell) 166, n. 19.
Bizantinos 438.
Bocchoris 337.
Boghazköy 250, 251, 262, 268, 281, 291, 293.
Bohan Susío 327.
Borease * 270.
Bósforo 17, 248, 249.
Brak (Tell) 46, 94, 171, 173, 175, 184, 257.
Brisa (Wadi) 400, n. 23.
Buqras 69.
Buriash * 270.
Burnaburiash I 272.
Burnaburiash II 282, 284, 285, 287.
Bûr-Sîn 184.
Bus Mordeh 58, 60.
Bushir 169.

Caín 123.
Calah 316.
Caldeos 306, 333, 336, 356, 379, 386, 392-406, 407, 413, 440.
Cam 160.
Cambises I 403.
Cambises II 424, 425.
Canaán 120, 252, 292, 293, 294.
Cannaneos 89, 160-161, 163, 258, 294, 444.
Capadocia 250, 252, 254, 400.
Carmania 406.
Carmelo (Monte) 54, 258, 292, 322, 345.
Carquemish 258, 261, 281, 283, 284, 295, 298, 314, 321, 334, 339, 397, 398.
Cartago, 296.
Casitas 101, 173, 264, 265, 266, 267, 269-277, 278, 279, 282, 283, 286, 288-290, 302, 306, 333, 440.
Caspio (Mar) 54, 93, 102, 248, 292, 259, 360.

Catal Hüyük 58, 69, 73, 249.
Cáucaso (Monte) 29, 301, 343, 350.
Cayönü Tepesi 59.
Celtas 291.
Cerbela, 26.
Chagar Bazar (Tell) 46, 71, 72, 76, 173, 207.
Characena 436.
Charax Spasinou 432.
Chemchemal 51, 57, 59.
Cheops 260.
Chipre 28, 108, 167, 258, 295, 339, 344.
Choga Mami 47, 71, 75-77, 97, 98, 442.
Choga Zanbil 288.
Chosroes I 439.
Ciaxares 393-396, 400.
Ciftlik 61.
Cildir 329.
Cilicia 30, 75, 249, 250, 255, 279, 297, 298, 320, 321, 334, 339, 343, 350, 358, 400, 404.
Cimerios 343, 350, 355, 358.
Cnossos 247.
Ciro I 292, 358, 403.
Ciro II 402-406, 421, 424, 425, 427, 430.
Claudi Ptolomeo 41.
Commagena 268, 298.
Creso 404.
Creta 13, 75, 167, 247, 258, 292, 295, 330, 444.
Creciente Fértil 62, 75, 161, 163, 292, 299, 300, 334, 342, 360.
Ctesias 326, 426.
Ctesifonte 34, 130, 432, 436, 438, 439.
Cufah 26.
Demavend (Monte) 334.
Demetrio 431.
Demetrio II 436.
Dêr 30, 191, 198, 199, 203, 205, 267, 337, 394.
Dêr (Tell ed) 47, 254, 303, 239, n. 34.
Derkéto * 266.
Diádocos 431.
Diarbakr 30, 171, 300.
Dilbat 254, 266, 419, 426.
Dilmun 29, 31, 105, 120-121, 144, 155, 166, 197, 199, 242, 243, 339, 366.
Dimash qi 258.
Diodoro Sículo 326.
Dionisos * 438.
Diwaniyah 124, n. 10, 145 n. 37, 200 n. 19.
Diyala (Río), 27, 30, 76, 93, 94, 140, 144, 155, 169, 173, 175, 184, 191, 200, 202, 215, 267, 286, 303.
Dizful 30.
Dohuk 348.
Dorak 152, 250.
Drehem 185.
Dublamah 178.
Dubrum 175.
Dudu, 148.
Dumuzi * 84, 106, 108, 122, 132, 153, 170.
Dumuzi-el pastor 124.
Dumuzi-el pescador 132.
Dûr-Iandun-Lim 216.
Dûr-Iakîn 339.
Dûr-Kurigalzu 130, 274.
Dûr-Untash 288.
Dura Europos 433, 437.
Duweir (Teled) 261.

Dacios 291.
Dâdusha 210, 215.
Dagan * 166, 170, 198, 238.
Caiân-Ashur 321, 324.
Dakkurû 349.
Damasco 30, 46, 49, 242, 258, 283, 300, 301, 321, 322, 326, 328, 334, 335, 337, 398.
Damkina * 111.
Damiq-ilishu 41, 266.
Damqî 364 n. 14.
Dan 294.
Daniel 301, 401.
Dannuna 298.
Darband-i Gawr 171.
Dardanelos 249.
Darío I 45, 425-429.
Dasht-i Kavir 334.
David 294, 300.
Deh Luran 58.
Deir ez-Zor 205, n. 30, 315, n. 23.
Ea 105, 109, 111, 112, 122, 125, 126, 127, 338, 413.
Ea-gânmil 271.
Ea-nâsir 242.
Eanna 84, 89, 146, 274, 419, 427, 434.
Eannatum 156-158, 362.
Ebla 89, 139, 140, 149, 156, 158, 159, 166, 169, 170, 184, 185, 198, 251, 254, 258-261.
Ebrium 156.
Eabatana 394, 403.
Eden 120.
Edesa 433, 436.
Edom 294, 335, 337, 404.
Egeo (Mar) 109, 246, 248, 279, 291-292, 366, 404, 443.
Egibi 421.
Egipar 178.
Egipti 20, 22, 30, 45, 50, 94, 152, 154, 179, 244, 247, 258, 259-263, 268, 271, 274, 277, 279-287, 291, 293, 294, 295, 301,

308, 336, 342, 344, 346, 351, 352-356, 366-368, 374, 393, 395, 397-399, 425, 430-432, 443.
Ehulhul 403.
Ehursag 178.
Ekallatum 207, 208, 238, 304.
Ekron 343-344.
Ekua 413.
Ekur 363.
El * 221, 301.
Elam 30, 93, 132, 155, 159, 167, 169, 172, 173, 179, 181, 183-184, 196, 201, 215, 271, 288, 290, 302, 303, 306, 308, 336, 339, 342, 344, 345, 348, 350, 355-357, 397, 423.
Elamitas 30, 89, 141, 155-168, 173, 183, 192, 194, 215-218, 223, 266, 278, 286, 290, 293, 302-303, 356, 358, 367, 394, 403.
Elburz (Monte) 334.
Ellipi 350.
Elulu 172.
Emar 30, 261.
Emiratos Árabes Unidos 31.
Emissa 258.
Emutbal, ver Iamutbal
Enakalle 157.
Enannatum I 157.
Endursag * 114, 228.
Enheduanna 166.
Eninkimar 145, 155, 165.
Eninnu 180.
Enki * 76, 77, 104, 108, 109, 120-122, 201, 380.
Enkidu 133-136, 233.
Enlil * 24, 101, 104, 105, 110, 128, 149, 154, 155, 158, 165, 166, 169, 172, 175, 181, 186, 192, 195, 213, 218, 221, 222, 275, 289, 413-416.
Enlil-bâni 201.
Enlil-nadin-ahhê 290.
Enlil-Nirâri 287.
Enna-Daan 156.
Enmebaragesi, 138, 154-155.
Enmerkar 132, 133, 146.
Enshag * 120.
En-shakush-anna 157.
Enunmah 178.
Entemena 157.
Erbil 36, 87, 182-183, 203, 323, 397, 428, 436.
Ereshkigal * 104, 108, 116.
Ergani Maden 28.
Eriba-Marduk 328.
Eridu 47, 71, 76-79, 98, 122, 124, 127, 144, 178, 198.
Erishum II 206.
Erra * 305.
Erra-imitti 200.
Esagil (a) 133, 322, 402, 405, 412, 413, 414, 416-418, 424, 426, 434, 438.
Esarhamat 363.
Escitas 247, 350, 359, 393, 453, 396 n. 12.

Eshnunna 141, 191, 196, 197, 202-203, 206, 210, 215-218, 255, 264, 266, 267, 288.
Estrabón 24, 44, 386, 426.
Etana 130, 131, 213, 444.
Etemenandi 412.
Etiopía 294.
Etruria 330.
Éufrates (río) 19, 20-32 y siguientes.
Europa 33, 44, 46, 50, 52, 98, 228, 244, 247, 249, 291296, 371, 433, 435, 443.
Eva, 123.
Evil-Merodach 400.
Ezequías 343, 344.
Ezida 377, 378, 434.
Ezion-Geber 294.
Ezra 301.

Falluah 29.
Fara (Tell) 127, 129, 138.
Farama (Tell el-) 346 n. 15.
Fars (Montes) 160, 402.
Fekheriyen (Tell) 279.
Fenicia 93, 295, 296, 334, 342, 343, 349, 355, 367.
Fenicios 293, 246, 312, 326, 336, 353, 356, 359, 366, 398.
Filipo Arrideo 430.
Filisteos 292, 294, 334, 336, 344, 356, 398.
Flavio Josefo 346.
Fraortes 350, 393, 425.
Frigia 339, 343, 350, 423.
Frigios 291, 308.

Galilea 258.
Gambulû 306, 350, 356.
Gandash 270.
Ganj Dareh 59, 61.
Ganimedes 131.
Gareus * 438.
Gasga 283, 291.
Gasur 156, 173.
Gatumdug * 181.
Gaugamelas 430.
Gawra (Tepe) 72, 73, 79, 94, 95.
Gaza 257, 292, 334, 337, 351, 399.
Gaziantep 58.
Geshtinanna * 108.
Giges 355, 358.
Gilgamesh 125, 131-136, 138, 154, 170, 176, 375, 439.
Gilu-Hepa 281.

Gimil-Sîn 189.
Gimirraia 343.
Gindibu 321.
Girsu 96, 97, 137, 138, 143-146, 148, 149, 155-158, 180, 182, 187, 189, 436.
Giyan (Tepe) 248, 334.
Gobrias 405, 424.
Golán 300.
Golfo (ver Pérsico Golfo)
Graï Resh 88.
Griegos 19, 39, 97, 146, 245, 291, 295, 296, 354, 379, 386, 391, 435, 440.
Grecia 13, 45, 75, 244, 246, 247, 274, 330, 443, 444.
Gubla/Gublu 184, 185, 258.
Gudea 29, 97, 176, 180-182, 437.
Gu-edinna 157.
Gugu 355.
Gula * 114, 411.
Gulkishar 270 n. 18.
Gungunum 199.
Guran (tepe) 61.
Gurgan 248.
Gurgum 298, 333, 339.
Gurrais, 367.
Guti, 27, 173, 175, 183, 218, 244, 288, 405, 440.
Gutium 172, 182, 217, 405,
Guzana 41, 300, 301, 327.

Habirû 262, 284.
Habuba Kabira 47, 88.
Hacilar 61.
Hadad * 301.
Hadâtu 334.
Hairawa 292.
Hajiya 53.
Hajji Mohammed 71, 76, 77, 98.
Halabiya 315 n. 23.
Halabja 30.
Halaf (Tell) 46, 65, 71-77, 250, 301, 327.
Haldi * 329, 339.
Haldita 425.
Halê 205.
Hallulê 345.
Halpa 268.
Haltemash 358.
Halutush-Inshushinak 345.
Halis (Río) 250, 400.
Halzilua 313.
Hama 258, 259, 260, 297, 298, 300, 321, 322, 328, 332, 334, 337, 360, 374, 398, 404.
Hamadan 30, 173, 394.
Hamazi 155, 156.
Hammu * 221.
Hammurabi 39, 40, 42, 199, 203, 211-226, 227, 228, 235, 243, 244, 263, 264, 265, 267, 281, 306, 364, 392, 426, 441.
Hammurabi (Rey de Alepo) 216, 264.
Hamrin (Jebel) 66, 169.
Hamrin (río) 33.
Hana 217, 219, 266, 267, 270.
Haneos 209.
Hani * 228.
Hanigalbat 255, 285, 288, 304.
Hanuna 337.
Harappa 173, 248.
Harbe * 270.
Hariri (Tell) 140.
Harmal (Tell) 203, 228, 379, 384, 401.
Harran 30, 238, 261, 285, 304, 334, 352, 362, 377, 395, 396, 397, 402-404.
Harshi 182.
Hassuna 47, 61, 65-69, 70.
Hatanish 156.
Hatay 297, 298.
Hathor * 375.
Hatra 47, 436, 437.
Hatti 252, 268, 269, 298, 398, 434.
Hattusha 251.
Hattusil I 268.
Hattusil II 284.
Hattusil III 297, 388.
Hauran 322.
Hazaël 322, 334.
Haza'el 346, 351.
Hazar Merd 48.
Hazâzu 41, 326.
Hazor 258, 261.
Hebreos 160, 262, 299, 444.
Hecatompilos 436.
Hejaz 162, 404.
Helios * 437.
Heliópolis 154.
Hellade 247, 296, 444.
Hepat * 254, 329.
Heracles 132, 444.
Hermon (Monte) 294, 322.
Herodoto 20, 24, 43, 325, 326, 346, 350, 355, 387, 393, 402, 408, 410, 412, 413, 426, 428.
Heth 252.
Hiba (el) 145.
Hicsos 279, 280, 294.
Hindani 300.
Hiparco 386.
Hissar (tepe) 93, 248.
Hît 21, 28, 300, 309.
Hititas 89, 97, 173, 199, 244, 248-253, 254, 264, 296-297, 329, 423, 444.
Hititas jeroglíficos 252, 297.
Hofuf 79.
Homero 291.
Homs 30, 258, 261, 284, 399.
Horemheb 286.
Horus * 375.
Huba * 329.

Hubushkia 327.
Hulibar 166 n. 19.
Hulteludish 303, 308.
Humbaba 241.
Humban-haltash I 349, 350.
Humban-haltash II 357.
Humban-nikash 336-337.
Humban-nimena 345.
Humri 322.
hurpatila 288.
Hurritas 89, 141, 169, 170, 183, 244, 245, 251, 253-257, 258, 263, 264, 268, 269, 272, 278-280, 329, 444.
Hutelush-Inshushinak 308.
Huwawa 133-134, 241.
Hymeros 438.

Iaggid-Lim 205.
Iahdun-Lim 205, 206, 207, 209, 215, 238.
Iakinlu 355.
Iamâni 337.
Iamhad 207, 209, 216, 261.
Iaminitas 208, 217, 238.
Iamutbal 40, 2201, 215, 218, 266, 267.
Iaqqim-Addu 238.
Iarim-Lim 216.
Iarlagab 172.
Iarmuti 166.
Iasmah-Abad 207-210, 215, 216, 238.
Iatnana 339.
Iatribu 404.
Ibal-pî-El I 209.
Ibal-pî-El II 215, 216, 218.
Ibbi-Sîn 191-193, 202.
Iblul-II 156.
Ibrahim (Tel) 171 n. 40.
Ibzeh (Tell) 168 n. 28.
Icaro 131, 444.
Idamaraz 267.
Iddin-Dagan 106, 198.
Idrimi 280.
Igeshaush 172.
Igigi * 221.
Igigi 172.
Igmil-Sîn 242.
Ila-kabkabu 205, 206.
Ili-ittia 41.
Ilip 200.
Ilirios 291.
Ilu-bi-di 337.
Ilumma-ilum 267.
Ilushu-ilia 202.
Ilushma 204, 205.
Imgur-Enlil 320.
Imi 172.
Inanna 84, 106, 108, 109, 116, 132, 166, 266, 414, 438.
Indar * 256.
India 31, 244, 245, 248, 301, 326, 431, 433, 444.
Indo-arios 255, 256, 257, 435.
Indoeuropeos 244, 245, 248.
Indra * 256.
Indo (Río) 17, 20, 29, 31, 248, 404, 443.
Inferior (Mar), ver *Pérsico (Golfo)*
Ingharra (Tell) 130.
Inimabakesh 172.
Inkishush 172.
Inshushinak * 183.
Inzak * 121.
Ipsos 431.
Irán 19, 20, 25, 28, 29, 45, 51, 58, 59, 61, 70, 71, 91, 93, 98, 132, 163, 167, 183, 248, 251, 269, 286, 292, 93, 308, 321, 325, 329, 334, 342, 343, 350, 360, 367, 374, 393-394, 401, 402, 406, 425, 429, 430, 433, 436, 443, 444.
Iraq 9, 13 y siguientes.
Irbuni 329.
Irhuleni 321.
Irigal 434.
Irim 166 n. 20.
Isaías 344.
Ishâli 213, 230, 288 n. 5.
Isfahan 2.
Isbi-Erra 191, 193, 198, 199.
Ishkuzai 350.
Ishme-Dagan (de Asiria) 207, 209, 215, 216, 219, 238.
Ishme-Dagan (de Isin) 199.
Ishpuhini 328.
Istar * 34, 84, 106, 108, 116, 125, 126, 134-135, 165, 175, 204, 234, 241, 282, 289, 300, 326, 358, 385, 411, 414, 417, 419, 434, 438.
Ishtumegú 403-404.
Ishupri 352.
Isin 39, 40, 41, 47, 106, 108, 144, 170, 191, 194, 197, 208, 214, 215, 220, 227, 267, 302, 303.
Israel (Jacob) 294, 299.
Israel (pueblo) 294, 299, 300, 319, 326, 328, 334, 335, 374, 399.
Israelitas 120, 393-394, 335.
Isos 430.
Itu 327, 331, 334, 367.

Jacob 294, 299.
Jafet 160.
Jarmo 47, 49, 59-61, 442.
Jawf (el) 404.
Jazirah (el-) 26, 30, 32, 71, 141, 203, 207, 217, 288, 299, 305, 307, 308, 330, 404, 433.
Jabaïl 184.
Jehú 319, 322.

Jemdet Nasr 38, 39, 46, 65, 83, 84, 91-98, 142, 146, 159, 179, 440.
Jenofonte 43, 428.
Jerablus 21, 30, 209.
Jeremías 399, 408.
Jericó 59, 61, 66, 261, 293, 399.
Jerizah 68.
Jerjes 371.
Jerusalén 108, 258, 294, 344, 382, 398, 399.
Jerwan 340.
Jesús 301.
Jisr el-Shoghur 321.
Joaquín 399.
Joas 326
Joiaquin 399.
Jokha (Tell) 155.
Jonia 404.
Jordania 300.
José 293-294.
Josias 394, 397.
Josué 293.
Jordán (Río) 59, 258, 292, 293.
Jud 294, 328, 335, 337, 343-344, 394.
Judea 258.
Judi Dagh 348.
Jueces 294.
Judíos 344, 358, 399, 429, 439.

Kadashman-Enlil I 282, 284.
Kadashman-Enlil II 288.
Kadashman Turgu 287.
Kadmuhu 313.
Kaizu 314.
Kaku 168.
Kakzu 436.
Kaldu 325.
Kalhu 316-319, 323, 326, 327, 331, 339, 361, 363, 396, 433.
Kambuziya 425.
Kandalânu 357, 394.
Kanesh 251.
kapara 301.
Kaprabi 314.
Kâr-Ashurnasipal 314.
Kâr-Assarhaddon 349.
Kâr-Tukulti-Nimurta 289.
Karahardash 287.
Karaidash 272, 274, 282.
Karana 214.
Karatepe 297, 298.
Karduniash 269, 284, 289, 290, 304, 325.
Karim Shemir 57.
Karkhen (Río) 30, 167, 356.
Karnak 287.
Karun (Río) 20, 30, 303, 432.
Kashiari (Monte) 308.
Kashtaritu 350.
Kashtiliash I 267, 270.
Kashtiliash IV 288, 289.
Kayseri 250.
Kazallu 168, 191, 192, 199.
Kengir 123.
Keramlais 430 n. 22.
*Kerman*132. n. 28.
Kermanshah 30, 58, 350.
Khabur (Río) 26, 69, 71, 75, 94, 140, 169, 171, 203, 206, 209, 216, 217, 219, 254, 257, 285, 300, 304-305, 309, 313, 395.
Khafaje 46, 138-139, 141, 142, 202, 228.
Khanaqin 30.
Khasekhemuy 259-260.
Khirbet Kerak 259.
Khorassan 29.
Khorsabad 45, 340-341, 371, 373.
Khosr (Río) 347.
Khueira (Tell) 47, 140, 141, 142.
Khuzistán 77.
Ki * 110.
Kibri-Dagan 238.
Kidinnu 386, 429, 435.
Kikkia 205.
Kikkuli 256.
Kimash 181.
Kinalua 298.
Kindattu 198.
Kingu * 112, 113.
Kirkuk 28, 36, 51, 68, 156, 173, 183, 208, 209, 210, 255, 257, 280, 302.
Kirta 279.
Kish 19, 46, 77, 91, 126, 127, 130, 131, 137-139, 144, 146, 150, 154-157, 159, 164, 165, 169, 198, 199, 200, 203, 258, 266, 344, 417, 434, 436, 439.
Kishar 11-12.
Kition 339.
Kizilirmak (río), 250, 252, 268, 400.
Kizzuwatna 255, 279, 283.
Konya 249, 250.
Ku-Babba 150, 164.
Kudur Mabuk 201, 218.
Kullaba 84, 85, 146.
Kültepe (Turquía) 250-153.
Kül Tepe (Iraq) 69.
Kummuhu 298, 329, 333, 339.
Kurdistán 23, 26, 47-49, 51-54, 57, 58, 60, 99, 169, 182, 184, 204, 207-216, 244, 254, 309, 327, 343.
Kuriash 424.
Kurigalzu 274, 275, 282.
Kurigalzu 287, 288.
*Kukh*315.
Kurtiwaza 285.
Kush 351-352, 354.
Kussara 253, 268.
Kut el-Imarra 22.
Kutha 322, 327, 417.

Kutir-nahhunte I 266.
Kutir-nahhunte II 290, 302.
Kuwait 79, 121.
Kuyunjik 347.

La'ban 207.
Labarnas I 253, 267.
Labarnas II 268.
Labâshi-Marduk 400.
Lagash 83, 137, 138, 142, 144, 145, 148, 149, 155-158, 165, 168, 180-182, 199, 362.
Lahamu * 111.
Lahar * 123.
Lahm (Tell el-) 339 n. 50.
Lahmu * 258, 344, 374.
Lakish 258, 344, 374.
Laqê 300.
Larak 124.
Larnaka 339.
Larsa 22, 47, 76, 80, 144, 170, 178, 196, 197-203, 215, 218-220, 227, 243, 264, 266, 267, 402.
Lattaqieh 261 n. 44.
Laz * 40.
Lerna 247.
Levante 48, 54, 162, 375.
Líbano 29, 35, 48, 50, 160, 190, 205, 258, 259, 283, 295, 314, 326, 366, 400, 413.
Libia 326.
Lidia 355, 400, 404, 421.
Lim * 216.
Lipit-Istar 199.
Lisinmaco 431.
Litaû 306.
Litani (Río) 295.
Lubdu 307.
Lugalanda 148.
Lugal-anne-mundu 157.
Lugalbanda 132, 133, 148, 170.
Lugal-Kinishe-dudu 157.
Lugal-shag-engur 155.
Lugalzagesi 158, 164, 165, 180.
Luh (Tell), ver *Tello*.
Lulê 343, 344.
Lullubi 27, 142, 169-173, 183, 204, 304.
Lullume, 304.
Luristán 183, 191.
Luwitas 252, 260, 268, 297.
Luxor 373.

Macedonia 430.
Macedonios 245, 432, 441.
Madaktu 358.
Ma'dan 27.
Madânu 416.
Madies 393.
Magan 29, 31, 166, 170, 171, 181, 243, 413.
Maghzaliyeh 61.
Mahallatu 314.
Mahoma 39, 294.
Maizu 314.
Makhul (Jebel) 204.
Malatiya 283, 298, 329.
Malazgird 304.
Malgum 200, 210, 215, 217, 218, 267.
Maltaï 348.
Malyan (Tepe) 169 n. 30.
Mami * 113, 128.
Mananâ 200.
manasés 358.
Manetón 263.
Manishtusu 169-170, 206.
Mankisum 218.
Manna 41, 324, 394.
Mannaï, Manneos 325, 328, 337, 343, 350, 355, 358, 395.
Mannudannu 171.
Marad 144, 200, 214.
Maras 298.
Mardik (Tell) 139, 170, 251, 259.
Marduk * 101, 109, 113, 117, 119, 123, 201, 217, 221, 222, 269, 273, 277, 290, 300, 303, 306, 322, 345, 349, 380, 401-403, 406, 407, 411, 413, 415-419, 426, 430, 435, 438.
Marduk-apla-iddina 336.
Marduk-balasu-iqbi 325.
Marduk-nadin-ahhê 304.
Marduk-shapik-zêri 305.
Marduk-zakir-shumi 322, 323.
Mari 10, 21, 29, 46, 47, 93, 139, 140-141, 143, 143, 150, 155-159, 166, 170, 172, 184, 185, 190, 191, 196-198, 202, 211, 213-221, 228, 234, 235, 237-239, 253, 254, 259, 260, 262, 264, 390, 434.
Marqsi 298.
MAR. TU 105, 172, 190-192, 196, 198, 260.
Marut * 270.
Mashkan-Shapir 200.
Matarrah 66, 69.
mati-El 333.
Matanías 399.
Mattiwaza 256, 285.
Meandro (Río) 249.
Meca (La) 39, 154.
Medaïn (Tell) 124.
Medos 173, 245, 292, 293, 308, 312, 324-327, 331, 334, 337, 343, 350, 352, 355, 359, 367, 371, 392-396, 397, 400-403, 406, 427, 429, 439.
Media 326, 403, 425, 436.
Medina 39, 404.
Mediterráneo (Mar) 21, 30, 50, 244, 247,

292, 304, 310, 322, 326, 342, 397, 432, 433.
Megabizo 426.
Megiddo 66, 258, 261, 281, 374.
Meluhha 29, 31, 105, 166, 173, 181, 248.
Membij 321.
Menahem 334.
Menfis 262, 352, 353, 354, 359.
Menua 328.
Merkes 411.
Merodach-Baladan 155, 336-337, 339, 344-345.
Mersin 66, 249.
Mesannepadda 137, 138, 151, 155.
Meshed 248, 436.
Mesilim 155, 157.
Meskalamdug 152, 155.
Meskene 30, 253, 297.
Meskiagnunna 156, 164.
Meskiangasher 132.
Mesopotamia 10, 13 y siguientes.
mespila 428.
Midas 339.
Micenas 247.
Micénicos 247, 293.
Micerinos 260.
Migdomia 433.
Migir-Dagan 170 n. 34.
Milid 298, 329, 333, 339.
Mishrifeh 209 n. 47.
Mitâ 339.
Mitani 253, 255, 278, 279-286.
Mitanios 244, 253-257, 279-286.
Mitra * 256, 437, 438.
Mitrídates I 436.
Mitrídates II 438.
Mizyiad (Isham) 166.
Mlefaat 57.
Moab 294, 335, 337.
Mohenjo-Daro 173.
Moisés 165, 29-294.
Mosul 44, 65, 72, 140, 171, 182, 207, 257, 316, 347, 348.
Muballitat-Sherua 285 n. 24.
Muerto (mar) 49, 258, 292, 351, 357, 401.
Mughayir (Tell el—) 151 n. 33.
Muhammad Jafar 58.
Mummu * 111.
Murad Su (Río) 291, n. 1.
Murashû 429.
Mureybet (Tell) 57-58, 73, 442.
Mursil I 268, 269, 286.
Mursil II 286.
Musasir 328, 339.
Mushêzib-Marduk 345.
Mushki 291, 339.
Musri 304.
Musru 337.
Mutkînu 321.
Muwatalis 287.

Nabateos 357.
Nabonasaar 41, 332, 386.
Nabónides 39, 166, 401, 403-406, 420, 424, 425, 438.
Nabopolasar 394, 395, 396, 398, 412, 419.
Nabû * 306, 327, 340, 346, 380, 417, 419, 438.
Nabû-apla-iddina 332.
Nabû-bêl-shu 378.
Nabucodonosor I 110, 302, 303, 308.
Nabucodonosor II 306, 392, 396-401, 408-413, 434.
Nabucodonosor III 425.
Nabucodonosor IV 425-426.
Nabû-mukîn-apli 306.
Nabû-nâsir 41, 333, 335, 386.
Nabû-Kudurri-usur 398.
Nabû-rimanni 386, 429.
Nabû-shuma-ukîn 309, 322.
Nagita 345.
Nahar el-Keir (Río) 295.
Nahar el-Kelb (Río) 287.
Nahur 238.
Na'id-Marduk 378.
Nairi 304, 320, 324.
Namhani 176.
Nammu * 110.
Nampii 321.
Namri 333.
Nanaí * 437.
Nanium 172.
Nanna * 40, 146, 153, 166, 178, 193, 198, 427.
Nannamê 390.
Nanshe * 181.
Naplânum 197.
Naqada 94.
Naqî'a 325, 348.
Narâm-Sîn 160, 170-172, 173, 175, 183, 184, 204, 206, 209, 219, 260, 290, 372.
Narmer 94, 259.
Nasatiyas 256.
Nasriyah 151 n. 33, 198 n. 11.
Nassatiyana * 256.
Nauplia 247.
Nawar 169, 173, 254.
Nazimarrutash 288.
Nebarti-Ashur 314.
Nebi Mend (Tell) 283.
Nebi Yunus 347.
Necao I 351, 354, 399.
Necao II 397.
Negeb 294, 351.
Negro (Mar) 268, 283, 350, 431.
Nehavend 334.
Nemrud Dagh (monte) 61 n. 24.

Neo-hititas 293, 296-298, 300, 314, 321, 328, 329, 373.
Nergal * 104, 116, 132, 300, 438.
Nergal-eresh 41.
Nergal-ilia 41.
Nergal-shar-usur 400.
Neribtum 228 n. 5.
Neriglisar 400.
Nesha 252, 297.
Nidaba * 158.
Nidintu-Bêl 425.
Nikku 351.
Nilo (Río) 20, 21, 23, 94, 101, 262, 280, 284, 351, 352, 354, 360, 371, 400, 444.
Nimrud 21, 45, 47, 316, 318, 316, 318, 319, 320, 334, 337, 352, 375, 378, 428, 433.
Nina 144, 145.
Nin-banda 152.
Ningal * 178, 427.
Ningirsu * 146, 148, 149, 155, 157, 180-181.
Ningishzida * 122.
Ninhursag * 106, 121, 155.
Nínive 19, 21, 30, 43, 46, 47, 68, 72, 75, 102, 125, 171, 173, 206, 219, 282, 303, 341, 345-351, 353-357, 359, 361-363, 371, 376, 379, 392, 393 396, 398, 404, 423, 428, 430, 433, 436.
Ninkilim 24, 114.
Nin-kisalsi 155.
Ninlil * 101, 156, 275, 363.
Ninmah * 106, 121, 411.
Ninsun * 133.
Nintu * 106, 128.
Ninurta * 24, 104, 275, 316, 411.
Ninurpa-apal-Ekur 307 n. 3.
Ninurta-nadin-shumi 302.
Nippu 19, 22, 46, 47, 80, 83, 96, 102, 124, 139, 143, 144, 154-158, 159, 165, 172, 176-177, 183, 185, 189, 190, 195, 198-199, 201, 204, 223, 271, 272, 379, 381, 394, 395, 414, 419, 427, 429, 434, 436, 439.
Nisaba 181, 228
Nisea 436.
Nisibin 169, 305, 308, 309, 433.
Nisir (Monte) 126.
Nitocris 325.
Noe 125, 160.
Nubia 351.
Nuffar 154 n. 37.
Nûr-Adad 200.
Nuzi 46, 156, 173, 255, 262, 280, 436.

Ofir 294.
Oman 29, 31, 93, 160, 162, 164.
Omri 322.
Opis 345, 405, 406, 432.
Orchoi 434.
Orodes 438.
Orontes (Río) 30, 190, 258, 259, 298, 314, 321, 431.
Oseas 335.
Osiris * 108.
Osrhoena 436.
Oueili (Tell el-) 71, 76-80.

Pabilsag * 152.
Palaitas 252.
Palegawra 53.
Palestina 30, 48, 50, 54, 61, 93, 161, 250, 258-263, 264, 277, 278, 280-286, 292, 294, 296, 320, 325, 334, 336, 342, 343, 344, 355, 360, 374, 393, 394, 397, 443.
Palmira 30, 190, 300, 304.
Palmir 17, 404.
Parapotamia 432 n. 28.
Parattarna 280.
Parshashatar 255.
Parsua 328.
Parsumash 402, 403.
Partos 292, 431, 434, 435-438.
Partiana 404.
Pasagarda 403.
Pasitigris (Río) 432.
Pattina 298, 300, 314, 321, 333.
País del Mar 266, 271, 305, 356, 367, 394.
Peloponeso 246, 247.
Pelusa 346, 398.
Pepi I 260.
Perdicas 431.
Persia 41, 402, 424, 425, 444.
Pérsico (golfo) 31, 47, 49, 50, 58, 59, 96, 111, 136, 155, 165, 169, 186, 243, 289, 310, 320, 342, 426, 431, 433, 436.
Persas 89, 173, 245, 292, 293, 301, 308, 321, 324, 336, 393, 394, 397, 401, 402, 421, 423, 424, 429, 440.
Perséfone 108.
Persépolis 44, 45, 274, 433.
Pir Hussain 170.
Pir Omar Gudrun (Montes) 126 n. 12.
Pitágoras 444.
Pithana 253.
Pitru 321.
Platón 440.
Ponto (Montes de) 283.
Príamo 152.
Próximo Oriente 17 y siguientes.
Protothies 350.
Psamético I 354, 355-356, 358, 393, 395, 397.
Psamético II 399.
Pteryum 404.
Ptolomeo I 431.
Pû-abi 152, 164.
Pûlu 335.
Piqudû 306.

Purushanda 167, 251, 253.
Puzrish-Dagan 185.
Puzur-Ashur I 204, 205, 252, 335.
Puzur-Ashur III 272, 279.
Puzur-Inshushinak 171, 173, 183.
Pzur-Istar 212 n. 1.
Puzur-Numushda 192.
Puzurum 219.
Pilos 247.

Qabra 203.
Qadesh 281, 283, 284, 285, 287.
Qala'at Sherqat 140.
Qalinj Agha 87.
Qarni-Lim 217.
Qarqar 321, 337, 368.
Qarqur 321 n. 42.
Qatanum 208, 209.
Qatar 31, 79.
Qatna 30, 209, 260, 261, 283, 287.
Qedar 357.
Quê 298, 334, 339.
Qummani 305.
Qurdi-Nergal 377.
Qurnah 21.
Qutû 304.

Ramsés II 287, 294.
Ramsés III 292, 293, 295.
Rania 60.
Rapihu 351.
Rapiqu (m) 203, 215, 217, 217, 304.
Raqqa 315 n. 23.
Ras el-Ain 71.
Ras el-Amiyah 77.
Ras Shamrah 69, 79, 261, 297.
Rasappa 41.
Rasunu 334.
Rawanduz 30, 51.
Rayat 30.
Razin 334.
Rib-Addi 284.
Ribla 399.
Rifah (Tell) 351.
Rafa'at (Tell) 298.
Rimah (Tell) 47, 214, 228, 254.
Rîm-Sîn I 201, 214, 215, 218, 243.
Rîm-Sîn II 266.
Rîmush 169.
Romanos 39, 108, 154, 418, 431, 437, 438.
Rojo (Mar) 17, 49, 162, 293, 404.
Ruad (Isla) 295.
Rusa I 338, 339.
Rusa II 350, 359.

Sabaha 337.
Sabu 40.
Sagaratim 238.
Saida 295.
Saidawa 436.
Sais 351, 354.
Sakçe Gözü 66, 298.
Salaniyeh 433 n. 33.
Salmanasar I 288, 299, 316, 328.
Salmanasar III 319-323, 327, 328, 334, 368, 372.
Salmanasar IV 327, 338.
Salmanasar V 335, 336.
Salomón 294, 295, 300.
Sam'al 300, 321, 333.
Samaria 294, 335, 374, 394.
Samarra 21, 30, 65, 69-71, 73, 77, 92, 272, 309.
Samawa 84.
Samiran 326.
Sammuramat 326, 326.
Samosata 333.
Samsi 335.
Samsu-ditana 267, 268, 269.
Samsu-iluna 40, 265, 266, 267, 270, 271.
Sanir (Monţe) 322.
Sardanápalo 357.
Sardes 428.
Sardur I 328.
Sardur II 329, 333.
Sargón de Acad 38, 17, 149, 158, 159, 160, 164-168, 169, 170, 173, 174, 219, 251, 310, 369.
Sargón I 205, 335.
Sargón II 308, 335-341, 342, 342.
Sar-i-Pul 173.
Sármatas 247.
Sarpanitum 269, 413, 415.
Sasánidas 326, 436, 439.
Satuni 171.
Saul 294, 300.
Saustatar 280, 281.
Sawwan (Tells es-) 47, 70, 71, 77, 78, 86, 99, 142, 442.
Sedecías 399.
Selucidas 402, 434.
Seleucia del Tigris 47, 130, 434, 433, 434, 436.
Seleucia-Zaeugma 433.
Seleuco I 431.
Seleuco III 434.
Sellush-Dagan 185.
Sem 160.
Semiramis 325-326.
Semitas 97, 100, 106, 108, 129, 137, 141, 150, 154, 159, 160-164, 212, 222, 251, 292, 442.
Senkereh 199.
Senaquerib 325, 342, 343-348, 349, 362, 363, 376, 412.

Septimio Severo 436, 438.
Sesostris 261
Seti 287.
Sevan (Lago) 329.
Shaduppum 203.
Shahiru * 438.
Shahr-i Sokhata 132 n. 28.
Shakkan * 133.
Shamash * 131, 134-136, 169, 201, 205, 215, 217, 223, 233, 273, 289, 300, 305, 419, 437.
Shamash-eriba 426.
Shamash-hâsir 219 n. 27.
Shamash-mudammiq 309.
Shamash-shuma-ukîn 352, 353, 356, 357, 377.
Shamshi-Adad I 207-210, 214, 215, 238, 252, 303, 347.
Shamshi-Adad V 323, 324, 325, 362, 363.
Shamshi-ilu 327.
Shanidar 49, 51-55.
Shapur I 439.
Shara * 146, 157.
Shar kallisharri 171, 191.
Sharru-kin 165.
Shashrum 182.
Shattuara 288.
Sheherazade, 326.
Sheikh Ahmad 326.
Sherif Khan 362.
Sherirum 169.
Shianu 321.
Shibbaniba 436.
Shibtu 390.
Shilhak-Inshushinak 302.
Shimaliya * 270, 274.
Shimanahe 208.
Shimegi * 329.
Shimshara 47, 60, 68, 69, 182, 207, 254.
Shipak * 270.
Shirâz 169, 292, 403.
Shirin 326.
Shitti-Marduk 302-303.
Shivini * 329.
Shubad 152.
Shubat-Enlil 30, 206, 207, 217, 238.
Shu-ilishu 199.
Shulgi 178, 182-185, 189, 198, 254, 402.
Shumuqan * 114, 133.
Shu-Ninsun 241.
Shuqamuna * 270, 274.
Shurghul 145.
Shurias * 270.
Shuruppak 22, 124-127, 129, 138, 144, 148, 164.
Shush 30.
Shusharra 207.
Shu-Sin 189-191, 202.
Shuttarna I 279.
Shuttarna II 281, 282, 285.
Shuttarna III 285, 288.
Sialk (Tepe) 93.
Sib'e 337.
Sidka 343-344.
Sidon 285, 304, 314, 322, 344, 349, 398, 399.
Siduri 135.
Sikanu 279 n. 4.
Sil-bêl 41.
Silli-Sîn 219.
Silukku 39.
Simanum 189.
Simashki 183, 191, 192, 199, 215.
Simbar-Shipak 306.
Simirria (Monte) 338.
Simurrum 182, 183, 191.
Sin * 232, 273, 377, 388, 401, 402, 403, 427.
Sin-iddinam 200.
Sîn-iqîsham 201.
Sîn-muballit 40, 201, 210, 214.
Sîn-Shumu-lisher 394 n. 4.
Sinaí 258, 260, 293-294, 351.
Singara 439.
Sinjar (Jebel) 26, 88, 140, 254.
Sippar 22, 29, 30, 109, 124, 144, 201, 210, 215, 216, 220, 223, 233, 241, 267, 268, 277-289, 305, 345, 356, 407, 417, 419, 424, 434.
Siria 19, 25, 26, 29, 30, 46, 48, 50, 57, 75, 93, 140, 159, 161, 190, 196, 205, 209, 237, 243, 245, 247, 250, 251, 253, 254, 257, 258-263, 264, 276, 278, 289, 290, 292, 296, 297, 300, 312, 320, 321, 325-328, 330, 334, 336-337, 342, 360, 374, 393, 397-399, 430, 433, 437, 440, 443.
Siro-hititas 297.
Sivas 252.
Sogdiana 404.
Sotto (Tell) Su 193.
Subartu 168, 192, 217, 218, 337, 396.
Sudines 435.
Suez (Istmo de) 263, 346.
Suhu (m) 267, 300, 304.
Sulaimaniyah 30, 51, 169, 171, 314.
Sultan Tepe 377.
Sumeria 19, 25, 27, 28, 39, 81, 83, 95-99, 100-105, 119, 120-124, 129, 131, 132, 141, 143, 144-158, 164, 165, 166, 173, 175, 176-192, 194, 195, 197, 199, 204, 214, 221, 222, 266, 271, 284, 302, 306, 323, 339, 346, 357, 377, 379, 394, 395, 402, 406, 407, 418, 419, 427.
Sumerios 26, 45, 64, 71, 80, 94, 95-99, 101, 102, 120-123, 129-130, 146, 147, 166, 169, 172, 174, 179, 194, 212, 302, 362-363.

Sumuabi 40.
Sumu-abum 201.
Summu-Ebuh 209.
Sumu-El 199.
Sumu-laman 207.
Sumulail 40.
Suppiluliumas I 256, 282-285, 286, 297.
Suppiluliumas II 293.
Sûr 295.
Suriya * 270.
Suru 313.
Susa 30, 91, 93, 167, 171, 172, 173, 183-184, 181, 199, 203, 223, 266, 274, 288, 290, 357, 358, 359, 374, 384, 392, 428, 433.
Suiana 397.
Sutû 208, 209, 322.

Ta'anak (Tell) 261.
Tabal 298, 339, 341, 343, 350, 355, 358.
Tadmur 30, 304.
Tadu-Hepa 282.
Taharqa 351-354.
Tammuz * 108, 134, 303.
Tanutamon 354.
Taq-i Khusraw 439.
Tarbisu 362, 395.
Tarso 249, 250.
Tartaria 93.
Tauro (Monte) 21, 26, 30 y siguientes.
Taya (Tell) 140, 142.
Taynat (Tell) 298.
Tebiltu (Río) 347.
Therán 202, 248, 334.
Teima 404.
Teisheba * 329.
Teipes 402, 403.
Telepinush 268 n. 12.
Tello 45, 46, 96, 137, 145, 180, 436.
Têma 404, 405.
Tepti-Humban 356.
Terqa 219, 238, 266.
Teshup * 202, 254, 255, 329.
Teumann 356.
Teushpa 350.
Thathar (Wadi) 26, 436.
Tebas (Egipto) 281, 282, 308, 351, 353, 354, 359.
Tebas *(Grecia)* 274.
Thera (Isla) 247.
Tiamat * 111, 112, 123, 415, 417.
Tidnum 190.
Tiglat-Pileser I 299, 303-305, 307, 310.
Tiglat-Pileser III 327, 330-335, 337, 367.
Tigris (Río) 19, 20, 32 y siguientes.
Til Barsip 298, 300, 321, 327, 374.
Tiras 158.
Tiro 295, 314, 322, 349, 355, 358, 398, 399.
Tîriqan 175-176.
Tirinto 247.
Tishatal 254.
Tishpak * 202, 255.
Tob 300.
Toprak Kale 371.
Tracia 250.
Trajano 436, 438.
Transcaucasia 75, 329.
Transjordania 258, 260, 294, 326, 334, 336.
Trípoli 284, 295.
Troya 93, 152, 244, 250, 291.
Tudhaliyas I 281.
Tudhaliyas III 282.
Tudiya 205.
Tukul Akir 289.
Takulti-Ninurta I 278, 288, 289, 292, 299, 310.
Tukulti-Ninurta II 309, 313.
Tulliz 356.
Tutul eth-Thalathat 47, 69, 86.
Tummal 156.
Tur Abdin 308.
Tureng Tepe 248.
Turquestán 292, 404.
Turkmenistán 54, 248.
Turquía 13, 19, 49, 51, 59, 61, 62, 75, 93, 152, 162, 239, 244.
Turukkû 209, 210.
Tushamilki 356.
Tushhan 314.
Tushpa 328, 334.
Tushratta 253, 255, 282, 283, 285, 388.
Tutammu 333.
Tutankamon 152, 282, 283, 285, 287.
Tutmosis I 253, 280.
Tutmosis II 280.
Tutmosis III 279, 280, 281, 282.
Tutmosis IV 281.
Tutub 141, 202.
Tuttul 166.
Tuz Kurmatli 182.

Uatê 351, 357.
Ubaïd (Tell el) 46, 65, 70, 71, 75-80, 81-87, 95, 98, 127, 130, 142, 145, 146, 155, 202, 250.
Ubar-tutu 125.
Ugari 163, 234, 253, 258, 260, 295, 296, 297, 374, 444.
Ugbaru 405, 424.
Uhaimir 130.
Uhub 155.
Ukîn-zêr 335.
Ulaia (Río) 303.
Ulamburiash 271.
Ulises 132, 444.

Umar (Tell) 432.
Umma 144, 146, 149, 155-157, 165, 168, 175, 185, 191.
Umman-Manda 396, 403.
Umman-menanu 345.
Umm Dabaghiya 47, 68.
Unqi 298, 333.
Untash-napirisha 288.
Upâ, Upê 345, 405, 432.
Upêri 339.
Uqair (Tell) 47, 80, 85, 93.
Ur 10, 19, 30, 34, 44, 46, 76, 77, 80, 83, 93, 95, 120, 126, 127, 137-139, 144, 146, 151-158, 165, 168, 176-185, 194-201, 212, 215, 220, 228, 232, 239-243, 244, 254, 255, 260, 262, 266, 302, 389, 401, 407, 414, 418, 419, 427, 434, 439.
Urartu 254, 308, 312, 320-321, 325, 327-330, 334, 337-339, 342, 343, 349, 350, 359, 394, 400, 423, 444.
Ur-Baba 180.
Urbilum 183.
Urfa 314, 432.
Uri 130.
Urkish 169, 173, 254.
Urmia (Lago) 19, 30, 292, 321, 324, 328, 329, 337, 339, 350, 394, 402.
Ur-nammu 84, 476-477, 180, 182, 184, 192, 199, 222.
Ur-Nanshe 137, 138, 144, 150, 155, 157.
Ur-ninurta 199.
Urshanabi 136.
Urshu 268.
Urtaki 350, 355, 356.
Uruarti 288.
Uru-inimgina 148, 149, 157, 222.
Uruk 19, 22, 39, 40, 47, 65, 77, 80, 81-99, 125, 131-136, 138, 140-143, 144-148, 154-158, 165, 170, 175, 176, 179, 198-199, 215, 266, 267, 274, 337, 349, 379, 395, 407, 414, 419, 427, 433, 434, 435, 436, 438, 439, 440.
Urkagina, ver Uru-imingina
Uruku (g) 266 n. 7.
Urusalim 258.
Uruwa * 256.
Ur-Zababa 165.
Ush 157.
Ushpia 204.
Usnu 321.
Utanapishtim 125-126, 127, 135-136.
Utu * 105, 132, 158.
Utu-hegal 175-176.

Van (lago) 21, 55, 75, 304, 320, 324, 328, 339.
Van 334.
Varuna * 256.
Vindapârna 425.

Wanna es-Sa'adun 201 n. 19.
Warad-Sîn 201.
Warahshe 167, 168, 169, 183, 217.
Warka 84, 133.
Warum 202, 266.
Wasasatta 288.
Washhukanni 279, 280, 281, 283, 285.
Wê * 113, 128.
Weni 260.
Wilaya (Tell el) 124 n. 10.

Ya'diya 298, 300, 333.
Yahwé 294, 408.
Yarim Tepe 47, 68, 72, 73.
Yata 351.
Yazili-Kaya 372 n. 36.
Yemen 162.
Yerevan 329.
Yorgan Tepe 436.

Zab, Grande o Superior 27, 51, 55, 182, 316.
Zab, Pequeño o Inferior 27, 60, 68, 155, 169, 209, 288, 304.
Zababa * 146, 155.
Zabalam 144, 168.
Zabibê 334.
Zabashali 192.
Zagros (Montes) 20, 25, 26, 27 y siguientes.
Zakir 328.
Zakkala 292.
Zakûtu 325, 348, 352.
Zalabiyan 315 n. 23.
Zalpa 253.
Zamua 314.
Zanqu 309.
Zarzi 48, 53.
Zawi Chemi Shanidar 55, 57, 58.
Zencirli 250, 298, 301.
Zeribar (Lago) 62 n. 28.
Zeus * 413.
Zigurae 439.
Zikirtu 337.
Zimri-Lim 215-218, 221, 234-238, 254, 364, 390.
Ziusudra 127.
Ziwiyeh 374.
Zófiro 426.
Zuzu 157.

ÍNDICE

PREFACIO DEL PROFESOR JEAN BOTTÉRO 9

INTRODUCCIÓN 13

1. EL CUADRO GEOGRÁFICO 17
Los ríos gemelos 20
Particularidades regionales 25
Las arterias del comercio 28

2. HACIA EL DESCUBRIMIENTO DEL PASADO 33
Las ciudades enterradas 34
A la búsqueda de una cronología 38
La investigación arqueológica en Mesopotamia 43

3. DE LA CUEVA A LA ALDEA 48
Paleolítico 49
Mesolítico 55
Neolítico 59

4. DE LA ALDEA A LA CIUDAD 64
Período de Hassuna 65
Período de Samarra 69
Período de Halaf 71
Período de Ubaid 75

5. EL NACIMIENTO DE UNA CIVILIZACIÓN 81
Período de Uruk 84
Período de Jemdet Nasr 91
El problema sumerio 95

6. Los dioses de Sumer 100
El panteón mesopotámico 102
Leyendas de la creación 109
La vida, la muerte y el destino 114

7. El tiempo de los héroes 120
De «Adán» al Diluvio 121
El Diluvio mesopotámico 125
Dinastías de superhombres 130
La «Epopeya» de Gilgamesh 133

8. El Período Dinástico Arcaico 133
El contexto arqueológico 140
Los principados de Sumer 144
El Soberano 149
Esbozo de una historia política 153

9. Los Acadios 159
Los semitas 160
Sargón de Acad 164
El Imperio de Acad 168

10. El Renacimiento sumerio 175
Ur-Nammu y Gudea 176
Shulgi, Amar-Sîn y el imperio sumerio 182
La caída de Ur 189

11. Los reinos amorritas 194
Isin, Larsa y Babilonia 197
Eshnunna, Asur y Mari 202
Shamshi Adad I y sus hijos 206

12. Hammurabi 212
El Jefe del estado 214
El legislador 219

13. En tiempos de Hammurabi 227
El dios en su templo 228
El rey en su palacio 234
El ciudadano en su casa 239

14. Los Pueblos Nuevos 244
Los indoeuropeos 245
Anatolia y los hititas 248
Los hurritas y los mitanios 253
Siria-Palestina y Egipto 257

15. Los Casitas 264
Los descendientes de Hammurabi 265
Los reyes de Karduniash 269

16. Casitas, asirios y «reyerta de imperios» 278
Egipcios contra mitanios 279
La época de Suppiluliumas 281
El tiempo de los tres conflictos 286

17. El tiempo de la confusión 291
Israelitas y fenicios 293
Los neo-hititas 296
Los arameos 299
Los años sombríos de Mesopotamia 302

18. La expansión de Asiria 307
Génesis de un imperio 309
Asurnasirpal 313
Salmanasar III 319

19. El Imperio asirio 324
El eclipse asirio 325
Tiglat-Pileser III 330
Sargón II 335

20. Los Sargónidas 342
Senaquerib 343
Asarhadon 348
Asurbanipal 353

21. La Gloria de Asiria 360
El Estado asirio 361
El ejército asirio 367
El arte asirio 371

22. Los escribas de Nínive 376
La «ciencia de las listas» 378
Matemáticas y astronomía 382
Medicina 386

23. Los Caldeos 392
La caída de Nínive 393
Nabucodonosor 397
La caída de Babilonia 401

24. El Esplendor de Babilonia 407
Babilonia, la gran ciudad 408

El Festival del Año Nuevo 414
Templos y bancos 418

25. MUERTE DE UNA CIVILIZACIÓN 423
La época aqueménida 424
La época seléucida 430
La época parta 435

EPÍLOGO 440

CUADROS CRONOLÓGICOS 446

MAPAS 468

ÍNDICE 476